

Análisis del discurso

Teun A. van Dijk

discurso  
y

**PODER**

gedisa  
editorial





«Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual»

Teun A. van Dijk

---

DISCURSO Y PODER

CLA•DE•MA  
Análisis del Discurso

Otros títulos de Teun A. van Dijk  
publicados por Editorial Gedisa

*Ideología*

*El discurso como estructura y proceso*

*El discurso como interacción social*

*Racismo y discurso en América Latina*

# DISCURSO Y PODER

Contribuciones a los  
Estudios Críticos del Discurso

**Teun A. van Dijk**

Traducción de Alcira Bixio

**gedisa**  
editorial

© Teun A. van Dijk, 2009

Traducción: Alcira Bixio

Diseño de cubierta: Departamento de diseño Editorial Gedisa

Primera edición: septiembre de 2009, Barcelona

Reservados todos los derechos de esta versión castellana de la obra

© Editorial Gedisa, S.A.  
Avda. del Tibidabo, 12, 3.º  
08022 Barcelona (España)  
Tel. 93 253 09 04  
Fax 93 253 09 05  
Correo electrónico: [gedisa@gedisa.com](mailto:gedisa@gedisa.com)  
<http://www.gedisa.com>

Preimpresión:  
Editor Service, S.L.  
Diagonal 299, entlo. 1ª  
08013 Barcelona

ISBN: 978-84-9784-303-4  
Depósito legal: B. 33374-2009

Impreso por Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España  
*Printed in Spain*

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, de esta versión castellana de la obra.

# Índice

Fuentes .....	9
Prefacio .....	11
1. Introducción: discurso y dominación .....	19
2. Estructuras de discurso y estructuras de poder .....	59
3. Discurso, poder y acceso .....	121
4. El Análisis Crítico del Discurso .....	149
5. Discurso y racismo .....	181
6. El discurso y la negación del racismo .....	207
7. Discurso político y cognición política .....	251
8. La retórica belicista de un aliado menor. Implicaturas políticas y legitimación de la guerra en Irak por parte de José M. <sup>a</sup> Aznar .....	315
9. Discurso y manipulación: discusión teórica y algunas aplicaciones .....	351
10. La contextualización del discurso parlamentario: Aznar, Irak y la pragmática del mentir .....	383
Apéndice .....	411





## Fuentes

Algunos de los artículos que conforman este libro fueron publicados anteriormente en los siguientes libros y periódicos: «Structures of discourse and structures of power» en J. A. Anderson (comp.), *Communication Yearbook*, nº 12, pp. 18-59, Sage, Newbury Park, California, 1989; «Discourse, power and access» en Carmen Rosa Caldas-Coulhard y Malcolm Coulhard (comps.), *Texts and Practices. Readings in Critical Discourse Analysis*, pp. 84-104, Routledge, Londres, 1996; «Critical Discourse Analysis» en Tannen, D. Schiffrin y H. Hamilton (comps.), *Handbook of Discourse Analysis*, pp. 352-371, Blackwell, Oxford, 2001; «Discourse and racism» en David Goldberg y John Solomon (comps.), *The Blackwell Companion to Racial and Ethnic Studies*, pp. 145-159, Blackwell, Oxford; «Discourse and denial of racism», *Discourse & Society*, nº 3, 1992, pp. 87-118; «Political discourse and political cognition» en Paul A. Chilton y Christina Schäffner (comps.), *Politics as Text and Talk. Analytical approaches to political discourse*, pp. 204-236, Benjamins, Amsterdam, 2002; «War Rhetoric of a Little Ally. Political implicatures of Aznar's Legitimation of the War in Iraq», *Journal of Language and Politics*, vol. 4, nº 1, pp. 65-92, 2005; «Discourse and manipulation», *Discourse & Society*, vol. 17, nº 2, pp. 359-383, 2006.



## Prefacio

Este libro aborda dos fenómenos fundamentales de la sociedad: el *discurso* y el *poder*. Estos dos fenómenos son también dos de los conceptos básicos de los Estudios Críticos del Discurso (ECD), un movimiento académico que, a partir de 1979, es decir, de la publicación de su primer libro, *Lenguaje y control* de Rober Fowler, Bob Hodge, Gunther Kress y Tony Trew —quienes proponían lo que llamaron una «lingüística crítica»—, se extendió rápidamente a los campos de la lingüística y las ciencias sociales. En varias disciplinas tales como la psicología, la sociología y la antropología, aparecieron otros movimientos semejantes, todos ellos interesados fundamentalmente en los modos en que se *reproducía* el poder, y especialmente el abuso del poder, en la sociedad. De manera similar, los analistas de las ciencias humanistas y sociales se interesaron específicamente en la participación del *discurso* en este proceso. Y han mostrado que los textos y las conversaciones y, sobre todo, las formas de discurso público controladas por las *élites simbólicas*, los políticos, los periodistas, los científicos, los escritores y los burócratas, construyen, perpetúan y legitiman muchas formas de desigualdad social, tales como las basadas en el género, la clase y la raza.

Los capítulos de este libro examinan más detalladamente esas formas de la reproducción discursiva del poder de la élite y se concentran, no

sólo en cómo se ejerce el poder en la sociedad de manera general sino, más específicamente, en el *abuso* de poder, es decir, en la *dominación*, en suma, en los usos *ilegítimos* del poder de grupo y el poder de élite que conducen a la *desigualdad* y la *injusticia* sociales.

Junto al resto de mi obra reciente, que incluye mis investigaciones sobre ideología, contexto y conocimiento, este estudio del poder y la dominación intenta ser una contribución a los Estudios Críticos del Discurso y los fundamentos conceptuales en que se basa el movimiento. Durante los últimos treinta años, los analistas de los ECD han formulado muchos objetivos diferentes, pero generalmente coinciden en estudiar los modos en que el discurso reproduce el abuso de poder. Sin embargo, en cuanto nos concentramos en nociones tales como la de «abuso», nos vemos obligados a reflexionar sobre otros conceptos fundamentales como la «legitimidad», un criterio indispensable para abordar la empresa misma de iniciar una investigación crítica. Si pretendemos criticar el discurso dominante de la élite y a sus autores y organizaciones, tenemos que tener muy claro por qué y de qué manera ese discurso es ilegítimo, por qué y de qué manera viola las normas y los valores fundamentales de la sociedad.

Además de estas discusiones más generales y conceptuales, en los diferentes capítulos de este libro se incluye información sobre los resultados concretos de las investigaciones. Como ya hice en mis otros libros de ECD, en varios de estos artículos abordo el problema social fundamental del *racismo*, una de las formas más graves de dominación y desigualdad social que se dan en las sociedades «occidentales». Ésta es una decisión que responde a muchas razones personales, sociales y políticas, pero tal vez la principal sea que en las sociedades europeas y europeizadas ha habido pocos problemas sociales tan consecuentemente ignorados, relegados y negados como el racismo. En realidad, como mostré también en otro libro, no hay un rasgo más característico del racismo de élite que la negación. Como podrán verificarlo todos los lectores de este libro en sus propias vidas cotidianas, esto significa que en Nuestros debates parlamentarios, en Nuestros medios de comunicación, en Nuestros libros de texto o en Nuestras ciencias sociales, hoy se observa un enorme interés por los inmigrantes y la minorías, interés que con frecuencia pone énfasis en los problemas que Ellos tienen o causan, pero que, en comparación,

dedica infinitamente menos atención y análisis a los problemas que provocamos Nosotros con Nuestro racismo. Uno de los objetivos principales de este libro es documentar aún más esta tesis, sumamente conocida entre las minorías étnicas o los inmigrantes mismos, quienes constantemente mencionan el racismo, la discriminación y los prejuicios «blancos» como uno de los mayores problemas que deben afrontar en sus vidas cotidianas. Asimismo, examinaremos noticias de la prensa, debates parlamentarios, libros de texto y también conversaciones cotidianas inspiradas por esos discursos de la élite, para poder detectar cómo se construye, se confirma y se propaga el racismo en las sociedades occidentales.

Como ya mostraron Fowler y su equipo en 1979, la noción teórica crucial del poder y la dominación es el «control». Aplicado al discurso, esto significa que debemos preguntarnos quiénes tienen acceso al recurso fundamental de poder que es el discurso público, quiénes tienen acceso al discurso político, al discurso de los medios, al discurso educacional y al discurso científico. ¿Quiénes están en condiciones de controlar la producción de tal discurso, como es el caso de las conferencias de prensa, los comunicados de prensa y otras formas de influir en los periodistas y en los medios? Porque, si alguien controla parte de la producción del discurso público, también controla parte de sus contenidos y, por lo tanto controla, indirectamente, la opinión pública, que puede no ser exactamente lo que pensará la gente pero será al menos *aquello sobre lo que pensará*. Lo que comprobamos es que, mientras las élites «blancas» controlan esos discursos públicos y su producción, las minorías étnicas y los inmigrantes apenas tienen ningún acceso a ellos y, consecuentemente, sus puntos de vistas y sus opiniones rara vez llegan a la prensa o a la opinión pública. Principalmente se habla *sobre* ellos y en general de forma negativa, como también ocurre en el caso de los pobres o de cualquier otro grupo o parte del mundo que no pertenece a Nuestra esfera. Hemos visto que este fenómeno se repite en el discurso político, en los libros de texto y en el mundo intelectual. Por lo tanto, el poder está relacionado con el control y el control del discurso implica un acceso preferencial a su producción y, por consiguiente, a sus contenidos y su estilo y, por último, a lo que piensa el público.

Además de examinar el discurso de los medios de comunicación masiva, en los capítulos de este libro me concentraré particularmente en

el discurso político y lo haré, más concretamente, mediante un análisis de su carácter de discurso político racista, pero también, en términos más generales, a fin de explorar, por ejemplo, otra dimensión de mi investigación, a saber, la *cognición social*. Sostengo, junto con otros, que el racismo no es el prejuicio de fanáticos individuales, sino que se trata de representaciones cognitivas de grupos, socialmente compartidas; es decir, de actitudes e ideologías y que éstas están en la base de prácticas sociales racistas tales como el discurso discriminatorio y otras formas de discriminación.

Mostraré además que los Estudios Críticos del Discurso se deberían realizar en una perspectiva multidisciplinaria que combine (por lo menos) las tres dimensiones siguientes: discurso, cognición y sociedad y, cuando las condiciones lo permitan, se deberían desarrollar también en una dimensión histórica y cultural que, sin embargo, no abordaré aquí. Se ha demostrado que la reproducción del poder político, de los sistemas políticos y de los grupos políticos necesita de varios géneros de discurso político y que tal discurso necesita a su vez que se produzca y se comprenda atendiendo a varias modalidades de cognición política, tales como las ideologías. De manera más general, vengo repitiendo aquí y en otros trabajos, que la cognición es la interfaz entre el discurso y la sociedad. No podemos entender cómo afectan a las situaciones o a las estructuras sociales el texto y la conversación si no comprendemos primero de qué modo comprende y representa la gente tales condiciones sociales partiendo de modelos mentales especiales: modelos de contexto. Lo mismo puede decirse de los «efectos» del discurso en la gente, una influencia que debe describirse con referencia a las representaciones mentales de la gente (sobre una detallada declaración de mi teoría de los modelos de contexto, véanse mis dos nuevos libros multidisciplinarios sobre el contexto, *Discurso y contexto* y *Sociedad y Discurso* (Barcelona, Gedisa, 2010).

De modo que, aparte de los estudios empíricos sobre el racismo, este libro desarrolla y al mismo tiempo aplica la nueva teoría a las relaciones entre discurso, cognición y sociedad. Las relaciones entre el poder y el discurso sólo se pueden comprender plenamente cuando se articulan en ese tipo de marco multidisciplinario más amplio. Pongo énfasis en este aspecto porque hoy la dimensión «cognitiva» no cuenta con muchos

adeptos en los Estudios Críticos del Discurso ni en las ciencias sociales en general.

Finalmente, aplicaremos muchos de los conceptos analizados aquí, tales como el poder, el acceso, el contexto y la cognición, en estudios críticos del discurso parlamentario sobre Irak, uno de los temas que han estado más presentes en los debates públicos de los últimos años. Tal estudio ofrece además la oportunidad de examinar otra noción esencial de los ECD, como es la *manipulación*. También en este caso, lo decisivo son las organizaciones y los grupos poderosos y de qué maneras controlan el discurso público, especialmente el de la política pública y los medios y la opinión de los ciudadanos. Después de este análisis más teórico de la manipulación, mostraré cómo Tony Blair manipuló el Parlamento británico para que éste aceptara su moción de participar en la guerra contra Irak.

De modo semejante, mostraré cómo José María Aznar defendió, en las Cortes españolas, su posición de apoyar al presidente George W. Bush y la invasión de Irak liderada por Estados Unidos. Yendo más allá del análisis habitual del discurso político basado en los temas preferidos, el estilo, la retórica o la argumentación, aquí me concentro en una cualidad importante, aunque menos evidente de tal discurso, es decir, sus *implicaturas políticas* (véase el cap. 8), en las consecuencias derivadas no tanto del discurso mismo, como de los contextos (habitualmente implícitos) tales como los construyen y los entienden los participantes. Este tipo de análisis «contextual» puede también hacer hincapié en otros aspectos no siempre manifiestos del discurso: las *mentiras*. A través de un análisis del manejo contextual del conocimiento, veremos que esta clase de estudio contribuye a ahondar nuestra clarividencia del discurso político en general y de los debates parlamentarios sobre Irak en particular.

Espero que mediante estos análisis teóricos de algunas de las nociones básicas de las ciencias sociales y muy especialmente de los ECD, así como a través de los estudios de casos en los que se han aplicado, estos artículos contribuyan al progreso de todo el saber crítico.

Salvo el primero, que hace las veces de introducción, y el último, el resto de los capítulos de este libro han aparecido anteriormente en varios periódicos y libros. Sin embargo, con el propósito de reunirlos en



una declaración coherente sobre los fundamentos de los Estudios Críticos del Discurso decidí presentarlos en un solo volumen en lo que me parece una útil contribución, sobre todo para quienes no tienen fácil acceso a las publicaciones especializadas. Puesto que se han mantenido las versiones originales, casi sin modificaciones, necesariamente habrá repeticiones de algunos fragmentos de la teoría, aunque éstos siempre se formulan de maneras diferentes. La ventaja de conservar los artículos completos, en su versión original, es que se pueden leer individualmente y en cualquier orden, y que se pueden citar tal cual como aparecieron en su versión original en inglés. Además, en la traducción española a veces mencionamos el término técnico original en inglés si no hay una buena traducción española, como es el caso del término *disclaimer*, estudiado aquí como una parte funcional —una jugada (*move*)— de una estrategia de negar el racismo.

Los artículos reunidos en este volumen fueron escritos en el curso de los últimos veinticinco años. Por lo tanto, las referencias en los artículos de los años 1980 y 1990 obviamente no están actualizadas y hay que referirse a las referencias de los artículos más nuevos. Además añadido una pequeña bibliografía actualizada al final de esos artículos más viejos —pero sin cambiar los artículos y referencias originales, para evitar dar una falsa impresión del desarrollo de mis teorías introduciendo ideas nuevas en artículos más viejos.

Se trata de un libro que seguramente puede constituir un provechoso aporte en las clases de varias disciplinas de las ciencias sociales tales como la lingüística, el análisis del discurso, la ciencia política, la sociología, los estudios étnicos, la comunicación y la psicología social. Como es mi costumbre, aunque desarrollo marcos teóricos bastante complejos, me he esforzado por presentarlos en un estilo accesible para que puedan leerlo los estudiantes de humanidades y de todas las ciencias sociales. Como decíamos antes, el acceso es fundamental, también en el campo del saber y especialmente en los ECD; por lo tanto, los autores deberíamos tener muy presente que nuestros escritos, aunque traten cuestiones sociales complejas, deben ser accesibles a la mayor cantidad de gente posible.

Una versión portuguesa de este libro se publicó en 2008 (São Paulo, Contexto), y una versión árabe está en preparación.

Como hago habitualmente, invito a los lectores a enviarme sus comentarios y críticas ([vandijk@discursos.org](mailto:vandijk@discursos.org)) y a visitar mi página web en la que encontrarán muchos otros recursos, artículos, bibliografía y una lista de mis obras ([www.discursos.org](http://www.discursos.org)).

TEUN A. VAN DIJK  
*Barcelona, mayo de 2009*



# 1

## Introducción: discurso y dominación\*

Si definimos los Estudios Críticos del Discurso (ECD) como un movimiento intelectual específicamente interesado en la elaboración de la teoría y el análisis crítico de la reproducción discursiva del abuso de poder y de la desigualdad social, debemos convenir en que una tarea central de este movimiento es el examen detallado del concepto de poder. Sin embargo, como sucede con muchas nociones fundamentales de las ciencias sociales, la de poder es tan compleja como espinosa. Por ello, no sorprende la vasta cantidad de libros y de artículos dedicados al análisis de este concepto que es central en numerosas disciplinas. Por lo tanto, es imperativo que me concentre en aquellas dimensiones del poder que tienen importancia directa para el estudio del uso del lenguaje, el discurso y la comunicación.

No obstante, mi objeto de estudio, a saber, la «reproducción discursiva del abuso de poder y de la desigualdad social» no deja de ser una noción problemática en sí misma y que, por consiguiente, también requiere un análisis teórico detallado. Por ejemplo, ¿cómo se relacionan una entonación específica, un pronombre, un título destacado, un tema,

\* Quiero expresar mi reconocimiento a Carmen Rosa-Caldas, a Michelle Lazar y a Theovan Leeuwen por la lectura crítica, las correcciones y las sugerencias que me brindaron para este capítulo.

un determinado elemento léxico, una metáfora, un color o un ángulo de toma de la cámara, entre un cúmulo de otras propiedades semióticas del discurso, con algo tan abstracto y general como son las relaciones de poder que se dan en una sociedad? Es decir, tenemos que encontrar la manera de relacionar las propiedades típicas del micronivel del texto, la conversación, la interacción y las prácticas semióticas con los aspectos típicos del macronivel de la sociedad tales como los grupos y las organizaciones y sus relaciones de dominación.

Por otra parte, los ECD no están meramente interesados en cualquier clase de poder, sino que ponen el acento específicamente en el *abuso* de poder, en otras palabras, en las formas de dominación que terminan provocando la desigualdad y la injusticia social. Tal noción normativa (el abuso está *mal*) exige un análisis que tenga en cuenta otras nociones normativas y criterios de las ciencias sociales, tales como la legitimidad, lo cual a su vez supone recurrir a la ética aplicada y a la filosofía moral. Así es como, en este libro, con frecuencia abordo la cuestión de la reproducción discursiva del racismo y un análisis crítico de tales prácticas discursivas supone que, al menos desde *mi* punto de vista, el racismo es injusto porque las prácticas racistas infringen las normas de igualdad social.

El objetivo general de los ECD de estudiar el abuso de poder discursivo también abarca el acceso diferenciado al poder social; por lo tanto, prestaré especial atención a los diferentes tipos de acceso al discurso público como uno de los recursos del poder social.

En otras palabras, comprobamos que muchos de los conceptos de los Estudios Críticos del Discurso deben formularse partiendo de las nociones básicas de las ciencias sociales. En este libro trato de contribuir a este debate sobre los fundamentos de los ECD desarrollando nociones teóricas y aplicándolas a ejemplos concretos del análisis crítico; en esta introducción presento esas diversas contribuciones dentro de un marco teórico coherente.

## Los Estudios Críticos del Discurso

Antes de presentar el marco teórico para el estudio de la reproducción discursiva del abuso de poder, debo hacer una defensa más general del estudio crítico del discurso.

Aunque actualmente se ha adoptado de manera generalizada la fórmula *Análisis Crítico del Discurso* (ACD), me gustaría proponer que se la cambie por *Estudios Críticos del Discurso* (ECD) por una cantidad de razones obvias. La razón principal es que los Estudios Críticos del Discurso *no son* —como con mucha frecuencia se supone, especialmente en el campo de las ciencias sociales— un *método* de *análisis* del discurso. No existe un método semejante. Los ECD utilizan cualquier método que sea pertinente para los objetivos de sus proyectos de investigación y esos métodos son, en gran medida, los que se utilizan generalmente en los estudios del discurso.

En realidad, y por la misma razón, el *análisis del discurso* mismo no es un *método*, sino antes bien una esfera de la práctica académica, un cruce de disciplinas distribuido a través de todas las humanidades y las ciencias sociales. Por eso mismo, prefiero utilizar la denominación *Estudios del Discurso* (ES) para referirme a esta disciplina.

### *Los métodos de los Estudios (Críticos) del Discurso*

Tanto en los Estudios del Discurso en general, como en los Estudios Críticos del Discurso en particular, nos encontramos con la interrelación habitual de teoría, métodos de observación, descripción o análisis y sus aplicaciones. De manera que no hay *un* análisis del discurso, como método, así como no hay *un* análisis social ni *un* análisis cognitivo. Tanto los ED como los ECD tienen muchos métodos de estudio diferentes que dependen de los objetivos de la investigación, la naturaleza de los datos estudiados, los intereses y requisitos del investigador y otros parámetros del contexto de indagación. Así es como, en ambos campos, podemos encontrar diferentes modos de estudiar las estructuras y estrategias del texto y la conversación, tales como:

- Análisis gramatical (fonológico, sintáctico, léxico, semántico).
- Análisis pragmático de los actos del habla y los actos comunicativos.
- Análisis retórico.
- Estilística.
- El análisis de los formatos globales y otras estructuras específicas de los géneros discursivos: relatos, noticias, debates parlamentarios, conferencias o anuncios publicitarios, entre muchos otros.

- Análisis de la conversación en la interacción.
- Análisis semiótico de los sonidos, las imágenes y las demás propiedades multimodales del discurso y la interacción.

Estos diferentes tipos de análisis (observación, descripción, crítica) pueden combinarse y superponerse de muchas maneras, de tal modo que una investigación puede enfocarse en la semántica de la narrativa, la retórica del discurso político, la pragmática de la conversación o la semiótica del estilo. Dentro de cada tipo de investigación hay, a la vez, muchas variaciones (a las que a veces se menciona como «métodos» o «enfoques») tales como el análisis formal o el análisis funcional que pueden ser por completo diferentes según las teorías, las escuelas o las «sectas» de cada disciplina académica. La mayoría de las veces tales análisis serán descripciones cualitativas de los detalles de la estructura del discurso pero, según los datos disponibles, esas descripciones pueden cuantificarse, como está ocurriendo cada vez más a menudo en el caso de la lingüística de *corpus*, lo cual proporciona nuevos métodos para la investigación de los ECD.

A pesar de todas estas diferencias, podemos, sin embargo, decir que estos enfoques son *maneras* de desarrollar el *análisis* o la *descripción* del discurso. Aunque en este caso no es habitual hablar de «métodos», en el sentido tradicional no sería un problema mayor describir estas «maneras de analizar» como «métodos».

Además de estos diferentes enfoques analíticos, los investigadores de los estudios del discurso recurren a los métodos convencionales de las ciencias sociales, tales como:

- La observación de los participantes.
- Los métodos etnográficos.
- Los experimentos.

El discurso se analiza no solamente como un objeto «verbal» autónomo, sino también como una interacción situada, como una práctica social o como un tipo de comunicación que se da en una situación social, cultural, histórica o política. En lugar de analizar una conversación entre vecinos podemos, por ejemplo, hacer un trabajo de campo en un barrio, observar cómo hablan las personas en los cafés o en las plazas y describir

muchos otros aspectos relevantes de estos acontecimientos comunicativos, tales como los marcos temporales o espaciales, las circunstancias especiales, los participantes y los papeles comunicativos y sociales que cumplen y las diversas actividades adicionales que se realizan al mismo tiempo.

Así, como estas diferentes formas de observación y análisis son claramente características de las ciencias sociales, para poder poner a prueba hipótesis específicas, se pueden aplicar diversas técnicas psicológicas en un laboratorio controlado o en los experimentos de campo. Hay una profusa investigación sobre los múltiples parámetros mentales que influyen en la producción y la comprensión del discurso y frecuentemente sólo podemos saber cuáles son y cómo operan examinando en un experimento en qué medida las condiciones específicas (circunstancias, datos, tareas) tienen consecuencias especiales en el modo en que hablamos o comprendemos el discurso.

En suma, tanto los Estudios del Discurso como los Estudios Críticos del Discurso utilizan una gran cantidad de métodos de observación y análisis y otras estrategias para reunir, examinar o evaluar datos, para poner a prueba las hipótesis, para desarrollar teorías y para adquirir conocimientos.

### *Un enfoque analítico especial en los Estudios Críticos del Discurso*

No obstante, es importante advertir que, a pesar de este pluralismo metodológico, hay ciertas preferencias y tendencias que responden al énfasis especial que ponen los ECD en los aspectos del abuso de poder y, por tanto, más generalmente en las condiciones y consecuencias sociales del texto y la conversación.

Ante todo, en general la investigación de los ECD prefiere métodos que de ningún modo violen los derechos de las personas que estudia y que sean coherentes con los intereses de los grupos sociales a favor de los cuales precisamente se ha iniciado la investigación. En otras palabras, los métodos de los ECD se eligen con el propósito de contribuir al fortalecimiento social de los grupos dominados, especialmente en el terreno del discurso y la comunicación.

En segundo lugar, los métodos de los ECD indagan específicamente las relaciones complejas que existen entre la estructura social y la estruc-



tura del discurso y las maneras en que pueden variar las estructuras del discurso por influencia de la estructura social. Por ejemplo, ciertas estructuras sintácticas de las oraciones son obligatorias (tales como el artículo precediendo al sustantivo en español y en inglés) independientemente de la situación social del discurso y, por lo tanto, no variará directamente como una función del poder del hablante. Ya se sitúe uno a la izquierda o bien a la derecha, la gramática del lenguaje será la misma para todos. Es decir, el abuso de poder sólo puede manifestarse en el uso del lenguaje si existe la posibilidad de variación o elección, tal como decir de una misma persona que es un terrorista o un luchador por la libertad, según la posición o la ideología del que habla. Similarmente, las noticias de la prensa siempre tienen titulares, al margen de que éstos realicen una función en la reproducción de los prejuicios étnicos. Por lo tanto, es más la forma y el sentido de un título que la propiedad estructural del titular mismo lo que puede estar relacionado con la situación social. Aunque esta perspectiva es generalmente acertada, hay casos en los que las estructuras de dominación no sólo influyen en las opciones y variaciones del uso del lenguaje o el discurso, sino que lo hacen en todos los sistemas discursivos o semióticos, los géneros y otras prácticas sociales.

Podemos llegar, pues, a la conclusión de que los ECD generalmente habrán de concentrarse en aquellos sistemas y estructuras del habla o el texto que puedan depender de las condiciones sociales oportunas en que se utilice el lenguaje o variar en función de esas condiciones o que puedan contribuir a desencadenar consecuencias sociales específicas del discurso, como influir en las creencias sociales y en las acciones de quienes lo reciben. Más específicamente, los ECD prefieren poner el acento en aquellas propiedades del discurso que están característicamente asociadas a la expresión, confirmación, reproducción o impugnación del poder social de los oradores o escritores, en su condición de miembros de los grupos dominantes.

Tales propiedades pueden ir desde una entonación especial hasta ciertas características visuales y auditivas (color, tipografía, configuración de las imágenes, música) a las estructuras sintácticas (activas y pasivas, por ejemplo), pasando por la selección del léxico, la semántica de las presuposiciones o las descripciones de las personas, las figuras retóricas y las estructuras argumentativas. Pero también se incluyen la selección de ac-

tos del habla específicos, las jugadas (*moves* en inglés) de cortesía y las estrategias de conversación.

El discurso racista y, de modo más amplio, el discurso ideológico de los miembros de endogrupos (*ingroups*), por ejemplo, tiene la peculiaridad de poner énfasis, mediante muchas variantes discursivas, en las características positivas de Nuestro propio grupo y de sus miembros y las características (sugeridamente) negativas de los Otros, el exogrupo (*outgroup*). Los autores puede hacerlo seleccionando temas específicos, el tamaño o el color del título, el empleo de fotografías o caricaturas, mediante gestos o eligiendo determinados elementos léxicos o metáforas, mediante argumentos (y falacias), es decir, urdiendo embustes. Como vemos, la estrategia general que implica la reproducción discursiva de la dominación (por ejemplo, racista o sexista), a saber, la polarización entre grupos dominantes y grupos dominados o marginados (la glorificación del endogrupo contra el desprecio por los Otros) puede llevarse adelante de muchas maneras y en muchos niveles de discurso.

En este tipo de análisis, las estructuras polarizadas del discurso desempeñan un papel esencial en la expresión, adquisición, confirmación y, por consiguiente, la reproducción de la desigualdad social. Debemos hacer notar, sin embargo que tal relación entre las estructuras del discurso y las estructuras sociales no es una mera correlación ni una sencilla relación causal. Antes bien, debemos tomar en consideración un proceso socio-cognitivo muy complejo que abarca, por ejemplo, los modelos mentales u otras representaciones cognitivas de los participantes. Asimismo, debemos tener en cuenta en qué medida esas representaciones están influidas por las estructuras del discurso y hasta qué punto influyen, a su vez, en la interacción (y, en consecuencia, en el discurso futuro).

### *Objetivos generales de los Estudios Críticos del Discurso*

A pesar de la amplia variedad de métodos que se emplean en los ECD, éstos tienen ciertos objetivos generales en los que coincide la mayor parte de los estudiosos. Poco antes mencioné uno de esos objetivos, a saber, *el estudio de la reproducción discursiva del abuso de poder*. En otras palabras, los ECD están específicamente interesados en el estudio (crítico) de las cuestiones y problemas sociales, en la desigualdad social, la dominación y los fenómenos relacionados con ellas, en general y en la función

que cumplen el discurso, el uso del lenguaje o la comunicación en tales fenómenos, en particular. Podríamos decir que éste es el *terreno* especial de los ECD: fenómenos sociales específicos, problemas específicos y temas de investigación específicos.

Pero esto no es todo. Debemos describir de manera más explícita el término «crítico» en el sentido en que se emplea aquí. Estudiar las cuestiones o los problemas sociales es una tarea normal de las ciencias sociales, pero esos estudios de corriente dominante no son inherentemente «críticos». Dicho de otro modo, los ECD contienen un aspecto normativo, una perspectiva, una actitud y una manera especial de hacer investigación socialmente pertinente.

No es fácil definir las propiedades precisas de tal perspectiva o actitud crítica, de modo que enumeraremos algunas, aclarando que no son plenamente explícitas ni exhaustivas. Los Estudios del Discurso podrán definirse más específicamente como «críticos» si satisfacen uno o varios de los siguientes criterios, en los cuales «dominación» significa «abuso del poder social por parte de un grupo social»:

- Las relaciones de dominación se estudian primariamente desde la perspectiva del interés del grupo dominado y a favor de éste.
- Las experiencias de (los miembros de) los grupos dominados se emplean además como prueba para evaluar el discurso dominante.
- El estudio puede mostrar que las acciones discursivas del grupo dominante son ilegítimas.
- Pueden formularse alternativas a los discursos dominantes que coinciden con los intereses de los grupos dominados.

Estos puntos implican claramente que los estudiosos de los ECD no son «neutrales» y que, por el contrario, están comprometidos a favor de los grupos dominados de la sociedad. Toman una posición y lo hacen explícitamente. Mientras que la mayor parte de la investigación social «neutral» puede muy bien tener una posición social, política o ideológica implícita (o, en realidad, negar que adopte tal posición, lo cual, evidentemente, también es tomar una posición), los investigadores de los ECD reconocen los compromisos y la posición de su propia investigación en la sociedad y reflexionan sobre ellos. No sólo son conscientes de la elección de los temas y las prioridades de sus investigaciones, teorías, méto-

dos y datos en el plano científico, sino que también son conscientes de ello en el plano sociopolítico. No se limitan meramente a estudiar los problemas sociales o las formas de desigualdad porque éstas sean materias «interesantes» de estudio, sino que además lo hacen explícitamente con el objeto de contribuir a producir un cambio social específico en favor de los grupos dominados. Examinan en una perspectiva autocrítica si los resultados de su investigación podrían beneficiar la posición dominante de los grupos poderosos de la sociedad y además, al adoptar el punto de vista de los grupos dominados, los investigadores de los ECD también pueden tratar de influir y cooperar con los «agentes de cambio» cruciales o los «disidentes» de los grupos dominantes.

Se ha dado un amplio debate para intentar determinar si la investigación académica sociopolíticamente comprometida era realmente «científica». Las acusaciones de «conclusiones tendenciosas» contra la investigación crítica aparecen con frecuencia y también ellas merecen un análisis crítico, aunque sólo sea porque *no* comprometerse políticamente también es una elección política. No obstante, en nuestra condición de investigadores críticos deberíamos tomar seriamente toda crítica seria. Es fundamental destacar que una perspectiva crítica y socialmente comprometida no implica una investigación menos rigurosa. Nada de lo que hemos descrito sobre la investigación crítica en las ciencias sociales implica que las teorías y los métodos de los ECD deban ser menos científicos.

Por el contrario, los estudiosos de los ECD son plenamente conscientes de que los estudios del discurso sobre los problemas sociales que pueden llegar a beneficiar efectivamente a los grupos dominados y contribuir a que se abandonen o se modifiquen las prácticas discursivas ilegítimas de las élites simbólicas habitualmente requieren programas de investigación, teorías y métodos complejos y multidisciplinarios. Una cosa es estudiar formalmente, por ejemplo, los pronombres, las estructuras de argumentación o los jugadas de la interacción de una conversación y otra muy diferente hacerlo, de manera igualmente rigurosa, como parte de un programa de investigación mucho más complejo que muestre cómo contribuyen esas estructuras a reproducir el racismo o el sexismo en la sociedad.

Como ya dijimos, esto con frecuencia implicará relacionar las estructuras del discurso, primero con las estructuras cognitivas y luego con

las estructuras sociales, lo cual exige el empleo de teorías y métodos multidisciplinares.

En resumen, los ECD se ocupan específicamente de los problemas sociales complejos, por lo cual tienen que aplicar o desarrollar teorías y métodos complejos procedentes de varias disciplinas y, al mismo tiempo, deben satisfacer los criterios sociales mencionados poco antes, por ejemplo, que se trate de problemas significativos para los grupos dominados. Todo esto entraña que, en el conjunto, los criterios que aplica la investigación de los ECD a menudo sean más exigentes que los elegidos por las demás formas de estudio del discurso.

Obsérvese además que con esto *no* estamos diciendo que todos los estudios del discurso deberían ser estudios *críticos*; sólo aclaramos que los estudios críticos no son menos científicos por el hecho de ser críticos. Dichos estudios deben tener un elevado nivel teórico y metodológico porque, de lo contrario, no podrían alcanzar sus objetivos sociopolíticos. Es decir, un mal análisis del discurso, aun en los ECD, no satisface los elevados criterios de los Estudios Críticos del Discurso, a saber, llegar a contribuir al cambio social.

Puede ocurrir que investigadores de los ECD emprendan desarrollos teóricos que no tengan aplicaciones directas inmediatas, pero con ello pueden contribuir a mejorar las bases de la investigación en el área. Si bien los estudiosos de esta especialidad están particularmente interesados en el tema general de la reproducción discursiva del abuso del poder en la sociedad, también pueden tener que examinar, en términos más generales, la relación que se da entre discurso y poder o lo que hace que el abuso de poder sea ilegítimo.

Habría que destacar además que, a pesar de sus objetivos y principios generales de investigación social crítica, los ECD no conforman un movimiento homogéneo, como suele ser el caso de cualquier movimiento social. Por eso prefiero concentrar los ECD en el *abuso* de poder, o sea, en la *dominación* y sus consecuencias (concretamente, la desigualdad social) y en cómo se reproducen mediante el discurso. Con todo, podemos optar por una meta más amplia e incluir el estudio más abarcador del poder y de las relaciones entre poder y discurso, como hemos hecho en varios capítulos de este libro. De modo parecido, podemos contar entre los objetos de interés de los ECD el estudio de las relaciones entre discurso

y sociedad. Sin duda, el estudio de las relaciones entre discurso y poder y entre discurso y sociedad en general están en la base de los ECD y se da por descontado en los proyectos de investigación más específicos. No obstante, prefiero formular objetivos más concretos para los ECD, porque si no lo hiciéramos correríamos el riesgo de que este movimiento preciso quedara desdibujado o incluido en la sociolingüística, la sociología del lenguaje, la antropología lingüística, la ciencia política y las subdisciplinas relacionadas, con las cuales, evidentemente, está muy vinculado. Baso mi decisión de concentrarme en las nociones normativas del *abuso* de poder y la *desigualdad social* en los fundamentos lógicos de la investigación *crítica*. Esta investigación analiza críticamente lo que, de acuerdo con normas y valores sociales específicos, es *injusto, ilegítimo, está desencaminado* o es *malo*. No pretendemos estar en posición de estudiar todas las relaciones de poder sociales y políticas de la sociedad, sino que pondremos el acento en el poder ilegítimo y trataremos de saber cómo y por qué ese poder, y específicamente su dimensión discursiva, son ilegítimos. Queremos examinar las diversas maneras en que puede abusarse del discurso, por ejemplo, por medio del estudio sistemático (y la clara distinción entre estas diversas formas) de la manipulación discursiva, la información distorsionada, las mentiras, la difamación, la propaganda y otras formas de discurso encaminadas a manejar ilegítimamente la opinión y controlar las acciones de la gente con intención de sustentar la reproducción del poder. Resumiré este objetivo complejo en las dos nociones de *Discurso* y *Dominación*. Ésta ya es una vasta tarea que, en mi opinión, es la misión medular de los ECD. Como veremos seguidamente y en el resto del libro, esto implica tomar prestados o desarrollar instrumentos teóricos de una naturaleza más general, tales como el poder, la estructura social, los grupos sociales, la ideología, el contexto y otros conceptos generales implicados en el estudio de la dominación discursiva.

## El discurso y la reproducción del poder social

Examinaré las complejas relaciones que se dan entre discurso y poder precisamente en la perspectiva más amplia de los objetivos y fundamentos de los Estudios Críticos del Discurso.

Aunque en filosofía y en las ciencias sociales hay muchos conceptos de poder, en este libro defino esencialmente el poder *social* atendiendo al *control*, es decir, al control que ejerce un grupo sobre otros grupos y sus miembros. Tradicionalmente, el control se define como el control sobre las acciones de los otros. Pero si ese control se ejerce además en beneficio de aquellos que lo poseen y en detrimento de los sujetos controlados, podemos hablar de *abuso* de poder. Si entre las acciones se cuentan las que son comunicativas, es decir, el discurso, estamos más específicamente ante el control ejercido sobre el discurso de los otros, lo cual es uno de los modos evidentes en que se relacionan el discurso y el poder: las personas ya no son libres de hablar o de escribir cuando, donde, a quien, sobre qué o cómo quieren hacerlo, sino que están controladas, en parte o enteramente, por otros entes poderosos, tales como el Estado, la policía, los medios o una empresa comercial interesada en suprimir la libertad de los textos y las conversaciones (principalmente, críticos). O, al revés, deben hablar o escribir tal como se les exige que lo hagan.

Semejante control se extiende por toda la sociedad. Pocas personas tienen la libertad total de decir y escribir lo que quieran, dónde y cuando quieran y a quien quieran. Existen las restricciones sociales de leyes (por ejemplo, contra las calumnias o la propaganda racista) o de normas sobre lo que es apropiado y lo que no lo es. Y la mayor parte de la gente tiene empleos en los que se les obliga a producir tipos específicos de discursos escritos o hablados. En este ámbito, el control del discurso parece ser la regla antes que la excepción. Por consiguiente, para estudiar el abuso de tal control del discurso, tenemos que formular condiciones específicas tales como violaciones determinadas de derechos humanos o sociales, que analizaremos luego.

El control no sólo se ejerce sobre el discurso entendido como práctica social, sino que también se aplica a las mentes de los sujetos controlados, es decir, a su conocimiento, a sus opiniones, sus actitudes y sus ideologías, así como a otras representaciones personales y sociales. En general, el control de las mentes es indirecto, una consecuencia buscada, pero sólo posible o probable, del discurso. Quienes controlan el discurso pueden controlar indirectamente las mentes de la gente. Y puesto que las acciones de las personas están controladas por sus mentes (conocimiento, actitudes, ideologías, normas, valores), el control mental también

implica el control indirecto de la acción. Esta acción controlada puede ser a su vez discursiva, de tal modo que el discurso de los poderosos termine por influir, indirectamente, en otros discursos que lleven agua para el molino de quienes están en el poder. Con este resumen explicamos el proceso fundamental de la reproducción del poder a través del discurso. Pero observemos este proceso más detalladamente.

### *El control del contexto: el acceso*

Si el discurso controla las mentes y las mentes controlan la acción, para quienes ocupan el poder controlar el discurso es absolutamente esencial. ¿Cómo lo logran? Si los eventos comunicativos no sólo están compuestos por el texto y la conversación «verbales» sino también por un contexto que influye en el discurso, el primer paso que debe darse para controlar el discurso es controlar sus contextos. Por ejemplo, las élites u organizaciones poderosas pueden decidir quiénes, cuándo, dónde y con qué objetivos participan de un determinado evento comunicativo.

Esto significa que debemos examinar en detalle los modos en que quienes están en el poder regulan el *acceso* al discurso, como se observa típicamente en el caso de una de las formas más influyentes de discurso público, la de los medios de comunicación masiva. ¿Quién tiene acceso a la (producción de) noticias de la prensa o a los programas de televisión y quién controla ese acceso? ¿Quiénes pueden organizar conferencias de prensa a las que asistirán muchos periodistas? ¿Qué comunicados de prensa se están leyendo y publicando? ¿A quiénes se está entrevistando y citando con frecuencia? ¿Las acciones de quiénes se definen como noticias? ¿A quiénes pertenecen los artículos de opinión o las cartas de lectores que se están publicando? ¿Quiénes pueden participar en un programa de televisión? Y, de manera más general, ¿a quiénes corresponde la definición de la situación política y social aceptada y tomada seriamente?

En todos estos casos estamos hablando del acceso *activo*, es decir, de una participación en el control de los contenidos y las formas de los medios y no sobre el acceso más o menos *pasivo* de los consumidores (aun cuando esos consumidores puedan resistirse activamente a los mensajes de los medios adoptando interpretaciones diferentes de la que se trata de imponerles). Asimismo, habría que destacar que el mayor acceso global a los medios poderosos puede ser un instrumento para hacer desapare-



cer los medios alternativos, pequeños, que cuentan con recursos financieros y tecnológicos más escasos. En otras palabras, la noción misma de acceso exige un análisis adicional porque tiene muchas dimensiones. En este libro sólo examinaré el acceso como una forma de contribuir activamente, o una forma de participar, en la producción del discurso público, por ejemplo, qué acceso tienen las organizaciones o los ciudadanos a los periodistas y en qué medida pueden influir en la cobertura de los medios.

### *El control del discurso*

Una vez que ha establecido hasta qué punto están controlados tales parámetros del contexto y la producción del discurso, uno puede investigar cómo se controlan las estructuras mismas del discurso: ¿*qué* (desde los temas globales hasta las significaciones locales) puede decirse o debería decirse? ¿*Cómo* puede o debería ser formulado eso que se dice (con qué palabras, más o menos detalladas, precisas, formando qué clase de frases, en qué orden, más o menos resaltadas)? ¿Qué actos del habla u otros actos comunicativos deben o pueden lograrse por intermedio de tales significaciones y formas del discurso? Y, ¿cómo están organizados dichos actos en la interacción social?

### *El control de la mente*

En cada fase del proceso de reproducción es necesario realizar análisis sociales, cognitivos y discursivos detallados y elaborados. Muchas de las relaciones que acabamos de mencionar aún se comprenden vagamente. Estamos comenzando a comprender cómo se entiende el discurso, pero sabemos mucho menos de las diversas formas de «cambios de opinión» a que conduce esa comprensión: aprendizaje, persuasión, manipulación o adoctrinamiento. El «control de la mente» abarca mucho más que la mera comprensión del texto o la conversación; incluye el conocimiento personal y social, las experiencias previas, las opiniones personales y las actitudes, ideologías, normas y valores sociales, entre otros factores que participan de la modificación del modo de pensar de una persona.

Una vez que hayamos descubierto en profundidad estas representaciones y procesos cognitivos complejos, estaremos en condiciones de mostrar, por ejemplo, en qué medida los informes racistas sobre los in-

migrantes pueden crear o confirmar prejuicios o estereotipos que, a su vez, pueden conducir a ideologías racistas o estar controlados por la formación de tales ideologías que suelen utilizarse además para producir nuevos textos o conversaciones racistas en otros contextos, lo cual finalmente contribuye a la reproducción discursiva del racismo. A grandes rasgos, hoy comprendemos mucho más de todo esto pero, como decíamos antes, aún se comprenden muy confusamente los detalles de cómo influyen esos procesos discursivos en las opiniones generales o en las personas individualmente.

El estudio de la influencia en el «control de la mente» que ejercen los medios debería realizarse en un marco sociocognitivo más amplio que relacionara las estructuras complejas del (nuevo) paisaje de los medios actuales con los usos que se les dan a esos medios y finalmente con las diversas y complejas maneras en que tales usos pueden influir en las mentes de las personas. Verdaderamente, los «medios masivos de comunicación» han dado paso a una enorme diversidad de medios alternativos, medios para «nichos» especiales y fundamentalmente las vastas posibilidades de Internet, los teléfonos móviles y el uso más individual que permiten de las noticias, el entretenimiento y otros «contenidos». Los lectores y usuarios en general posiblemente se hayan vuelto más críticos e independientes. Sin embargo, aún falta saber —y esto requiere análisis mucho más críticos— si esa vasta diversidad de tecnologías, medios, mensajes y opiniones también hacen que los ciudadanos estén mejor informados y sean capaces de resistirse a la elaborada manipulación de que son objeto mediante mensajes que en apariencia se dirigen a ellos más personalmente pero que muy bien podrían estar inculcándoles las ideologías dominantes que no han cambiado mucho. La ilusión de la libertad y la diversidad puede ser una de las mejores maneras de producir la hegemonía ideológica que siempre jugará a favor de los poderes dominantes de la sociedad y, en no menor medida, de las empresas que producen las tecnologías y los contenidos mismos de los medios que crean tal ilusión.

## **El análisis del discurso como análisis social**

La definición de las organizaciones y los grupos poderosos, es decir, el origen mismo del ciclo de la reproducción discursiva del poder se ca-

racteriza por problemas teoréticos y empíricos semejantes. ¿Qué características deben tener determinados grupos de personas para que se les pueda describir como poderosos?

Esto puede estar intuitivamente claro cuando se trata de los gobiernos, los Parlamentos, los organismos estatales, la policía, los medios, los militares y las grandes corporaciones de negocios y puede estarlo en el caso de algunos profesionales tales como doctores y profesores o hasta de quienes desempeñan determinados roles sociales, como los padres. Pero aunque a menudo el poder de los medios, entendidos como organizaciones y empresas, resulta evidente, ¿implica esto que los periodistas, individualmente, sean poderosos? Probablemente la mayor parte de ellos negaría tal afirmación, aun cuando se den cuenta de que tiene el poder de influir en la opinión de cientos de miles, si no ya millones, de personas. El poder, en ese sentido, no debería definirse como el poder de una persona sino, antes bien, como el de una posición social, un poder que está organizado como parte constitutiva del poder de una organización. Por lo tanto, si pretendemos precisar quiénes controlan el discurso público y cómo lo hacen, tenemos que realizar un análisis social más refinado.

Pueden darse ejemplos parecidos de otro campo fundamental del «poder simbólico», a saber, la educación. Sabemos que los docentes y los libros de texto influyen en las mentes de los estudiantes y difícilmente podemos negar que deseamos que lo hagan para que nuestros niños *aprendan* algo. Pero es muy difícil distinguir entre el aprendizaje que realmente le sirve al estudiante para su vida presente y futura, por un lado, y el adoctrinamiento de ideologías de las organizaciones o grupos poderosos de la sociedad o el intento de evitar que los estudiantes desarrollen su propio potencial crítico, por el otro. Con todo, sería muy difícil señalar o culpar a un docente o un pasaje prejuicioso de un libro de texto, porque la forma de influencia suele ser mucho más difusa, compleja, global, contradictoria, sistemática e inadvertida por todas las partes implicadas. En realidad, desde el ministro de Educación que dicta los planes de estudio, desde los autores, los equipos y las editoriales que producen los libros de texto o el comité de profesores que los aprueba, hasta los docentes que los enseñan, todos pueden estar convencidos de que esos libros de texto son buenos para los niños.

Estos ejemplos pueden multiplicarse en todas las esferas de la sociedad, es decir, en la política, la justicia, los cuidados de la salud, las burocracias y los organismos del Estado y las empresas comerciales y, desde la cima hasta las bases, desde las élites rectoras hasta aquellos que ejecutan las medidas políticas, las directrices y los planes decididos allá arriba.

### *Nuevamente, el poder y el acceso*

En suma, cuando «hacemos» análisis del discurso como análisis social, exploramos estructuras sumamente complejas de organización, control y poder de las cuales los textos y las conversaciones públicas pueden ser sólo una de muchas otras prácticas sociales que deben someterse a escrutinio. Además, este tipo de estudio crítico de organizaciones complejas y poderosas presenta sus propios problemas metodológicos, como importantes limitaciones de acceso. Veamos algunos ejemplos: podemos analizar críticamente un informe público de noticias o un editorial, un libro de texto o la interacción dentro de un aula, la propaganda de un partido o los anuncios publicitarios de una empresa, pero rara vez tenemos acceso al tipo de interacción discursiva que se da en los niveles más altos: las reuniones de gabinete, las reuniones editoriales de un periódico, las reuniones de la cúpula de un partido político o las deliberaciones de la junta directiva de una empresa.

En la práctica de trabajo de campo, la regla general es que cuanto más altos e influyentes son los discursos, tanto menor es la publicidad que se les da y también el acceso que se tiene a ellos para realizar un escrutinio crítico. Y a veces esto se reglamenta por ley, como sucede con las reuniones de gabinete. Por ejemplo, en mi propio campo de investigación sobre el racismo y la prensa, que yo sepa, ningún investigador ha tenido acceso a las reuniones editoriales de un periódico. Y todo el que haya hecho trabajo de campo sabe que entrevistar a las élites siempre es mucho más difícil que conversar con la gente corriente en su propio ámbito, gente que a menudo lo hace con verdadero gusto porque habitualmente nadie le pregunta su opinión ni se interesa por sus experiencias personales.

Por esto contamos con los datos públicos sobre el racismo tomados de los debates políticos, de las noticias, de los libros de texto o de los pro-

gramas de los partidos, pero carecemos de datos sobre cómo hablan y escriben, internamente, sobre los inmigrantes y las minorías, los ministros del gabinete, los líderes de los partidos, los editores, los miembros de las juntas directivas o los burócratas de alto rango.

### *El poder como agente de control del discurso público*

En este libro nuestro cuán estrechamente entrelazado está el análisis social crítico con el análisis contextual del discurso. Tradicionalmente, el poder social de los grupos (clases, organizaciones) se definía en relación con su acceso preferencial a recursos materiales específicos, tales como el capital o la tierra, a recursos simbólicos como el conocimiento, la educación o la fama, o a la fuerza física o en relación con el control de dichos recursos.

No obstante, muchas formas del poder contemporáneo deberían definirse como poder *simbólico*, es decir, en relación con el *acceso preferencial a —o el control del— discurso público*, siguiendo la lógica de la reproducción esbozada anteriormente: el control del discurso público implica el control de la mente del público y, por consiguiente, indirectamente, el control de lo que el público quiere y hace. No hace falta la coerción si uno puede persuadir, seducir, adoctrinar o manipular al pueblo.

En estos términos, pues, las élites simbólicas de hoy, tales como los políticos, los periodistas, los escritores, los profesores, los docentes, los abogados, los burócratas y todos los demás que tienen un acceso especial al discurso público o los gerentes de las grandes empresas que, indirectamente, controlan ese acceso, por ejemplo, como los propietarios de los imperios de los medios, son quienes, siguiendo este criterio, deberían definirse como los poderosos.

El poder simbólico puede derivar de otros tipos de poder. Así, los políticos tienen acceso al discurso público a causa de su poder político y los profesores, a causa de los recursos que les da el conocimiento. Si definimos el poder atendiendo al control de (los miembros de) un grupo sobre otros, luego tales formas de poder político, académico o corporativo realmente llegan a ser efectivas si proporcionan acceso especial a los medios de la producción del discurso y, con ello, al manejo de las opiniones del público.

Mientras clásicamente se definía el poder con referencia a las clases y al control de los medios materiales de producción, hoy ese poder ha sido reemplazado en gran medida por el control de las mentes de las masas y para lograr ese control hace falta controlar el discurso público en todas sus dimensiones semióticas.

En consecuencia, debemos ir más allá de las clásicas frases hechas de la bibliografía crítica popular (habitualmente acertadas, pero demasiado sencillas) sobre el poder de la política o de los medios en cuanto a «manejar las mentes» y debemos examinar detalladamente qué significa eso exactamente: de qué manera ciertos grupos específicos de la sociedad pueden controlar cómo se definen (esto es, los modelos mentales) y qué emociones provocan los acontecimientos públicos, cómo controlan el conocimiento sociocultural general y el sentido común, las actitudes antes cuestiones controvertidas y, lo más importante, las ideologías, las normas y los valores básicos que organizan y controlan tales representaciones sociales del público en su conjunto.

### *Reanalizar la hegemonía*

Como vemos, la relación entre análisis social y análisis del discurso es sumamente estrecha y es fácil advertir que, en varios aspectos, esa relación requiere además un análisis cognitivo. Vemos además que la noción clásica de hegemonía, tal como la definió Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel*, se enriquece mediante un análisis mucho más explícito de los procesos implicados, a saber, el modo en que se reproducen las ideologías y cómo la gente puede actuar, por propia voluntad, defendiendo los intereses de los que están en el poder.

Esta explicación de los medios discursivos y cognitivos que permiten que el poder social se reproduzca en la sociedad, evidentemente también debe ir más allá de los análisis habituales realizados en el macronivel de la sociología o la economía política. Es indudable que la política y los medios se influyen y controlan recíprocamente y que ambos están a su vez controlados por intereses comerciales fundamentales, por el mercado y lo que es financieramente «viable». Tales macroanálisis pueden refinarse notablemente mediante un análisis de las relaciones y las formas de control de las clases, los grupos o las organizaciones.

## *El microanálisis del poder*

Con todo, los analistas del discurso tienden a estudiar estas relaciones generales en un nivel más local, en un micronivel, como pueden ser las rutinas de interacción cotidianas en las cuales participan políticos y periodistas, cómo se elaboran y se distribuyen los comunicados de prensa, cómo se desarrollan las conferencias de prensa y de qué manera estratégica se da respuesta a las preguntas críticas de los periodistas.

Si quienes ocupan el poder necesitan controlar su imagen en los medios para acumular apoyo e influir en las opiniones y el estado de ánimo del público, tienen pues que controlar los detalles discursivos y de las interacciones que participan de la *construcción* del discurso público, por ejemplo la oportunidad, los contenidos precisos y el estilo de un comunicado de prensa, un informe comercial o un anuncio publicitario o las conversaciones y las entrevistas con los periodistas. Por intermedio de un análisis detallado de tales prácticas discursivas de las organizaciones —destinadas a controlar la producción del discurso público— podemos mostrar cómo se relacionan las macroestructuras sociales con las estructuras del discurso público y, finalmente, cómo éstas pueden influir en la manera de pensar del público en su conjunto.

Deberíamos destacar que estos procesos sociales de reproducción no son determinantes. Por ejemplo, a pesar de las muchas formas de influencia que ejercen el Estado o las organizaciones poderosas, tanto los periódicos, en su carácter de organizaciones, como los periodistas en su condición de individuos, pueden resistir (hasta cierto punto) esa presión y dar noticias ajustándose a su propia perspectiva y en concordancia con sus intereses.

Lo mismo cabe decir de las audiencias de las organizaciones de noticias. Evidentemente, las noticias que leen o ven, aunque sólo sea para mantenerse informadas y actualizadas sobre lo que ocurre en el mundo, ejercen una influencia. Pero la comprensión de las noticias y el modo en que puedan cambiar sus opiniones o sus actitudes dependen de sus propias actitudes o ideologías previas (compartidas con otros miembros del grupo), así como de sus experiencias personales. Esta interpretación personal de las noticias, este modelo mental de los acontecimientos constituye la base de la acción personal específica de los individuos.

Dicho de otro modo, el vínculo entre las macroestructuras del poder de la sociedad, por un lado y la capacidad de acción personal, por el otro, es sumamente complejo e indirecto, incluso para la reproducción discursiva del poder que estamos examinando aquí.

### *Discurso, cognición y sociedad*

El breve análisis de la reproducción discursiva del poder que acabamos de esbozar establece las relaciones fundamentales de un triángulo de conceptos que organizan la mayor parte de mi investigación también en otras publicaciones: discurso, cognición y sociedad. En mi opinión, todo ECD, de la índole que sea, debe prestar atención a estas tres dimensiones, aun cuando ocasionalmente uno quiera concentrarse en una o dos de ellas. La tendencia general que se observa en la investigación crítica es vincular *directamente* la sociedad, y especialmente el poder y la dominación, con el discurso, las prácticas sociales y los demás fenómenos que estudiamos.

En mi marco teórico, ese vínculo directo no existe, como no existe ninguna influencia directa de la estructura social en el texto o la conversación. Antes bien, los miembros sociales, observan, experimentan, interpretan y representan las estructuras sociales, por ejemplo, como parte de su interacción o su comunicación cotidianas. Esta representación (subjetiva), estos modelos mentales de acontecimientos específicos, este conocimiento, estas actitudes e ideologías son lo que finalmente influye en el discurso de la gente y en otras prácticas sociales. En resumen, la cognición personal y social siempre media entre la sociedad o las situaciones sociales y el discurso. De ahí que en los ECD necesitemos estudiar los problemas sociales en la perspectiva del triángulo discurso-cognición-sociedad. Ninguna de estas tres dimensiones puede comprenderse plenamente sin las otras dos.

### *...e historia y cultura*

Que estas tres dimensiones sean necesarias no significa que sean suficientes. Hay por lo menos dos dimensiones más que también son fundamentales en la investigación de los ECD: la *historia* y la *cultura*, aunque yo las incluyo como parte de la dimensión social. Es decir, la mayoría



de las cuestiones que trato en este capítulo y en este libro, tales como el racismo, los medios, la política o la educación, tienen una dimensión histórica importante cuyo análisis nos permitirá alcanzar una comprensión más completa de los problemas sociales contemporáneos. El racismo no es una invención de esta época, sino que tiene una historia de siglos. Por otro lado, en las últimas décadas se han producido vastos cambios sociales, como los referentes a las clases, los géneros y las etnias y muchas sociedades contemporáneas de Europa, las Américas y Australia a veces han emprendido cambios verdaderamente radicales en comparación con la situación vivida sólo cincuenta años antes. Los ECD deberían examinar esos cambios también respecto a la reproducción discursiva del poder y mostrar si es verdad que las relaciones fundamentales de poder cambiaron y hasta qué punto lo hicieron.

Finalmente, encontramos un panorama parecido en el terreno de la cultura. Todo lo que hemos dicho aquí también es aplicable a los diversos enfoques culturales. Los discursos y las maneras en que reproducen el poder son diferentes en las distintas culturas, como también varían las estructuras sociales y las cogniciones sociales implicadas en ese proceso de reproducción. Debido a la creciente globalización, es posible que los géneros de algunos discursos lleguen a ser completamente uniformes, como ocurre en el caso de la mayor parte de las noticias internacionales y hasta en el de ciertas formas de entretenimiento. Sin embargo, también los miembros de las diferentes culturas pueden comprender y utilizar tales discursos de maneras distintas, coincidentes con sus propias actitudes y sus propios conocimientos culturalmente compartidos. Lo mismo cabe decir de la producción del discurso y sus condiciones sociales, que también pueden variar de una sociedad a otra y de una cultura a otra. Esto significa que además los ECD siempre deberían asegurarse de examinar la reproducción discursiva del poder tomando como telón de fondo la cultura de sus participantes y de registrar en qué medida las experiencias interculturales de muchas sociedades contemporáneas influyen cada vez más en el discurso.

## **Del poder al abuso de poder: la dominación**

Es un error común suponer que el poder es inherentemente «malo» y que el análisis del discurso y el poder es, por definición, un análisis «crítico».

Ésta es principalmente una concepción bastante limitada del poder y de los ECD. Es evidente y sabido por todos que el poder puede emplearse con muchos propósitos inocuos o positivos, como cuando los padres y los maestros educan a los niños, los medios nos informan, los políticos nos gobiernan, la policía nos protege y los médicos nos curan, cada uno con sus propios recursos especiales.

Introducir un *pero* limitante no es sólo un mero descargo de responsabilidad. Por el contrario, la sociedad no funcionaría si no existiera ningún orden, ningún control, sin frenos y contrapesos, sin las diversas relaciones legítimas de poder. En este sentido, gran parte del análisis social abarca el análisis del poder y las nociones relacionadas con él.

Los ECD suponen penetrar perceptivamente en las estructuras sociales, en general, y en las relaciones de poder, en particular. Sólo entonces podremos examinar el *abuso* de poder, los modos en que puede perjudicar a las personas y de qué manera puede producirse y reproducirse la desigualdad social en la vida cotidiana. Sólo entonces estaremos en condiciones de comprender cómo se distribuye desigualmente el poder en la sociedad.

### *Los usos ilegítimos del poder*

Los ECD se interesan más en el análisis crítico del abuso de poder de los políticos que en su ejercicio legítimo del poder, más en cómo desinforman los medios que en lo que informan o en cómo abusan de su conocimiento los profesionales y los más instruidos para hostigar a los estudiantes, los pacientes, los clientes o a otros ciudadanos en lugar de educarlos, curarlos o asesorarlos. Llamo a estas formas de abuso de poder *dominación*, una noción que implica la dimensión negativa del «abuso» y también la dimensión de desigualdades, injusticia e inequidad, es decir, todas las formas de acciones y situaciones *ilegítimas*.

La dominación engloba asimismo los diversos tipos de *abuso de poder comunicativo*, de particular interés para el analista crítico del discurso, tales como la manipulación, el adoctrinamiento o la desinformación. Pronto se nos ocurren otros ejemplos no discursivos de dominación y las experiencias cotidianas, los relatos y las noticias están plagados de ellos: el acoso sexual de las mujeres por parte de los hombres, la violencia de los padres, la corrupción política, el hostigamiento y la violencia ejercida

por la policía, el terrorismo y el contraterrorismo, las guerras y tantos otros. Menciono estos pocos para destacar que los ECD sólo pueden abarcar una pequeña (pero importante) parte de todas las formas de dominación e inequidad.

Así, para poder contribuir a una práctica bien fundada del estudio crítico del discurso deberíamos ser mucho más explícitos en cuanto a la definición de abuso. ¿Cómo distinguimos entre el *uso* y el *abuso* del lenguaje, el discurso o la comunicación, de las noticias y la argumentación, de los debates parlamentarios y las leyes, de los estudios académicos o de los informes profesionales, en medio de un vasto número de otros géneros y prácticas comunicativas?

Por lo tanto, podemos esperar que los medios nos informen sobre la inquietud civil, pero ¿cuándo exactamente esa «información» sobre «revueltas» se desliza hacia un texto prejuicioso sobre los jóvenes negros o el Tercer Mundo o las ideologías de clase sobre los pobres? O, ¿cuándo un proyecto de investigación sobre inmigración o sobre las vidas cotidianas de las minorías cae en la confirmación de estereotipos, por ejemplo sobre el abuso de drogas o la violencia y omite de qué maneras las autoridades, la policía y las élites simbólicas discriminan diariamente a esas mismas minorías?

En resumen, el estudio de las maneras obvias en que se abusa del discurso, como en la propaganda racista explícita o la pseudociencia, debe complementarse con análisis mucho más sutiles de las prácticas cotidianas en las cuales lo «bueno» y lo «malo» pueden pasar mezclados en el texto y la conversación.

Por consiguiente, ¿cuándo exactamente comenzamos a hablar de «abuso» al describir tales prácticas discursivas cotidianas? Comenzamos describiendo ese abuso refiriéndonos a la legitimidad: el abuso de poder es un uso *ilegítimo* del poder. Este análisis nos conduce inmediatamente a los cimientos del análisis social y político. El abuso de poder significa, pues, la violación de las normas y valores fundamentales, en beneficio de quienes retienen el poder y contra los intereses de los demás. El abuso de poder implica la violación de los derechos sociales y civiles del pueblo. En la esfera del discurso y la comunicación, esto puede significar el derecho a recibir una (buena) enseñanza y educación, es decir, a estar bien informado.

Sin embargo, la noción normativa de legitimidad es muy compleja y el análisis adecuado de esa noción es esencial para los fundamentos mismos de los ECD. Si queremos analizar y criticar la dominación y si decimos que la dominación, por definición, es ilegítima, tenemos que ser muy explícitos en cuanto a las normas, los criterios y los principios de la legitimidad. De modo que la pregunta crucial es la siguiente: ¿quién define originalmente qué es legítimo? Una respuesta muy famosa en las democracias liberales es que ésa es una tarea que corresponde a los representantes elegidos democráticamente, tales como los miembros del Parlamento o el ayuntamiento de una ciudad. No obstante, la historia nos ha enseñado que ha habido muchas leyes y regulaciones racistas, sexistas y clasistas y que, por lo tanto, en cuanto aplicamos otros criterios y normas, las leyes, como tales, no garantizan la legitimidad. Esto se da hasta en el caso de la formulación de los derechos humanos internacionales que, como también sabemos, han ido cambiando históricamente. En otras palabras, tal como sucede con todos nuestros valores, normas y conocimientos, también los principios de legitimidad son relativos y cambian históricamente además de variar de una cultura a la otra, aun cuando cada vez afirmemos que son «universales».

Si tenemos un uso legítimo del poder y un abuso ilegítimo del poder, debemos aceptar que también podemos tener formas legítimas de desigualdad producidas por ellos. Y no estamos hablando solamente de las diferencias evidentes de poder político, sino también de todas las demás situaciones en las que los recursos del poder no se distribuyen equitativamente, comenzando por los recursos materiales tales como el dinero. Para nosotros es sumamente importante que esto también ocurra en el caso de los recursos simbólicos, no materiales, del poder, tales como el conocimiento y el acceso al discurso público. Así, hallamos desigualdades «normales» tales como las diferencias de poder entre profesores y estudiantes, entre médicos y pacientes, entre profesionales y clientes, entre expertos y legos o entre los periodistas y sus audiencias. De modo que la cuestión crucial en los ECD es establecer cuáles de estas diferencias de poder están legitimadas por las normas de justicia y equidad de hoy o sobre la base de los derechos humanos internacionales y cuáles representan casos de abuso ilegítimo del poder. Como lo es también establecer cuándo el periodista utiliza legítimamente los recursos de poder con que cuenta

— como el conocimiento y la información especiales o el acceso directo a los medios —, por ejemplo, para informar a los ciudadanos, y cuándo abusa de ese poder para desinformar, manipular o perjudicar a los ciudadanos.

Vemos que, en gran medida, la definición de la (i)legitimidad de un texto o una conversación se enmarca en una perspectiva de las *consecuencias mentales* negativas de la dominación discursiva: desinformación, manipulación, estereotipos y prejuicios, falta de conocimiento y adoctrinamiento y cómo todo esto puede significar — o conducir a — la desigualdad social, por ejemplo, porque esas consecuencias mentales negativas pueden a su vez influir en una interacción social (ilegítima) como la discriminación.

Aunque podemos aceptar la definición general de dominación discursiva desde el punto de vista de sus consecuencias sociales negativas para quienes están expuestos a ella, es muy difícil especificar las normas y valores precisos que pueden poner explícitamente de relieve tales consecuencias negativas y, por supuesto, depende de la perspectiva de cada uno.

Es fácil formular por qué las noticias de connotaciones racistas son «malas», por ejemplo, porque ayudan a formar y a confirmar los estereotipos y las ideologías racistas que, a su vez, sustentan la discriminación racista, la cual, por definición, va en contra de los intereses de las personas discriminadas y viola sus derechos fundamentales. Por eso en muchos países se prohíbe por ley la información periodística o la propaganda política racistas.

### *Un ejemplo, el reportaje racista*

¿Cómo evaluar, por ejemplo, la cobertura de un diario del saqueo realizado por jóvenes negros durante un «tumulto», como hemos visto en varias ocasiones en el Reino Unido o en Estados Unidos y que yo analicé en mis libro *Racism and the Press* (1991) y *Racismo y análisis crítico de los medios* (1997). Evidentemente, cubrir acciones criminales de miembros de una minoría no es, en sí misma, una postura racista ni tampoco está violando los derechos civiles de esas personas, aun cuando ese informe «negativo» pueda confirmar prejuicios étnicos entre muchos blancos. Por lo tanto, es necesario emprender un análisis detallado del texto y el contexto para poder concluir, justificadamente, que tal reportaje es racista. Por ejemplo, una cobertura de ese estilo tiene una tendencia racista si se dan las siguientes condiciones:

- Si sólo se representan las acciones negativas de los jóvenes negros y no las de otros jóvenes o, sencillamente, las de la policía.
- Si se pone énfasis en las acciones negativas de los jóvenes negros (mediante hipérbolos, metáforas) y se minimizan las de la policía (por ejemplo, recurriendo a eufemismos).
- Si las acciones se enmarcan específicamente en términos «étnicos» o «raciales», en lugar de mencionar acciones de, digamos, jóvenes o marginales u hombres u otra categoría pertinente.
- Si los motines, los saqueos o la violencia se enfocan como sucesos que no responden a causas sociales como, por ejemplo, el hostigamiento frecuente de la policía ni se presentan dentro de un contexto más amplio de pobreza y marginación.
- Si los periódicos dedican sistemáticamente un espacio importante a este tipo de cobertura y, por lo tanto, parecen tener una política de dar a conocer información negativa referente a las minorías.
- Si sólo —o predominantemente— se utilizan fuentes «blancas» que tienden a culpar a la juventud negra y a disculpar a la policía.

Vemos que las normas que se violan en estos casos no son controvertidas. Por el contrario, son parte integrante de las normas profesionales de un reportaje adecuado que exige representaciones equilibradas de los acontecimientos que los expliquen atendiendo a las causas y los contextos sociales y una función de vigilancia rigurosa contra el abuso de poder de los organismos o las fuerzas del Estado. Los periodistas conocen y deberían conocer las posibles consecuencias de un reportaje racista sobre comunidades de minorías y, por lo tanto, deberían respetar cuidadosamente las normas generales del periodismo profesional. Nadie pide que cierren los ojos ante los delitos de las minorías, ni que apliquen la autocensura, sino solamente que apliquen sus propias normas profesionales coherentemente también cuando cubren hecho protagonizados por los Otros.

### *Legitimar la parcialidad*

Hasta el ejemplo del reportaje racista de los motines (*riots*) es todavía relativamente sencillo, porque podemos aplicar normas y valores generales del periodismo profesional para evaluar críticamente este tipo de cobertura. Sin embargo, hay muchos otros ejemplos de reportajes más o

menos «malos» o partidarios que no violan las normas existentes y que no tienen consecuencias sociales negativas, por ejemplo, cuando un periódico de izquierdas destaca las aptitudes positivas de un candidato izquierdista y las cualidades negativas del candidato de derechas. Una presentación tan obviamente tendenciosa puede estar motivada cuando la mayor parte de la prensa es conservadora y representa (más) negativamente a los candidatos de tendencia socialista.

Asimismo, la prensa puede querer representar negativamente a los políticos corruptos, a las industrias que contaminan o a las empresas que discriminan y esa cobertura puede ser «tendenciosa» en contra de esas personas o corporaciones, pero evidentemente, las consecuencias estarán a favor del bien público.

Por ello, podemos llegar a la conclusión de que ante cada práctica discursiva tenemos que examinar cuidadosamente el contexto, las normas y los valores específicos que definen la práctica apropiada. No obstante, como regla empírica general, podemos hablar de uso ilegítimo del poder discursivo, es decir, de dominación, cuando ese discurso o sus posibles consecuencias violan sistemáticamente los derechos humanos o civiles de las personas. Más específicamente, se puede afirmar que el uso es ilegítimo cuando el discurso promueve formas de desigualdad social, como cuando favorece los intereses de los grupos dominantes y opera en contra de los intereses de los grupos no dominantes, precisamente porque estos últimos no tienen el mismo acceso al discurso público.

Para captar el género del discurso o la práctica discursiva necesitamos, pues, especificar sus particularidades. Dimos el ejemplo de las noticias de la prensa, pero, por supuesto, es necesario desarrollar este tipo de criterios para los discursos públicos de toda índole: debates parlamentarios, propaganda política, anuncios publicitarios, discursos de las empresas, libros de texto e interacción en el aula, discurso legal, discurso científico o discurso burocrático.

### *El contraargumento: la incapacidad de controlar las consecuencias*

Otra complicación que presenta esta teoría de la dominación discursiva es que no se formula únicamente atendiendo a las estructuras del discurso, o sea, a las estructuras que los autores pueden controlar (más o me-

nos) y, de las cuales, por eso mismo, son (más o menos) responsables, especialmente respecto a las consecuencias (mentales) de tales estructuras. Los políticos y los periodistas se defienden habitualmente cuando se les acusa de hablar o escribir en una perspectiva prejuiciosa, diciendo que no tienen ningún control sobre la manera en que la gente lee, comprende o interpreta sus discursos.

Esta defensa no carece enteramente de fundamentos, porque no existe una relación causal entre el discurso y su interpretación: sabemos gracias a la psicología de la comprensión del discurso que los mismos discursos son sólo un factor de un complejo conjunto de condiciones que influyen en la comprensión y la interpretación, tales como el contexto de lectura, el conocimiento y la ideología previos de los lectores, su biografía personal y sus experiencias actuales, sus intenciones y objetivos del momento, la posición que ocupan y la actividad que desempeñan.

Sin embargo, a pesar de esas variaciones individuales y del contexto, esto no implica que los mismos discursos carezcan de importancia en los procesos de influencia social. Hay un consenso general sobre los modos en que se adquieren el conocimiento, el prejuicio y las ideologías, también a través del discurso. Por consiguiente los autores, especialmente los profesionales y las organizaciones deberían tomar clara conciencia de las consecuencias posibles o probables que pueden tener sus discursos en las representaciones sociales de quienes los reciben.

Por ejemplo, casi no hay dudas de que el énfasis y el enfoque repetidos en las características desviadas o criminales de las minorías crean y confirman actitudes racistas *socialmente compartidas* en una sociedad y no sólo las opiniones de algunos individuos intolerantes.

Como tampoco hay muchas dudas sobre el hecho de que la mayor parte de nuestras ideologías se forman discursivamente. En este sentido, el hecho de que no se dé un control directo de las mentes o de la audiencia no es excusa para aceptar la mala práctica discursiva, teniendo en cuenta el conocimiento profesional que hoy existe sobre las probables tendencias de la influencia general de tales prácticas en las opiniones y las acciones de quienes reciben los discursos. En realidad, los mismos grupos y organizaciones de élite saben perfectamente qué efectos ejercen en el público su «información», sus anuncios publicitarios y su propaganda; de lo contrario directamente no se interesarían por la comunicación pública.



## La aplicación práctica de los Estudios Críticos del Discurso

Lo que hemos dicho hasta ahora se refiere principalmente a la investigación de los ECD. Nuestra intención es que tal investigación produzca una comprensión más profunda del papel que cumple el discurso en la reproducción de la dominación y sobre los modos en que ese abuso de poder conduce a la desigualdad social. Sin embargo, en los ECD también es esencial que esa nueva percepción tenga una utilidad práctica para los grupos dominados. Aunque han habido muchos ejemplos de «aplicaciones» prácticas de investigaciones de este movimiento, ésta es una dimensión que aún requieren más desarrollo y más análisis autocrítico. De modo que, seguidamente, formularé algunas opciones en ese sentido.

### *Mediación y asesoría*

Si un político, un periodista o un profesor afirma desconocer (o no haber sabido) cuáles eran las posibles consecuencias sociales negativas de sus discursos, allí el analista crítico del discurso tiene un evidente rol de mediador, pues puede mostrar, en detalle, en qué medida puede hacerse uso y abuso de los temas, los titulares y los formatos del discurso noticioso o de ciertos fragmentos y conclusiones de artículos científicos o de las exhortaciones del discurso político para «definir la situación», o sea, hasta qué punto pueden utilizarse estas estructuras del discurso para construir (macro)estructuras, en un nivel superior, de los modelos mentales de los acontecimientos. En nuestra condición de analistas críticos, podemos mostrar cómo determinados elementos léxicos o metáforas se utilizan con el propósito de construir los detalles de los acontecimientos o las características de algunas personas en esos modelos mentales o, en realidad, cómo tienden a generalizarse los modelos mentales hacia los prejuicios y otras actitudes sociales muy extendidas.

Los ECD pueden intervenir —y deberían hacerlo— en la educación discursiva de los profesionales, para poner en evidencia cómo el discurso de las élites llega a influir en las opiniones de los ciudadanos y qué papel desempeña esa influencia en la reproducción de la estructura social. Ser consciente de las consecuencias del propio discurso (y de cualquier acción pública) es una de las condiciones de responsabilidad, como lo es

tener conciencia de los efectos que ejercen los productos químicos en el ambiente. En este caso, la justificación «¡No los sabíamos!» (o la variante alemana, utilizada como excusa después de la Segunda Guerra Mundial: *Wir haben es nicht gewusst!*) ya no es válida, como tampoco lo es respecto a la evaluación crítica de las prácticas contaminantes.

### *La enseñanza, evidentemente*

Las enseñanzas de los ECD también son importantes para los ciudadanos de una manera más general, pues pueden abrirles los ojos acerca de los objetivos de las élites discursivas y sobre las maneras en que los discursos públicos pueden desinformarlos, manipularlos y hasta perjudicarlos. Para decirlo de otro modo, el principal propósito social y práctico de los ECD es desarrollar estrategias de disenso discursivo y resistencia.

### *El asesoramiento profesional, los códigos de conducta*

Para poder alcanzar ese objetivo, tenemos que investigar en detalle qué propiedades del discurso, qué géneros discursivos y qué contextos comunicativos, tienen más probabilidades de provocar determinadas consecuencias sociocognitivas en la formación del conocimiento, las actitudes y las ideologías. Una investigación de estas características exige la cooperación de analistas del discurso y lingüistas, psicólogos y expertos en ciencias sociales, cada uno de los cuales habrá de examinar algunos de los componentes del complejo proceso de base discursiva que reproduce la desigualdad social.

Aunque enseñar los ECD es una forma esencial de resistencia contra la dominación discursiva, esto no es suficiente. Pocos periódicos han cambiado sus prácticas de información racistas como consecuencia de los análisis de los ECD. Lo mismo se ha registrado en el caso de los estudios críticos; sin embargo, como nos han enseñado el éxito de los movimientos feminista y ecológico, la resistencia puede terminar afectando incluso a los más poderosos.

El largo camino recorrido tradicionalmente ha sido el de las instituciones, es decir, educando a periodistas y otros profesionales y comunicándoles los resultados básicos de nuestros hallazgos. En suma, en la universidad nuestras metas son claras: enseñar a los estudiantes a analizar los

textos y el habla de manera crítica, enseñarles eso mismo a otros y desarrollar nuevas teorías para mejorar dichos análisis.

Otras formas más directas de resistencia que tuvieron éxito en otros dominios también pueden ser efectivas en el terreno de los ECD, por ejemplo en la esfera de los reportajes racistas o sexistas: en este caso, se puede proporcionar el testimonio crítico de un experto a organismos internacionales que al menos tienen cierto poder, como las Naciones Unidas o el Consejo de Europa, dos instituciones que en numerosas ocasiones realizaron acciones en contra del racismo.

Por ejemplo, si podemos mostrar cómo reproducen los medios masivos este tipo de racismo podemos, al mismo tiempo, formular recomendaciones concretas que pueden adquirir la forma de códigos profesionales voluntarios, como ya existen en muchas otras esferas. Esos códigos pueden formular criterios aplicables en la diversidad de las salas de prensa, de las reuniones de agenda de los medios, de los temas abordados y las fuentes consultadas, entre otras recomendaciones que apunten en el mismo sentido: la observación rigurosa de normas y valores profesionales generales. Se puede sugerir explícitamente la eliminación de toda referencia innecesaria al origen étnico de los actores de la noticia, especialmente cuando se trata de noticias negativas (crímenes, motines o drogas). Lo mismo cabe decir —y ya ha sido sugerido— cuando la cobertura de noticias del Tercer Mundo o del Islam se realiza siguiendo el enfoque que proponen repetidamente los medios dominantes.

### *El racismo no es un buen negocio*

Además de la enseñanza, la investigación y la acción política que implica la participación de organizaciones internacionales influyentes, otra importante estrategia de resistencia de los ECD afecta el núcleo mismo de las ideologías y prácticas neoliberales: las ganancias. Deberíamos argumentar y mostrar que el discurso racista o sexista —o la falta de diversidad en general— no es lucrativo. En la sociedad cada vez más multicultural de Estados Unidos, de Europa y de Australia, en la que muchas personas no europeas se han convertido en ciudadanos y consumidores, es muy evidente que ponerse en contra de esos clientes potenciales mediante políticas, reportajes, enseñanzas y otras prácticas discursivas racistas es muy poco inteligente. Si estos ciudadanos pueden elegir entre un

diario, un programa de televisión, una escuela o una tienda racista y otros que no lo son, es fácil imaginar lo que la mayoría elegirá, especialmente si se han vuelto muy conscientes del racismo.

La diversidad en la redacción tal vez no sea suficiente. Los periodistas pertenecientes a minorías, si consiguen formar parte del personal, primero han sido seleccionados por la similitud de sus valores con los del propietario o el director del medio y, de todos modos, deben adaptarse rápidamente al estilo de sus colegas para poder mantener su empleo o vivir en condiciones de trabajo aceptables. En estos casos, el incentivo más poderoso para que cambien las políticas editoriales es la diversidad de los compradores de periódicos. De manera más general, las empresas tienden a discriminar menos cuando su personal directivo comprende que, tanto cuando se trata de reclutar personal cualificado como cuando el propósito es satisfacer a los clientes, el racismo no es buen negocio.

### *Alianzas y cooperación*

La investigación de los ECD es particularmente eficiente en virtud de sus alianzas estratégicas con aquellas organizaciones, ONG, grupos o instituciones representantes de minorías que se han comprometido en la lucha contra todas las formas de desigualdad social en general y contra la discriminación discursiva en particular, que puede presentarse como racismo, sexismo y clasismo en la política, en los medios, en el ámbito educativo y en la investigación. Si bien éste no es el campo completo de operación de los ECD, es suficientemente amplio como para desarrollar una vasta cantidad de proyectos de investigación y de formas de cooperación y acción social.

### *¿Qué cabe hacer?*

Resumiendo, la aplicación práctica de los ECD se halla especialmente en educar de forma crítica a los estudiantes, en preparar a los futuros profesionales para que puedan actuar como expertos asesores tanto de las poderosas organizaciones internacionales como de las organizaciones de base popular y también en mostrar a las grandes empresas que, en última instancia, cualquier forma de discriminación discursiva es mala para su negocio.

Los estudiosos de este movimiento pueden analizar críticamente libros de texto y proponer modificaciones a los editores y a las autoridades educativas. Pueden ofrecerse para dictar cursos a los periodistas sobre redacción de noticias no racista, así como intervenir en talleres sobre interacción no racista con los clientes en muchos ámbitos comerciales.

Vale la pena insistir en que estos importantes objetivos prácticos de los ECD sólo se pueden alcanzar si se sustentan en una vasta y abundante investigación detallada sobre las prácticas discursivas cruciales de la sociedad y especialmente de la política, de los medios y de las esferas de la educación y la investigación, es decir, si se basan en una profunda indagación de las élites simbólicas o discursivas y de sus prácticas y productos cotidianos. Espero que los artículos reunidos en este libro constituyan una contribución a ese esfuerzo de investigación colectivo.

## Lectura adicional

Las reflexiones que conforman este capítulo tienen su base de inspiración en una basta bibliografía erudita sobre el poder, la dominación, el discurso, la cognición y la sociedad. Gran parte de ella aparece citada en los siguientes capítulos; sin embargo, para quienes prefieren contar con una lista separada de recomendaciones bibliográficas sobre los principales campos y temas abordados en este libro, aquí presento algunas sugerencias generales para una lectura adicional. Para limitar una bibliografía potencialmente vasta, cito únicamente algunos libros publicados en inglés y español.

### *Análisis del discurso y de la conversación*

- Blommaert, J. (2005). *Discourse. A critical introduction*. Cambridge: Cambridge U. P.
- Bolivar, A. (coord.) (2007). *Análisis del discurso. ¿Por qué y para qué?* Caracas: Los Libros de El Nacional. Prólogo de Teun van Dijk.
- y De Erlich, F. (coords.) (2007). *El análisis del diálogo. Reflexiones y estudios*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades. Universidad Central de Venezuela.
- Briz Gómez, A. (1998). *El español coloquial en la conversación, Esbozo de una pragmatología*. Barcelona: Ariel.
- Brown, G. y Yule, G. (1983). *Discourse analysis*. Cambridge, Nueva York: Cambridge University Press.
- Calsamiglia Blancafort, H. y Tusón, A. (1999). *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*. Barcelona: Ariel (2ª edición actualizada, 2007). Prólogo de Teun van Dijk.

- Cortés Rodríguez, L. y Camacho Adarve, M. M. (2003). *¿Qué es el análisis del discurso?* Barcelona: Octaedro.
- Fuentes Rodríguez, C. (2000). *Lingüística pragmática y análisis del discurso*. Madrid: Arco/Libros.
- Georgakopoulou, A. y Goutsos, D. (1997). *Discourse analysis. An introduction*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Harvey, A. (coord.) (2005). *En torno al discurso. Contribuciones de América Latina*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Íñiguez Rueda, L. (coord.) (2003). *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales*. Barcelona: Ediciones UOC.
- Jaworski, A. y Coupland, N. (1999). *The Discourse Reader*. Londres: Routledge.
- Johnstone, B. (2002). *Discourse analysis*. Oxford: Blackwell.
- Otaola Olano, C. (2006). *Análisis lingüístico del discurso. La lingüística enunciativa*. Madrid: Ediciones Académicas.
- Renkema, J. (2004). *Introduction to discourse studies*. Amsterdam-Filadelfia: John Benjamins Pub.
- Schiffrin, D. (1993). *Approaches to discourse*. Oxford: Blackwell.
- Tannen, D. y Hamilton, H. E. (comps.) (2001). *The handbook of discourse analysis*. Malden, Massachusetts: Blackwell Publishers.
- Stubbs, M. (1983). *Discourse analysis. The sociolinguistic analysis of natural language*. Chicago-Oxford, Oxfordshire: University of Chicago Press-B. Blackwell.
- Ten Have, P. (2007). *Doing conversation analysis. A practical guide* (2ª edición). Londres: Sage.
- Tusón, A. (1995). *El análisis de la conversación*. Barcelona: Ariel.
- Van Dijk, T. A. (comp.) (1985). *Handbook of Discourse Analysis* (4 vols.). Londres: Academic Press.
- (1997). *Discourse as structure and process: Discourse studies: A multidisciplinary introduction*, vol. 1. Thousand Oaks, California: Sage Publications, Inc. (Trad. cast.: *El discurso como estructura y proceso*. Barcelona: Gedisa, 2001.)
- (1997). *Discourse as social interaction: Discourse studies: A multidisciplinary introduction*, vol. 2. Thousand Oaks, California: Sage Publications, Inc. (Trad. cast.: *El discurso como interacción social*. Barcelona: Gedisa, 2001.)
- (2007). *Discourse Studies*, 5 vols. Sage Benchmark series, Nueva Delhi: Sage.
- (2010). *Discourse Studies*. Londres: Sage.
- Wooffitt, R. (2005). *Conversation analysis and Discourse Analysis. A comparative and critical introduction*. Londres: Sage.

## *Estudios Críticos del Discurso*

- Berardi, L. (2003). *Análisis crítico del discurso. Perspectivas latinoamericanas*. Providencia, Santiago de Chile: Frasis Editores.
- Bloor, M. y Bloor, T. (2007). *The practice of critical discourse analysis. An introduction*. Londres: Hodder Arnold.
- Caldas-Coulthard, C. R. y Coulthard, M. (comps.) (1995). *Texts and practices: Readings in critical discourse analysis*. Londres: Routledge.
- Castellanos, G., Accorsi, S. y Velasco, G. (1994). *Discurso, género y mujer*. Santiago de

- Cali: Universidad del Valle, Editorial Facultad de Humanidades, Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad, La Manzana de la Discordia.
- Chilton, P. (2004). *Analysing political discourse*. Londres: Routledge.
- De Beaugrande, R. (1997). *New foundations for a science of text and discourse. Cognition, communication, and the freedom of access to knowledge and society*. Norwood, Nueva Jersey: Ablex Publishing Corp.
- Fairclough, N. (1989). *Language and Power*. Londres: Longman.
- *Critical discourse analysis. The critical study of language*, Londres: Longman.
- Fowler, R. (1991). *Language in the news: Discourse and ideology in the British press*. Londres: Routledge.
- Hodge, B., Kress, G. y Trew, T. (1979). *Language and control*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Gómez Bocanegra, J. M. (2006). *Análisis crítico del discurso. Raza y género*. Guadalajara, Jalisco: U DE G-Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Lazar, M. (comp.) (2005). *Feminist Critical Discourse Analysis. Gender, Power and Ideology in Discourse*. Houndsmills, Reino Unido: Palgrave MacMillan.
- Lemke, J. L. (1995). *Textual politics. Discourse and social dynamics*. Londres: Taylor & Francis.
- Pardo, N. (2007). *Cómo hacer análisis crítico del discurso*. Santiago de Chile: Frasis.
- Toolan, M. J. (comp.) (2002). *Critical discourse analysis. Critical concepts in linguistics*. Nueva York: Routledge.
- Van Dijk, T. A. (1993). *Élite discourse and racism*. Newbury Park, California: Sage.
- Van Leeuwen, T. (2005). *Introduction to social semiotics*. Londres: Routledge.
- Wodak, R. (1989). *Language, power and ideology. Studies in political discourse*. Amsterdam: Benjamins.
- (comp.) (1997). *Gender and Discourse*. Londres: Sage.
- y Meyer, M. (comps.) (2001). *Methods of critical discourse analysis*. Londres: Sage.
- Weiss, G. y Wodak, R. (comps.) (2003). *Critical discourse analysis. Theory and interdisciplinarity*. Houndsmills, Reino Unido: Palgrave MacMillan (hay una nueva edición en preparación).
- Young, L. y Harrison, C. (comps.) (2004). *Systemic functional linguistics and critical discourse analysis. Studies in social change*. Londres: Continuum.

### *Poder (sólo libros publicados después de 2000)*

- Bakker, I. y Gill, S. (2003). *Power, production, and social reproduction. Human in/security in the global political economy*. Houndsmills, Basingstoke, Hampshire, Nueva York: Palgrave MacMillan.
- Barnett, M. N. y Duvall, R. (2004). *Power in global governance*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Bertrand, M. y Moutoukias, Z. (2002). *Configuraciones y redes de poder. Un análisis de las relaciones sociales en América Latina*. Caracas, Venezuela: Fondo Editorial Tropykos.
- Chowdhry, G. y Nair, S. (2002). *Power, postcolonialism, and international relations. Reading race, gender, and class*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Clough, P. y Mitchell, J. P. (comps.) (2001). *Powers of good and evil: Moralities, commodities and popular belief*. Nueva York: Berghahn Books.

- Dye, T. R. y Harrison, B. C. (2005). *Power and society*. Belmont, California: Thomson/Wadsworth.
- Egan, D. y Chorbajian, L. (comps.) (2005). *Power. A critical reader*, Upper Saddle River. Nueva Jersey: Pearson Prentice Hall.
- Félix Tezanos, J. Clase (2002). *Estatus y poder en las sociedades emergentes*. Quinto Foro sobre Tendencias Sociales. Madrid: Editorial Sistema.
- Foucault, M. (2000). *Power*. Nueva York: New Press, distribuido por W. W. Norton.
- Goverde, H. (2000). *Power in contemporary politics. Theories, practices, globalizations*. Londres: Thousand Oaks, California: Sage.
- Grillo, E. (comp.) (2005). *Power without domination. Dialogism and the empowering property of communication*, Amsterdam-Filadelfia: John Benjamins Pub. Co.
- Haugaard, M. (comp.) (2002). *Power. A reader*. Manchester, Reino Unido-Nueva York: Manchester University Press, distribuido exclusivamente en Estados Unidos por Palgrave.
- Lentner, H. H. (comp.) (2000). *Power in contemporary politics. Theories, practices, globalizations*. Londres: Sage.
- Lukes, S. (2004). *Power. A radical view*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire-Nueva York: Palgrave MacMillan.
- Nye, J. S. (2004). *Power in the global information age. From realism to globalization*. Londres-Nueva York: Routledge.
- Øterud y Engelstad, F. (2004). *Power and democracy. Critical interventions*. Aldershot, Hants, Inglaterra-Burlington, Vermont: Ashgate.
- Pizzolo, C. (2004). *Sociedad, poder y política*. Buenos Aires: Ediar.
- Russell, B. (2004). *Power. A new social analysis*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Scott, J. (2001). *Power*. Cambridge Malden, Massachusetts: Blackwell Publishers.
- Suri, J. (2003). *Power and protest. Global revolution and the rise of détente*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Westwood, S. (2002). *Power and the social*. Londres-Nueva York: Routledge.

## *Legitimidad*

- Barker, R. S. (1990). *Political legitimacy and the state*. Oxford, Nueva York: Clarendon Press, Oxford University Press.
- Beetham, D. (1991). *The legitimation of power*. Basingstoke: MacMillan.
- Clark, I. (2005). *Legitimacy in international society*. Oxford: Oxford University Press.
- Coicaud, J. M. y Curtis, D. A. (comps.) (2002). *Legitimacy and politics. A contribution to the study of political right and political responsibility*. Cambridge, Nueva York: Cambridge University Press.
- y Heiskanen, V. (comps.) (2001). *The legitimacy of international organizations*. Tokio-Nueva York: United Nations University Press.
- Connolly, W. E. (comp.) (1984). *Legitimacy and the state*. Oxford: Blackwell.
- Franck, T. M. (1990). *The power of legitimacy among nations*. Nueva York: Oxford University Press.
- Freedman, J. O. (1978). *Crisis and legitimacy. The administrative process and American government*. Cambridge, Inglaterra-Nueva York: Cambridge University Press.
- Habermas, J. (1975). *Legitimation crisis*, Boston: Beacon Press.



- Jost, J. T. y Major, B. (comps.) (2001). *The psychology of legitimacy. Emerging perspectives on ideology, justice, and intergroup relations*. Cambridge, Nueva York: Cambridge University Press.
- Mueller, C. (1973). *The politics of communication. A study in the political sociology of language, socialization, and legitimation*. Nueva York: Oxford University Press.
- Raz, J. (comp.) (1990). *Authority*. Nueva York: New York University Press.
- Schmitt, C. y Seitzer, J. (comps.) (2004). *Legality and legitimacy*. Durham, North Carolina: Duke University Press.
- Simmons, A. J. (2001). *Justification and legitimacy. Essays on rights and obligations*. Cambridge, Nueva York: Cambridge University Press.
- Sniderman, P. M. (1996). *The clash of rights. Liberty, equality, and legitimacy in pluralist democracy*. New Haven, Connecticut: Yale University Press.

## *Discurso y poder*

- Aronowitz, S. (1988). *Science as power. Discourse and ideology in modern society*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire: Macmillan Press.
- Barsamian, D. (1992). *Stenographers to power. Media and propaganda*. Entrevistas con Noam Chomsky, et al. Monroe, Maine: Common Courage Press.
- Blackledge, A. (2005). *Discourse and power in a multilingual world*, Amsterdam Filadelfia: John Benjamins Pub.
- Bourdieu, P., Passeron, J. C. y De Saint Martin, M. (2004). *Academic discourse. Linguistic misunderstanding and professorial power*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Corson, D. (1995). *Discourse and power in educational organizations*, Cresskill, Nueva Jersey: Hampton Press.
- Daudi, P. (1986). *Power in the organisation. The discourse of power in managerial praxis*, Oxford, OX, Reino Unido y Nueva York: Blackwell.
- Diamond, J. (1996). *Status and power in verbal interaction. A study of discourse in a close-knit social network*. Amsterdam, Filadelfia: J. Benjamins Pub. Co.
- Fairclough, N. (1989). *Language and power*. Harlow: Longman.
- Fisher, S. y Todd, A. D. (comps.) (1988). *Gender and discourse. The power of talk*. Norwood, Nueva Jersey: Ablex Pub. Corp.
- Fraser, N. (1989). *Unruly Practices: Power, Discourse, and Gender in Contemporary Social Theory*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- García Negroni, M. M. y Zoppi Fontana, M. G. (1992). *Análisis lingüístico y discurso político: El poder de enunciar*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Kedar, L. (1987). *Power through discourse*. Norwood, Nueva Jersey: Ablex.
- Martín Rojo, L. y Whittaker, R. (coords.) (1998). *Poder-decir o el poder de los discursos*. Madrid: Arrecife.
- Mumby, D. K. (1988). *Communication and power in organizations. Discourse, ideology, and domination*. Norwood, Nueva Jersey: Ablex Pub. Corp.
- Pujolar, J. (2001). *Gender, heteroglossia, and power. A sociolinguistic study of youth culture*. Berlín-Nueva York: Mouton de Gruyter.
- Smith, D. E. (1990). *The conceptual practices of power. A feminist sociology of knowledge*. Boston, Massachusetts: Northeastern University Press.

- Thornborrow, J. (2002). *Power talk. Language ad interaction in institutional discourse*. Londres: Longman.
- Wodak, R. (1989). *Language, power, and ideology. Studies in political discourse*. Amsterdam, Filadelfia: J. Benjamins Pub. Co.
- Young, L. (2006). *The power of language. How discourse influences society*. Londres, Oakville: Connecticut, Equinox Pub.

### *Discurso y cognición*

- Bartlett, F. C. (1932). *Remembering. An experimental and social study*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Britton, B. K. y Black, J. B. (comps.) (1985). *Understanding expository text. A theoretical and practical handbook for analyzing explanatory text*. Hillsdale, Nueva Jersey: L. Erlbaum Associates.
- Cantero Serena, F. J. y Arriba García, J. de (1997). *Psicolingüística del discurso*. Barcelona: Octaedro.
- Edwards, D. (1997). *Discourse and cognition*. Londres: Sage.
- Flower, L. (1989). *Planning in writing: The cognition of a constructive process*. Berkeley, California, Pittsburgh, Pennsylvania: University of California Carnegie Mellon University.
- Garnham, A. (1987). *Mental models as representations of discourse and text*. Chichester, Nueva York: E. Horwood Halsted Press.
- Gernsbacher, M. A. y Givon, T. (comps.) (1995). *Coherence in Spontaneous Text*. Amsterdam, Holanda: John Benjamins Publishing Company.
- Goldman, S. R., Van den Broek, P. W. y Graesser, A. C. (comps.) (1999). *Narrative comprehension, causality, and coherence. Essays in honor of Tom Trabasso*. Mahwah, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Graesser, A. C., Gernsbacher, M. A. y Goldman, S. R. (comps.) (2003). *Handbook of discourse processes*. Mahwah, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum.
- Herman, D. (comp.) (2003). *Narrative theory and the cognitive sciences*. Stanford, California: CSLI Publications.
- Johnson-Laird, P. N. (1983). *Mental models: Towards a cognitive science of language, inference and consciousness*. Cambridge, Nueva York: Cambridge University Press.
- Kasher, A. (comp.) (1989). *Cognitive aspects of language use*. Elsevier Science.
- Kintsch, W. (1998). *Comprehension: A paradigm for cognition*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Koenig, J. P. (comp.) (1998). *Discourse and cognition: Bridging the gap*. Stanford, California: CSLI Publications.
- Liebert, W. A., Redeker, G. y Waugh, L. R. (comps.) (1997). *Discourse and perspective in cognitive linguistics*. Amsterdam, Filadelfia: J. Benjamins.
- Malrieu, J. P. (1999). *Evaluative semantics. Cognition, language, and ideology*. Londres-Nueva York: Routledge.
- Molder, H. y Potter, J. (comps.) (2005). *Conversation and cognition*. Cambridge, Reino Unido-Nueva York: Cambridge University Press.
- Oakhill, J. y Garnham, A. (comps.) (1992). *Discourse representation and text processing*. Hove: Lawrence Erlbaum.

- Semino, E. y Culpeper, J. (comps.) (2002). *Cognitive stylistics. Language and cognition in text analysis*. Amsterdam, Filadelfia: John Benjamins Pub. Co.
- Singer, M. (1990). *Psychology of language: An introduction to sentence and discourse processes*. Hillsdale, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.
- Van Dijk, T. A. (1984). *Prejudice in discourse. An analysis of ethnic prejudice in cognition and conversation*. Amsterdam, Filadelfia: J. Benjamins Pub. Co.
- y Kintsch, W. (1983). *Strategies of discourse comprehension*. Nueva York-Londres: Academic Press.
- Van Oostendorp, H. y Zwaan, R. A. (comps.) (1994). *Naturalistic text comprehension*. Norwood, Nueva Jersey: Ablex.
- y Goldman, S. R. (comps.) (1999). *The construction of mental representations during reading*. Mahwah, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum.
- Weaver, C. A., Mannes, S. y Fletcher, C. R. (comps.) (1995). *Discourse comprehension. Essays in honor of Walter Kintsch*. Hillsdale, N.J.: L. Erlbaum.

## 2

# Estructuras de discurso y estructuras de poder\*

En este capítulo examinaremos algunas de las relaciones que se dan entre discurso y poder social. Después de un breve análisis teórico de esas relaciones, pasaremos revista a algunas de las obras recientes de esta nueva esfera de investigación. Aunque nos hemos inspirados en estudios sobre el poder de diversas disciplinas, nuestra perspectiva principal se abre sobre los modos en que el texto y la conversación ejercen, expresan, describen, ocultan o legitiman el poder en el contexto social. Prestamos particular atención al papel que cumple la ideología pero, a diferencia de la mayoría de los estudios de la sociología y las ciencias políticas, formulamos este vínculo ideológico con referencia a una teoría de la cognición social. Esta formulación nos permite construir el indispensable puente teórico entre el poder que ejercen sobre la sociedad ciertas clases, grupos o instituciones en el macronivel de análisis, y el ejercicio del poder en la interacción y el discurso, en el micronivel social. De manera que la

\* Agradezco a James Anderson, Charles Berger, Norman Fairclough, Cheri Kramarae y a Ruth Wodak sus observaciones y sugerencias críticas de la primera versión de este capítulo.

revisión de otros trabajos realizados en este campo se concentra en el impacto que producen las estructuras específicas de poder en los diversos géneros discursivos y en sus configuraciones características.

La teoría analítica del discurso que constituye el fundamento de este estudio supone, pero también extiende, mi obra anterior sobre el discurso (véase, por ejemplo, van Dijk, 1977, 1980, 1981; van Dijk y Kintsch, 1983) así como otras variaciones del análisis actual del discurso (véanse las contribuciones de van Dijk, 1985a). Es decir, como una continuación de mis trabajos recientes sobre el discurso de las noticias y sobre el racismo en el discurso —que aquí revisaré brevemente—, este capítulo propone un enfoque más social del discurso y testimonia un desarrollo más general hacia un estudio crítico del texto y la conversación en el contexto social.

Nuestro marco analítico del discurso y las evidentes limitaciones de espacio de un solo capítulo imponen bastantes restricciones. En primer lugar, damos por sentado pero no analizamos ni revisamos el trabajo actual sobre las relaciones más generales entre poder y lenguaje que ha sido el foco de atención de varios estudios recientes (Kramarae, Shulz y O'Barr, 1984; Mey, 1985). Nuestro análisis se concentra en el discurso como una forma «textual» específica del uso del lenguaje en el contexto social y sólo en algunos de los trabajos sociolingüísticos que abordan el rol de la dominación o el poder en la variación y el estilo del lenguaje (Scherer y Giles, 1979). En segundo lugar, debemos pasar por alto gran parte del campo relacionado con el estudio del poder en la comunicación interpersonal, un campo que ha sido convenientemente revisado ya por Berger (1985) (véase también Seibold, Cantrill y Meyers, 1985) puesto que aquí nos interesa más el poder social o de la organización de la sociedad que el poder personal. En tercer lugar, desgraciadamente, debemos limitarnos al rol del poder en las culturas «occidentales». Por consiguiente, tenemos de desechar interesantes visiones del papel que desempeña el poder en otras culturas como las que ofrecen ciertas obras de etnografía del habla (Bauman y Schezer, 1974; Saville-Troike, 1982) o los trabajos actuales sobre comunicación intercultural. En cuarto lugar, los estudios feministas sobre la dominación y el poder masculinos en el lenguaje ya han sido profusamente analizados (véase la extensa bibliografía de Kramarae, Thorne y Henley, 1983), por lo cual nos limitaremos a hacer una breve revisión de la investigación prestando particu-

lar atención al poder y el discurso de género. Para restringir aún más el tamaño de nuestra revisión, haremos sólo unas pocas referencias a los múltiples estudios interesantes sobre las relaciones que se dan entre lenguaje, discurso, poder e ideología en varios países europeos y latinoamericanos.

## El análisis del poder

El análisis del poder desarrollado en varias disciplinas ha creado una vasta bibliografía. Algunos de los trabajos recientes incluyen estudios de Dahl (1957, 1961), Debnam (1984), Galbraith (1985), Lukes (1974, 1986), Milliband (1983), Mills (1956), Therborn (1980), White (1976) y Wrong (1979), entre muchos otros y la mayoría de ellos se desarrolla dentro de las fronteras de la sociología y la ciencia política. Pero, puesto que en este capítulo no podemos dedicarnos a revisar o resumir esta rica tradición, hemos seleccionado un número de propiedades del poder social y las hemos reconstruido dentro de nuestro propio marco teórico. Sin embargo, debe comprenderse que, en nuestra opinión, no es posible dar cuenta de la compleja noción del poder por medio de una única definición. Para ello necesitamos una madura teoría interdisciplinaria que nos permita captar sus implicaciones y aplicaciones más importantes. Las propiedades del poder más importantes para nuestro análisis se pueden resumir del modo siguiente:

1. El poder social es una propiedad de la relación entre grupos, clases u otras formaciones sociales o entre personas, en su condición de miembros de la sociedad. Aunque podemos hablar de formas personales de poder, ese poder individual tiene menos pertinencia en nuestra exploración sistemática del papel que cumple el poder en el discurso entendido como interacción social.
2. En un nivel elemental, pero fundamental, de análisis, las relaciones de poder sociales se manifiestan característicamente en la interacción. Así es como decimos que el grupo A (o sus miembros) ejercen poder sobre el grupo B (o sus miembros) cuando las acciones reales o potenciales de A ejercen control social sobre B. Puesto que la noción misma de acción abarca la noción del control (cognitivo) ejercido por agentes, el control social sobre B que provocan las acciones de A da

por resultado una limitación del autocontrol de B. Dicho de otro modo, el ejercicio del poder por parte de A tiene como consecuencia la limitación de la libertad de acción social de B.

3. Excepto en el caso de la fuerza corporal, el poder que ejerce A sobre las acciones reales o posibles de B supone que A debe tener control sobre las condiciones cognitivas de las acciones de B, tales como sus aspiraciones, sus deseos, sus planes y sus creencias. Por las razones que sean, B puede aceptar o estar de acuerdo con hacer lo que desea A o con acatar la ley, las reglas o el consenso para obrar de acuerdo con (los intereses de) A. En otras palabras, habitualmente el poder social es indirecto y opera a través de la «mente» de las personas, por ejemplo, mediante el manejo de la información o las opiniones necesarias que requieren las personas para planificar o ejecutar sus acciones. La mayoría de las formas de poder social que se ejercen en nuestra sociedad implican este tipo de «control mental», que por lo general se consigue por intermedio de la persuasión u otras formas de comunicación discursiva o como resultado del temor a las sanciones que pueda aplicar A en caso de que B no cumpla los deseos de A. En este punto, adquiere particular pertinencia nuestro análisis del rol del discurso en el ejercicio, es decir, el mantenimiento o la legitimación del poder. Nótese, sin embargo, que esta «mediación mental» del poder también da lugar a grados variables de libertad y resistencia de quienes están sometidos al ejercicio del poder.
4. El poder de A necesita una base, es decir, recursos que socialmente lo autoricen a ejercer el poder o la aplicación de sanciones en caso de no acatamiento. Estos recursos habitualmente consisten en atributos o posesiones socialmente valorados pero distribuidos de manera no equitativa, tales como la riqueza, la posición, el rango, el estatus, la autoridad, el conocimiento, la idoneidad o los privilegios o hasta el mero hecho de ser miembro de un grupo dominante o mayoritario. El poder es una forma de control social si su base está conformada por recursos socialmente importantes. Generalmente, A ejerce el poder intencionada o inadvertidamente para poder mantener o ampliar esa base de poder propia o para impedir que B adquiera la suya. Para decirlo en dos palabras: habitualmente A ejerce el poder en su propio beneficio.

5. Un aspecto esencial del ejercicio o el mantenimiento del poder es que, para que A ejerza un control mental sobre B, este último debe conocer los deseos, las apetencias, la preferencia o las intenciones de A. Aparte de la comunicación directa, por ejemplo, de actos del habla tales como órdenes, solicitudes o amenazas, B puede inferir este conocimiento de las creencias, normas y valores culturales, a través de un consenso compartido (o disputado) dentro de un marco ideológico u observando e interpretando las acciones sociales de A.
6. En las sociedades occidentales contemporáneas, el control social total está más limitado por el campo y el alcance del poder con que cuentan los agentes del poder. Es decir, los agentes del poder pueden ser poderosos en una única esfera social: la política, la economía o la educación o en situaciones sociales específicas como la que se da en un aula o en un tribunal. De modo parecido, el alcance de sus acciones puede estar limitado a unas pocas personas o se puede extender al conjunto de una clase o grupo de personas o a acciones específicas. Y, finalmente, los poderosos pueden tener asignadas responsabilidades especiales en su ejercicio del poder. Además de esta forma de distribución del poder, que también abarca varias formas de ejercicio compartido del poder, está la importante dimensión de la resistencia. Los grupos dominados y sus miembros rara vez carecen absolutamente de fuerza. En determinadas condiciones socioeconómicas, históricas o culturales, tales grupos pueden comprometerse en diversas formas de resistencia, o sea, en el ejercicio del contrapoder que, a su vez, puede restar poder a los poderosos y hasta puede hacerlos vulnerables, como sucede cuando se produce una revolución. Por lo tanto, el ejercicio del contrapoder no es sencillamente una forma de acción, sino también una forma de interacción social.
7. El ejercicio y el mantenimiento del poder social supone un marco ideológico. Ese marco, que consiste en cogniciones socialmente compartidas fundamentales relacionadas con los intereses de un grupo y sus miembros se adquiere, confirma o cambia principalmente a través de la comunicación y el discurso.
8. Aquí deberíamos insistir en señalar que el poder se debe analizar en relación con las diversas formas de contrapoder o de la resistencia que ofrecen los grupos dominados (o los grupos de acción que represen-



tan a tales grupos), lo cual también es una condición para el análisis del desafío y el cambio sociales e históricos.

## **El control del discurso y los modos de reproducción discursiva**

Una condición importante para el ejercicio del control social a través del discurso es el control del discurso mismo y de su producción. Por lo tanto, las preguntas centrales son las siguientes: ¿quiénes pueden decir o escribir qué a quiénes y en qué situaciones? ¿Quiénes tienen acceso a las diversas formas o géneros de discurso o a los medios de su reproducción? Cuanto menos poderosa es una persona, tanto menos acceso tiene a las diversas formas de texto o de conversación. En última instancia, quien carece por completo de poder o, literalmente, «no tiene nada que decir», nadie con quien conversar o debe permanecer en silencio cuando las personas más poderosas están hablando, como les ocurre a los niños, a los prisioneros, a los acusados y (en algunas culturas, a veces en algunas de nuestras propias culturas) a las mujeres. En la vida cotidiana, la mayoría de la gente sólo tiene acceso activo como hablante a la conversación con los miembros de su familia, con los amigos o con los colegas del trabajo. Ocasionalmente, en diálogos más formales pueden dirigirse a representantes institucionales o a sus superiores en el ámbito laboral, pero en esos casos cumplen un papel más pasivo y reactivo. En la comisaría, en el tribunal, en las oficinas de asistencia social, en el aula o en otras instituciones de la burocracia social, se espera que hablen o den información sólo cuando se les solicita o se les ordena que lo hagan. Cuando se trata de otro tipo de discurso más formal, público o impreso (incluyendo los de los medios de comunicación masiva) habitualmente los menos poderosos sólo son receptores.

Los grupos más poderosos y sus miembros controlan o tienen acceso a un rango cada vez más amplio y variado de roles, géneros, ocasiones y estilos de discurso. Controlan los diálogos formales con sus subordinados, las reuniones de presidencia, dictan las órdenes o leyes, escriben (o han escrito) muchos tipos de informes, libros, instrucciones, relatos o diversos discursos de los medios masivos. No sólo son hablantes activos

en la mayoría de las situaciones, sino que además pueden tomar la iniciativa en encuentros verbales o en discursos públicos, determinar el «tono» o el estilo del texto o la conversación, estipular los temas que habrán de tratarse y decidir quiénes serán participantes y quiénes receptores de sus discursos. Es importante destacar que el poder no se manifiesta sólo «en» o «mediante» el discurso; también tiene una importante fuerza de organización de la sociedad «detrás» del discurso. En este punto, la relación entre el discurso y el poder es estrecha y constituye una manifestación bastante directa del poder de clase, grupo o institución y de la posición o el estatus relativos de sus miembros (Bernstein, 1971-1975; Mueller, 1973; Schtzman y Strauss, 1972).

El poder se ejerce y se expresa directamente en virtud del acceso diferencial a los diversos géneros, contenidos y estilos del discurso. Este control puede analizarse más sistemáticamente atendiendo a las formas de (re)producción del discurso, a saber, las formas de la producción material, la articulación, la distribución y la influencia. Así vemos cómo las organizaciones de los medios y sus propietarios corporativos (a menudo internacionales) controlan tanto las condiciones de producción financiera del discurso como las tecnológicas, por ejemplo, las de las industrias de los periódicos, la televisión y las editoriales así como las industrias de la telecomunicación y los ordenadores (Becker, Hedebro y Paldán, 1986; Mattelart, 1979; Schiller, 1973). Mediante inversiones selectivas, control de presupuestos, contrataciones (y despidos) y, a veces, mediante la influencia o las orientaciones editoriales directas, también pueden controlar en parte los contenidos o, al menos, la libertad del consenso y el disenso de la mayoría de las formas de discurso público. En el caso de los medios que operan privadamente y dependen de los anuncios publicitarios, ese control indirecto puede estar en manos de los grandes anunciantes y hasta de prominentes actores de las noticias (principalmente institucionales) que habitualmente suministran información de la que los medios dependen. Los mismos grupos de poder controlan además los diferentes modos de distribución, especialmente del discurso de los medios masivos y, por consiguiente, también controlan, en parte, los modos de influir en el texto y la conversación públicos.

El modo de producción de la articulación está controlado a su vez por lo que podríamos llamar las «élites simbólicas», conformadas por perio-

distas, escritores, artistas, directores, académicos y otros grupos que ejercen poder sobre la base del «capital simbólico» (Bourdieu, 1977, 1984; Bourdieu y Passeron, 1977). Éstos tienen una relativa libertad y, por ende, un relativo poder en cuanto a decidir sobre los géneros de discurso dentro de sus esferas de poder y en cuanto a determinar los temas, el estilo o la presentación del discurso. Este poder simbólico no se circunscribe a la articulación en sí misma, sino que se extiende al modo de influencia. Estas élites simbólicas pueden fijar las agendas de las discusiones públicas, influir en la importancia de los temas tratados, intervenir en la cantidad y el tipo de información, especialmente respecto a quiénes se retrata públicamente y a cómo se los pinta. Son los fabricantes del conocimiento, las creencias, las actitudes, las normas, la moral y las ideologías públicas. De tal modo que su poder simbólico es también una forma de poder ideológico. A pesar de los problemas que presenta la noción de «élite» (Domhoff y Ballard, 1968), conservamos este término para denotar un concepto extendido (en contraste con Milis, 1956, por ejemplo), que también abarca el control social exclusivo que ejerce un grupo pequeño. Esto es, afirmamos que, además de las élites políticas, militares y económicas, las élites simbólicas desempeñan una función esencial en el marco ideológico que sustenta el ejercicio y el mantenimiento del poder en nuestras modernas sociedades de la información y la comunicación.

Sin embargo, puesto que la mayor parte de esas élites están manejadas por el Estado o por corporaciones privadas, también ellas sufren restricciones a su libertad de articulación que emergen en varias propiedades de su discurso. La voz de la élite suele ser la voz del amo corporativo o institucional. Los intereses y las ideologías de las élites en general no son fundamentalmente diferentes de quienes les pagan o los apoyan. Sólo unos pocos grupos (por ejemplo, novelistas y algunos académicos) tienen la posibilidad de ejercer el contrapoder, que sin embargo debe expresarse dentro de las presiones de la publicación. Lo habitual es que la dependencia de la élite se oculte ideológicamente mediante diversos valores, normas o códigos, por ejemplo, en virtud de la creencia ampliamente difundida en la «libertad de expresión» que reina en los medios de comunicación masiva (Altheide, 1985; Boyd-Barrett y Braham, 1987; Davis y Walton, 1983; Downing, 1980; Fishman, 1980; Gans, 1979; Golding y Murdock, 1979; Hall, Hobson, Lowe y Willis, 1980).

## **Estrategias de control cognitivo y producción ideológica**

Si, como afirmamos antes, la mayoría de las formas del poder discursivo de nuestra sociedad son del tipo persuasivo, luego, a pesar del control esencial y a menudo determinante de los modos de producción y distribución (especialmente en el caso del discurso difundido a través de los medios masivos), la influencia decisiva en las «mentes» de las personas se controla más en el plano simbólico que en el económico. Similarmente, sin dejar de reconocer el control que se ejerce sobre los menos poderosos en el terreno socioeconómico (el dinero, el empleo, la asistencia social), comprobamos que un componente esencial del ejercicio y el mantenimiento del poder es ideológico y está basado en diferentes formas de aceptación, negociación, oposición y consenso. Por todo ello, es imprescindible analizar el rol estratégico que les toca al discurso y a sus agentes (locutores, escritores, directores editoriales) en la reproducción de esta forma de hegemonía sociocultural. Dado que las élites simbólicas ejercen el control primario sobre este modo de influencia mediante los géneros, los temas, la argumentación, el estilo, la retórica o la presentación del texto y la conversación públicos, su poder simbólico es considerable, aun cuando se ejerza dentro de un conjunto de limitaciones.

## **Un nuevo enfoque de la ideología**

Puesto que la noción de ideología es crucial para nuestro argumento sobre la función que cumple el discurso en la aplicación o la legitimación del poder, vale la pena hacer algunas observaciones al respecto, aun cuando es imposible ni siquiera resumir las proposiciones clásicas y los debates actuales sobre el tema (véase Abercrombie, Hill y Turner, 1980; Barrett, Corrigan, Kuhn y Wolf, 1979; Brown, 1973; Centro de Estudios Culturales Contemporáneos [CCCS], 1978; Donal y Hall, 1986; Kinloch, 1981; Manning, 1980). Aunque el concepto de ideología ha sido enfocado de maneras muy diversas, en general se supone que el término se refiere a una «conciencia» de grupo o de clase que puede estar o no elaborada explícitamente en un sistema ideológico que sustente las prácticas socioeconómicas, políticas y culturales de los miembros del grupo desti-

nadas a satisfacer (en principio, de manera óptima) sus intereses (de grupo o de clase). Tanto la misma ideología como las prácticas ideológicas derivadas de ella frecuentemente se adquieren, se expresan o se organizan a través de diversas instituciones tales como el Estado, los medios, la educación o la Iglesia y también a través de instituciones informales como la familia. Los análisis marxistas clásicos sugieren, más específicamente, que la ideología dominante en un determinado período es en general la ideología de quienes controlan el medio de reproducción ideológica, esto es, la clase dirigente. Esto implicaría que ciertas clases o grupos dominados pueden desarrollar concepciones desviadas de su posición socioeconómica («falsa conciencia»), lo cual puede llevarlos a su vez a obrar en contra de sus propios intereses básicos. Y al revés, las clases o grupos dominantes tienden a ocultar su ideología (y, por lo tanto, sus intereses) y pugnarán por hacerla aceptar ampliamente como un sistema «general» o «natural» de valores, normas y objetivos. En ese caso, la reproducción ideológica supone el carácter natural de la formación del consenso y el poder derivado de ella adquiere una forma hegemónica.

Al pasar por alto muchos detalles y complejidades, nuestro análisis de la ideología toma una dirección algo diferente y más específica que los análisis tradicionales sobre este concepto (véase además van Dijk, 1980). Aunque es innegable que hay prácticas e instituciones sociales que desempeñan un importante parte en la expresión, la promulgación y la reproducción de la ideología, partimos de la base de que la ideología «misma» no es lo mismo que sus prácticas e instituciones. Antes bien, precisamos que la ideología es una forma de cognición social, compartida por los miembros de un grupo, una clase u otra formación social (sobre una introducción más general al estudio de la cognición social véase, por ejemplo, Fiske y Taylor, 1984). Esto no equivale a decir que la ideología es un mero conjunto de creencias y actitudes. La naturaleza socio-cognitiva de las creencias y actitudes es más elemental. En la perspectiva de este análisis, una ideología es un complejo marco cognitivo que controla la formación, la transformación y la aplicación de otras cogniciones sociales tales como el conocimiento, las opiniones y las representaciones sociales, entre las que se incluyen los prejuicios. Este mismo marco ideológico consiste en un conjunto de normas, valores, propósitos y principios socialmente importantes, seleccionados, combinados y

aplicados de tal manera que favorezcan la percepción, la interpretación y la acción de las prácticas sociales que jueguen a favor del interés conjunto del grupo. Así, una ideología da coherencia a ciertas actitudes sociales que, a su vez, codeterminan prácticas sociales. Deberíamos poner énfasis en que las cogniciones sociales ideológicas no son sistemas de creencias u opiniones individuales, sino que esencialmente reflejan las creencias y opiniones de miembros de formaciones o instituciones sociales. De manera parecida, en este marco de análisis no utilizamos términos tales como «falso» para denotar ideologías específicamente «tendenciosas» (*biased*). Las ideologías de A y B (incluyendo las científicas) encarnan una (re)construcción de la realidad social que depende del interés. (Un criterio apropiado para la evaluación de tal construcción sería la pertinencia o efectividad que demuestren para dar cuenta de las prácticas sociales que realizan las formaciones sociales y sus miembros para alcanzar sus objetivos e intereses.)

Sin embargo, una ideología no se adquiere sencillamente siguiendo la orientación de los «intereses objetivos» de cada grupo o clase; aunque en muchas ocasiones e históricamente, al final esos intereses puedan imponerse sobre otras condiciones de (re)producción ideológica. Por eso decíamos antes que el discurso y la comunicación desempeñan un papel central en la (trans)formación de la ideología. En esta perspectiva, lo esencial es, en realidad, examinar quiénes — y mediante qué procesos — controlan los instrumentos o las instituciones de (re)producción ideológica, tales como los medios o la educación. Aunque la formación del marco sociocognitivo fundamental de una ideología es un proceso muy complejo, siempre necesita, al menos, una base de creencias (verdaderas o falsas). Este capítulo intenta mostrar que el discurso y en particular el discurso de las instituciones y grupos poderosos, es la práctica social esencial que arbitra y maneja esas creencias (Roloff y Berger, 1982). A diferencia de la mayoría de las versiones de la ideología que producen las ciencias sociales y políticas, la nuestra apunta a desarrollar un análisis sociocognitivo más sistemático de los marcos ideológicos y de los procesos implicados en la (trans)formación y aplicación de tales marcos. Este objetivo implica comprender que es necesario examinar en detalle las ideologías y mostrar las maneras en que tales cogniciones de grupo influyen en las construcciones sociales de la realidad, en las prácticas sociales y, por

consiguiente, en la (trans)formación de las estructuras organizativas de la sociedad. Asimismo, es indispensable realizar un análisis explícito de las estructuras, las estrategias y los procesos del discurso y su rol específico en la reproducción de las ideologías. En otras palabras, gran parte del trabajo clásico sobre la ideología deriva de los consabidos macroanálisis de la sociedad que descuidan las estructuras y procesos reales que se dan en el micronivel de la ideología. Este enfoque global y superficial también impide establecer los vínculos que existen entre las ideologías de un grupo o sociedad (y las estructuras de poder que determinan, ocultan o legitiman) y las prácticas sociales concretas de interacción que existen dentro de o entre los grupos, incluso la función precisa que cumple el discurso en las (trans)formaciones ideológicas.

## El discurso y la reproducción ideológica

Para formarse su propia opinión y para cambiarla, la gente hace uso de una multitud de discursos, entre ellos los interpersonales, y de la información derivada de tales discursos. Obsérvese, sin embargo, que la complejidad del procesamiento de los textos y de la formación de una actitud, por supuesto, no permite transformar de inmediato las creencias y opiniones del público y mucho menos las actitudes e ideologías en alto grado organizadas (Petty y Cacioppo, 1981; Roloff y Miller, 1980; van Dijk y Kintsch, 1983). Con todo, la élite simbólica y su discurso siempre controlan los tipos de discursos, los temas tratados, la clase y la cantidad de información, la selección o la censura de los argumentos y la naturaleza de las operaciones retóricas. Estas condiciones determinan esencialmente los contenidos y la organización del conocimiento público, las jerarquías de las creencias y la generalización del consenso que, por su parte, son potentes factores de la formación y reproducción de opiniones, actitudes e ideologías (Burton y Carlen, 1979).

En los medios noticiosos, este control estratégico del conocimiento se ejerce mediante una restringida selección de temas y, de modo más general, mediante reconstrucciones específicas de las realidades sociales y políticas (Hall *et al.*, 1980; Tuchman, 1978; van Dijk, 1987b, 1987c). El proceso mismo responde a un sistema de valoración de las noticias y de

ideologías profesionales sobre las noticias y lo que merece ser noticia, sistema que, casualmente, presta atención y favorece los intereses de actores, personajes, grupos, clases, instituciones, naciones o regiones del mundo que podrían considerarse de élite (Galtung y Ruge, 1965). El acceso y la cobertura preferenciales (sea positiva o negativa) de los actores de las noticias es un factor de la reproducción del poder social a través de los medios masivos (Brown, Bybee, Wearden y Murdock, 1982). Lo mismo se verifica en el caso de la educación, esfera en la que los programas de estudios, los libros de texto, los materiales educativos y las lecciones también están gobernados por objetivos, temas, enfoques educativos y estrategias de aprendizaje que, la mayoría de veces da la casualidad que coinciden con los valores o intereses de los diversos grupos de poder de la élite (Apple, 1979; Lorimer, 1984; Young, 1971). Por lo tanto, podemos apreciar que las élites simbólicas que controlan el estilo y el contenido de los medios y el discurso educacional son también quienes ejercen el control parcial del modo de influencia y, en consecuencia, de la reproducción ideológica en la sociedad.

Hemos sugerido que las élites simbólicas no son independientes de otros grupos de poder, principalmente económicos y políticos (Bagdikian, 1983). Puede haber conflicto y contradicción entre los intereses y, por lo tanto, entre las ideologías de estos respectivos grupos de poder. Esos otros grupos de poder no sólo tienen los medios directos o indirectos de controlar la producción simbólica, sino que además tienen sus propias estrategias para fabricar la opinión. Cuando se trata de influir en los medios, estas estrategias consisten en proveerles de información (favorable) de su propia institución u organización en sus informes de prensa, en las conferencias de prensa, en las entrevistas que les conceden, en la filtración de información y en otras formas de acceso preferencial a los hacedores de las noticias. Las rutinas periodísticas son de tal naturaleza que estas preformulaciones tienen más probabilidades de aparecer reproducidas casi textualmente que otros discursos provenientes de otras fuentes (Collins, Curran, Garnham, Scannell, Schlesinger y Sparks, 1986; Gans, 1979; Tuchman, 1978; van Dijk, 1987b).

En cuanto a la educación, la obligación generalizada de evitar las cuestiones «controvertidas» censura las opiniones sociales y políticas más «radicales» que no concuerden con las ideologías sociopolíticas dominan-



tes. Más concretamente, las organizaciones del Estado o las grandes corporaciones pueden suministrar materiales educativos gratuitos, publicidad en los periódicos educacionales y cuentan con otras maneras de influir en los docentes y en los contenidos de los libros de texto (Domhoff, 1983).

Asimismo, las élites del poder tienen acceso a medidas para controlar el disenso y la resistencia, por ejemplo, mediante la contratación o la financiación selectivas, mediante la censura sutil o más abierta, por medio de campañas de difamación y otros instrumentos destinados a silenciar a los «radicales» y a sus medios (Domhoff, 1983; Downing, 1984; Gamble, 1986). Así es cómo, en muchos países occidentales, basta con que a alguien se le coloque el rótulo de «comunista» o se diga que está en contra de nuestro estilo de «libertad» o de cualquier otro valor dominante similar, para que esa persona quede de inmediato desacreditada para formular una contraideología que pueda considerarse seria. Ésta es una poderosa estrategia para mantener bajo control a la élite simbólica misma, tanto interna como externamente. Es decir, hay una amplia colección de estrategias económicas, culturales y simbólicas por intermedio de las cuales los diversos grupos de poder manejan concurrentemente — aunque no siempre sin entrar en conflictos y contradicciones — el conocimiento y la información, transmiten los objetivos y valores dominantes y, en consecuencia, suministran las piezas con que se construyen las ideologías dominantes. El poder de modelar el consenso de estas ideologías proporciona las condiciones para que esos grupos ni siquiera necesiten hacer una «conspiración».

## **El análisis del poder y el discurso**

Dentro de este marco muy general del poder social y el control del discurso, seguidamente podemos concentrarnos con mayor detalle en las múltiples maneras en que el discurso se relaciona con esta forma de control social.

### *Los géneros de discurso y el poder*

Comenzaremos nuestro análisis con una tipología de los modos en que el discurso representa al poder como una forma de interacción social:

1. El control directo de la acción se logra a través de discursos que tienen una función directiva pragmática (fuerza de elocución), tales como órdenes, amenazas, leyes, regulaciones, instrucciones y, más indirectamente, a través de recomendaciones y consejos. Los locutores a menudo cumplen un papel institucional y frecuentemente el poder institucional respalda sus discursos. En este caso, con frecuencia la conformidad se obtiene mediante sanciones legales o institucionales de otro tipo.
2. Los tipos de discurso persuasivo, tales como los anuncios publicitarios y la propaganda, también apuntan a influir en las acciones futuras de los receptores. Su poder se basa en los recursos económicos, financieros o, en general, de las empresas o instituciones y se ejerce por medio del acceso a los medios de comunicación masiva y la captación de la atención pública generalizada. En este caso, la conformidad se fabrica apelando a instrumentos retóricos, por ejemplo la repetición y la argumentación pero, por supuesto, el conjunto está siempre respaldado por los habituales mecanismos de control del mercado.
3. Más allá de estas formas de discurso prescriptivo, hay otras maneras de influir en las acciones futuras, por ejemplo mediante las descripciones de acciones, situaciones o acontecimientos futuros o posibles, con predicciones, planes, proyectos, programas y advertencias, a veces combinados con diferentes formas de consejos. Los grupos de poder implicados en este tipo de estrategia habitualmente son profesionales («expertos») y su base de poder suele ser el control del conocimiento y la tecnología (Pettigrew, 1972). Los medios retóricos frecuentemente consisten en argumentaciones y en la descripciones de cursos de acción alternativos indeseables. Más implícitamente, así los informes académicos sobre los desarrollos sociales o económicos pueden influir en la acción futura.
4. Diferentes tipos de narrativas, a veces ampliamente difundidas y, por lo tanto posiblemente influyentes, tales como novelas o filmes, pueden describir el carácter deseable o indeseable de futuras acciones y recurrir a una retórica de atractivo dramático o emocional o a varias formas de originalidad tanto en el tema como en el estilo escogido. Los grupos de poder implicados en esta estrategia forman lo que hemos llamado las élites simbólicas. Un caso específico de esta clase de dis-

curso es la manera de presentar las noticias en los medios, donde no sólo se describen los acontecimientos del momento y sus posibles consecuencias, sino que esencialmente, se delinean las acciones y se representan las opiniones de las élites del poder político, económico, militar y social. Ésta es principalmente la manera de fabricar la base de consenso del poder y la manera en que el público general se entera de quiénes tienen el poder y qué quieren los poderosos. Ésta es una condición esencial para desarrollar el marco ideológico de apoyo del poder, pero también para el desarrollo de diversas formas de resistencia («conoce a tu enemigo»).

Esta primera tipología muestra que la reproducción discursiva del poder es principalmente persuasiva. Las instituciones o los grupos poderosos rara vez tienen que prescribir lo que deberían hacer los menos poderosos, aunque en última instancia tales instrucciones pueden ser decisivas para controlar a los otros, como sucede particularmente en el caso del control estatal. Antes bien, argumentan dando razones económicas, políticas, sociales o morales y administrando el control de la información importante. De este modo es posible deformar la comunicación mediante la difusión selectiva de información que es favorable a las élites del poder o limitando la información que les es desfavorable. Hay diversos medios retóricos y artísticos que pueden facilitar la realización de estos objetivos.

### *Niveles de discurso y de poder*

Hay una segunda dimensión que va más allá de esta sencilla tipología de los géneros del discurso y de sus contribuciones al control social. Me refiero a los diferentes niveles de discurso que específicamente pueden promulgar, manifestar, expresar, describir, señalar, ocultar o legitimar las relaciones de poder entre los participantes del discurso o los grupos a los que pertenecen.

De modo que, como ya dijimos, el poder puede efectivizarse, primero, en el nivel pragmático, a través del acceso limitado o mediante el control de los actos del habla, tales como las órdenes, las acusaciones formales, los procesamientos, las absoluciones y otros actos del habla institucionales. En segundo lugar, se puede ejercer en la interacción conversacio-

nal: una de las partes puede controlar o dominar la asignación de turnos para hablar, las estrategias de autopresentación y cualquier otro nivel de la conversación espontánea o el diálogo formal. Tercero, la selección del tipo o el género de discurso puede quedar a cargo del hablante más poderoso, por ejemplo en el aula, en el tribunal o dentro de la empresa: se permite que alguien cuente alguna experiencia personal, pero con la mayor frecuencia, ésta es una práctica que se censura a favor de los géneros de discurso controlados sobre el asunto que se está tratando, por ejemplo, las preguntas. Cuarto, aparte de la conversación cotidiana, generalmente los temas están controlados por las reglas de la situación comunicativa, pero el hablante más poderoso suele ser quien controla o evalúa cuándo se aborda, se cambia o se varía un tema. Lo mismo puede decirse respecto al estilo y la retórica.

## Las dimensiones del poder

El análisis de las estructuras de poder nos permite enumerar otras categorías pertinentes, a saber, aquellas dimensiones del poder que pueden tener un impacto en el discurso y sus estructuras: las diversas instituciones de poder, las estructuras internas de poder de esas instituciones, las relaciones de poder entre los diferentes grupos sociales y el alcance o la esfera en la que pueden ejercer el poder (los miembros de) esas instituciones o grupos. Sin adentrarnos en un análisis adicional de esas estructuras y dimensiones del poder social, aquí sencillamente argumentaremos que también se manifiestan en las diferentes estructuras del texto y la conversación de los «poderosos».

En esta enumeración hallamos, en primer lugar, las grandes instituciones de poder, tales como el gobierno, el Parlamento, los organismos estatales, el poder judicial, los militares, las grandes empresas, los partidos políticos, los medios, los sindicatos, las iglesias y las instituciones educativas. Cada una de estas instituciones puede asociarse a sus géneros discursivos específicos, a sus acontecimientos, estilos, retóricas y temas comunicativos. En segundo lugar está la jerarquía habitual de posición, rango o estatus dentro de esas instituciones y cada uno implica diferentes actos del habla, géneros o estilos, por ejemplo, los que expresan autoridad y mando.

Tercero, paralelamente y a veces combinadas con las instituciones, tenemos las relaciones de poder de grupos, tales como aquellas entre ricos y pobres, hombres y mujeres, adultos y niños, blancos y negros, ciudadanos nacionales y extranjeros, gente con estudios superiores y gente con escasa educación, heterosexuales y homosexuales, creyentes y no creyentes, moderados y radicales, sanos y enfermos, famosos y desconocidos y, de manera más general, las relaciones de poder entre Nosotros y Ellos. Los miembros de los respectivos grupos dominantes pueden efectivizar estructuralmente estas relaciones de poder, tanto en la interacción institucional como en la informal y cotidiana. Como ocurre con los miembros de las instituciones, los miembros de los grupos dominantes pueden hacer derivar su ejercicio individual del poder del poder general del grupo al que pertenecen. En estos casos, el efecto en el discurso se hará especialmente evidente en el control desequilibrado del diálogo, de la atribución de turnos, de los actos del habla, la elección de los temas y el estilo.

Cuarto, el ejercicio efectivo del poder se puede analizar atendiendo a su esfera de acción o alcance y al tipo de influencia. Algunas instituciones o sus dirigentes pueden realizar actos discursivos que afecten a naciones, Estados, ciudades o grandes organizaciones en su conjunto o pueden afectar a la vida y la muerte, la salud, la libertad personal, el empleo, la educación o las vidas privadas de otras personas, mientras que otras instituciones o sus miembros tienen un impacto menos amplio o menos grave sobre los demás.

Finalmente, podemos distinguir entre los diversos tipos de legitimidad de estas formas de control social, que pueden variar entre, por un lado, el control total impuesto o mantenido por la fuerza (como en las dictaduras y, en algunos terrenos, también en un sistema democrático de gobierno) y, por el otro, el control parcial sancionado por una élite, una mayoría o un consenso más o menos general. Estas diferencias (de grado) reflejan las sanciones posibles de los poderosos, así como la aceptación o la resistencia de quienes están sometidos al ejercicio del poder.

Estas diferencias en los modos de legitimación se manifiestan también en diferentes géneros, temas y estilos de discurso. La discusión, la argumentación o el debate, por ejemplo, no son sólo característicos del discurso dictatorial. De ahí la importancia de la cuantía y la naturaleza de la legitimación discursiva en estos diferentes tipos de sistemas de poder.

Cabe esperar que cada sistema político, considerado como una institucionalización del poder, por ejemplo, por parte del Estado, esté asociado a sus propios órdenes característicos o sus propios modos de discurso. Puesto que los principios (normas, reglas, valores, objetivos) de legitimidad están enraizados en una ideología, los procesos de legitimación también aparecerán como procesos discursivos.

## Los diferentes enfoques

Teniendo presentes estas diversas dimensiones del poder, estamos en condiciones de dar el próximo paso y establecer vínculos sistemáticos entre esas dimensiones y las variadas dimensiones estructurales del discurso. No obstante, esto se puede hacer de diversas maneras y en diferentes perspectivas complementarias. Así, el estudioso de las ciencias sociales puede comenzar haciendo un análisis de las dimensiones del poder social que acabamos de mencionar y luego examinar a través de qué discursos o qué propiedades discursivas se expresan, se efectivizan o se legitiman esas estructuras de poder. Este (macro)enfoque favorece un análisis más general e integrado de los diversos géneros y propiedades del discurso relacionado con una clase, una institución o un grupo (por ejemplo, el discurso del sistema legal o el poder patriarcal de los hombres sobre las mujeres). Por su parte, el sociolingüista seguramente habrá de comenzar con un análisis de las propiedades específicas del uso del lenguaje o el discurso y tratará de mostrar que esas propiedades varían según las diferentes posiciones, relaciones o dimensiones sociales, por ejemplo, las de clase, las de género, de grupo étnico o de situación económica y que, en ocasiones, hasta dependen de ellas. Esta perspectiva en general presta una atención más detallada a las propiedades lingüísticas del texto y la conversación y da un panorama más amplio de las diversas «circunstancias» sociales de tales propiedades.

Nosotros preferimos optar por un enfoque que combina las ventajas de estas dos visiones, a saber, el análisis de los (sub)géneros discursivos y los eventos comunicativos en situaciones sociales (Brown y Fraser, 1979). Ese «análisis de situación» exige integrar el análisis del discurso y el análisis social. Mediante un estudio interdisciplinario de conversaciones cotidianas, diálogos en el aula, entrevistas laborales, encuentros re-

lacionados con servicios, consultas médicas, procesos judiciales, reuniones de junta directiva, debates parlamentarios, informes de noticias, anuncios publicitarios o elaboración de proyectos legislativos, entre muchos otros eventos comunicativos, estamos en posición de evaluar las estructuras eficaces del discurso y las estructuras relacionadas de dominio y control en el contexto social. Es decir, para comprender estos géneros comunicativos es indispensable hacer un análisis de la representación de los participantes, de las estrategias de interacción, de la asignación de turnos, la selección del tema y el código, los registros estilísticos, las operaciones retóricas y, además, un análisis de los roles, las relaciones, las reglas, las normas y otras presiones sociales que gobiernan la interacción de los participantes en su condición de miembros de un grupo social. Sólo así podemos captar las propiedades y también los procesos del texto y la conversación y los micromecanismos de interacción social y de estructura organizativa de la sociedad. Asimismo, el nivel y la esfera de acción de este análisis permiten hacer una evaluación sociocognitiva del conocimiento, las opiniones, las actitudes, las ideologías y otras representaciones sociales que ejercen el control cognitivo de los agentes que actúan en tales situaciones. Por último, estas microestructuras sociales (por ejemplo, la lección) pueden relacionarse a su vez (por ejemplo, mediante comparación o generalización) con importantes macroestructuras sociales tales como las instituciones (por ejemplo la escuela, el sistema educativo y sus ideologías) y las relaciones sociales en su conjunto (por ejemplo la dominación ejercida por los blancos sobre los negros) (Knorr-Cetina y Cicourel, 1981).

## **El poder en el discurso: revisión**

En las secciones anteriores ofrecí un breve análisis teórico de la noción de poder y sus vínculos con el discurso y la comunicación. Hemos visto que los poderosos recurren a diversas estrategias que les permiten controlar la producción material y simbólica del texto y la conversación y, por consiguiente, parte de los procesos cognitivos que están en la base del manejo cognitivo y la fabricación del consentimiento de los menos poderosos. En varias ocasiones, a lo largo de la argumentación, hemos mencionado al-

gunas propiedades del discurso específicamente afectadas por este proceso de control (re)productivo, por ejemplo la asignación de turnos en una conversación o la elección del tema y el estilo. En el resto del capítulo analizaremos más detalladamente cómo se expresa, se señala, se reproduce o se legitima realmente el poder en las diversas estructuras del texto y la conversación. Mientras las secciones anteriores se concentraban en las diferentes estrategias sociales del control del discurso y la comunicación, ahora examinaremos sistemáticamente las estrategias discursivas que instrumentan esas (inter)acciones y haremos una breve revisión de estudios empíricos que muestran el poder «en acción» en el texto y en la conversación. Organizaremos nuestro análisis alrededor de unos pocos tipos de discurso seleccionados, a saber, subgéneros o eventos comunicativos, que también encarnan relaciones sociales típicas, incluso relaciones de poder específicas. En este desarrollo, en ocasiones habrá que reinterpretar la investigación, por ejemplo, cuando la noción de poder no se utiliza como tal. Comenzaremos con varias clases de discurso hablado, dialogístico y luego analizaremos tipos de textos escritos. Pondremos el acento en el poder social y dejaremos de lado ciertos tipos de poder, influencia o estatus individual que se expresa en la comunicación interpersonal (sobre una revisión de este trabajo, véase Berger, 1985, Brooke y Ng, 1986 y Falbo y Peplau, 1980 sobre estudios empíricos de la influencia interpersonal).

### *La conversación*

Aunque el análisis de la conversación generalmente supone que los hablantes tienen roles sociales iguales (Sacks, Schegloff y Jefferson, 1974; Atkinsons y Heritage, 1984; McLaughlin, 1984), es evidente que la condición de miembro de un grupo o de una institución de los hablantes y, en general, la desigualdad social, introducen diferencias en el control del diálogo que se desarrolle. Estas diferencias aparecen, por ejemplo, en las conversaciones entre hombres y mujeres, entre adultos y niños, entre blancos y negros, entre ricos y pobres o entre los más y los menos educados. Se estima que ese control del hablante más poderoso se puede extender a la asignación o apropiación de los turnos para hablar, a la elección del acto del habla y a la selección y el cambio de tema y de estilo. Sin embargo, el ejercicio de este control no tiene por qué ser estático, pues los hablantes menos poderosos pueden negociarlo u oponerse a él diná-



micamente. En otras palabras, la conversación debe contextualizarse continuamente de acuerdo con las diferentes condiciones o presiones de la situación social en general y de acuerdo con las relaciones sociales que se den entre los participantes en particular. Y, aunque tiene sentido hacer una distinción entre la conversación cotidiana, personal o informal y el discurso formal e institucional, sería importante subrayar que el discurso informal o privado puede estar imbuido de presiones formales e institucionales. Al revés, el discurso institucional también puede ser informal y una diligencia cotidiana entre otras prácticas sociales.

### *La conversación entre padres e hijos*

En muchas culturas, una de las diferencias más evidentes de poder es la que se da entre padres e hijos. Aunque hay importantes variaciones culturales (Snow y Furgeson, 1977) y diferencias entre padres y madres (Gleason y Geif, 1986), generalmente el control parental se ejerce en la conversación de muchas maneras: «La posición baja de los niños en las sociedades estratificadas puede mantenerlos callados, prohibirles iniciar o discutir ciertos temas, impedirles interrumpir o exigirles el empleo de una variedad de habla diferencial especial» (Ervin-Tripp y Strage, 1985, p. 68).

Como muestran en detalle éstos y otros autores, los padres también pueden controlar la conducta del niño más directamente, por ejemplo reprendiéndolo, amenazándolo, dándole instrucciones o corrigiéndolo durante la conversación. Algunas formas más indirectas de control de la acción en las conversaciones padres-hijos son los consejos, las peticiones o la inducción mediante promesas. Con frecuencia se ha relacionado estas diferencias de control parental en la conversación con las diferencias de clases (Cook-Gumperz, 1973). Resulta oportuno para nuestro análisis del poder social señalar que las representaciones sociales del poder se adquieren y exhiben bastante tempranamente, a través de diferentes formas de cortesía y deferencia discursiva o mediante juegos y ritos de poder verbal (Bavelas, Rogers y Millar, 1985; Ervin-Tripp, O'Connor y Rosenberg, 1984; Labov, 1972; Lein y Brenneis, 1978).

### *Las conversaciones entre hombres y mujeres*

Las diferencias de poder entre mujeres y hombres y su manifestación en el lenguaje han sido profusamente estudiadas, particularmente durante las

últimas décadas y, sobre todo, por las investigadoras feministas (Eakins y Eakins, 1978; Kramarae, 1980, 1983; Spender, 1980; Thorne y Henley, 1975 y Thorne, Kramarae y Henley, 1983; quienes ofrecen una extensa bibliografía). Por lo tanto, sólo mencionaremos algunas conclusiones generales de esta importante obra que, en muchos aspectos, ha llegado a ser paradigmática del análisis del poder en el lenguaje y la comunicación y daremos prioridad a los estudios más recientes sobre el poder de género en el discurso (para una breve revisión del tema, véase West y Zimmerman, 1985).

Aunque a veces las diferencias son sutiles y dependen de la situación (Leet-Pellegrini, 1980), y de la posición social (Werner, 1983), se ha comprobado que generalmente las mujeres «se esfuerzan más» que los hombres en la conversación: sostienen el tema, muestran más interés o se repliegan en situaciones de conflicto (Falbo y Peplau, 1980; Fisherman, 1983). Varios estudios documentan que los hombres tienden a interrumpir a las mujeres con más frecuencia que éstas a ellos, especialmente cuando la asignación de turnos para hablar es irregular (Eakins y Eakins, 1978; Natale, Entin y Jaffe, 1979; West y Zimmerman, 1983).

Algunos de los estudios reunidos por Trómel-Plótz (1984) muestran que la dominación masculina no se limita a las situaciones informales, como las caseras, sino que también se manifiesta en contextos públicos, tales como los programas de entrevistas por televisión, moderados principalmente por hombres (véase también Owsley y Scotton, 1984). Por ejemplo a las mujeres, en general, se les cede menos la palabra que a los hombres y los hombres hablan durante más tiempo, con más frecuencia y emplean frases largas y complicadas y varios tipos de tácticas pseudo-estructurantes de contribuciones a la conversación.

Las diferencias de género en la conversación también se pueden analizar en una perspectiva más general como instancias del habla entre «poderosos» y «no poderosos», que asimismo se hallan en otras situaciones sociales (Bradac y Street, 1986; Erickson, Lind, Johnson y O'Barr, 1978), que examinaremos seguidamente.

### *La conversación racista*

Lo que acabamos de decir sobre la subordinación de las mujeres en la conversación también se produce en el caso de discursos dirigidos o re-

feridos a gente de raza negra o perteneciente a otros grupos minoritarios en muchos países occidentales (Smitherman-Donaldson y van Dijk, 1987). El poder de grupo de los blancos también se puede ejercer mediante el maltrato verbal y el trato despectivo a los miembros de grupos minoritarios (Allport, 1954). Aunque hay muchas fuentes históricas y literarias que documentan estas difamaciones raciales omnipresentes, existen pocos estudios sistemáticos del uso que se les da y de las funciones que cumplen. Kennedy (1959) ofrece una breve lista de las «reglas de etiqueta» sobre cómo debían tratarse recíprocamente negros y blancos en Estados Unidos durante el período de racismo conocido como de Jim Crow. Una de estas reglas era que al dirigirse a una persona negra un blanco nunca debía anteponer el tratamiento de «señor», «señora» ni «señorita» y debía llamarla simplemente por su nombre de pila. En cambio a los blancos siempre debía tratárselos con las formalidades correspondientes. Aunque en las últimas décadas el cambio de normas oficiales y leyes mitigó en gran medida este racismo expresado verbalmente, los comentarios racistas aún existen en la conversación cotidiana de los blancos. El desprecio verbal de los negros, al igual que el de los chinos, los italianos, los mexicanos o los portorriqueños es común en Estados Unidos como lo es en la Europa occidental respecto a los turcos, los marroquíes, los sudasiáticos y los caribeños (Helmreich, 1984).

El conflicto étnico también puede manifestarse en diferentes estilos de habla que provocan interpretaciones erradas y estereotipos (Kochman, 1981). Dentro del proyecto alemán sobre adquisición del lenguaje por parte de los trabajadores inmigrantes, se prestó atención al modo en que la gente se dirigía a estos *Gastarbeiter* percibiéndolos de manera simplificada como «alemanes extranjeros» (Dittmar y Stutterheim, 1985; Klein y Dittmar, 1979). Con frecuencia, este tipo de conversación puede expresar por sí misma superioridad de los hablantes y su grupo. Éste es un interesante caso específico de las funciones de la adaptación y conflicto lingüísticos en la comunicación interétnica (Giles y Powesland, 1975; Giles y Smith, 1979; Gumperz, 1982a, 1982b).

Gran parte de la investigación reciente sobre prejuicio y racismo sugiere que aun cuando las opiniones, las conversaciones y las acciones racistas se hayan hecho más indirectas y sutiles en ciertos contextos, aparentemente las actitudes básicas no han cambiado mucho (Barker, 1981;

Dovidio y Gaertner, 1986; Essed, 1984). Greenberg, Kirkland y Pyszczynski (1987) muestran que el empleo de comentarios racistas hechos por experimentadores de incógnito contra personas negras puede activar esas actitudes básicas entre personas blancas y fomentar evaluaciones más negativas de esas personas negras. Entre las élites conservadoras, durante la última década, el discurso racista ha tomado una orientación más «cultural». Este discurso pone énfasis en las supuestas diferencias culturales que existen entre los grupos que pertenecen a las élites y los excluidos de ellas y a veces defiende sutilmente la autonomía cultural nacionalista del grupo blanco dominante (Siedel, 1987a, 1987b).

En mi propio trabajo sobre la expresión de opiniones y prejuicios étnicos en la conversación cotidiana, tanto en Holanda como en California, esos comentarios racistas explícitos aparecen rara vez (van Dijk, 1984a, 1987a). Sin embargo, las entrevistas informales sobre las que se basó mi investigación son típicos ejemplos de conversaciones con personas relativamente desconocidas (estudiantes de la universidad) y, por lo tanto, es posible que esas conversaciones estuvieran en gran medida mediatizadas por las normas oficiales de no discriminación. En realidad, habitualmente los blancos expresan su conocimiento de tales normas y afirman elegantemente que digan lo que digan sobre los «extranjeros», nunca lo hacen con una intención racista.

Por consiguiente, la estrategia generalizada de conversación sobre las minorías tiene dos caras. Por un lado, muchas personas blancas expresan experiencias y opiniones negativas respecto algún grupo étnico minoritario. Por el otro, esta «presentación negativa del Otro» queda sistemáticamente equilibrada por una presentación positiva de sí mismo de la persona que habla, a saber, la de ciudadano tolerante, no racista y comprensivo. Esta estrategia de conjunto se lleva a cabo a través de muchas «artes» y tácticas locales, tales como negaciones y concesiones muy evidentes («No tengo nada contra ellos, pero...», «También hay algunos buenos, pero...»), contrastes que destacan las diferencias de grupo, competición y la clásica oposición nosotros/ellos («Nosotros trabajamos mucho y ellos no tienen que hacer nada») o la transferencia («A mí no me importa, pero a otras personas de este país, esta ciudad, esta calle o este edificio les importa). Además, tales estrategias semánticas y retóricas de presentación positiva de sí mismo y presentación negativa del otro se

aplican principalmente exponiendo argumentos y contando anécdotas concretas. Siempre se trata de relatos basados en la propia experiencia personal y, por lo tanto, son «verdaderos» y una «prueba» confiable de las conclusiones negativas. La mayoría de estos relatos describen acontecimientos y acciones de los grupos minoritarios percibidas como violaciones a las normas, los valores, los objetivos y los intereses dominantes (blancos) pero que, casualmente sirven para justificar los estereotipos y prejuicios que están circulando en el momento. A menudo se apela a los medios para legitimar este tipo de anécdota y opinión, por ejemplo refiriéndose a los delitos de la minoría «que leemos en los periódicos todos los días». Algunas propiedades más sutiles de la conversación como las vacilaciones, enmiendas y correcciones dejan vislumbrar y seguir los procesos cognitivos que subtienden este tipo de conversación. La elección del léxico y el empleo de pronombres personales y demostrativos que identifican también sugiere la distancia social: «ellos», «esa gente», «esos turcos (o mexicanos o lo que fuere)». Así es como toda conversación entre miembros del grupo de la mayoría blanca reproduce esos prejuicios dentro del grupo al que pertenecen y, al mismo tiempo, confirma verbalmente la pertenencia al grupo, sus objetivos y sus normas, que a su vez son importantes para el mantenimiento del poder del grupo blanco.

### *El diálogo institucional*

Los diálogos con instituciones u organizaciones o dentro de ellas son formas de interacción institucional y, por ende, también hacen efectivas, exhiben, señalan o legitiman una multitud de relaciones de poder (Petigrew, 1973; Pfeffer, 1981). Quienes participan de tales interacciones pueden ajustarse a las reglas y normas de interacción que dependen del contexto, pero también pueden negociar diferentes roles o posiciones, incluso aquellas de estatus, jerarquía o competencia. Otra diferencia de este tipo de conversación con la informal y cotidiana es que los miembros institucionales son, en general, profesionales, expertos que están «en su trabajo» (véase también Coleman, 1984, 1985b). Seguidamente examinaremos algunos de estos subgéneros destacados del diálogo institucional.

## *Las entrevistas laborales*

Ragan (1983) mostró que en las entrevistas laborales las diferencias de poder se manifiestan en lo que la autora llama «acciones que alinean», tales como narraciones, metaconversaciones, secuencias secundarias, digresiones o calificadores. Los entrevistadores en general recurrían a las estrategias que controlan el ritmo y el desarrollo de la conversación, como formulaciones, metaconversaciones y digresiones metacomunicativas. Los postulantes, en cambio, con la mayor frecuencia optan por justificar o explicar su conducta, por ejemplo a través de relatos, calificadores y frases del tipo, «como usted sabe», aun cuando esos recursos sean innecesarios. Este estudio complementa un trabajo psicológico social anterior sobre el efecto que ejerce el poder sobre las actitudes del lenguaje en las entrevistas laborales y mostraba, por otra parte, que postulantes idénticos podían sufrir discriminación a causa de su acento extranjero, por ejemplo, y que obtenían evaluaciones inferiores para los empleos de nivel superior y evaluaciones más altas para los empleos de bajo nivel (Kalin y Rayko, 1980).

En una serie de estudios experimentales, Bradac y otros colegas examinaron las diferencias de estilo entre el que tiene más poder y el que tiene menos durante una entrevista laboral (Bradac y Mulac, 1984). Como en estudios previos sobre el lenguaje de las mujeres, también en éste se comprobó que las vacilaciones y las preguntas breves al final de una frase (como «¿no le parece?») son características del estilo del que no tiene poder (véase también Bradac y Street, 1986). Luego veremos que en las conversaciones que se desarrollan en un tribunal también se dan los mismos estilos.

## *El discurso médico-paciente*

El discurso médico-paciente es un ejemplo específico del discurso médico en general (Fischer y Todd, 1983, 1986; Freeman y Heller, 1987) que ha sido criticado con frecuencia por diversas razones, entre ellas el abuso de poder por parte de los practicantes de la medicina. Edelman (1974), en un artículo crítico, muestra que el lenguaje de las personas que se desempeñan en profesiones que tienen el objetivo de ayudar a otros, particularmente en la psiquiatría, oculta de diversas maneras la naturaleza real

de sus intenciones y acciones que apuntan en realidad a controlar a los pacientes. Así es como se suele disimular el ejercicio directo del poder a través del discurso de «ayuda», en el cual un paciente que tiene buenas razones para estar enfadado puede recibir el rótulo de «agresivo». A tales pacientes se los alojará en un lugar eufemísticamente llamado «habitación silenciosa», en lugar de «confinamiento solitario». De modo parecido, cuando se utilizan términos como «predelincuente» se sugiere que los profesionales tienen carta blanca para «tratar» a gente (generalmente sin ningún poder, por ejemplo jóvenes, pobres) que no había mostrado ningún signo de desviación. En este caso, el poder profesional se combina con el poder de clase y de edad. En realidad, como veremos luego, el poder rara vez se da solo: frecuentemente el poder institucional se ejerce al mismo tiempo que el poder de grupo derivado del género, la clase, la raza, la edad, la subcultura o la nacionalidad (véase también Sabsay y Platt, 1985).

West (1984) comprueba que la inherente asimetría social de las relaciones médico-paciente también se manifiesta en sus conversaciones y que asimismo el género y la raza desempeñan su parte: los médicos hombres interrumpen a sus pacientes (especialmente a los pacientes negros) mucho más a menudo que los pacientes a ellos, sin ningún motivo médico o pertinente y, por el contrario, esas interrupciones les hacen perder importante información. Sin embargo, los pacientes masculinos tienden a interrumpir más a su médico si es una mujer. En general la conversación entre médico y paciente es un intercambio desigual de información. Los médicos formulan la mayor parte de las preguntas y los pacientes, las pocas veces que preguntan, lo hacen tartamudeando, salvo cuando expresan algún tipo específico de pregunta condicional. West (1984, p. 51), llega a la conclusión de que «Las pruebas cuantitativas y cualitativas sugieren que los médicos se colocan en una posición cercana a la de un dios en su relación con los pacientes, como entidades «a las que no se debe interrogar». Para dirigirse al médico se utilizan expresiones formales, mientras que los médicos suelen llamar a sus pacientes (sobre todo si son negros) por su nombre de pila. Fisher y Todd (1983) también comprueban que existe una interacción entre el poder médico y el poder de género. En su estudio muestran que las pacientes mujeres son proclives a dejarse convencer de la conveniencia de usar píldoras anticon-

ceptivas por la «persuasión amistosa» de los médicos (varones) quienes las mantienen desinformadas sobre los posibles efectos negativos de dichas píldoras o sobre otros métodos anticonceptivos.

En un análisis crítico de entrevistas clínicas, Mishler (1984) halló pruebas discursivas de la dominación que ejerce lo que él llama la «voz biomédica» y llega a la conclusión de que: «Es característico que se suprima la voz del mundo vital cotidiano y que [el médico] interrumpa o fragmente todo intento del paciente de ofrecer su versión de los problemas que experimenta dentro del contexto de sus situaciones de vida» (p. 190). Treichler, Frankel, Kramarae, Zoppo y Beckman (1984) sostienen que el enfoque que pone el profesional en los aspectos biomédicos es un obstáculo para que el paciente exprese plenamente sus preocupaciones. Así se observa que inquietudes expresadas fácilmente a un practicante aún no graduado no aparecen luego en el informe que redacta el médico. También se ha comprobado que los médicos suelen ser irónicos y mostrar desinterés por las quejas de los pacientes. Finalmente, como se observa en las entrevistas laborales, el trabajo psicológico social sobre las actitudes del lenguaje muestra que los médicos pueden evaluar a sus pacientes de modos diferentes según éstos se expresen o no con un acento propio de un dialecto o un sociodialecto (Fielding y Evered, 1980).

Cabe suponer que lo que se ha registrado en el caso de los médicos clínicos se da igualmente en otras profesiones médicas. Coleman y Burton (1985) estudiaron el control en el consultorio del dentista en el Reino Unido y comprobaron que los odontólogos controlan tanto la actividad verbal como la no verbal: los dentistas hablan el 71% del tiempo y los pacientes el 26%, mientras que los asistentes ocupan sólo el 3%. El dentista habla más veces y durante más tiempo (4,6 segundos contra 2,1). Evidentemente, en este caso el control adquiere una forma completamente literal: lo habitual es que el paciente esté con la boca abierta, por lo cual su posición ya le impide hablar y además tiene poco que decir. La sumisión al poder del dentista también depende del temor al dolor. Los autores del estudio comprobaron que normalmente los dentistas responden a lo que les informan los pacientes distraídamente, restándole importancia o descartándolo como una información errada. Como sucede en la mayor parte de las formas profesionales de poder, el recurso principal del dominio que ejerce el dentista es su pericia (véase también



Candlin, Burton y Coleman, 1980). Como ya dijimos, el poder puede derivar de una organización institucional o de la costumbre que se ha transformado en rutina. El poder médico es un ejemplo característico. Los resultados de los estudios que acabamos de mencionar también se deben interpretar en esta perspectiva. Además, Strong (1979) especifica algunos otros factores que limitan la libertad de los pacientes en el discurso del consultorio: los médicos utilizan un lenguaje técnico (véase también Coleman, 1985a); hay poco médicos y muchos pacientes; los médicos están organizados y los pacientes habitualmente no lo están; los médicos tienen una posición social elevada; en algunos países hay muy pocas o ninguna alternativa (asequible) al sistema médico de salud pública y, por consiguiente, hay poca competición médica y escasas posibilidades de pedir una segunda opinión. Como vemos, el ejercicio y la organización del poder local en la conversación doctor-paciente están intrincadamente entrelazados con formas de control social e institucional más generales.

Estos datos se confirman en las entrevistas de consultoría o admisión, en las cuales los profesionales actúan como porteros de las instituciones y pueden ejercer un notable poder de grupo sobre el tratamiento diferencial en la conversación con los clientes o candidatos pertenecientes a minorías (Erickson y Schultz, 1982; Mehan, 1986). Lo mismo suele darse en las conversaciones en el aula, donde se espera que el docente ejerza control sobre los estudiantes mediante una serie de estrategias: él decide el tipo de discurso, inicia y evalúa los temas y las secuencias de preguntas y respuestas, supervisa el estilo del habla del estudiante y, generalmente, controla los discursos escritos y orales de los estudiantes. Desafortunadamente, aunque hay muchos trabajos que estudian los diálogos del aula (Sinclair y Brazil, 1982; Stoll, 1983; Wilkinson, 1982), se ha prestado poca atención específica a esos ejercicios de rutina del poder institucional.

### *El discurso en el tribunal*

Más que en la mayoría de los contextos institucionales, en el tribunal el ejercicio de poder está sistemáticamente gobernado por reglas y procedimientos explícitamente formulados de interacción dialogística entre el juez, la parte actriz, el abogado de la defensa y el acusado. Numerosas

obras han estudiado los diálogos que se desarrollan en la sala de justicia en la tradición del análisis de la conversación, pero tampoco en este caso se le ha prestado la debida atención a ciertas dimensiones sociales como el poder, el control y la dominación (Atkinson y Drew, 1979). El poder estilístico de una jerga en alto grado técnica compartida por los representantes legales participantes puede estar internamente equilibrado entre estos profesionales pero, en última instancia, subordina aún más al acusado. Los poderes combinados de la demanda de la parte actriz, el control del tribunal judicial y la sentencia final suelen verse reflejados en lo que dicen los funcionarios del tribunal e implica una posición de dominación respecto al acusado, a los testigos y hasta al abogado defensor. Por contra, lo que diga el acusado, en su inherente posición de subordinación, «puede ser utilizado en su contra», lo cual ya pone una carga especial en su conversación.

En el tribunal, la distribución de los turnos y de los actos del habla está estrictamente regulada. A diferencia de muchas otras situaciones de interacción dialogística, los acusados tiene la obligación de hablar cuando se les ordena que lo hagan y de responder a las preguntas con fórmulas específicas, como sencillamente «sí» o «no» (Walker, 1982). Negarse a hablar o a responder las preguntas puede acarrear al acusado una sanción por faltar el respeto al juez. Harris (1984) examinó las maneras en que se emplean las preguntas en el tribunal para controlar a los acusados o a los testigos y comprobó que la sintaxis de la pregunta parece ser importante para lo que se considerará una respuesta apropiada. También encontró que el control de la información se ejerce mediante secuencias de preguntas, antes que por medio de largas declaraciones, lo cual también establece firmemente el control del interrogador. Con la mayor frecuencia se exige que la respuesta sea «sí» o «no», con lo cual se restringen las respuestas posibles pues la pregunta ya contiene las proposiciones completas. Así, las reglas y estrategias de interrogación, sumadas al poder legal, regulan la elección de un conjunto ya restringido de actos del habla: la mayoría de las preguntas piden información o hacen acusaciones (véanse también Mead, 1985; Shuy, 1986). Evidentemente, estos métodos discursivos de control en el tribunal pueden variar de acuerdo con los procedimientos del interrogatorio directo o cruzado (véase también Adelsward, Aronsson, Jansson y Linell, 1987).

Además de los turnos para hablar, las secuencias, los actos del habla y el control de los temas, el estilo suele ser un rasgo importante de la presentación de sí mismos y la persuasión, tanto de acusados como de testigos, aunque no siempre quede registrado en las transcripciones de lo que se dice en el tribunal (Walker, 1986; véase también Parkinson, Geisler y Penas, 1983). Erickson, Lind, Johnson y O'Barr (1978), en su influyente estudio sobre los estilos de los poderosos y de los que carecen de poder, investigaron estas estrategias de interacción destinadas a crear una impresión en el tribunal. Estos autores verificaron que el estilo de los que no tienen poder puede caracterizarse por el empleo frecuente de palabras enfáticas, titubeos, formas de vacilación y una entonación interrogativa, mientras que el estilo de los poderosos se distingue por el empleo menos frecuente de estas particularidades. Los experimentos sugieren que el estilo del poderoso provoca una mayor atracción en el testigo, independientemente del sexo de cada uno de ellos, pero que el estilo del poderoso sólo aumenta su credibilidad cuando el testigo y la persona en cuestión pertenecen al mismo sexo (véase también Bradac, Hemphill y Tardy, 1981). En un trabajo posterior, estos autores muestran que la evaluación de los acusados o los testigos también puede depender de que el abogado defensor deje de controlar la situación y permita que ellos cuenten sus propias versiones (Lind y O'Barr, 1979).

Como en todos los casos que ya hemos examinado, los factores de clase, género y raza desempeñan su parte y posiblemente refuercen o mitiguen la subordinación del acusado. Así es como Wodak (1984, 1985) comprueba que los acusados de clase media parecen estar en mejores condiciones de construir una imagen positiva en los procedimientos judiciales. Conocen las estrategias de las interacciones que se desarrollan en el tribunal, dan versiones coherentes y mencionan hechos factibles. Los acusados de clase obrera, por su parte, parecen tener menos éxito en su desempeño de estas tareas esenciales. Tales diferencias de clase también se manifiestan en la manera en que el juez se dirige al acusado, por ejemplo, utilizando fórmulas de cortesía, exhibiendo más paciencia y comprensión y mostrando interés en la ocupación de los acusados de clase media profesionales. En oposición a esta tendencia (Maynard, 1985), en un estudio de negociaciones entre fiscales y defensores, sugiere que la caracterización discursiva de los acusados según categorías específicas (an-

ciano, mujer, minoría) a veces puede tomarse como argumento para desecharse un caso. Es decir, a diferencia de los casos de discriminación, a veces se puede apelar a la edad, la clase o la raza para reducir la responsabilidad del acusado. Maynard sostiene que es necesario tener un claro conocimiento de la interacción social (de la justicia) para sacar conclusiones sobre la discriminación y que la suposición generalizada de que los menos poderosos reciben un trato injusto en los tribunales no siempre se ajusta a la verdad.

Aunque afloren más concretamente en la interacción en la sala de justicia, el ejercicio y la reproducción del poder legal también caracterizan otros tipos de discurso legal y burocrático, tales como las leyes, los contratos, las regulaciones y muchos otros textos. Además del poder encarnado en sus funciones pragmáticas de directivas legales, esos textos también manifiestan indirectamente el poder mediante su «jerigonza legal» exclusiva. Este estilo léxico, sintáctico y retórico arcaico simboliza y reproduce una tradición legal, puesto que facilita la comunicación entre los profesionales de las leyes, pero además, evidentemente, excluye a las personas legas de la comprensión, la comunicación y, por lo tanto, de la resistencia efectiva (Charrow, 1982; Di Pietro, 1982; Danet, 1980, 1984; Radtke, 1981).

### *El discurso de las organizaciones*

El discurso en las organizaciones empresariales, desafortunadamente, sólo ha suscitado unos pocos estudios sobre los detalles de la interacción dialogística. Especialmente en la comunicación «vertical» entre los jefes y sus subordinados, tales conversaciones son obviamente la afirmación y expresión del poder jerárquico (McPhee y Tomkins, 1985). En su revisión de la comunicación en este tipo de organizaciones, Blair, Roberts y McKechnie (1985) registraron que los gerentes dedican el 78% de su tiempo a la comunicación verbal; que cuando los líderes dominan las comunicaciones entre líder y subordinado, éste reacciona cediendo y que las confidencias personales se dan más de abajo hacia arriba que desde arriba hacia abajo. Apuntando más directamente al contenido de tal comunicación, Riley (1983) comprobó, en un análisis de entrevistas, que en las organizaciones el poder se expresa a través de la significación, la legitimación y la dominación. Los símbolos verbales, tales como las

metáforas (militares), los mitos, los chistes y las leyendas, dominan las discusiones, mientras que las metáforas de un partido en el que hay ganadores y perdedores suministran la legitimación al expresar las sanciones posibles.

Cabría esperar que en el ámbito de los negocios las diferencias de poder se manifiesten por medio de diversas formas de cortesía, deferencia y, por lo tanto, de dirigirse al otro (Brown y Levinson, 1978). Slobin, Miller y Porter (1972) estudiaron las fórmulas de tratamiento que se emplean en las empresas y comprobaron que el nombre de pila se usa sobre todo cuando un superior se dirige a un subordinado. En cambio, los empleados que habitualmente se comunican entre sí llamándose por sus nombres de pila emplean el título y el apellido cuando se dirigen al personal superior. Estas formas diferentes de dirigirse unos a otros parecen ser más o menos independientes de las variaciones de edad. Como era de esperar, los autores hallaron más confianza para tratar las cuestiones personales entre compañeros de rango similar pero también comprobaron que la confidencialidad con los jefes inmediatos no era recíproca (aun cuando el superior no empleara el nombre de pila para dirigirse al subordinado). Estos resultados confirman las reglas establecidas por Brown y sus colegas (Brown y Gilma, 1960; Brown y Ford, 1972): cuanto mayor es la diferencia de posiciones, tanto mayor es la tendencia a establecer un trato no recíproco. Con todo, y a pesar de los hallazgos de Brown y otros, los subordinados se muestran más dispuestos a sincerarse ante sus jefes que éstos ante sus subalternos. Es decir, el empleo del nombre de pila en los contextos empresarios no siempre está asociado a una mayor familiaridad y viceversa.

Mientras la jerarquía y el poder dentro de la organización pueden aplicarse directamente por medio de mandatos, órdenes, instrucciones y otras directivas, el poder también se puede expresar por representación. Se supone que los miembros de la organización hablan de los acontecimientos diarios y de ese modo tratan de dar sentido a sus vidas. Es característico que tales experiencias se expresen en relatos. En uno de los pocos estudios de esta índole, Kelly (1985) analizó las tramas y esquemas de las anécdotas relatadas por la gente en los diferentes niveles de organizaciones de alta tecnología y comprobó que muchas de estas historias tenían como protagonista al jefe y que, aunque fueran positi-

vas o negativas, enfatizaban la estructura de poder y, al mismo tiempo, la legitimaban.

### *El discurso político*

Desde los tratados retóricos de la Grecia y la Roma clásicas, siempre se ha prestado mucha atención al discurso político —y a su poder persuasivo— y se ha considerado como un objeto especial de estudio (Chaffee, 1975; Nimmo y Sanders, 1981; Seidel, 1985). A diferencia de la mayoría de las demás formas de discurso, el discurso político puede tener importancia para todos los ciudadanos. Su poder deriva tanto de esta amplia esfera de influencia como de sus diversos grados de legitimidad. Pocas formas de discurso oral son tan famosas, tan citadas ni tan ampliamente distribuidas a través de los medios de difusión masiva como el de los políticos de primera línea, tales como el presidente y el Primer ministro. Especialmente en Estados Unidos, los discursos y las presentaciones para los medios del presidente constituyen un acontecimiento social o político prominente y además un objeto preferido de estudio (Hart, 1984; Lindegren-Lerman, 1983). Esta presencia dominante en los medios y ese acceso preferencial a ellos pueden interpretarse como una manifestación de poder político.

A la luz de todo lo que acabamos de decir, cabría esperar que hubiera muchos estudios dedicados al discurso político. Y en verdad es así, pero muchos de esos estudios se concentran en lo que comúnmente se conoce como el «lenguaje político» que se refiere, sobre todo, al estilo léxico (véanse Bertgsdorf, 1983; Edelman, 1964; Guespin, 1976; Hudson, 1978; Shapiro, 1984). Así vemos, por ejemplo, que se han estudiado las ideologías a través del análisis del uso preferencial de palabras o conceptos específicos, principalmente en los casos de políticos extremistas de izquierdas o de derechas (el lenguaje comunista o el fascista). Con todo, es interesante ir más allá del estudio de las palabras mismas y explorar otras estructuras del discurso, algunas de las cuales, al escapar más al control del hablante, a menudo son más reveladoras de actitudes e ideologías (véanse también Guespin, 1976; Pecheux, 1975). Aunque interesado sólo indirectamente en el análisis del poder, Atkinson (1984) investigó varias propiedades de la oratoria política, tales como el manejo del aplauso por parte del orador político y la cuidadosa preparación de sus presen-

taciones públicas, por parte de un equipo de expertos (por ejemplo, dándole lecciones de oratoria). Como complemento de mis observaciones sobre el poder de género y especialmente el poder racial, es interesante notar que Atkinson descubrió que los aplausos tienen más probabilidades de aparecer particularmente después de los pasajes en que se habla negativamente de grupos de gente exterior al propio grupo.

### *Los textos institucionales*

Más allá del poder que tengan los directores, los políticos de primera línea, los integrantes de las juntas directivas de las empresas, los profesores, los jueces o los médicos en el discurso cara a cara, su poder real parece tener consecuencias formales sólo cuando de algún modo queda «establecido» por escrito o impreso. Por consiguiente, muchos tipos de diálogos formales, tales como los que se mantienen en las reuniones, las entrevistas o los debates, tienen una confirmación en las actas, los protocolos y otras transcripciones oficiales que definen el «registro» del encuentro y frecuentemente son la base institucional o legal para cualquier acción o toma de decisión adicional.

A menudo los diálogos institucionales aparecen acompañados de varios tipos de textos que funcionan como directrices o referencias para el cumplimiento del discurso hablado. De modo que la mayor parte de las reuniones formales incluyen una agenda escrita y varias clases de documentos. El diálogo en la sala de justicia está relacionado con muchos textos escritos tales como los propios de las leyes, una acusación formal, declaraciones escritas, informes de los testigos y la sentencia final. Hasta en la consulta oral, los médicos recurren a veces a sus guías médicas y toman notas y el encuentro generalmente termina después de que el facultativo escribe una receta o la derivación a un especialista. En las organizaciones médicas, las historias clínicas son de vital importancia. Las lecciones de la escuela o de la universidad son inconcebibles sin libros de texto y una cantidad de otros materiales escritos (o que hay que completar). En otras palabras, la mayoría de las cuestiones formales, aun cuando se resuelvan oralmente, se complementan con textos escritos empleados como base o redactados como consecuencia. De tal manera que los textos son, literalmente, la consolidación del poder comunicativo en la mayoría de los contextos institucionales.

Por lo general, el discurso escrito está explícitamente programado o planificado, de modo que se puede controlar mejor que el discurso hablado. De manera algo compleja, esta propiedad tiene implicaciones para el ejercicio del poder. Mientras los encuentros frente a frente, menos inspeccionados, dan la posibilidad de ejercer una dominación ilegítima, por ejemplo, en contra de las mujeres o de minorías étnicas, en encuentros relacionados con servicios, entrevistas laborales o discursos de consejeros, el discurso escrito, en cambio, es, en principio, público, lo cual hace que quien lo escribe deba hacerse responsable de él. Esta calidad pública del discurso escrito puede implicar que el poder se ejerza y formule de maneras más indirectas, veladas o formales, especialmente cuando tal poder no está establecido legalmente ni por una organización. Otro factor de que el ejercicio del poder a través de la comunicación escrita sea menos directo es que a menudo los autores de textos institucionales no son las mismas personas que pronuncian el discurso en público, lo transmiten o constituyen su fuente. El discurso público suele ser, pues, una forma de discurso colectivo, institucional, como lo es el poder que promulga.

### *El discurso de los medios: las noticias de actualidad y la producción de noticias*

Ya nadie puede negar que, de todas las formas de texto impreso, los de los medios de comunicación masiva son los más penetrantes, si no ya los más influyentes, si los juzgamos con los criterios del poder que ejercen sobre la amplitud de sus receptores. Además de los discursos orales y visuales de la televisión, los textos de los periódicos desempeñan un papel vital en la comunicación pública. En contra de las creencias populares y eruditas, habitualmente la gente recuerda más las noticias que leyó en el diario que las que vio por televisión (Robinson y Levy, 1986) y las percibe como cualitativamente superiores (Bruhn Jensen, 1986), lo cual pueden aumentar su influencia persuasiva y, con ella, su poder.

Hemos visto que muchas personas que tienen poder (así como lo que dicen) obtienen una cobertura de rutina por parte de los medios masivos de noticias, con lo cual ese poder se confirma y legitima aún más. Aun cuando el poder de los medios sea una forma de poder de mediación, cumple su propia función autónoma en la producción y reproducción de



las estructuras sociales de poder. A través del uso selectivo de las fuentes, la rutina del ritmo de las noticias y la selección de temas de los reportajes, los medios noticiosos deciden qué actores estarán representados públicamente, qué se dirá de ellos y, especialmente, cómo se dirá. Gran parte del trabajo reciente sobre la producción de noticias ha mostrado que estos procesos no son arbitrarios y que no están determinados sencillamente por las nociones intuitivas del interés periodístico. Los periodistas aprenden a presentar el poder de los otros y, al mismo tiempo se instruyen en cómo contribuir a fomentar el poder de su propia organización, por ejemplo mostrándola al margen de las demás organizaciones (Turow, 1983). Que un hecho merezca ser noticia se basa en criterios ideológicos y profesionales que otorgan el acceso preferencial a los medios, a las personas, a las organizaciones y a las naciones de élite, con lo cual reconocen y legitiman su poder (Galtung y Ruge, 1965; Gans, 1979). Asimismo, la organización de rutina de la producción de noticias favorece la tendencia a buscar la noticia en los contextos institucionales que garantizan una fuente constante de reportajes, tales como los principales organismos políticos del Estado, la policía, los tribunales y las grandes empresas (Fischman, 1980; Tuchman, 1978).

En suma, la inserción corporativa de la mayoría de los medios occidentales, especialmente los periódicos, así como la organización de rutina de la producción de noticias, la tendencia a recurrir a fuentes fácilmente disponibles y creíbles y los aspectos profesionales e ideológicos generales de lo que merece ser noticia, son todos elementos que concurren para inculcar cogniciones sociales y producir textos que favorecen los relatos sobre la gente, los grupos y las instituciones más poderosos de la sociedad (van Dijk, 1987b). De tal modo que, en lugar de ser simplemente un portavoz de la élite, los medios también muestran que son una parte inherente de la estructura de poder de la sociedad cuya dimensión simbólica manejan.

Por supuesto, quienes encarnan y ejercen ese poder localmente son los profesionales de los medios. Y la pregunta que surge es la siguiente: ¿cómo reproducen o desafían los periodistas las ideologías que tienen que afrontar? Los estudios críticos de los medios han puesto énfasis en que, a causa de su socialización y su pertenencia de clase, los periodistas tienden a reproducir las ideologías dominantes de la élite (Hall *et*

*al.*, 1980). No obstante, se ha sostenido que los periodistas son críticos con la política y los negocios dominantes y que no siempre comparten las ideologías de esas élites (véase una revisión de esta posición en Altheide, 1985). A pesar de estas contradicciones, podemos suponer, junto con los teóricos críticos que habitualmente las prácticas de los medios permanecen dentro de los márgenes de un consenso flexible pero dominante, aun cuando no falten el disenso y las críticas ocasionales. En los medios de noticias dominantes rara vez se cuestionan explícitamente las normas, los valores y las disposiciones fundamentales del poder. En realidad, esa libertad de disenso está organizada y controlada. La oposición, también expresada por los medios, está reducida por un conjunto de límites que ponen las instituciones poderosas y también puede convertirse en una rutina.

Un aspecto importante del proceso de (re)producción del poder es la manera en que los periodistas adquieren los marcos profesionales e ideológicos que guían su práctica diaria. Turow (1983) examinó los procesos mediante los cuales los periodistas aprenden a presentar el poder institucional. Este autor sostiene que los medios, como cualquier otra organización, quieren disminuir su dependencia de otras organizaciones. Afrontan los riesgos del ambiente a través de las rutinas. Periodistas, escritores y directores deben generar productos creativos pero además deben tener éxito. Y esto se consigue, por ejemplo, aplicando fórmulas, tanto si se trata de ficción (tramas, personajes y decorados) como de noticias de actualidad. Este análisis, encarado desde el punto de vista de las organizaciones, concuerda parcialmente con el análisis microsociológico de las rutinas de la producción de noticias estudiado por Tuchman (1978).

En una serie de estudios de caso analíticos del discurso aplicados a las noticias de la prensa, examiné en qué grado están representados los grupos sociales subordinados en las noticias de actualidad (van Dijk, 1987c; véase también van Dijk, 1985b). Con frecuencia se representa a las minorías, los refugiados, los inmigrantes ilegales y a los países y habitantes del Tercer Mundo de una manera bastante parecida, esto es, en contraste con el retrato de los grupos y las naciones poderosos. La conclusión general de estos estudios es que éstos y otros exogrupos a) tienden a tener menos acceso a los medios masivos dominantes, b) tienden a ser menos consultados como fuentes creíbles y de rutina, c) aparecen descritos

como estereotipos, si no ya negativamente, sobre todo como un «problema», una carga o hasta una amenaza a nuestros recursos valiosos, d) se presentan indirectamente como «deficientes» o «retrasados» en comparación con nuestras aptitudes, normas, objetivos o cultura y, por consiguiente, e) necesitan nuestra ayuda, comprensión o apoyo (altruistas), suponiendo que se adapten a nuestras normas políticas y sociales y a nuestra ideología. Estas implicaciones generales pueden inferirse del análisis de las rutinas de la producción de noticias, de su cantidad, tamaño y presentación prominente, de los temas dominantes y del estilo de los informes de la actualidad (sobre estudios que llegan a conclusiones similares, véase también Cohen y Young, 1981).

Dentro del marco del debate sobre el Nuevo Orden Internacional de la Información, examiné la cobertura internacional de un acontecimiento periodístico característico: el asesinato del presidente electo Bechir Gemayel del Líbano en septiembre de 1982 (van Dijk, 1984b, 1987c). Además del estudio analítico corriente sobre el contenido de la cobertura que hicieron los diarios (de unos cien países), realicé un análisis más cualitativo del discurso de las noticias. Cabría esperar que las diferencias políticas, ideológicas, culturales o regionales influyan en la percepción, la interpretación y la descripción de este acontecimiento que tuvo lugar en medio del confuso y controvertido conflicto de Oriente Medio. Sin embargo, comprobé que aunque podía haber diferencias de tamaño y especialmente de comentarios editoriales, los informes en sí de la noticia eran sorprendentemente semejantes tanto en su formato esquemático convencional como en los contenidos. Hallé una diferencia importante e inesperada entre los periódicos del primer mundo y los del Tercer Mundo y el empleo de sus corresponsales: la mayoría de los diarios del Tercer Mundo recurrían a las agencias de noticias occidentales. Mi interpretación de estos hallazgos fue que, por un lado, puede haber condiciones históricas y profesionales que imponen un esquema de noticias internacionalmente omnipresente para la reproducción en la prensa de las noticias de actualidad pero que, por el otro, la dominación y el poder occidentales explicaban, a través de complejos mecanismos, la penetración de los formatos occidentales en la manera de informar. La presión de tener la noticia a tiempo, la falta de dinero y de corresponsales, la socialización profesional con una profunda influencia occidental y

otros factores favorecen la multiplicación del mismo tipo de relatos en los países occidentales y no occidentales. Lo habitual es que los reportajes sobre los países del Tercer Mundo o procedentes de ellos estén escritos por periodistas occidentales o, al menos, adaptados al estilo de las agencias internacionales (es decir, occidentales) para que éstas los acepten y empleen para proveer a sus ricos clientes occidentales.

Estas conclusiones confirman parcialmente algunas de las críticas esgrimidas por muchos países del Tercer Mundo contra la hegemonía informativa de las grandes cadenas de medios europeas y estadounidenses (UNESCO, 1980; Mankekar, 1978; véanse también los análisis de Richstad y Anderson, 1982 y de Atwood, Bullion y Murphy, 1982). Como era de esperar, los medios noticiosos y los políticos de Occidente rechazaron enérgicamente estos alegatos, así como pasaron por alto los resultados de investigaciones académicas que los respaldan (Fascell, 1979). Desde el punto de vista del análisis del poder y el discurso que estamos haciendo, es interesante observar que esos rechazos aparecen característicamente enmarcados en frases que hacen alusión a un «ataque a la libertad de prensa». Mi análisis del poder sugiere que en tales casos la noción de «libertad» generalmente puede traducirse sencillamente por (nuestro) «poder» o «control». Aparentemente, la gente adquiere conocimientos y se forma una opinión sobre la mayor parte de los acontecimientos del mundo basándose en gran medida en el discurso de las noticias de actualidad de los periódicos y la televisión, compartido diariamente por millones de personas. Probablemente no haya ningún otro discurso tan penetrante y tan compartido y leído por tantas personas casi simultáneamente. Por consiguiente, su poder potencial es enorme y nos obliga a someter a un riguroso escrutinio los esquemas, los temas y el estilo de las noticias para poder comprender cómo se ejerce el poder político, económico, social y cultural y cómo se comunican y se inculcan las ideologías que lo sustentan.

Ese potencial no significa que podamos interpretar el poder de los medios de manera simplista, en la perspectiva de los «efectos» directos. Evidentemente, de acuerdo con diferencias socioeconómicas y socioculturales, las personas interpretan, representan y evalúan los reportajes de actualidad y los acontecimientos narrados por los medios de maneras muy diversas y, en consecuencia, se forman diferentes opiniones y adop-

tan actitudes e ideologías variadas. Aunque en algunos casos específicos, las formas directas de influencia realmente existen, en especial cuando no hay ninguna otra fuente de información ni se dispone de contrainformación pertinente, deberíamos abordar el poder del discurso de los medios noticiosos en una perspectiva más estructural. La influencia estructural implica el desarrollo de bases de conocimiento, objetivos, normas y valores selectivos socialmente compartidos, así como la formación de marcos de interpretación basado en ellos. El poder de los medios entraña, pues, la exclusión de fuentes alternativas, de información alternativa y de otros datos que guarden relación con la descripción de los acontecimientos del mundo. Los gobiernos y/o las grandes empresas periodísticas pueden controlar efectivamente la publicación o la difusión de esas «voces» alternativas y limitar así la libertad de información de los ciudadanos, por ejemplo prohibiendo, hostigando o marginando a los medios «radicales» (Downing, 1984).

Otro rasgo característico que se advierte con frecuencia en el discurso noticioso occidental es la descripción etnocéntrica, estereotipada de las naciones y las personas del Tercer Mundo. Aunque no todas las noticias referentes al Tercer Mundo tratan de «golpes y terremotos» (Rosenblum, 1981; Schramm y Atwood, 1981), lo cierto es que se concentran en cierto tipo de eventos y de actores que en general son estereotipados, cuando no directamente negativos: la pobreza, la falta de (nuestro tipo de) democracia, las dictaduras, la violencia y la guerra civil y el «atraso» tecnológico y cultural (sobre la en alto grado significativa cobertura actual del Islam, véase Said, 1981). Downing (1980) hace notar que a menudo se retrata a los líderes del Tercer Mundo de manera condescendiente y raramente se los deja hablar directamente.

Lo mismo se registra cuando se trata de representar a las minorías étnicas y raciales en los países occidentales y en sus medios. Hartmann y Husband (1974), en su estudio clásico sobre el racismo y la prensa realizan un análisis del contenido de la prensa británica y llegan a la conclusión de que los inmigrantes (del Tercer Mundo) tienden a aparecer reflejados, en principio, como «personas problemáticas», como gente que amenaza nuestros recursos valiosos (espacio, vivienda, trabajo, educación), cuando no se los muestra sencillamente como embaucadores de la asistencia pública o criminales. Yo mismo encontré pruebas semejantes

en nuestros estudios cualitativos de la prensa holandesa (van Dijk, 1983, 1987c). Los grupos étnicos minoritarios de Holanda (trabajadores inmigrantes de los países mediterráneos y de las ex colonias tales como Indonesia y Surinam) no tienen un acceso corriente a la presentación de noticias en los noticiarios ni a las columnas de los periódicos y son muy pocos los que consiguen empleo en los medios. Si se habla de ellos, los temas suelen ser estereotipados o negativos y en general se concentran en las dificultades y la ilegalidad de la inmigración, poniendo énfasis en las diferencias culturales percibidas y en los problemas que acarrear: no sólo de lenguaje y educacionales, sino también de competición por vivienda y empleo y señalando sus actividades ilegales o criminales; por lo demás, la información pone el acento en nociones dominantes tales como la agresión, la violencia y el abuso de drogas (véase además Hall, Cretcher, Jefferson, Clanks y Roberts, 1978). Estos retratos etnocéntricos, si no ya directamente prejuiciosos y racistas, pueden hallarse en todos los niveles de la organización textual, hasta en los titulares, en la jerarquía de importancia de los informes periodísticos y en el estilo y la retórica. Hacemos notar que estas expresiones de poder de grupo pueden ser muy sutiles e indirectas en la prensa de cierta calidad y en la televisión. El maltrato racial abierto es excepcional. Antes bien, lo que se observa es una descripción de propiedades y situaciones «étnicas» que los lectores o telespectadores pueden emplear como componentes o argumentos para desarrollar prejuicios étnicos. Estos resultados muestran coincidencias con las conclusiones generales a que llegan la mayor parte de los estudios sobre el racismo en los medios de los países occidentales (Ebel y Fiala, 1983; Hartmann y Husband, 1974; Merten, 1986; Troyna, 1981; Wilson y Gutiérrez, 1985; véanse asimismo los artículos publicados en Smitherman-Donaldson y van Dijk, 1987).

En varios estudios de la expresión de roles semánticos y sociales aparece un rasgo característico del estilo sintáctico de los reportajes sobre los diversos grupos exteriores al grupo dominante. Fowler, Hodge, Kress y Trew (1979) estudiaron la cobertura que hizo la prensa británica de los motines raciales ocurridos en Londres y comprobaron que la ideología de los periódicos mostraba de qué modos estaban representados los participantes de diferente poder en la sintaxis de las frases, a saber, como agentes activos, situados en la posición del sujeto o en las posiciones pos-

teriores en las oraciones pasivas o como actores implícitos, pero ausentes. Por ejemplo, cuando las autoridades aparecían asociadas a actos negativos, se las situaba en las posiciones posteriores de la oración o sencillamente quedaban fuera. Y al revés, las minorías, que habitualmente aparecen en las posiciones sintácticas dependientes, posteriores, pasaban a ocupar la posición del sujeto en cuanto se convertían en actores negativos de la noticia (véanse también Fowler, 1985; Kress, 1985 y Kress y Hodge, 1979). Así pueden aligerarse las características negativas de los grupos internos o las élites y destacarse las de los grupos exteriores o minorías. Esta manera de obrar se ajusta a lo que sostienen las teorías psicológicas sociales actuales del prejuicio y la percepción intergrupala (Hamilton, 1981; Tajfel, 1981; van Dijk, 1987a).

Yo llegué a las mismas conclusiones en un análisis de los titulares de las noticias de actualidad de la prensa holandesa referentes a grupos étnicos y en un estudio sobre la inmigración a Holanda de refugiados (van Dijk, 1987c). La perspectiva interna de grupo, el etnocentrismo y el poder de grupo influyen consecuentemente en la formulación sintáctica de las representaciones semánticas subyacentes. Downing (1980) muestra además que esas representaciones discriminatorias de las minorías se dan por igual en los países occidentales como en los países del Tercer Mundo. Sykes (1985, 1987) llega a conclusiones similares en su estudio del discurso (de asistencia social) oficial británico sobre las minorías étnicas: las estructuras sintácticas de las oraciones sugieren la pasividad y la dependencia de los jóvenes negros y subestima su activa iniciativa propia.

La importancia que tienen estos diversos estudios sobre el racismo en los medios de comunicación es que muestran una interesante interacción entre el poder de grupo y el poder de las organizaciones. Los periodistas blancos (y también en su mayoría varones) escriben como representantes profesionales de las instituciones periodísticas y, al mismo tiempo, como miembros del grupo occidental, blanco, dominante. Esta posición modela sus cogniciones sociales y, por ende, la manera en que procesan la información sobre los otros grupos exteriores al propio. La posición social y la cognición social les permite ejercer su poder mediante la escritura y continuar escribiendo, a pesar de los múltiples estudios y protestas, de manera estereotipada y hasta negativa sobre grupos raciales o étnicos minoritarios y relativamente carentes de poder. Por lo general, lo

hacen inadvertidamente y casi siempre rechazan enfáticamente la conclusión —presentada por grupos étnicos y por investigadores negros y blancos— de que esa manera de informar es etnocéntrica, si no ya racista.

La efectividad del poder de los medios también se manifiesta en las fuentes que la gente usa para adquirir conocimiento y formar su actitud respecto a los grupos étnicos (Hartmann y Husband, 1974). En las entrevistas que reunimos en Amsterdam sobre las experiencias de gente blanca con sus vecinos «extranjeros» y sobre las opiniones que les merecían, se observa que los entrevistados se refieren frecuentemente a los periódicos para respaldar sus prejuicios sobre determinados grupos étnicos (van Dijk, 1987a). Los temas estereotipados que eligen los medios también parecen ser los temas dominantes de las conversaciones cotidianas. Aun cuando los medios sean ambiguos en sus diversos discursos, la información que comunican suele emplearse, sin embargo, para desarrollar y confirmar actitudes racistas preexistentes. De manera más general, se registra el mismo fenómeno en el caso del discurso racista de otros grupos o élites poderosos, por ejemplo, de la Administración gubernamental (Reeves, 1983).

Puede decirse casi exactamente lo mismo de la representación en los medios de la clase obrera, de las mujeres (especialmente las feministas), de los jóvenes, de los manifestantes, de los ocupantes ilegales, de los *punks* y de todo grupo social que tiende a ser discriminado, marginado, subordinado o estereotipado pero que además participa de diversas formas de resistencia que el poder pueda considerar una chispa de contrapoder (véanse Cohen y Young, 1981; Halloran, Elliott y Murdock, 1970; Tuchman, Daniels y Benet, 1978; van Dijk, 1987c).

En una serie de estudios sobre las noticias televisivas relativas a los conflictos industriales de Gran Bretaña, el Glasgow University Media Group (1976, 1980, 1982) establece que la presentación de los principales participantes de esos conflictos manifiesta una sutil tendencia a favor de los empleadores y, por lo tanto, en contra de los huelguistas. Este enfoque tendencioso se ha elaborado mediante la forma y el tiempo de las entrevistas: en general, a los empleadores se les entrevista en contextos tranquilos y en posiciones dominantes, por ejemplo en sus oficinas, mientras que a los huelguistas —en caso de que se les entreviste— se les hacen preguntas en medio del ruido perturbador de la manifestación. Los ángulos y la posi-



ción de la cámara, sumados a la asociación habitual que hace el ciudadano entrevistado entre huelga y problemas, también revelan la perspectiva antihuelguista de los medios. La elección del léxico representa a los huelguista como personas exigentes, mientras que el gobierno o los empleadores aparecen representados más positivamente o bien haciendo ofertas o bien manteniendo el control. Nunca se dice que los obreros «ofrecen» su trabajo si se dan determinadas condiciones. Éstos y muchos otros rasgos de la producción de las noticias, el contacto con las fuentes, las entrevistas, la presentación, las citas, los temas dominantes, las asociaciones y el estilo transmiten sutilmente las posiciones sociales e ideológicas implicadas, entre ellas las de los medios mismos.

Pero este fenómeno no sólo se da en el caso de las noticias; también se manifiesta en otros discursos de los medios, tales como los anuncios publicitarios. En este caso, las empresas y las agencias de publicidad combinan sus poderes en la producción del discurso persuasivo para lograr el consumo público. A diferencia de las representaciones corporativas en las noticias de actualidad, la exhibición pública de las empresas en los anuncios y, en consecuencia, su posible influencia, se compra. El poder de resistencia del público se puede reducir utilizando medios tácticos (Percy y Rossiter, 1980). Sin embargo, como las noticias de actualidad, los anuncios publicitarios tienden a reproducir las estructuras y los estereotipos presentados por el poder social, por ejemplo, de las mujeres o los negros (Culley y Bennett, 1976; Dyer, 1982; Greenberg y Mazingo, 1976; Goffman, 1979; King y Stott, 1977; Manstead y Cullogh, 1981; Tuchman, Daniels y Bent, 1978; Wilson y Gutiérrez, 1985). En esta perspectiva, Goffman (1979) habla de la «ritualización de la subordinación». Los anuncios atraen la atención del público y, al mismo tiempo, controlan la exposición y la opinión y ocultan el poder corporativo mediante complejas estrategias de fragmentación, novedad, ambigüedad, repetición y presentación positiva del producto (Davis y Walton, 1983; Packard, 1957; Tolmach Lakoff, 1981).

### *Los libros de texto*

Como el de los medios de comunicación, el poder del discurso educacional se origina en su enorme esfera de acción. A diferencia de la mayor parte de los demás tipos de textos, los libros de texto son de lectura obli-

gatoria para muchas personas, lo cual constituye la segunda condición esencial de su poder. Todos los ciudadanos, durante su educación formal emplean extensamente los libros de texto, así como los diálogos instructivos. El conocimiento y las actitudes expresadas y transmitidas por esos materiales de aprendizaje reflejan un consenso dominante, cuando no retratan directamente los intereses de los grupos e instituciones más poderosos de las sociedades. Puesto que en principio los libros de texto y los programas educacionales que supuestamente deben impulsar apuntarían a satisfacer los intereses públicos, rara vez se permite que sean «controlados». Lo cual equivale a decir que habitualmente se censuran o mitigan las voces alternativas, críticas o radicales (McHoul, 1986).

Muchos estudios han mostrado que la mayoría de los libros de texto reproducen una cosmovisión nacionalista, etnocéntrica o racista, tanto de los demás pueblos como de los grupos de minorías étnicas (Ferro, 1981; Klein, 1986; Milner, 1983; Preiswerk, 1980; van Dijk, 1987d). Las observaciones son similares a las de nuestro análisis de los medios noticiosos: menos representación, ausencia de sus voces y estereotipos. Los libros de texto tienden a soslayar a los grupos minoritarios, así como a su historia y su cultura, mientras que —cuando los mencionan— hacen hincapié en unas pocas diferencias culturales estereotipadas y, a menudo, las comparan, negativamente, con rasgos de nuestro «propio» grupo, nación o cultura. Aunque querer distinguirse culturalmente y sentir orgullo por la propia cultura es una característica de todos o la mayor parte de los grupos o comunidades, la dominación occidental o blanca se exhibe llamando particularmente la atención sobre la superioridad de «nuestra» tecnología, «nuestra» cultura o «nuestro» sistema político. Los países del Tercer Mundo y las minorías (negras) suelen aparecer representados como «atrasados» en comparación con «nuestra» posición y «nuestro desarrollo», cuando no se los retrata como «primitivos», «holgazanes» y «estúpidos». Al mismo tiempo, el grupo blanco dominante o el mundo occidental tiene la «carga» de «ayudar a esas personas» mediante asistencia, beneficencia o asesoramiento tecnológico. Aunque hay variaciones entre los diversos libros de texto (y en algunos países estas características de los libros para niños parecen estar cambiando lentamente), esos mensajes dominan los libros de texto de historia, geografía, ciencias sociales y lengua de muchas naciones occidentales (y de Japón). También

en este caso, cualquier intento por parte de, por ejemplo, los docentes, de oponerse a esta versión implica tener amplios conocimientos y acceso a otras fuentes de información además de la libertad (generalmente restringida) de apartarse de los programas y las tradiciones establecidos. Así, junto con los medios, los libros de texto y otros materiales educativos forman el núcleo del poder simbólico y la reproducción y legitimación textual del poder en la sociedad (Bourdieu, 1984; Bourdieu y Passeron, 1977).

## Conclusiones

En este capítulo hemos examinado algunas de las relaciones entre el poder social y el discurso. Comenzamos haciendo un análisis general del poder social entendido como el control institucional o de un grupo sobre las acciones y cogniciones de otras personas y otros grupos, habitualmente en defensa de los intereses de los poderosos. Generalmente, un aumento del poder disminuye la libertad de quienes están sometidos a ese poder. Esta interacción puede limitarse a una esfera social específica pero siempre afecta también al que ejerce el poder. Al mismo tiempo, el ejercicio del poder puede provocar la resistencia y el ejercicio del contrapoder. Luego analizamos el poder social atendiendo a su base institucional o de grupo, su esfera de influencia y su legitimación. El poder personal — que no indagamos en este capítulo — en ocasiones puede profundizar, pero también contrarrestar, estas formas de poder social. En realidad, algunas mujeres pueden dominar a sus maridos, algunos estudiantes pueden dominar a sus profesores y algunos hijos a sus padres; y al revés, no todos los médicos son arrogantes y condescendientes ni todos los hombres son machistas. A pesar de estas diferencias personales, nos hemos concentrado en las propiedades estructurales, más generales, de las relaciones de poder y el discurso en la sociedad.

El texto y la conversación parecen cumplir una parte esencial en el ejercicio del poder. Así, el discurso puede directa y coercitivamente imponer el poder por medio de actos del habla prescriptivos y ciertos tipos de textos tales como las leyes, las regulaciones o las instrucciones. El poder también se puede manifestar en el discurso de manera más indirecta, como representación, a través de una expresión, una descripción o la le-

gitimación de los actores poderosos o de sus acciones e ideologías. El poder discursivo suele ser persuasivo, directa o indirectamente y, por consiguiente, destaca razones, argumentos, promesas, ejemplos u otros medios retóricos que aumentan la probabilidad de que los receptores construyan las representaciones mentales que se intenta imponerles. Una estrategia fundamental para encubrir el poder es persuadir a quienes carecen de él respecto a que las acciones promovidas están encaminadas a favorecer sus intereses.

El poder discursivo también incluye el control sobre el discurso mismo: quién habla y en qué contextos; quién tiene acceso a los diversos tipos y medios de comunicación y a qué receptores se puede llegar. Comprobamos que hay una correlación directa entre el alcance del discurso y el alcance del poder: en general quienes carecen de poder sólo pueden controlar en parte la conversación cotidiana y son meros receptores pasivos del discurso oficial y de los medios. Los poderosos recurren a una amplia variedad de modos formales dialogísticos y especialmente impresos de texto y conversación y, en principio, pueden llegar a amplios grupos de personas. Así es como los poderosos controlan el discurso controlando su producción material, su formulación y distribución. Vemos pues que el control de la formación de las cogniciones sociales por medio del manejo sutil del conocimiento y las creencias, la preformulación de las creencias y la censura de las contraideologías es un aspecto esencial del ejercicio del poder. Estas representaciones forman el vínculo cognitivo fundamental entre el poder social mismo y la producción y comprensión del discurso y sus funciones sociales en la promulgación del poder.

Sobre esta base más general del análisis de los vínculos entre el poder y el discurso, nuestro análisis del discurso más concreto se concentró en las microunidades centrales del poder y el discurso, a saber, los eventos comunicativos, tales como las conversaciones cotidianas, los procesos en el tribunal o las conversaciones en las aulas. En una revisión de algunos de los trabajos recientes, examinamos cómo se expresa, se describe, se exhibe o se legitima el poder en varios géneros de texto y de conversación y en varios niveles de análisis, tales como los actos del habla, la asignación de turnos para hablar, la selección de temas, el estilo y la retórica. Prestamos particular atención a las diversas maneras de ejercer el poder institucional sobre sus clientes o pacientes que utilizan profesionales y

expertos y qué estrategias emplea el poder para someter a las mujeres y los grupos minoritarios, tanto en el diálogo institucional como en ciertos textos de los medios como las noticias de actualidad, los libros de texto y la publicidad. Y hemos podido comprobar que los eventos comunicativos pueden estar estructurados por varias dimensiones de poder al mismo tiempo, no sólo por la dimensión de la institución, sino además por las de género, de raza y de clase.

Nuestro análisis teórico y nuestra revisión muestran que tanto en sus formas directas como en las indirectas, el poder se ejerce y se reproduce en el discurso y por medio del mismo. Sin comunicación —sin texto ni conversación— sería casi imposible ejercer y legitimar el poder en una sociedad. El poder supone la existencia de conocimiento, creencias e ideologías que lo sustenten y reproduzcan. Estructuralmente, el discurso muestra y comunica estas condiciones de reproducción, esenciales en todos los niveles, dimensiones y contextos de la sociedad. En este capítulo hemos trazado un esbozo de dichos procesos. Para completar los múltiples detalles de esta promulgación y reproducción discursiva del poder es necesario desarrollar un trabajo teórico y empírico mucho más amplio.

## Nota bibliográfica

Para referencias actualizadas sobre discurso y poder, véase las indicaciones bibliográficas del capítulo anterior y las que se dan en los capítulos siguientes de este libro. Sobre los temas tratados en este capítulo, por ejemplo sobre discurso y poder de género, se ha publicado muchísimo en los últimos veinticinco años. En este sentido las referencias de la versión inglesa original de este capítulo se pueden considerar como indicaciones de los primeros trabajos sobre las diferentes áreas del estudio de la reproducción discursiva del poder.

Aquí van algunas referencias seleccionadas y actualizadas de libros sobre los temas de este capítulo:

- Abercrombie, N., Hill, S. y Turner, B. S. (1980). *The dominant ideology thesis*. Londres, Boston: G. Allen & Unwin.
- Adelswärd, V., Aronsson, K., Jonsson, L. y Linell, P. (1987). «The unequal distribution of interactional space: Dominance and control in courtroom interaction», *Text*, nº 7, pp. 313-346.

- Allport, G. W. (1954). *The Nature of prejudice*. Nueva York: Doubleday, Anchor Books.
- Altheide, D. L. (1985). *Media power*. Beverly Hills: Sage Publications.
- Apple, M. W. (1979). *Ideology and curriculum*. Londres y Boston: Routledge & K. Paul.
- Atkinson, J. M. (1984). *Our masters' voices. The language and body language of politics*. Londres: Methuen.
- Atwood, L. E., Bullion, S. J. y Murphy, S. M. (1982). *International perspectives on news*. Carbondale: Southern Illinois University Press.
- Atkinson, J. M. y Drew, P. (1979). *Order in Court: The Organisation of Verbal Interaction in Judicial Settings*. Londres: Macmillan.
- Atkinson, J. M. y Heritage, J. (eds.). (1984). *Structures of social action: Studies in conversation analysis*. Cambridge (Cambridgeshire, Nueva York, París: Cambridge University Press, Éditions de la Maison des sciences de l'homme.
- Bagdikian, B. H. (1983). *The media monopoly*. Boston: Beacon Press.
- Barker, M. (1981). *The new racism. Conservatives and the ideology of the tribe*. Londres: Junction Books.
- Barrett, M., Corrigan, P., Kuhn, A. y Wolff, J. (eds.). (1979). *Ideology and cultural production*. Londres: Croom Helm.
- Bauman, R. y Scherzer, J. (eds.). (1974). *Explorations in the ethnography of speaking*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bavelas, J. B., Rogers, L. E. y Millar, F. E. (1985). «Interpersonal conflict», en T. A. van Dijk (ed.), *Handbook of Discourse analysis*. Vol. 4. *Discourse analysis in society* (pp. 9-26). Londres: Academic Press.
- Becker, J., Hedebrø, G. y Paldán, L., (eds.), (1986). *Communication and domination. Essays to honor Herbert I. Schiller*. Norwood, NJ: Ablex.
- Berger, C. R. (1985). «Social power and interpersonal communication», en M. L. Knapp y G. R. Miller (eds.) *Handbook of interpersonal communication* (pp. 439-496). Beverly Hills, CA: Sage.
- Bergsdorf, W. (1983). *Herrschaft und Sprache. Studie zur politischen Terminologie der Bundesrepublik Deutschland*. (Dominance and language. Study into the terminology of the Federal Republic of Germany). Pfullingen: Neske Verlag.
- Bernstein, B. (1971-1975). *Class, codes, control* (3 vols.). Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Blair, R., Roberts, K. H. y McKechnie, P. (1985). «Vertical and network communication in organizations», en R. D. McPhee y P. K. Tompkins (eds.), *Organizational communication: Traditional themes and new directions* (pp. 55-77). Beverly Hills, CA: Sage.
- Bourdieu, P. (1977). *Outline of a theory of practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1984). *Homo academicus*. París: Minuit.
- Bourdieu, P. y Passeron, J. C. (1977). *Reproduction: In Education, Society and Culture*. Londres: Sage.
- Boyd-Barrett, O. y Braham, P. (eds.). (1987). *Media, knowledge and power*. Londres: Croom Helm.
- Bradac, J. J. y Mulac, A., (1984). «A molecular view of powerful and powerless speech styles». *Communication Monographs*, n° 51, 307-319.

- Bradac, J. J. y Street, R. (1986). «Powerful and powerless styles revisited. A theoretical analysis», documento presentado en el encuentro de la Speech Communication Association, Chicago.
- Bradac, J. J., Hemphill, M. R. y Tardy, C. H. (1981). «Language Style on Trial: Effects of “Powerful” and “Powerless” Speech upon Judgments of Victims and Villains», *Western Journal of Speech Communication*, vol. 45, n° 4, 327-341.
- Brooke, M. E. y Ng, S. H. (1986). «Language and Social Influence in Small Conversational Groups», *Journal of Language and Social Psychology*, vol. 5, n° 3, 201-210.
- Brown, J. D., Bybee, C. R., Wearden, S. T. y Murdock, D. (1982). «Invisible power: News sources and the limits of diversity», documento presentado en el encuentro anual de la Association for Education in Journalism, Atenas, OH.
- Brown, L. B. (1973). *Ideology*. Harmondsworth: Penguin Education.
- Brown, P. y Fraser, C. (1979). «Speech as a marker of situation», en K. R. Scherer y H. Giles (eds.), *Social markers in speech* (pp. 33-62). Cambridge: Cambridge University Press.
- Brown, P. y Levinson, S. C. (1978). «Universals in language usage: politeness phenomena», en E. Goody (ed.), *Questions and politeness: strategies in social interaction* (pp. 56-289). Cambridge: Cambridge University Press.
- Brown, R. y Ford, M., (1972). «Address in American English», en S. Moscovici (ed.), *The psychosociology of language* (pp. 243-262). Chicago: Markham.
- Brown, R. y Gilman, A. (1960). «The pronouns of power and solidarity», en T. A. Sebeok (ed.), *Style in language* (pp. 253-277). Cambridge, MA: MIT Press.
- Bruhn Jensen, K. (1986). *Making sense of the news*. Aarhus: Aarhus University Press.
- Burton, F. y Carlen, P. (1979). *Official discourse. On discourse analysis, government publications, ideology and the state*. Londres y Boston: Routledge & Kegan Paul.
- Candlin, C. N., Burton, J. y Coleman, H. (1980). *Dentist-patient communication: A report to the general dental council*. Lancaster: University of Lancaster, Department of Linguistics and Modern English Language.
- Centre for Contemporary Cultural Studies (CCCS) (1978). *On ideology*. Londres: Hutchinson.
- Chaffee, S. H. (ed.). (1975). *Political communication*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Charrow, V. R. (1982). «Language in the bureaucracy», en R. J. Di Pietro (ed.), *Linguistics and the professions* (pp. 173-188). Norwood, NJ: Ablex.
- Cohen, S. y Young, J. (eds.). (1981). *The manufacture of news. Deviance, social problems and the mass media*. London: Constable & Beverly Hills: Sage. 2ª ed.
- Coleman, H. (1985a). «Talking shop: An overview of language and work», *International Journal of the Sociology of Language* n° 51, pp. 105-129.
- (ed.). (1984). «Language and work 1. Law, industry, education», *International Journal of the Sociology of Language* n° 49. Número especial.
- (ed.). (1985b). «Language at work 2. The health professions», *International Journal of the Sociology of Language* n° 51. Número especial.
- Coleman, H. y Burton, J. (1985). «Aspects of control in the dentist-patient relationship», *International Journal of the Sociology of Language*, n° 51, pp. 75-104.
- Collins, R., Curran, J., Garnham, N., Scannell, Schlesinger, P. y Sparks, C. (eds.). (1986). *Media, culture and society*. Londres: Sage.
- Cook-Gumperz, J. (1973). *Social control and socialization*. Londres: Routledge & Kegan Paul.



- Culley, J. D. y Bennett, R. (1976). «Selling Blacks, selling women», *Journal of Communication*, n° 26, pp. 160-174.
- Dahl, R. A. (1957). «The concept of power». *Behavioural Science*, n° 2, pp. 201-215.
- (1961). *Who governs? Democracy and power in an American city*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Danet, B. (1980). «Language in the Legal Process». *Law and Society Review*, vol. 14, n° 3, pp. 445-564.
- (ed.) (1984). «Legal discourse», *Text* vol. 4, nos 1-3. Número especial.
- Davis, H. H. y Walton, P. (eds.). (1983). *Language, image, media*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Debnam, G. (1984). *The analysis of power. Core elements and structure*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Di Pietro, R. (ed.). (1982). *Linguistics and the Professions*. Norwood, NJ: Ablex.
- Dittmar, N. y von Stutterheim, C. (1985). «On the discourse of immigrant workers», en T. A. van Dijk (ed.), *Handbook of Discourse Analysis: vol. 4. Discourse analysis in society* (pp. 125-152). Londres: Academic Press.
- Domhoff, G. W. (1983). *Who rules America now? A view for the '80s*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.
- Domhoff, G. W. y Ballard, H. B. (eds.). (1968). *C. Wright Mills and the Power Elite*. Boston: Beacon Press.
- Donald, J. y Hall, S. (eds.). (1986). *Politics and ideology: A reader*. Milton Keynes, Filadelfia: Open University Press.
- Dovidio, J. F. y Gaertner, S. L. (eds.). (1986). *Prejudice, discrimination, and racism*. Nueva York: Academic Press.
- Downing, J. D. H. (1980). *The media machine*. Londres: Pluto Press.
- (1984). *Radical media*. Boston: Southend Press.
- Dyer, G. (1982). *Advertising as communication*. Londres: Methuen.
- Eakins, B. W. y Eakins, R. G. (1978). *Sex differences in human communication*. Boston: Houghton Mifflin.
- Ebel, M. y Fiala, P. (1983). *Sous le consensus, la xénophobie paroles, arguments, contextes (1961-1981)*. Lausana: Institut de science politique.
- Edelman, M. J. (1964). *The symbolic uses of politics*. Urbana: University of Illinois Press.
- (1974). «The political language of the helping professions», *Politics and Society*, n° 4, pp. 295-310.
- Erickson, B., Lind, A. A., Johnson, B. C. y O'Barr, W. M. (1978). «Speech style and impression formation in a court setting: The effects of powerful and "powerless" speech», *Journal of Experimental Social Psychology*, n° 14, pp. 266-279.
- Erickson, F. y Shultz, J. J. (1982). *The counselor as gatekeeper. Social interaction in interviews*. Londres: Academic Press.
- Ervin-Tripp, S. M., O'Connor, M. C. y Rosenberg, J. (1984). «Language and power in the family», en C. Kramarae, M. Schulz y W. M. O'Barr (eds.), *Language and power* (pp. 116-135). Beverly Hills, CA: Sage.
- Ervin-Tripp, S. y Strage, A. (1985). «Parent-Child discourse», en T. A. van Dijk (ed.), *Handbook of discourse analysis: vol. 3. Discourse and dialogue* (pp. 67-78). Londres: Academic Press.



- Essed, P. J. M. (1984). *Alledaags racisme (Everyday racism)*. Amsterdam: Sara. (Versión inglesa de Hunter House, Claremont, CA, 1990).
- Falbo, T. y Peplau, L. A. (1980). «Power strategies in intimate relationships», *Journal of Personality and Social Psychology* n° 38, pp. 618-628.
- Fascell, D. B. (ed.) (1979). *International news: Freedom under attack*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Ferro, M. (1981). *Comment on raconte l'histoire aux enfants à travers le monde entier*. París: Payot.
- Fielding, G. y Evered, C. (1980). «The influence of patients' speech upon doctors: The diagnostic interview», en R. N. St. Clair y H. Giles (eds.), *The social and psychological contexts of language* (pp. 51-72). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Fisher, S. y Todd, A. (eds.). (1983). *The social organization of doctor-patient communication*. Washington, DC: Center for Applied Linguistics. Distributed by Ablex Publishing Corporation, Norwood, NJ.
- Fisher, S. y Todd, A. D. (eds.). (1986). *Discourse and institutional authority. Medicine, education, and law*. Norwood, N.J.: Ablex Pub. Corp.
- Fishman, J. A. (1980). «Attracting a Following to High-Culture Functions for a Language of Everyday Life - the Role of the Tshernovits Language Conference in the Rise of Yiddish», *International Journal of the Sociology of Language*, n° 24, pp. 43-73.
- Fishman, M. (1980). *Manufacturing the news*. Austin, Tx: University of Texas Press.
- Fishman, P. M. (1983). «Interaction: The Work Women Do», en B. Thorne, C. Kramarae y N. Henley (eds.), *Language, Gender and Society* (pp. 89-101). Rowley, MA: Newbury House.
- Fiske, S. T. y Taylor, S. E. (1984). *Social cognition*. Reading, Mass.: Addison-Wesley Co.
- Fowler, R. (1985). «Power», en T. A. Van Dijk (ed.), *Handbook of Discourse Analysis, IV, Discourse Analysis in Society* (pp. 61-82). Londres: Academic Press.
- Fowler, R., Hodge, B., Kress, G. y Trew, T. (1979). *Language and control*. Londres, Routledge & Kegan Paul.
- Freeman, S. H. y Heller, M. S. (1987). «Medical discourse», *Text* n° 7. Número especial.
- Galbraith, J. K. (1985). *The anatomy of power*. Londres: Corgi.
- Galtung, J. y Ruge, M. H. (1965). «The structure of foreign news». *Journal of Peace Research* n° 2, pp. 64-91.
- Gamble, A. (1986). «The political economy of freedom», en: R. Levitas (ed.), *The ideology of the new right* (pp. 25-54). Cambridge: Polity Press.
- Gans, H. (1979). *Deciding what's news*. Nueva York: Pantheon Books.
- Giles, H. y Powesland, P. F. (1975). *Speech style and social evaluation*. Londres, Nueva York: Published in cooperation with the European Association of Experimental Social Psychology by Academic Press.
- Giles, H. y Smith, P. M. (1979). «Accommodation theory: Optimal levels of convergence», en H. Giles y R. N. St. Clair (eds.), *Language and social psychology* (pp. 45-65). Oxford: Blackwell.
- Glasgow University Media Group. (1976). *Bad news*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- (1980). *More bad news*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- (1982). *Really bad news*. Londres: Writers and Readers.
- Gleason, Y. B. y Geif, E. B. (1986). «Men's speech to young children», en B. Thorne, C. Kramarae y N. Henley (eds.), *Language, gender and society* (pp. 140-150). Rowley, MA: Newbury House.

- Goffman, E. (1979). *Gender Advertisements*. Londres: Macmillan.
- Golding, P. y Murdock, G. (1979). «Ideology and the mass media: The question of determination», en M. Barrett, P. Corrigan, A. Kuhn y J. Wolff (eds.) *Ideology and cultural production* (pp. 198-224). Londres: Croom Helm.
- Greenberg, B. S. y Mazingo, S. L. (1976). «Racial issues in mass media institutions», en: P. A. Katz (ed.), *Towards the elimination of racism*, pp. 309-340. Nueva York: Pergamon Press.
- Greenberg, J., Kirkland, S. y Pyszczynski, (1987). «Some theoretical notions and preliminary research concerning derogatory labels», en G. Smitherman-Donaldson & T. A. van Dijk (eds.), *Discourse and communication*. Detroit, MI: Wayne State University Press.
- Guespin, L. (ed.). (1976). *Typologie du discours politique* (Typology of political discourse). Langages 41.
- Gumperz, J. J. (1982). *Discourse Strategies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (ed.). (1982). *Language and social identity*. Cambridge Cambridgeshire, Nueva York: Cambridge University Press, 1982.
- Hall, S., Critcher, C., Jefferson, T., Clarke, J. y Roberts, B. (1978). *Policing the crisis: Mugging, the State and law and order*. Londres: Methuen.
- Hall, S., Hobson, D., Lowe, A. y Willis, P. (eds.). (1980). *Culture, media, language*. Londres: Hutchinson.
- Halloran, J. D., Elliott, P. R. C. y Murdock, G. (1970). *Demonstrations and communication: A case study*. Harmondsworth: Penguin.
- Hamilton, D. L. (ed.). (1981). *Cognitive processes in stereotyping and intergroup behavior*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Harris, S. (1984). «Questions as a mode of control in magistrates' courts», *International Journal of the Sociology of Language*, 1984, n° 49, pp. 5-27.
- Hart, R. P. (1984). *Verbal style and the presidency. A computer-based analysis*. Londres: Academic Press.
- Hartmann, P. G. y Husband, C. (1974). *Racism and the mass media: A study of the role of the mass media in the formation of white beliefs and attitudes in Britain*. Totowa, N.J.: Rowman & Littlefield.
- Helmreich, W. B. (1984). *The things they say behind your back. Stereotypes and the myths behind them*. New Brunswick, N.J., U.S.A.: Transaction Books.
- Hudson, K. (1978). *The language of modern politics*. Londres: Macmillan.
- Kalin, R. y Rayko, D. (1980). «The social significance of speech in the job interview», en R. N. St. Clair y H. Giles (eds.), *The social and psychological contexts of language* (pp. 39-50). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Kelly, J. W. (1985). «Storytelling in high tech organizations. A Medium for sharing culture», documento presentado en el Annual Meeting of the Western Speech Communication Association, Fresno, CA, 16-19 de febrero.
- Kennedy, S. (1959). *Jim Crow guide to the U.S.A: The laws, customs, and etiquette governing the conduct of nonwhites and other minorities as second-class citizens*. Londres: Lawrence & Wishart.
- King, J. y Stott, M. (eds.) (1977). *Is this your life? Images of women in the media*. Londres: Virago.
- Kinloch, G. C. (1981). *Ideology and contemporary sociological theory*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.

- Klein, G. (1986). *Reading into racism*. Londres, Routledge and Kegan Paul.
- Klein, W. y Dittmar, N. (1979). *Developing grammars: The acquisition of German by foreign workers*. Heidelberg y Nueva York: Springer Verlag.
- Knorr-Cetina, K. y Cicourel, A. V. (eds.). (1981). *Advances in social theory and methodology. Towards an integration of micro- and macrosociologies*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Kochman, T. (1981). *Black and white styles in conflict*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kramarae, C. (1980). *Women and men speaking: Frameworks for analysis*. Rowley, MA: Newbury House Publishers.
- (ed.). (1980). *The voices and words of women and men*. Oxford: Pergamon Press.
- Kramarae, C., Schulz, M. y O'Barr, W. M. (1984). «Towards an understanding of language and power», en C. Kramarae, M. Schulz y W. M. O'Barr (eds.), *Language and power* (pp. 9-22). Beverly Hills, CA: Sage.
- Kramarae, C., Thorne, B. & Henley, N. (1983). «Sex similarities and differences in language, speech and nonverbal communication: An annotated bibliography», en B. Thorne. C. Kramarae y N. Henley (eds.), *Language, gender and society*, (pp. 151-331). Rowley,
- Kress, G. (1985). «Ideological structures in discourse», en T. A. van Dijk (ed.), *Handbook of discourse analysis: Vol 4. Discourse analysis in society* (pp. 27-42). Londres: Academic Press.
- Kress, G. R. y Hodge, B. (1979). *Language as ideology*. Londres y Boston: Routledge & Kegan Paul.
- Labov, W. (1972). *Language in the Inner City: Studies in the Black English Vernacular*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- (1972). «Rules for ritual insults», en W. Labov, *Language in the inner city* (pp. 297-353). Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Leet-Pellegrini, H. (1980). «Conversational dominance as a function of gender and expertise», en H. Giles, W. P. Robinson y P. Smith (eds.), *Language: Social Psychological Perspectives* (pp. 97-104). Oxford: Pergamon Press.
- Lein, L. y Brenneis, D. (1978). «Children's disputes in three speech communities», *Language in Society*, nº 7, pp. 299-323.
- Lind, E. A. y O'Barr, W. M. (1979). «The social significance of speech in the courtroom», en H. Giles y R. St. Clair (eds.), *Language and social psychology* (pp. 66-87). Oxford: Blackwell.
- Lindegren-Lerman, C. (1983). «Dominant discourse: The institutional voice and the control of topic», en H. Davis y P. Walton (eds.), *Language, image, media* (pp. 75-103). Oxford: Basil Blackwell.
- Lorimer, R. (1984). «Defining the curriculum. The role of the publisher», documento presentado en el Annual Meeting of the American Educational Research Association, Nueva Orleans, LA., 23-27 de abril.
- Lukes, S. (ed.). (1986). *Power*. Nueva York: New York University Press.
- Mankekar, D. R. (1978). *One-Way flow: Neo-colonialism via news media*. Nueva Delhi: Clarion Books.
- Manning, D. J. (ed.). (1980). *The Form of ideology. Investigations into the sense of ideological reasoning with a view to giving an account of its place in political life*. Londres y Boston: G. Allen & Unwin.

- Manstead, T. y McCulloch, C. (1981). «Sex role stereotyping in British television ads», *British Journal of Social Psychology*, nº 20, pp. 171-180.
- Mattelart, A. (1979). *Multinational corporations and the control of culture: The ideological apparatuses of imperialism*. Sussex Atlantic Highlands, N.J.: Harvester Press Humanities Press.
- Maynard, D. W. (1985). «The problem of justice in the courts approached by the analysis of plea bargaining discourse», en T. A. van Dijk (ed.), *Handbook of Discourse Analysis*. Vol. 3. (pp. 153-79). Londres: Academic Press.
- McHoul, A. W. (1986). «Writing, sexism, and schooling: A discourse-analytic investigation of some recent documents on sexism and education in Queensland», en S. Fisher y A. D. Todd (eds.), *Discourse and institutional authority: Medicine, Education, and Law* (pp. 187-202). Norwood, NJ: Ablex.
- McLaughlin, M. L. (1984). *Conversation: How talk is organized*. Beverly Hills: Sage Publications.
- McPhee, R. D. y Tompkins, P. K. (eds.). (1985). *Organizational communication: Traditional themes and new directions*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Mead, R. (1985). *Courtroom discourse*. University of Birmingham: English Language Research, Discourse Analysis Monographs, 9.
- Mehan, H. (1986). «The role of language and the language of role in institutional decision making», en S. Fisher y A. D. Todd (eds.), *Discourse and institutional authority: Medicine, Education, and Law* (pp. 140-163). Norwood, NJ: Ablex.
- Merten, K. (1986). *Das Bild der Ausländer in der deutschen Presse*. Frankfurt: Gagyeli Verlag.
- Mey, J. L. (1985). *Whose language. A study in linguistic pragmatics*. Amsterdam: Benjamins.
- Milliband, R. (1983). *Class power and state power*. Londres: Verso.
- Mills, C. W. (1956). *The power elite*. Nueva York: Oxford University Press.
- Milner, D. (1983). *Children and race: Ten years on*. Londres: Ward Lock Educational.
- Mishler, E. G. (1984). *The discourse of medicine. Dialectics in medical interviews*. Norwood, NJ: Ablex.
- Mueller, C. (1973). *The politics of communication. A study in the political sociology of language, socialization, and legitimation*. Nueva York: Oxford University Press.
- Natale, M., Entin, E. y Jaffe, J. (1979). «Vocal interruptions in dyadic communication as a function of speech and social anxiety», *Journal of Personality and Social Psychology* nº 37, pp. 865-878.
- Nimmo, D. D. y Sanders, K. R. (eds.). (1981). *Handbook of political communication*. Beverly Hills: Sage Publications.
- Owsley, H. H. y Scotton, C. M. (1984). «The conversational expression of power by television interviewers», *Journal of Social Psychology*, nº 123, pp. 261-271.
- Packard, V. (1957). *The hidden persuaders*. Nueva York: Pocket Books.
- Parkinson, M. G., Geisler, D. y Pelias, M. H. (1983). «The effects of verbal skills on trial success», *Journal of the American Forensic Association*, nº 20, pp. 16-22.
- Pêcheux, M. (ed.). (1975). «Analyse du discours. Langue et idéologies», *Langages* nº 37. París: Didier-Larousse.
- Percy, L. y Rossiter, J. R. (1980). *Advertising strategy: A communication theory approach*. Nueva York: Praeger.

- Pettigrew, A. M. (1972). «Information control as a power resource», *Sociology* n° 6, pp. 187-204.
- (1973). *The politics of organizational decision-making (by) Andrew M. Pettigrew*. Londres: Tavistock.
- Petty, R. E. y Cacioppo, J. T. (1981). *Attitudes and persuasion: Classic and contemporary approaches*. Dubuque, Iowa: W.C. Brown.
- Pfeffer, J. (1981). *Power in organizations*. Estados Unidos: HarperBusiness.
- Preiswerk, R. (1980). *The Slant of the pen: Racism in children's books*. Génova: Programme to Combat Racism, World Council of Churches.
- Radtke, I. (ed.). (1981). *Die Sprache des Rechts und der Verwaltung. Volume II of Deutsche Akademie für Sprache und Dichtung, Die öffentliche Sprachgebrauch*.
- Ragan, S. L. (1983). «Alignment and conversational coherence», en R. T. Craig y K. Tracy (eds.), *Conversational coherence: Form, structure, and strategy* (pp. 157-171). Beverly Hills, CA: Sage.
- Reeves, F. (1983). *British racial discourse. A study of British political discourse about race and race-related matters*. Cambridge Cambridgeshire Nueva York: Cambridge University Press.
- Richstad, J. y Anderson, M. H. (eds.) (1981). *Crisis in international news*. Nueva York: Columbia University Press.
- Riley, P. (1983). «A structurationist account of political culture», *Administrative Science Quarterly*, n° 28, pp. 414-437.
- Robinson, J. P. y Levy, M. R. (1986). «Interpersonal communication and news comprehension», *Public Opinion Quarterly*, vol. 50, n° 2, pp. 160-175.
- (1986). *The main source: Learning from television news*. Beverly Hills: Sage Publications.
- Roloff, M. E. y Berger, C. R. (eds.). (1982). *Social cognition and communication*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Roloff, M. E. y Miller, G. R. (1980). *Persuasion. New directions in theory and research*. Beverly Hills: Sage Publications.
- Rosenblum, M. (1981). *Coups and earthquakes. Reporting the world to America*. Nueva York: Harper and Row.
- Sabsay, S. y Platt, M. (1985). *Social setting, stigma, and communicative competence. Explorations of the conversational interactions of retarded adults*. Amsterdam-Filadelfia: J. Benjamins.
- Sacks, H., Schegloff, E. A. y Jefferson, G. (1974). «A simplest systematics for the organization of turn-taking in conversation», *Language*, vol. 50, n° 4, pp. 696-735.
- Said, E. W. (1981). *Covering Islam: how the media and the experts determine how we see the rest of the world*. Nueva York: Pantheon.
- Saville-Troike, M. (1982). *The ethnography of communication. An introduction*. Oxford: Blackwell.
- Schatzman, L. y Strauss, A. (1972). «Social class and modes of communication», en S. Moscovici (ed.), *The psychosociology of language* (pp. 206-221). Chicago: Markham. (Primera edición en *The American Journal of Sociology*, n° 60, pp. 329-338, 1995).
- Scherer, K. R. y Giles, H. (1979). *Social markers in speech*. Cambridge.
- Schiller, H. I. (1973). *The mind managers*. Boston: Beacon Press.

- Schramm, W. L. y Atwood, E. (1981). *Circulation of news in the Third World. A study of Asia*. Hong Kong: Chinese University Press.
- Seibold, D. R., Cantrill, J. G. y Meyers, R. A. (1985). «Communication and interpersonal influence», en M. L. Knapp y G. R. Miller (eds.), *Handbook of interpersonal communication* (pp. 551-611). Beverly Hills, CA: Sage.
- Seidel, G. (1985). «Political discourse analysis», en: T. A. Van Dijk (ed.), *Handbook of Discourse analysis*. Vol. 4. *Discourse analysis in society* (pp. 43-60). Londres: Academic Press.
- (1987a). «The White Discursive Order: The British New Right's Discourse on Cultural Racism with Particular Reference to the Salisbury Review», en I. M. Zavala, T. A. van Dijk y D. M. Díaz (eds.), *Approaches to Discourse, Poetics and Psychiatry*.
- (1987b). «The British New Right's "enemy within": The anti-racists», en G. Smitherman-Donaldson y T. A. van Dijk (eds.), *Discourse and discrimination*. Detroit: Wayne State University Press.
- Shapiro, M. J. (1984). *Language and politics*. Oxford: Blackwell.
- Shuy, R. W. (1986). «Some linguistic contributions to a criminal court case», en S. Fisher y A. D. Todd (eds.), *Discourse and institutional authority: Medicine, Education and Law* (pp. 234-249). Norwood, NJ: Ablex.
- Sinclair, J. M. y Brazil, D. (1982). *Teacher talk*. Oxford: Oxford University Press.
- Slobin, D. I., Miller, S. H. y Porter, L. W. (1972). «Forms of address and social relations in a business organization», en S. Moscovici (ed.), *The psychosociology of language* (pp. 263-272).
- Smitherman-Donaldson, G. y van Dijk, T. A. (eds.). (1987). *Discourse and discrimination*. Detroit: Wayne State University Press.
- Snow, C. y Fergusson (eds.), (1977). *Talking to children*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Spender, D. (1980). *Man made language*. Londres y Boston: Routledge & Kegan Paul.
- Stoll, E. A. (1983). *A naturalistic study of talk in the classroom*, tesis doctoral inédita, University of Utah.
- Strong, P. M. (1979). *The ceremonial order of the clinic: Parents, doctors, and medical bureaucracies*. Londres y Boston: Routledge & Kegan Paul.
- Sykes, M. (1985). «Discrimination in discourse», en: T. A. Van Dijk (ed.), *Handbook of Discourse analysis*. Vol. 4. *Discourse analysis in society* (pp. 83-101). Londres: Academic Press.
- Sykes, M. (1987). «From "rights" to "needs": Official discourse and the "welfarisation" of race» en G. Smitherman-Donaldson y T. A. Van Dijk (eds.), *Discourse and Discrimination*. Detroit, MI: Wayne State University Press.
- Tajfel, H. (1981). *Human groups and social categories. Studies in social psychology*. Cambridge Cambridgeshire Nueva York: Cambridge University Press.
- Therborn, G. (1980). *The ideology of power and the power of ideology*. Londres: NLB.
- Thorne, B. y Henley, N. (eds.). (1975). *Language and sex: Difference and dominance*. Rowley, Mass.: Newbury House Publishers.
- Thorne, B., Kramarae, C. y Henley, N. (eds.). (1983). *Language, gender and society*. Rowley, MA: Newbury House.
- Tolmach Lakoff, R. (1981). «Persuasive discourse and ordinary conversation: With



- examples from advertising», en D. Tannen (ed.), *Analyzing discourse: Text and talk* (pp. 25-42). Washington, DC: Georgetown University Press.
- Treichler, P., Frankel, R. M., Kramarae, C., Zoppi, C. y Beckman, H. B. (1984). «Problems and problems: Power relationships in a medical interview», en C. Kramarae, M. Schultz y W. M. O'Barr (eds.), *Language and power* (pp. 43-61). Beverly Hills, CA: Sage.
- Trömel-Plötz, S. (1984). *Gewalt durch Sprache. Die Vergewaltigung von Frauen in Gesprächen*. Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch Verlag.
- Troyna, B. (1981). *Public awareness and the media: A study of reporting on race*. Londres: Commission for Racial Equality.
- Tuchman, G. (1978). *Making news: A study in the construction of reality*. Nueva York: Free Press.
- Tuchman, G., Daniels, A. K. y Benét, J. (eds.), (1978). *Hearth & Home. Images of women in the mass media*. Nueva York: Oxford University Press.
- Turow, J. (1983). «Learning to portray institutional power: The socialization of creators of mass media organization», en R. D. McPhee y P. K. Tompkins (eds.), *Organizational communication: Traditional themes and new directions*, pp. 211-234.
- UNESCO. (1980). *Many voices, one world*. Informe de la International Commission for the Study of Communication Problems (presidida por Sean Mac Bride). París: Unesco. Londres: Kogan Page.
- Van Dijk, T. A. (1977). *Text and context. Explorations in the semantics and pragmatics of discourse*. Londres, Nueva York: Longman.
- (1980). *Macrostructures: An interdisciplinary study of global structures in discourse, interaction, and cognition*. Hillsdale, N.J.: L. Erlbaum Associates.
- (1981). *Studies in the pragmatics of discourse*. La Haya-Nueva York: Mouton.
- (1983). *Minderheden in de media*. (Minorities in the media). Amsterdam: SUA.
- (1984a). *Prejudice in discourse. An analysis of ethnic prejudice in cognition and conversation*. Amsterdam-Filadelfia: J. Benjamins Pub. Co.
- (1984b). *Prejudice in discourse. An analysis of ethnic prejudice in cognition and conversation*. Amsterdam-Filadelfia: J. Benjamins Pub. Co.
- (1987a). *Communicating racism: Ethnic prejudice in thought and talk*. Beverly Hills, CA: Sage.
- (1987b). *News as discourse*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.
- (1987c). *News analysis: Case studies of national and international news: Lebanon, ethnic minorities, refugees, squatters*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.
- (1987d). *Schoolvoorbeelden van racisme (Textbook examples of racism)*. Amsterdam: Socialistische Uitgeverij Amsterdam.
- (1987e). «How “they” hit the headlines: Ethnic minorities in the press», en G. Smitherman-Donaldson y T. A. van Dijk (eds.), *Discourse and discrimination*. Detroit: Wayne State University Press.
- (ed.). (1985a). *Handbook of discourse analysis* (4 vols.). Londres: Academic Press.
- (ed.). (1985b). *Discourse and communication. New approaches to the analysis of mass media discourse and communication*. Berlín: de Gruyter.
- Van Dijk, T. A. y Kintsch, W. (1983). *Strategies of discourse comprehension*. Nueva York y Londres: Academic Press.

- Walker, A. G. (1982). «Patterns and implications of co-speech in a legal setting», en: R. J. Di Pietro (ed.), *Linguistics and the professions* (pp. 101-112). Norwood, NJ: Ablex.
- (1986). «The verbatim record: The myth and the reality», en S. Fisher y A. D. Todd (eds.), *Discourse and institutional authority: Medicine, Education and Law* (pp. 205-222). Norwood, NJ: Erlbaum.
- Werner, F. (1983). *Gesprächsverhalten von Frauen und Männer*. Frankfurt: Lang.
- West, C. (1984). *Routine complications: Troubles with talk between doctors and patients*. Bloomington: Indiana University Press.
- West, C. y Zimmerman, D. (1983). «Small insults: a study of interruptions in cross-sex conversations between unacquainted persons», en B. Thorne, C. Kramarae y N. Henley (eds.), *Language Gender and Society*, (pp. 103-118). Rowley, MA: Newbury House.
- (1985). «Gender, language, and discourse», en T. A. Van Dijk (ed.), *Handbook of discourse analysis*, Vol. 4: *Discourse analysis in society* (pp. 103-124). Londres: Academic Press.
- White, D. M. (1976). *The concept of power*. Morristown, NJ: General Learning Press.
- Wilkinson, L. C. (ed.). (1982). *Communicating in the classroom*. Nueva York: Academic Press.
- Wilson, C. C. y Gutiérrez, F. (1985). *Minorities and media: Diversity and the end of mass communication*. Beverly Hills: Sage Publications.
- Wodak, R. (1984). «Determination of guilt: Discourses in the courtroom», en C. Kramarae, M. Schulz y W. M. O'Barr, (eds.). *Language and power* (pp. 89-100). Beverly Hills, CA: Sage.
- (1985). «The interaction between judge and defendant», en: T. A. Van Dijk (ed.), *Handbook of Discourse analysis*. Vol. 4. *Discourse analysis in society* (pp. 181-191). Londres: Academic Press.
- Wrong, D. H. (1979). *Power, its forms, bases, and uses*. Nueva York: Harper and Row Publishers.
- Young, M. F. D. (ed.). (1971). *Knowledge and control. New directions for the sociology of education*. Londres: Collier Macmillan.





### 3

## Discurso, poder y acceso

### Las dimensiones de la dominación

Una de las tareas esenciales del Análisis Crítico del Discurso (ACD) es dar cuenta de las relaciones que existen entre el discurso y el poder social. Más específicamente, tal análisis debe describir y explicar cómo el texto y la conversación de las instituciones o grupos dominantes promulgan, reproducen y legitiman el abuso de poder. Dentro del marco de esa indagación de la dominación y la desigualdad confirmadas discursivamente, este capítulo presta particular atención a una importante dimensión de esta dominación que son las pautas de *acceso* al discurso.

Un análisis crítico de las propiedades del acceso al discurso público y a la comunicación supone indagar en profundidad en los aspectos políticos socioculturales y económicos más generales de la dominación. Este capítulo se limita a ofrecer un sucinto resumen de ese panorama conceptual más amplio. Dejando de lado la revisión detallada de numerosas complejidades filosóficas y teoréticas, las suposiciones principales de que parte este enfoque son, por ejemplo, las siguientes (véanse, entre otros, Clegg, 1989; Lukes, 1974; 1986; Wrong, 1979):

1. El poder es una propiedad de las relaciones existentes entre los grupos sociales, las instituciones o las organizaciones. Por ello, aquí sólo se considera el *poder social* y no el poder individual.

2. El poder social se define como el *control* que ejerce un grupo o una organización (o sus miembros) sobre las *acciones* y/o las *mentes* de (los miembros de) otro grupo, con lo cual limita la libertad de acción de los otros o influye en sus conocimientos, sus actitudes o sus ideologías.
3. El poder de un grupo o institución específicos puede estar «distribuido» y restringirse a un *dominio* o *campo de acción* social específico, tales como el de la política, los medios, la ley y el orden, la educación o las empresas comerciales, de donde surgen diferentes «centros» de poder y grupos de élite que controlan tales centros.
4. La *dominación* se entiende aquí como una forma de *abuso* del poder social, es decir, como un ejercicio legal o moralmente ilegítimo del control sobre los demás buscando el propio beneficio y que a menudo da por resultado una desigualdad social.
5. El poder se *basa* en el acceso privilegiado a recursos sociales apreciados, tales como la riqueza, los empleos, el estatus o directamente en el acceso preferencial al discurso y la comunicación públicos.
6. Con frecuencia el poder y la dominación social están *organizados* e *institucionalizados*, para permitir un control más efectivo y autorizar formas de rutina de la reproducción del poder.
7. La dominación rara vez es absoluta; frecuentemente es *gradual* y puede toparse con la mayor o menor *resistencia* o el contrapoder de los grupos dominados.

En el análisis que haremos en este capítulo es fundamental subrayar un elemento de estas breves definiciones del poder y la dominación, a saber, la importancia de la dimensión *cognitiva* del control. El abuso de poder no sólo se refiere al abuso de la fuerza, por ejemplo cuando la policía reprime a jóvenes negros y puede dar por resultado mucho más que el mero hecho de limitar la libertad de acción de un grupo específico, sino lo que es aún más importante: puede afectar las *mentes* de las personas. Es decir, al tener un acceso especial y el control de un instrumento como es el discurso y la comunicación públicos, las instituciones y grupos dominantes pueden influir en las estructuras del texto y la conversación de tal modo que terminan por afectar en su propio interés, más o menos indirectamente, al conocimiento, las actitudes, las normas, los valores y las ideologías de los receptores.

En las sociedades democráticas, la mayor parte del poder «moderno» es persuasivo y manipulador antes que coercitivo (mediante el uso de la fuerza) o incentivo como ocurre cuando se imponen explícitamente órdenes, disposiciones, amenazas o sanciones económicas. Evidentemente, el discurso cumple una función decisiva en la «elaboración del consentimiento» (*manufacturing consent*) de los otros (Herman y Chomsky, 1988). Por todo ello, el ACD también tiene la importante tarea de estudiar las estructuras y estrategias cognitivas precisas implicadas en estos procesos que afectan a las *cogniciones sociales* de grupos enteros (en Fiske y Taylor, 1991 pueden encontrarse más detalles sobre la cognición social). De manera más general, lo que está en juego es la manipulación de los *modelos mentales* de los acontecimientos sociales mediante el empleo de estructuras específicas del discurso, tales como las estructuras temáticas, los títulos, el estilo, las figuras retóricas y las estrategias semánticas (sobre más detalles, véase van Dijk, 1990; van Dijk y Kintsch, 1983). Salvo cuando los lectores u oyentes tienen acceso a información alternativa o a recursos mentales que les permiten oponerse a tales mensajes persuasivos, el resultado de esa manipulación puede ser la creación de *modelos preferidos* de situaciones específicas (por ejemplo, de un «turbulento racial») que a su vez puede extenderse a actitudes, ideologías o conocimientos preferidos, más generales (por ejemplo, sobre los negros o los jóvenes).

## El discurso y el acceso

Un elemento clave de la reproducción discursiva del poder y la dominación es el acceso mismo al discurso y los eventos comunicativos. En este sentido, el discurso es semejante a otros recursos sociales estimados que forman la base del poder, el acceso a los cuales está desigualmente distribuido. Por ejemplo, no todos tienen el mismo acceso a los medios o los textos y conversaciones médicos, legales, políticos, burocráticos o científicos. Lo cual equivale a decir que tenemos que explorar las implicaciones de la compleja pregunta siguiente: *¿quién puede hablar o escribir a quién, sobre qué, cuándo y en qué contexto?* O bien, *¿quiénes pueden participar en tales eventos comunicativos cumpliendo los diversos pape-*

*les del receptor?* Por ejemplo como destinatario, como audiencia, como espectador o como quien alcanza a oír por casualidad. El acceso puede analizarse hasta con referencia a los temas o referentes del discurso, es decir, sobre quién se escribe o se habla. Podemos suponer que, a semejanza de lo que sucede con los demás recursos sociales, al *mayor* acceso obtenido de acuerdo con estos diversos roles participantes, corresponde *más* poder social. Dicho de otro modo, las medidas del acceso al discurso pueden ser indicadores bastante fieles del poder de los grupos sociales y sus miembros.

Las pautas y estrategias del acceso discursivo se pueden explicar detalladamente en casi todos los terrenos sociales, instituciones, profesiones, situaciones y géneros. Así, por ejemplo, en la esfera *política*, sólo los ministros tienen acceso activo a las reuniones de gabinete y sólo los legisladores a los debates parlamentarios. Los secretarios y oficinistas tienen un acceso pasivo a las reuniones de gabinete, o sea que sólo cumpliendo su papel de persona que toma notas o cumple órdenes; hablan únicamente cuando se les invita a hacerlo. En las sesiones públicas del poder legislativo, los miembros del público pueden tener un acceso pasivo, pero sólo como oyentes (o más bien, como gente que logra oír). En las *empresas comerciales* existen pautas similares en las reuniones de junta directiva o en la interacción entre jefe y empleado.

En el campo de la *educación*, habitualmente el docente controla los eventos comunicativos, distribuye los turnos para hablar o, al menos, tiene un acceso especial al discurso educacional y, por lo tanto, lo controla. Por su parte, en principio los estudiantes tienen acceso a la conversación en el aula sólo cuando se les dirige la palabra o se les invita a hacer uso de ella. En algunos casos, también en otras esferas, ese acceso limitado puede ser voluntario, en otras puede ser obligatorio, por ejemplo cuando los alumnos deben contestar a las preguntas de un examen, cuando a un ciudadano se le ordena que hable en la vista de una causa, y los acusados en los interrogatorios policiales o ante el tribunal. Asimismo, en los encuentros *médicos* el facultativo puede controlar muchas partes de la conversación con sus pacientes, tales como el marco que la rodea (tiempo, lugar y circunstancias, por ejemplo, sólo si se ha pedido un turno previamente), los temas (sólo problemas médicos) y el estilo.

Las más evidentes y de mayores consecuencias son las pautas de acceso a los *medios* de comunicación masiva: ¿quiénes tienen acceso preferencial a los periodistas, quién será entrevistado, citado y descrito en las noticias y a quién pertenecerán las opiniones que tendrán la oportunidad de influir en el público? En suma, a través del acceso a los medios masivos, los grupos dominantes también pueden tener acceso al público en general y, en virtud de ese acceso, a su control parcial. Salvo en el caso de las cartas al director, el público en general tiene un acceso pasivo a los medios, sólo en carácter de lector o de espectador.

Finalmente, en las *conversaciones* cotidianas se pueden dar patrones culturalmente diferentes de acceso basados en la edad, el género, la clase, la educación u otros criterios que definen la dominación y la discriminación: las mujeres suelen tener menos acceso que los hombres; los negros, menos que los blancos; los jóvenes, menos que los adultos.

De tal modo que, para cada esfera social, profesión, organización o situación, se puede esbozar un *esquema discursivo y comunicativo de las condiciones y estrategias de acceso* correspondientes a los diversos grupos sociales implicados: en realidad, podemos saber quién puede decir/ escribir qué, cómo, a quién y en qué circunstancias.

## Analizar las pautas de acceso

Los ejemplos informalmente mencionados muestran las diferentes pautas de acceso que dependen de los diversos roles sociales o institucionales, del género, la edad, la posición, el contexto y la actualidad del tema tratado. Para poder examinar tales condiciones y estrategias de acceso más explícitamente, es necesario hacer varias distinciones analíticas. Si bien es un concepto de gran significación en el estudio del discurso y el poder, el «acceso» es una noción bastante vaga, de manera que hace falta hacer algunas especificaciones adicionales. El acceso puede referirse a la manera en que las personas toman la iniciativa en un evento comunicativo, a las modalidades de su participación, así como a los modos en que controlan las otras propiedades del discurso, tales como los turnos para hablar, la correspondencia, los temas y hasta las maneras en que aparecen representadas como referentes o temas del discurso. Examinaremos brevemente algunas de estas dimensiones del acceso.

## *La planificación*

La planificación de acceso al discurso ya comienza con el acto de tomar la iniciativa, la preparación o programación de un evento comunicativo. Así, un jefe puede «convocar» a una reunión, un juez puede dictar una orden de comparecencia y un profesor puede decidir realizar un examen. Tales proyectos habitualmente implican tomar decisiones sobre el situación (tiempo, lugar), sobre la «agenda» que guiará la conversación y sobre los participantes invitados o conminados a asistir. En el caso de los encuentros médicos o educacionales los pacientes o los estudiantes pueden tomar la iniciativa, pero serán los médicos y los profesores quienes en general decidan sobre el marco de situación. Esto mismo sucede en la mayor parte de los encuentros relacionados con servicios públicos, como son los organismos burocráticos. En los encuentros programados en los medios, la posición y el poder relativos de los actores de la noticia y de los periodistas suelen determinar quién puede tener acceso a quién: quién tiene acceso a una conferencia de prensa o quién «concede» una entrevista.

## *La situación*

Los diferentes participantes en los eventos comunicativos pueden controlar una diversidad de elementos. Ante todo, a quién se le permite — o se le obliga a— participar y desempeñando qué papel es algo que probablemente decida la persona de mayor rango o algún otro de los participantes poderosos que controlan la interacción. Ya hemos visto que los actores poderosos también pueden controlar de manera similar el tiempo, el lugar, la circunstancia, el texto y la conversación. Asimismo, hay otras circunstancias tales como la distancia, la postura y la presencia de los «accesorios de poder» (el estrado y la toga de un juez, el uniforme de los policías o la «cabecera» de la mesa para el jefe) que pueden marcar pautas diferenciales de acceso para los diferentes participantes.

## *Controlar los eventos comunicativos*

La forma clave de acceso consiste en el poder de controlar las diversas dimensiones de la conversación misma: qué modo de comunicación puede

o debe emplearse (hablado, escrito), qué lenguaje puede o debe emplear cada uno (lenguaje dominante o estándar o un dialecto), qué géneros de discurso están permitidos, qué tipos de actos del habla o quién puede comenzar o interrumpir los turnos para hablar o las sucesiones discursivas. Además de todas estas restricciones generales, los participantes puede tener un acceso diferenciado a los temas, el estilo o la retórica. Por ejemplo, en el tribunal se le puede exigir al acusado que hable en el lenguaje estándar, que sólo responda a las preguntas (y sólo hable cuando se le ordene que lo haga), que hable sólo del tema en cuestión y que use un estilo respetuoso y deferente. Los subordinados de las empresas comerciales o los estudiantes de los colegios suelen estar sujetos a restricciones similares. Es decir, virtualmente en todos los niveles y dimensiones del texto y el habla puede haber un acceso obligatorio, opcional o preferencial para los diferentes participantes, en general como una función de su poder institucional o social. O, más concretamente, esas pautas diferenciales de acceso a las diversas formas de discurso que se dan en las distintas situaciones sociales suelen efectivizar, confirmar y reproducir el poder y la dominación. Así, tener acceso al acto del habla de una orden supone, y verdaderamente pone en práctica y confirma, el poder social del hablante.

### *Esfera de influencia y control de la audiencia*

Para que puedan darse ciertos diálogos tales como las reuniones formales, las sesiones o los debates, los iniciadores e integrantes pueden permitir o exigir la presencia (o ausencia) de participantes específicos como pueden permitir y exigir que los presentes escuchen y/o hablen. Por lo tanto, más allá del control del contenido o el estilo, los hablantes también pueden controlar a la audiencia. Es decir, el acceso al discurso, especialmente en las formas públicas del discurso implica también, y de manera aún más crucial, el acceso a la audiencia. Así, en las reuniones públicas o a través de los medios de comunicación masiva, los discursos y sus presentadores o autores deben contar con un mayor o menor ámbito de influencia de su poder. El pleno acceso a un gran periódico o a un importante canal de televisión implica, además, el acceso a una amplia audiencia: evidentemente, el acceso al *New York Times* o a la cadena CBS indica más poder que el acceso a un periódico o a una emisora de radio locales. Lo



mismo es válido en el caso de escritores, maestros, profesores o políticos y en el tamaño relativo de sus públicos.

Aunque el alcance del acceso, en cuanto al tamaño de la audiencia a la que llega el discurso de alguien, es un importante criterio de su poder, el control que ejerce esa persona es mucho más efectivo si también puede tener éxito en el «acceso» a las mentes de esa audiencia.

Cuando quien habla puede influir en los modelos mentales, el conocimiento, las actitudes y, eventualmente, hasta en las ideologías de los receptores, puede controlar indirectamente las acciones futuras de esas personas. Con esto quiero decir que el control de las acciones de los demás por intermedio del control de sus mentes es la forma última del poder, especialmente cuando la audiencia es muy poco consciente de ese control, como en los casos de manipulación. En realidad, la mayoría de las formas del acceso discursivo y comunicativo que analizamos antes, como el control de la situación, la interacción, el tema o el estilo estará dirigida al control de las mentes de los participantes, receptores o a la audiencia en su conjunto, de tal manera que termine por provocar cambios mentales que serán los preferidos de quienes ejercen el poder y, generalmente, en su beneficio.

### *Síntesis de los criterios de acceso*

Después de este breve repaso de los diversos tipos de acceso, podemos pasar a describir detalladamente — en cada tipo de discurso o evento comunicativo y en cada grupo o institución social— las diferentes pautas de acceso que establecen una de las relaciones que se dan entre el discurso y el poder social. Si tomamos el ejemplo de la vista de una causa judicial, deberíamos especificar el siguiente esquema de acceso relativo a quién o quiénes controlan qué aspecto de ese proceso, como lo examinamos informalmente antes (el esquema no está completo; pueden hallarse detalles de la conversación en, por ejemplo, Atkinson y Drew, 1979; sobre el estilo, véanse Erickson *et al.*; O Barr, 1982; sobre el acceso a géneros específicos, Wodak, 1985; obsérvese además que toda variación y control está limitado por las restricciones socioculturales generales del contexto legal y la situación discursiva):

**Iniciativa:** juez.

**Situación** (tiempo, lugar, participantes): juez, fiscal, abogados.

## Evento comunicativo

Participantes: juez (por ejemplo, el juez puede excluir a los testigos de la fiscalía).

Asignación y distribución de turnos para hablar: juez.

Orden de sucesión (por ejemplo, apertura y cierre de la sesión): juez.

Actos del habla:

- Veredicto, sentencia, órdenes, peticiones, preguntas, afirmaciones: juez.
- Veredicto: jurado (por ejemplo, en los sistemas legales británico y estadounidense).
- Procesamiento, acusación, preguntas, afirmaciones: fiscal.
- Defensa, peticiones, preguntas, afirmaciones: abogado defensor.
- Afirmaciones (como respuestas a preguntas): fiscal, testigos.

Tema(s): juez, fiscal, abogado defensor.

Estilo: juez.

Registro: oficinista.

Audiencia/alcance: si es inmediato, generalmente pequeños; con cobertura de los medios, amplios.

**Resultado:** posiblemente grave para el acusado (pérdida de dinero, de la libertad o la vida).

En otra perspectiva, podemos examinar el poder de ciertos grupos sociales o profesiones, tales como la de juez, analizando su rango y sus modos de acceso (en su condición de jueces) y vemos que ellos controlan la mayor parte de las propiedades de la vista de la causa. Sin embargo, puesto que los medios cubren como una rutina los juicios (importantes), los jueces también tienen un acceso relativamente fácil a los medios, tal como lo describimos antes, aunque ese acceso no sea total: los jueces no pueden controlar lo que se escribe o dice de ellos (Anderson *et al.*, 1988; Chibnall, 1977; Graber, 1980; Hariman, 1990). Aunque el acceso, el rango y el ámbito de influencia normal de los jueces entra en el terreno legal, es decir, el discurso legal en general (por ejemplo, cuando dictan un veredicto) y el de las vistas de las causas en particular, los jueces también pueden tener acceso a la educación y a la investigación cuando dan conferencias o escriben libros de texto y acceso a la política o las finanzas o cuando se les nombra miembros de comités o de juntas a causa de

su experiencia, su pericia o su influencia. En suma, aparentemente los jueces tienen un acceso de nivel intermedio, correspondiente a su poder relativo. No obstante, puesto que son, en principio, los únicos que deciden sobre la libertad y hasta sobre la vida y la muerte, las consecuencias de su poder —que de otro modo podría considerarse moderado— puede llegar a ser enorme. Éste, por supuesto, es especialmente el caso de los jueces de apelación y del Tribunal Supremo, quienes hasta pueden tener la última palabra en cuestiones sociopolíticas mayores que afectan a toda una nación, tales como la despenalización del aborto o los derechos civiles. Es decir, más allá del alcance y la extensión de su acceso al discurso, el poder de los jueces debería medirse además y especialmente en relación con las consecuencias personales, sociales y políticas de tal acceso. Lo cierto es que, en el plano legal, el discurso de los jueces puede ser ley.

Podrían hacerse análisis similares, en su esfera correspondiente, si tomamos los casos de personas que, en mayor o menor grado, ejercen el poder: los presidentes, los ministros del gabinete, los miembros del Parlamento o el Congreso, papas y sacerdotes, funcionarios de alto rango, profesores, editores de periódicos y líderes sindicales, entre otros, pero también, en niveles más bajos de la jerarquía del poder, el caso de ciudadanos «corrientes», burócratas, agentes de policía, maestros o empleados de un comercio. Sostenemos que, en general existe una interdependencia bastante estrecha entre el poder (y con él el acceso a recursos sociales apreciados) y el acceso (y con él a su control) a las condiciones, las propiedades estructurales y las consecuencias del discurso. En resumen, si el acceso al discurso es una medida del poder, el Análisis Crítico del Discurso llega a ser un importante instrumento de diagnósticos para evaluar la dominación social y política.

## **Discurso, poder y racismo**

Para ilustrar más detalladamente el análisis del poder social discursivo y de sus pautas de acceso presentado más arriba, examinaremos por último, de manera más concreta, algunas de las formas en que se promulga, legitima y reproduce el poder social en una de las principales esferas de

dominación: la que ejercen los grupos blancos (europeos) sobre las minorías étnicas o raciales, los refugiados y otros inmigrantes.

Los datos empíricos sobre los que se asienta este análisis proceden de nuestro extenso proyecto de investigación sobre discurso y racismo, desarrollado en la Universidad de Amsterdam desde 1980 (van Dijk, 1984, 1987, 1991, 1993a). Los diversos discursos estudiados para este proyecto fueron conversaciones cotidianas, libros de textos de la escuela secundaria, artículos de actualidad de los periódicos, debates parlamentarios, discursos científicos y discursos corporativos, entre otros.

El objetivo del análisis que haremos aquí es únicamente mostrar cómo la dominación etnicorracial o el racismo también se reproducen mediante patrones diferenciales de acceso al discurso para los grupos mayoritario y minoritarios y no sólo en virtud del acceso diferencial al permiso de residencia, a los empleos, la vivienda, la educación o la asistencia pública. Esta dominación puede adquirir dos formas: la reproducción discursiva de prejuicios étnicos y el racismo dentro del grupo blanco dominante mismo y las formas del racismo cotidianas que se establecen en las conversaciones mantenidas entre miembros de la mayoría y miembros de las distintas minorías (por ejemplo desdén, descortesía y acusaciones infundadas) (Essed, 1991).

Una estrategia de este discurso dominante es definir persuasivamente el *statu quo* étnico como algo «natural», «inevitable» y hasta «democrático», por ejemplo negando que haya discriminación o racismo o quitando toda relación con la raza al concepto de desigualdad, redefiniéndolo con referencia a la clase, la diferencia cultural o las consecuencias especiales (únicas y temporales) de la condición de los inmigrantes. El éxito persuasivo o manipulador de tal discurso dominante se debe en parte a las pautas de acceso a ese texto y esa conversación. La mayoría de los miembros de las élites del poder es blanca y su fuerza implica un acceso preferencial a los medios de comunicación masiva, al discurso político de toma de decisiones, al discurso de la burocracia y al sistema legal. Esto significa que, en relación con los grupos minoritarios, la dominación se duplica: el grupo blanco en su conjunto es el que tiene privilegios especiales y acceso a los recursos sociales, incluidos los recursos simbólicos de la comunicación, mientras que las élites del poder blancas controlan, además, a todo el grupo blanco en virtud de su influencia per-

suasiva en las condiciones mentales (estereotipos, prejuicios, ideologías) que promueven las prácticas discriminatorias de los miembros del grupo de los blancos.

En el caso de los grupos étnicos minoritarios, cuya posición de clase (generalmente) inferior, exagera la subordinación a la que quedan expuestos, sucede exactamente lo contrario. Es decir, el hecho de que no tengan acceso no responde únicamente a la exclusión racial o étnica; también responde a la falta de acceso a una buena educación, al estatus, al empleo o al capital, carencia dependiente de la clase social baja que comparten con los blancos pobres. La exclusión y la marginación que provoca el acceso (discursivo, comunicativo) socioeconómico y simbólico limitado casi no necesita una explicación puntualizada (pueden encontrarse detalles en Essed, 1991; Jaynes y Williams, 1989). Así, como lo analizamos en líneas anteriores, generalmente las minorías y los inmigrantes tienen menos acceso o un acceso nulo a los siguientes contextos comunicativos esenciales:

1. Los discursos del gobierno y el poder legislativo referentes a la toma de decisiones, la información, la persuasión y la legitimación, especialmente en el nivel de los Estados nacionales.
2. Los discursos burocráticos de alto nivel relativos a la elaboración de políticas y a la instrumentación de las medidas políticas.
3. Los discursos propios de los medios de las grandes corporaciones informativas.
4. El discurso científico.
5. El discurso corporativo de las empresas.

### *La política*

Especialmente en Europa, casi no hay miembros de los gobiernos nacionales pertenecientes a alguna minoría y sólo unos pocos miembros de las legislaturas lo son (en el caso del Reino Unido, véase Solomos, 1989). En algunos países como Holanda, algunos miembros de minorías, que no han obtenido la nacionalidad pero que cuentan con una residencia de al menos cinco años, tienen acceso activo y pasivo a las elecciones locales, de tal modo que tienen una voz (mínima) en los ayuntamientos de la ciudad, un pequeño «privilegio» al que se oponen enérgicamente otros países como Francia y Alemania. En Estados Unidos, a causa de las di-

menciones de los grupos minoritarios étnicos, hay por lo menos cierta representación política de las minorías que, en consecuencia, tienen acceso a la toma de decisiones políticas, especialmente en el nivel local, por ejemplo en ciudades con una amplia población perteneciente a una minoría (Ben-Tovim *et al.*, 1986; Haynes y Williams, 1989; Marable, 1985). Sin embargo, puesto que la mayoría de las políticas «étnicas» son nacionales o federales, las minorías están más o menos efectivamente excluidas del texto y la conversación más influyente sobre su propia posición. Por lo demás, las minorías suelen ser un tema frecuente de la conversación y el texto político, pero tiene escaso o ningún control sobre esta forma de acceso pasivo; virtualmente no tienen la capacidad de influir en esta «representación» del discurso político (van Dijk, 1993a).

### *Los medios*

El acceso de las minorías a los medios de comunicación masiva es una condición básica para su participación en la definición pública de su situación. A pesar de que muchos periodistas generalmente se autodefinen como liberales, la falta de acceso a los medios de las minorías es una de las propiedades más notables de la dominación simbólica de las élites blancas (Hujanen, 1984; Mazingo, 1988; Minority Participation in the Media, 1983; Wilson y Gutiérrez, 1985). En Europa, prácticamente no hay periodistas pertenecientes a minorías y mucho menos que ocupen posiciones editoriales decisivas. Los periódicos de primer nivel apenas pueden tener uno o dos miembros de alguna minoría como muestra y frecuentemente son puestos *free-lance* o con contratos que no aseguran estabilidad. Hasta en Estados Unidos, el 51% de los periódicos no tiene periodistas pertenecientes a minorías y los miembros de minorías que obtienen un puesto encuentran serias dificultades para ascender. La televisión tiene un acceso limitado sólo para algunos miembros de minorías, visibles (muy «moderadamente») como muestra. Lo cierto es que el personal de las salas de redacción es, casi en su totalidad, blanco, lo cual tiene, por supuesto, serias consecuencias en la producción de noticias, el estilo de escritura, el acceso a las fuentes y la perspectiva general del discurso de las noticias de actualidad de los diarios y los programas noticiosos de la televisión (Hartmann y Husband, 1974; Martindale, 1986; Smitherman-Donaldson y van Dijk, 1991).

Además, como consecuencia de su limitado poder social y económico, los grupos y organizaciones minoritarios también carecen de las formas habituales de acceso organizado a los medios, tales como las conferencias y los comunicados de prensa y los departamentos de relaciones públicas (Fedler, 1973). En cambio, se sabe que la mayoría de los periodistas blancos prefieren consultar a fuentes institucionales (blancas) (Tuchman, 1978) y, en general, consideran que las minorías son menos creíbles, especialmente cuando éstas expresan opiniones críticas sobre las élites blancas dominantes. Los problemas de comunicación y las diferencias de estilo entre los periodistas blancos y las fuentes de los grupos minoritarios pueden limitar aún más el acceso de las minorías a los medios (Kochman, 1981).

Es predecible que el acceso diferencial de las élites de la mayoría y de las minorías a los medios desemboque en un acceso igualmente diferencial a las estructuras de las informaciones de actualidad. La selección de las *cuestiones* y los *temas* de las noticias y la prominencia que se les da responden, pues, al enfoque estereotipado y negativo preferido por las élites políticas, corporativas, sociales o académicas blancas y sus instituciones. Así vemos que la cuestión frecuente de la inmigración se define principalmente como una invasión y un situación esencialmente problemática y rara vez se presenta como una contribución recibida con agrado a la economía o la cultura del país. Otras cuestiones predilectas de la cobertura de noticias «étnicas» son el crimen, la violencia, las drogas y las anomalías culturales. En cambio, a causa del acceso limitado de las minorías a la definición de la situación, casi no se cubren o se resta importancia a las cuestiones y los temas que les tocan directamente, tales como la discriminación, el racismo, la brutalidad policial, la escasez de empleos, las condiciones miserables de trabajo, los fracasos educativos de las minorías y muchos otros, y esto sucede especialmente cuando la responsabilidad de la situación recae en las élites blancas. Por otro lado, habitualmente se da una amplia cobertura a las acciones de las élites blancas definidas como «positivas» para las minorías. Como cuando se trata de cubrir las relaciones Norte-Sur, «nuestra» ayuda a «ellos» es un tema que merece un lugar prominente en las noticias. Así, la selección y preponderancia de los temas que son noticia es una función directa del acceso, los intereses y las perspectivas diferenciales corres-

pondientes a los actores de las noticias pertenecientes a la mayoría y a las minorías.

De modo semejante, la falta de acceso a los periodistas también predice que los portavoces de las minorías aparecerán menos *citados* que los de la mayoría blanca, como en realidad sucede (van Dijk, 1991). En las raras ocasiones en que se les cita, seguidamente pueden ocurrir dos cosas: o bien se cita o entrevista a algún portavoz moderado que comparte las opiniones y perspectivas de la mayoría, o bien se cita o entrevista a algún personaje radical o extremista que facilita la ridiculización o el ataque a la posición de la minoría citada en primer término (Downing, 1980). Especialmente se cita a las minorías cuando se abordan temas «livianos» y menos «arriesgados», tales como la religión, las artes, el folclor o la cultura en general (Hartmann y Husband, 1974; Johnson, 1987; van Dijk, 1991). Además, a diferencia de los portavoces del grupo mayoritario, a los miembros de las minorías rara vez se les permite hablar solos. Toda acusación que hagan contra la sociedad del país de acogida y sus élites, en caso de que se haga pública, *siempre* aparece acompañada de la correspondiente objeción.

Estas mismas observaciones pueden hacerse respecto a todas las propiedades y todos los niveles de las noticias de actualidad. El contenido del *titular* y su estructura sintáctica sistemáticamente «nos» favorece y «los» consideran un problema, como ocurre con el *estilo* léxico (por ejemplo, «tumulto» en lugar de «disturbio»), la *retórica*, los descargos de responsabilidad y otros *jugadas* semánticas estratégicas («No tenemos nada en contra de los turcos, pero...», «Somos una sociedad tolerante, pero...»), así como con otras propiedades discursivas. Con lo cual, en el conjunto, las acciones negativas de «ellos» se destacan más (por ejemplo, insistiendo en el tema durante varios días, dándole la primera plana, con grandes titulares, poniendo énfasis retórico), mientras que «nuestras» acciones negativas se pasan relativamente por alto apelando a las negativas, los eufemismos, la mitigación y otras estrategias destinadas a evitar una presentación negativa de nosotros mismos (van Dijk, 1991, 1992). La falta de fuentes de información alternativas sobre las relaciones étnicas hace que los efectos de esta transmisión cotidiana de los modelos y actitudes de muchos lectores blancos sean predecibles: se disemina el prejuicio y la xenofobia. La verdad es que las minorías y sus representantes tienen



muy poco acceso al público en general, salvo cuando apelan a las protestas y la conducta perturbadora que precisamente será definida como una confirmación de los estereotipos y prejuicios prevalecientes.

### *La academia*

Algo muy parecido podría decirse de las pautas de acceso al discurso educacional o científico (para más detalles, véase van Dijk, 1993a). Las minorías, especialmente en Europa, en general tienen poco acceso a las universidades y mucho menos al control activo del discurso académico, ni siquiera en la esfera de los «estudios étnicos» sobre sí mismas. En Holanda, por ejemplo, más del 95% de toda la investigación «étnica» está a cargo de investigadores holandeses blancos y en la supervisión se registra una proporción aún más elevada. Los departamentos de estudios étnicos, cuando los hay, suelen estar conformados casi exclusivamente por blancos y los temas que se investigan en esos estudios «étnicos» son sorprendentemente parecidos a los que se tratan en los medios de comunicación masiva: las diferencias y las anomalías culturales, el crimen o los problemas educacionales. Con la demora usual, los libros de texto del nivel medio reproducen típicamente los estereotipos sobre las minorías favorecidos en la academia. Tampoco es una sorpresa que los medios, a su vez, presten particular atención a aquellos resultados de la investigación que se ajustan primorosamente a los estereotipos dominantes, tales como las pandillas, la droga, el crimen o los problemas de las jóvenes inmigrantes.

A las cuestiones críticas, es decir, la discriminación y especialmente el racismo, se les presta tan poca atención en los estudios académicos como en la prensa. Además, hay una clara tendencia a soslayar, negar, marginar e impugnar los pocos estudios sobre esas cuestiones tachándolos de «poco científicos» o «políticamente tendenciosos» (Essed, 1987).

De todo ello resulta que los grupos étnicos y hasta sus élites eruditas virtualmente no tienen acceso a los modos en que se define la situación étnica en las ciencias sociales y mucho menos algún control sobre ellos. Ya que además gran parte de esa investigación se emplea como fuente de políticas nacionales (y para reportajes en los medios), resulta evidente que las élites blancas dominantes conspiran en conjunto para impedir el acceso a la base hegemónica del poder, la del conocimiento, las creencias y

la elaboración del consenso. Ya está fuera de discusión que los programas, las publicaciones académicas, las conferencias y los demás vehículos del discurso científico también están dominados en su mayor parte por estudiosos blancos, salvo la excepción de algunos pequeños «nichos» de periódicos «negros» que prácticamente no tienen ninguna influencia en el orden establecido académico de las ciencias sociales en su conjunto. El despliegue con bombos y platillos, sobre todo en Estados Unidos, de lo que se define como «corrección política» en la academia refleja una reacción exagerada de las élites blancas dominantes a las variaciones culturales locales y a la resistencia de las minorías, antes que un cambio fundamental del discurso académico que prevalece y las pautas de acceso a él (Aufderheide, 1992; Berman, 1992).

### *Las empresas*

El discurso corporativo suele ser menos público y, por lo tanto, sólo participa indirectamente de la elaboración del consentimiento. No obstante, finalmente termina siendo en alto grado influyente en virtud de sus consecuencias para las implicaciones socioeconómicas del *statu quo* étnico. Si el discurso corporativo explica el alto nivel de desempleo que se registra entre las minorías especialmente utilizando argumentos que culpan a la víctima (deficiencias en el uso del lenguaje, impericia, escasa educación, falta de espíritu de trabajo), tendrá fácil acceso a la prensa y a quienes toman las decisiones políticas (Fernández, 1981; Jenkins, 1986; van Dijk, 1993a). Las conversaciones gerenciales sobre la acción afirmativa y otras formas de responsabilidad social pueden estar asociadas a muchas propiedades negativas tales como pérdida de competitividad, injusticia social y otras por el estilo. Y también esta característica del discurso empresarial prominente, sobre todo en Europa, llegará a hacerse, indirectamente, pública; por ejemplo, a través de las palabras de políticos y periodistas que repetirán o acentuarán este punto de vista.

Son muy pocos los miembros de grupos minoritarios que ocupan posiciones gerenciales líderes y cuando lo logran, se aseguran de no expresar una postura demasiado radical sobre las reclamaciones o las quejas de su propio grupo si no quieren correr el riesgo de perder su trabajo. Así observamos que las minorías tienen muy poca influencia en el discurso corporativo dominante, es decir, no están en posición de oponerse con

éxito a las ideologías que sustentan la discriminación y la marginación de las minorías en los empleos, los negocios y las finanzas. También en este discurso acusar a la víctima es una de las principales estrategias de la dominación de la élite blanca: como vimos ya en otros ámbitos, las acusaciones de discriminación se invierten acusando a las minorías (especialmente negras) de ser las causantes de su propia situación desventajosa.

## Algunos ejemplos

Después de haber desarrollado un análisis más teórico de las relaciones entre discurso, poder y acceso y de haber revisado las pautas de acceso al discurso sobre las relaciones étnicas, veamos seguidamente algunos ejemplos, tomados de la cobertura de las cuestiones étnicas hecha por la prensa británica durante los primeros seis meses de 1989. En ese período muchos informes estaban dedicados al caso de Salman Rushdie y — como es habitual en la prensa — a la inmigración «ilegal».

### *Ejemplo 1*

Así, el *Sun* comienza uno de sus artículos (23 de enero de 1989) sobre la inmigración del modo siguiente:

PERDEOS, GORRONES

Autor: Victor Chapple.

El gobierno ha lanzado una guerra relámpago contra la inmigración ilegal. Se ha DUPLICADO la cantidad de personal que se ocupa de los gorriones extranjeros y se proyecta poner nuevos y SEVEROS frenos contra los estudiantes farsantes de ultramar. Los blancos clave serán los falsos institutos educativos que inscriben a jóvenes, pero no dan cursos. El año pasado, cuando los funcionarios de migraciones hicieron una *razzia* en uno de ellos situado en el East London comprobaron que, de los 1.000 estudiantes matriculados, 990 no tenían derecho a estar en Gran Bretaña. El secretario de gobernación, Douglas Hurd, está considerando proponer cambios legales que impidan que visitantes extranjeros obtengan la condición de estudiantes mientras permanecen en el país.

El enorme (23 x 3 cm) titular tipo «catástrofe» de este artículo representa el comentario evaluativo del *Sun* sobre el plan del gobierno. Lo mismo

se advierte en el uso de las palabras «farsantes» y «falsos» para describir a los estudiantes y los institutos educativos. Estos términos evaluativos seguramente no son los que emplearon el gobierno británico ni el ministro del Interior, el señor Douglas Hurd. En este punto se hacen evidentes el poder, la autonomía y, por ende, la responsabilidad del periódico: difícilmente podrían culpar a los «políticos» por utilizar el lenguaje racista con que influyen en sus lectores. En la perspectiva de nuestro análisis de las pautas de acceso, el estilo de informar sólo es accesible al periodista (Victor Chapple) o a los editores del *Sun*, lo mismo que el efecto persuasivo que una representación tan negativa del Otro puede ejercer en el espíritu de sus lectores. La contribución directa a la confirmación de los prejuicios étnicos bien conocidos en Gran Bretaña, es decir, los que pintan a los inmigrantes como «gorrones», entra pues dentro de la responsabilidad del diario.

Sin embargo, al mismo tiempo tenemos que señalar la «colusión» entre las élites de la prensa, por un lado, y las élites políticas, por el otro. Después de todo, las políticas y las medidas *sobre* las que escribe el periodista son las decididas por las autoridades británicas: harán lo que haga falta para reducir lo que definen como inmigración «ilegal». Pero, el periodista no se limita a informar sobre tales acciones, sino que las apoya y hasta imagina sus razones (los estudiantes serán rechazados porque son «gorrones»). De ésta y muchas otras maneras, la prensa de derechas apoya las políticas conservadoras de inmigración a la vez que las enmarca en un estilo retórico popular («perdeos», «gorrones», «farsantes») que hace parecer que esas medidas responden a la demanda y el resentimiento populares contra la inmigración, con lo cual las legitima.

Además del acceso directo de quien redacta la noticia al estilo (tamaño, léxico adecuado) de los titulares y al estilo del resto del artículo, observamos cierto grado de acceso a un político prominente, al secretario de gobernación, cuya fotografía se publica, cuyas acciones se cubren (positivamente) y cuyas futuras medidas políticas se mencionan. En el resto del artículo, no citado aquí, sobre un refugiado de Sri Lanka, el señor Viraj Mendis (descrito como un «activista»), quien se había refugiado en una iglesia pero había sido arrestado en una *razzia* policial y deportado después de muchos años de residencia en el Reino Unido, se cita a Douglas Hurd y a un miembro conservador del Parlamento y ambos pro-

testan contra la actividad que realizan las iglesias ocultando refugiados. En este caso, las iglesias no tienen acceso a la prensa: no se cita a ningún portavoz. Viraj Mendis, cuya fotografía se publica, en un pequeño artículo separado expresa su deseo de «exponer el racismo del gobierno británico». Sin embargo, el marco en que aparecen *sus* palabras es radicalmente diferente del de Hurd. En el texto se relata que Mendis «está bebiendo agua mineral en un exclusivo club de Colombo», lo cual da a entender que al estar en tal situación difícilmente sea un refugiado serio y, por lo tanto, una voz creíble. El hecho mismo de que el hombre acuse al gobierno británico de racismo es tan ridículo para el *Sun*, que esa acusación ni siquiera requiere que se desacredite adicionalmente a Mendis, como había hecho el periódico mientras duró todo el caso Mendis (sobre un análisis más detallado de la información ofrecida por la prensa de derechas en el Reino Unido sobre el caso Viraj Mendis, véase van Dijk, 1993b).

En suma, aquí encontramos varios modos de acceso. Primero, el acceso de las élites de los medios: los periodistas y los editores mismos del diario, que eligen el tema, lo consideran merecedor de un artículo de actualidad y controlan su estilo y retórica, diagramación, fotos y, además, quién tendrá acceso directo y persuasivo a las «mentes» de los lectores.

Segundo, el acceso de las élites políticas: el señor Hurd, como actor principal, tiene acceso al tema, a las citas, a las imágenes visuales de un periódico leído por aproximadamente cinco millones de británicos.

Tercero, el acceso de otros políticos: el acceso del miembro conservador del Parlamento que respalda al señor Hurd (o más precisamente lo critica por no haber actuado con la suficiente celeridad) y, por lo tanto, se apoya la evaluación negativa del *Sun*.

Cuarto, el acceso de un refugiado: el acceso pasivo de Viraj Mendis a un tema secundario del artículo (y al tema principal de una pequeña crónica relacionada), a la cita y a la fotografía, pero embutido en un marco negativo que trata de invalidar su credibilidad.

## *Ejemplo 2*

El siguiente ejemplo también fue tomado del *Sun* y fue publicado algunos días después del primero (2 de febrero de 1989):

## GRAN BRETAÑA INVADIDA POR UN EJÉRCITO DE ILEGALES

*Sun News Special*

John Kay y Alison Bowyer.

**Gran Bretaña ha sido inundada por una ola de supuestos inmigrantes tan desesperados por un empleo que trabajarán por una ración ínfima en nuestros restaurantes, cafés y clubes nocturnos.**

Los funcionarios de inmigraciones están abrumados por el exceso de trabajo. Sólo durante el año pasado fueron perseguidos, atrapados y deportados 2.191 ilegales. Pero hay decenas de miles más trabajando como esclavos detrás de la barra de los bares, limpiando cuartos de hoteles y trabajando en las cocinas... Los ilegales se cuelan:

- **Engañando** a los funcionarios de inmigraciones cuando se les interroga en los aeropuertos.
- **Desapareciendo** una vez que les vence el visado de entrada.
- **Fraguando** permisos de trabajo y otros documentos.
- **Escapando** de los centros de detención para inmigrantes.

Nuevamente encontramos el panorama habitual de un enorme titular, presentando tres expresiones negativas mayores, corrientemente asociadas a los inmigrantes y refugiados: «invasión», «ejército» e «ilegales». Este estilo de describir a los inmigrantes indocumentados está por completo controlado por los periodistas del *Sun*, que son quienes tienen acceso a él, con lo que esto puede conllevar en cuanto al acceso a la opinión pública. Vale la pena señalar las implicaciones semánticas y las asociaciones especiales de los términos «invasión» y «ejército», que relacionan explícitamente la inmigración con la violencia y la amenaza a los británicos: la inmigración es la guerra.

Puesto que es una sección especial de noticias, la responsabilidad que les cabe a los periodistas parece ser aún mayor que la del diario: no informan sobre un acontecimiento de actualidad o una acción política, como ocurre en el primer ejemplo, sino que ofrecen un «informe» basado en sus propias «investigaciones». La «realidad» así elaborada por el periódico resulta, pues, tan familiar como su estilo metafórico que compara con toda naturalidad a los refugiados y otros inmigrantes con una «ola» que «inunda» el país. El término «inundado» ya es bien conocido. También lo empleaba Margaret Thatcher antes de ser elegida Primer ministro, cuando decía que temía que Gran Bretaña resultara «inundada en exceso» por gente de una cultura extranjera. De tal modo que las metáforas,

aunque estén plenamente controladas por los periodistas que tienen acceso a ellas, no son nada nuevo y pertenecen al capital de la descripción conservadora racista sobre la inmigración. Evidentemente, como vimos en el caso del empleo de los términos «invadida» y «ejército», decir que el país está «inundado» por una «ola» de «ilegales» es igualmente amenazador para la población británica (blanca), que es el público primario de ese estilo periodístico. El resto del artículo muestra el mismo estilo, por ejemplo cuando se habla de las acciones de la policía como de un «deflector para dar caza a la fuerza laboral furtiva». Y de eso se trata en realidad: de mantener a una Gran Bretaña blanca.

También los funcionarios de inmigraciones tiene acceso (pasivo, como elemento de actualidad) al artículo y se los compadece debidamente por encontrarse «abrumados» por la tarea. En el *Sun* no se encontrará ninguna palabra severa sobre el modo en que los funcionarios de inmigraciones cumplen su tarea de dar caza a los «ilegales». Aunque se observa una velada sugerencia de conmiseración también por los inmigrantes, como puede inferirse del empleo de las expresiones «trabajarán por una ración ínfima» y «como esclavos». Al mismo tiempo, el estilo del resto del artículo no parece confirmar esta actitud periodística en favor de los inmigrantes. Antes bien, «trabajarán por una ración ínfima» también implica que, si los inmigrantes están dispuestos a hacer cualquier tarea por cualquier salario, están compitiendo con los trabajadores británicos blancos. De tal modo que la representación respalda la consabida conclusión racista: «¡Nos quitan nuestros empleos!». En realidad, en ninguna parte del artículo se señala que la mayoría de los británicos blancos ya no quieren hacer ese tipo de trabajo.

El siguiente fragmento, enfatizado por letras mayúsculas en negrita y con gruesos y llamativos puntos, resume las diversas formas de desviación, violación y crimen atribuidas a los inmigrantes: son mentirosos y farsantes. El resto del artículo sigue la misma línea (ellos no pagan impuestos), pero también se concentra en los negocios inspeccionados por la policía. Sin embargo, el centro de la ilegalidad no está en los empleadores, los negociantes y todos los demás que explotan a los inmigrantes y les pagan salarios que están por debajo de la norma. La realidad es que el titular del artículo *no* dice **GRAN BRETAÑA AMENAZADA POR UNA BANDA DE NEGOCIANTE QUE EXPLOTAN A LOS**

INMIGRANTES. Hasta el empleo de la voz pasiva en la sintaxis de las oraciones oculta a quienes contratan ilegalmente: «Los funcionarios de inmigraciones terminaron por llevarse a *trece* nigerianos, todos ellos empleados ilegalmente» dice el periódico, omitiendo en la última cláusula al agente de la contratación ilegal. Al igual que en las relaciones de poder y acceso implicadas, ante todo hallamos nuevamente responsables a los periodistas (y probablemente a los editores) del *Sun* por la selección del tema de este «informe especial», por su estilo y por el enfoque puesto en determinadas dimensiones (los inmigrantes presentados como amenazas y como criminales) y no en otras (los empleadores que realizan contrataciones ilegales y explotan a las minorías). O sea, las élites de los medios tienen acceso exclusivo y activo a una gran parte de este texto, tienen el control de él y también tienen una gran responsabilidad en la manipulación de las mentes de los lectores: no hay que culpar a la «realidad» de la inmigración (como indudablemente dirían los periodistas) sino a la manera periodística de inventar, representar y formular persuasivamente esa «realidad». Al mismo tiempo, hay otros actores de las noticias que participan y tienen distinto grado de acceso. Representados positivamente, como era de esperar, están los funcionarios de inmigraciones (en los informes «étnicos» de la prensa de derechas, los funcionarios de la ley y el orden siempre aparecen presentados positivamente, como los guardianes de los británicos, quienes luchan valientemente en la guerra racial). En un párrafo, al final, se cita a uno de ellos, quien cuenta a los lectores que no sabe cuántos ilegales hay (aparentemente el *Sun* sí lo sabe), pero que los funcionarios están «redoblando sus esfuerzos para perseguirlos y atraparlos». Los empleadores, como vimos, están estilísticamente ausentes: sus negocios pueden haber caído en la *razzia*, pero ellos quedan literalmente fuera del cuadro; allí sólo se encontraron «ilegales» (es decir, inmigrantes, no gerentes). Sin embargo, al final y en un pequeño recuadro separado, algunos jefes pueden hablar y aseguran que sólo contratan inmigrantes legales (procedentes de países de la Unión Europea), una afirmación que el *Sun* no presenta como absolutamente dudosa. En el artículo no se encuentra una sola palabra negativa sobre los empleadores, a pesar de que los inmigrantes «ilegales» están trabajando «por una ración mínima». Por el contrario, se los representa como víctimas, en ocasiones «engañados por credenciales falsas».



En suma, también en todo este informe especial, «nosotros» o «nuestra gente» (funcionarios, negociantes, británicos) aparecen representados consecuentemente de manera positiva y «ellos» de una manera muy negativa, como un ejército invasor o como una ola que inunda, personas que, en las palabras del *Sun*, deben ser «atrapadas» y «acarreadas» por los funcionarios de inmigraciones.

Vemos que las pautas de acceso (sobre quiénes se escribe, quiénes están autorizados a hablar, quién se puede dirigir a quién, quién puede usar tal estilo) están estrechamente relacionadas con los modos de representarse a uno mismo y representar al otro en el discurso público sobre los asuntos étnicos. El acceso a la prensa, a través del acceso a los periodistas, también supone ser miembro de un grupo: quienes pertenecen tendrán más acceso, especialmente las élites, pero, al mismo tiempo, aparecerán representados más positivamente. En el caso de «ellos» ocurre exactamente lo opuesto. En realidad, en este «informe especial» no se cita a uno solo de los «inmigrantes ilegales»: su opiniones, experiencias y antecedentes son irrelevantes. Con un ejército extranjero, es decir, con los enemigos, no se habla: uno los «persigue y los acarrea».

## Otros ejemplos

Pueden citarse muchos ejemplos parecidos: en el tabloide la mayoría de la información tiene las mismas estructuras y estrategias generales de acceso a la selección, al interés de actualidad, al estilo y a la cita que sigue el bien conocido esquema de representaciones racistas NOSOTROS-ELLOS. Para los diarios de derechas, esto también significa que los «ellos» inmigrantes están asociados a los «ellos» de la «disparatada izquierda», otro blanco frecuente de los ataques del tabloide, como se muestra en el primero de los siguientes grandes titulares y fragmentos de texto:

ROJILLOS ENTREGAN 20.000 LIBRAS A UN INMIGRANTE ILEGAL (*Sun*, 6 de febrero de 1989).  
SED BRITÁNICOS, DICE HURD A LOS INMIGRANTES.

Hoy el ministro del Interior Douglas Hurd hará una advertencia directa a los 750.000 musulmanes de Gran Bretaña.

Les dirá que deben aprender a vivir en consonancia con las leyes y las costumbres británicas, particularmente por sus propios hijos. La alternativa sería que sigan creciendo la ira y el resentimiento públicos y un renovado conflicto social (*Daily Mail*, 24 de febrero de 1989):

EN EL PARTIDO CONSERVADOR NO HAY DISCRIMINACIÓN RACIAL, DICE THATCHER (*Daily Telegraph*, 23 de junio de 1989).

Así, los inmigrantes y la izquierda comparten las consabidas acusaciones de «fraude» lanzadas por los tabloides, como en el primer titular citado. En realidad, lo que se hace es insinuar que los subsidios o programas de la «izquierda chiflada» (*loony left*) son un «derroche» del «dinero de los contribuyentes», como se subraya con frecuencia, un tema evidentemente popular entre muchos lectores de tabloides.

En el segundo ejemplo vuelve a aparecer el secretario de gobernación Hurd, responsable de la inmigración y las relaciones étnicas, esta vez con la versión completa de un discurso que *dará* (algunas noticias no informan sobre el pasado, sino sobre el futuro próximo) y que merece una inmenso titular con letras mayúsculas de tres centímetros de alto. Es decir, después del caso Rushdie, los musulmanes se convirtieron en blanco legítimo, tanto para la acción política paternalista, si no ya amenazadora, como para la prensa (y no solamente los tabloides de derechas) que asocia a *todos* los musulmanes con los fundamentalistas que hay entre ellos. Si la autonomía cultural fue ocasionalmente una política oficial de los gobiernos occidentales, las palabras pronunciadas por Hurd y destacadas por el *Mail* no dejan dudas sobre los objetivos reales de completa asimilación que persiguen las políticas de relación étnica: adáptate o vete. Peor aún, como se ha visto en artículos y editoriales del tabloide, tan pronto se representa a los inmigrantes o a integrantes de las minorías como violadores de la ley (cuando se habla de los «motines», por ejemplo) o de las normas de adaptación cultural, o bien aparecen presentados como amenaza al «resentimiento» popular o como fascistas. Irónicamente, si no cínicamente, tenemos que darnos cuenta de que ese resentimiento es una creación de la misma prensa amarilla que además lo alimentan. Asimismo, cuando se habla de un peligro de «conflicto racial», éste no se atribuye a los racistas blancos, sino a los inmigrantes mismos, una jugada conocida de inversión estratégica de la atribución de responsabilidades.

El tercer ejemplo habla por sí mismo. En su condición de Primer ministro, Margaret Thatcher tenía, evidentemente, el acceso más privilegiado a los medios, con lo cual se le permitía definir la situación étnica y, por supuesto, negar el racismo (mientras al mismo tiempo se mitigaba el concepto hablando de «discriminación racial»). Obsérvese que en las raras ocasiones en que se informa sobre las acusaciones de racismo (bien fundadas), la prensa conservadora apela a la práctica ya instaurada de usar la distancia o el término «supuesto» (*alleged*) que lleva implícita la idea de duda (para más detalles, véase van Dijk, 1991). No ocurre lo mismo cuando Thatcher «niega de plano», durante un debate parlamentario, que haya racismo en el partido conservador, una afirmación recibida con irrisión desde los escaños laboristas, también representados en el artículo aunque como voces menos creíbles que la de Thatcher. En realidad, la negación del racismo es una de las marcas registradas del racismo de la élite (véase van Dijk, 1993c).

Nuevamente encontramos las pautas consabidas de acceso: Hurd, en su carácter de político conservador y por castigar a los musulmanes, tiene amplio acceso al tabloide, a la elección de temas, al titular y a la cita, al igual que Thatcher. Los inmigrantes y los musulmanes tienen un acceso pasivo (como temas), pero *ellos* no controlan su representación y el diario no cita a sus portavoces, salvo que se trate de un fundamentalista radical, quien se prestará de buena gana y le hará un favor, confirmando los prejuicios del reportero sobre la amenaza que significan musulmanes y árabes.

## Conclusiones

Las conclusiones de este capítulo pueden ser breves. Dentro del marco de un análisis crítico de los discursos, el estudio de la reproducción del poder y la dominación a través del discurso es un objetivo primario. Un elemento básico de este proceso de reproducción son las estructuras y estrategias de «acceso»: quién controla la preparación, los participantes, los objetivos, el lenguaje, el género, los actos del habla, los temas, los esquemas (por ejemplo, los titulares, las citas), el estilo y la retórica, entre otras características del texto y de los eventos comunicativos. Es decir,

quién puede/está autorizado/a decir qué, a quién, cómo, en qué circunstancias y con qué efectos sobre los receptores.

Entre los recursos que forman la base de poder de los grupos dominantes, el acceso preferencial al discurso público es un bien cada vez más importante porque permite a su vez el acceso a los mecanismos de control de la opinión pública. En las sociedades modernas, el acceso al discurso es una condición primaria para la elaboración del consentimiento y, por consiguiente, la manera más efectiva de ejercer el poder y la dominación.

Nuestro breve análisis de algunos ejemplos tomados de la prensa británica muestra en qué medida los tabloides, los políticos conservadores y las fuerzas de la ley y el orden tienen un acceso preferencial a la definición pública de la inmigración y las minorías y a la posibilidad de degradar a sus miembros tachándolos de criminales, farsantes, ejércitos invasores y asesinos radicales, entre muchas otras descripciones del Otro, es decir, de «ellos», al tiempo que se presentan a sí mismos («nosotros») como personas tolerantes, firmes y esforzadas, sino como víctimas. En resumen, el poder de acceso preferencial a los medios está íntimamente relacionado con el poder que poseen los grupos dominantes para definir la situación étnica y para contribuir a la reproducción del racismo, es decir, el poder del grupo blanco.



## 4

# El Análisis Crítico del Discurso

### ¿Qué es el Análisis Crítico del Discurso?

Se trata de un tipo de investigación analítica sobre el discurso que estudia primariamente el modo en que el abuso del poder social, el dominio y la desigualdad son practicados, reproducidos, y ocasionalmente combatidos, por los textos y el habla en el contexto social y político. El Análisis Crítico del Discurso, con tan peculiar investigación, toma explícitamente partido, y espera contribuir de manera efectiva a la resistencia contra la desigualdad social.

Ciertos principios del Análisis Crítico del Discurso pueden rastrearse ya en la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt desde antes de la Segunda Guerra Mundial (Rasmussen, 1996). Su orientación característica hacia el lenguaje y el discurso se inició con la «lingüística crítica» nacida (principalmente en el Reino Unido y Australia) hacia finales de los años setenta (Fowler, Hodge, Kress y Trew, 1979; Mey, 1985).

El ACD, tal como se le suele denominar en abreviatura, tiene sus correspondientes equivalencias en los desarrollos «críticos» de la psicología y de las ciencias sociales, algunos fechados ya en los primeros setenta (Bimbaum, 1971; Calhoun, 1995; Fay, 1987; Fox y Prilleltensky, 1997; Hymes 1972; Ibáñez e Íñiguez, 1997; Singh, 1996; Thomas, 1993; Tur-

kel, 1996). Al igual que sucede en esas disciplinas vecinas, el ACD puede entenderse como una reacción contra los paradigmas formales (a menudo «asociales» o «acríticos») dominantes en los años sesenta y setenta.

El ACD no es tanto una dirección, escuela o especialidad similar a las numerosas «aproximaciones» restantes en los estudios del discurso como un intento de ofrecer una «manera» o «perspectiva» distintas de teorización, análisis y aplicación a través de dicho campo global de investigación. Cabe encontrar una perspectiva más o menos crítica en áreas tan diversas como la pragmática, el análisis de la conversación, el análisis narrativo, la retórica, la estilística, la sociolingüística interaccional, la etnografía o el análisis de los *media*, entre otras.

## Los analistas del discurso y la sociedad

Crucial para los analistas críticos del discurso es la conciencia explícita de su papel en la sociedad. Prolongando una tradición que rechaza la posibilidad de una ciencia «libre de valores», aquéllos argumentan que la ciencia, y especialmente el discurso académico, son inherentemente partes de la estructura social, por la que están influidos, y que se producen en la interacción social. En lugar de denegar o ignorar las relaciones entre el trabajo académico y la sociedad, los analistas críticos proponen que tales relaciones sean estudiadas y tomadas en consideración, y que las prácticas académicas se basen en dichas observaciones. La elaboración de teoría, la descripción y la explicación, también en el análisis del discurso, están «situadas» sociopolíticamente, tanto si nos gusta como si no. La reflexión sobre su papel en la sociedad y en la vida política se convierte así en constituyente esencial de la empresa analítica del discurso.

Como todos los investigadores, los analistas críticos del discurso deberían ante todo ser críticos de sí mismos y de los demás en su propia disciplina y profesión. La «crítica» a la que se refiere el adjetivo «crítico» en el ACD va sin embargo más allá de las conocidas vigilancia y autocrítica profesionales. Los investigadores críticos no se contentan con ser conscientes de la implicación social de su actividad (como cualquier sociólogo de la ciencia lo sería), sino que asumen posiciones explícitas en los asuntos y combates sociales y políticos. Y lo hacen no sólo como ciudadanos,

sino también en tanto que, precisamente, investigadores. Aspiran a producir conocimiento y opiniones, y a comprometerse en prácticas profesionales que puedan ser útiles en general dentro de procesos de cambio político y social, y que apoyen en particular a la resistencia contra el dominio social y la desigualdad. Lo cual significa que los investigadores críticos con frecuencia estarán al lado de los distintos grupos y gentes socialmente dominados en el mundo, por los que preferirán trabajar y con quienes se declararán solidarios. El abuso de poder de los grupos e instituciones dominantes puede en tal caso ser «críticamente» analizado desde una perspectiva que es coherente con la de los grupos dominados. El ACD es, así, una investigación que intenta contribuir a dotar de poder a quienes carecen de él, con el fin de ampliar el marco de la justicia y de la igualdad sociales.

## **Análisis del discurso crítico frente al análisis del discurso acrítico**

A pesar de tan elevados propósitos, el ACD sólo puede realizar sus objetivos si es, ante todo (buen) análisis del discurso. En las disciplinas más avanzadas, y especialmente en los paradigmas más abstractos y formales, con frecuencia se descalifica y marginaliza a la investigación crítica tachándola de «política», y por tanto de «acientífica». El ACD rechaza tal evaluación: subraya primero que toda investigación es «política» en sentido lato, incluso si no toma partido en asuntos y problemas sociales; se esfuerza después, como lo hacen otros grupos marginales, por ser mejor que el análisis «ordinario» del discurso. Sus prácticas sociales y políticas no deberían contribuir solamente al cambio social en general, sino también a avances teóricos y analíticos dentro de su propio campo.

Hay diversas razones por las cuales el ACD puede superar a otras aproximaciones «acríticas» en el estudio del discurso. Ante todo, el ACD no se ocupa exclusivamente de teorías y paradigmas, de modas pasajeras dentro de la disciplina, sino más bien de problemas sociales y de asuntos políticos. Ello garantiza el permanente interés que siente por sus cimientos empíricos y prácticos, que son un necesario sistema de control y que constituyen también un desafío para la teoría. Las malas teorías,



simplemente, no «funcionan» a la hora de explicar y solucionar los problemas sociales, ni ayudan al ejercicio de la crítica y de la resistencia.

Por otra parte, en el mundo real de los problemas sociales y de la desigualdad la investigación adecuada no puede ser sino multidisciplinar. El uso del lenguaje, los discursos y la comunicación entre gentes reales poseen dimensiones intrínsecamente cognitivas, emocionales, sociales, políticas, culturales e históricas. Incluso la teorización formal necesita por tanto insertarse dentro del más vasto contexto teórico de los desarrollos en otras disciplinas. El ACD estimula muy especialmente dicha multidisciplinariedad.

En tercer lugar, muchas tendencias en análisis del discurso o de la conversación son teóricas o descriptivas, pero resultan escasamente explicativas. La perspectiva del ACD requiere una aproximación «funcional» que vaya más allá de los límites de la frase y más allá de la acción y de la interacción, y que intente explicar el uso del lenguaje y del discurso también en los términos más extensos de estructuras, procesos y constreñimientos sociales, políticos, culturales e históricos.

Finalmente, el ACD, aun cuando pretende inspirar y mejorar otras aproximaciones en los estudios del discurso, tiene también su enfoque específico y sus propias contribuciones que hacer. Además de proveer bases para aplicaciones en varias direcciones de investigación, tiende singularmente a contribuir a nuestro entendimiento de las relaciones entre el discurso y la sociedad, en general, y de la reproducción del poder social y la desigualdad —así como de la resistencia contra ella—, en particular. ¿Cómo son capaces los grupos dominantes de establecer, mantener y legitimar su poder, y qué recursos discursivos se despliegan en dicho dominio?

Ésas son cuestiones fundamentales concernientes al papel del discurso en el orden social. En lugar de ofrecer reflexiones filosóficas globales sobre tal papel, el ACD proporciona detallados y sistemáticos análisis de las estructuras y estrategias de texto y habla, y de sus relaciones con los contextos sociales y políticos (para más detalles sobre los mentados objetivos de los estudios críticos del discurso y del lenguaje, véase Caldas-Coulthard y Coulthard, 1996; Fairclough, 1995; Fairclough y Wodak, 1997; Fowler, Hodge, Dress y Trew, 1979; Van Dijk, 1996).

Fairclough y Wodak (1994, pp. 241-270) resumen como sigue los principios básicos del ACD:

1. El ACD trata de problemas sociales.
2. Las relaciones de poder son discursivas.
3. El discurso constituye la sociedad y la cultura.
4. El discurso hace un trabajo ideológico.
5. El discurso es histórico.
6. El enlace entre el texto y la sociedad es mediato.
7. El análisis del discurso es interpretativo y explicativo.
8. El discurso es una forma de acción social.

Algunos de estos puntos ya se han discutido más arriba; otros necesitan un estudio más sistemático, del que presentaremos aquí algunos fragmentos en cuanto bases más o menos generales para las tesis esenciales del ACD.

## **Marcos conceptuales y teóricos**

Puesto que no es una dirección específica de investigación, el ACD no posee tampoco un marco teórico unitario. Dentro de los objetivos susodichos evolucionan muchos tipos de ACD, que pueden ser teórica y analíticamente bastante diversos. El análisis crítico de la conversación es muy diferente de un análisis de los reportajes de actualidad en la prensa, o de las clases y la pedagogía en la escuela. Con todo, dada la perspectiva común y las miras generales del ACD, cabe también encontrar para sus variantes marcos de conjunto, teóricos y conceptuales, estrechamente relacionados. Como hemos sugerido, la mayor parte de los tipos de ACD plantearán cuestiones sobre el modo en el que se despliegan estructuras específicas de discurso en la reproducción del dominio social, tanto si son parte de una conversación como si proceden de un reportaje periodístico o de otros géneros y contextos.

Así, el vocabulario típico de muchos investigadores de ACD presentará nociones como «poder», «dominio», «hegemonía», «ideología», «clase», «género», «discriminación», «intereses», «reproducción», «instituciones», «estructura social», «orden social», además de otras más fa-

miliares y precisas sobre el discurso. Antes de revisar algunos de los trabajos de dicha tradición, y de proporcionar el análisis de un ejemplo concreto, intentaremos construir éstas y otras nociones a ellas vinculadas dentro de un entorno teórico tentativo.

### *Macro frente a micro*

El discurso, y otras interacciones socialmente situadas cumplidas por actores sociales, pertenecen típicamente a lo que se suele denominar el «micronivel» del orden social, mientras que las instituciones, los grupos y las relaciones de grupos, y por tanto el poder social, se emplazan usualmente en su «macronivel». Puesto que el ACD pretende estudiar cómo el discurso está involucrado en la reproducción del poder social, una teoría de ACD requiere salvar este bien conocido abismo entre lo micro y lo macro.

Con tal fin necesitamos, en principio, comprender que esa distinción es un constructo sociológico (Alexander, *et al.*, 1987; Knorr-Cetina y Cicourel, 1981). En la realidad social de la interacción y de la experiencia cotidianas, los fenómenos de los niveles micro y macro forman un todo unificado. Un discurso racista de un miembro del Parlamento es un acto perteneciente al micronivel, ejecutado por un político individual o por el miembro de un partido, pero al mismo tiempo es parte constitutiva de un acto legislativo de la institución parlamentaria en el macronivel, o de la política de inmigración de una nación-Estado. El distingo, esto es, depende de la focalización de nuestro análisis; y existen múltiples niveles intermedios de análisis (mesoniveles).

Sin embargo, a fin de vincular el discurso con la sociedad en general, y con la desigualdad social en particular, necesitamos un marco teórico que nos haga capaces de enlazar dichos diversos niveles de descripción. He aquí algunas de las maneras en las que niveles diferentes del análisis social pueden relacionarse:

- a) *Miembro de un grupo.* Los actores sociales, y por tanto también los usuarios del lenguaje, se involucran en el texto y en el habla al mismo tiempo como individuos y como miembros de variados grupos sociales, instituciones, gentes, etcétera. Si actúan en tanto miembros de un grupo, entonces es el grupo el que actúa a través de uno de sus

miembros. Quien escribe un reportaje puede escribirlo como periodista, como mujer, como negra, como perteneciente a la clase media o como ciudadana de Estados Unidos, entre otras «identidades», alguna de las cuales puede ser más prominente que las otras en un momento dado.

- b) *Relaciones entre acción y proceso.* Lo anterior no es sólo cierto para los actores sociales, sino también para sus mismas acciones. Escribir un reportaje es un acto constitutivo de la producción de un periódico o de un noticiero de televisión por parte del colectivo de periodistas de un periódico o de una cadena de televisión; en un plano más elevado, dichas acciones colectivas son a su vez constituyentes de las actividades y procesos de los *media* en la sociedad, por ejemplo en la provisión de informaciones o de entretenimientos, o incluso en la reproducción de la desigualdad (o en su crítica). De este modo, las acciones de los niveles más bajos pueden conformar directa o indirectamente procesos sociales o relaciones sociales globales entre grupos.
- c) *Contexto y estructura social.* Los participantes actúan en situaciones sociales, y los usuarios del lenguaje se implican en el discurso dentro de una estructura de constreñimientos que ellos consideran o que hacen relevante en la situación social, esto es, en el contexto. Pero la situación social (por ejemplo la de una sala de redacción) es ella misma parte de un «entorno» social más vasto, tal como las instituciones, los períodos cronológicos, los lugares, las circunstancias sociales y los sistemas. De ahí que el contexto de las noticias pueda ser no sólo el trabajo del reportero o de la sala de redacción, sino también el periódico al completo, las relaciones entre los *media* y la política, o entre los *media* y el público, o el papel global de los *media* en la sociedad.
- d) *Representaciones sociometales.* Además de estos aspectos sociales de los vínculos micro-macro, no deberíamos tampoco olvidar la crucial dimensión cognitiva. En cierto sentido dicha dimensión mental hace posibles los restantes vínculos. Los actores, las acciones y los contextos son tanto contratos mentales como constructos sociales. Las identidades de la gente en cuanto miembros de grupos sociales las forjan, se las atribuyen y las aprehenden los otros, y son por tanto no sólo sociales, sino también mentales. Los contextos son constructos mentales (modelos) porque representan lo que los usuarios del lenguaje

construyen como relevante en la situación social. La interacción social en general, y la implicación en el discurso en particular, no presuponen únicamente representaciones individuales tales como modelos (por ejemplo experiencias, planes); también exigen representaciones que son compartidas por un grupo o una cultura, como el conocimiento, las actitudes y las ideologías. De suerte que encontramos el nexo faltante entre lo micro y lo macro allí donde la cognición personal y la social se reúnen, donde los actores sociales se relacionan ellos mismos y su acciones (y por consiguiente su discurso) con los grupos y con la estructura social, y donde pueden actuar, cuando se lanzan al discurso, en tanto que miembros de grupos y de culturas.

Considerando más específicamente la dimensión discursiva de tales niveles diversos o planos de «mediación» entre lo macro y lo micro, los mismos principios pueden aplicarse a las relaciones entre *a*) las instancias específicas del texto y del habla (por ejemplo un reportaje); *b*) los acontecimientos comunicativos de mayor complejidad (todas las acciones concernientes a la producción y a la lectura de reportajes); *c*) los reportajes en general como género; y *d*) el orden del discurso de los medios de masas (véase también Fairclough y Wodak, 1997, pp. 277-278).

Vemos pues que los nexos entre los niveles macro y micro del análisis pueden ser articulados a partir de las dimensiones superiores de los acontecimientos de comunicación: los Actores, sus Acciones (incluyendo el discurso) y Mentalidades, y sus Contextos. Ellas proporcionan el marco que nos permitirá explicar cómo los actores sociales y los usuarios del lenguaje consiguen ejercer, reproducir o desafiar el poder social de los grupos y de las instituciones.

## **El poder como control**

Una noción central en la mayor parte del trabajo crítico sobre el discurso es la del poder, y más concretamente el poder social de grupos o instituciones. Resumiendo un complejo análisis filosófico y social, definiremos el poder social en términos de control. Así, los grupos tienen (más o menos) poder si son capaces de controlar (más o menos), en su propio interés, los actos y las mentes de los (miembros de) otros gru-

pos. Esta habilidad presupone un poder básico consistente en el acceso privilegiado a recursos sociales escasos, tales como la fuerza, el dinero, el estatus, la fama, el conocimiento, la información, la «cultura», o incluso varias formas del discurso público y de la comunicación (entre la vasta literatura sobre el poder, véase por ejemplo Lukes, 1986; Wrong, 1979).

Hallamos entonces para empezar, en nuestro análisis de las relaciones entre el discurso y el poder, que el acceso a formas específicas de discurso, por ejemplo las de la política, los *media* o la ciencia, es en sí mismo un recurso de poder. En segundo lugar, como hemos sugerido antes, nuestras mentes controlan nuestra acción; luego si somos capaces de influenciar en la mentalidad de la gente, por ejemplo en sus conocimientos o sus opiniones, podemos controlar indirectamente (algunas de) sus acciones. Y, en tercer lugar, puesto que las mentes de la gente son influidas sobre todo por los textos y por el habla, descubrimos que el discurso puede controlar, al menos indirectamente, las acciones de la gente, tal y como sabemos por la persuasión y la manipulación.

Cerrar el círculo del discurso-poder significa, por último, que aquellos grupos que controlan los discursos más influyentes tienen también más posibilidades de controlar las mentes y las acciones de los otros. El ACD se centra en la explotación de tal poder, y en particular en el dominio, esto es, en los modos en que se abusa del control sobre el discurso para controlar las creencias y acciones de la gente en interés de los grupos dominantes. En este caso cabe considerar el «abuso», muy latamente, como una violación de normas que hace daño a otros, dados ciertos estándares éticos como las reglas (justas), los acuerdos, las leyes o los derechos humanos. En otras palabras, el dominio puede ser definido como el ejercicio ilegítimo del poder.

Disponemos ahora de una muy general descripción de la manera en que el discurso funciona en la reproducción del poder y del dominio en la sociedad. Simplificando incluso aún más tales harto intrincadas relaciones, dividiremos el entero proceso de la reproducción del poder discursivo en dos cuestiones básicas para la investigación en ACD:

- a) ¿Cómo los grupos (más poderosos) controlan el discurso?
- b) ¿Cómo tal discurso controla la mente y la acción de los grupos (menos poderosos), y cuáles son las consecuencias sociales de este control?

La primera pregunta requiere especialmente investigación interdisciplinaria en los límites entre los estudios del discurso, la sociología y la ciencia política, y la segunda involucrará sin duda a la psicología cognitiva y social. Obviamente, para entender cómo el discurso contribuye a la desigualdad social hay que estudiar también las consecuencias de la pregunta *b*), en particular cómo el control de la mente y de la acción en beneficio de grupos dominantes constituye la desigualdad social o conduce a ella. Asimismo, a fin de comprender la disidencia y la oposición necesitamos saber cómo los grupos dominados son capaces de resistir frente al control del discurso, de la mente y de la acción, o de adquirirlo.

## El acceso al discurso y su control

Detallemos los dos modos principales de la reproducción discursiva del dominio, comenzando por la relación entre los grupos poderosos y el discurso.

Hemos visto que, entre muchos otros medios que definen el poder básico de un grupo o de una institución, también el acceso al discurso público y a la comunicación, y su control, son un importante recurso «simbólico», como sucede con el conocimiento y la información (Van Dijk, 1996).

La mayoría de la gente únicamente tiene control activo sobre el habla cotidiana frente a miembros de su familia, amigos o colegas, disponiendo de un control sólo pasivo sobre, por ejemplo, el uso de los *media*. En muchas situaciones, la gente común es un blanco más o menos pasivo para el texto o el habla, por ejemplo de sus jefes y maestros, o de autoridades tales como los policías, los jueces, los burócratas estatales o los inspectores de Hacienda, quienes pueden decirles sin más lo que deben o no creer o hacer.

En cambio, los miembros de grupos o instituciones socialmente más poderosos disponen de un acceso más o menos exclusivo a uno o más tipos de discurso público, y del control sobre ellos. Así, los profesores controlan el discurso académico, los maestros el discurso educativo institucional, los periodistas el discurso de los *media*, los abogados el discurso legal, y los políticos el discurso de la planificación y otros discursos de sesgo político. Aquellos que gozan de mayor control sobre más y más

influyentes discursos (y sobre más propiedades discursivas) son también, según esta definición, más poderosos. Dicho de otro modo, proponemos aquí una definición discursiva (al igual que un diagnóstico práctico) de uno de los constituyentes del poder social.

Estas nociones concernientes al acceso al discurso y a su control son muy generales, y es una de las tareas del ACD esclarecer tales formas del poder. Por ejemplo, si se define el discurso en términos de acontecimientos comunicativos complejos, el acceso al discurso y su control pueden ser definidos a su vez tanto en relación con el contexto como con las propias estructuras del texto y del habla.

### *El control del contexto*

El contexto se considera como la estructura (mentalmente representada) de aquellas propiedades de la situación social que son relevantes para la producción y la comprensión del discurso (Duranti y Goodwin, 1992; Van Dijk, 1998). El contexto consiste en categorías como la definición global de la situación, su espacio y tiempo, las acciones en curso (incluyendo los discursos y sus géneros), los participantes en roles variados, comunicativos, sociales o institucionales, al igual que sus representaciones mentales: objetivos, conocimientos, opiniones, actitudes e ideologías. Controlar el contexto implica controlar una o más de esas categorías, por ejemplo determinando el estatuto de la situación comunicativa, decidiendo sobre el tiempo y el lugar del acontecimiento comunicativo, o sobre qué participantes pueden o deben estar presentes en él, y en qué papeles, o sobre qué conocimientos u opiniones han de tener o no tener, y sobre qué acciones sociales pueden o no cumplirse a través del discurso (Diamond, 1996). Sucede por tanto que el contexto de un debate parlamentario, de una comisión, de un juicio, de una conferencia, o de una consulta con el médico están controlados por (miembros de) grupos dominantes. Así, sólo miembros del Parlamento tienen acceso al debate parlamentario, y sólo ellos pueden hablar (con el permiso del presidente del Parlamento, y durante un tiempo limitado), representar a sus electores, votar un proyecto de ley, etcétera. En un juicio, únicamente los jurados o los jueces tienen acceso a roles y géneros de habla específicos, como por ejemplo los veredictos. Y los secretarios pueden tener acceso a los consejos, pero sólo en el papel de silenciosos redactores de actas. El



ACD se ocupa específicamente de aquellas formas de control del contexto que trabajan en favor de los intereses del grupo dominante.

### *El control del texto y del habla*

Crucial en la realización o el ejercicio del poder de grupo es el acceso a las estructuras del texto y del habla, y su control. Si relacionamos el texto y el contexto, por tanto, vemos enseguida que los (miembros de) grupos poderosos pueden decidir sobre los (posibles) géneros del discurso o actos de habla de una ocasión concreta. Un profesor o un juez puede requerir una respuesta directa de un estudiante o un sospechoso, y no una historia personal o un debate (Wodak, 1984a). Cabe examinar, más críticamente, cómo los hablantes poderosos pueden abusar de su poder en tales situaciones, por ejemplo cuando los policías utilizan la fuerza para obtener una confesión de un sospechoso (Linell y Johnsson, 1991), o cuando directores masculinos impiden a las mujeres redactar noticias económicas (Van Zoonen, 1994). Los géneros suelen, del mismo modo, tener esquemas convencionales que consisten en varias categorías. El acceso a algunos de ellos puede estar prohibido o ser obligatorio, como sucede cuando la apertura o el cierre de una sesión parlamentaria es la prerrogativa de un hablante, y algunas formas de saludo sólo pueden ser utilizadas por hablantes de un grupo social, de un rango, una edad o un sexo específicos (Irvine, 1974). Vital para todo discurso y comunicación es quién controla los temas (las macroestructuras semánticas) y los cambios de tema, como cuando los editores deciden qué asuntos noticiables serán cubiertos, los profesores qué materias se tratarán en clase, o los hombres los tópicos, y sus transformaciones, de sus conversaciones con mujeres (Palmer, 1989; Fishman, 1983; Leet-Pellegrini, 1980; Lindgren-Lerman, 1983). Como ocurre con otras modalidades de control del discurso, tales decisiones pueden ser (más o menos) negociables entre los participantes y dependen mucho del contexto. Aunque la mayor parte del control del discurso es contextual o global, incluso fragmentos locales del significado, forma o estilo pueden ser controlados, por ejemplo detalles de una respuesta en el aula o en el juzgado, la elección del léxico o la de jerga en tribunales, clases o salas de redacción (Martín Rojo, 1994). En muchas situaciones el volumen es susceptible de control, ordenándose a los hablantes que «bajen la voz» o que «estén tranquilos»; las mujeres pueden ser «silenciadas» de muchas ma-

neras (Houston y Kramarae, 1991), y en algunas culturas se debe «mascular» como forma de respeto (Albert, 1972). El uso público de determinadas palabras puede ser prohibido como subversivo en una dictadura, y los desafíos discursivos a los grupos dominantes (por ejemplo los varones, blancos, occidentales) por parte de sus oponentes multiculturales pueden ser ridiculizados en los *media* como «políticamente correctos» (Williams, 1995). Y finalmente, las dimensiones de acción e interacción del discurso pueden controlarse prescribiendo o proscribiendo actos de habla específicos, distribuyendo o interrumpiendo selectivamente los turnos de habla, etcétera (véase también Diamond, 1996).

Lo que puede concluirse del análisis en numerosos estudios críticos de todos estos niveles es la preeminencia de una estrategia global de autopresentación positiva por parte del grupo dominante, y de heteropresentación negativa de los grupos dominados (Van Dijk, 1993a, 1998b). La polarización del Nosotros y del Ellos que caracteriza las representaciones sociales compartidas y sus ideologías subyacentes se expresa y se reproduce entonces en todos los planos del texto y del habla, por ejemplo en temas contrastados, en significados locales, en metáforas e hipérbolos, y en las formulaciones variables de los esquemas textuales, en formas sintácticas, en la lexicalización, las estructuras profundas y las imágenes.

En suma, virtualmente todos los niveles de la estructura del texto y del habla pueden en principio ser más o menos controlados por hablantes poderosos, y puede abusarse de dicho poder en detrimento de otros participantes. Debería subrayarse, sin embargo, que el habla y el texto no asumen o envuelven directamente en todas las ocasiones la totalidad de las relaciones de poder entre grupos: el contexto siempre puede interferir, reforzar, o por el contrario transformar, tales relaciones. Es obvio que no todos los hombres dominan siempre todas las conversaciones (Tannen, 1994a), ni todos los blancos o todos los profesores, etcétera.

El control del texto y del contexto es el primer tipo de poder asentado en el discurso. Examinemos ahora el segundo tipo: el control de la mente.

## El control de la mente

Si controlar el discurso es una primera forma de poder mayor, controlar las mentes de la gente es el otro medio fundamental para reproducir

el dominio y la hegemonía. Nótese no obstante que «control de la mente» es poco más que una cómoda apelación. La psicología cognitiva y las investigaciones sobre la comunicación de masas han mostrado que influenciar la mente no es un proceso tan directo como las ideas simplificadoras sobre el control a veces sugieren (Britton y Graesser, 1996; Glasser y Salmon, 1995; Klapper, 1960; Van Dijk y Kintsch, 1983). Los receptores pueden ser bastante autónomos y variables en su interpretación y uso del texto y del habla, que son también una función de la clase, del género o de la cultura (Liebes y Katz, 1990). Pero aunque los receptores raramente aceptarán de modo pasivo las opiniones recibidas o los discursos específicos, no deberíamos olvidar, por otro lado, que la mayor parte de nuestras creencias sobre el mundo las adquirimos a través del discurso.

En un marco de ACD, por lo tanto, «el control de la mente» implica más que la simple adquisición de creencias sobre el mundo por medio del discurso y de la comunicación. Los elementos del poder y del dominio, en este caso, entran en la descripción de varias maneras:

- a) A menos que sean inconsistentes con sus creencias y experiencias personales, los receptores tienden a aceptar las creencias (conocimientos y opiniones) transmitidas por el discurso de las fuentes que consideren autorizadas, fidedignas o creíbles, tales como los académicos, los expertos, los profesionales o los *media* de confianza (Nesler *et al.*, 1993). En este sentido, el discurso poderoso se define (contextualmente) en términos del poder manifiesto de sus autores; por las mismas razones, las minorías y las mujeres pueden con frecuencia ser percibidos como menos creíbles (Andsager, 1990; Khatib, 1989; Verrillo, 1996).
- b) En algunas ocasiones, los participantes están obligados a ser receptores del discurso, por ejemplo en la educación y en muchas situaciones laborales. Las lecciones, los materiales de aprendizaje, las instrucciones de trabajo, y otros tipos de discurso necesitan en tal caso ser atendidos, interpretados y aprendidos como lo pretenden sus autores organizativos o institucionales (Giroux, 1981).
- c) En muchos casos no existen otros discursos o *media* que provean informaciones de las cuales quepa derivar creencias alternativas (Downing, 1984).

d) Y, en directa relación con los puntos previos: los receptores pueden no poseer el conocimiento y las creencias necesarias para desafiar los discursos o la información a que están expuestos (Wodak, 1987).

Estos cuatro puntos sugieren que el control discursivo de la mente es una forma de poder y de dominio si tal control se realiza en interés de los poderosos, y si los receptores no tienen «alternativas», por ejemplo otras fuentes (habladas o escritas), otros discursos, ni otra opción que escuchar o leer, ni otras creencias para evaluar tales discursos. Si por libertad se entiende la oportunidad de pensar y de hacer lo que uno quiere, entonces tal falta de alternativas es una limitación de la libertad de los receptores. Y limitar la libertad de otros, especialmente en el propio interés, resulta ser una de las definiciones del poder y del dominio.

Mientras tales condiciones del control de la mente son ampliamente contextuales (dicen algo acerca de los participantes en el acontecimiento comunicativo), otras condiciones son discursivas, esto es, son una función de la estructura y de las estrategias del texto o del habla en sí mismos. Dicho de otro modo: dado un contexto específico, ciertos significados y formas del discurso ejercen más influencia sobre las mentes de la gente que otros, tal como la noción misma de «persuasión» y una tradición de dos mil años de retórica pueden mostrarnos.

## **Analizar la mente**

La noción de control de la mente es vaga también porque con frecuencia se utiliza sin explicar con exactitud lo que «mente» significa. Es decir, no es imaginable una teoría del control discursivo de la mente sin una detallada teoría cognitiva de la mente, y una teoría de cómo el discurso influencia la mente. Al igual que el texto y el habla, la mente (o la memoria, o la cognición) tiene muchos niveles, estructuras, estrategias y representaciones.

No es éste el lugar para presentar una teoría de la mente, de modo que nos contentaremos con introducir unas pocas nociones capitales en una teoría crítica del control discursivo de la mente (para más detalles sobre la teoría cognitiva y el papel del discurso en la cognición y en el «cam-

bio del modo propio de pensar», véase por ejemplo Graesser y Bower, 1990; Van Dijk y Kintsch, 1983; Van Oostendorp y Zwaan, 1994; Weaver, Mannes y Fletcher, 1995).

Una distinción útil es la que suele establecerse entre la memoria episódica y la semántica, que denominaremos respectivamente memoria personal (subjetiva) y social (intersubjetiva).

La memoria personal (Tulving, 1983) consiste en la totalidad de nuestras creencias personales (conocimiento y opiniones). Es ampliamente autobiográfica y ha sido acumulada durante nuestra vida a través de nuestras experiencias, incluyendo los acontecimientos comunicativos en los que hemos participado. Además de conocimiento personal sobre nosotros mismos, sobre otras gentes, objetos o lugares, la memoria personal también presenta creencias sobre hechos específicos en los que hemos participado o sobre los que hemos leído, incluyendo las opiniones personales que tenemos sobre ellos. Estas representaciones memorísticas subjetivas de acontecimientos específicos se denominan modelos (mentales) (Johnson-Laird, 1983; Van Dijk y Kintsch, 1983). Así, si leemos o vemos las noticias construimos o ponemos al día modelos (personales) sobre los sucesos. Entender o interpretar un texto es (re)construir tales modelos.

Del mismo modo, también construimos un modelo de la propia situación comunicativa, por ejemplo de la lectura de un periódico, que incluye conocimiento y saberes sobre el periódico o sobre un concreto periodista o escritor. Es este modelo mental lo que hemos definido como el contexto: la construcción subjetiva de las propiedades de la situación social que son relevantes para el discurso en marcha. Por ejemplo, la credibilidad que concedemos a los expertos, como se ha discutido más arriba, es una de las propiedades de dicho contexto (Van Dijk, 1998).

Puesto que los contextos (los modelos contextuales) influyen el modo en el que entendemos los discursos y los acontecimientos representados, también influyen nuestros modelos de acontecimientos. Luego hemos definido ya un modo de control discursivo de la mente: influenciar los modelos de contexto y los modelos de acontecimiento contruidos por receptores en un acontecimiento comunicativo. Desde una perspectiva más crítica, tal control de modelos involucra la construcción de «modelos preferenciales», es decir, modelos escogidos por

quienes hablan o escriben, que son coherentes con sus intereses y con su interpretación de los acontecimientos.

La memoria social (tradicionalmente llamada «memoria semántica») consiste en las creencias que poseemos en común con otros miembros del mismo grupo o cultura, y que en ocasiones se denominan «representaciones sociales» (Farr y Moscovici, 1984). Porque tales creencias sociales se comparten con otros, son presupuestas habitualmente en el discurso (o enseñadas por el discurso pedagógico). Unas cuantas distinciones son útiles aquí. Como sucede con la memoria personal, también las creencias sociales pueden ser de tipo más específico o más general y abstracto. Así, la gente puede compartir conocimiento sobre hechos históricos concretos, como guerras, sobre la base por ejemplo de lo que aprenden en los libros de texto o de los medios de masas. La Segunda Guerra Mundial o el Holocausto pueden ser objeto de alusiones en los *media* sin mayor explicación sobre lo que fueron estos hechos capitales de la historia. Pero gran parte de nuestro conocimiento socialmente compartido es general y abstracto, por ejemplo el que poseemos sobre las guerras y el genocidio en general. Lo mismo vale para nuestro conocimiento sociocultural relativo a muchas otras cosas de nuestro grupo o cultura, a la gente y los objetos, o a la organización de la sociedad (Wilkes, 1997).

Por otra parte, cabe distinguir entre el conocimiento social y las opiniones sociales, tal y como lo hacen los propios sujetos sociales, aunque el distingo entre dichas creencias pueda ser impreciso. El conocimiento social lo componen aquellas creencias que los miembros de un grupo o cultura consideran verdaderas, de acuerdo con los criterios de verdad (históricamente cambiantes). Tales creencias se presuponen habitualmente en el discurso y no necesitan ser afirmadas. Las opiniones son creencias evaluativas, es decir, creencias que están basadas en normas y valores. Grupos diferentes pueden estar en desacuerdo sobre opiniones, y a diferencia del conocimiento compartido, éstas no se presuponen, sino que se afirman y defienden, por ejemplo en discusiones. Por tanto, las actitudes de grupo sobre el aborto, la energía nuclear o la inmigración consisten por lo general en racimos de opiniones esquemáticamente organizadas que pueden diferir de un grupo social a otro, dependiendo de sus respectivas ideologías (Van Dijk, 1998). Obsérvese no obstante que ta-

les diferencias de opinión suelen presuponer un conocimiento compartido: podemos estar en desacuerdo sobre si el aborto, la energía nuclear o la inmigración son buenos o malos, pero todos nosotros sabemos más o menos lo que son.

Porque se comparten socialmente, las creencias sociales son igualmente patrimonio de la mayoría de los miembros individuales de grupos y culturas, y por tanto influyen también sus creencias personales sobre los acontecimientos del mundo, es decir, sus modelos. De hecho, somos incapaces de construir un modelo (de entender un acontecimiento específico), y por ello de comprender un discurso, si no disponemos de un conocimiento social abstracto y general. Y viceversa, podemos adquirir conocimiento social general por abstracción de los modelos personales, esto es, aprendiendo de nuestras experiencias, incluidas nuestras lecturas de textos específicos y comparando y normalizando tales creencias generales con las de otros miembros de nuestro grupo o cultura.

Estamos ahora en disposición, gracias a estas pocas distinciones, de definir el segundo modo de control discursivo de la mente: influenciar las creencias socialmente compartidas (conocimiento, actitudes) de un grupo. Dado que dichas creencias son mucho más generales, y pueden ser utilizadas por mucha gente en muchas situaciones con el fin de entender acontecimientos o discursos concretos, este tipo de control de la mente es, por supuesto, mucho más influyente. Al interesarse el ACD especialmente por cómo el poder y el dominio se reproducen en la sociedad, tal modalidad de control social de la mente es el objeto central de su atención: una vez que somos capaces de influenciar las creencias sociales de un grupo, podemos controlar indirectamente las acciones de sus miembros. Éste es el núcleo de la reproducción del poder y la base de la definición de la hegemonía.

## **Las estrategias discursivas del control de la mente**

Disponemos ahora de una comprensión elemental de algunas de las representaciones de la mente, y de lo que significa controlarlas. La cuestión crucial es entonces: ¿cómo son el discurso y sus estructuras capaces de ejercer tal control? Según lo visto más arriba, en el análisis del con-

trol sobre el discurso, dicha influencia discursiva puede deberse tanto al contexto como a las propias estructuras del texto y del habla.

## La influencia del contexto

Hemos afirmado que una dimensión significativa del control de la mente es contextual, por ejemplo la que se fundamenta en las características de los participantes. En realidad, los hablantes poderosos, autorizados, creíbles, expertos o atractivos, serán más influyentes, digan lo que digan, que quienes no poseen esas propiedades. Recuérdese, con todo, que el contexto se define en términos de modelos contextuales: no es la situación social (incluyendo a sus participantes) en sí misma la que «objetivamente» influencia nuestra interpretación del discurso, sino la construcción subjetiva de su rasgos relevantes en un modelo mental de contexto (Giles y Coupland, 1991; Van Dijk, 1998). Así, la credibilidad es algo que los receptores asignan a los hablantes o a los escritores, sobre la base de conocimiento socialmente compartido y de actitudes acerca de grupos y roles sociales. Del mismo modo también los otros rasgos de los modelos subjetivos de contexto controlan la influencia del discurso, por ejemplo la definición de la situación, los papeles comunicativos y sociales de los participantes, las relaciones entre participantes (de conflicto, dominio o cooperación), los actos sociales que se están cumpliendo, el escenario (tiempo y lugar), y las creencias de los participantes (intenciones, objetivos, conocimiento, opiniones, etcétera).

El análisis crítico del discurso se centra en aquellas propiedades de las situaciones sociales, y en sus efectos sobre los modelos preferenciales de contexto, que contribuyen al control ilegítimo de la mente, como hemos dicho antes. Un caso típico de control de la mente basado en el contexto es el abuso de poder y de sus recursos sociales (fuerza, ingresos, estatus, conocimiento, competencia, etcétera) destinado a realzar las propias credibilidad y legitimidad (Martín Rojo y Van Dijk, 1997). Así, los profesores tienen la posibilidad de presentar sus prejuicios étnicos en tanto «hechos científicos», tal como lo han mostrado numerosos ejemplos de racismo científico (Downing, 1984). En términos generales, el control de la situación social por los grupos dominantes puede entonces conducir a modelos de contexto que hacen aparecer su discurso como más



creíble, por ejemplo mediante la eliminación o el desprestigio de fuentes alternativas de información y de opinión.

## Cómo el discurso controla la mente

Los usuarios del lenguaje leen textos o escuchan el habla, usan sus informaciones y estructuras con el fin de construir modelos mentales personales de los acontecimientos, e infieren (o confirman) creencias sociales compartidas más generales, dentro del marco de la representación del contexto. Resumamos el modo en que algunas propiedades del discurso son capaces entonces de controlar el proceso:

1. Los temas (macroestructuras semánticas) organizan globalmente el significado del discurso. Puesto que tales temas con frecuencia representan la información más importante, pueden influenciar la organización de un modelo: las proposiciones relevantes serán colocadas en una posición más alta, en la jerarquía del modelo, que las proposiciones menos importantes. Lo mismo sucede con la organización de las representaciones sociales más generales. Así, si los refugiados son caracterizados en el discurso político o en un editorial de periódico en términos esencialmente socioeconómicos, y por tanto como impostores, como gente que sólo viene aquí para vivir a costa de nuestro bienestar, entonces una opinión genérica como ésa puede también definir la representación social (el esquema de grupo) que la gente construye (o confirma) sobre ellos (Van Dijk, 1991).
2. Los esquemas discursivos (superestructuras, esquemas textuales) organizan primariamente las categorías convencionales que definen la entera «forma» canónica de un discurso, y por tanto parecen menos relevantes para la construcción de modelos. Sin embargo, como sucede con todas las estructuras formales, las categorías esquemáticas pueden enfatizar o subrayar información específica. El simple hecho de que una información sea transmitida en un titular o en una conclusión consigue asignar a tal proposición una posición más conspicua en los modelos de acontecimiento o en las representaciones semánticas, y hacer que sea información mejor memorizable, y en consecuencia más persuasiva (Duin *et al.*, 1988; Van Dijk, 1988a; Van Dijk y Kintsch, 1983).

3. El significado local. Los significados locales del discurso influyen en la información local en los esquemas mentales (modelos, representaciones semánticas). La coherencia, por ejemplo, está basada en relaciones funcionales o condicionales entre las proposiciones y los hechos a los que se refieren (en un modelo mental). Lo cual significa que el conocimiento presupuesto o establecido en el discurso puede requerir que los receptores establezcan «hechos» o relaciones similares entre ellos en sus modelos. Eso vale también para las presuposiciones, las implicaciones y otra información no expresada, sugiriéndose así fuertemente que tal información se considera incontrovertida o dada por sentado, aunque en realidad no lo sea o no lo esté. Al mismo tiempo, lo implícito puede servir para esconder a la formación de la opinión pública creencias específicas. Proporcionar muchos detalles sobre un aspecto de un acontecimiento, y no proporcionarlos sobre otros, es otra manera semántica de orientar los modelos mentales de los usuarios del lenguaje.
4. El estilo. Las estructuras léxicas y sintácticas de superficie son susceptibles de variar en función del contexto (Giles y Coupland, 1991; Scherer y Giles, 1979). Y dado el modelo de contexto de los receptores, aquéllas pueden ser capaces de unir tales variaciones de estilo con la estructura del contexto. Un rasgo global del estilo es no sólo señalar propiedades del contexto (por ejemplo las relaciones entre participantes, etcétera), sino también subrayar significados apropiados.
5. Los recursos retóricos como los símiles, las metáforas, los eufemismos, etcétera, al igual que los esquemas globales, no influyen directamente el significado. Más bien lo hacen resaltar o lo difuminan, y con ello también la importancia de los acontecimientos en un modelo de acontecimientos.
6. Los actos de habla son ampliamente definidos en función de los modelos de contexto, pero que un enunciado sea o no interpretado como una amenaza o como un buen consejo puede determinar vitalmente el procesamiento del texto (Colebrook y McHoul, 1996; Graesser *et al.*, 1996).
7. Finalmente, las múltiples dimensiones interaccionales del discurso, como por ejemplo la distribución de turnos, la división en secuencias, etcétera, están igualmente fundadas en el contexto y en los modelos de acontecimientos, e influyen su puesta al día. El poder y la au-

toridad de los hablantes, tal y como los presenta el control de los turnos, pueden al mismo tiempo reforzar la credibilidad de aquéllos y, por eso mismo, la construcción de modelos como «verdaderos».

## **La complejidad de las relaciones entre el discurso y el poder**

Hemos adelantado que uno de los objetivos principales del ACD es entender y analizar la reproducción del dominio y la desigualdad social que surge del discurso, y resistir contra ella. Más concretamente, el ACD estudia su papel en dichos procesos: los grupos poderosos tienen acceso preferente al discurso público y lo controlan, y a través del discurso controlan las mentes del público, en el sentido amplio más arriba explicado. Esto no sólo significa que mucha gente interpretará el mundo del modo en que los poderosos o las élites se lo presentan, sino también que actuará (más) en consonancia con los deseos y los intereses de los poderosos. Parte de tales acciones del público son también discursivas, y éstas tendrán de nuevo las propiedades, y las consecuencias entre otros públicos, previstas, con lo cual se reforzarán los discursos de los poderosos. Debido a que el control de la mente y de la acción es lo que define el poder, el control del discurso confirma y extiende el poder de los grupos dominantes, al igual que su abuso de éste. Y finalmente, puesto que el abuso del poder o el dominio se caracterizan en los términos de los intereses de los poderosos, el discurso puede también contribuir a la confirmación, o incluso al incremento, del desequilibrio en la igualdad social, y por consiguiente a la reproducción de la desigualdad social.

Aun cuando este razonamiento parece impecable, y aunque en términos muy generales es empíricamente verdadero, el poder, el dominio y el papel del discurso en ellos no resultan tan evidentes. Existen algunos frenos y compensaciones, especialmente en las sociedades más o menos democráticas, donde diversos grupos compiten por el poder (Dahl, 1985). Cabe esperar contracorrientes en el proceso descrito, comprendidas muchas formas de lucha y de resistencia. No hay un único grupo que controle todo el discurso público por completo; e incluso si lo hubiera, el discurso puede con frecuencia controlar sólo marginalmente la

mente de los grupos dominados, y en menor grado aún sus acciones. Después de todo, también los grupos dominados tienen, conocen y siguen sus propios intereses, en ocasiones contra todo pronóstico. Y no sólo existen varios grupos poderosos (tal como los definen el género, la clase, la casta, la etnia, la «raza», la edad, las profesiones, o el control sobre los recursos materiales y simbólicos), que pueden tener intereses enfrentados; también es posible que algunos sectores de los grupos de poder sientan y muestren solidaridad con los grupos dominados, y que los apoyen en su lucha contra la desigualdad. Tan pronto como esos «disidentes», del mismo modo que los grupos dominados, logran asegurarse una influencia creciente sobre el discurso público, la misma lógica explica cómo se erigen en un contrapoder, también gracias a su influencia general en las mentes del público. Y dicha influencia tenderá a disminuir — y por tanto también el poder —, de los grupos dominantes.

Es este análisis el que mejor parece dar cuenta de muchas de las formas del conflicto del poder en la sociedad democrática. Así, resulta innegable que los hombres disponen, en detrimento de las mujeres, del control sobre la mayor parte de las formas del discurso público, y que tal control contribuye indirectamente al machismo y al sexismo. Sin embargo, las pasadas décadas han visto un significativo incremento en el acceso de las mujeres al discurso público y a las mentes de otras mujeres, lo mismo que a las de los hombres; de ahí el aumento de su poder, y una disminución de la desigualdad entre los sexos. Idéntico proceso había tenido lugar antes respecto a la clase trabajadora, en paralelo con el de los grupos de etnias minoritarias, de los homosexuales, y de otros grupos dominados o marginados en la sociedad (véase por ejemplo Hill, 1992). Es por tanto una necesidad imperativa que el ACD estudie la compleja interacción de los grupos dominantes, disidentes y opositores y sus discursos dentro de la sociedad, con el fin de esclarecer las variantes contemporáneas de la desigualdad social.

## **El discurso y la reproducción del racismo**

Podemos examinar, a título de ejemplo de las relaciones entre el discurso y el dominio, el papel del texto y del habla en la reproducción, hoy día, del racismo y de la desigualdad étnica o «racial» en la mayor parte de los

países occidentales (o dominados por los europeos). Debida mayormente a la inmigración laboral y poscolonial en Europa, y a la esclavitud y a la inmigración en Norteamérica, la presencia de varios grupos de minorías ha ido incrementándose con regularidad (Castles y Miller, 1993). Virtualmente en todos los casos, y según casi todos los indicadores sociales, tales grupos viven en una situación de agudo contraste con la de la población autóctona de Europa occidental y de Norteamérica. Esta situación se debe en parte y sin duda a su estatuto de recién llegados o de forasteros que, al menos durante una generación o dos, tendrán que abrirse un camino en sus nuevas tierras de adopción.

Su desigualdad, no obstante, está también asentada en un más o menos sutil sistema de racismo, que agrava la desigualdad social y la redefine como desigualdad étnica. Es posible analizar dicho racismo en dos niveles. El primero es el de las estructuras, acciones y arreglos cotidianos caracterizados en términos del tratamiento discriminatorio de los Otros por la población original. El segundo nivel concierne a las representaciones mentales compartidas por amplias capas de la población dominante, tales como creencias erróneas, estereotipos, prejuicios e ideologías racistas y etnocéntricas (y eurocéntricas). Este nivel simbólico socialmente compartido sustenta al primero: las acciones discriminatorias están (intencionalmente o no) basadas en representaciones negativas de los otros y de su posición en la sociedad (entre los numerosos estudios del racismo, hechos desde distintas perspectivas, véase por ejemplo Barker, 1981; Dovidio y Gaertner, 1986; Essed, 1991; Katz y Taylor, 1988; Miles, 1989; Solomos y Wrench, 1993; Wellman, 1993).

La cuestión aquí es que esas representaciones negativas son básicamente (si bien no únicamente) adquiridas y reproducidas a través del habla, y del texto, de y entre el grupo dominante (blanco, occidental, europeo). Una de las tareas mayores del ACD consiste en examinar cómo sucede exactamente tal cosa, esto es, cómo el discurso de la mayoría contribuye a las creencias etnocéntrica y racista, y las reproduce, entre los miembros del grupo dominante. Siguiendo el marco teórico arriba expuesto, resumiremos algunos de los resultados de nuestros trabajos anteriores sobre las relaciones entre el discurso y la reproducción del dominio étnico o «racial». Aunque hay, por supuesto, amplias variaciones relativas a los diferentes grupos minoritarios en los diferentes países, cabe

hacer generalizaciones aproximadamente fiables (para más detalles, véase Van Dijk, 1984, 1987, 1991, 1993):

1. Las formas del discurso público que dominan en la mayor parte de las sociedades occidentales son las de la política, los *media*, la enseñanza, los negocios, los juzgados, las profesiones y la(s) iglesia(s). Denominaremos a éstos los discursos de las élites. Como hemos visto antes, la gente ordinaria sólo tiene un acceso marginal y esencialmente pasivo a ellos, acceso sobre todo en cuanto ciudadanos (al discurso político), audiencias (para los medios), consumidores o empleados (en los negocios corporativos), sujetos (en la enseñanza), clientes (de las profesiones), víctimas o sospechosos (en el juzgado), o creyentes (en la iglesia).
2. La minorías (los aborígenes, inmigrantes del Sur, refugiados, descendientes de esclavos, etcétera) sólo disponen de un acceso reducidísimo a tales formas del discurso público de élite. Excepto en EE.UU., las minorías cuentan con muy pocos políticos importantes, no controlan ningún medio, ni ningún negocio mayor; pocos de sus miembros son periodistas, académicos o jueces prestigiosos, y están escasamente representadas en las profesiones liberales. A los cruciales campos simbólicos de la política, de los *media*, de la educación y de la ciencia, que forman el núcleo de la gestión por la élite de la mentalidad social, las minorías poseen reducido acceso, y virtualmente ningún control sobre ellos.
3. Así, en los *media* las rutinas de la elaboración de noticias caracterizan a los grupos minoritarios como de menores importancia y credibilidad. Se los ve poco «noticiales», salvo si son percibidos como causas de problemas o como responsables de crímenes, violencias o desviaciones. Se los invita, entrevista y cita menos, incluso en las noticias sobre ellos mismos. La prensa descuida sus organizaciones (si existen), tiende a desplazarlas hacia las «páginas de la basura» en lugar de ponerlas en las primeras, y sus conferencias de prensa (si se dan) son ignoradas por la corriente principal de los periodistas blancos.
4. La minorías no sólo gozan de menor acceso a los discursos de élite en tanto actores o expertos, sino que también son discriminadas cuando intentan entrar en instituciones de élite o cuando intentan encontrar un trabajo. Y si entran o lo encuentran, tienen dificultades para ob-

tener promoción. Es decir, también desde el interior son incapaces de cambiar las rutinas, actitudes y criterios dominantes (blancos, de clase media, occidentales).

5. También a causa del limitado acceso de los grupos minoritarios al discurso de élite en general, y al de los *media* en particular, tal discurso puede ser más o menos tendencioso, etno- o eurocéntrico, estereotipado, cargado de prejuicios o racista. Es decir, las creencias étnicas prevalecientes entre el grupo dominante influyen sus modelos mentales de las relaciones y de los acontecimientos étnicos. De acuerdo con nuestra teoría, ello puede producir discursos similarmente tendenciosos en todos los niveles de las estructuras y estrategias del texto y el habla: selección de temas estereotipados (crimen, desviación, drogas, problemas, dificultades culturales, etcétera), historias negativas, citas parciales, estilo del léxico, titulares sesgados, etcétera.
6. Dado que la población blanca dispone en general de poca información alternativa sobre grupos minoritarios, y no tiene interés en practicar la originalidad de pensamiento, propende a adoptar, y posiblemente a adaptar, el discurso de la élite dominante blanca. Se ha mostrado que ello conduce a resentimientos crecientes, a prejuicios y a racismo entre los usuarios de los *media*, que con frecuencia se manifiestan abiertamente en actos de discriminación, y en el racismo cotidiano.
7. Un análisis similar es aplicable al acceso y control sobre el discurso político, el discurso educativo, el discurso académico, el discurso corporativo, etcétera. A pesar de la competencia ocasional entre grupos de élite, no existe virtualmente conflicto entre ellos en lo que concierne a las minorías y a su representación. Por lo tanto, los discursos políticos o académicos sesgados pueden adoptarse con facilidad, reforzándose así el retrato negativo de las minorías en los *media*, los cuales a su vez confirman o influyen otros discursos de élite.

De este modo se establece una relación general entre el poder de la mayoría y sus discursos en la reproducción del *statu quo* étnico. Los estereotipos y los prejuicios étnicos, dirigidos por ideologías subyacentes, etnocéntricas o nacionalistas, se expresan entonces, y se reproducen, en los discursos de élite y en sus versiones populares, dentro del grupo dominante en sentido amplio. Y tales representaciones sociales a su vez cons-

tituyen la base de la acción y de la interacción social, contribuyendo entonces a la reproducción de la discriminación y del racismo cotidianos. Existe, por supuesto, oposición a ello, tanto por parte de los mismos grupos minoritarios como también de fracciones disidentes del grupo dominante. Sin embargo, el discurso de oposición, y en especial sus versiones «radicales», tiende a ser marginalizado y sólo posee un acceso activo muy limitado a los *media*, y por tanto a la mentalidad pública.

Lo mismo vale para el discurso y las desigualdades de clase, género, orientación sexual, regiones del mundo, etcétera. Es decir, además de la desigualdad de acceso y de control sobre los recursos materiales, los grupos dominantes también tienen acceso y control privilegiados sobre los recursos simbólicos, tales como el conocimiento, la especialización, la cultura, el estatus y, sobre todo, el discurso público. Obsérvese con todo que el discurso no es sólo un recurso más entre otros: como hemos argumentado más arriba, quienes controlan el discurso público controlan ampliamente la mentalidad social, e indirectamente la acción pública; y, por consiguiente, controlan también la estructura social, a despecho de los desafíos, de la oposición y de la disidencia.

He aquí, para concluir, una sucinta enumeración de los principales campos de investigación en el ACD: el discurso del poder, el discurso político; los discursos de los *media*; los estudios feministas; el análisis del etnocentrismo del antisemitismo, del nacionalismo y del racismo.

Otros campos adyacentes son las relaciones de poder entre doctores y pacientes, entre implicados en la institución jurídica, en las instituciones educativas y en sus textos oficiales, en el mundo de los negocios y de las corporaciones, etcétera.

## Evaluación

Tomado en sentido amplio, el ACD ha producido una gran cantidad de obras. Muchos de los estudios sociales y políticos sobre el lenguaje, su uso o el discurso también tratan cuestiones concernientes al poder y a la desigualdad. Así sucede explícitamente con la mayoría de los trabajos feministas sobre el lenguaje y el discurso, al igual que con los análisis del racismo y del antisemitismo. Las investigaciones de géneros o de dominios sociales enteros del discurso (como el discurso de los *media*) son más



o menos descriptivas o más o menos críticas dependiendo de los géneros que se consideren. Numerosos estudios del discurso en los medios, en la política y en la educación tienden a ser críticos, mientras que no ocurre lo mismo en el caso del habla médica o de la comunicación corporativa, por ejemplo.

Aunque las nociones cruciales del poder, el dominio y la desigualdad se usan a menudo, la mayor parte de las perspectivas lingüísticas sobre el discurso rara vez analizan esas nociones con mucho detalle, descuido que perjudica también a la indagación sistemática del contexto social en general. A causa del papel preponderante de la gramática en la lingüística, muchos estudios tempranos se limitaron al análisis del uso de las palabras, de la sintaxis, y de aspectos de la semántica y la pragmática del enunciado. Sólo en un momento posterior también otras estructuras conversacionales y textuales recibieron atención, una vez que la tarea crítica se hubo desplazado explícitamente hacia una perspectiva discursiva.

Debido precisamente a que el paradigma crítico se centra en los lazos entre el lenguaje, el discurso y el poder, las dimensiones sociales y políticas han recibido en él una atención casi exclusiva. Sin embargo, el nexo cognitivo entre las estructuras del discurso y las estructuras del contexto social pocas veces se hace explícito, y usualmente aparece sólo bajo forma de nociones sobre el conocimiento y la ideología (Van Dijk, 1998). Así pues, a pesar de un largo número de estudios empíricos sobre el discurso y el poder, los detalles de la teoría multidisciplinar del ACD que debieran relacionar el discurso y la acción con la cognición y la sociedad están todavía en la agenda.

## Bibliografía

- Albert, E. M. (1972). «Culture patterning of speech behavior in Burundi». En J. J. Gumperz y D. Hymes (eds.), *Directions in sociolinguistics: The ethnography of communication*, pp. 72-105. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- Alexander, J. C., Giesen, B., Munch, R. y Smelser, N. J. (eds.) (1987). *The micro-macro link*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Andsager, J. L. (1990). «Perceptions of Credibility of Male and Female Syndicated Political Columnists», *Journalism Quarterly*, vol. 67, n° 3, pp. 485-491.
- Barker, A. J. (1978). *The African link: British attitudes to the Negro in the era of the Atlantic slave trade, 1550-1807*. Londres: Frank Cass.

- Bimbaum, N. (1971). *Towards a critical sociology*. Nueva York: Oxford University Press.
- Britton, B. K. y Graesser, A. C. (eds.) (1996). «Language Style on Trial: Effects of «Powerful» and «Powerless» Speech upon Judgements of Victims and Villains», *Western Journal of Speech Communication*, vol. 45, n° 4, pp. 327-341.
- Caldas-Coulthard, C. R. y Coulthard, M. (eds.) (1996). *Texts and Practices: Readings in Critical Discourse Analysis*. Londres: Routledge.
- Calhoun, C. (1995). *Critical social theory*. Oxford: Blackwell. Castles, S. y Miller, M. J. (eds.). *The age of migration. International population movements in the modern world*. Londres: MacMillan.
- Colebrook, C. y Mchoul, A. (1966). «Interpreting Understanding Context», *Journal of Pragmatics*, vol. 25, n° 3, pp. 431-440.
- Dahl, R. A. (1985). *Polyarchy: Participation and Opposition*. New Haven, CN: Yale University Press.
- Diamond, J. (1996). *Status and power in verbal interaction. A study of discourse in a close-knit social network*. Amsterdam: Benjamins.
- Dovidio, J. F. y Gaertner, S. L. (eds.) (1986). *Prejudice, discrimination, and racism*. Orlando, FL: Academic Press.
- Downing, J. (1984). *Racial Media: the political experience of alternative communication*. Boston: South End Press.
- Duin, A. H., Roen, D. H. y Graves, M. F. (1988). «Excellence or malpractice: the effects of headlines on readers' recall and biases». National Reading Conference (1987, St. Petersburg, Florida), *National Reading Conference Yearbook*, n° 37, pp. 245-250.
- Durant, A. y Goodwin, C. (eds.) (1992). *Rethinking Context: Language as an interactive Phenomenon*. Cambridge: University Press.
- Essed, P. J. M. (1991). *Understanding everyday racism: An interdisciplinary theory*. Newbury Park, CA: Sage Publications, Inc.
- Fairclough, N. L. (1995). *Critical Discourse Analysis: The Critical Study of Language*. Harlow: Longman.
- y Wodak, R. (1997). «Critical discourse analysis». En T.A. van Dijk (ed.), *Discourse Studies. A multidisciplinary introduction*, vol. 2: *Discourse as social interaction*, pp. 258-284. Londres: Sage.
- Farr, R. M. y Moscovici, S. (eds.) (1984). *Social representations*. Cambridge: University Press.
- Fay, B. (1987). *Critical Social Science*. Cambridge: Polity Press.
- Fishman, P. (1983). «Interaction: The work women do». En B. Thome, C. Kramarae y N. Henley (eds.), *Language, gender and society*, Nueva York: Pergamon Press, 89-101.
- Fowler, R., Hodge, B., Kress, G. y Trew, T. (1979). *Language and control*. Londres: Routledge y Kegan Paul.
- Fox, D. R., y Prilleltensky, I. (1997). *Critical psychology. An introduction*. Londres: Sage.
- Giles, H. y Coupland, N. (1991). *Language: Contexte and consequences*. Milton Keynes: Open University Press.
- Giroux, H. (1981). *Ideology, culture and the process of schooling*. Londres: The Falmer Press.
- Glasser, T. L. y Salmon, C. T. (eds.) (1995). *Public opinion and the communication of consent*. Nueva York, NY: Guilford Press.

- Graesser, A. C. y Bower, G. H. (eds.) (1990). *Inferences and text comprehension. The psychology of learning and motivation*, vol. 25. Nueva York: Academic Press.
- Hill, J. H. (1992). «Today There Is No Respect: Nostalgia, «Respect» and Oppositional Discourse in Mexicano (Nahuatl) Language Ideology», *Pragmatics*, vol. 2, n° 3, pp. 263-280.
- Houston, M. e Kramarae, C. (eds.) (1991). «Women speaking from silence», *Discourse & Society*, vol. 2, n° 4, número especial.
- Hymes, D. (ed.) (1972). *Reinventing anthropology*. Nueva York: Vintage Books.
- Ibáñez, T. e Íñiguez, L. (eds.) (1997). *Critical social psychology*. Londres: Sage.
- Irvine, J. T. (1974). «Strategies of status manipulation in the Wolof greeting». En R. Bauman y J. Sherzer (eds.), *Explorations in the ethnography of speaking*, pp. 167-191. Cambridge: Univ. Press.
- Johnson-Laird, P. N. (1983). *Mental models*. Cambridge: University Press.
- Katz, P. A. y Taylor, D. A. (eds.) (1988). *Eliminating racism. Profiles in controversy*. Nueva York: Plenum Press.
- Khatib, S. M. (1989). «Race and Credibility in Persuasive Communications», *Journal of Black Studies*, n° 19, pp. 361-373.
- Klapper, J. T. (1960). *The effects of mass communication*. Nueva York: Free Press.
- Knorr-Cetina, K. y Cicourel, A. V. (eds.) (1981). *Advances in social theory and methodology. Towards an integration of micro-and macrosociologies*. Londres: Routledge y Kegan Paul.
- Liebes, T. y Katz, E. (1990). *The export of meaning: Cross-cultural readings of «Dallas»*. Nueva York: Oxford University Press.
- Lindgren-Lerman, C. (1983). «Dominant discourse: The institutional voice and the control of topic». En H. Davis y P. Walton (eds.), *Language, image, media*, pp. 75-103. Oxford: Blackwell.
- Linnel, P. y Johnsson, L. (1991). «Suspect stories: Perspective-setting in an asymmetrical situation». En Ivana Markova y Klaus Foppa (eds.), *Asymmetries in dialogue. The dynamics of Dialogue*, pp. 75-100. Barnes & Noble Books/ Bowman & Littlefield Publishers: Harvester Wheatsheaf.
- Lukes, S. (ed.) (1986), *Power*, Oxford: Blackwell.
- Martín Rojo, L. (1994). «Jargon of delinquents and the study of conversational dynamics», *Journal of Pragmatics*, vol. 21, n° 3, pp. 243-289.
- y Van Dijk, T. A. (1997). «There was a problem, and it was solved». Legitimizing the Expulsion of «Illegal» Immigrants in Spanish Parliamentary Discourse, *Discourse & Society*, vol. 8, n° 4, pp. 523-567.
- Mey, J. L. (1985). *Whose language. A study in linguistic pragmatics*. Amsterdam: Benjamins.
- Miles, R. (1989). *Racism*. Londres: Routledge.
- Nesler, M. S., Aguinis, H., Quigley, B. M. y Tedeschi, J. T. (1993). «The Effect of Credibility on Perceived Power», *Journal of Applied Social Psychology*, vol. 23, n° 17, pp. 1.407-1.425.
- Palmer, M. T. (1989). «Controlling Conversations: Turns, Topics and Interpersonal Control», *Communication Monographs*, vol. 56, n° 1, pp. 1-18.
- Rasmussen, D. M. (ed.) (1996), *The Handbook of Critical Theory*. Oxford: Blackwell.
- Scherer, K. R. y Giles, H. (eds.) (1979). *Social markers in speech*. Cambridge: University Press.

- Singh, R. (ed.) (1996). *Towards a Critical Sociolinguistics*, Amsterdam: John Benjamins Publishing Co.
- Solomos, J. y Wrench, J. (1993). *Racism and migration in Western Europe*. Oxford: Berg.
- Tannen, D. (1994). *Gender and discourse*. Nueva York: Oxford University Press.
- Thomas, J. (1993). *Doing critical ethnography*. Newbury Park: Sage.
- Tulving, E. (1983). *Elements of episodic memory*. Oxford: University Press.
- Turkel, G. (1996). *Law and society. Critical approaches*. Boston, MA: Allyn y Bacon.
- Van Dijk, T.A. (1984). *Prejudice in discourse*. Amsterdam: Benjamins.
- (1987). *Communicating racism: Ethnic prejudice in thought and talk*. Newbury Park, CA: Sage Publications, Inc.
- (1988a). «How “They”» hit the headlines. Ethnic minorities in the press». En G. Smitherman-Donaldson y T. A. Van Dijk (eds.), *Discourse and discrimination*, pp. 221-262. Detroit, MI: Wayne State University Press, (1991). *Racism and the press*. Londres: Routledge.
- (1993). «Principles of Critical Discourse Analysis», *Discourse and Society*, vol. 4, n° 2, pp. 249-283.
- (1993a). *Elite discourse and racism*. Newbury Park, CA: Sage Publications, Inc.
- (1996). «Discourse, Power and Access». En Carmen Rosa Caldas-Coulthard y Malcolm Coulthard (eds.), *Texts and Practices: Readings in Critical Discourse Analysis*, pp. 84-104.
- (1998). «Towards a Theory of Context and Experience Models in Discourse Processing». En H. van Oostendorp y S. Goldman (eds.), *The construction of mental models during reading*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- (1998b). *Ideology. A multidisciplinary study*. Londres: Sage.
- y Kintsch, W. (1983). *Strategies of discourse comprehension*. Nueva York: Academic Press.
- Van Oostendorp, H. y Zwaan, R. A. (eds.) (1994). *Naturalistic Text comprehension*. Norwood, NJ: Ablex.
- Van Zoonen, L. (1994). *Feminist media studie*. Londres: Sage.
- Verrillo, E. (1996). «Who is Anita Hill? A Discourse-Centered Inquiry into the Concept of Self in American Folk Psychology». En Sandra L. Ragan (ed.), *The Lynching of Language: Gender, Politics and Power in the Hill-Thomas Hearings*, pp. 61-83. Urbana, IL: University Illinois Press.
- Weaver, C. A., Mannes, S. y Fletcher, C. R. (eds.) (1995). *Discourse comprehension. Essays in honor of Walter Kintsch*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Wellman, D. T. (1993). *Portraits of white racism*. Cambridge: University Press.
- Wilkes, A. L. (1997). *Knowledge in minds. Individual and collective processes in cognition*. Hove: Psychology Press.
- Williams, J. (ed.) (1995). *PC Wars. Politics and theory in the academy*. Nueva York: Routledge.
- Wodak, R. (1984a). «Determination of guilt: Discourse in the courtroom». En C. Krarnarae, M. Schulz y W. M. O’Barr (eds.), *Language and power*, pp. 89-100. Beverly Hills, CA: Sage.
- (1987). «And Where Is the Lebanon? A Socio-Psycholinguistic Investigation of Comprehension and intelligibility of News», *Text*, vol. 7, n° 4, pp. 377-410.
- Wrong, D. H. (1979). *Power: Its forms, bases and uses*. Oxford: Blackwell.



## 5

# Discurso y racismo

### 1. Introducción

Para la mayoría de la gente, y probablemente también para muchos lectores de este capítulo, la noción de racismo no se asocia inicialmente a la de discurso. Asociaciones más obvias serían discriminación, prejuicio, esclavitud o *apartheid*, entre muchos otros conceptos relacionados con la dominación étnica o ‘racial’ y la desigualdad tratada a lo largo de este escrito.

Ahora bien, aunque el discurso puede parecer sólo ‘palabras’, el texto y la charla tienen un papel vital en la reproducción del racismo contemporáneo.

Esto es especialmente verdad para las formas más perjudiciales de racismo contemporáneo, a saber, las de las élites. Las élites políticas, burocráticas, corporativas, mediáticas, educativas y científicas controlan las dimensiones y decisiones más cruciales de la vida cotidiana de las minorías y los inmigrantes: entrada, residencia, trabajo, vivienda, educación, bienestar, salud, conocimiento, información y cultura. Realizan este control en gran parte hablando o escribiendo, por ejemplo, en las reuniones de gabinete y las discusiones parlamentarias, en entrevistas de trabajo, en los noticieros, anuncios, lecciones escolares, libros de textos, ar-

títulos científicos, películas o *talk shows*, entre muchas otras formas de discurso de la élite.

Es decir, al igual que es cierto para otras prácticas sociales dirigidas contra minorías, el discurso puede ser en primera instancia una forma de discriminación verbal. El discurso de la élite puede constituir así una forma importante de racismo de la élite. De la misma manera, la (re)producción de los prejuicios étnicos que fundamentan dichas prácticas verbales así como otras prácticas sociales ocurre en gran parte a través del texto, de la charla y de la comunicación.

En suma, especialmente en las sociedades de la información contemporáneas, el discurso se aloja en el corazón del racismo. Este capítulo explica cómo y por qué esto es así.

## 2. Racismo

Para entender con cierto detalle cómo el discurso puede contribuir al racismo, primero necesitamos resumir nuestra teoría del racismo. Mientras que el racismo se reduce a menudo a la ideología racista, aquí se entiende como un sistema societal complejo de dominación fundamentado étnico o racialmente, y su consecuente inequidad (para mayor detalle, véase Van Dijk, 1993).

El sistema del racismo está compuesto por un subsistema social y uno cognitivo. El subsistema social está constituido por prácticas sociales discriminadoras a nivel local (micro), y por relaciones de abuso de poder por parte de grupos dominantes, de organizaciones y de instituciones dominantes en un nivel global (macro) de análisis (la mayoría de los análisis clásicos respecto del racismo se focalizan en este último nivel; véase, por ejemplo, a Dovidio y a Gaertner, 1986; Essed, 1991; Katz y Taylor, 1988; Wellman, 1993; Omi y Winant, 1994).

Según lo sugerido arriba, el discurso puede ser un tipo influyente de práctica discriminatoria. Y las élites simbólicas, es decir, esas élites que literalmente ‘tienen la palabra’ en la sociedad, así como sus instituciones y organizaciones, son un ejemplo de los grupos implicados en abusos de poder o dominación.

El segundo subsistema del racismo es cognitivo. Mientras que las prácticas discriminatorias de los miembros de grupos y de instituciones do-

minantes constituyen las manifestaciones visibles y tangibles del racismo cotidiano, tales prácticas también tienen una base mental que consiste en modelos parciales de eventos e interacciones étnicas, las cuales por su parte se encuentran enraizadas en prejuicios e ideologías racistas (Van Dijk, 1984, 1987, 1998). Esto no significa que las prácticas discriminatorias son siempre intencionales, sino solamente que presuponen representaciones mentales socialmente compartidas y negativamente orientadas respecto de ‘Nosotros sobre Ellos’. La mayoría de los estudios psicológicos sobre ‘prejuicio’ abordan este aspecto del racismo, aunque raramente en esos términos, es decir, en términos de su papel en el sistema *social* del racismo. El prejuicio se estudia generalmente como una característica individual (Brown, 1995; Dovidio y Gaertner, 1986; Sniderman, Tetlock y Carmines, 1993; Zanna y Olson, 1994).

El discurso también desempeña un papel fundamental para esta dimensión cognitiva del racismo. Los prejuicios e ideologías étnicas no son innatas, y no se desarrollan espontáneamente en la interacción étnica. Se adquieren y se aprenden, y éste sucede generalmente a través de la comunicación, es decir, a través del texto y la charla. De la misma forma, en sentido inverso tales representaciones mentales racistas típicamente se expresan, formulan, defienden y legitiman en el discurso y pueden por lo tanto reproducirse y compartirse dentro del grupo dominante. Es esencialmente de esta manera en que el racismo es ‘aprendido’ en la sociedad.

### 3. Discurso

#### *Definición*

Sin carecemos de conocimiento sobre el racismo, no sabemos cómo el discurso está implicado en su reproducción diaria. Esto es igualmente cierto para nuestro conocimiento sobre el discurso. Esta noción ha llegado a ser tan popular, que ha perdido mucho de su especificidad. ‘Discurso’ es entendido aquí solamente para significar un evento comunicativo específico, en general, y una forma escrita u oral de interacción verbal o de uso del lenguaje, en particular. ‘Discurso’ se utiliza a veces en un sentido más genérico para denotar un tipo de discurso, una colección de discursos o de una clase de géneros discursivos, por ejemplo, cuando ha-



blamos de ‘discurso médico’, de ‘discurso político’ o de hecho de ‘discurso racista’. (Para una introducción al análisis contemporáneo del discurso, véanse los capítulos respectivos en Van Dijk, 1997.)

Aunque se utiliza a menudo de esa manera, no entendemos por discurso una filosofía, una ideología, un movimiento social o un sistema social, como sucede en frases tales como ‘el discurso del liberalismo’ o ‘el discurso de la modernidad’, a menos que nos refiramos realmente a colecciones de conversaciones o textos.

En el sentido ‘semiótico’ más amplio, los discursos pueden incluir también expresiones no verbales tales como dibujos, cuadros, gestos, mímica, etcétera. Sin embargo, en honor a la brevedad, éstos no serán considerados aquí, aunque se da por entendido que los mensajes racistas pueden transmitirse también por las fotos, las películas, los gestos despectivos u otros actos no verbales.

### *Análisis estructural*

Los discursos tienen variadas estructuras, las cuales también se pueden analizar de diversas maneras dependiendo de las distintas perspectivas generales (lingüística, pragmática, semiótica, retórica, interaccional, etcétera) o el tipo de género analizado, por ejemplo conversación, informes de noticias, poesía o los anuncios publicitarios. Se asumirá aquí que tanto el texto escrito/impreso como la charla oral pueden analizarse así en distintos niveles o a través de varias dimensiones. Cada uno de éstos puede estar directa o indirectamente implicado en una interacción discriminatoria contra miembros de grupos minoritarios o a través de un discurso sobre ellos, por ejemplo de las siguientes maneras:

**Estructuras no verbales:** un cuadro racista; un gesto despectivo; un titular o anuncio destacado que acentúa significados negativos sobre ‘ellos’.

**Sonidos:** una entonación insolente; levantar la voz.

**Sintaxis:** (des)enfatar la responsabilidad sobre la acción, por ejemplo, a través de oraciones activas frente a pasivas.

**Léxico:** seleccionar palabras que pueden ser más o menos negativas sobre ‘Ellos’, o positivas sobre ‘Nosotros’ (por ejemplo, ‘terrorista’ frente a ‘luchador por la libertad’).

**Significado local (de una oración):** por ejemplo siendo vago o indirecto sobre Nuestro racismo, y detallado y preciso sobre sus delitos o conductas impropias.

**Significado global del discurso (temas):** seleccionando o acentuando asuntos positivos para Nosotros (como ayuda y tolerancia), y negativos para Ellos (tales como delito desviación o violencia).

**Esquemas** (formas convencionales de organización global del discurso): Presencia o ausencia de categorías esquemáticas estándar, tales como Resolución en un esquema narrativo, o una Conclusión en un esquema argumentativo para acentuar Nuestras Buenas cosas y Sus Malas cosas.

**Dispositivos retóricos**, tales como metáfora, metonimia, hipérbole, eufemismo, ironía, etcétera —nuevamente, centrar la atención en la información positiva/negativa sobre Nosotros/Ellos: por ejemplo, acusaciones tendientes a derogar a Ellos, o defensas que legitimen nuestra discriminación.

**Interacción:** interrumpir exposiciones de Otros, terminar reuniones antes de que los Otros puedan hablar, discrepar con los Otros o no responder a sus preguntas, entre muchas otras formas de discriminación interaccional directa.

Aunque no muy detallada ni sofisticada, esta breve lista de niveles y de algunas estructuras del discurso da una primera aproximación a la manera en que el discurso y sus varias estructuras puede ligarse a algunos aspectos del racismo. Nótese también que los ejemplos dados demuestran también la clase de polarización grupal que asimismo conocemos por prejuicios subyacentes, a saber, la tendencia total hacia el favoritismo por el endogrupo y una autopresentación positiva, por una parte, y hacia una derogación del exogrupo o una heteropresentación negativa, por otra parte.

En otras palabras, con las muchas estructuras sutiles de los significados, de forma y acción, el discurso racista se acentúa generalmente Nuestras cosas buenas y Sus cosas malas, y desenfatisa (atenúa, oculta) Nuestras cosas malas y Sus cosas buenas. Este cuadrado 'ideológico' general se aplica no solamente a la dominación racista, sino, en general, a la polarización endogrupo-exogrupo en prácticas sociales, discursos y pensamientos.

## *El interfaz cognitivo*

Una teoría adecuada del racismo es no reductora en el sentido de que no limita el racismo solo a la ideología o formas ‘visibles’ de prácticas discriminatorias. Lo anterior también es cierto para la manera en que el discurso está implicado en el racismo. Éste es especialmente el caso para los ‘significados’ del discurso, y por lo tanto también para las creencias, es decir, para la cognición. Los discursos no son solamente formas de interacción o prácticas sociales, sino que también expresan y transmiten significados y pueden, por lo tanto, influenciar nuestras creencias sobre los inmigrantes o las minorías.

El punto del análisis de las estructuras del discurso planteado más arriba, así, no sólo está planteado para examinar las características detalladas de un tipo de práctica social discriminatoria, sino también obtener un conocimiento más profundo sobre la manera en que los discursos expresan y manejan nuestras mentes. Es especialmente este interfaz discurso-cognición lo que explica cómo los prejuicios étnicos y las ideologías se expresan, transmiten, comparten y reproducen en la sociedad. Por ejemplo, una oración pasiva puede oscurecer nuestra responsabilidad en los modelos mentales que nos formamos sobre un acontecimiento racista, un tipo especial de metáfora (por ejemplo en «una invasión de refugiados») puede realzar la opinión negativa que tenemos sobre Otros, y un eufemismo tal como ‘resentimiento popular’ puede atenuar la autoimagen negativa que una expresión tal como ‘racismo’ podría sugerir. De esta y muchas otras maneras, las estructuras del discurso mencionadas anteriormente pueden influenciar los modelos mentales específicos que tenemos sobre acontecimientos étnicos, o las representaciones sociales más generales (actitudes, ideologías) que tenemos sobre nosotros mismos y sobre los Otros. Y una vez que tales representaciones mentales han sido influenciadas de la manera prevista por un discurso racista, pueden ser utilizadas también articulando e integrándose en otras prácticas racistas. Es de esta manera que el círculo del racismo y su reproducción se cierra.

## *El contexto social: las élites*

La investigación sugiere que la reproducción discursiva del racismo en la sociedad no está distribuida uniformemente entre todos los miembros de

la mayoría dominante. Además de analizar sus estructuras y sus respaldos cognitivos, es esencial examinar algunas características del contexto social del discurso, tales como quiénes son sus hablantes y escritores. Hemos sugerido en varias ocasiones en este capítulo que las élites desempeñan un papel especial en este proceso de reproducción (para más detalles, véase Van Dijk, 1993). Esto no porque las élites sean generalmente más racistas que las no élites, sino que especialmente debido a su acceso especial a las formas más influyentes de discurso público —a saber, de los medios de comunicación de masas, de política, de la educación, de la investigación y de las burocracias— y su control sobre ellos. Nuestra definición de estas élites se plantea así en términos de los recursos materiales que son la base del poder, tales como la abundancia, ni simplemente en términos de su posición societal de liderazgo, sino en términos de los recursos simbólicos que definen el «capital simbólico», y particularmente por su acceso preferencial al discurso público. Las élites, definidas de esta manera, son literalmente el(los) grupo(s) en la sociedad que tienen «más que decir», y por ende tienen también un ‘acceso preferencial a las mentes del público general’. Como los líderes ideológicos de la sociedad, ellos establecen valores, metas y preocupaciones comunes; formulan el sentido común como también el consenso, tanto a nivel de individuos como también a nivel de líderes de las instituciones dominantes de la sociedad.

Esto también es verdadero para el ejercicio del poder ‘étnico’ —en el cual la mayoría dominante necesita guías en sus relaciones con las minorías o los inmigrantes. Dado nuestro análisis del papel de las élites ‘simbólicas’ en la sociedad contemporánea, concluimos que también tienen un papel especial en la reproducción del sistema del racismo que mantiene al grupo blanco dominante en el poder. Esto significa que un análisis del discurso de la élite ofrece una perspectiva particularmente relevante respecto a la manera en que el racismo se reproduce en la sociedad.

Al mismo tiempo, sin embargo, es necesario un análisis sociológico y político adicional para examinar en mayor detalle cómo las élites simbólicas se relacionan con la población en general, incluyendo la incorporación y traducción de la confusión popular o resentimiento en las formas del discurso racista dominante que consideran como las más relevantes para mantener su propio poder y estatus. Por ejemplo, la crítica al desempleo y al decaimiento urbano contra las élites (políticas)

puede ser desviada así atribuyéndola a los inmigrantes. Formas más extremas de racismo popular, organizadas o no en partidos políticos, pueden entonces ser denunciadas públicamente para proteger así su propia imagen de no racista y propagar formas más ‘moderadas’ de racismo en los partidos dominantes. No es sorprendente, por lo tanto, que los partidos racistas sean ‘idiotas útiles’ y, en relación a los valores y principios democráticos, raramente prohibidos. Los variados procesos sociales y políticos pueden detectarse fácilmente en un análisis de los discursos de la élite en las sociedades contemporáneas.

Por supuesto, esta perspectiva especial respecto al papel que tienen las élites en la reproducción del racismo, basada en el simple argumento de que éstas controlan el discurso público, explica también el papel de los pequeños grupos de élites en las formas no dominantes de antirracismo. Si es generalmente verdad que los líderes son responsables y necesitan dar un buen ejemplo, esta conclusión también implica que las políticas y el cambio antirracista no debieran centrarse tanto en la población general, sino en quienes demanden necesitarlo menos: las élites. Si las formas más influyentes de racismo están en la cúspide, es también allí donde el cambio tiene que comenzar.

### *El papel del contexto*

El análisis actual del discurso enfatiza el papel fundamental del contexto para la comprensión del rol del texto y de la charla en la sociedad. Como se mencionará repetidamente en este escrito, los discursos dominantes no ejercen su influencia solamente fuera de contexto. Al definir discurso como eventos comunicativos, debemos considerar también, entre otros, los dominios sociales generales en los cuales se utilizan (política, medios de masas, educación), las acciones sociales globales que son abordadas por ellos (legislación, educación), las acciones locales que decretan, la definición de los tiempos y plazos, lugar y circunstancias, los participantes implicados, así como también sus muchos papeles sociales y comunicativos y sus membresías (por ejemplo como grupo étnico), y por último pero no menos importante las creencias y metas de estos participantes. Éstas y otras propiedades de la situación social del evento comunicativo influenciarán virtualmente todas las características del texto y de la conversación, especialmente aquellas características que puedan variar, por ejemplo su

estilo: *cómo* las cosas son dichas. Es decir, los mismos prejuicios pueden formularse de maneras muy diversas dependiendo de éstas y otras estructuras del contexto— por ejemplo, en el discurso del gobierno o debates parlamentarios, grandes elocuciones o actuaciones, de la izquierda o la derecha, etcétera. Es decir, la gran variedad de discursos racistas en la sociedad no sólo refleja representaciones sociales subyacentes variables, sino que especialmente se adapta a diversos contextos productivos: quién dice qué, dónde, cuándo, y con qué objetivos. Una teoría del contexto también explica en parte por qué a pesar del consenso étnico dominante no todas las conversaciones sobre minorías serán iguales.

#### 4. Conversación

Luego de una introducción más teórica sobre la manera en que el discurso está implicado en el racismo y su reproducción, presentaremos ahora algunos ejemplos de los varios géneros cuyo rol respecto del racismo ha sido estudiado.

Un género es un *tipo* de práctica social discursiva, definido generalmente por las estructuras específicas del discurso y las estructuras del contexto según lo explicado más arriba.

Por ejemplo, un debate parlamentario es un género discursivo definido por un estilo específico, formas específicas de interacción verbal (charla) bajo limitantes contextuales especiales de tiempo y de control de los hablantes, en el dominio de la política, en la institución del Parlamento, como parte del acto de la legislación total, desarrollado por los hablantes que son Congresistas, representantes de sus distritos electorales así como de los miembros de sus partidos políticos, con el objetivo (por ejemplo) de defender u oponerse a determinadas propuestas, con estilos formales en la dirección y en las estructuras argumentativas que sustentan un punto de vista político... Y éste es simplemente un breve resumen de una definición particular de un género, la cual generalmente necesita tanto una especificación textual como una contextual.

De la misma manera, la conversación cotidiana es un género, probablemente el género más elemental y más extenso de la interacción y del discurso humanos, definido típicamente por la carencia de los varios li-

mitantes institucionales mencionados anteriormente para los debates parlamentarios. De hecho, virtualmente todos tenemos acceso a las conversaciones, mientras que solamente los Congresistas tienen acceso a los debates parlamentarios. Mucho de lo que aprendemos sobre el mundo se deriva de tales conversaciones cotidianas con familiares, amigos y colegas. Lo mismo es verdadero para los prejuicios e ideologías étnicos.

El estudio de conversaciones de la gente blanca en los Países Bajos y California sobre los inmigrantes (Van Dijk, 1984, 1987), demuestra algunas características interesantes. Frente a preguntas casuales, muchos hablantes comienzan espontáneamente a hablar sobre «esos extranjeros», a menudo negativamente (véanse también los siguientes estudios sobre conversaciones racistas: Jäger, 1992; Wetherell Y Potter, 1992; Wodak, *et al.*, 1990).

Mientras que las conversaciones cotidianas son a menudo sobre otras personas, en las cuales cualquier cosa puede ser tema de conversación, los *asuntos* sobre minorías o inmigrantes se limitan a menudo a algunos tipos de temas, a saber, a los tipos cada vez más negativos de temas como son la Diferencia, la Desviación y la Amenaza. Así, los exogrupos étnicos son referidos en primer lugar en términos de lo diferente que actúan y se perciben respecto a nosotros —diferentes hábitos, lengua, religión o valores. Esta conversación puede todavía ser neutra en el sentido de que tales diferencias no son necesariamente evaluadas de forma negativa; de hecho, las diferencias se pueden plantear incluso en una manera ‘positiva’ como siendo interesantes, exóticas y culturalmente enriquecedoras. A menudo, sin embargo, diversas características serán evaluadas negativamente al compararlas con las del endogrupo. Por otra parte, se puede hablar de los Otros más negativamente en términos de la desviación, es decir, de romper nuestras normas y valores; esto se aprecia típicamente en Europa en observaciones negativas sobre el Islam, o en la manera en que los hombres árabes trata a las mujeres.

Finalmente, se puede hablar sobre los inmigrantes o las minorías de forma aún más negativa en términos de una amenaza, por ejemplo en historias sobre la agresión, delito o al presentarlos como quienes nos quitan nuestros trabajos, viviendas o espacios, o (especialmente en el discurso de la élite) cuando son vistos como amenazantes para ‘nuestra’ cultura dominante.

Mientras que los temas son significados que caracterizan conversaciones enteras o grandes partes de ellas, un análisis semántico local de las conversaciones diarias sobre minorías o inmigrantes revela otras características interesantes. Uno de los más conocidos son las *disclaimers* esto es, jugadas (*moves*) semánticas con una parte positiva sobre Nosotros, y una parte negativa sobre Ellos, por ejemplo:

- Negación aparente: no tenemos nada en contra de los negros, pero...
- Concesión aparente: algunos de ellos son inteligentes, pero en general...
- Empatía aparente: por supuesto los refugiados han tenido problemas, pero...
- Ignorancia aparente: no sé, pero...
- Excusas aparentes: perdón, pero...
- Revocación (culpar a la víctima): no ellos, sino nosotros somos las verdaderas víctimas.
- Transferencia: a mí no me importa, pero mis clientes...

Vemos que estos movimientos locales instalan dentro de una oración las estrategias totales (globales) de la autopresentación positiva (favoritismo del endogrupo) y de la heteropresentación negativa (menoscabo del exogrupo). Obsérvese que algunas negaciones son llamadas ‘aparentes’ aquí, porque la primera y positiva parte parece funcionar principalmente como una forma de cuidar la imagen y manejar las impresiones: El resto del texto o del fragmento se focalizará en las características negativas de los Otros, contradiciendo así la primera parte ‘positiva’.

De la misma manera, podemos examinar varias otras dimensiones de conversaciones cotidianas sobre minorías. Encontramos de esta manera que en las *estructuras narrativas* de historias negativas cotidianas sobre inmigrantes, normalmente faltaba la categoría de la Resolución. Esto se puede interpretar como un dispositivo estructural que realza precisamente los aspectos negativos de la categoría de la Complicación de una historia: historias que tienen resoluciones (positivas) de los problemas o conflictos son menos eficientes como historias de queja sobre Otros.

De la misma manera, las historias también tienen a menudo el papel de las premisas que presentan los ‘hechos’ innegables de la experiencia personal en las argumentaciones que conducen a conclusiones negativas



sobre las minorías. Resulta innecesario plantear que tales argumentaciones están repletas de falacias. Así, las declaraciones negativas sobre los Otros serán fundamentadas típicamente por la autoridad que refiere el que la gente «la vio en la TV». Al igual que los prejuicios son representaciones sociales negativas estereotipadas, los argumentos en sí mismos pueden ser estereotipados y convencionales. Así, se describirá típicamente a los refugiados como una «carga financiera» para nuestra sociedad, sugiriendo que mejor sean cuidados «en su propia región», y disuadidos de venir porque aquí pueden «sufrir por resentimiento popular», o recomendándoles permanecer en su propio país «para ayudar a construirlo y desarrollarlo».

Finalmente, incluso en los niveles superficiales del manejo real de la conversación, por ejemplo al tomar turnos para hablar, en la fluidez, etcétera, podemos observar que los hablantes blancos parecen demostrar inseguridad o inquietud, por ejemplo, por el uso adicional de vacilaciones, pausas, y sus reparos y explicaciones cuando tienen que nombrar o identificar minorías.

Como hemos planteado antes, éstas y otras propiedades del discurso sobre Otros tienen tanto condiciones, funciones y consecuencias interaccionales-sociales, así como también cognitivas. De esta forma, el menoscabo del exogrupo es en sí mismo una práctica social y discriminatoria, pero al mismo tiempo sus manifestaciones discursivas expresan los prejuicios subyacentes, que pueden en último término contribuir a la formación o confirmación de tales prejuicios en los oyentes.

## 5. Noticias

Las conversaciones cotidianas son el lugar natural del racismo popular diario. Dado que las personas comunes no tienen control activo sobre el discurso público de la élite, generalmente no tienen más ‘que decir’ o ‘que hacer’ contra los Otros que hablando negativamente con ellos y sobre ellos. Por supuesto, los estereotipos y los prejuicios étnicos, de la misma manera que los rumores, pueden así expandirse rápidamente.

Sin embargo, como se planteó antes gran parte de las conversaciones cotidianas se inspira en los medios de comunicación. Los hablantes re-

fieren rutinariamente a la televisión o al periódico como su fuente (y autoridad) del conocimiento o de las opiniones sobre las minorías étnicas. Esto es particularmente así para aquellos temas que no pueden observarse directamente en la interacción cotidiana, incluso en aquellos países o ciudades étnicamente heterogéneas. La inmigración es un ejemplo prominente, en el cual la mayoría de los ciudadanos depende de los medios de comunicación, los que a su vez dependen de políticos, de burocratas, de la policía o de las agencias del Estado. Obviamente, en ciudades, regiones o países con pocas minorías, virtualmente todas las creencias sobre los Otros surgen del discurso de los medios de comunicación, de la literatura, los libros de textos y de estudio u otras formas de discurso de la élite. En otras palabras, no sólo para los ciudadanos comunes sino también para las propias élites, los medios de comunicación son actualmente la fuente primaria del conocimiento y la opinión 'étnica' en la sociedad.

No es sorprendente, por lo tanto, que la representación de las minorías en los medios tales como la televisión, los periódicos y las películas, haya sido investigada extensivamente (Dates y Barlow, 1990; Jäger y Link, 1993; Hartmann y Husband, 1974; Van Dijk, 1991). Gran parte de los trabajos anteriores es de contenido analítico —es decir, investigación cuantitativa respecto a características observables del texto o de la conversación, tales como cuán a menudo son retratados los miembros de un grupo étnico específico en las noticias o la publicidad, y en qué roles—. Estos estudios ofrecen cierto acercamiento general, pero no nos dicen detalladamente *cómo* los medios retratan exactamente a las minorías o a las relaciones étnicas. El análisis sofisticado del discurso puede proporcionar tal estudio, y también puede realmente explicar porqué el discurso de los medios tiene las estructuras que tiene, y cómo éste afecta a las mentes del público (los oyentes). Sólo de esta manera lograremos un conocimiento que nos permita adentrarnos en el papel fundamental de los medios en la reproducción del racismo.

Si nos centramos más específicamente en el género de los medios, el cual está en la base de la mayoría de las creencias sobre las minorías, a saber las noticias, podemos proceder de una manera similar a la presentada anteriormente respecto a las conversaciones. Es decir, examinamos cada uno de los niveles identificados antes, y buscamos las estructuras o las es-

trategias que parecen típicas para las representaciones de los Otros en los medios.

Los informes de noticias en la prensa, por ejemplo, tienen una estructura esquemática convencional que consiste en categorías tales como el Resumen (título + encabezado), los Eventos Centrales, la Fundamentación (acontecimientos previos, contexto, historia), los Comentarios y la Evaluación. Así, podemos centrarnos en los *títulos y encabezados* y ver si estos resúmenes típicos de los informes de noticias son diferentes cuando se refieren a las minorías que cuando están referidos a miembros del grupo dominante. Siguiendo la lógica planteada más arriba, podemos por ejemplo asumir que los títulos en las noticias tienden a enfatizar las características negativas de las minorías. Muchas investigaciones han demostrado efectivamente esto. En un estudio holandés, por ejemplo, encontramos que de 1.500 títulos relacionados con temas étnicos, ninguno era positivo cuando implicaba a minorías como agentes activos, responsables, mientras esto era completamente normal cuando uno de Nosotros era el Agente semántico en un título. De la misma manera, la sintaxis de los títulos puede predisponerse en favor del endogrupo, por ejemplo, cuando las construcciones pasivas disminuyen su responsabilidad sobre acciones negativas.

Los títulos resumen la información más importante de un informe de noticias, y por lo tanto expresan también el tema central. El análisis adicional de estos significados totales del discurso confirma lo que encontramos ya en las conversaciones cotidianas, las cuales aparentemente parecen seguir a los medios en este sentido (y viceversa, los medios en un sentido reflejan también la creencia del sentido común), a saber, que los temas se pueden clasificar como temas sobre Diferencia, Desviación y Amenaza. Si hacemos un listado con los temas noticiosos 'étnicos' más importantes en diversos países occidentales, o países donde los europeos son dominantes, surge siempre una lista estándar de asuntos preferidos, por ejemplo

- Inmigración y recepción de los recién llegados.
- Asuntos socioeconómicos; (des)empleo.
- Diferencias culturales.
- Delito, violencia, drogas y desviación.
- Relaciones étnicas; discriminación.

En otras palabras, de los muchos temas posibles, encontramos otra vez una lista corta y estereotipada en la cual las categorías son definidas generalmente de una manera negativa. Así, la inmigración se define siempre como un problema fundamental, y nunca como un desafío, considerado solamente como un favor al país, asociado a menudo a una carga financiera. Lo mismo es verdadero para otros asuntos principales. El delito o los asuntos relacionados con éste, tales como las drogas, está virtualmente siempre entre los cinco temas centrales de representaciones de las minorías —incluso centrándose en lo que se considera como un delito étnico ‘típico’, tal como el tráfico y venta de drogas, pero también lo que se define como «terrorismo político» (por ejemplo en relación con los árabes)—. Las diferencias culturales tienden a ser enfatizadas en demasía, y las semejanzas culturales ignoradas. Incluso la discriminación y el racismo, que podrían proporcionar una visión más equilibrada de los aspectos ‘negativos’ de la sociedad, son raramente noticias sobre la prevalencia de la discriminación y del racismo en la sociedad, pero en cambio en la mayoría de los casos sobre el resentimiento popular (muy raramente o nunca sobre racismo de la élite), sobre casos individuales de la discriminación, por ejemplo en el trabajo, o sobre partidos racistas de extremos. Es decir, la discriminación y el racismo, cuando se discute o aborda en el discurso de la élite y siempre se sitúa en *otra parte*.

Mientras que los temas son indudablemente lo más importante, pero al mismo tiempo el aspecto más memorable de las noticias, ellos simplemente nos dicen *lo que* divulgan los medios sobre asuntos étnicos, no *cómo* lo hacen. Aunque tenemos menor conocimiento detallado respecto de los aspectos locales del significado, del estilo y de la retórica de las noticias relacionadas con la ‘raza’, hay algunos descubrimientos que parecen ser bastante confiables.

Hemos observado ya para los títulos, que la responsabilidad puede realzarse o fundamentarse a través de oraciones activas o pasivas. De la misma manera, la fundamentación puede expresarse en nominalizaciones o en el orden de las palabras en la oración. Nuevamente, la estrategia (en gran parte inintencional) que determina tales estructuras locales es la tendencia polarizada y combinada de la autopresentación positiva y la heteropresentación negativa. Así, podemos encontrar referencias al ‘resentimiento’ o a la ‘discriminación’ en el país, pero no se menciona

siempre contra *quién* se resiente de o discrimina a *quién*, como si la discriminación o el racismo fuera fenómenos de la naturaleza en vez de prácticas de los miembros del grupo dominante.

Además de los aspectos de las formas discursivas superficiales (sintaxis), es especialmente el rico sistema de *significados* que incorpora las muchas creencias subyacentes que representan los modelos mentales de los eventos étnicos, o de forma más general, comparte las representaciones sociales de grupos étnicos o de relaciones étnicas. Siguiendo el ya familiar análisis lógico, podemos esperar así, y de hecho encontrar, que en la información de carácter general que es positiva sobre Nosotros, o negativa sobre Ellos será destacada, y viceversa. Semánticamente, esto significa que dicha información tenderá a ser explícita más bien que implícita, precisa más bien que vaga, específica más bien que general, afirmativa más bien que presupuestada, detallada en vez de desarrollada a través de abstracciones. Así, Nuestra intolerancia, racismo cotidiano o discriminación serán divulgados raramente en detalles concretos, pero Sus crímenes, violencia y desviación sí lo serán.

Considerando el interfaz cognitivo discutido más arriba, suponemos que tales estructuras del significado son una función de las representaciones mentales subyacentes las cuales simplemente retratan los eventos étnicos y los grupos étnicos de esa manera. Éstas pueden ser *ad hoc*, modelos mentales personales con opiniones personales, pero también estereotipos, prejuicios e ideologías extensamente compartidos. Y la minoría de éstos es consciente (como es comúnmente el caso para formas más sutiles de racismo), mientras el consenso esté intervenido por ideologías étnicas dominantes. De hecho, el análisis detallado de las noticias sobre eventos étnicos proporciona una rica fuente para el estudio de la cognición social contemporánea.

Nótese, sin embargo, que lo que la gente dice y piensa en el discurso no es solamente una función directa de sus creencias étnicas, sino también una función del *contexto*, tal como el *setting*, el género, los hablantes/escritores, las audiencias, etcétera. Así, las noticias sobre asuntos étnicos en periódicos serios y en los tabloides son muy diferentes por esas razones contextuales, incluso si los modelos mentales subyacentes de los periodistas sobre los acontecimientos étnicos fueran los mismos. Estas diferencias del contexto se manifiestan especialmente en las estructuras

superficiales variables del estilo (exposición, sintaxis, léxico, dispositivos retóricos).

Los informes noticieros también tienen una dimensión intertextual importante. La elaboración de las noticias se basa en gran parte en el procesamiento de una gran cantidad de fuentes, tales como otros informes de noticias, ruedas de prensa, entrevistas, estudios, etcétera. Tal intertextualidad en los informes noticieros se demuestra a través de varias formas de citación y referencias a otros discursos. De esta forma, no sorprende que los periódicos tomen generalmente fuentes de la élite (blancas) (por ejemplo, del gobierno, de los intelectuales o de la policía) como si fueran más creíbles y valiosas que las fuentes de los miembros de los grupos minoritarios. De hecho, los grupos minoritarios tienen poco acceso directo a los medios. Si son citados, siempre son acompañados por declaraciones de miembros del grupo mayoritario creíble. Declaraciones sobre la discriminación y el racismo serán a menudo degradadas al dudoso estado de alegaciones.

Mientras que éstos y muchos otros aspectos de las noticias que se divulgan sobre la raza expresan y reproducen actitudes e ideologías étnicas dominantes, y por lo tanto influyen crucialmente al racismo, debe enfatizarse que la problematización y marginalización de las minorías no sólo ocurre en las noticias, sino también en la sala de edición. Especialmente en Europa occidental, los reporteros principales son virtualmente siempre europeos blancos. No sorprende que éstos seguirán un golpe noticioso, buscarán fuentes y crearán opiniones que son consistentes con sus propias creencias y las de otros miembros de su grupo, y mucho menos aquellas de los grupos de la minoría. De esta forma, hasta el presente los periodistas de la minoría han tenido menor acceso a los medios, especialmente en posiciones de liderazgo. Como hemos visto, las élites, especialmente en Europa, son virtualmente siempre blancas, y también controlan los contenidos, las formas, el estilo y las metas de las noticias y del periodismo. No es sorprendente, por lo tanto, que los medios de comunicación de masas, y especialmente la derecha, la prensa sensacionalista (tabloides), es en mayor medida parte del problema del racismo que parte de su solución.

## 6. Libros de textos

Indiscutiblemente, después de los medios de comunicación de masas el discurso educativo es el más influyente en la sociedad, especialmente cuando se refiere a la comunicación de creencias que no son transmitidas generalmente a través de la conversación cotidiana o los medios. Todos los niños, adolescentes y adultos jóvenes, se ven confrontados diariamente a muchas horas de estudio y libros de textos —los únicos libros que son lectura obligatoria en nuestra cultura—. Es decir, no hay ninguna institución o discurso comparable respecto de aquel que se inculca masivamente en la escuela.

La mala noticia es que esto es también cierto para los aprendizajes sobre Ellos —los inmigrantes, los refugiados, las minorías y la población del Tercer Mundo, y que tales discursos son a menudo muy estereotipados y, en ocasiones, altamente prejuiciosos—. La buena noticia es que no hay dominio o institución en la sociedad en donde los discursos alternativos tengan mayores posibilidades de desarrollarse que en la educación.

Muchos estudios se han desarrollado en torno a la representación de las minorías y de la población del Tercer Mundo en libros de textos. Incluso simples análisis del contenido han demostrado repetidamente que tal representación, por lo menos hasta hace poco tiempo, tiende a ser sesgada, estereotipada y eurocéntrica, y en los libros de textos anteriores incluso explícitamente racista (Blondin, 1990; Klein, 1985; Preiswerk *et al.*, 1980; Van Dijk, 1993).

Según lo sugerido, mucho ha cambiado en los libros de textos contemporáneos. Mientras que los libros anteriores virtualmente ignoraban o marginaban a las minorías, por lo menos hasta el final de los años ochenta, a pesar de su presencia prominente en el país al igual que en la sala de clase, los libros de textos actuales sobre ciencias sociales como también en otros campos parecen finalmente haber descubierto que existen también minorías sobre las cuales escribir. Y mientras que la información sobre Nosotros que podría ser negativa (tal como el colonialismo) comúnmente era ignorada o atenuada, existe hoy una tendencia a desear enseñar a los niños también sobre los aspectos menos gloriosos de 'Nuestra' historia o sociedad.

Si bien esto es una tendencia, aún se encuentra lejos de ser la regla. Muchos libros de textos contemporáneos en muchos países occidentales siguen siendo básicamente eurocéntricos: no sólo nuestra economía o tecnología, sino también nuestras opiniones, valores, sociedades y políticas son invariablemente superiores. Continúan repitiendo los estereotipos sobre las minorías y otras poblaciones no europeas. Los países del Tercer Mundo tienden a ser tratados de una manera homogénea, a pesar de las enormes diferencias existentes entre ellos. Al igual que en el caso en la prensa, los Otros son asociados invariablemente a Problemas, para los cuales sin embargo Nosotros tendemos a ofrecer una solución. Todo esto es igualmente cierto para las minorías *dentro* del país, sobre las cuales se refiere en gran parte en términos de diferencias culturales y de desviación, y raramente en términos de su vida diaria, trabajo, y sus contribuciones tanto a la cultura como a la economía. Finalmente, las determinaciones respecto al libro de textos para utilizar ignoran demasiado a menudo la presencia de niños de la minoría en la sala de clase, o bien, puede hablarse de éstos como Ellos, y no siempre tratarles como parte de Nosotros.

Éstas y muchas otras características de los libros de textos no son obviamente una preparación ideal para la adquisición de las creencias étnicas que preparan adecuadamente a los niños para las sociedades contemporáneas, cada vez más multiculturales y diversas, en Europa Occidental, Norteamérica, y en otras partes donde los europeos son excesivamente dominantes respecto a los no europeos. De igual manera que para los medios y la población adulta, los libros de textos y las lecciones basadas en ellos forman el crisol discursivo para la reproducción diaria de las creencias étnicas negativamente polarizadas, y de las prácticas a menudo discriminatorias basadas en ellas. Hemos planteado que el racismo es aprendido y no natural o innato. Este proceso de aprendizaje comienza ya en la escuela.

## 7. Discurso político: debates parlamentarios

Finalmente, entre las élites simbólicas influyentes de la sociedad, es decir, aquellas que tienen un acceso especial y un control sobre el discurso público, debemos mencionar a los políticos. De hecho, algunas veces incluso ante los medios de comunicación, los políticos prominentes tienen



ya preformulada una definición respecto a la situación étnica. Algunas instituciones gubernamentales, tales como el Servicio de Inmigración y la policía, como también las burocracias que las sostienen, son a menudo las primeras 'en hablar realmente' con los nuevos inmigrantes, así como también en hablar sobre ellos. Tal discurso llegará rápidamente a ser oficial, tanto en cuanto a significado/contenido como a estilo, y adoptado rutinariamente por los medios que cubren a estas agencias e instituciones, propagando así las definiciones dominantes respecto a la situación étnica entre la población en general. También dependiendo de partidos y de contextos políticos, tales discursos pueden otra vez ser estereotipados, sesgados e incluso racistas, o bien tomar de hecho una posición disidente, antirracista, basada en los derechos humanos, la multiculturalidad y la diversidad (véase, por ejemplo, a Hargreaves y a Leaman, 1995; Hurwitz y Peffley, 1998; Solomos, 1993).

Históricamente, el discurso político sobre los Otros, ya sean las minorías dentro del país, o bien no europeos en los países del Tercer Mundo o en las colonias, ha sido una de las formas evidentes de racismo en el discurso de la élite (Lauren, 1988). Al menos hasta la Segunda Guerra Mundial, los líderes políticos despreciaban abiertamente a personas de origen asiático o africano, y explícitamente manifestaban su superioridad blanca y occidental. También debido al Holocausto y a la Segunda Guerra Mundial, y como resultado del descrédito de las creencias racistas debido a su uso por parte de los nazis, el discurso político de la posguerra ha llegado a ser cada vez menos evidente en la derecha, y más antirracista en la izquierda. Este desarrollo, sin embargo, no debe considerarse como una forma constante de progreso, considerando que en los años noventa el discurso problematizador y estigmatizador sobre los refugiados e inmigrantes ha reaparecido abiertamente, incluso en los partidos dominantes.

El análisis de los debates parlamentarios sobre minorías, inmigración, refugiados y temas étnicos en general, muestra muchas características que son consistentes con las de otros discursos de la élite que hemos examinado anteriormente (Van Dijk, 1993). Específicamente para este género discursivo, sus características del contexto son, por supuesto, especiales: el dominio político, la institución del Parlamento, el acto de la legislación política en su totalidad, los participantes en muchos roles diversos (po-

líticos, miembros del partido, parlamentarios, representantes, miembros de la oposición, etcétera), y los actos locales implicados, como por ejemplo defender u oponerse a algún determinado proyecto dando un discurso, criticando al gobierno, atacando a los oponentes, etcétera.

Grandes partes de los debates parlamentarios sobre la inmigración y asuntos étnicos se organizan en función de estas dimensiones del contexto. Así, las estrategias populistas conversacionales, en las cuales se invoca la voluntad de la gente, por ejemplo, para restringir la inmigración, son por supuesto una función de la posición de los parlamentarios, quienes necesitan votos para permanecer en el Parlamento o para coincidir con la línea de partido. Las posturas respecto a las políticas étnicas que se toman y defienden en el Parlamento, así, no son en principio opiniones personales, sino expresiones de las actitudes políticas compartidas por el partido. Y los temas de debate son aquellos que forman parte la discusión respecto a la legislación actual, por ejemplo ocuparse de alguna ley de inmigración, o de la llegada de refugiados de Bosnia o de Kosovo.

El contexto político define de igual modo el nacionalismo que se hace evidente en las discusiones sobre inmigración y minorías. De la misma manera en que encontramos *disclaimers* en la charla cotidiana, los discursos parlamentarios pueden comenzar con largas secciones de auto-presentación positiva en la forma de glorificación nacionalista de las «largas tradiciones de tolerancia» o de la «hospitalidad para el oprimido». Pero, por supuesto, «no podemos dejarlos entrar a todos», «no tenemos los recursos», etcétera. Es decir, el resto de tales discusiones será a menudo absolutamente negativo cuando se refiera a la caracterización de los Otros o a la legitimación de otras restricciones para la inmigración. Ésta es por lo menos la voz dominante —porque de vez en cuando también encontramos voces más tolerantes, antirracistas, disidentes, que apelan a los derechos humanos y a los principios universales.

Estructuralmente hablando, los debates parlamentarios son secuencias organizadas de elocuciones, por parte de hablantes del gobierno y de la oposición respectivamente. Dadas las posiciones y los roles políticos respectivos, cada hablante se referirá 'a' un tema específico, tal como un acontecimiento étnico reciente o una ley, y argumentará a favor o en contra de determinadas perspectivas, por ejemplo, de los aspectos de la política pública sobre temas étnicos o sobre la inmigración. Esto signi-

fica que tales debates y sus elocuciones serán principalmente argumentativos y retóricos.

Aparte de la conocida retórica del nacionalismo, del populismo o de los derechos humanos mencionada más arriba, lo que es quizá más fascinante de los debates parlamentarios sobre la inmigración son las jugadas *argumentativas*, por ejemplo las que se utilizan para legitimar las restricciones de inmigración. Muchos de estos movimientos se han convertido en argumentos estándar o *topoi*, tal como la referencia a nuestra (la del hombre blanco) carga financiera, la lamentable referencia al ‘resentimiento’ en el país, la sugerencia de recibir a los refugiados en su propio país, la necesidad de escuchar la voluntad de la gente, etcétera. De la misma manera, tales argumentaciones están repletas de falacias de varios tipos. La credibilidad por encima de la verdad es utilizada al referirse a fuentes autorizadas o a líderes de opinión, tales como los intelectuales o la Iglesia. Los ejemplos seleccionados pero emocionalmente eficaces son utilizados respecto al fraude de la inmigración o de la tortura por parte de regímenes extranjeros para argumentar en contra o a favor de leyes liberales de inmigración para los refugiados, en ambos casos cayendo en la falacia de la generalización según casos singulares. Una vez más, la estrategia global en la selección de las jugadas argumentativas es autopresentación positiva y heteropresentación negativa. Los Otros pueden ser no solamente los inmigrantes, sino también aquellos miembros de los partidos políticos (opositores) que defienden sus derechos, o viceversa, aquellos que son señalados por infringir tales derechos.

Los debates parlamentarios son públicos, tanto en el expediente y como en lo oficial. Esto significa que tanto el contenido como el estilo son estrictamente controlados, especialmente en los discursos escritos. En los debates espontáneos hay menos formalidad, con una gran variación según los países: en Francia tales discusiones se pueden calentar, con muchas interrupciones, cortes y muchos estilos retóricos, a diferencia de los Países Bajos y de España, donde los debates parlamentarios son formales y *polite*. Esto también se aplica a los significados y al estilo de los debates sobre minorías e inmigración.

El autodomínio y la exposición pública prohíbe por ejemplo formas explícitas de menoscabo o de selección léxica que sea obviamente sesgada. Esto significa que tal discurso oficial raramente parecerá muy ra-

cista. Por el contrario, la tolerancia y el entendimiento pueden ser tematizados en exceso. Pero hemos visto que esto puede ser también una jugada, una negación que introduce nuevos temas negativos. Y para legitimar las restricciones a la inmigración, los oradores necesitan explicar por qué los inmigrantes o la inmigración son negativas para el país, y una declaración tan global puede ser presentada solamente a través de la estrategia general, ejecutada en todos los niveles del discurso, de la heteropresentación negativa. Así, también en el Parlamento, habrá referencias al fraude, a las drogas o al crimen de los inmigrantes, así como a las diferencias y a los conflictos culturales, o al impacto desastroso en el mercado de trabajo.

## Observaciones finales

En suma, vemos que los discursos públicos influyentes, a saber aquellos de las élites y de las instituciones de la élite, muestran una gran cantidad de características similares. Éstos no solamente reflejan modelos mentales subyacentes similares y representaciones sociales compartidas por las élites, sino que también formas similares de interacción social, de comunicación, de persuasión y de opinión pública. Las diferencias son principalmente contextuales, es decir, dependen de las metas, de las funciones o de los participantes implicados en ellas. Pero dadas metas similares, a saber, la manipulación de la opinión pública, la legitimación y la toma de decisiones, podemos asumir que estructuras y estrategias muy similares estarán trabajando en tales tipos de discurso. Encontraremos temas estereotipados, *topoi* convencionales, *disclaimers* que encubren y por lo tanto manejan la impresión que se genera; todos ellos se articulan sobre falacias argumentativas similares, hacen selecciones léxicas similares al hablar sobre Ellos, o utilizan las mismas metáforas para enfatizar algunas de sus (malas) características. Todas estas diversas estructuras en diversos niveles, y de diversos géneros, de la élite, contribuyen a la estrategia global de la autopresentación positiva y de la heteropresentación negativa. Hemos visto que tales estructuras pueden derivar de-y orientarse hacia la construcción de las mismas estructuras mentales, es decir, actitudes e ideologías negativas en torno a las minorías y la inmigración. Y considerando que tanto entre las élites como entre la población en ge-

neral, tales cogniciones dominantes del grupo inspirarán nuevamente discursos y prácticas sociales igualmente negativos, podemos comenzar a entender cómo el discurso, y especialmente el discurso público de la élite, está implicado de manera crucial en la reproducción del racismo.

## Bibliografía

- Blondin, D. (1990). *L'apprentissage du racisme dans les manuels scolaires*. Montreal, Quebec: Éditions Agence d'Arc.
- Brown, R. (1995). *Prejudice: Its social psychology*. Oxford: Blackwell Publishers.
- Dates, J. L., y Barlow, W. (eds.) (1990). *Split image: African Americans in the mass media*. Washington, DC: Howard University Press.
- Dovidio, J. F. y Gaertner, S. L. (eds.) (1986). *Prejudice, discrimination, and racism*. Orlando, FL: Academic Press.
- Essed, P. (1991). *Understanding everyday racism: An interdisciplinary theory*. Newbury Park: Sage Publications.
- Hargreaves, A. G. y Leaman, J. (eds.) (1995). *Racism, ethnicity, and politics in contemporary Europe*. Aldershot: Elgar.
- Hartmann, P. y Husband, C. (1974). *Racism and the mass media*. Londres: Davis-Poynter.
- Hurwitz, J. y Peffley, M. (eds.) (1998). *Perception and prejudice: Race and politics in the United States*. New Haven: Yale University Press.
- Jäger, S. (1992). *BrandSätze. Rassismus im Alltag*. ['Brandsätze'. Inflammatory Sentences / Firebombs. Racism in everyday life.] DISS-Studien. Duisburgo: DISS.
- y Link, J. (1993). *Die vierte Gewalt. Rassismus und die Medien*. [The Fourth Power. Racism and the Media]. Duisburgo: DISS.
- Katz, P. A. y Taylor, D. A. (eds.) (1988). *Eliminating racism: Profiles in controversy*. Nueva York: Plenum Press.
- Klein, G. (1985). *Reading into racism: Bias in children's literature and learning materials*. Londres-Boston: Routledge & Kegan Paul.
- Lauren, P. G. (1988). *Power and prejudice. The politics and diplomacy of racial discrimination*. Boulder, CO: Westview Press.
- Omi, M. y Winant, H. (1994). *Racial formation in the United States. From the 1960s to the 1990s*. Londres: Routledge.
- Preiswerk, R. (1980). *The Slant of the pen: Racism in children's books*. Ginebra: Programme to Combat Racism, World Council of Churches.
- Sniderman, P. M., Tetlock, P. E. y Carmines, E. G. (eds.) (1993). *Prejudice, politics, and the American dilemma*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Solomos, J. (1993). *Race and racism in Britain*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Van Dijk, T. A. (1984). *Prejudice in discourse: An analysis of ethnic prejudice in cognition and conversation*. Amsterdam-Filadelfia: J. Benjamins Co.
- (1987). *Communicating racism: Ethnic prejudice in thought and talk*. Newbury Park, CA: Sage Publications, Inc.

- (1991). *Racism and the press*. Londres-Nueva York: Routledge.
- (1993). *Elite discourse and racism*. Newbury Park, CA: Sage Publications, Inc.
- (1998). *Ideology. A multidisciplinary study*. Londres: Sage.
- (ed.) (1997). *Discourse studies: A multidisciplinary introduction*. Londres: Sage Publications.
- Wellman, D. T. (1993). *Portraits of white racism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wetherell, M. y Potter, J. (1992). *Mapping the language of racism: Discourse and the legitimation of exploitation*. Nueva York: Columbia University Press.
- Wodak, R., Nowak, P., Pelikan, J., Gruber, H., de Cillia, R. y Mitten, R. (1990). «Wir sind alle unschuldige Täter». Diskurshistorische Studien zum Nachkriegsantisemitismus [«We are all innocent perpetrators» Discourse historic studies in post war anti-Semitism]. Fráncfurt del Meno: Suhrkamp.
- Zanna, M. P. y Olson, J. M. (eds.) (1994). *The psychology of prejudice*. The Ontario Symposium.



## 6

# El discurso y la negación del racismo

### Discurso y racismo

Una de las cualidades decisivas del racismo contemporáneo es su negación, que tan bien ilustran las consabidas frases de descargo de responsabilidad como «No tengo nada contra los negros, pero...». Este capítulo examina las estrategias discursivas, así como las funciones cognitivas y sociales de ésta y otras formas de negación en diferentes géneros de texto y conversación sobre asuntos étnicos o raciales.

Este estudio se inscribe en el marco de un programa de investigación interdisciplinaria llevado a cabo en la Universidad de Amsterdam que indaga la reproducción del racismo a través del discurso y la comunicación. Varios proyectos de este programa de investigación analizaron las conversaciones cotidianas, los libros de texto, las noticias aparecidas en la prensa, el discurso parlamentario y otras formas de comunicación pública y de las organizaciones (van Dijk, 1984, 1987a, 1987b, 1991, 1993a).

La idea guía de esta investigación es que los prejuicios étnicos y raciales se adquieren y comparten dentro del grupo dominante blanco principalmente a través de la conversación cotidiana y el texto y la conversación institucionales. Tal discurso sirve para expresar, transmitir, legitimar o también ocultar o negar esas actitudes étnicas negativas. Por



consiguiente, un enfoque analítico sistemático y agudo del discurso debería poder reconstruir tales cogniciones sociales sobre los grupos exteriores al propio.

En este programa de investigación también se parte de la idea de que la conversación y el texto sobre las minorías, los inmigrantes, los refugiados o, de manera más general, sobre las personas no blancas y las naciones y habitantes del Tercer Mundo, también tienen funciones culturales, políticas y de organización social más amplias. Además de presentar positivamente a los propios y negativamente a los ajenos, este discurso marca la pertenencia al propio grupo, las adhesiones internas dentro del grupo blanco y, en general, las diversas condiciones que se dan para que la supremacía del grupo blanco y su dominación se reproduzcan en prácticamente todos los terrenos sociales, políticos y culturales.

El marco teórico que organiza este programa de investigación es complejo e interdisciplinario. Las descripciones sistemáticas de textos y conversaciones requieren una teoría explícita del discurso. Relacionar esas estructuras del discurso con representaciones mentales tales como los modelos, actitudes e ideologías que construyen las personas sobre los acontecimientos y los grupos étnicos y sobre la organización étnica de la sociedad y la cultura, supone aplicar una afinada psicología de las cogniciones sociales. Por lo demás, un estudio de las funciones que cumple el discurso en la reproducción de la dominación del grupo blanco siempre debe desarrollarse en la perspectiva más amplia de una teoría social y cultural del racismo y la discriminación étnica.

Un enfoque interdisciplinario de esta naturaleza sobre la parte que corresponde al discurso y la comunicación en la reproducción del racismo opera primero en el micronivel de la organización social de las interacciones, el discurso y las cogniciones sociales cotidianas situadas de miembros individuales de un grupo. En segundo término, esta «realidad» de micronivel del racismo «instrumenta» (*enact*) las estructuras y procesos generales de dominación y desigualdad en los niveles meso y macro de los grupos, formaciones sociales, vecindarios, instituciones, organizaciones y hasta naciones y regiones enteras del mundo. Al mismo tiempo, el estudio de la interdependencia de las micro y macro estructuras del racismo, exige además un análisis de la relaciones entre cognición y acción, a saber, en el micronivel, entre modelos mentales de los

miembros del grupo y sus prácticas y, en el macronivel, entre las actitudes e ideologías del grupo social, por un lado y las estructuras de la sociedad, por el otro.

Otra hipótesis importante surgida de este trabajo previo es la de que las élites políticas, de los medios, académicas, corporativas y de muy diversos ámbitos desempeñan un papel destacado en la reproducción del racismo. Son quienes controlan muchos tipos de discurso público o tienen acceso a ellos, son los más interesados en mantener la dominación del grupo blanco y habitualmente son los más expertos en formular persuasivamente sus opiniones técnicas. Aunque, por supuesto, hay un juego continuo entre las formas populares y las formas de élite del racismo, el análisis de muchas formas de discurso sugiere que las élites, de muchas maneras, «preformulan» el tipo de creencias étnicas cuyas versiones, a veces más estridentes, se convierten luego en popular moneda corriente. Lo cierto es que muchas de las formas más «sutiles», «modernas», «cotidianas» o «nuevas» del racismo cultural o la discriminación étnica que veremos luego fueron tomadas del discurso de élite (para más detalles, véase van Dijk, 1987b, 1992, 1993a). Esta hipótesis no es incompatible con la posibilidad de que ciertos grupos de élite (más pequeños, opositores) también cumplan una función prominente en la tarea de preformular las ideologías antirracistas.

Dentro de este complejo marco teórico, nuestros primeros estudios del texto y la conversación examinaron, entre otras estructuras, los temas dominantes del discurso, los esquemas de los textos —por ejemplo, de los relatos— y la argumentación, así como las jugadas semánticas locales (como la frase de descargo de responsabilidad mencionada al comienzo del capítulo), el estilo y las propiedades retóricas y específicas de la interacción que se da en la conversación.

Sugerimos antes que uno de los resultados de este primer trabajo indica que en los textos y conversaciones sobre las minorías étnicas o raciales, muchos blancos siguen una doble estrategia de presentarse positivamente a sí mismos y, a la vez, expresar formas sutiles, indirectas —o en ocasiones más agresivas— de presentación negativa del Otro. En realidad, especialmente en el discurso público, el menoscabo del exogrupo rara vez se produce sin estar acompañado de expresiones a favor del propio grupo o destinadas a mantener las apariencias de tolerancia.

## La negación del racismo

La negación del racismo es uno de las jugadas que forman parte de la estrategia ulterior de presentar positivamente al grupo propio. Las normas y los valores generales prohíben las formas (explícitas) de prejuicio y discriminación étnicos y muchos, si no la mayoría de los miembros del grupo blanco, son conscientes de tales restricciones sociales y, hasta cierto punto, incluso las comparten y las reconocen (Billig, 1988). Por lo tanto, hasta el discurso más abiertamente racista de los reunidos en nuestros datos presenta siempre alguna negación o, al menos, mitigaciones del racismo. Fue interesante comprobar que precisamente los discursos más racistas tienden a abundar en descargos (*disclaimers*) y otras negaciones. Esto sugiere que los usuarios del lenguaje que se expresan negativamente sobre las minorías son plenamente conscientes de que sus palabras pueden interpretarse como una violación a las normas sociales de tolerancia y aceptación.

Las negaciones del propio racismo y otras formas similares de presentar una imagen positiva y tolerante de sí mismo tienen una dimensión *individual*, pero también una dimensión *social*. La mayoría de los hablantes blancos no sólo toman a mal que se los perciba individualmente como racistas, sino que —y esto es aún más importante— sus estrategias suelen apuntar al mismo tiempo a defender al grupo al que pertenecen en su conjunto: «*Nosotros* no somos racistas», «Ésta no es una sociedad racista».

Mientras la primera forma, individual, de negación es característica de las conversaciones cotidianas informales, la segunda es típica del discurso público en esferas tales como la política, los medios, la educación, las empresas y otras organizaciones. Puesto que potencialmente el discurso público llega a una amplia audiencia, esta última forma, social, de la negación es la más influyente y, por ende, la más perjudicial: el discurso social de negación ayuda a construir persuasivamente el consenso blanco dominante. Pocos miembros del grupo blanco podrían tener razones o intereses para dudar de tal afirmación y mucho menos para oponerse.

Mantener la apariencia o hacer una presentación positiva de sí mismo son fenómenos muy conocidos en la psicología social, la sociología y la investigación en comunicación y forman parte de la estrategia general de

manejo de la impresión (Brewer, 1988; Brown y Levinson, 1987; Goffman, 1959; Schlenker, 1980; Tedeschi, 1981). En la interacción, las personas tratan de actuar y, por lo tanto, de hablar, de tal manera que sus interlocutores tengan la mejor «impresión» posible de ellas o, por lo menos, se esfuerzan por no producir una impresión negativa (Arkin, 1981).

Teóricamente, las impresiones causadas son representaciones de la persona, es decir, esquemas mentales que resaltan un conjunto organizado de categorías según las cuales se juzga a las personas, habitualmente, en varias dimensiones y con respecto a varias normas, intereses o criterios. Tales juicios pueden depender de la situación o el lugar o corresponder a acciones o cogniciones del momento, pero también pueden referirse a características de la «personalidad» de un individuo más permanentes, independientes del contexto.

Puede suponerse que si bien la gente desea evitar una impresión negativa en cualquier situación, probablemente se preocupe mucho más por evitar una evaluación negativa general sobre su personalidad que un juicio negativo sobre una acción particular en una situación específica. La imputación de «racista» o hasta de «intolerante» supone una característica más perdurable de la persona y es, por lo tanto, un juicio particularmente amenazador de su prestigio. De ahí que, cuando quien habla pone énfasis en que no tiene «nada contra los negros» (u otros grupos minoritarios), ese descargo se centra en una actitud más permanente, antes que en una opinión (negativa) específica que está expresando en ese momento sobre algún miembro específico de un grupo ajeno al suyo o algún acontecimiento o acción étnico o racial específicos.

Lo que intentan hacer esos descargos de responsabilidad es, pues, impedir que de esa instancia particular se hagan inferencias que lleguen hasta la impresión más general. Después de todo, una opinión negativa específica sobre un miembro o un acto particulares de un grupo étnico, bien puede considerarse justificada, mientras que una opinión negativa más general sobre las minorías étnicas podría verse como constitutiva de una actitud racista.

En este último caso, la actitud negativa podría juzgarse aceptable únicamente cuando correspondiera a una característica específica de un grupo, por ejemplo, cuando alguien da por sentado que a menudo los refugiados entran ilegalmente al país o cuando se estima que los negros es-

tán insuficientemente «motivados» para alcanzar una buena educación o conseguir empleo. En ese caso, puede respaldarse el juicio haciendo referencia a (supuestas) acciones o actitudes negativas del grupo exterior al grupo dominante. Por ello no sorprende que, cuando alguien califica tales juicios de «racistas», quien emitió la opinión negativa niegue enfáticamente el racismo.

Veremos luego que en tales casos suele invertirse la carga: la persona que acusa al otro de racista termina siendo acusada a su vez de racismo invertido contra los blancos, se la tacha de ultrasensible, exagerada e intolerante y generalmente se la culpa de «ver racismo donde no lo hay», como les gusta señalar a los periódicos derechistas británicos (van Dijk, 1991). Así, pronto las acusaciones de racismo pasan a figurar como infracciones sociales más serias que las actitudes o acciones racistas mismas pues se dice, por ejemplo, que socavan la solidaridad y los encuentros amables dentro del grupo (dominante) con lo cual arruinan la «buena atmósfera» de las interacciones y situaciones. Además, existe la tendencia a insinuar que las acusaciones de racismo imponen tabúes e impiden hablar libremente y evaluar de manera «verdadera» y «honestamente» la situación étnica. En otras palabras, las negaciones del racismo frecuentemente se transforman en contraacusaciones de antirracismo intolerante e intolerable.

## **Tipos de negación**

Vemos que la negación puede adquirir muchas formas, cada una de ellas con sus propias funciones cognitivas, emocionales, sociales, políticas y culturales. Tenemos negaciones generales y otras que dependen de la situación, negaciones personales y otras basadas en el propio grupo. Aunque la persona que habla sobre otros grupos, normalmente lo hace en su carácter de miembro de su grupo, bien puede darse una tensión entre las opiniones individuales y las compartidas por su grupo. Quienes niegan ser racistas habitualmente dan a entender que lo hacen en concordancia con la norma general y oficial de su grupo que prohíbe el racismo y que, por consiguiente, son ciudadanos decentes. Esos descargos individuales con frecuencia hacen suponer que el grupo en su conjunto no es racista.

Por otra parte, puede haber situaciones en las que los individuos nieguen tener opiniones o ejercer prácticas racistas y al mismo tiempo reconozcan que el grupo al que pertenecen, o al menos algunos o muchos de los demás miembros, pueden no compartir esa tolerancia. Sin embargo, esa combinación de negaciones y admisiones es rara puesto que criticar al propio grupo suele ser una estrategia característica de los antirracistas (Taguieff, 1988), mientras que la negación del racismo individual en general es típica de las opiniones racistas. Por otro lado, se observa la estrategia de negar el racismo individual en comparación con las actitudes de «otros», por ejemplo, vecinos, clientes y luego pasar a un movimiento de *transferencia*: «No tengo nada contra ellos, pero, imagínese, a mis clientes no les gusta tratar con personal negro...».

El acto mismo de negación adquiere, pues, diferentes apariencias. Generalmente la negación es parte de una estrategia de *defensa*, que supone acusaciones explícitas o implícitas. En ese caso, la persona puede negar haber participado en actos negativos, haber violado la ley o alguna norma social o tener una personalidad general negativa, acusaciones que su interlocutor *realmente* le hace. Aunque la negación también puede ser preventiva, como cuando la persona hace una presentación positiva de sí misma o se preocupa por guardar las apariencias, es decir, se adelanta a las inferencias *posibles* que pueda hacer su interlocutor.

Teóricamente, la acción se analiza como una combinación de cognición (intención) y actividad. Uno puede admitir haber realizado una acción susceptible de ser interpretada como negativa y, al mismo tiempo, negar la contraparte cognitiva negativa: «Nunca tuve la intención de que resultara así». Es decir, en las estrategias de defensa, la condición crucial para ser responsable de la acción negativa estriba en las intenciones: las buenas intenciones se juzgan como impulsoras de buenas actitudes y, por lo tanto, como características de un buen miembro de la sociedad, un buen ciudadano.

Esta distinción entre intención y actividad también impregna varios aspectos de la ley penal que, por ejemplo, distingue entre homicidio premeditado e imprevisto. La intención y especialmente la planificación a largo plazo y la realización voluntaria de delitos criminales son, por lo menos, una condición agravante del delito. En cambio los accidentes, los incidentes realizados «por el impulso del momento» o los actos defini-

dos como «emocionalmente violentos» y otras acciones no planeadas son en parte excusables y, por lo tanto, menos graves. Éste es, por definición, el caso de la interacción cotidiana espontánea.

Nótese que las negaciones de intenciones, como podemos llamarlas, estratégicamente son muy efectivas pues el acusador tiene muy pocas maneras de probar realmente las intenciones negativas. Esto se ve claramente en los juicios por discriminación, en los que frecuentemente es difícil probar que la acción negativa no fue cometida por otras razones aceptables. Por ejemplo, un periódico puede publicar repetidamente y en lugar destacado información sobre los delitos de una minoría, pero al mismo tiempo puede defender tal práctica afirmando que publica «la verdad» y negar así que tenga opiniones prejuiciosas sobre los delitos de las minorías y negar además que esté diseminando esos prejuicios con la intención de desacreditar a las minorías o incitar al odio racial. Éste es uno de los casos más clásicos del racismo de los medios (van Dijk, 1991).

Sin embargo, aunque los delitos cometidos intencionalmente por lo general se consideran más graves, se supone que las personas tienen control sobre sus actividades y, por lo tanto, también sobre sus intenciones. Esto puede significar, por ejemplo, que una persona es responsable de las consecuencias *posibles* de sus acciones, aun cuando esas consecuencias puedan no haber sido el objetivo real de sus acciones. Es decir, si puede mostrarse que la persona estaba en condiciones de saber que los actos como el que realizó tienen consecuencias negativas, luego esa persona es por lo menos parcialmente responsable de tales consecuencias, especialmente si éstas no hubiesen ocurrido sin sus acciones. Por ejemplo, un político que da una entrevista en la que critica que las minorías estafen a la asistencia social, sabe que esas declaraciones serán publicadas y que esa publicación puede confirmar aún más los prejuicios negativos de gran parte de la audiencia de los medios. El político puede negar que haya tenido una intención o un propósito discriminatorio y afirmar que sólo quería «decir la verdad».

En otras palabras, después de lo dicho, podemos enumerar cuatro tipos de negaciones:

1. Negación del acto («No lo hice/dije de ningún modo»).
2. Negación del control sobre el acto («No lo hice/dije a propósito»; «fue un accidente»).

3. Negación de la intención («No quería que pasara eso»; «Usted me malinterpreta»).
4. Negación del objetivo («No lo hice/dije para que...»).

En este último caso, hay además una negación de la responsabilidad: si hubo consecuencias negativas, yo no tuve control sobre ellas. Ya hemos sugerido que especialmente los medios tienen la costumbre de negar su responsabilidad sobre lo que puede hacer la audiencia con los contenidos que ellos transmiten. Teorética, legal y moralmente, éstas son las dimensiones más difíciles de la negación del racismo. En la mayoría de los casos, haría falta contar con actos o textos repetidos del mismo tipo, en diferentes situaciones y la expresión ocasional de planes, intenciones u objetivos para poder «probar» las intenciones o los propósitos negativos. Por lo tanto, no sorprende que también en los juicios por discriminación a menudo se consideren irrelevantes las intenciones y se juzgue a las personas sólo por las consecuencias (estadísticas) directas y hasta indirectas de sus acciones.

Otra forma de negación es la clase de actos que podríamos catalogar como *mitigaciones*, tales como bajar el tono de voz, minimizar la propia acción negativa o utilizar eufemismos para describirla: «No lo amenacé, sólo le di un consejo amistoso», «No la insulté, simplemente le di mi sincera opinión». Las estrategias de mitigación son particularmente importantes en situaciones sociales en las que las normas correspondientes son firmes. Así, podemos suponer que cuanto más severa es la norma contra la discriminación y el racismo, tanto más tenderán las personas a recurrir a las negaciones y también a las mitigaciones.

En realidad, en contextos acusadores la noción misma de «racismo» puede llegar a ser virtualmente un tabú a causa de sus connotaciones profundamente negativas. Si llegara a usarse en un discurso público, por ejemplo en los medios, parecería característicamente entre comillas o acompañada por marcadores de distancia tales como «supuesto», dando a entender con ello que se trata de una acusación posiblemente injustificada, si no ya absurda, hecha, por ejemplo, por las minorías mismas o por (otros) antirracistas. Cuando se producen actos de innegable racismo, la prensa tiende a llamarlos de «discriminación», o «prejuicio», a hablar de «estereotipos», «desviaciones» y «motivación racial», pero evita la pala-



bra «racista». En el discurso público europeo y estadounidense, generalmente las nociones de «racismo» y «racista» se reservan para los *otros*, por ejemplo, los extremistas, los grupos de ultraderecha, los grupos marginales y los partidos que permanecen fuera del consenso. Otro lugar donde se puede utilizar la palabra «racismo» es en los discursos que describen situaciones en el exterior o en el pasado, como cuando se habla del *apartheid* de Sudáfrica o del período de esclavitud, reconstrucción y segregación de Estados Unidos. Como se trata de un término general que denota un sistema completo de desigualdad, exclusión y opresión racial o étnica de las sociedades occidentales, quienes hablan de racismo son en primer término los grupos minoritarios o antirracistas. Lo que quiero decir es que el uso de eufemismos supone la negación sistemática del racismo del grupo o la sociedad dominante. Y esto también lo vemos en el discurso científico sobre las relaciones étnicas (Essed, 1987).

Hagamos notar que esta negación del racismo debería atribuirse en parte al hecho de que el concepto de racismo se entiende (aún) en gran medida en el sentido clásico, ideológico, según el cual el racismo implica considerar inferiores a los otros grupos étnicos o raciales o aplicar prácticas institucionales, oficiales, abiertas, para someter a esos grupos, como fue el caso del *apartheid* (Miles, 1989). Las formas más «modernas», sutiles e indirectas de desigualdad étnica o racial y especialmente del «racismo» o, más precisamente, el «etnicismo», basado en construcciones de diferencia e incompatibilidad cultural, rara vez aparecen caracterizadas como «racismo»; el término más severo suele ser xenofobia, pero con la mayor frecuencia sencillamente se habla de legítima «defensa propia» cultural (Barker, 1981; Dovidio y Gaertner, 1986).

Además de la negación propiamente dicha, se registran una cantidad de estrategias cognitivas y sociales que están más o menos estrechamente relacionadas con las negaciones. La primera es la *justificación*, como ya vimos en el caso del periódico que justifica prestar especial atención a los delitos de la minoría haciendo referencia a «la verdad» o al «derecho a saber» de sus lectores. De modo semejante, en las conversaciones cotidianas una persona puede justificar un acto o un discurso negativo respecto a un miembro de un grupo minoritario alegando que se trata de un acto de legítima defensa o sosteniendo que la otra persona era en realidad culpable y, por consiguiente, merecía esa reacción negativa. O sea, en este

caso, la persona no niega el acto, pero niega que fuera negativo y explícitamente afirma que estaba justificado (pueden hallarse detalles en Antaki, 1988; Scott y Lyman, 1968; Tedeschi y Reiss, 1981).

También puede suceder que el individuo reconozca que su acto negativo fue tal pero, al mismo tiempo, lo *excusa* (Cody y McLaughlin, 1988). Son los casos en que al menos una parte de la culpa puede desviarse a las circunstancias especiales o, más precisamente, a otros. Los propietarios de clubes pueden admitir haber discriminado a un negro y haberle negado la entrada, pero pueden apelar a la circunstancia de que ya había muchos otros hombres negros en el interior del club. Esto es lo que se observa habitualmente en los debates sobre inmigración en un nivel político más alto: no dejamos entrar a más inmigrantes ni refugiados para impedir que se agraven las tensiones étnicas en nuestras zonas urbanas más pobres. En realidad, este último caso puede presentarse como una justificación, pero no como una excusa, porque no se admite que el acto de negarle la entrada a alguien es negativo; por el contrario, se considera un privilegio constitucional de los Estados.

Dos estrategias de excusa más fuertes son alegar *provocación y culpa a la víctima*. Así, la policía puede sentirse justificada para actuar con severidad contra los jóvenes negros, como ocurre en muchas ciudades europeas y de Estados Unidos a causa de las supuestas provocaciones, los delitos relacionados con drogas y otras acciones negativas propias del estereotipo que se asigna a los jóvenes negros. Las políticas del gobierno, tanto en Europa como en Estados Unidos, cumplen la rutina de justificar o excusar las medidas «duras» contra las minorías cargando las culpas sobre ellas; algunos de los argumentos más comunes son que no se integran, no consiguen aprender la lengua, no tienen suficiente motivación para hallar empleo y que sus prácticas culturales no se ajustan a la norma. Que sufran una mayor proporción de desempleo y de fracasos educacionales, que vivan en viviendas miserables y que dependan de la asistencia pública, entre otras, son situaciones desventajosas que rutinariamente se atribuyen a las características negativas de las «víctimas» mismas. Vale la pena señalar que estas estrategias más fuertes implican una negación de los fallos de las propias políticas.

Finalmente, la forma más decidida de negación es la *inversión*: «No somos culpables de la acción negativa; ellos tienen la culpa» y «nosotros

no somos racistas; *ellos* son los *verdaderos* racistas». Este tipo de inversión es el capital de la derecha radical, aunque también pueden encontrarse versiones menos extremas en grupos moderados de antirracismo (Murray, 1986). Por ejemplo, los tabloides británicos, como veremos, tienden a acusar a los antirracista de ser entremetidos intolerantes y de ser los auténticos racistas. Algo parecido sucede con el Frente Nacional francés, que tiene la costumbre de acusar a quienes no están contra la inmigración de «no europeos» y de practicar un «racismo antifrancés». De modo más general, es habitual pintar a los antirracistas como los que realmente son intolerantes y con toda liviandad acusan de racismo a ciudadanos inocentes y bienintencionados. Está claro que, en estos casos, las inversiones ya no son formas de defensa social sino que forman parte de una estrategia de (contra)ataque.

## Sus funciones socioculturales y políticas

Aunque lo acostumbrado es que se manifieste en el micronivel de la organización social, en la conversación cotidiana y en la comunicación interpersonal, la negación del racismo no sólo tiene funciones individuales. Hemos visto que las personas niegan, mitigan, justifican o excusan sus actos negativos respecto a las minorías para poder destacar su observancia de la ley o de las normas y para poner de relieve su condición de ciudadanos honestos y competentes. Esto es, aún en las situaciones interpersonales, la dimensión moral de la negación tiene en cuenta el contexto social. No tiene sentido negar que un acto racista sea una trasgresión moral o legal si el grupo o la sociedad en su conjunto obra y siente del mismo modo, como es/fue el caso durante la aplicación de políticas de *apartheid* oficiales en Sudáfrica o durante el período de reconstrucción y segregación de la historia de Estados Unidos. En realidad, más generalmente puede decirse que cuando las élites y las instituciones líderes de la sociedad defienden y legitiman el racismo, el etnicismo o el etnocentrismo son raras las negaciones, y más aún las excusas, de los actos y los discursos racistas.

Con todo, en las sociedades europea y estadounidense de nuestros días, de las que el racismo y la discriminación han sido desterrados oficialmente y donde se han dictado normas que no toleran las expresiones

abiertas de odio hacia personas pertenecientes a otros grupos diferentes del propio, las negaciones adquieren una presencia mucho más destacada en el discurso sobre los asuntos étnicos. Hemos sugerido que esto no ocurre únicamente en el nivel personal. También los grupos, las instituciones y los organismos de los niveles meso y macro de la organización social pueden apelar a este tipo de estrategias de negación. En tal caso, las negaciones se presentarán como una opinión compartida, como un consenso sobre la situación étnica. Por ejemplo, desde que la discriminación y el racismo son posiciones legal y moralmente prohibidas, la mayoría de los países occidentales comparten la creencia oficial de que, por lo tanto, la discriminación y el racismo ya no existen como una característica estructural de una sociedad o un Estado. Cuando se acepta que la discriminación o el prejuicio aún existen, se los trata como un incidente, una desviación, como algo que debería atribuirse al nivel individual y debería castigarse en consecuencia. En otras palabras, el racismo institucional o sistémico siempre se niega.

Por lo tanto, la presentación positiva de sí mismo y el mantenimiento de las apariencias y el prestigio no se limitan a los individuos sino que caracteriza también y probablemente más intensamente, el discurso más público de las instituciones y las organizaciones. Las universidades de Estados Unidos anuncian en sus membretes que son empleadores que ofrecen igualdad de oportunidades, no sólo porque esa práctica de empleo sea la ley sino porque es bueno para las relaciones públicas. Las organizaciones, igual que los individuos, no desean que ni su personal ni sus clientes ni el público en general las consideren racistas. Además, la tolerancia étnica y racial y hasta la acción afirmativa son símbolos de progreso social y modernidad, características que, por asociación, pueden relacionarse con la calidad de los productos y los servicios de una organización. Por supuesto, esto es más literalmente verdadero cuando las organizaciones emplean a miembros de gran talento procedentes de grupos minoritarios que pueden elevar la calidad de los productos y especialmente los servicios para una creciente clientela de minorías. En este caso, el interés personal bien puede coincidir con las ideologías que promueven una política social.

No obstante, las políticas sociales pueden estar en contradicción con los intereses e ideologías de la organización o el negocio, por ejemplo,

cuando se aplican formas de acción afirmativa que tienen consecuencias importantes, como los cupos. En este caso, a los valores que sustentan la política social se oponen otros valores, tales como la libertad de empresa y especialmente la competitividad económica. Por lo tanto, se niega con el mayor énfasis que rechazar los cupos sea una expresión de discriminación o racismo, por ejemplo, porque se entiende como un factor degradante de la calidad en lugar de un elevador de la igualdad y, además, como una forma inaceptable de favorecer a un grupo. Así, esencialmente, también en las organizaciones del Estado o empresariales, la aceptación de la acción afirmativa debe moverse dentro de límites estrictos definidos por los intereses y el poder de las élites (blancas) que los controlan.

Las funciones sociales de la negación institucional del racismo son obvias. Si bien las democracias liberales de Europa y de Estados Unidos han adoptado gradualmente leyes y normas que suponen o garantizan la igualdad y la libertad —si no ya la fraternidad— para todos, las desigualdades étnicas o raciales que implican la discriminación o el racismo serían incompatibles con las ideologías oficiales. En lugar de reconocer tal «imperfección», es más conveniente negar esa incompatibilidad fundamental o, por lo menos, justificarla como algo incidental e individual, culpar de ella a las víctimas o caracterizarla como un fenómeno temporal de transición, por ejemplo, que sufren los nuevos inmigrantes.

Si definimos el racismo como un sistema de dominación racial o étnica, es probable que la negación del racismo también cumpla un papel prominente en la reproducción misma del racismo. Y ése es precisamente el caso. La dominación y la desigualdad provocan resistencia. Sin embargo, cuando hay un consenso general en cuanto a que no existe racismo, las minorías y sus protestas u otras formas de resistencia encuentran serias dificultades para que se las tome seriamente (Essed, 1991). En los sistemas de *apartheid* y segregación sancionada oficialmente, las cosas están claras y la diferencia de poder es tan ostensible que el enemigo está bien definido y la resistencia, bien identificada.

Con todo, en las sociedades modernas cada vez más pluralistas que tienen leyes y hasta normas corrientes contra el prejuicio, la discriminación y el racismo (expresados abiertamente) todo es menos claro. Si la tolerancia se promueve como un mito nacional, como ocurre en Holanda,

los grupos minoritarios tienen mayores dificultades para hacer frente a las desigualdades que persisten, para llevar adelante una acción unificada y para obtener credibilidad y apoyo dentro del grupo dominante (blanco). En realidad, hasta pueden ser vistos como personas ultrasensibles, exageradas o excesivamente exigentes. Cuanto más flexible es el sistema de desigualdad, tanto más difícil se vuelve luchar contra él.

El consenso blanco que niega la existencia del racismo es, pues, un elemento muy poderoso de su reproducción, especialmente porque la resistencia, para tener éxito, necesita la atención pública, la cobertura de los medios y, al menos, el reconocimiento parcial de las injusticias. Si los políticos y los medios líderes se niegan a reconocer que hay un problema grave, no habrá debate público, ni cambio de la opinión pública y, por lo tanto, nada cambiará en el sistema de relaciones de poder. En ese caso, lo único que se puede hacer es instalar el cambio en la agenda creando activamente el tipo de «problemas» públicos que ya no se pueden pasar por alto, como las manifestaciones y hasta los «disturbios». Las élites pueden reconocer otros problemas serios como un alto desempleo o un «bajo rendimiento» estudiantil entre los miembros de las minorías, pero es de rutina negar que cualquiera de ellos tenga algo que ver con el racismo. La «discriminación ocasional, no intencionada» se toma como un elemento aislado, marginal, de tales problemas sociales.

Como vemos, las funciones sociales de la negación del racismo están estrechamente vinculadas con sus funciones políticas. El manejo de la toma de decisiones, la determinación de la agenda y la opinión pública, tanto en el plano nacional como en el local, son atribuciones que favorecen una definición de la situación étnica o racial en la cual se elimina cuidadosamente el elemento «racismo», sencillamente porque ese término implica que *nosotros* somos el verdadero problema y no *ellos*. Las políticas sociales, de inmigración, de educación o de empleo necesitan, pues, sustentarse en una ideología que combine hábilmente los valores humanitarios y el propio interés.

Al atribuir selectivamente el racismo a la extrema derecha, se niega como característico del grupo propio de los ciudadanos blancos moderados y, al mismo tiempo, se hace más manejable, por ejemplo, procesando de vez en cuando a algún racista de derechas más recalcitrante. Reconocer que en todos los niveles de la sociedad abundan muchas formas

sutiles de racismo cotidiano sería un modo de prestar apoyo a un análisis sociopolítico que ya no se puede manejar fácilmente: si esa situación es verdad, ¿cómo cambiarla? Después de todo, ya tenemos leyes contra la discriminación y si no surten el efecto adecuado, ¿qué más se puede hacer para cambiar la «mentalidad» del pueblo? El resultado de estas complejas estructuras que sustentan las decisiones políticas es que la negación generalizada está flexiblemente acoplada a la admisión incidental de «excepciones» más flagrantes a la regla. Observamos, pues, que la negación del racismo no es sólo parte de una estrategia del manejo de la «impresión» personal, institucional o social y de la autodefensa ideológica, sino también una forma de manejo sociopolítico. Ayuda a controlar la resistencia y, a la vez, hace más manejables los problemas políticos de una sociedad étnica y racialmente plural. En resumen, la negación es una de las estrategias fundamentales del manejo político.

Por último, cabría preguntarse si la negación del racismo tiene además otras funciones más específicamente culturales. Evidentemente, puesto que en esta cuestión están implicados los diferentes grupos y sus respectivas culturas y el racismo también requiere una definición respecto a la hegemonía cultural, su negación también debería tener dimensiones culturales. Una dimensión semejante combina la negación del racismo o el etnocentrismo con la autoafirmación de la tolerancia presentada como un rasgo de la cultura «occidental» contemporánea. Así es como, en los libros de texto, en el discurso político y en los medios, se declara, al menos implícitamente, que la democracia, la tecnología, el cristianismo y los valores occidentales son superiores a los de las demás culturas; también la «tolerancia» occidental se compara positivamente con, por ejemplo, las culturas intolerantes en estos tiempos, especialmente con el fundamentalismo musulmán (Said, 1981).

El discurso occidental que rodeó el caso Rushdie es un claro ejemplo de esta actitud. El debate público desarrollado en aquel momento se concentró no sólo en la libertad de expresión y de las artes, sino también en los estereotipos sobre los elementos fundamentalistas, si no ya «fanáticos» de la cultura musulmana. Por supuesto, se negó enfáticamente que en aquel debate haya habido un notable racismo antiárabe, por ejemplo, alegando que los valores occidentales eran universales. En otras palabras, así como los blancos suelen negar su racismo y, al mismo tiempo, se pre-

sentan como ciudadanos tolerantes, la cultura occidental en su conjunto suele negar su racismo y etnocentrismo al mismo tiempo que destaca su tolerancia.

Casi no hace falta aclarar que tales pretensiones culturales están estrechamente vinculadas con el manejo del mundo de la política, como también quedó demostrado durante la guerra del Golfo. Lo mismo puede decirse, en un plano más general, del manejo de las relaciones entre el Norte y el Sur, por ejemplo de la estrategia de negar el neocolonialismo, el imperialismo o el interés que se obtiene de la ayuda internacional y, al mismo tiempo, afirmar el rol de «líder» del mundo occidental. Resumiendo, la negación occidental del racismo y el etnocentrismo y sus implicaciones sociales, políticas y culturales, desempeña un papel importante desde el nivel de las relaciones interpersonales hasta el nivel global de las relaciones interculturales e internacionales. En todos los niveles, esa negación funciona esencialmente como un freno a la resistencia, el disenso y la oposición y, por lo tanto, como una estrategia para reproducir la hegemonía (Lauren, 1988).

## La conversación

La conversación cotidiana es una parte central de la vida social. Ya sea en situaciones informales con los amigos o los parientes, o en el lugar de trabajo con los colegas y clientes, ya sea dentro de una multitud de instituciones, la conversación informal constituye un modo crucial de interacción social. Al mismo tiempo, las conversaciones son un canal mayor del «procesamiento de información» social y suministran el contexto para que se expresen y se transmitan persuasivamente el conocimiento y las creencias compartidos.

En las sociedades multiétnicas, los grupos minoritarios y las relaciones étnicas son temas destacados de la conversación cotidiana. O bien mediante la experiencia directa, o bien indirectamente, a través de los medios, la población blanca de Europa y de América del Norte aprende acerca de las minorías o los inmigrantes, formula sus propias opiniones y así reproduce informalmente —y ocasionalmente desestima— el consenso dominante sobre las cuestiones étnicas por medio de la conversación cotidiana informal.



Nuestra extensa investigación analítica del discurso sobre la naturaleza de esas conversaciones cotidianas sobre las cuestiones étnicas, basada en 170 entrevistas realizadas en Holanda y California, muestra que este tipo de conversación informal tiene una serie de propiedades bastante coherentes (van Dijk, 1984, 1987a):

1. Los temas se seleccionan entre una variedad muy limitada de cuestiones y se concentran en las diferencias socioculturales, la desviación de la norma y la competición. La mayor parte de los temas tratados tienen que ver, explícita o implícitamente, con las «amenazas» interpersonales, sociales, culturales o económicas al grupo dominante, la sociedad o la cultura blancos.
2. El relato de anécdotas ya no gira, como solía hacerlo, alrededor del entretenimiento, sino que se desarrolla dentro de un marco argumentativo. Las historias, cuando corresponden a una experiencia personal, sirven como premisas de una conclusión generalmente negativa, como «Aquí no estábamos acostumbrados a estas cosas», «Deberían aprender la lengua» o «El gobierno tendría que hacer algo al respecto».
3. El estilo, la retórica y la interacción de la conversación generalmente denotan una distancia crítica, cuando no actitudes negativas en relación con las minorías y la inmigración. No obstante, las normas de tolerancia en vigencia controlan la expresión de evaluaciones de modo que el discurso con extraños (por ejemplo, los entrevistadores) siempre está bastante atenuado. Se observa la tendencia a evitar las agresiones verbales fuertes.
4. En general, los entrevistados siguen una doble estrategia de presentación positiva de sí mismos y presentación negativa de los otros.

Expresiones de descargo de responsabilidad, tales como «No tengo nada contra los árabes, *pero...*» cumplen funciones específicas dentro de esta última estrategia (Scott y Lyman, 1968). Esa negación puede llamarse «aparente» porque no hay ninguna prueba que respalde que el hablante no tenga nada contra «ellos». Precisamente, la negación suele funcionar, por el contrario, como una práctica que mantiene las apariencias y al mismo tiempo introduce una frase en general negativa, a continuación del invariable *pero*, a veces acentuado, como vemos en el siguiente comentario de una mujer holandesa:

(1) Ahhh... cómo son ellos y todo eso está bien, tienen su propia religión, su propia manera de vivir y no tengo nada *absolutamente* contra ellos, *pero* no puedo negar que si su estilo de vida comienza a ser muy diferente del mío *hasta un punto* que...

Al hablar sobre el tema general de la diferencia cultural, aquí la negación se concentra en la relativa tolerancia de las diferencias culturales, tolerancia que es claramente forzada. Las diferencias no deberían ser demasiado grandes. Por lo tanto, la mujer, por un lado sigue la norma de tolerancia, pero, por el otro, se siente justificada por rechazar a los otros cuando éstos «van demasiado lejos». En otras palabras, aquí la negación supone una forma de aceptación social limitada.

Hablantes más conscientes de la discriminación y el racismo, como el de este comentario recogido en California, son aún más explícitos sobre lo que se puede inferir de su conversación:

(2) Suena prejuicioso, pero creo que si los estudiantes sólo emplearan el idioma inglés...

Desear que los inmigrantes empleen el idioma inglés, un tema dominante en las conversaciones «étnicas» de Estados Unidos, podría responder a muchas razones prácticas, pero quien habla se da cuenta de que por buenos que sean los argumentos que pueda presentar, lo que diga será interpretado como una forma de prejuicio contra los inmigrantes. Por supuesto, el uso de la palabra «suena» implica que el hablante no cree que esté siendo realmente prejuicioso.

Una de las formas principales de negación presentes en la conversación cotidiana es la negación de la discriminación. En realidad, como sucede también en los medios de derechas (véase más abajo), lo que se observa es una inversión: nosotros somos las verdaderas víctimas de la inmigración y de las minorías. Los siguientes son algunos de los modos en que formula sus negaciones la gente de Amsterdam:

(3) Sí, los han explotado, por lo menos es lo que ellos dicen, pero ¿sabes qué? Tampoco me creo eso...

(4) Grandes automóviles... están mejor económicamente que nosotros. Si hablamos de discriminación, nuestros hijos son los únicos discriminados. Yo, al menos, lo veo así.

(5) Y lo único que decía era «a mí me discriminan» y «todos los holandeses tienen buenas viviendas», lo cual es una gran mentira, no es verdad.

(6) Y dicen que la gente los rechaza y los discrimina. Eso no es verdad

(7) Escúchame, siempre se dice que aquí se ha discriminado a los extranjeros. Y no es así, *nosotros* somos los discriminados. Es exactamente lo contrario.

En todas estas situaciones, quienes hablan se refieren a lo que interpretan como amenazas o mentiras de los inmigrantes: un crimen en (3), estafa a la seguridad social en (4), un programa de radio en el que una mujer negra dice haber sido discriminada en (5) y hablando de los servicios en el barrio en (6) y (7). Esas inversiones son típicas de las conversaciones escuchadas en los barrios de clase obrera donde se atribuyen los delitos a las minorías o donde hay resentimiento por un supuesto favoritismo (por ejemplo, respecto a las viviendas sociales). De modo que los blancos pobres sienten que son víctimas de políticas sociales y urbanas inadecuadas pero, en lugar de culpar a las autoridades o a los políticos, tienden a responsabilizar a los recién llegados quienes, a sus ojos, están intrínsecamente relacionados con la cambiante —es decir, cada vez más deteriorada— vida de la ciudad. Y si bien se los define como los responsables de todo eso, un papel tan determinante no concuerda con la afirmación de que se los discrimina (Phizacklea y Miles, 1979).

Hagamos notar que este consenso no es universal. Hay personas que observan la mala conducta pero no generalizan y suelen compararla con actitudes semejantes de los jóvenes holandeses:

(8) Y eso también pasó, pero, discúlpame, eran extranjeros, aparentemente marroquíes los que lo hicieron. Pero, Dios mío, todos los jóvenes son agresivos; sean turcos, holandeses o de Surinám, todos los jóvenes son agresivos. Particularmente por la discriminación que existe aquí...

En este caso, el hablante no invierte la discriminación y representa a los jóvenes inmigrantes como víctimas de la discriminación, que a la vez explica y excusa en parte la «agresividad» de las minorías. Sin embargo, este tipo de discurso es bastante excepcional.

## La prensa

No todos los «eventos étnicos» de que habla la gente en su vida cotidiana corresponden a sus experiencias personales; la mayor parte de ellos les llega a través de los medios. Al menos hasta hace poco tiempo, en gran parte de la Europa occidental y en algunas regiones de América del Norte, la mayoría de los blancos tenían poco trato cara a cara con miembros de los grupos minoritarios. De tal modo que las discusiones de la conversación cotidiana suelen girar alrededor de delitos y diferencias culturales que les llegan a través de la prensa y que toman como «pruebas» que poseen de las actitudes negativas de las minorías.

Nuestros análisis de miles de textos de la prensa del Reino Unido y de Holanda (van Dijk, 1991), confirman ampliamente las interpretaciones de sentido común de los lectores: un análisis de los temas de interés muestra que los crímenes, las diferencias culturales, la violencia (motines), la asistencia social y la inmigración problemática se cuentan entre las cuestiones étnicas de mayor cobertura. Es decir que hay paralelismos notables entre los temas de conversación y los temas abordados por los medios.

En general, aunque se han producido algunos cambios en las últimas décadas, el panorama dominante de las minorías y los inmigrantes se caracteriza por los *problemas* (Hartmann y Husband, 1974). Así, la prensa conservadora y de derechas tiende a concentrarse en los problemas que se supone que crean las minorías y los inmigrantes (vivienda, escolaridad, desempleo, delitos), mientras que la prensa más liberal (también) enfoca los problemas que tienen las minorías (pobreza, discriminación), pero por los cuales nosotros (los blancos liberales) hacemos algo. Por otro lado, muchos temas que son de rutina cuando se hacen reportajes de gente, instituciones o grupos blancos, tales como su contribución a la economía, a la organización política o a la cultura, en el caso de las minorías suelen ignorarse como se ignoran en general todos los temas que caracterizan las vidas cotidianas de las minorías y sus propias contribuciones activas a la sociedad en su conjunto. El resultado de ello es que, en muchos sentidos, salvo cuando las minorías aparecen implicadas en conflictos o problemas, la prensa tiende a «negarlas» (Boskin, 1980).

Las prácticas relativas a la selección de las noticias, así como las pautas que rigen las citas también muestran que las minorías y sus institu-

ciones tienen literalmente muy poco que decir en la prensa. En primer lugar, sobre todo en Europa, prácticamente no hay periodistas pertenecientes a las minorías, de manera que la perspectiva, la sapiencia y la experiencia internas, las actitudes prevalecientes y las fuentes necesarias de los periodistas son casi totalmente blancas, así como los organismos del gobierno, la policía y otras instituciones que constituyen las fuentes principales de noticias de la prensa (van Dijk, 1988a, 1988b). Incluso cuando se trata de acontecimientos étnicos, se cita menos y se asigna menos credibilidad a los portavoces de la minoría. Y cuando se les cita siempre su opinión aparece «equilibrada» por comentarios más «neutrales» de voces blancas. Especialmente cuando se abordan temas delicados como la discriminación, el prejuicio y el racismo, los representantes o expertos pertenecientes a las minorías muy rara vez aparecen representados como personas creíbles y con autoridad. En las pocas ocasiones en que se les cita, sus palabras se presentan como acusaciones injustificadas y hasta ridículas.

La estrategia general de negación tiene una de sus manifestaciones discursivas en los informes de la prensa precisamente en ese recurso. Por supuesto, como cabe esperar, en este aspecto hay una diferencia entre los periódicos liberales y los conservadores de derecha. Observemos, sin embargo, que en Europa y en América del Norte virtualmente no hay diarios explícitamente antirracistas. La norma oficial, hasta en la derecha, es que «todos estamos en contra del racismo» y, por consiguiente, el mensaje generalizado es que las acusaciones graves de racismo son un invento de la imaginación.

Con todo, los periódicos liberales prestan atención a las historias de discriminación explícita, por ejemplo en el terreno del empleo (aunque *rara vez* en sus propias salas de redacción o en sus noticiarios), mientras que el extremismo de derechas se trata en términos críticos, aun cuando tal cobertura pueda concentrarse más en los incidentes violentos o en episodios que merezcan ser noticia por alguna otra razón antes que en las actitudes racistas *per se*. Mediante estos movimientos, la desigualdad étnica o racial queda redefinida como algo marginal, es decir, como episodios individualizados, exteriores al consenso. Así, la prensa liberal holandesa informa ampliamente sobre casos (acusaciones) de discriminación como también sucede en Estados Unidos. En la prensa de derechas también se

cubre la discriminación, pero en una perspectiva diferente. Generalmente la noticia tiene que ver con alguna acusación absurda, preferiblemente contra gente «corriente» o aparece rodeada de explicaciones o excusas (el acto fue provocado).

Mientras la discriminación atrae ampliamente la atención de la prensa, el racismo tiene una cobertura mucho menor. En realidad, la discriminación rara vez se califica como una manifestación de racismo. Una de las razones de este fenómeno es que con frecuencia el racismo se entiende aún como una ideología de supremacía blanca o como las prácticas propias de la extrema derecha. Puesto que la gran mayoría de los periodistas no se identifican con la extrema derecha, lo habitual es que se rechace resueltamente toda mención que equipare las prácticas discriminatorias cotidianas con el «racismo».

Para varios sectores de la prensa, sólo los antirracistas ven en esa discriminación cotidiana una forma de racismo, lo cual los lleva a marginar a los antirracistas por considerarlos miembros de un grupo radical de «fanáticos». De tal modo que, para gran parte de la prensa, por lo menos en Gran Bretaña, los verdaderos enemigos son los antirracistas: son intolerantes, antibritánicos, entrometidos que ven racismo por todas partes, hasta en los «inocentes» libros infantiles e incluso en la prensa.

Por lo tanto, no es sorprendente que, hasta en la prensa liberal, escaseen los informes sobre los aspectos generales del racismo que existen en la propia sociedad. Los escritores e investigadores o los grupos de acción antirracistas tienen menos acceso a los medios y sus actividades y opiniones siempre corren el peligro de ser tomadas más o menos en solfa, cuando no ridiculizadas. Además, para la prensa de derechas los antirracistas son la verdadera fuente de los «problemas» atribuidos a una sociedad multicultural porque no sólo atacan a instituciones venerables (tales como la policía, el gobierno o la empresa), sino que además ofrecen una definición rival y completamente incompatible de la situación étnica. Esta rivalidad simbólica por definir la situación y la lucha intelectual por definir la moral de la sociedad es lo que lanza a la prensa de derechas contra los intelectuales, docentes, escritores y grupos de acción antirracistas de izquierdas.

Examinemos más detalladamente cómo se implica exactamente la prensa en esta negación del racismo. La mayor parte de nuestros ejem-

plos fueron tomados de la prensa británica, pero no sería difícil hallar otros similares en la prensa holandesa, alemana y francesa. A causa de su larga historia de esclavitud y segregación, los estadounidenses aceptan en una proporción muy amplia la noción de racismo blanco aun cuando la ideología que prevalece sostiene que hoy las minorías tienen los mismos derechos que los blancos y que el racismo es cosa del pasado.

### *El racismo y la prensa*

La negación del racismo en la prensa y entre los periodistas es, por supuesto, más vehemente cuando el blanco de las acusaciones es la prensa misma. Reflejando las reacciones parecidas de otros editores de diferentes periódicos holandeses a nuestra investigación sobre el racismo en la prensa, el jefe de redacción de una de las principales revistas semanales, *Intermediair*, dedicada especialmente a los estudiosos de las ciencias sociales y a la comunidad empresaria, escribe en una carta lo siguiente:

(9) En particular, lo que se afirma sobre la cobertura de las minorías no tiene ninguna prueba que lo respalde y no es más que una inaceptable caricatura de la realidad. La tesis según la cual «la tendencia de la mayoría de los informes es que las minorías étnicas nos causan problemas» no sólo no está probada sino que sencillamente es incorrecta.

Esta reacción fue inspirada por un breve resumen de una investigación principalmente internacional sobre la representación de las minorías en la prensa. El editor no basa su réplica en otra investigación; sencillamente la da como un «hecho». No sorprende, pues, que el artículo, dedicado a la investigación reciente sobre las noticias, no haya sido publicado, a pesar de que inicialmente yo había sido invitado a escribirlo.

Otros editores adoptan una posición aún más furiosa y dudan de las credenciales académicas mismas del investigador y de la universidad, como ocurrió en el caso del director del principal diario popular conservador de Holanda, *De Telegraaf*, famoso por sus informes discriminatorios sobre las minorías, los inmigrantes y los refugiados:

(10) Su investigación supuestamente científica no ofrece ninguna prueba de sus insinuaciones calumniosas relativas a los contenidos de nuestro periódico, es completamente fútil y siembra dudas sobre las normas que rigen la investigación científica y la prudencia social en la Universidad de Amsterdam.

Vemos que independientemente de la «prueba» que pueda aportarse en los más concienzudos análisis de la cobertura de noticias, la reacción siempre es la de la negación y el contraataque que consiste en desacreditar al investigador. Los ejemplos semejantes a éstos se multiplican por todas partes. Ningún periódico, ni siquiera (o especialmente) los más liberales, acepta la más moderada acusación de tener una actitud tendenciosa y todos rechazan violentamente toda imputación de racismo. Recordemos que estos periódicos, especialmente en Europa, en general no tienen ningún periodista perteneciente a una minoría o, en el mejor de los casos tienen uno o dos, como muestra de tolerancia.

Con semejante actitud editorial en relación con el racismo, se observa una renuencia general a identificar como tales los acontecimientos racistas de la sociedad en su conjunto. Seguidamente examinaremos los principales modos que adopta la negación en la prensa. Hemos tomados ejemplos de la cobertura hecha por la prensa británica durante 1985 de algunos casos étnicos (pueden consultarse otras propiedades de estos ejemplos en van Dijk, 1991). Entre corchetes aparecen breves resúmenes del contexto en que se publicó cada fragmento del discurso.

### *Presentación positiva de sí mismo*

La base semántica de la negación es la «verdad» tal como el redactor la ve. La negación del racismo en la prensa supone, por lo tanto, que el/la periodista o el/la columnista crea que su propio grupo o país es esencialmente «tolerante» respecto a las minorías o a los inmigrantes. La presentación positiva de sí mismo es, pues, un importante movimiento del discurso periodístico y debería interpretarse como la negación argumentativa de las acusaciones de los antirracistas.

(11) [Handsworth] A diferencia de los que dice gran parte de la doctrina y reconociendo un pequeño margen de fascistas malevolentes, ésta es una sociedad notablemente tolerante. Pero la tolerancia debería extenderse para que la gente llegue a advertir que la aplicación de la ley ha adoptado el principio de la discriminación invertida (*Daily Telegraph*, editorial, 11 de septiembre).

(12) [Ataques raciales y contención policial] Para que pueda surgir el natural gusto inglés por la decencia y la tolerancia, será necesaria una acción positiva e inequívoca (*Daily Telegraph*, editorial, 13 de agosto).

(13) [Ataques raciales contra asiáticos] No hay país que supere el récord alcanzado por Gran Bretaña para absorber a gente procedente de los más di-



versos orígenes, pacíficamente y con tolerancia. Los descendientes de inmigrantes irlandeses y judíos pueden atestiguarlo. Sería trágico que tan espléndida reputación pierda hoy su lustre (*Sun*, editorial, 14 de agosto).

(14) [Inmigración] Nuestras tradiciones de justicia y tolerancia han sido explotadas por cuanto terrorista, estafador, pícaro y sablista que haya querido darse una vuelta gratis a nuestras expensas [...] Luego están los delincuentes que se cuelan como refugiados políticos o como familiares que visitan a un pariente distante (*Mail*, 28 de noviembre).

(15) Nosotros también tenemos racismo y eso es lo que se esconde detrás del proyecto. Y no es racismo blanco. Es racismo negro [...] Pero ¿quién protege a la mayoría blanca? [...] Nuestra tolerancia es nuestra fuerza, pero no permitiremos que nadie la convierta en nuestra debilidad (*Sun*, 24 de octubre).

Estos ejemplos no sólo afirman o dan por sentada la «tolerancia» británica blanca sino que, al mismo tiempo definen sus fronteras. La tolerancia podría interpretarse como una posición de debilidad y, por ello, no debería «extenderse» tanto, pues se corre el peligro de que «cuanto terrorista», «criminal» u otro inmigrante que desee hacerlo, se aproveche de tal situación. La acción afirmativa o las leyes de inmigración liberales sólo se entienden como una forma de discriminación invertida y, por lo tanto, como una forma de autodestrucción de la Gran Bretaña blanca. Irónicamente, estos ejemplos contienen su impugnación en sus propias contradicciones internas. El objetivo no es la tolerancia *per se*, sino limitarla lo suficiente para impedir sus «excesos». Observemos que en el ejemplo (15) se combina la presentación positiva de la mayoría blanca con el clásico movimiento de inversión de la culpa. «Ellos son los verdaderos racistas», «Nosotros somos las verdaderas víctimas». Luego volveremos a esta táctica de las jugadas de inversión.

### *La negación y el contraataque*

Habiendo construido una imagen positiva de la Gran Bretaña blanca, la prensa conservadora y especialmente los tabloides lanzan sus ataques contra quienes sostienen una opinión diferente y simultáneamente defienden a quienes están de acuerdo con su posición, como sucedió durante el tristemente famoso caso Honeyford (Honeyford, director de una escuela de Bradford, fue suspendido, luego restituido y terminó retirándose antes de tiempo con una importante retribución monetaria,

después de haber escrito artículos sobre la educación multicultural que muchos de los padres de sus estudiantes, en su mayor parte asiáticos, consideraron racistas). Los ataques contra los antirracistas frecuentemente encarnan negaciones del racismo:

(16) [Reacción del «lobby de la raza» contra Honeyford] ¿Por qué este *lobby* decidió perseguir a este hombre? No porque sea racista, sino precisamente porque no es racista y sin embargo se atrevió a cuestionar las actitudes, la conducta y el enfoque de los profesionales de una minoría étnica (*Daily Telegraph*, 6 de septiembre).

(17) [El caso Honeyford y otros] Nadie es más incapaz de afrontar la verdad que la histérica brigada «antirracista». Su intolerancia es tal que tratan de silenciar o despedir a cualquiera que no siga su línea ideológica (*Sun*, 23 de octubre, columna de John Vincent).

(18) [Honeyford] Fue vilipendiado por decir lo que dicta el sentido común, fue maldecido por ser valiente y lo que sus enemigos no pueden perdonarle es que se haya negado a concederles su dimisión. Yo lo entrevisté y estoy absolutamente convencida de que no hay una pizca de racismo en todo su ser (*Mail*, 18 de septiembre, columna de Lynda Lee-Potter).

(19) [Honeyford renuncia] Ahora sabemos quiénes son los verdaderos racistas (*Sun*, editorial, 30 de noviembre).

Estos ejemplos ilustran varias jugadas estratégicas de la campaña de prensa en contra de los antirracistas. Primero, como vimos antes, la negación está íntimamente vinculada con la suposición de la «verdad»: Se presenta a Honeyford como un hombre que defiende la «verdad», a saber, el fracaso y la naturaleza antibritánica del multiculturalismo. Segundo, las consecuentes negaciones a menudo llevan al movimiento estratégico de inversión: *nosotros* no somos racistas, *ellos* son los «verdaderos racistas». En tercer lugar, esta inversión implica una inversión de la culpa: las víctimas son Honeyford y quienes simpatizan con él y nos los alumnos asiáticos y sus padres. En consecuencia, los antirracistas son el enemigo: *ellos* son quienes persiguen a los inocentes ciudadanos británicos comunes y corrientes, *ellos* son intolerantes. Por lo tanto, las víctimas que resisten sus ataques aparecen representadas como héroes populares, que se «atrevieron» a hacer frente a la «brigada antirracista».

Obsérvese también, en el ejemplo (17), que la «verdad», tal como la ven los defensores de Honeyford, es evidente por sí misma y se basa en

el sentido común. En estos contraataques, la verdad y el sentido común son dos nociones íntimamente relacionadas y reflejan el poder del consenso, así como la movilización del apoyo popular por parte de los británicos «corrientes» (blancos). Además de marginar a los padres asiáticos y a los demás antirracistas al colocarlos fuera del consenso y de la comunidad de la gente «común» como «nosotros», tales apelaciones al sentido común tienen poderosas implicaciones ideológicas: la verdad evidente por sí misma se considera «natural» y, por lo tanto, la posición de los otros es «innatural» o hasta «disparatada». Por ello es frecuente que la prensa británica de derechas utilice adjetivos como «irracional» y «disparatada» para calificar a la izquierda antirracista.

### *El chantaje moral*

Un elemento destacado del caso Honeyford y de otros parecidos fue la imputación de censura: los antirracistas no sólo ignoran la «verdad» sobre la sociedad multicultural, sino que además impiden que otros, «nosotros», digamos la verdad. Así, periodistas y columnistas sostienen repetidamente que hay que terminar con este «tabú» y esta «censura» para poder contar la «verdad», como sucedió después de los disturbios registrados en Tottenham:

(20) [Tottenham] Ha llegado el momento de decir la verdad sin afectación ni hipocresía [...] hay que tener la fuerza para afrontar los hechos sin dejarse silenciar por el temor a ser llamado racista (*Mail*; 9 de octubre, columna de Lynda Lee-Potter).

Tales ejemplos muestran también que los autores se sienten moralmente chantajeados y al mismo tiempo se dan cuenta de que «decir la verdad» (que significa «decir cosas negativas sobre las minorías») bien puede constituir una violación a las normas de tolerancia y comprensión que rigen en la sociedad. Clamar por la «verdad» expresa pues un dilema, aunque el dilema sea sólo aparente: el figurado dilema es una estrategia retórica para acusar al oponente de censura o chantaje, no el resultado de una penetrante indagación moral y una decisión difícil. Después de todo, los mismos periódicos *escriben* extensos comentarios negativos sobre los jóvenes negros y nunca vacilan en decir lo que consideran la «verdad». Nadie los «silencia» y el tabú sólo es imaginario. Por el contra-

rio, en Gran Bretaña la prensa de derechas llega a varios millones de lectores.

Este juego estratégico de negación e inversión abarca asimismo la construcción de roles sociales en el mundo del conflicto étnico, tales como los aliados y los enemigos, las víctimas, los héroes y los opresores. En muchos aspectos, este discurso imita el discurso de los antirracistas con la simple maniobra de invertir los roles principales: las víctimas se transforman en opresores y los que tienen el poder se transforman en las víctimas.

### *Las negaciones sutiles*

Las negaciones no siempre son explícitas. Hay muchas maneras de expresar duda, distancia o desaprobación en relación con los dichos y acusaciones de otros. Cuando, en 1985, la Comisión oficial para la igualdad racial (CRE) publicó un informe sobre la discriminación en el Reino Unido, no hubo una manera creíble de negar por completo los hechos. Pero hay otros medios discursivos, tales como las comillas, y el empleo de palabras como «sostiene» o «supuesto» que sugieren duda por parte del escritor y a los que se puede apelar para explicar los hechos, como se advierte en el siguiente editorial del *Daily Telegraph*:

(21) En su informe que completa una detallada revisión de la operación del Acta de Relaciones Raciales de 1976, la Comisión sostiene que las minorías étnicas continúan sufriendo altos niveles de discriminación y desventaja (*Daily Telegraph*, 1º de agosto).

Tal artimaña lingüística no pasa inadvertida, como podemos ver en la reacción a ese pasaje expresada en una carta por Peter Newsam, por entonces director del CRE:

(22) Dice usted de la Comisión que «sostiene que las minorías continúan sufriendo altos niveles de discriminación y desventaja». Esto es como decir que alguien «sostiene» que el mes de julio fue húmedo. Lo fue. Y además es un hecho respaldado por el peso de las pruebas aportadas por la investigación independiente que la discriminación por motivos raciales, en los campos del empleo, la vivienda y los servicios continúa estando en un nivel frustrantemente alto (*Daily Telegraph*, 7 de agosto).

De tal modo que la manera de transmitir las negaciones es expresando duda o distancia. Por lo tanto, la noción misma de «racismo» habitualmente aparece entre comillas, también, y especialmente en los titulares. Esas comillas alarmistas no son un mero recurso periodístico para dar a conocer opiniones o puntos de vista controvertidos. Si así fuera, también las opiniones con las que casualmente el periódico concuerda deberían aparecer entre comillas y eso no siempre es así. Antes bien, aparte de señalar la duda y la distancia periodísticas, las comillas también connotan la idea de «acusación infundada». El empleo de las comillas para enmarcar la noción de «racismo» se ha vuelto tan de rutina que hasta en los casos en que la policía o los tribunales mismos han establecido que hubo racismo en un determinado asunto, la prensa conservadora suele mantener las comillas por puro hábito.

### *La mitigación*

Nuestro análisis conceptual de la negación ya mostró que la negación también puede estar implícita en virtud de diversas formas de mitigación tales como el descenso del tono, el uso de eufemismos y otros circunloquios que minimizan el acto mismo o la responsabilidad del acusado. En el mismo editorial del *Daily Telegraph* que citamos antes, encontramos la siguiente declaración:

(23) [El informe de la CRE] Nadie podría negar la naturaleza frágil de las relaciones raciales que se dan en la Gran Bretaña de hoy ni que hay desavenencias y desconfianza entre partes de la comunidad (*Daily Telegraph*, editorial, 1 de agosto).

Así, en lugar de hablar de desigualdad o racismo, se da por sentado que las relaciones raciales son «frágiles» y que las «desavenencias y la desconfianza» son características de esas relaciones. Es interesante notar que este pasaje también niega explícitamente el predominio de las negaciones y, por consiguiente, podría leerse como una concesión: *hay* problemas. Sin embargo, la manera de presentar retóricamente esta concesión mediante varias formas de mitigación sugiere, en el contexto del resto del mismo editorial, que la concesión sólo es aparente. Estas concesiones fingidas son otra de las formas principales de hacer el propio descargo de responsabilidad en el discurso sobre las relaciones étnicas, por ejemplo

en declaraciones como las siguientes: «También hay negros inteligentes, pero...». o «Sé que las minorías a veces tienen problemas, pero...». Nótese además que en el ejemplo tomado del *Daily Telegraph* la mitigación no sólo está presente en el uso de eufemismos, sino también en la *redistribución de la responsabilidad* y, por ende, en la negación de la culpa. Nosotros (los blancos) no somos los principales responsables de las tensiones que se dan entre las comunidades, todos lo somos, como lo sugiere la frase existencial impersonal: «Hay desavenencias...». Aparentemente, un movimiento efectivo de negación es o bien disputar la acción responsable o bien ocultar la responsabilidad.

### *Defensa y ofensiva*

Por otro lado, en sus ataques contra los antirracistas la prensa de derechas no siempre es tan sutil. Por el contrario, no vacila en dirigir duras «diatribas» precisamente a sus oponentes:

(24) [Concentración antifascista] La velada combinó emotivos recordatorios del ascenso del nazismo con diatribas contra la discriminación y los prejuicios raciales de hoy (*Daily Telegraph*, 1 de octubre).

(25) [Sector negro] En los sectores más estrechos ideológicamente de su [de Kinnock] partido [...] parecen sentir placer en identificar todas las dificultades experimentadas por los grupos inmigrantes, particularmente los afrocaribeños, como consecuencias del racismo [...] (*Daily Telegraph*, editorial, 14 de septiembre).

(26) [Obrero acusado de racista] Lo verdaderamente alarmante es que algunos de estos Hitler de bolsillo del gobierno local estén girando hacia una política nacional. Ha llegado la hora de exponer con firmeza sus jugarretas mientras podamos hacerlo. Hombre prevenido vale por dos (*Mail*, editorial, 26 de octubre).

Estos ejemplos ilustran aún más que la negación de la discriminación, el prejuicio y el racismo no es meramente una forma de autodefensa o de presentación positiva de uno mismo. Además, es un elemento de ataque contra quienes los diarios de derechas definen como oponentes «estrechos ideológicamente», como también vimos en el movimiento de inversión expuesto en otros ejemplos. El antirracismo aparece asociado a la «izquierda chiflada» (*loony left*) y, por lo tanto, atacarlo también tiene

importantes implicaciones ideológicas y políticas y no solamente morales.

Las «dificultades» de la comunidad afrocaribeña pueden suponerse, aunque no se expliquen enérgicamente y en detalle y esas suposiciones adquieren la forma de una aparente concesión. Es decir, sean cuales fueren las causas, esas «dificultades», como se las llama eufemísticamente, no pueden ser resultado del racismo. Al atribuirles «placer» a quienes explican la situación de los negros, implícitamente el periódico sugiere también que la izquierda tiene interés en tales explicaciones y, por lo tanto, hasta ve con buenos ojos el racismo. Esta estrategia es bastante común en muchos otros ataques contra los antirracistas: «Si no hubiera racismo, lo inventarían». No hace falta aclarar que semejante frase es en sí misma una negación del racismo.

La amalgama de comparaciones y metáforas utilizadas en estos ataques es sumamente interesante. Es decir, en uno de los ejemplos se hace una referencia irónica a los «emotivos recordatorios» del nazismo y en otro se califica a esos mismos oponentes del nazismo de «Hitler de bolsillo». No obstante, esa aparente incoherencia en los rótulos sociopolíticos tiene una función muy precisa. Al referirse a sus oponentes con la metáfora «Hitler de bolsillo», el periódico obviamente se distancia de las opiniones y prácticas fascistas que frecuentemente forman parte de las acusaciones más radicales contra la derecha. Al mismo tiempo, apelando a la habitual inversión, coloca precisamente a sus oponentes en la categoría de la cual se acusa al diario mismo y así les asigna un papel que claramente aquellos aborrecerían desempeñar.

Con esto el periódico logra asociar la izquierda antirracista a las prácticas fascistas, a la estrechez ideológica y a las jugarretas. Aparte de la posición antirracista de la izquierda, lo que más enfurece a la prensa de derechas es su (modesta) influencia política. Si bien virtualmente impotentes en el nivel nacional y aún dentro de su propio partido (laborista), algunos antirracistas han logrado cierto éxito en los ayuntamientos locales y, por lo tanto, cierto control sobre (algún) dinero, financiación y otras formas de influencia política. Es decir, tienen, al menos, cierto contrapoder y eso es precisamente, junto con la ideología que lo sustenta, lo que ataca una prensa que a su vez controla la provisión de noticias de millones de lectores. Por lo tanto, lo que está en juego y por lo que se lu-

cha cuando se niega el racismo y concomitantemente se ataca a los anti-racistas en la educación y en la política es la definición de la situación étnica. Así, sus oponentes ideológicos y políticos aparecen como competidores simbólicos en la esfera de la influencia moral. Independientemente de que las acusaciones estén dirigidas a un personaje prominente o a cualquier otro británico corriente blanco, lo que preocupa particularmente a la prensa de derechas es su propia imagen: al atacar a los anti-racistas, en realidad se está defendiendo a sí misma.

## El discurso parlamentario

En estrecha simbiosis con los medios de comunicación masiva, la política cumple un papel prominente en la definición de la situación étnica. En la Europa occidental, desde las décadas de 1980 y 1990, las decisiones que toman la Administración y la burocracia y los debates que mantienen los Parlamentos están cada vez más relacionados con las cuestiones étnicas, la inmigración y los refugiados. Las persistentes desigualdades sociales, el desempleo, la acción afirmativa, las «desventajas» educacionales, el resentimiento popular contra la inmigración y la llegada de nuevas «oleadas» de refugiados procedentes del sur, se cuentan entre los principales temas que ocupan la agenda política.

Por eso mismo, nuestro análisis del discurso de la élite también necesita prestar particular atención al discurso parlamentario, especialmente porque allí pueden enfrentarse abiertamente diferentes ideologías, opiniones e intereses, sobre todo cuando se tratan cuestiones «delicadas» tales como la de las minorías y la inmigración. En consecuencia, examinamos algunos de los principales debates sobre estos temas mantenidos en los Parlamentos del Reino Unido, de Holanda, de Francia y de Alemania, así como en el Congreso de Estados Unidos.

Hay que destacar que estos discursos, tal vez más que cualquier otro, están concebidos «para el registro» (*for the record*). Todas las exposiciones y hasta las interrupciones espontáneas se registran y se publican, aun cuando algunos países permiten una «edición» ulterior. Por ende, las alocuciones rara vez son espontáneas y, en general, han sido cuidadosamente preparadas, son textos previamente redactados, leídos en voz alta. En el caso de temas delicados como las cuestiones étnicas, cabe esperar que



el discurso haya sido rigurosamente revisado, tanto política como moralmente. Salvo unas pocas excepciones de algunos partidos de extrema derecha, como el Frente Nacional de Francia, en los Parlamentos occidentales actuales rara vez se oyen exposiciones ostensiblemente racistas.

Pero, como ya dijimos, hay maneras más indirectas y sutiles de expresar opiniones y actitudes subyacentes, tanto las más liberales como las más conservadoras. A pesar de la diferencia de estilo y de función, comprobamos que el discurso parlamentario tiene algunas semejanzas sorprendentes con otras formas de conversación sobre las minorías étnicas, como la presentación positiva del que habla, la negación del racismo y la presentación negativa del Otro. Por ello, finalmente, examinaremos qué caracteres específicos adquiere la negación del racismo en los Parlamentos occidentales.

### *La autoglorificación nacionalista*

El Parlamento es el principal foro para exponer la retórica nacionalista. Esto se da particularmente cuando están implicadas normas y valores internacionales tales como la democracia, la igualdad de derechos y la tolerancia. En tal contexto, las acusaciones de racismo pueden interpretarse fácilmente como un juicio moral de la nación en su conjunto y, por lo tanto, están permitidas —aunque no bien vistas— solamente en los debates partidarios, en los cuales un partido acusa al otro de racismo. Después de todo, el racismo siempre está *en otra parte* y siempre es una particularidad de los *otros*.

Con este panorama, cabe esperar que en cualquier debate sobre cuestiones étnicas y particularmente aquellos en los que están en juego los derechos de las minorías o de los inmigrantes, la autopresentación positiva nacionalista sea un preludeo estratégico importante a declaraciones que precisamente intentan limitar tales derechos. Daremos algunos ejemplos de cada uno de esos parlamentos; todos ellos fueron tomados de los registros parlamentarios de los respectivos países y de los debates mantenidos entre 1985 y 1990. No daremos aquí el contexto detallado de la discusión ni identificaremos a los expositores ni el partido al que pertenecen, pues para los objetivos de este capítulo basta con identificar a los países y de ese modo mostrar la similitud de las conversaciones más allá de las fronteras nacionales.

(27) El debate que desarrollamos hoy no sólo concierne a los refugiados sino a nuestra sociedad global y se vincula con la responsabilidad que tienen Europa y Holanda de mantener los derechos humanos fundamentales en el mundo. El derecho de asilo es el componente nacional de una política de derechos humanos coherentes (Holanda).

(28) Creo que somos un país maravillosamente justo. A diferencia de algunos gobiernos extranjeros, nosotros nos atenemos a las reglas (Reino Unido).

(29) Nuestro país se ha mantenido abierto desde hace mucho tiempo a los extranjeros, una tradición de hospitalidad que se remonta más allá de los años de la Revolución hasta el *Ancien Régime* (Francia).

(30) Francia, que le enseñó al mundo el camino de la democracia y los derechos humanos, Francia, tierra de buena acogida y asilo, Francia, presente en cinco continentes, no podría ceder al odio racial (Francia).

(31) No conozco otro país de la Tierra que dé mayor prioridad a los derechos de los residentes extranjeros de la que da este proyecto de ley en nuestro país (Alemania).

(32) Como todos sabemos, éste es un país cuyos valores y tradiciones hoy inspiran al mundo entero. Creo que todos nosotros sentimos un profundo orgullo por las opiniones, los ideales, el gobierno y los principios estadounidenses que estimulan a cientos de millones de personas de todo el mundo que luchan por la libertad (Estados Unidos).

(33) Nuestro país tiene cosas maravillosas, todas las libertades de que gozamos, de expresión, de religión, el derecho a votar y a elegir a nuestros líderes y, por supuesto, nuestra grandeza estriba en nuestra movilidad, la capacidad que tenemos todos y cada uno de nosotros, independientemente de las circunstancias de nuestro nacimiento, de elevarnos en la sociedad estadounidense, de hacer realidad nuestros sueños individuales (Estados Unidos).

Aunque la retórica nacionalista puede variar de un país a otro (habitualmente es más exuberante en Francia y en Estados Unidos, por ejemplo), la estrategia básica de autopresentación positiva aparece en todos los Parlamentos y Congresos: somos justos, respetamos los derechos humanos, tenemos una larga tradición de tolerancia. No es raro oír en cada Parlamento que por lo menos algunos representantes sostengan que su país es el más liberal, amante de la libertad y democrático del mundo.

### *Justo, pero...*

Esta autoglorificación, especialmente cuando se hace al presentar un debate sobre las minorías o la inmigración, tiene varias funciones en el discurso par-

lamentario. Para aquellos grupos o partidos que se oponen a la legislación en favor de las minorías o los inmigrantes, a menudo la autopresentación positiva hace las veces de un descargo, es decir, es una introducción al conocido «*pero*» tras el cual aparecen los argumentos a favor de las restricciones especiales, como se puede apreciar en el siguiente fragmento tomado de una entrevista radial con el Primer ministro holandés Ruud Lubbers:

(34) En la práctica deberíamos poder ofrecerles oportunidades y posibilidades, pero en la práctica, también deberíamos llegar a un enfoque menos permisivo. Deberíamos seguir una línea; también los hacemos responsables [literalmente: «nos dirigimos a ellos»]. En otras partes vemos una combinación prácticamente de rutina de justicia, por un lado y firmeza, realismo y pragmatismo, por el otro.

(35) La responsabilidad nacional e internacional por las personas que están viviendo situaciones de emergencia, combinadas con las obligaciones que emanan de los acuerdos, son los principios de nuestra política. Esto debería continuar siendo así. Pero, por supuesto, tenemos que tomar medidas, especialmente cuando está claro que se han presentado muchas solicitudes impropias, de mala fe y aparentemente infundadas para obtener asilo y que en algunos casos los problemas que experimentan esas personas están siendo explotados con fines comerciales (Holanda).

(36) Es justo establecer controles de visado siempre que haya mutuo acuerdo entre los países implicados. Los visados son la mejor manera de controlar con justicia la inmigración, de tal modo que quienes cumplen los requisitos necesarios para venir aquí o para salir de este país para visitar otros puedan hacerlo. Esos controles dan la seguridad de que las personas cumplen los requisitos para viajar (Reino Unido).

(37) Si vamos a trabajar seriamente en pos de la armonía y la igualdad de oportunidades y en contra de la discriminación en nuestras ciudades, esa actitud tiene que estar acompañada de un control inmigratorio firme y justo (Reino Unido).

(38) El período de expansión de nuestro país ha llegado a su fin hace más de quince años y esta población de extranjeros vive en medio de una población francesa que está profundamente afectada por la recesión y el desempleo, un situación que debemos tratar con humanidad pero también razonablemente, porque no vacilo en afirmar que después del tiempo de las ilusiones, llega necesariamente el del realismo (Francia).

(39) Corresponde a este equilibrio justo de intereses que de ahora en adelante se limite la inmigración de extranjeros, porque cada sociedad tienen sus límites a la capacidad y la disposición para integrarlos (Alemania).

(40) Este sustituto ofrece a la Cámara de Representantes la oportunidad de promulgar una ley de derechos civiles que será un hito, una ley justa y a la vez pragmática (Estados Unidos).

Esta interesante similitud retórica de la justicia («justo, pero estricto») que se observa en los diferentes países también procura combinar dos objetivos ideológicos o políticos opuestos, a saber, los valores humanitarios de tolerancia u hospitalidad, por un lado, y el sentido común o el realismo, por el otro. En suma, se reconocen las metas humanitarias al tiempo que se las rechaza por ser demasiado idealistas y, por consiguiente, impracticables en el negocio de la toma de decisiones y del manejo político cotidianos. La referencia a la justicia también constituye un elemento de «equilibrio» que apunta a mitigar las implicaciones negativas de la legislación propuesta, tales como la limitación de los nuevos inmigrantes en los debates europeos y las limitaciones que impulsaba el proyecto de ley de los Derechos Civiles de 1990 (finalmente vetada por el presidente Bush) en Estados Unidos.

La presentación positiva de tal legislación y de los partidos o los grupos que la promueven, también incluye movimientos argumentativos estratégicos como el altruismo aparente («Lo hacemos por su propio bien»), la elección del mal menor («La restricción de la inmigración evita que se agudicen los conflictos en las áreas urbanas deprimidas») y otras jugadas que ponen énfasis en la idea de que el orador o su partido tiene presente el interés nacional, los intereses de su propia población (blanca) así como los intereses de las minorías, los inmigrantes o los refugiados. El secretario de Asuntos Extranjeros de Holanda, el señor van den Broek, esboza muy bien esta «difícil situación»:

(41) El gobierno debe dar la cara ante una sociedad holandesa que reacciona de manera dividida al creciente número de solicitudes de asilo. [Algunos quieren una política de admisión liberal.] Por otro lado, hay movimientos más o menos latentes que consideran que el influjo de extranjeros constituye una amenaza para la sociedad holandesa.

Es interesante observar que los gobiernos tienden a escuchar especialmente a aquellos ciudadanos que están de acuerdo con las actitudes que tales gobiernos contribuyeron a crear, como ha sido el caso con el temor

a los refugiados difundido en Holanda durante los últimos años. Es decir, no hay ninguna situación difícil real, sólo se exhibe la apariencia de un intento de equilibrar los sentimientos y los intereses populares. Al utilizar el argumento populista para controlar la inmigración, el gobierno consigue legitimar sus propias medidas políticas alegando un apoyo que, en realidad, él mismo fabricó. Esto se logra creando el pánico a las «oleadas» de refugiados que están llegando al país, una definición de la situación que también la prensa adopta con frecuencia y que de ese modo se disemina entre el público en general (van Dijk, 1988c).

### *La negación del racismo*

En ese contexto político de manejo de la impresión pública, la negación del racismo tiene un papel prominente. Independientemente de cual sea la orientación o el partido político del representante parlamentario, incluyendo la extrema derecha, todos los participantes en los debates rechazan enfáticamente cualquier acusación o insinuación de prejuicio, discriminación o racismo. En realidad, cuanto más racista sea la opinión del orador, tanto más insistentes serán sus negaciones, como puede apreciarse en las siguientes citas de lo expresado por representantes del Frente Nacional en la Asamblea Nacional Francesa:

(42) No somos racistas ni xenófobos. Lo único que pretendemos es que, de manera por completo natural, haya una jerarquía, porque estamos hablando de Francia y Francia es el país de los franceses.

(43) No, los franceses no son racistas ni antisemitas ni xenófobos ni revisionistas. Pueden sentirse preocupados frente a un inmigrante que esté fuera de control, frente a un Islam puro e inflexible que podría cruzar el Mediterráneo. Pero los franceses continúan siendo tolerantes.

Nótese que en ambos casos, detrás de la negación hay un *pero* explícito o implícito. En el primer caso, el orador (Le Pen, el líder del Frente Nacional), hasta pretende que es «natural» que exista una jerarquía entre su propio grupo, los franceses, y los inmigrantes. Esta atribución de un derecho natural a una posición superior está en el corazón mismo de las ideologías racistas. El segundo ejemplo es más indirecto y se centra en las «preocupaciones» del pueblo francés común y corriente que debe convivir con una cultura y una religión diferentes. Además de la estrategia

discursiva y política del populismo, que es muy destacada en este tipo de debates («Eso provocaría el resentimiento del pueblo», «Deberíamos escuchar lo que dice el ciudadano común francés, inglés, etcétera...»). También aquí se advierte el elemento del eufemismo: no somos racistas, sólo estamos preocupados. Veamos un ejemplo aún más depurado de esta estrategia:

(44) Los franceses no son racistas. Pero, al tener que afrontar este aumento continuo de la población extranjera que se produce en Francia, asistimos al desarrollo, en ciertas ciudades, en ciertos barrios, de reacciones que se asemejan a la xenofobia. A los ojos de un hombre francés desempleado, por ejemplo, el extranjero puede convertirse fácilmente en un rival, por quien corre el riesgo de experimentar un sentimiento de animosidad.

Siguiendo el usual *pero*, aquí no encontramos, como en otros descargos de responsabilidad, una declaración negativa contra los inmigrantes, sino, antes bien, una explicación de la reacción del «hombre común» (aparentemente las mujeres no están implicadas). Obsérvese que el modo en que el orador formula esta explicación («aumento continuo», «rival») sugiere comprensión, si no ya una excusa, como en las clásicas versiones del racismo enfocado desde el punto del vista de la competencia económica. Con todo, la negación del racismo misma es bastante compleja. Es una negación que abarca a los franceses en general, seguida de una concesión parcial, debidamente limitada mediante una fuerte mitigación y una postura «en el borde»: («se asemejan a la xenofobia»; «corre el riesgo de experimentar un sentimiento de animosidad») y limitada también en el espacio («en ciertas ciudades»). En otras palabras, el prejuicio, la discriminación y el racismo son incidentes locales y también deberían interpretarse como consecuencias provocadas por la continua inmigración, argumentos que también encontramos en la prensa británica de derechas.

Cuando se han debatido medidas restrictivas, quienes las defienden se han sentido impulsados a recordar a su audiencia y al público en general que tales decisiones políticas no tienen nada que ver con los prejuicios o el racismo:

(45) Espero que la gente, sea blanca o negra, venga de donde venga, reconozca que éstos no son grandes cambios impulsados por el prejuicio (Reino Unido).

(46) Mi honorable colega y yo continuaremos aplicando un sistema estricto y justo de control, no porque seamos prejuiciosos o inhumanos, sino porque creemos que el control es algo necesario para que todas las personas que habitan nuestras ciudades puedan vivir juntas en decente armonía y tolerancia.

Las negaciones de esta índole necesitan un apoyo argumentativo. Decir únicamente que las medidas son «justas» puede parecer demasiado insustancial. Así es como nos encontramos con los mismos argumentos que vimos antes, tales como la preocupación por lo que pueda suceder en las zonas urbanas más deterioradas. Vale la pena observar que esos argumentos también implican una jugada de transferencia: nosotros no somos racistas, pero la pobre gente de los barrios bajos sí lo es y es nuestro deber no exacerbar el resentimiento de la población en general. Esta argumentación es típica de lo que hemos llamado el «racismo de élite», que niega consecuentemente que pueda haber racismo en su propio grupo de élite, pero reconoce que otros, especialmente los blancos pobres, tal vez no sean igualmente tolerantes.

### *La negación y el reproche*

En el análisis de la prensa británica, comprobamos que las negaciones del racismo se transforman fácilmente en ataques contra los antirracistas. En el discurso parlamentario también suele aparecer la misma estrategia. Así vemos que los representantes conservadores no aceptarán ninguna acusación, ni siquiera una sugerencia implícita, de que otros políticos califiquen de racistas sus políticas más estrictas relativas a las minorías étnicas o la inmigración. Puesto que la norma oficial es la de que «todos somos ciudadanos tolerantes», tales alegaciones serán siempre declaradas inaceptables:

(47) Me dirijo particularmente a la gente de izquierdas y le repito lo que somos. He notado en sus palabras, válgame Dios, términos tales como racismo y xenofobia, con los cuales juzgaría usted a quienes no defiendan sus proposiciones. Deberá entenderse de una vez por todas: no somos racistas por el mero hecho de combatir su texto (Francia).

(48) Me permito aclararle que en ninguna circunstancia este debate debería prejuzgarse insinuando que, en estos escaños, los únicos antirracistas están de aquel lado, mientras nosotros, por oposición, seríamos racistas (Francia).

(49) Muy bien, ahora también nosotros podemos coincidir esta tarde en que ustedes pueden tener una filosofía diferente sobre cómo lograr, por ley, derechos civiles e iguales oportunidades para todos, sin ser de alguna manera antiderechos civiles ni ser racistas o algo por el estilo (Estados Unidos).

Hay un caso que vale la pena destacar en un debate alemán sobre el nuevo proyecto de ley para extranjeros. Cuando uno de los representantes del Partido Verde dice que las estipulaciones del proyecto son «racistas», un término completamente inusual en el discurso oficial alemán, como lo es también en el de Holanda, los representantes conservadores se enfurecen. Y hasta interviene el presidente del Bundestag:

(50) Un escalofrío me corre por la espalda cuando nuestro colega [...] dijo que este proyecto era una forma de racismo institucionalizado. Cuando los que tenemos más edad hemos tenido que vivir doce años bajo el racismo institucionalizado. Señoras y caballeros, les ruego y en particular a nuestros jóvenes colegas que manifiesten respeto por estas terribles experiencias y no introduzcan semejantes conceptos en nuestro quehacer político cotidiano.

En resumen, las evaluaciones en lo que al racismo se refiere se limitan únicamente al pasado nazi y han sido desterradas del discurso político oficial. En el mejor de los casos, puede llegar a emplearse el término *Ausländerfeindlichkeit* [animosidad contra los extranjeros]. «Racismo» es, por definición, una palabra demasiado fuerte, aunque sólo sea porque no es posible comparar la situación actual con las monstruosidades de los nazis. En Holanda se observa una actitud parecida: se evita utilizar el término racismo en el discurso público (político o de los medios) porque sólo se entiende en el marco de las ideologías de superioridad racial de la extrema derecha.

### *La inversión*

Aunque en los Parlamentos son bastante habituales los reproches moderados dirigidos a los delegados antirracistas, la inversión de la culpa es bastante excepcional. Sin embargo, es totalmente característica de los representantes de los partidos de derechas como los del Frente Nacional de Francia. Puesto que se les acusa a menudo y hasta explícitamente, de racistas, ellos van más allá de la mera negación e invierten las acusaciones. Para los ultraderechistas esto significa que los otros y especialmente los socia-



listas, supuestamente al dejar entrar a tantos inmigrantes y otorgarles igualdad de derechos, son culpables de los que llaman «racismo antifrancés»:

(51) Existe una forma de racismo, mis estimados colegas [interrupciones] que se pasa silenciosamente por alto pero cuya manifestación hoy alcanza un nivel y una extensión que debería preocuparnos: me refiero al racismo antifrancés.

Otra manera de invertir la acusación es culpar a los antirracistas de haber creado el racismo, aunque sólo sea por no haber escuchado al pueblo y por haber dejado entrar al país a tantos inmigrantes no europeos:

(52) Pues bien, hoy Francia, si juzgamos por lo que nos están manifestando todas esas criaturas del mundo que han venido a buscar refugio en nuestro país, es el país menos racista del mundo. No podemos tolerar seguir oyendo que se diga que Francia es un país racista [...] En ese sentido, este proyecto de ley, al impulsar el debate que se está desarrollando en este momento, ¡secreta y fabrica racismo!

Estos ejemplos, tomados de varios debates parlamentarios occidentales muestran que, aunque la discusión se exprese en términos menos extremistas que en la mayor parte de la prensa de derechas y que en las conversaciones cotidianas, las estrategias y movimientos que se emplean para hablar sobre las cuestiones étnicas son muy parecidos. El rasgo más característico de esta clase de discurso político es, aparte del autoelogio nacionalista, el manejo estratégico de la impresión: más allá de la decisión que tomemos, somos justos. Teniendo en cuenta que, especialmente en Europa, las minorías étnicas, y mucho menos los inmigrantes recientes y los refugiados, prácticamente no tienen ningún poder político, este «acto de equilibrio» de calificar las medidas políticas de «firmes pero justas» evidentemente está dirigido en primer lugar al público blanco dominante en su conjunto. Al definirse como humanitarios pero no demasiado flexibles, el gobierno y los partidos que lo apoyan pueden hacer que sus medidas parezcan aceptables por ser esencialmente razonables: tomamos medidas enérgicas, pero no somos racistas.

En suma, además de manejar las impresiones, estos discursos políticos también manejan su legitimación fabricando el consentimiento de su política étnica y, a la vez, manejan la política de los asuntos étnicos, la inmigración y las relaciones internacionales.

## Conclusiones

Ya sea en las calles de las zonas urbanas deprimidas, en la prensa o en el Parlamento, los miembros del grupo dominante hablan con frecuencia de «ellos»: los grupos étnicos minoritarios, los inmigrantes o los refugiados que se han quedado a vivir en el país. Esos discursos, así como las cogniciones sociales en las que se basan, son complejos y están llenos de contradicciones. Si bien pueden estar inspirados por las normas generales de tolerancia y aceptación, también suelen estarlo —incluso simultáneamente— por sentimientos de desconfianza, resentimiento o frustración respecto a esos «ellos».

Por lo tanto, los temas, los relatos y la argumentación pueden construir un retrato en alto grado negativo de las minorías o los inmigrantes, por ejemplo, referido a las diferencias culturales, al alejamiento de la «norma» o a la competencia, entendidos como un problema o una amenaza a «nuestro» país, territorio, espacio, vivienda, empleo, educación, normas, valores, hábitos o lenguaje. Tales conversaciones y textos no son, pues, una forma de discurso individual sino que constituyen un discurso social de grupo y expresan no sólo las opiniones individuales, sino fundamentalmente las representaciones socialmente compartidas.

Con todo, es habitual que la conversación negativa sobre los grupos minoritarios o los inmigrantes sea interpretada como una expresión tendenciosa, prejuiciosa o racista inconciliable con los valores generales de tolerancia. Esto implica que dichos discursos se presenten siempre entre titubeos, mitigados, excusados, explicados o, de lo contrario, manejados de tal manera que nunca constituyan un elemento en contra de quien habla o escribe. Mantener la apariencia tolerante, presentarse positivamente y manejar hábilmente la impresión son estrategias habituales a las que recurren los hablantes en esas situaciones que ponen en riesgo su imagen de persona íntegra: no pueden permitir que se les malinterprete o que se infiera de lo que dicen algo que no desean.

Uno de los principales instrumentos estratégicos que emplean los hablantes y los redactores en ese manejo de la impresión es la negación del racismo. Pueden afirmar sencillamente que no dijeron nada negativo o concentrarse en sus intenciones: lo que dije puede haber sonado negativo, pero de ningún modo ésa fue mi intención. Asimismo, pueden mitigar

la caracterización negativa de los otros utilizando eufemismos, implicaciones o alusiones vagas, o bien haciendo aparentes concesiones y, seguidamente, sustentando su discurso negativo con argumentos, anécdotas u otros «datos» de apoyo.

Quienes dicen o escriben estos discursos también suelen abandonar su posición moderada de presentarse positivamente y defenderse para adoptar otra más activa y agresiva, es decir, el contraataque: quienes lanzaron las acusaciones de racismo son el verdadero problema, cuando no los verdaderos racistas. Ellos son los realmente intolerantes y están en contra de «nuestro» propio pueblo. Nosotros somos las víctimas de la inmigración y los verdaderos discriminados.

Es interesante observar que, a pesar de las diferencias de estilo que se registran en los distintos grupos sociales, esta clase de discurso aparece en cualquier nivel social y contexto social. Es decir, tanto los ciudadanos blancos «comunes y corrientes» como las élites blancas necesitan proteger su imagen social y, al mismo tiempo, tienen que manejar la interpretación y las prácticas de un mundo social y cultural cada vez más multicolor. Para el grupo dominante, esto significa que es necesario reproducir las relaciones de dominación, tanto en el macro como en el micronivel, tanto en las acciones como en los pensamientos.

En ese proceso de reproducción, las representaciones negativas del grupo dominado son esenciales; sin embargo, tales actitudes e ideologías son incompatibles con las normas e ideales democráticos y humanitarios dominantes, lo cual implica que el grupo dominante debe protegerse, cognitiva y discursivamente contra la acusación perjudicial de intolerancia y racismo. La única forma de restablecer el equilibrio cognitivo es siendo —o convirtiéndose en— un auténtico antirracista, aceptando a las minorías y a los inmigrantes como a iguales o bien negando el racismo. Éstas son las dos opciones ante las que se encuentran los grupos blancos en Europa y en América del Norte. Hasta ahora, han preferido ampliamente la segunda.

## **Aclaración**

Algunas partes de este artículo fueron presentadas en conferencias dadas en Amsterdam, Coventry y Duisburgo en 1991.

## 7

# Discurso político y cognición política

### 1. Relacionar la política, la cognición y el discurso

Este capítulo tiene el propósito de indagar algunas de las relaciones que se dan entre el discurso político y la cognición política. En los últimos tiempos, cada uno por su lado, estos dos campos interdisciplinarios están recibiendo mayor atención, pero desafortunadamente continúa pasándose en gran medida por alto la conexión entre ambos: la psicología política no ha mostrado gran interés en el discurso y, viceversa, la mayor parte de los estudiosos del discurso político hacen caso omiso de los fundamentos cognitivos de tal discurso.

Y sin embargo, las relaciones entre estas disciplinas son tan evidentes como interesantes. El estudio de la cognición política se interesa principalmente en las representaciones mentales que comparten las personas en su condición de actores políticos. Nuestro conocimiento y nuestras opiniones sobre los políticos, los partidos o los presidentes han sido modeladas en gran parte por diversas formas de texto y de conversación a lo largo de nuestra socialización (Merelman, 1986), de nuestra educación formal, mediante el uso de los medios y a través de la conversación. De tal modo que, con frecuencia, el tratamiento de la información política es una forma de procesamiento de los discursos, también porque una

parte importante de la acción y la participación políticas se cumple a través del discurso y la conversación.

Por otro lado, un estudio del discurso político sólo es teóricamente y empíricamente eficaz cuando las estructuras del discurso pueden relacionarse con las propiedades de las estructuras y los procesos políticos. No obstante, estos últimos habitualmente exigen una indagación en el macronivel del análisis político, mientras que las primeras corresponden más bien a un enfoque en el micronivel. Esta bien conocida brecha sólo se puede salvar adecuadamente con una elaborada teoría de la cognición política, una teoría que conecte explícitamente la unicidad individual y la variación de la interacción y el discurso políticos con las representaciones políticas socialmente compartidas de las instituciones y los grupos políticos. Así, un texto discriminatorio sobre los inmigrantes puede derivar de las creencias personales del redactor acerca de los inmigrantes y éstas pueden a su vez estar relacionadas con las actitudes o ideologías racistas compartidas de un grupo más amplio.

El marco teórico de este capítulo es complejo y multidisciplinario. Relaciona varios niveles y dimensiones del terreno político. El nivel de base está constituido por los actores políticos individuales, sus creencias y sus discursos e interacciones con otros en las situaciones políticas. El nivel intermedio, constituido por el nivel de las bases, está conformado por las instituciones y los grupos políticos, sus representaciones compartidas, su discurso colectivo y sus relaciones e interacciones. El nivel superior, que a su vez se basa en el nivel intermedio, está constituido por los sistemas políticos y sus representaciones abstractas, sus órdenes de discursos y sus procesos sociopolíticos, culturales e históricos.

Por supuestos, estos niveles se relacionan entre sí de muchas maneras, de tal modo que el micro y el macronivel parecen manifestarse al mismo tiempo. Así, un/a representante que pronuncia un discurso en el Parlamento habla en su condición de individuo y expresa sus creencias políticas personales de un modo único y en un contexto único. Al mismo tiempo, esa persona habla como miembro del Parlamento o del Congreso, como miembro de un partido y como representante de un distrito, posiblemente como fuerza opositora de otro partido o del gobierno y expresando las actitudes o ideologías de su propio grupo. Y, finalmente, al hacerlo, él o ella está promulgando un sistema de democracia parlamen-

taria, reproduciendo el orden discursivo de la democracia y las ideologías democráticas y dando por supuesta un Fundamento Común (*Common Ground*), históricamente variable, de conocimiento, normas y valores culturales, compartidos por todos los demás grupos de la misma cultura.

Este capítulo se concentrará en algunas de las relaciones que mantienen entre sí los dos niveles inferiores de análisis políticos, es decir, en cómo se relacionan el texto político y la conversación política de los individuos con las representaciones políticas socialmente compartidas y las interacciones colectivas de los grupos e instituciones.

Dada la complejidad de estas relaciones entre los niveles individual y colectivo de análisis, este capítulo se limitará necesariamente a unos pocos temas principales. El primer aspecto que debemos examinar más detalladamente es el papel que cumple el contexto político del discurso y cómo definen y manejan cognitivamente los actores políticos ese contexto en la producción y comprensión del texto y la conversación políticos. En segundo lugar, mostraré que las estructuras del discurso político (tales como los temas políticos, los pronombres y las metáforas) también deben ser descritas y explicadas atendiendo a las representaciones mentales «que las sustentan» que, a su vez, pueden relacionarse con las estructuras y los procesos políticos.

Desde el punto de vista de los tres niveles que distinguimos antes, esto significa que el discurso y la política pueden relacionarse esencialmente de dos maneras: a), en un nivel sociopolítico de descripción, las estructuras y los procesos políticos están constituidos por eventos situados, interacciones y discursos de los actores políticos en contextos políticos y b), en un nivel sociocognitivo de descripción, las representaciones políticas compartidas están relacionadas con las representaciones individuales de esos discursos, interacciones y contextos. En otras palabras, la cognición política hace las veces de interfaz teórica indispensable entre la dimensión personal y la dimensión colectiva de la política y el discurso político.

## Un ejemplo

Para poder ilustrar el argumento teórico de este capítulo, tomaré un ejemplo concreto de discurso político, a saber, un fragmento de un dis-

curso pronunciado en la Cámara de los Comunes británica el 5 de julio de 1989 por sir John Stokes, un miembro del Parlamento (muy) conservador que representaba a Halesowen y Stourbridge. Su exposición es una contribución a un debate sobre la inmigración y las pruebas de ADN y promueve más restricciones a la inmigración que las impuestas por el gobierno de Thatcher, restricciones que la oposición laborista (por boca de Roy Hattersley) calificó de «racialmente discriminatorias» al comienzo de ese mismo debate. Esto es lo que dice sir John Stokes:

- 1 Durante los últimos veinticinco años hemos dejado entrar a cientos de miles de inmigrantes
- 2 a esta pequeña isla, de modo que ahora tenemos minorías étnicas de varios millones
- 3 de personas y, en algunos casos, como todos sabemos, su tasa de nacimientos excede
- 4 ampliamente la de la población oriunda. Éste es un problema sobre todo para Inglaterra,
- 5 pues los demás países del Reino Unido tienen una población de inmigrantes
- 6 mucho menor. ¿Por qué estamos hoy aquí los miembros ingleses del Parlamento?
- 7 También le hago esta pregunta a la oposición. ¿No somos acaso los garantes de esta
- 8 amada Inglaterra para la posteridad? ¿Cuál será el futuro de nuestro país dentro de
- 9 veinticinco años, aun cuando mañana detuviéramos toda inmigración? ¿Cuál será el efecto
- 10 en nuestra religión, nuestra moral, nuestras costumbres, nuestros hábitos...? Ya ha habido
- 11 algunos peligrosos estallidos de ciertos sectores de la comunidad musulmana. Habiendo
- 12 prestado servicios durante la guerra junto a musulmanes, puedo decir que admiro mucho
- 13 a varios de ellos y su religión. También me agradó enormemente la carta que escribió mi Hon
- 14 amigo el ministro de Estado del Ministerio de Gobernación a los líderes musulmanes y que
- 15 fue publicada hoy en los periódicos. Es una necesidad ignorar los problemas y los temores

16 que engendran esos peligrosos estallidos en la gente corriente, en el pueblo común a quien  
17 supuestamente debemos representar. No tenemos que permitir que los sentimientos de culpa  
18 que experimentamos por el tratamiento que damos a los inmigrantes nuble nuestro juicio.  
19 En Inglaterra somos gente amable, cortés, tolerante y amante de la paz. Ya hemos absorbido  
20 grandes cantidades de recién llegados. Salvo ocasionales excepciones, no hemos tenido los  
21 motines ni el derramamiento de sangre que algunos profetizaban. El peso de acoger y tratar a  
22 esos recién llegados en nuestra vida cotidiana no ha recaído en los intelectuales, en los  
23 miembros laboristas del Parlamento ni en gente de ese jaez sino en las personas comunes  
24 y corrientes, en el pueblo inglés de clase obrera. Seguramente ellos tienen derecho a que haya  
25 aquí una voz que los represente. A causa de la gran cantidad de inmigrantes que viven en  
26 en las ciudades se han producido vastos cambios. Y los ingleses locales nunca fueron  
27 consultados sobre esa cuestión. Nunca tuvieron que votar a favor o en contra. Seguramente  
28 tienen sus opiniones sobre el futuro de este influjo. Y esperan que nosotros protejamos su  
29 posición. Todos —inmigrantes o no inmigrantes— queremos proteger nuestra posición. Como  
30 dije, afortunadamente, no hemos sufrido muchos motines ni derramamiento de sangre y las  
31 relaciones, en general, son buenas, pero a medida que se publican las cifras de los que aún  
32 están llegando, cada vez más gente comienza a decir: «Esto, ¿va a continuar? ¿O podemos  
33 decir «ya basta»?» Éste es un pequeño intento de tener un poco más de control y es  
34 muy sensato. Creo que todos los que estamos en esta Cámara y los que están fuera de ella  
35 deberíamos acogerlo con entusiasmo (copia Hansard, 5 de julio de 1989, columnas 390-391).



Para que este fragmento pueda comprenderse plenamente, es necesario hacer algunas observaciones sobre el contexto político. El discurso fue pronunciado durante el verano del año en que el ayatollah Jomeini lanzó la *fatwah* contra Salman Rushdie por la publicación de su libro *Los versos satánicos*. Esta sentencia de muerte religiosa también excitó tensiones dentro de la comunidad musulmana británica, algunos de cuyos miembros estaban a favor de la *fatwah*. Esta situación provocó manifestaciones y hasta la quema pública del libro de Rushdie. Éstos son los «peligrosos estallidos» a que se refiere sir John Stokes (línea 11). También menciona una carta escrita por su colega conservador, el secretario de Estado del Ministerio de Gobernación, Douglas Hurd, a los miembros de la comunidad musulmana, en la cual se les advierte que en Gran Bretaña no se tolerará ninguna conducta antidemocrática.

Retornemos ahora al argumento teórico que ilustraremos utilizando ejemplos tomados de este discurso.

### *El estudio de la cognición política*

El estudio de la cognición política se centra en varios aspectos del «procesamiento de la información política». Esencialmente explora la adquisición, los usos y las estructuras de las representaciones mentales que se forman las personas respecto a las situaciones, los acontecimientos, los actores y los grupos políticos. Los temas característicos de la investigación de la cognición política son: la organización de las creencias políticas; la percepción de los candidatos políticos; el juicio y la toma de decisiones políticos; los estereotipos, los prejuicios y otras actitudes sociopolíticas; la identidad de los grupos políticos; la opinión pública, la formación de la impresión y muchas otras cuestiones que tienen que ver con las representaciones de la memoria y los procesos mentales que contribuyen a la comprensión y la interacción políticas (para más detalles, véanse, por ejemplo, Hermann, 1986; Iyengar y McGuire, 1993; Lau y Sears, 1986 y Lodge y McGraw, 1995).

Puesto que una revisión de esta investigación superaría ampliamente el alcance de este capítulo, mi intención es construir un nuevo marco que se concentre en las relaciones que se dan entre el discurso político y la cognición política. Por supuesto, como ya hemos señalado, muchas de las dimensiones de tal marco serán convenientes también para una teoría de las

relaciones entre la cognición política y muchos otros componentes de las estructuras y los procesos políticos. (Aunque no hay prácticamente ningún trabajo específico que combine el análisis sistemático del discurso político con la investigación de la cognición política, podemos mencionar algunas obras que relacionan la psicología política con el análisis de la comunicación; véanse, por ejemplo, Crigler, 1996; Krauss, 1990; Krauss y Perloff, 1985; uno de los pocos estudiosos de la cognición política que analiza varios tipos de discurso, aunque con métodos analíticos del contenido, es Tetlock, 1981, 1983, 1984, 1985a, 1985b; para obtener una visión general de esta investigación, puede consultarse Tetlock, 1993).

Un elemento esencial del marco que propongo y que falta en otras investigaciones sobre la cognición política es el de los modelos mentales, que funciona como la necesaria interfaz entre las cogniciones políticas socialmente compartidas, por una parte, y las creencias personales, por la otra. Estos modelos sirven además como la base cognitiva del discurso político y de la acción política y, por lo tanto, también relacionan las macroestructuras políticas de las representaciones compartidas de los grupos y las instituciones con las microestructuras políticas de las actividades de los actores políticos.

## 2. Un marco conceptual

A fin de poder reconstruir las relaciones sistemáticas que mantienen la cognición política y el discurso político, resumiré brevemente algunas de las nociones psicológicas elementales del marco teórico en el cual analizaremos esas relaciones (sobre un análisis de la importancia de este marco para el procesamiento de la información política, véase Wyer y Ottati, 1993):

1. Los procesos y representaciones cognitivos se definen en relación con una estructura mental abstracta llamada «memoria».
2. Tradicionalmente se establece una distinción entre Memoria a Corto Plazo, STM (*Short Term Memory*), también llamada «memoria de trabajo» y Memoria a Largo Plazo, LTM (*Long Term Memory*). El proceso real de la información (por ejemplo, la percepción, la comprensión y producción del discurso, el seguimiento de la interacción) sucede en la STM

y utiliza información (por ejemplo, el conocimiento) almacenado en la LTM.

3. Dentro de la Memoria a Largo Plazo se hace otra distinción entre Memoria Episódica y Memoria Semántica. La primera almacena las experiencias personales que resultan del procesamiento (comprensión) de la STM y la Memoria Semántica almacena la información más general, abstracta y socialmente compartida, como nuestro conocimiento del lenguaje o del mundo. Dada la naturaleza socialmente compartida de la información almacenada en la Memoria Semántica, la llamaré «Memoria Social», en contraste con la información más personal que guardamos en la Memoria Episódica.
4. La información localizada en la Memoria a Largo Plazo se organiza en varios tipos de representaciones mentales, cada una de las cuales posee su propia estructura esquemática. Por ejemplo, el conocimiento social general sobre episodios convencionales (tales como comprar en un supermercado o participar de una conferencia académica) puede estar organizado mediante «guiones» (*scripts*) constituidos por una cantidad de categorías fijas, por ejemplo categorías para los escenarios, los acontecimientos, las acciones y los participantes característicos de tales episodios. Parte de este conocimiento social es también el conocimiento político general que tienen las personas, por ejemplo de los políticos, el Parlamento, los debates, las elecciones, la propaganda política o las manifestaciones políticas.
5. El conocimiento se define aquí como la estructura mental organizada conformada por las creencias fácticas compartidas de un grupo o una cultura, «verificadas» (o que podrían ser verificadas) mediante los criterios de verdad (históricamente variables) de ese grupo o cultura. Téngase en cuenta que lo que para un grupo (período o cultura) puede ser «conocimiento», para otros grupos probablemente sólo sea «creencia» u «opinión».
6. Además del conocimiento, las personas tienen otra información socialmente compartida, como las actitudes (entre las que se incluyen los prejuicios), las ideologías, las normas y los valores del grupo. Mientras el conocimiento se define culturalmente como «fáctico» u «objetivo», es decir, como «creencias verdaderas», las actitudes (de un grupo) a menudo se definen como evaluativas e (inter)subjetivas porque varían esencialmente entre los diferentes grupos de la sociedad (luego ofreceremos más detalles).
7. Aunque es poco lo que se sabe de la organización de las creencias evaluativas, es probable que también las actitudes y las ideologías se orga-

nicen según esquemas característicos, por ejemplo sobre el propio grupo y los demás grupos y las relaciones entre ellos. Así, las opiniones machistas sobre las mujeres y las relaciones de género probablemente se almacenen en esquemas grupales interrelacionados sobre los hombres y sobre las mujeres entendidos como grupos.

8. La arquitectura «de conjunto» de la Memoria Social aún se desconoce. Sin embargo, supondremos que su base está constituida por un fundamento común (el llamado *Common Ground*) de creencias socioculturales, que da importancia a las opiniones y el conocimiento cultural generalmente compartidos y no discutidos (puede hallarse una definición relacionada pero diferente —más local y relativa a la interacción— de *Common Ground* en Clark, 1996). Este fundamento cultural común es lo que define nociones tales como el «sentido común» o lo que «se da por sentado». Aunque sean fundamentales para un período o una cultura determinados, hasta las creencias de ese fundamento común pueden cambiar históricamente. Sobre la base de este terreno cultural común (que permite la comprensión y la comunicación mutuas) cada grupo social puede desarrollar, sin embargo, su propio conocimiento y sus propias opiniones de grupo que a su vez están organizados por las ideologías que los sustentan. A veces (fragmentos de) las creencias especializadas de un grupo pasan a formar parte del fundamento común (por ejemplo, nuestro conocimiento elemental sobre el planeta Tierra). Y viceversa, las creencias del fundamento común de determinado período pueden convertirse en creencias sectarias o especiales de un grupo en un período ulterior (como es el caso del cristianismo).
9. Además de las creencias socialmente compartidas de los grupos a los que pertenecen, las personas también pueden tener experiencias y conocimientos personales, como los representados en su Memoria Episódica. Estas experiencias personales están representadas en modelos mentales, que también tienen una estructura esquemática constituida por una cantidad de categorías fijas, por ejemplo para las situaciones, las acciones y los participantes y sus diferentes roles.
10. A diferencia de las creencias socialmente compartidas, los modelos representan eventos específicos tales como los acontecimientos tratados en el debate parlamentario que utilizamos como ejemplo. Los modelos son la interpretación personal (conocimiento y opinión) de tal evento. Es decir, los modelos son subjetivos.
11. Los modelos forman la base cognitiva de todo discurso e interacción individuales. Tanto respecto a la producción como a la comprensión, los

individuos construyen un modelo de un acontecimiento o una acción, por ejemplo el hecho al que se refiere un texto o la acción que la persona percibe o de la que participa. Los modelos también constituyen la base de referencia del discurso y, por ende, contribuyen a definir la coherencia local y global.

12. Los modelos integran nueva información (por ejemplo, información procedente de la comprensión de un texto o la observación de un acontecimiento), fragmentos de experiencias anteriores (modelos viejos), ejemplificaciones de información personal más general (conocimiento personal, personalidad, sí mismo), así como ejemplos concretos de información socialmente compartida (por ejemplo, creencias del grupo o textos elaborados del conocimiento cultural). En otras palabras, los modelos encarnan tanto la información personal como la social y por ello constituyen el núcleo de la interfaz entre lo social y lo individual.
13. Por la misma razón, cuando son compartidos, generalizados, abstractos y están socialmente normalizados, los modelos pueden constituir la base del aprendizaje social y político experimental. De allí es de donde derivan sobre todo las representaciones sociales generales y abstractas de la memoria social, nuestras experiencias personales, tal como aparecen representadas en nuestros modelos episódicos. Con todo, el conocimiento social y político puede adquirirse también de manera más directa, por ejemplo del discurso general y abstracto, como del de las disertaciones o las propagandas políticas.

Este breve resumen de algunos de los rasgos sobresalientes del marco teórico empleado para estudiar las relaciones existentes entre el discurso político y la cognición política necesariamente deja fuera una buena cantidad de detalles, de los cuales mencionaremos unos pocos. Además, si bien la psicología acepta casi unánimemente algunos de estos rasgos, hay otros menos aceptados o conocidos y otros que son idiosincrásicos de mi enfoque. Por ejemplo, aunque aborde cuestiones como el conocimiento, las actitudes y las ideologías, así como su organización esquemática y su procesamiento, la bibliografía sobre cognición política omite virtualmente la teoría de los modelos mentales que, sin embargo, ha sido ampliamente aceptada en la psicología del procesamiento de textos (véanse, por ejemplo, Garnham, 1987; Johnson-Lair, 1983; Morrow, 1994; Oakhill y Garnham, 1996; van Dijk y Kintsch, 1983; van Dijk, 1985, 1987b; van Oostendorp y Zwaan, 1994).

Por contra, la psicología del procesamiento de texto integra la teoría del guión (*script theory*) y las teorías del conocimiento pero omite virtualmente las creencias evaluativas (opiniones) y las actitudes e ideologías socialmente compartidas. Aquí encontramos una de las consecuencias de la división por completo arbitraria del trabajo entre psicología cognitiva y psicología social. Dentro de este marco general, pasaremos ahora a analizar una cantidad de cuestiones que definen las relaciones entre discurso político y cognición política.

## *2.1 El procesamiento del discurso*

El uso del lenguaje en general y la producción y comprensión del texto y la conversación políticos en particular pueden analizarse cognitivamente dentro del marco teórico que acabamos de esbozar (entre muchos otros estudios, véanse Britton y Graesser, 1996; van Dijk y Kintsch, 1983; van Oostendorp y Zwaan, 1994; Weaver, Mannes y Fletcher, 1995).

Nuestro análisis es aplicable a a), las relaciones entre creencias compartidas (representaciones políticas), por un lado y las creencias personales (modelos), por el otro y b), las relaciones de estas representaciones sociales y personales con las estructuras del discurso.

En la producción del discurso suponemos que quienes hablan (o escriben) generalmente habrán de comenzar partiendo de su modelo mental personal de un acontecimiento o situación. Este modelo organiza las creencias subjetivas que tiene el hablante sobre esa situación. Así, en nuestro ejemplo, sir John produce su exposición basándose en su modelo de la situación étnica e inmigratoria que se vive en ese momento en Inglaterra, un modelo que define evaluativamente en la perspectiva de una macroproposición que también expresa: «un problema... para Inglaterra» (línea 4). Ese modelo amplio de la situación étnica que vive el Reino Unido en ese momento está constituido por algunos modelos más específicos de acontecimientos particulares como el de los «peligrosos estallidos de ciertos sectores de la comunidad musulmana» o el de la carta enviada por el secretario Hurd a esa comunidad, que ponen de manifiesto no sólo la interpretación de sir John sobre esas acciones, sino también sus opiniones.

Los modelos de sir John ejemplifican creencias sociales y políticas compartidas, a saber, las de todo el pueblo inglés en general y las de los conservadores en particular. Por ejemplo, todos saben que han llegado

a Inglaterra varios cientos de miles de inmigrantes y el orador integra aquí este conocimiento general en el modelo de la situación del momento. Asimismo, como afirma el mismo orador, no sólo él, sino muchos definen esa inmigración como un «problema». Y, como otros, da prueba de una actitud racista al insinuar que (muchos) musulmanes son «peligrosos». En el otro extremo, representa a su grupo del modo siguiente: «En Inglaterra somos gente amable, cortés, tolerante y amante de la paz». Este contraste entre Nosotros y Ellos no solamente caracteriza las actitudes y las ideologías que comparte el orador con otros británicos (principalmente conservadores, blancos) sino que polariza el modelo personal actual que él mismo tiene de la situación que vive Gran Bretaña en ese momento. Estos ejemplos muestran algunas de las relaciones entre el conocimiento y las opiniones personales y las opiniones y conocimientos socialmente compartidos, o sea, entre las representaciones de la Memoria Social y los modelos personales de la Memoria Episódica.

Una vez que se ha constituido un modelo personal de un acontecimiento o de una situación, los hablantes pueden expresar fragmentos de esos modelos en el discurso, utilizando una cantidad de detalladas estrategias lingüísticas y discursivas que no analizaremos aquí. Sin embargo, es importante señalar que habitualmente el que habla sólo expresa una pequeña parte de sus modelos, a saber, sólo la información que es pertinente en el contexto del momento. Luego volveré sobre esta restricción contextual. En otras palabras, las más de las veces un texto sólo es la punta del iceberg de toda la información que tiene quien lo dice o lo escribe sobre el acontecimiento o la situación de la que está hablando. Sir John indudablemente sabe más sobre los «peligrosos estallidos» de la comunidad musulmana, pero sólo resume el modelo que tiene de ese evento expresando la macroproposición evaluativa que define su modelo. Lo mismo puede decirse de la expresión del modelo del señor Hurd en su carta dirigida a la comunidad musulmana.

Lo que hemos resumido aquí con referencia al proceso de producción del discurso también es aplicable a la comprensión del discurso. Así es como la audiencia de sir John y nosotros como lectores del Diario Oficial (Hansard) de su discurso comprendemos lo que dijo, primero a través de un complejo proceso de codificación y comprensión de las palabras y las oraciones y, en última instancia, construyendo nuestros propios

modelos del tema que él está tratando. Por supuesto, si estamos de acuerdo con él, aceptaremos sus modelos por considerarlos esencialmente verdaderos o «correctos». Si disentimos, podemos construir modelos alternativos de la situación que dependerán igualmente de nuestro propio conocimiento personal de la situación del momento y del conocimiento y las evaluaciones compartidos del grupo. Si los receptores leen o escuchan muchos discursos semejantes de los políticos o de los medios de comunicación masiva y no tienen información alternativa que se les oponga, esos modelos pueden generalizarse a su vez y conformar representaciones abstractas socialmente compartidas sobre los musulmanes, las minorías, los ingleses y la inmigración, teñidas, por ejemplo, de prejuicios étnicos y nacionalistas o ideologías racistas.

Esta breve caracterización del procesamiento del discurso muestra varias relaciones entre el discurso político y la cognición política. Y nuestro ejemplo nos permite ver cómo se utilizan las actitudes e ideologías políticas conservadoras para construir un modelo individual de la situación del momento y cómo se expresa selectivamente una parte de esta información del modelo en un discurso parlamentario. Un aspecto importante, desde el punto de vista de nuestra argumentación es que este marco teórico en realidad ofrece los primeros elementos de la interfaz necesaria entre lo social y lo individual, entre la acción del grupo y la acción y el discurso individuales.

Es decir, en el nivel sociopolítico de análisis observamos cómo los conservadores promulgan o defienden un proyecto de inmigración restrictivo y cómo un miembro (del Parlamento, del partido conservador) «hace realidad» local y contextualmente ese acto político de un grupo mediante una forma específica de interacción, a saber, el discurso parlamentario. De modo semejante, y paralelamente con la conexión sociopolítica entre lo social y lo personal, en el nivel cognitivo encontramos actitudes e ideologías compartidas socialmente y comprobamos cómo se relacionan éstas con las opiniones específicas de un actor social en los modelos que ese actor tiene de la situación y los acontecimientos del momento.

Con todo, este marco continúa siendo insuficiente. Hasta ahora dice muy poco de las estructuras de las representaciones políticas compartidas y de los modelos personales y tampoco explica muchas de las pro-



piudades de un discurso parlamentario como el de sir John. Por lo tanto, debemos introducir instrumentos teóricos adicionales que nos proporcionen una comprensión más detallada de las relaciones que existen entre el discurso político y la cognición política.

## 2.2 *Los modelos de contexto*

Señalamos antes que los usuarios del lenguaje sólo expresan una parte de los modelos que se han formado de situaciones y acontecimientos específicos, modelos que de ahora en adelante llamaremos sencillamente «modelos de evento» (pero que anteriormente llamamos «modelos de situación», véase van Dijk y Kintsch, 1983). En realidad, en la mayor parte de las situaciones comunicativas sería fútil expresar todo lo que sabemos sobre un evento o sería inadecuado expresar (todas) nuestras opiniones. Además, nuestros interlocutores ya conocen gran parte del conocimiento que tenemos y, en algunos casos, hasta comparten nuestras opiniones.

Dicho de otro modo, para que los hablantes puedan saber qué información de sus modelos o de sus representaciones sociales conviene incluir realmente en sus discursos, tienen que saber algo de la situación comunicativa en que se produce su texto o su conversación, en la que se incluyen las supuestas creencias de sus receptores. Además, deben saber en qué ocasión están hablando, para poder evaluar si la expresión de sus creencias es apropiada en la situación social de ese momento (véase Fussell y Krauss, 1992). En el Parlamento pueden decirse ciertas cosas y otras no. De modo semejante, los miembros del partido del gobierno tendrán un discurso diferente del de los miembros de la oposición. Así vemos que, mientras Roy Hattersely habla de las regulaciones «racialmente discriminatorias», propuestas por el gobierno de Thatcher, sir John habla positivamente de ellas y explícitamente de «acogerlas con entusiasmo» (línea 35).

Estos ejemplos muestran algo del discurso que ya todos sabemos, es decir, que lo que decimos (o comprendemos) depende de las presiones estructurales del contexto real incluyendo, por ejemplo, el lugar, el tipo de evento, el género, los objetivos, las acciones del momento, así como de los participantes, de sus roles y de sus conocimientos (Duranti y Goodwin, 1992). Y a la inversa, al hablar del modo en que lo hacemos, al mismo tiempo constituimos o definimos ese contexto y afectamos las

maneras en que los demás participantes, a su vez, nos comprenden y evalúan como participantes y así sucesivamente. Por ésta y otras razones, los usuarios del lenguaje señalizan o «indician» de múltiples maneras su texto y su conversación con elementos del contexto, como hace sir John cuando pregunta: «¿Por qué estamos hoy aquí los miembros ingleses del Parlamento?». Esta pregunta por sí sola señala el objetivo de la sesión que se están llevando a cabo ese día en el Parlamento, los participantes y sus roles (miembros del Parlamento), así como el escenario (el lugar y el tiempo).

Ésta es la manera estándar de formular las relaciones entre el texto y el contexto. Sin embargo, tiene un grave defecto teórico porque relaciona dos tipos de entidades que sencillamente no pueden relacionarse de una manera directa, a saber, las estructuras de una situación social (los participantes, el escenario, las acciones) y las estructuras del discurso. Además, si ése fuera el caso, todas las personas en una situación semejante podrían hablar del mismo modo. Por lo tanto, nuevamente nos hace falta una interfaz (cognitiva).

En realidad, no es tanto la situación social lo que hace que sir John diga lo que dice, como su interpretación o su modelo personal de esa situación. Lo que señalan o indican los discursos es, pues, no el contexto social mismo, sino los modelos mentales subjetivos del contexto tales como los han construido los participantes del acto del habla (para más detalles, véase van Dijk, 1977a, 1999). Esto permite que haya diferencias personales entre los modelos de contexto de los diversos participantes y opiniones personales (diferentes) sobre la situación comunicativa presente (incluso sobre nosotros mismos y los otros que participan de ella). Los modelos de contexto también explican los conflictos que se suscitan entre los participantes de la conversación porque unos y otros tienen (y usan) modelos incompatibles de la situación comunicativa presente. Y, probablemente lo más importante, esos modelos personales de la situación explican por qué todos los textos y conversaciones individuales, aunque versen sobre los mismos temas, siempre son únicos y diferentes por cuanto se basan en modelos personales únicos tanto del evento mismo como del contexto.

De ello se sigue que en el marco general presentado antes aún faltaba un componente esencial entre los modelos de evento y el discurso; me

refiero a los modelos de contexto de los participantes en un evento comunicativo. En última instancia, lo que controla el modo en que los hablantes y los escribientes adaptan su texto y su conversación a la situación del momento y la manera (más o menos) adecuada a tal situación de realizar los actos del habla y los actos conversacionales es la información (subjetiva) almacenada en estos modelos. Finalmente, los modelos de contexto también definen la noción misma de relevancia (pragmática) (Sperber y Wilson, 1986), es decir, atendiendo a aquellas estructuras de la situación comunicativa que los participantes han construido como contexto en sus modelos de contexto.

Los modelos de contexto están estructurados como cualquier otro modelo representado en la Memoria Episódica. Más específicamente, los contextos destacan categorías como el escenario (tiempo, lugar, circunstancias, accesorios), los eventos, los participantes y sus variados roles sociales, profesionales y comunicativos, las acciones que realizan actualmente, así como la cognición presente (objetivos, conocimiento, opiniones, emociones). En un nivel totalmente elevado, pueden presentar una definición de conjunto de toda la situación que, en última instancia, queda representada como parte constitutiva de una esfera social específica. (Puede verse un trabajo anterior sobre la estructura de las situaciones y episodios sociales en, por ejemplo, Argyle, Furnham y Graham, 1981.)

Todo esto nos permite suponer que los miembros del Parlamento presentes en el debate parlamentario sobre la inmigración comparten información sobre la esfera en cuestión (la política antes que, digamos, la educación), la definición actual de la situación (sesión del Parlamento), el escenario (la Cámara de los Comunes, el 5 de julio de 1989), las circunstancias (un proyecto de ley presentado por el gabinete), los diversos participantes y sus roles de miembros del Parlamento, los representantes de los distritos, la interacción o el género general que se desarrolla (un debate parlamentario) y un vasto conjunto de conocimiento compartido sobre el asunto en cuestión (la inmigración, las minorías, los musulmanes, Inglaterra).

También hay elementos en los que los participantes discrepan, de manera más general, y en cualquier momento del debate en curso, en particular. Por lo tanto, evidentemente hay diferencias de opinión, por

ejemplo, entre conservadores y laboristas y posiblemente también entre los miembros conservadores mismos (sir John es notablemente más reaccionario en sus opiniones que muchos otros conservadores). Asimismo, al hablar, sir John cumple un papel diferente y tiene un objetivo diferente del de los demás participantes que tienen el rol de oyentes. Éstos, en su momento, irán confirmando o cambiando gradualmente su opinión sobre lo que se está diciendo y también sobre sir John. Lo más esencialmente diferente y con más posibilidades de cambiar durante un discurso son las percepciones mutuas de los participantes, es decir, los modelos mentales que construyen unos de otros (sobre percepciones y representaciones de los políticos, véanse Granberg, 1993 y Lodge y McGraw, 1995).

Asimismo, los participantes de esta situación pueden tener diferentes emociones. Sir John puede expresar el temor de una superpoblación amenazadora o de la violencia musulmana, mientras por lo menos algunos de sus auditores pueden sentirse enfadados por sus observaciones racistas. Más generalmente, la emoción es un factor importante de los modelos de contexto político (Roseman, Abelson y Ewing, 1986). Precisamente esta propiedad del modelo de contexto controlará propiedades específicas del discurso político (por ejemplo la entonación, el énfasis o el léxico elegido) (Just, Crigler y Neuman, 1996).

Dinámicamente cambiante para todos, el modelo de contexto es también lo que ya se ha dicho en cada momento, es decir, el discurso precedente. Esto confirma la idea intuitiva de reflexividad, a saber, que el discurso es, por supuesto, parte de su propio contexto. En otras palabras, algunos elementos de un modelo de contexto serán compartidos por todos los participantes y algunos serán diferentes; algunos permanecerán estables a lo largo de todo el evento comunicativo, mientras que otros cambiarán dinámicamente como una función de la evolución de la interacción y el discurso. Los modelos de contexto, especialmente en la interacción verbal son, pues, dinámicos y cambian gradualmente.

Mientras los modelos mentales de eventos pueden entenderse como la bases del «contenido» o la significación del discurso, los modelos de contexto típicamente controlan no sólo lo que se está diciendo, sino especialmente cómo se dice. Esto es, pueden considerarse la base de las propiedades pragmáticas y estilísticas del discurso. Las estructuras de los mo-

delos de contexto definen las condiciones de lo que es apropiado de los actos del habla y, más generalmente, las secuencias de interacción. Constituyen la base de referencia de las expresiones deícticas. Controlan qué información «relevante» de los modelos de evento se incluyen en la representación semántica de un texto. Y regulan cómo se formulan de manera variable esas significaciones en las estructuras sintácticas, en los ítems léxicos y en las expresiones fonológicas y gráficas. En suma, los modelos de contexto son vitales para la producción y comprensión de una gran cantidad de estructuras del discurso y prueban hasta qué punto son importantes la situación social y su interpretación para el discurso y la comunicación.

Los modelos de contexto son particularmente pertinentes para un análisis explícito de los géneros del discurso político. En realidad pocas son las propiedades exclusivas de los géneros del discurso político (como veremos más detalladamente luego) y en general son propiedades compartidas con otros tipos de discursos. No obstante, lo específico son los elementos del contexto del texto y la conversación políticos, a saber, el dominio general y la definición de la situación, el escenario, las circunstancias, los roles de los participantes, los objetivos, las opiniones y las emociones. Es decir, la definición del género de discurso político es más contextual que textual. Salvo por algunas expresiones que explícitamente denotan elementos de la situación del momento, gran parte de lo que sir John dice sobre la inmigración y las minorías podría decirse en otras situaciones sociales. En cambio otros géneros, tales como las conversaciones, los relatos, los poemas, los informes de la prensa, los anuncios publicitarios y los artículos científicos se definen mucho más en virtud de sus estructuras específicas y no tanto por su contexto.

Así, podemos llegar a la conclusión provisional de que los géneros de discurso político se definen esencialmente por las funciones que cumplen en el proceso político, tales como aparecen representados por las categorías del modelo de contexto político. De manera trivial se puede decir que diga lo que diga un político es, por definición, una forma de discurso político y que cualquier cosa que diga cualquier persona con un objetivo político (es decir, para influir en el proceso político, por ejemplo en la toma de decisiones, en la aplicación de medidas políticas) es también una forma de discurso político.

Los procesos cognitivos que participan en la construcción, activación, usos o cambios tanto de los modelos de evento como de los modelos de contexto son estratégicos (van Dijk y Kintsch, 1983). Es decir, hay operaciones hipotéticas, en línea, orientadas a un objetivo que procesan la información en varios niveles al mismo tiempo. Estas estrategias son veloces y eficientes, pero falibles, por lo que deben ser corregidas en ulteriores ocasiones: los usuarios del lenguaje pueden equivocarse respecto a la interpretación de una situación social y esos errores pueden conducir a los clásicos conflictos comunicativos, por ejemplo cuando un receptor interpreta una promesa como una amenaza, dice muchas cosas que un receptor ya sabe o utiliza un estilo inapropiado o los marcadores de cortesía inadecuados. Hay varios tipos de reparaciones «pragmáticas» que pueden corregir estas interpretaciones erróneas de la información de contexto.

A veces la eficiencia del procesamiento estratégico exige procesar sólo una parte de la información relevante de una situación. Según sus objetivos, sus tareas o sus requerimientos especiales, los usuarios del lenguaje pueden pues interpretar una situación comunicativa de manera más o menos superficial, lo cual dará por resultado modelos de contexto más o menos detallados. En algunas situaciones sólo hace falta construir los niveles más importantes de los modelos de contexto, tales como la definición de conjunto de la situación, las acciones generales que se están desarrollando, sólo unos pocos participantes y sus papeles más relevantes y un submodelo aproximado del conocimiento y las opiniones del receptor o los receptores. En nuestro ejemplo, los oyentes más despreocupados o distraídos del discurso de sir John tal vez sólo tengan que saber que éste es un discurso pronunciado en el marco de un debate parlamentario y que el orador es un miembro conservador del Parlamento. Las creencias detalladas sobre los diversos roles que cumple sir John (por ejemplo, el distrito que representa) o sobre lo que él sabe tal vez no sean necesarias para alcanzar una comprensión de su discurso más o menos apropiada contextualmente. En realidad, algunos sólo representarán a sir John prestando únicamente atención a su edad o su apariencia, o a su «imagen», en lugar de atender a sus opiniones políticas (véase Wyer *et al.*, 1991). Evidentemente, aquellos designados para criticar o comentar su discurso tendrán que recurrir a un modelo mental de esta situación mucho más detallado, incluido el modelo del mismo sir John.

### 3. La cognición política

Después de analizar el aspecto personal de la cognición política, es decir, los modelos que construyen los actores políticos en su Memoria Episódica para poder producir o comprender el discurso político y la acción política, finalmente, tenemos algo más que decir sobre la dimensión socialmente compartida de la cognición política. Hemos supuesto que la memoria social está constituida por el conocimiento, las ideologías, los valores y las normas. También asumimos que por lo menos algunas de estas representaciones pueden estar organizadas esquemáticamente y hemos sugerido cómo están organizadas en la arquitectura conjunta de la mente social (Kuklinski, Luskin y Bolland, 1991; véanse varias contribuciones en Lau y Sears, 1986).

Sin embargo, para poder comprender las estructuras del discurso político, también tenemos que decir algo más sobre las estructuras de las representaciones políticas generales. ¿Cómo están representadas verdaderamente las actitudes políticas y las ideologías y qué función cumplen las normas y los valores políticos en tales representaciones? Además, posiblemente queramos saber cómo afectan esas estructuras el contenido y las estructuras de los modelos de caso y de los modelos de contexto y, finalmente, cómo pueden aparecer en el discurso político. Así, sir John sostiene que la tasa de nacimientos entre los inmigrantes excede largamente la de la población oriunda, una declaración general que bien podría ser una expresión directa de sus actitudes étnicas conservadoras sobre los grupos y su reproducción, aunque afirme («como todos sabemos») que su proposición es parte del Fundamento Común general. Al mismo tiempo, el parlamentario afirma que siente gran admiración por varios musulmanes pero, puesto que de sus palabras se desprende muy poca admiración por los musulmanes, podemos preguntarnos si sus actitudes subyacentes sobre los musulmanes realmente están impregnadas de admiración o si su afirmación es esencialmente una forma estratégica de manejar la impresión y de presentarse positivamente, destinada a desmentir el posible prejuicio o racismo que su audiencia podría atribuirle. Con esto quiero decir que las relaciones entre las representaciones políticas y el discurso no son tan directas como podría pensarse, por lo que conviene examinar brevemente algunos de los componentes de la memoria sociopolítica.

### 3.1 *El conocimiento*

A diferencia de la mayor parte de los enfoques filosóficos y psicológicos del conocimiento, el que propuse antes distingue entre dos tipos de conocimiento, a saber, el conocimiento compartido por un grupo específico y el conocimiento cultural general compartido por los diferentes grupos en la sociedad global.

Este último, el conocimiento del Fundamento Común, es la base de toda interacción y comunicación de una sociedad y generalmente se da por supuesto en el discurso. Este tipo de conocimiento por lo general no se discute, está fuera de las controversias, se da por sentado y es el que se enseña en la socialización y en la escuela de una determinada sociedad, en la cual estas creencias «fácticas» se aceptan y se conocen con el nombre de «conocimiento». En la alocución de sir John, la mayoría de sus palabras están basadas en ese conocimiento compartido. Así es como todos sabemos qué es el «Parlamento» o la inmigración» o quiénes son los «musulmanes».

Por otro lado, existen creencias fácticas sólo aceptadas como «verdaderas» por grupos sociales específicos, tales como los científicos, los expertos, los profesionales, los miembros de una religión determinada, los miembros de un partido o de cualquier otro tipo de grupo. Los criterios aplicables al conocimiento que ya expusimos también se aplican en este caso (esta clase de conocimiento tampoco se discute, se da por sentado y se juzga como algo que dicta el sentido común, algo que generalmente se supone de antemano) pero siempre en el nivel del grupo. Este conocimiento de grupo se conoce con el nombre de «conocimiento» dentro del grupo mismo. Sin embargo, fuera del grupo, es muy posible que ni siquiera se llame conocimiento y que se mencione con palabras como «creencia» u «opinión», es decir, que se considere una de las creencias que no cumplen los criterios de verdad de la cultura general o de los demás grupos (lo cual no significa que, desde un punto de vista abstracto «universal», tales creencias sean falsas).

La mayor parte del conocimiento político es conocimiento de grupo y con frecuencia los grupos opuestos lo juzgarán como «mera opinión política». Por ejemplo, muchos hombres pueden rechazar el conocimiento de las feministas sobre la dominación masculina en la sociedad así como quienes contaminan el ambiente pueden desdeñar el conocimiento



de los grupos ambientalistas. Lo contrario es igualmente verdadero: también los grupos racistas tiene su conocimiento de grupo, aun cuando muchas otras personas de su misma sociedad puedan oponerse a tal conocimiento y lo consideren meras creencias prejuiciosas.

Tenemos un ejemplo típico en el discurso de sir John cuando afirma que «todos sabemos» que la tasa de nacimientos (de los musulmanes) excede ampliamente la de la población nativa. Podemos suponer que para sir John esto es un «hecho», mientras que miembros de otros grupos (por ejemplo, los antirracistas) pueden decir que es una opinión prejuiciosa o, por lo menos una exageración o una declaración tendenciosa porque es incompleta, en el sentido de que la tasa de nacimientos entre los inmigrantes, aun cuando es superior a la de la población nativa, habitualmente se adapta rápidamente a la de la mayoría. El hecho de que sir John declare algo que «todos sabemos» sugiere precisamente que ése no es un conocimiento general, de lo contrario lo habría dado por supuesto en lugar de afirmarlo. Si hace esa declaración es porque sabe que otros miembros del Parlamento precisamente lo considerarán una opinión o una creencia tendenciosa. De modo que presentar este conocimiento como algo generalmente compartido no es más que un conocido movimiento retórico destinado a persuadir a la audiencia de la validez general de su «conocimiento» de grupo. Lo mismo cabe decir de su «conocimiento» sobre las «grandes cantidades» de inmigrantes que ha absorbido Gran Bretaña y sobre el hecho de que el pueblo inglés corriente nunca fue consultado acerca de lo que opinaba de la inmigración.

El conocimiento socialmente compartido de grupos específicos o de culturas enteras tiene que ser aplicable en muchas situaciones y, en consecuencia, tiene que ser general y abstracto. Puede girar sobre los inmigrantes en general, pero no sobre un inmigrante determinado ni un evento específico. Hemos sostenido que este tipo de conocimiento específico es el que se suele almacenar en los modelos mentales (de evento) en la Memoria Episódica. De ahí que tenga sentido distinguir no sólo entre conocimiento cultural y de grupo, sino también entre conocimiento social y conocimiento personal.

Finalmente, hay un tipo de conocimiento que contiene características tanto del conocimiento específico (basado en modelos) como del conocimiento socialmente compartido, a saber, el conocimiento histórico.

Este conocimiento puede referirse a eventos específicos, por ejemplo el Holocausto o la guerra civil de Bosnia, pero al mismo tiempo puede extenderse más o menos generalmente y, por lo tanto, darse por supuesto (como verdadero) en el discurso y la interacción. Gran parte del conocimiento político es de este tipo y también el discurso de sir John da por supuesto ese conocimiento historicopolítico.

### *3.2 Opiniones y actitudes*

Las creencias que describimos antes como conocimiento de diversos tipos pueden llamarse «fácticas» porque hay personas, grupos o culturas enteras que las juzgan verdaderas de acuerdo con sus respectivos criterios de verdad. No obstante, también hay conjuntos de creencias de la memoria social que no se someten a los criterios de verdad sino que se comparten sobre la base de criterios evaluativos (bueno frente a malo) y que son opiniones. Sin embargo, como vimos, lo que para un grupo puede ser una creencia fáctica, para otro pueden ser una creencia evaluativa u opinión. Al igual que el conocimiento, estas opiniones sociales compartidas pueden organizarse en estructuras más grandes, para las cuales reservamos el término tradicional «actitud» (sobre otras concepciones de las actitudes, véase Eagly y Chaiken, 1993). Así, las actitudes compartidas de un grupo sobre el aborto o la inmigración habitualmente consisten en algo más que una opinión. Nótese que en mi marco conceptual las actitudes son esencialmente sociales y están asociadas a los grupos. Los individuos pueden tener opiniones personales, pero sólo comparten las actitudes como miembros de sus grupos.

A causa de su naturaleza evaluativa, las opiniones y actitudes no suelen darse por sentadas, son controvertidas y se discuten, por lo cual rara vez forman parte del Fundamento Común cultural. Sin embargo, cada cultura puede tener numerosas opiniones que no se discuten y que por lo tanto tienen todas las propiedades de otras creencias del Fundamento Común.

En una alocución sobre un tema tan controvertido como la inmigración, pronunciado por un parlamentario (muy) conservador, es de esperar que aparezcan muchas opiniones de grupo. El orador puede expresarlas directamente, en su forma general y abstracta, por ejemplo como premisas de sus argumentos o a través de ejemplos en modelos específicos, es decir, aplicándolas a un caso especial.

Así, sir John expresa, entre otras, las siguientes opiniones generales de grupo:

- (1) Éste [la inmigración en gran escala] es un problema... para Inglaterra (línea 4).
- (2) En Inglaterra somos gente amable, cortés, tolerante y amante de la paz (línea 19).

Con todo, muchas otras opiniones son específicas del «aquí» y el «ahora» de la situación del momento y, por lo tanto, están incluidas en los modelos de los eventos presentes:

- (3) Ya ha habido algunos peligrosos estallidos de ciertos sectores de la comunidad musulmana (líneas 10 y 11).
- (4) Es una necesidad ignorar los problemas y los temores que engendran esos peligrosos estallidos en la gente corriente, en el pueblo común a quien supuestamente debemos representar (líneas 15-17).
- (5) No debemos permitir que los sentimientos de culpa que experimentamos por el tratamiento que damos a los inmigrantes nublen nuestro juicio (líneas 17 y 18).
- (6) Creo que todos los que estamos en esta Cámara y los que están fuera de ella deberíamos acogerlo con entusiasmo (líneas 34-35).

Las creencias evaluativas se basan en normas y valores. Así, (3) es una opinión dado el uso del adjetivo «peligroso» para describir evaluativamente los «estallidos» de los musulmanes, una evaluación que supone la violación del valor positivo de la seguridad. La opinión (4) es una descripción evaluativa de un acto mental (ignorar los temores...) que viola los valores de democracia. Asimismo (5) es una declaración normativa basada en el valor de la racionalidad. Y finalmente, en (6), el uso de la palabra «prudente» se basa en el valor de la prudencia, del buen juicio y se aplica a la noción de «control», que también es evaluativa si «tener las cosas bajo control» es un valor positivo en la cultura británica. Todas estas opiniones derivan por supuesto de actitudes políticas socialmente compartidas sobre la amenaza de los extranjeros en general y de los musulmanes en particular, actitudes sobre lo que piensa la gente «común y corriente» y más generalmente sobre la inmigración.

Finalmente, observemos que el texto también destaca una cantidad de opiniones personales, como su admiración por los musulmanes y la re-

ligión islámica y su agrado por la carta que enviara Douglas Hurd a la comunidad musulmana. No obstante, hasta esas opiniones personales, cuando no se sustentan en ningún argumento, deben basarse en supuestas opiniones generales. De modo que su observación positiva sobre los musulmanes se apoya en la opinión y el valor general de que las demás culturas son iguales a la nuestra, así como su agrado por la carta es una opinión que deriva de la actitud del grupo conservador en relación con la ley y el orden y las acciones que deberían realizar los políticos responsables con el propósito de mantener la paz. Lo que equivale a decir que las opiniones de los modelos mentales personales pueden haberse formado sobre la base de actitudes sociales compartidas de los grupos.

Las opiniones personales y el discurso que las expresa pueden estar, por lo tanto, más o menos de acuerdo con las actitudes del grupo y pueden ser más o menos coherentes entre sí. La investigación empírica sugiere que tal coherencia de actitudes es más pronunciada en aquellos que poseen una mayor habilidad y experiencia política en una esfera específica que en los novatos (Judd y Downing, 1990). Desde el punto de vista de lo que estamos analizando en este capítulo, esto también significa que las representaciones políticas extendidas y bien estructuradas facilitan la comprensión de los asuntos políticos (los políticos, las cuestiones políticas, los artículos políticos de los medios) (Fiske, Lau y Smith, 1990).

### *3.3 Las ideologías*

Por último, supondremos que las representaciones sociales (conocimiento, actitudes) compartidas por un grupo pueden estar organizadas por las ideologías subyacentes. Las ideologías son, por definición, generales y abstractas, porque deben ser aplicables a muchas actitudes diferentes en distintos dominios sociales. De ahí que una ideología racista pueda controlar las actitudes respecto a la inmigración, pero también las relativas a la vivienda, el trabajo, la educación o la cultura de los inmigrantes o de las minorías (véanse más detalles en van Dijk, 1991, 1998a).

El nivel de abstracción y el complejo control de la cognición social requieren de un aprendizaje social extenso que proceda de la experiencia (los modelos) o del adoctrinamiento directo. Por eso las ideologías se adquieren relativamente tarde en el desarrollo y no todos los miembros del

grupo las adquieren de la misma manera detallada. Algunos expertos del grupo (los ideólogos) tendrán ideologías más extensas que los miembros comunes del grupo (véase Judd y Downing, 1990; Powell, 1989; Zaller, 1990).

No obstante, ser un miembro de un grupo ideológico (e identificarse con ese grupo) probablemente exija que uno acepte unas pocas creencias ideológicas esenciales. Aunque la obra clásica sobre las ideologías políticas (Converse, 1964) y algunas corrientes de la psicología social moderna (Billig, 1991a, 1991b) nieguen que las personas tengan ideologías (estables), parece plausible que, en aquellos terrenos en los que la gente tiene actitudes sociales, tales como los que organizan sus vidas cotidianas, tengan ideologías que organizan esas actitudes (Milburn, 1987). Las variaciones ideológicas personales expresadas en los sondeos y otros discursos pueden explicarse sencillamente como opiniones personales incorporadas en los modelos de eventos (las experiencias personales) y el contexto y por el hecho de que los individuos son miembros de diferentes grupos sociales, cada uno de los cuales tiene sus propias actitudes e ideologías (Krosnick y Milburn, 1990).

Se supone que las ideologías se organizan ante todo partiendo de los esquemas propios del grupo, con categorías tales como los criterios para ser miembro, las actividades, los objetivos, los valores y normas, la posición social y los recursos. La información crucial que autodefine el propio grupo, así como sus relaciones con los demás grupos está representada en estas categorías. Quiénes somos, qué hacemos y con qué objetivo. Dentro de la categoría «posición social» pueden estar representadas las relaciones posiblemente conflictivas con los otros grupos.

En el ejemplo citado, el conocimiento y las opiniones de grupo expresadas por sir John pueden responder a varias ideologías, a saber, el nacionalismo, el etnocentrismo, el racismo y la democracia. Una ideología racista pondrá énfasis en el conocimiento (de grupo) sobre la gran cantidad de inmigrantes, sobre la tasa de nacimientos y sobre la oposición de la gente corriente a nuevas inmigraciones («ya basta»). Esa misma ideología controla la actitud con respecto a la criminalidad o la agresividad de las minorías en general y la representación de los musulmanes en particular. La ideología nacionalista controla las opiniones socialmente compartidas sobre Nuestras cualidades positivas (los ingleses somos

amables, corteses, tolerantes y amantes de la paz) y sobre la patria (amada). La ideología democrática organiza las actitudes generales sobre la necesidad que tiene el pueblo de contar con una voz, de poder votar y expresar sus opiniones sobre la vida y las experiencias cotidianas, entre ellas la inmigración. Más específicamente, sir John defiende una versión populista de la democracia, que pretende escuchar la opinión del ciudadano corriente (la clase obrera) e ignorar la de las élites (los intelectuales). Evidentemente, sir John despliega estratégicamente sus credenciales democráticas como una forma de presentación positiva de sí mismo y de su partido. Así, de manera muy característica, omite los derechos democráticos de los inmigrantes.

### *3.4 La cognición política: observaciones finales*

El análisis teórico y las descripciones de un ejemplo específico expuestos muestran que para poder comprender y explicar el discurso político también tenemos que examinar la cognición política fundamental de los participantes en la comunicación política. En lugar de abordar la cognición sencillamente como creencias o sistemas de creencias, es necesario elaborar un complejo marco que establezca una distinción entre tipos muy diferentes de creencias personales y socialmente compartidas (véase también Seliktan, 1986). Tales creencias pueden estar organizadas en diversas configuraciones esquemáticas, agrupadas, a las que se les ha asignado un lugar teórico en la arquitectura de conjunto de la mente social. Así, se ha dado por sentado que todos los miembros de una cultura comparten supuestamente un Fundamento Común general que, en gran medida, consiste en conocimiento de sentido común incontestable. De modo parecido, en cada grupo podemos hacer la distinción entre el conocimiento de grupo y las actitudes de grupo, organizadas por las ideologías fundamentales de grupo. Estas cogniciones culturales y de grupo constituyen la base del conocimiento y las opiniones personales tal como se almacenan en los modelos mentales. Estos modelos forman la base mental de todas las prácticas sociales, incluidas la producción y la comprensión del discurso. Finalmente, sostuvimos que para poder describir y comprender los géneros de discurso político, hay que tener en cuenta especialmente el contexto o, más concretamente, la representación mental del contexto (un modelo de contexto).

## 4. El discurso político

Después de haber examinado varios aspectos de la cognición política y el modo en que controlan las estructuras del discurso político, invertiremos ahora la dirección del análisis de la relación entre discurso y cognición. Esto es, nos concentraremos en algunas de las propiedades prototípicas de muchos géneros de discurso político y luego trataremos de explicarlas atendiendo a la cognición política que las sustenta e, indirectamente, a sus funciones en el contexto político y también en la política en general.

No está dentro de las posibilidades de este capítulo hacer una revisión ni siquiera de una fracción de anteriores estudios analíticos del discurso sobre el texto y la conversación (véanse las abundantes referencias a los estudios del discurso político en otros capítulos de este libro y en las introducciones de Chilton y Schaffner, 1997 y van Dijk, 1997b). Lo mismo podríamos decir de otros análisis específicos de debates parlamentarios (pueden consultarse debates parlamentarios sobre las minorías y la inmigración en Carbó, 1992, 1995; Martín Rojo y van Dijk, 1997).

En cambio, haré un análisis más teórico y examinaré meramente algunas estructuras del discurso político y sus relaciones con la cognición política y sus funciones en el proceso político. Dada la importancia de la contextualización para definir el discurso político, prestaré particular atención al análisis (cognitivo) del contexto.

### 4.1 *El contexto*

Antes de indagar las estructuras del discurso político en sí mismas, examinaremos brevemente su contexto. Como sugerí antes, los contextos deberían definirse desde el punto de vista de los modelos mentales que tienen los participantes de los eventos comunicativos. Es decir, son representaciones subjetivas y evaluativas de uno mismo y de los demás participantes y de otras categorías de las situaciones comunicativas, importantes para el discurso, tales como (van Dijk, 1997a, 1999):

- la esfera general (por ejemplo, la política),
- la acción general de la organización social (la legislación),
- el escenario o marco del momento (el tiempo, el lugar),

- las circunstancias del momento (proyecto de ley que debe discutirse),
- la interacción del momento (el debate político),
- el género de discurso del momento (exposición ante el Parlamento),
- los diversos tipos de roles de los participantes (orador, miembro del Parlamento, miembro del partido conservador, blanco, hombre, de cierta edad),
- las cogniciones de los participantes (objetivos, conocimiento, creencias).

También se ha sugerido que los múltiples géneros del discurso político (debates parlamentarios, leyes, propaganda, lemas, tratados internacionales, negociaciones de paz) en gran medida se definen más por el contexto que por el texto mismo. El discurso político no se define en primer lugar por el tema ni por el estilo, sino más bien por quién habla y a quién se dirige, en carácter de qué, en qué ocasión y con qué objetivos. En otras palabras, el discurso político es especialmente «político» a causa de las funciones que cumple en el proceso político (van Dijk, 1997b).

De manera que lo que sir John tiene que decir sólo es una «disertación» apropiada en el Parlamento cuando se satisfacen varias de estas condiciones del contexto. El presidente de la Cámara de los Comunes controla parcialmente tales criterios de situación. Por ejemplo, sir John sólo está autorizado a hablar en el Parlamento por un lapso determinado y durante una sesión o un debate parlamentario específico, porque es un miembro del Parlamento, porque representa a su partido y porque el presidente le ha cedido la palabra. Y su alocución es políticamente funcional al proceso político porque apunta a defender un proyecto (conservador) presentado en el Parlamento contra la crítica de la oposición (laborista).

Que los oradores son consciente de tales categorías contextuales se pone de manifiesto cuando a veces las describen e indician explícitamente. Así vemos que sir John se refiere claramente al escenario, a los roles de los participantes y a sus objetivos cuando pregunta (retóricamente): «¿Por qué estamos hoy aquí los miembros ingleses del Parlamento?» (línea 6). Y cuando en la siguiente oración se dirige directamente a la oposición, está mostrando que el rol sociopolítico de los opositores o la oposición puede ser una categoría significativa en una situación política



(para más detalles, véase Wilson, 1990). Muchas de las expresiones deícticas del discurso de sir John suponen el conocimiento de otras categorías contextuales importantes tales como el lugar («ésta es una pequeña isla») y el tiempo («ahora tenemos minorías étnicas») y especialmente los participantes en sus diversos papeles («como todo sabemos», «nuestro país», «supuestamente debemos representar», «nosotros en Inglaterra»).

Especialmente el empleo del más típico pronombre político («nuestro») muestra con qué grupos se identifica el hablante. Nótese, sin embargo, que tal condición de miembro de un grupo no es «objetiva», sino que es parte de los modelos y las representaciones sociales de los hablantes como miembros del grupo y en un discurso particular también construido socialmente con propósitos estratégicos («nosotros demócratas») y excluyendo a los otros («[Nosotros] en Inglaterra» para referirse a los blancos más que a los negros). La polarización discursiva de Nosotros y Ellos, típica del discurso político, refleja no sólo las representaciones mentales de las personas de las que se habla (ingleses contra musulmanes), sino también las categorías de los participantes (representados en modelos de contexto) a los que se dirige el orador en una situación comunicativa (nosotros los conservadores contra ustedes los laboristas opositores).

Los modelos de contexto también regulan el estilo, por ejemplo la formalidad de las expresiones designativas («población oriunda», «influjo») como una función de la interacción formal, institucional, del Parlamento o el empleo de expresiones populares («ya basta») como una función de la estrategia persuasiva de la presentación positiva de sí mismo de un miembro del Parlamento populista que asegura adoptar la perspectiva de la «gente común y corriente». Vale la pena observar que sólo algunas de estas expresiones (tales como «honorable» —abreviada como Hon en la transcripción literal— o «amigo» que se utilizan para referirse a un miembro del Parlamento del mismo partido) son típicas de los debates parlamentarios.

Como hemos visto, los modelos de contexto también regulan las representaciones semánticas al controlar la selección de información pertinente de los modelos de evento. Sir John sabe mucho más y tiene muchas otras opiniones sobre la inmigración y los musulmanes, pero tanto las restricciones de tiempo, las creencias sobre las creencias de los re-

ceptores, como las estrategias de presentación positiva de sí mismo, determinarán que decida expresar cierta información del modelo y deje otra implícita, supuesta o meramente insinuada. Y así la ideología conservadora de su partido aparecerá representada en un modelo de contexto que favorece la selección de creencias sobre Nuestras buenas características y las malas de Ellos.

Los modelos de contexto regulan la dimensión pragmática del discurso político, por ejemplo, el empleo de actos del habla tales como las preguntas «retóricas» que hizo sir John en su discurso. Él sabe que los demás saben o no quieren saber su opinión y, por lo tanto, él y sus receptores saben que sus preguntas no exigen respuesta. E, indirectamente, el empleo de expresiones derogatorias como «no ha recaído en... gente de ese jaez», implica una acusación (los laboristas son demasiado blandos respecto a la inmigración) si analizamos en detalle las categorías significativas de contexto de la situación que estamos examinando.

Notemos, finalmente que el contexto, los modelos de contexto, el discurso y la cognición mantienen relaciones en varias direcciones. Así, los modelos de contexto limitan la producción de texto, lo cual da por resultado estructuras de discurso determinadas por el contexto. Los receptores también interpretarán estas estructuras como propiedades del modelo de contexto del orador (su interpretación del marco escénico, de las interacciones en curso así como de sus objetivos, su conocimiento y sus opiniones). Con esto quiero decir que las estructuras del discurso pueden a su vez influir en los modelos del contexto de los receptores. Éstos pueden aceptar esas interpretaciones del contexto y construirlas, como han sido sugeridas, en sus propios modelos de contexto. Por otro lado, los receptores también pueden representar y evaluar la interacción del momento y especialmente al orador de una manera diferente. De modo que, mientras sir John, por ejemplo, representa a los británicos blancos, entre los cuales se incluye, como personas tolerantes, sus auditores pueden rechazar esa opinión. Y también tal vez no estén de acuerdo con el problema de la inmigración sugerido retóricamente que él intenta transmitirles.

#### *4.2 Las estructuras del discurso político*

Hemos visto que muchas estructuras del discurso son una función de los modelos de contexto. Con todo, el discurso no sólo está restringido por

los modelos de contexto, sino también por los modelos de evento, es decir, por el modo en que quien habla interprete los eventos a los que se refiere, así como por representaciones sociales más generales compartidas por los miembros de los grupos, como mostramos antes. Como se ha sugerido, para definir el discurso político es importante que tales estructuras sean significativas para las estructuras y los procesos políticos. En el plano del contexto, el discurso de sir John funciona como una contribución a la toma de decisiones parlamentarias y a la legislación sobre inmigración, que a su vez desempeña un papel en la reproducción de las relaciones étnicas y del racismo en el Reino Unido (Solomos y Black, 1995; Reeves, 1983; van Dijk, 1991, 1993). En el plano más local, en el Parlamento, su discurso funciona como una defensa de un proyecto de ley y como un ataque a la oposición laborista.

Consideremos ahora brevemente algunas estructuras del discurso para mostrar en qué medida son significativas para los procesos políticos, así como para la cognición política. Supondremos que estas estructuras son conocidas como tales y que no necesitan ser analizadas teóricamente y nos concentraremos específicamente en sus funciones políticas. En conjunto, como veremos, tales estructuras seguirán la estrategia ideológica o política global de la presentación positiva del propio expositor y la presentación negativa de los otros (pueden hallarse un análisis teórico y más ejemplos en van Dijk, 1987a y 1993).

#### 4.2.1 Los temas

Qué información se define y se destaca como importante o de palpitante actualidad en el discurso (político y de otros tipos) es una función de los modelos de evento y de contexto de los hablantes. Así, característicamente, la información negativa sobre Nosotros, nuestro propio grupo (por ejemplo, el racismo que existe en Gran Bretaña) no aparece como un tema de interés actual en el discurso de sir John, mientras que la información negativa sobre Ellos, los Otros (por ejemplo, su supuesta agresión) tiende a presentarse como el tema candente. Y viceversa, Nuestras características positivas (la tolerancia, la hospitalidad) ocuparán el primer plano a la vez que se omitirán, se pondrán en un segundo plano o se mencionarán sólo «de pasada» las características positivas de Ellos. Así queda manifiesto que los temas principales de la exposición de sir John son una

expresión del modelo mental que se ha formado de la cuestión de la inmigración en el Reino Unido:

- (T1) La inmigración en masa es un problema para Inglaterra.
- (T2) Los inmigrantes constituyen una amenaza para nuestro país y nuestra cultura.
- (T3) El pueblo inglés corriente no quiere más inmigración.
- (T4) Con este proyecto podemos ejercer más control sobre la inmigración.

La consecuencia implicada es que la Cámara debería votar a favor de ese proyecto. Además de reproducir los estereotipos étnicos y de tratar de persuadir a los miembros de la Cámara de la conveniencia de adoptar ese proyecto de ley, el discurso tiene, al mismo tiempo, una función política más directa, a saber, advertir a la oposición laborista que no debe pasar por alto «la voz del pueblo». Sir John claramente insinúa con esta advertencia que si nosotros (o los laboristas) no escuchamos al común de la gente blanca, no tendremos su apoyo. La investigación empírica muestra que los temas generales, la definición de lo que está en juego o los «marcos de situación», tales como los presentan las élites, pueden tener un efecto significativo en la interpretación y la opinión pública (Gamson, 1992; Kinder y Sanders, 1990).

#### 4.2.2 Los esquemas

La organización esquemática global del discurso es convencional y, en consecuencia, no está directamente sujeta a las limitaciones del contexto: un discurso parlamentario tiene las mismas categorías constitutivas si lo pronuncia un miembro conservador que si lo presenta un miembro laborista del Parlamento. Lo que puede variar es especialmente el orden, la prominencia, el tipo y la extensión de la información incluida en esas categorías, que de ese modo pueden destacarla o mitigarla en función de la presentación positiva del expositor y su grupo y la presentación negativa del otro. Así, si el discurso muestra una estructura global del tipo problema-solución, sir John se detendrá mucho más en la categoría «problema» (los problemas que supuestamente causan los inmigrantes) que en la categoría «solución».

Los debates parlamentarios son el ejemplo clásico del discurso persuasivo, en el cual los miembros del Parlamento toman posiciones políticas, expresan sus opiniones y atacan las de los demás dentro del marco de las estructuras argumentativas, una de las estructuras esquemática más características del discurso. Sir John intenta respaldar un proyecto que limita la inmigración. Para hacerlo, selecciona de sus modelos mentales y de sus actitudes conservadoras los argumentos que favorezcan de manera óptima —y conduzcan a— la conclusión de que esa limitación es buena para Gran Bretaña:

- a) Hay millones de inmigrantes.
  - b) Tienen una elevada tasa de nacimientos.
  - c) Inglaterra es pequeña y ya tiene demasiados inmigrantes.
  - d) Nuestra cultura está amenazada.
  - e) Especialmente los musulmanes son peligrosos.
  - f) Los ingleses del común sufrirán.
  - g) La gente común y corriente dice que ya es suficiente.
- Etcétera.

También es característico que el orador descarte los argumentos emocionales para rechazar de ese modo los posibles contraargumentos: los sentimientos de culpa no deberían nublar nuestro juicio; y esta restricción no es racista (como algunos podrían suponer), porque los ingleses somos tolerantes y yo no soy racista ni antimusulmán porque admiro a los musulmanes.

En otras palabras, la selección de proposiciones negativas referentes a los inmigrantes tomadas de modelos de eventos específicos (por ejemplo, los recientes «estallidos» de musulmanes) y de prejuicios generales («tasas de nacimientos») obedece a la presión general de representar negativamente a los otros que a la vez organiza todas las premisas que deben conducir a la conclusión negativa, es decir, que hay que frenar la inmigración. Esta conclusión, que se ajusta al modelo de contexto del momento es al mismo tiempo un modelo de acción futura en el contexto político: ya no se dejará entrar a los inmigrantes. En suma, un análisis de la argumentación política también supone el uso estratégico de varios tipos de representaciones mentales.

### 4.2.3 La semántica local

Como vimos, los modelos de contexto político definen cuál será la información tomada de los modelos de los eventos presentes que se incluirá y destacará en el discurso y cuál no. Esto se da tanto en el caso de las significaciones globales (de interés actual) como en el de las significaciones locales expresadas en las oraciones que realmente conforman el texto y la conversación. Una categoría de contexto importante que controla esta selección es la ideología política del orador y de los receptores, que también puede contribuir a la complejidad de las significaciones locales. Así comprobamos que la sencillez del argumento de sir John parece confirmar la falta de complejidad conceptual de los políticos radicales (especialmente conservadores) observada a menudo (Tetlock, 1983, 1984, 1993). Y, por contra, las estructuras semánticas específicas así construidas pueden influir en los modelos «preferidos» de los receptores que no tienen ninguna otra fuente de conocimiento alternativa (Lau, Smith y Fiske, 1991).

Muchas proposiciones del discurso de sir John han sido seleccionadas persuasivamente como un función de su modelo mental de la situación existente en el Reino Unido que, a su vez, está controlado por su ideología conservadora, nacionalista y racista. Y, como es típico, esas proposiciones se concentran en detalles de las características negativas de Ellos:

- (S1) hemos dejado entrar a cientos de miles de inmigrantes,
- (S2) ahora tenemos minorías étnicas de varios millones de personas,
- (S3) su tasa de nacimientos excede ampliamente la de la población oriunda,
- (S4) ¿Cuál será el efecto en nuestra religión, nuestra moral, nuestras costumbres, nuestros hábitos...?,
- (S5) ya ha habido algunos peligrosos estallidos de ciertos sectores de la comunidad musulmana,
- (S6) los temores que engendran esos peligrosos estallidos,
- (S7) grandes cantidades de recién llegados.

La exageración, los números, el contraste, la metáfora («estallidos») y otros instrumentos retóricos profundizan aún más esta selección ideoló-

gicamente sesgada de proposiciones negativas tomadas del modelo de evento de sir John. La implicación de conjunto de tales proposiciones es que Ellos (los musulmanes) son una amenaza para Nosotros. La única proposición positiva sobre los musulmanes (línea 12) podría interpretarse, en medio de semejante topología dominante de significaciones negativas, como un descargo de responsabilidad que cumple la función estratégica de presentar positivamente al expositor (van Dijk, 1987a, 1993). En realidad, ésta es la única parte del discurso en que sir John habla de sí mismo.

Por otro lado, la breve alocución pone énfasis en las cualidades positivas del pueblo británico (blanco), como vimos antes, con lo cual marca un claro contraste entre Nosotros y Ellos, un movimiento habitual que analizamos antes. Nótese, sin embargo, que su referencia positiva a los ingleses del común no necesariamente es una expresión de sus representaciones sociales de la gente corriente. Siendo, como es, un archiconservador, difícilmente sir John se interese sinceramente por «el pueblo» y su voluntad. Antes bien, su descripción positiva es una estrategia «populista» de presentarse positivamente (yo, nosotros somos democráticos, escuchamos al pueblo) y una crítica implícita a los laboristas (que no escuchan al pueblo). Con esto quiero decir que no todas las significaciones derivan de modelos de eventos basados en ideologías; a veces pueden estar inspiradas en modelos de contexto que determinan las imágenes de Nosotros (los conservadores) y las de Ellos (los laboristas) y los objetivos de acción política (defender un proyecto de ley). Por la misma razón, los receptores críticos probablemente interpreten esas referencias positivas al pueblo corriente no como opiniones genuinas, sino como meras jugadas de la interacción política estratégica.

De manera más general, un análisis político de las significaciones locales que haga hincapié en la esfera cognitiva tratará de relacionar la selección de proposiciones expresadas en el texto y la conversación con los modelos de evento y de contexto que las sustentan, así como con las representaciones (de grupo) socialmente compartidas, tales como el conocimiento, las actitudes y las ideologías. De modo que, sea explícita o implícita, que se afirme o se dé por supuesta, sea detallada o global, general o específica, directa o indirecta, expresada abiertamente o mitigada, la significación local será, típicamente, una función de los modelos de evento de base ideológica. Como en el ejemplo analizado, esto significa

generalmente que el orador tenderá a seleccionar, enfatizar, explicitar, detallar, especificar, directa o abiertamente las significaciones negativas sobre los Otros mientras que las mitigaciones, los descargos de responsabilidad o las negaciones constituirán sobre todo una función de la presentación positiva de sí mismo (o el esfuerzo por evitar una mala impresión), tal como lo regulan los modelos de contexto.

#### 4.2.4 Estilo y retórica

Finalmente, las representaciones semánticas se expresan en estructuras de superficie variables, es decir, a través de un léxico preciso, estructuras sintácticas y rasgos específicos de sonido, impresión o imágenes, así como mediante artificios retóricos que apuntan a destacar o desdibujar las significaciones subyacentes.

Ya hemos sugerido que cognitivamente tal variación es, en parte, función de estructuras y opiniones contenidas en los modelos de evento. Así, las opiniones negativas referentes a los grupos exteriores al propio, tales como están almacenadas en los modelos de evento y en las actitudes políticas, se expresarán con palabras negativas, como vimos en el empleo de la expresión «peligrosos estallidos» para describir las manifestaciones de los musulmanes o de la expresión «de ese jaez» para referirse a la oposición laborista. La elección de ese léxico puede no sólo tener un matiz negativo, sino también cumplir una función retórica a la manera de hipérbolos, por ejemplo, cuando sir John se refiere a la tasa de nacimientos de los inmigrantes y dice que «excede ampliamente» la de la población nativa. Y al revés, la elección de un léxico positivo («amables, tolerantes, amantes de la paz») tiende a expresar imágenes positivas del propio grupo. El empleo de variantes léxicas específicas también puede tener diferentes efectos de «encasillamiento» en la activación de actitudes política e ideologías y, por lo tanto, en la construcción de los modelos de evento. Las élites pueden utilizar términos específicos en el discurso político o de los medios para influir en la opinión pública. Por ejemplo, definir la acción afirmativa como una «ventaja injusta» o como una «discriminación invertida» desencadena una cantidad de representaciones y estrategias cognitivas y especialmente de actitudes e ideologías racistas, lo cual promueve una opinión aún más negativa de la acción afirmativa (Kinder y Sanderss, 1990).



Sin embargo, hay muchas propiedades del estilo y la retórica que no expresan las opiniones ni las estructuras subyacentes de modelos o representaciones políticas, sino que responden al control de las diversas categorías de modelos de contexto. Algunos términos son prototípicos del terreno de la política y la elección de palabras formales, tales como «oriundo» e «influjo», en el discurso de sir John indica la formalidad de las alocuciones parlamentarias y de la sesión de esa Cámara de los Comunes. También los roles y las identidades de los participantes, por ejemplo en los debates parlamentarios, se indican en numerosas ocasiones mediante los pronombres («nosotros» contra «ellos»), las fórmulas de tratamiento («honorable», «amigo») y las estrategias de cortesía que, al mismo tiempo, expresan formas de inclusión o exclusión política o social.

El orador también puede apelar a los actos del habla y las preguntas retóricas para expresar o confirmar la identidad y las relaciones políticas. Por ejemplo, el hecho de que sir John se dirija directamente al Partido Laborista en las líneas 6-10 está determinado de antemano por los roles políticos de los participantes, a saber, partido gobernante y partido de la oposición, y constituye un medio de acusar a la oposición de no preocuparse por el futuro del país. Todo esto forma parte de la definición que ofrece sir John del contexto político presente de su discurso y, por consiguiente, aparece en su modelo de contexto y también aflora en su discurso, estratégicamente, mediante la autopresentación positiva de los *Tories*, preocupados, y la presentación negativa de la oposición, insensible, si no ya antidemocrática (por no escuchar al común de la gente que muy probablemente sean sus principales electores).

## 5. Conclusión

Es este breve examen de las estructuras del discurso político hemos comprobado que virtualmente todas pueden explicarse si se abordan en la perspectiva de una teoría cognitiva más elaborada que vincule los diferentes tipos de representaciones mentales con el texto y la conversación. En general, tanto las significaciones como las formas del discurso político derivan, de diversas maneras, de los modelos de evento o de las representaciones políticas generales, tales como el conocimiento, las acti-

tudes y las ideologías y, en ambos casos, como una función de modelos de contexto. Por supuesto, esta visión no es nueva pues es fácil darse cuenta de que estas estructuras mentales representan el modo en que los diversos participantes entienden los eventos políticos específicos, el mundo político, así como la situación de la comunicación política.

Para nuestro argumento teórico, este análisis cognitivo de las estructuras del discurso políticos no es el mero ejercicio de aplicar la psicología cognitiva a los estudios del discurso político. Antes bien, el análisis cognitivo es esencial para describir verdaderamente y explicar en detalle cómo el discurso político expresa y desempeña su función en el proceso político. Es decir, la conversación y el texto políticos están relacionados con la ocasión y el contexto políticos inmediatos, como fue el caso del discurso de sir John en el debate parlamentario sobre la inmigración. Sin embargo, comprobamos que el contexto mismo no es lo que se relaciona con el discurso, sino más bien los modelos que los participantes construyen del contexto comunicativo o de interacción. La noción de relevancia, entendida en su sentido sociocognitivo, es lo que nos permite demostrar hasta qué punto exactamente y por qué las situaciones políticas limitan el texto y la conversación y viceversa.

De modo similar, el discurso político rara vez es solamente personal, aunque no deberíamos olvidar que lo inverso también es verdad: el discurso nunca es sólo social o político, sino que — como el texto y la conversación individuales — también incorpora características individuales. Sólo una teoría cognitiva puede explicar en detalle esta interfaz entre lo social y lo personal, a saber, a través de las relaciones entre los modelos mentales episódicos y las demás representaciones personales, por un lado y las representaciones políticas socialmente compartidas de los grupos, por el otro. Así, las instituciones y los grupos políticos se definen no sólo sociopolíticamente como conjuntos de actores o colectividades que interactúan entre sí, sino también sociocognitivamente en relación con su conocimiento, sus actitudes, sus ideologías, sus normas y sus valores compartidos. En resumen, sólo podemos describir y explicar adecuadamente el discurso político cuando damos cuenta detalladamente de la interfaz sociocognitiva que lo relaciona con las representaciones socialmente compartidas que controlan las acciones, los procesos y los sistemas políticos.

## Bibliografía

- Abercrombie, N., Hill, S. y Turner, B. S. (1980). *The dominant ideology thesis*. Londres: George.
- Adelswård, V., Aronsson, K., Johnsson, L. y Linell, P. (1987). *The unequal distribution of interactional space: Dominant and control in courtroom interaction*. *Text*, nº 7, pp. 313-346.
- Agger, B. (1992a). *Cultural Studies as Critical Theory*, Londres, Falmer Press.
- (1992b). *The Discourse of Domination. From The Frankfurt School to Postmodernism*. Evanston, Illinois: Northwestern University Press.
- Ahmed, N. M. (2005). *The War on Truth: 9/11: Disinformation, & the Anatomy of Terrorism*. Nueva York: Olive Branch Press.
- Akman, V., Bouquet, P., Thomason, R. y Young, R. A. (comps.) (2001). *Modeling and using context Third International and Interdisciplinary Conference, CONTEXT 2001*, Dundee, Reino Unido, del 27 al 30 de julio de 2001, Actas, Berlín-Nueva York, Springer-Verlag.
- Albert, E. M. (1972). «Culture patterning of speech behavior in Burundi». En J. J. Gumperz y D. Hymes (comps.), *Directions in Sociolinguistics: The Ethnography of Communication* (pp. 72-105). Nueva York: Holt, Rhinehart, & Winston.
- Alexander, J. C., Giesen, B., Munch, R. y Smelser, N. J. (comps.) (1987). *The Micro-Macro Link*. Berkeley, California, University of California Press.
- Allman, T. D. (2004). *Rogue state. America and the world under George W. Bush*. Nueva York.
- Allport, G. W. (1954). *The nature of prejudice*. Garden City, Nueva York: Doubleday, Anchor.
- Altheide, D. (1985). *Media power*. Beverly Hills, California: Sage.
- Anderson, D. A., Milner, J. W. y Galician, M. L. (1988). «How editors view legal issues and the Rehnquist Court», *Journalism Quarterly*, nº 65, pp. 294-298.
- Antaki, C. (1988). «Structures of Belief and Justification». En C. Antaki (comp.), *The Psychology of Ordinary Explanations of Social Behaviour*, pp. 60-73. Londres: Academic Press.
- Apple, M. W. (1979). *Ideology and Curriculum*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Argyle, M., A. Furnham y J. A. Graham (1981). *Social Situations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Arkin, R. M. (1981). «Self-Presentation Styles». En J. T. Tedeschi (comp.), *Impression Management: Theory and Social Psychological Research*, pp. 311-333. Nueva York: Academic Press.
- Aronowitz, S. (1988). *Science as Power: Discourse and Ideology in Modern Society*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Atkinson, J. M. (1984). *Our masters' voices. The language and body language of politics*. Londres: Methuen.
- y P. Drew (1979). *Order in court. The organisation of verbal interaction in judicial settings*. Londres: Methuen.
- y Heritage, J. (comps.) (1984). *Structures of social action. Studies in conversational analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Atkinson, P., Davies, B. y Delamont, S. (comps.) (1995). *Discourse and Reproduction. Essays in Honor of Basil Bernstein*. Cresskill, Nueva Jersey: Hampton Press.
- Atlas, J. D. (2000). *Logic, Meaning, & Conversation: Semantical Underdeterminacy, Implicature, & the Semantics/Pragmatics Interface*. Nueva York: Oxford University Press.
- Atwood, L. E., Bullion, S. J. y Murphy, S. M. (1982). *International perspectives on news*. Carbondale: Southern Illinois University Press.
- Auer, P. y di Luzio, A. (comps.) (1992). *The Contextualization of Language*. Amsterdam: John Benjamins.
- Aufderheide, P. (1992). *Beyond PC: Toward a Politics of Understanding*. Saint Paul, Minnesota: Graywolf Press.
- Augoustinos, M. y Walker, I. (1995). *Social Cognition: An Integrated Introduction*. Londres: Sage.
- Bachem, R. (1979). *Einführung in die Analyse politischer Texte* (introducción al Análisis del Discurso Político). Munich: Oldenbourg Verlag.
- Bagdikian, B. H. (1983). *The media monopoly*. Boston, Beacon Press.
- Barker, A. J. (1978). *The African Link: British Attitudes to the Negro in the Era of the Atlantic Slave Trade, 1550-1807*. Londres: Frank Cass.
- Barker, M. (1981). *The New Racism*. Londres: Junction Books.
- Barnes, J. A. (1994). *A pack of lies: Towards a sociology of lying*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Barrett, M., Corrigan, P., Kuhn, A. y Wolff, J. (comps.) (1979). *Ideology and cultural production*. Londres: Croom Helm.
- Bauman, R. y Scherzer, J. (comps.) (1974). *Explorations in the ethnography of speaking*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bavelas, J. B., Rogers, L. E. y Millar, F. E. (1985). *Interpersonal conflict*. En T. van Dijk (comp.), «Handbook of discourse analysis», vol. 4. *Discourse analysis in society*, pp. 9-26. Londres: Academic Press.
- Bayley, P. (comp.) (2004). *Cross-cultural perspectives on parliamentary discourse*. Amsterdam-Filadelfia: J. Benjamins Pub. Co.
- Becker, J., Hedebrö, G. y Paldán (comps.) (1986). *Communication and domination: Essays to honor Herbert I. Schiller*. Norwood, Nueva Jersey: Ablex.
- Ben-Tovim, G., Gabriel, J., Law, I. y Stredder, K. (1986). *The Local Politics of Race*. Londres: Macmillan.
- Berger, C. R. (1985). «Social power and interpersonal communication». En M. L. Knapp y G. R. Miller (comps.), *Handbook of interpersonal communication*, pp. 439-496. Beverly Hills, California: Sage.
- Bergsdorf, W. (1983). *Herrschaft und Sprache. Studie zur politischen Terminologie der Bundesrepublik Deutschland*. Pfullingen: Neske Verlag.
- Bergvall, V. L. y Remlinger, K. A. (1996). «Reproduction, resistance and gender in educational discourse: the role of critical discourse analysis», *Discourse and Society*, vol. 7, n° 4, pp. 453-479.
- Berman, P. (1992). *Debating PC: The Controversy over Political Correctness on College Campuses*. Nueva York: Bantam-Dell.
- Bernecker, S. y Dretske, F. I. (comps.) (2000). *Knowledge: Readings in contemporary epistemology*. Oxford: Oxford University Press.

- Bernstein, B. (1971-1975). *Class, codes, control* (3 vols.). Londres: Routledge & Kegan Paul.
- (1975). *Class, Codes and Control*, vol. 3, *Towards a Theory of Educational Transmissions*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- (1990). *The Structuring of Pedagogic Discourse*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Billig, M. (1988). «The Notion of “Prejudice”, Some Rhetorical and Ideological Aspects», *Text*, n° 8, pp. 91-110.
- (1991a). «Consistency and Group Ideology: towards a Rhetorical Approach to the Study of Justice». En R. Vermunt y H. Steensma (comps.), *Social Justice in Human Relations*. Nueva York: Plenum Press, pp. 169-194.
- (1991b). *Ideology and Opinions: Studies in Rhetorical Psychology*. Londres: Sage.
- Birnbaum, N. (1971). *Toward a Critical Sociology*. Nueva York: Oxford University Press.
- Blair, R., Roberts, K. H. y McKechnie, P. (1985). «Vertical and network communication in organizations». En R. D. McPhee y P. K. Tompkins (comps.), *Organizational communication: Traditional themes and new directions*, pp. 55-77. Beverly Hills, California: Sage.
- Blondin, D. (1990). *L'apprentissage du racisme dans les manuels scolaires*. Montreal, Québec: Éditions Agence d'Arc.
- Boden, D. (1994). *The Business of Talk. Organizations in Action*. Cambridge: Polity.
- Borch, F. L. y Wilson, P. S. (2003). *International Law and the War on Terror*. Newport, Rhode Island: Naval War College.
- Boskin, J. (1980). «Denials: The Media View of Dark Skins and the City». En B. Rubin (comp.), *Small Voices and Great Trumpets: Minorities and the Media*, pp. 141-147. Nueva York: Praeger.
- Bourdieu, P. (1977). *Outline of a theory of practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1984). *Homo academicus*. París: Minuit.
- (1989). *La noblesse d'état. Grandes écoles et esprit de corps*. París: Minuit.
- y Passeron, J.-C. (1977). *Reproduction in education, society and culture*. Beverly Hills, California: Sage.
- Passeron, J. C. y Saint-Martin, M. (1994). *Academic Discourse. Linguistic Misunderstanding and Professorial Power*. Cambridge: Polity Press.
- Boyd-Barrett, O. y Braham, P. (comps.) (1987). *Media, knowledge and power*. Londres: Croom Helm.
- Bradac, J. J., y Mulac, A. (1984). «A molecular view of powerful and powerless speech styles», *Communication Monographs*, n° 51, pp. 307-319.
- y Street, R. (1986). «Powerful and powerless styles revisited: A theoretical analysis». Trabajo presentado en la reunión anual de la Speech Communication Association, Chicago.
- Hemphill, M. R. y Tardy, C. H. (1981). «Language style on trial: Effects of “powerful” and “powerless” speech upon judgments of victims and villains», *Western Journal of Speech Communication*, n° 45, pp. 327-341.
- Brewer, M. B. (1988). «A Dual Process Model of Impression Formation». En T. K. Srull y R. S. Wyer (comps.), *Advances in Social Cognition*, vol. 1, pp. 1-36. Hillsdale, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum.

- Britton, B. K., y Graesser, A. C. (comps.) (1996). *Models of Understanding Text*. Mahwah, Nueva Jersey: Erlbaum.
- Brooke, M. E. y Ng, S. H. (1986). «Language and social influence in small conversational groups», *Journal of Language and Social Psychology*, nº 5, pp. 201-210.
- Brown, J. D., Bybee, C. R., Wearden, S. T. y Murdock, D. (1982). «Invisible power: News sources and the limits of diversity». Documento presentado en la reunión anual de la Association for Education in Journalism, Athens, Ohio.
- Brown, L. B. (1973). *Ideology*. Harmondsworth: Penguin.
- Brown, P. y Fraser, C. (1979). «Speech as a marker of situation». En K. R. Scherer y H. Giles (comps.), *Social markers in speech*, pp. 33-62. Cambridge: Cambridge University Press.
- y Levinson, S. C. (1978). «Universals in language use: Politeness phenomena». En E. N. Goody (comp.), *Questions and politeness*, pp. 56-289. Cambridge: Cambridge University Press.
- y Levinson, S. C. (1987). *Politeness: Some Universals in Language Use*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.
- Brown, R. (1995). *Prejudice: Its Social Psychology*. Oxford: Blackwell.
- Dates, J. L. y Barlow, W. (comps.) (1990). *Split Image: African Americans in the Mass Media*. Washington, DC: Howard University Press.
- y Ford, M. (1992). «Address in American English». En S. Moscovici (comp.), *The psychosociology of language*, pp. 243-262. Chicago: Markham.
- y Gilman, A. (1960). «The pronouns of power and solidarity». En T. A. Sebeok (comp.), *Style in language*, pp. 253-277. Cambridge: MIT Press.
- Bruhn Jensen, K. (1986). *Making sense of the news*. Aarhus, Dinamarca: Aarhus University Press.
- Burton, F. y Carlen, P. (1979). *Official Discourse. On Discourse Analysis, Government Publications, Ideology and the State*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Caldas-Coulthard, C. R. y Coulthard, M. (1996). *Texts and Practices: Readings in Critical Discourse Analysis*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Calhoun, C. (1995). *Critical Social Theory*. Oxford: Blackwell.
- Cameron, D., (comp.) (1990). *The Feminist Critique of Language. A Reader*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- (1992). *Feminism and Linguistic Theory*, 2ª edición. Londres: Macmillan.
- Candlin, C., Burton, J. y Coleman, H. (1980). *Dentist-patient communication: A report to the general dental council*. Lancaster, Inglaterra: University of Lancaster, Department of Linguistics and Modern English Language.
- Carbó, T. (1992). «Towards an Interpretation of Interruptions in Mexican Parliamentary Discourse», *Discourse and Society*, vol. 3, nº 1, pp. 25-45.
- (1995). *El discurso parlamentario mexicano entre 1920 y 1950. Un estudio de caso en metodología de análisis del discurso*, 2 vols. México, CIESAS y Colegio de México.
- Carl, T. (1992). «Towards an interpretation of interruptions in Mexican parliamentary discourse», *Discourse and Society*, vol. 3, nº 1, pp. 25-45.
- Caute, D. (1978). *The Great Fear: The Anti-Communist Purge under Truman and Eisenhower*. Londres: Secker and Warburg.
- Centre for Contemporary Cultural Studies (1978). *On ideology*. Londres: Hutchinson.

- Chaffee, S. H. (comp.) (1978). *Political communication*. Beverly Hills, California: Sage.
- Charrow, V. R. (1982). «Language in the bureaucracy». En R. J. Di Pietro (comp.), *Linguistics and the professions*, pp. 173-188. Norwood, Nueva Jersey: Ablex.
- Chibnall, S. (1977). *Law and Order News: An Analysis of Crime Reporting in the British Press*. Londres: Tavistock.
- Chilton, P. A. (1988). *Orwellian Language and the Media*. Londres: Pluto Press.
- (1996). *Security Metaphors. Cold War Discourse from Containment to Common House*. Berna: Lang.
- (2004). *Political Discourse Analysis*. Londres: Routledge.
- (comp.) (1985). *Language and the Nuclear Arms Debate: Nukespeak Today*. Londres y Dover, New Hampshire: Frances Printer.
- y C. Schäffner (1997). «Discourse and Politics». En T. A. van Dijk (comp.), *Discourse Studies. A Multidisciplinary Introduction*, vol. 2, *Discourse as Social Interaction*, pp. 206-230. Londres: Sage.
- y Lakoff, G. (1995). «Foreign policy by metaphor». En C. Schaffner y A. L. Wenden (comps.), *Language and Peace*, pp. 37-59. Aldershot: Dartmouth.
- Chomsky, N. (2004). *Hegemony or Survival: America's Quest for Global Dominance*. Nueva York: Henry Holt.
- (2003). *Hegemony or Survival. America's Quest for Global Dominance*. Nueva York: Metropolitan Books.
- Chouliaraki, L. (2005). «The Soft Power of War: Legitimacy and Community in Iraq War Discourses», edición especial de *Journal of Language and Politics*, vol. 4, n° 1.
- Christopher, P. (2003). *The Ethics of War and Peace. An Introduction to Legal and Moral Issues*. Upper Saddle River, Nueva Jersey: Pearson/Prentice Hall.
- Cicourel, Aaron V. (1973). *Cognitive sociology*. Harmondsworth: Penguin.
- Clark, H. H. (1993). *Using Language*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Clegg, S. (1975). *Power, Rule, & Domination: A Critical and Empirical Understanding of Power in Sociological Theory and Organizational Life*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Clegg, S. R. (1989). *Frameworks of Power*. Londres: Sage.
- Cody, M. J. y McLaughlin, M. L. (1988). «Accounts on Trial: Oral Arguments in Traffic Court». En C. Antaki (comp.), *Analysing Everyday Explanation. A Casebook of Methods*, pp. 113-126. Londres: Sage.
- Cohen, S. y Young, J. (comps.) (1981). *The manufacture of news. Deviance, social problems and the mass media*. Londres: Constable.
- (comp.) (1984). «Language at work 1: Law, industry, education», *International Journal of the Sociology of Language*, n° 49 (edición especial).
- (1985a). «Talking shop: An overview of language and work», *International Journal of the Sociology of Language*, n° 51, pp. 105-129.
- (comp.) (1985b). «Language at work 2. The health professions», *International Journal of the Sociology of Language*, n° 51 (edición especial).
- y Burton, J. (1985). «Aspects of control in the dentist-patient relationship», *International Journal of the Sociology of Language*, n° 51, pp. 75-104.
- Collins, R., Curran, J., Garnham, N., Scannell, P., Schlesinger, P. y Sparks, C. (comps.) (1989). *Media, culture and society*. Londres: Sage.



- Converse, P. E. (1964). «The nature of Belief Systems in Mass Publics», *International Yearbook of Political Behavior Research*, n° 5, pp. 206-262.
- Cook-Gumperz, J. (1973). *Social control and socialization*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Coulthard, R. M. (comp.) (1994). *Advances in Written Text Analysis*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Crigler, A. N. (comp.) (1996). *The Psychology of Political Communication*. Ann Arbor, Michigan: The University of Michigan Press.
- Culley, J. D. y Bennett, R. (1976). «Selling women, selling blacks», *Journal of Communication*, n° 26, pp. 160-174.
- Daalder, I. H. y Lindsay, J. M. (2003). *America Unbound. The Bush Revolution in Foreign Policy*. Washington, D. C.: Brookings Institution.
- Dahl, R. A. (1957). «The concept of power», *Behavioural Science*, n° 2, pp. 201-215.
- (1961). *Who governs? Democracy and power in an American city*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Danet, B. (1980). «Language in the legal process», *Law and Society Review*, n° 14, pp. 445-565.
- (comp.) (1984). «Legal discourse», *Text*, n° 4 (1/3) (edición especial).
- Davis, H. y Walton, P. (comps.) (1983). *Language, Image, Media*. Oxford: Blackwell.
- Davis, K. (1988). *Power Under the Microscope. Toward a Grounded Theory of Gender Relations in Medical Encounters*. Dordrecht: Forts.
- Day, N. (1999). *Advertising: Information or Manipulation?* Springfield, Nueva Jersey: Enslow.
- Debnam, G. (1984). *The analysis of power*. Londres: Macmillan.
- Derian, J. D. y Shapiro, M. J. (1989). *International Intertextual Relations*. Lexington, Massachusetts: D. C. Heath.
- Di Pietro, R. J. (1982). *Linguistics and the professions*. Norwood, Nueva Jersey: Ablex.
- Diamond, J. (1996). *Status and Power in Verbal Interaction. A Study of Discourse in a Close-knit Social Network*. Amsterdam: Benjamins.
- Dillard, J. P. y Pfau, M. (2002). *The Persuasion Handbook: Developments in Theory and Practice*. Thousand Oaks, California: Sage.
- Dines, G. y Humez, J. M. M. (comps.) (1995). *Gender, Race, & Class in Media. A Text-reader*. Londres-Beverly Hills, California: Sage.
- Dinstein, Y. (2001). *War, Aggression, & Self-Defense*. Cambridge, Inglaterra-Nueva York: Cambridge University Press.
- Dittmar, N. y von Stutterheim (1985). «On the discourse of immigrant workers». En T. A. van Dijk (comp.), *Handbook of Discourse Analysis*, vol. 4, *Discourse analysis in society*, pp. 125-152. Londres: Academic Press.
- Doherty, F. y McClintock, M. (2002). *A Year of Loss: Reexamining Civil Liberties since September 11*. Nueva York: Lawyers Committee for Human Rights.
- Domhoff, G. W. (1978). *The powers that be: Processes of ruling class domination in America*. Nueva York: Random House.
- y Ballard, H. B. (comps.) (1968). *C. Wright Mills and the power élite*. Boston: Beacon Press.
- Donald, J. y Hall, S. (comps.) (1986). *Politics and ideology*. Milton Keynes: Open University Press.



- Dorfman, A. y Mattelart, A. (1972). *Para leer el Pato Donald. Comunicación de masa y colonialismo*, Mexico, Siglo XXI.
- Dovidio, J. F. y Gaertner, S. L. (comps.) (1986). *Prejudice, discrimination and racism*. Nueva York: Academic Press.
- Downes, W. (1984). *Language and society*. Londres: Fontana.
- Downing, J. (1980). *The media machine*. Londres: Pluto.
- (1984). *Radical Media: The Political Experience of Alternative Communication*. Boston: South End Press.
- Drew, P. y Heritage, J. (comps.) (1992). *Talk at Work. Interaction in Institutional Settings*. Cambridge: Cambridge University Press.
- D'Souza, D. (1995). *The End of Racism: Principles for Multiracial Society*. Nueva York: Free Press.
- Duin, A. H., Roen, D. H. y Graves, M. F. (1988). *Excellence or malpractice: the effects of headlines on readers' recall and biases*. National Reading Conference (1987, St. Petersburg, Florida), National Reading Conference Yearbook, n° 37, pp. 245-250.
- Duranti, A. (1997). *Linguistic anthropology*. Cambridge-Nueva York: Cambridge University Press.
- (comp.) (2001). *Linguistic Anthropology: A Reader*. Malden, Massachusetts: Blackwell.
- y C. Goodwin (comps.) (1992). *Rethinking Context: Language as an Interactive Phenomenon*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Duszak, A. (comp.) (1997). *Culture and Styles of Academic Discourse*. Berlín: Mouton de Gruyter.
- Dyer, G. (1982). *Advertising as communication*. Londres: Methuen.
- Eakins, B. W. y Eakins, R. G. (1978). *Sex differences in human communication*. Boston: Houghton Mifflin.
- Eagly, A. H. y S. Chaiken (1993). *The Psychology of Attitudes*. Orlando: Harcourt Brace.
- Fiske, S. T., Lau, R. R. y Smith, R. A. (1990). «On the Varieties and Utilities of Political Expertise», *Social Cognition*, vol. 8, n° 1, pp. 31-48.
- Ebel, M. y Fiala, P. (1983). *Sous le consensus, la xénophobie*. Lausana: Institut de Science Politique.
- Edelman, M. (1964). *The symbolic uses of politics*. Urbana: University of Illinois Press.
- (1974). «The political language of the helping professions», *Politics and Society*, n° 4, pp. 295-310.
- Edwards, D. y Potter, J. (1992). *Discursive psychology*. Londres: Sage Publications, Inc.
- Ehlich, K. (comp.) (1989). *Sprache im Faschismus*. Francfort: Suhrkamp.
- (comp.) (1995). *The Discourse of Business Negotiation*. Berlín: Mouton de Gruyter.
- Erickson, B., Lind, A. A., Johnson, B. C. y O'Barr, W. M. (1978). «Speech style and impression formation in a court setting: the effects of "powerful" and "powerless" speech», *Journal of Experimental Social Psychology*, n° 14, pp. 266-279.
- Erickson, F. y Shultz, J. (1982). *The counselor as gatekeeper: Social interaction in interviews*. Nueva York: Academic Press.
- Ervin-Tripp, S. y Strage, A. (1985). «Parent-Child discourse». En T. A. van Dijk (comp.), *Handbook of discourse analysis*, vol. 3. *Discourse and dialogue*, pp. 67-78. Londres: Academic Press.

- O'Connor, M. C. y Rosenberg, J. (1984). «Language and power in the family». En C. Kramarae, M. Schulz, y W. M. D'Elan (comps.), *Language and power*, pp. 116-135, Beverly Hills, California: Sage.
- Essed, P. J. M. (1984). *Alledaags racisme (Everyday racism)*. Amsterdam: Sara. Próximamente será publicado en inglés por Hunter House, Claremont, California, 1984.
- (1987). *Academic Racism: Common Sense in the Social Sciences*. Universidad de Amsterdam: Centro para los Estudios Étnicos y Raciales, CRES Publications, n° 5.
- (1991). *Understanding Everyday Racism: An Interdisciplinary Theory*. Newbury Park, California: Sage.
- Etzioni-Halevy, E. (1989). *Fragile Democracy: The Use and Abuse of Power in Western Societies*. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction.
- Fairclough, N. L. (1992a). *Discourse and Social Change*. Cambridge: Polity Press.
- (comp.) (1992b). *Critical Language Awareness*. Londres: Longman.
- (1995). *Critical discourse analysis. The critical study of language*. Londres: Longman.
- (1995a). *Critical Discourse Analysis: The Critical Study of Language*. Harlow, Reino Unido: Longman.
- (1995b). *Media Discourse*. Londres: Edward Arnold.
- y Wodak, R. (1997). «Critical discourse analysis». En T. A. van Dijk (comp.), *Discourse Studies. A Multidisciplinary Introduction*, vol. 2. *Discourse as Social Interaction*, pp. 258-284. Londres: Sage.
- Falbo, T. y Peplau, L. A. (1980). «Power strategies in intimate relationships», *Journal of Personality and Social Psychology*, n° 38, pp. 618-628.
- Falk, R. A. (2003). *The great terror war*. Nueva York: Olive Branch Press.
- Farr, R. M. y Moscovici, S. (comps.) (1984). *Social representations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fascell, D. B. (comp.) (1979). *International news: Freedom under attack*. Beverly Hills, California: Sage.
- Fay, B. (1987). *Critical Social Science*. Cambridge: Polity.
- Fedler, F. (1973). «The media and minority groups: a study of adequacy of access», *Journalism Quarterly*, vol. 50, n° 1, pp. 109-117.
- Fernández, J. P. (1981). *Racism and Sexism in Corporate Life*. Lexington, Massachusetts: Lexington Books.
- Ferree, M. M. y Hall, E. J. (1996). «Rethinking stratification from a feminist perspective: gender, race, & class in mainstream textbooks», *American Sociological Review*, vol. 61, n° 6, pp. 929-950.
- Ferro, M. (1981). *Comment on raconte l'Histoire aux enfants á travers le monde entier*. París: Payot.
- Fetzer, A. (2004). *Recontextualizing context*. Amsterdam: Benjamins.
- Fielding, G. y Evered, C. (1980). «The influence of patients' speech upon doctors: The diagnostic interview». En R. N. St. Clair y H. Giles (comps.), *The social and psychological contexts of language*, pp. 51-72. Hillsdale, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum.
- Fisher, S. (1995). *Nursing Wounds. Nurse Practitioners, Doctors, Women Patients, & the Negotiation of Meaning*. New Brunswick, Nueva Jersey: Rutgers University Press.
- y Todd, A. D. (1983). *The social organization of doctor-patient communication*. Washington, DC: Center for Applied Linguistics.

- y Todd, A. D. (comps.) (1986). *Discourse and Institutional Authority. Medicine, Education, & Law*. Norwood, Nueva Jersey: Ablex.
- Fishman, M. (1980). *Manufacturing the news*. Austin: University of Texas Press.
- Fishman, P. (1983). «Interaction: The work women do». En B. Thorne, C. Kramarae y N. Henley (comps.), *Language, gender and society*, pp. 89-101. Nueva York: Pergamon.
- Fiske, S. T. y Taylor, S. E. (1984). *Social cognition*. Reading, Massachusetts: Addison-Wesley.
- y Taylor, S. E. (1991). *Social Cognition*, 2ª ed. Nueva York.
- Forgas, J. P. (1979). *Social episodes: The study of interaction routines*. Londres-Nueva York, publicado en cooperación con la Asociación Europea de Psicología Social Experimental: Academic Press.
- Fossà, G. y Barenghi, R. (2003). *The Bush show. Verità e bugie della guerra infinita*. San Lazzaro di Savena. Bolonia: Nuovi mondi media.
- Fowler, R. (1985). «Power». En T. A. van Dijk (comp.), *Handbook of discourse analysis*, vol. 4: *Discourse analysis in society*, pp. 61-82. Londres: Academic Press.
- (1991). *Language in the News. Discourse and Ideology in the Press*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Hodge, B., Kress, G. y Trew, T. (1979). *Language and Control*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Fox, C. J. y Miller, H. T. (1995). *Postmodern Public Administration. Toward Discourse*. Londres, California: Sage.
- Fox, D. R. y Prilleltensky, I. (1987). *Critical Psychology. An Introduction*. Londres: Sage.
- Freeman, S. H. y Heller, M. S. (1987). «Medical discourse», *Text*, nº 7, edición especial.
- Fussell, S. R. y Krauss, R. M. (1992). «Coordination of Knowledge in Communication: Effects of Speakers' Assumptions about What Others Know», *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 62, nº 3, pp. 378-391.
- Galbraith, J. K. (1985). *The anatomy of power*. Londres: Corgi.
- Galtung, J. y Ruge, M. H. (1965). «The structure of foreign news», *Journal of Peace Research*, nº 2, pp. 64-91.
- Gamble, A. (1986). «The political economy of freedom». En R. Levitas (comp.), *The ideology of the new right*, pp. 25-54. Cambridge, Massachusetts: Polity.
- Gamson, W. A. (1992). *Talking Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gans, H. (1979). *Deciding What's News*. Nueva York: Pantheon Books.
- Gareau, F. H. (2004). *State Terrorism and the United States: From Counterinsurgency to the War on Terrorism*. Atlanta, Georgia: Clarity Press.
- Garnham, A. (1987). *Mental Models as Representations of Discourse and Text*. Chichester: Ellis Horwood Ltd.
- Gazdar, G. (1979). *Pragmatics: Implicature, Presupposition and Logical Form*. Nueva York: Academic Press.
- Geis, M. L. (1987). *The Language of Politics*. Nueva York: Springer.
- Ghadessy, M. (comp.) (1999). *Text and context in functional linguistics*. Amsterdam-Filadelfia: J. Benjamins.
- Giles, H. y Powesland, P. F. (1975). *Speech style and social evaluation*. Londres: Academic Press.

- Giroux, H. (1981). *Ideology, Culture, & the Process of Schooling*. Londres: Falmer Press.
- Glasgow University Media Group (1976). *Bad news*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- (1982). *Really bad news*. Londres: Writers and Readers.
- (1985). *War and Peace News*. Milton Keynes, Filadelfia: Open University Press.
- (1993). «Getting the message». En J. Eldridge (comp.), *News, Truth and Power*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Glasser, T. L. y Salmon, C. T. (comps.) (1995). *Public Opinion and the Communication of Consent*. Nueva York: Guilford Press.
- Gleason, Y. B. y Geif, E. B. (1986). «Men's speech to young children». En B. Thome, C. Kramarae y N. Henley (comps.), *Language, gender and society*, pp. 140-150. Rowley, Massachusetts: Newbury House.
- Goffman, E. (1959). *The Presentation of Self in Everyday Life*. Garden City, Nueva York: Doubleday.
- (1967). *Interaction ritual: Essays on face-to-face behavior*. Garden City, Nueva York: Doubleday.
- (1979). *Gender advertisements*. Nueva York: Harper & Row.
- Golding, P. y Murdock, G. (1979). «Ideology and the mass media: The question of de-termination». En M. Barrett, P. Corrigan, A. Kuhn y J. Wolff (comps.), *Ideology and cultural production*, pp. 198-224. Londres: Croom Helm.
- Goodin, R. E. y Klingemann, H. D. (comps.) (1996). *A New Handbook of Political Science*. Nueva York: Oxford University Press.
- Graber, Doris A. (1984). *Processing the news*. Nueva York: Longman.
- Graesser, A. C. y Bower, G. H. (comps.) (1990). *Inferences and Text Comprehension. The Psychology of Learning and Motivation*, vol. 25. Nueva York: Academic Press.
- Gramsci, A. (1971). *Prison Notebooks*. Nueva York: International Publishers.
- Granberg, D. (1993). «Political Perception». En S. Iyengar y W. J. McGuire (comps.), *Explorations in Political Psychology. Duke Studies in Political Psychology*, pp. 70-112. Durham, Carolina del Norte: Duke University Press.
- Greenberg, B. S. (comp.) (2002). *Communication and Terrorism: Public and Media Responses to 9/11*. Cresskill, Nueva Jersey: Hampton Press.
- y Mazingo, S. L. (1976). «Racial issues in mass media institutions». En P. A. Katz (comp.), *Towards the elimination of racism*, pp. 309-340. Nueva York: Pergamon.
- Greenberg, J., Kirkland, S. y Pyszczynski (1987). «Some theoretical notions and preliminary research concerning derogatory labels». En G. Smitherman-Donaldson y T. A. van Dijk (comps.), *Discourse and communication*. Detroit, Michigan: Wayne State University Press.
- Grice, H. (1975). «Logic and Conversation». En P. Cole y J. Morgan (comps.), *Syntax and Semantics*, vol. 3, *Speech Acts*, pp. 68-134. Nueva York: Academic Press.
- Grice, H. P. (1989). *Studies in the Way of Words*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Guespin, L. (comp.) (1976). «Typologie du discours politique», *Languages*, n° 41.
- Gumperz, J. (comp.) (1982). *Language and social identity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gumperz, J. J. (1982a). *Discourse Strategies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1992). «Contextualization and Understanding». En A. Duranti y C. Goodwin

- (comps.), *Rethinking Context: Language as an Interactive Phenomenon*, pp. 229-252. Cambridge: Cambridge University Press.
- Habermas, J. (1984). *The Theory of Communicative Action*. Boston, Massachusetts: Beacon Press.
- Hall, S., Critcher, C., Jefferson, T., Clarke, J. y Roberts, B. (1978). *Policing the crisis: Mugging, the State and law and order*. Londres: Methuen.
- Hobson, D., Lowe, A. y Willis, P. (comps.) (1980). Londres: Hutchinson.
- Halliday, F. (2002). *Two Hours that Shook the World: September 11, 2001: Causes and Consequences*. Londres: Saqi.
- Halloran, J. D., Elliott, P. y Murdock, G. (1970). *Demonstrations and communication: A case study*. Harmondsworth: Penguin.
- Hamilton, D. (comp.) (1981). *Cognitive processes in stereotyping and intergroup behavior*. Hillsdale, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum.
- Hargreaves, A. G. y Leaman, J. (comps.) (1995). *Racism, Ethnicity, & Politics in Contemporary Europe*. Aldershot, Reino Unido: Elgar.
- Hariman, R. (comp.) (1990). *Popular Trials: Rhetoric, Mass Media, & the Law*. Tuscaloosa, Alabama: University of Alabama Press.
- Harris, S. (1984). «Questions as a mode of control in magistrates' court», *International Journal of the Sociology of Language*, nº 49, pp. 5-27.
- Hart, R. P. (1984). *Verbal style and the presidency*. Orlando, Florida: Academic Press.
- Hartmann, P. y Husband, C. (1974). *Racism and the Mass Media*. Londres: Davis-Poynter.
- Helmreich, W. B. (1984). *The things they say behind your back. Stereotypes and the myths behind them*. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction Books.
- Herman, E. S. y Chomsky, N. (1988). *Manufacturing Consent: The Political Economy of the Mass Media*. Nueva York: Pantheon.
- Hermann, M. G. (comp.) (1986). *Political Psychology*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Holly, W. (1990). *Politikersprache. Inszenierungen und Rollenkonflikte im informellen Sprachhandeln eines Bundestagsabgeordneten*. [El lenguaje del político. Dramatización y conflictos de rol en los actos del habla informales de un delegado del Bundestag]. Berlín: Mouton de Gruyter.
- Houston, M. y Kramarae, C. (comps.) (1991). «Women speaking from silence», *Discourse and Society*, vol. 2, nº 4, edición especial.
- Hudson, K. (1978). *The language of modern politics*. Londres: Methuen.
- Hujanen, T. (comp.) (1984). *The Role of Information in the Realization of the Human Rights of Migrant Workers*, informe de la conferencia internacional. Tampere, Finlandia: Universidad de Tampere, Departamento de Periodismo y Comunicación de masas.
- Hurwitz, J. y Peffley, M. (comps.) (1998). *Perception and Prejudice: Race and Politics in the United States*. New Haven, Connecticut: Yale University Press.
- Hymes, D. (comp.) (1972). *Reinventing Anthropology*. Nueva York: Vintage Books.
- Ibáñez, T. e Iñiguez, L. (comps.) (1997). *Critical social psychology*. Londres: Sage.
- Irvine, J. T. (1974). «Strategies of status manipulation in the Wolof greeting». En R. Bauman y J. Sherzer (comps.), *Explorations in the Ethnography of Speaking*, pp. 167-191. Cambridge: Cambridge University Press.
- Iyengar, S. y McGuire, W. J. (1993). *Explorations in Political Psychology*. Durham: Duke University Press.

- Jäger, S. (1992). *Brandsätze. Rassismus im Alltag* [Frases inflamatorias/ Bombas incendiarias. El racismo en la vida cotidiana]. Duisburgo, Alemania: DISS.
- y Link, J. (1993). *Die vierte Geroalt. Rassismus and die Medien* [El cuarto poder. El racismo y los medios]. Duisburgo, Alemania: DISS.
- Jaworski, A. (1983). «Sexism in textbooks», *British Journal of Language Teaching*, vol. 21, n° 2, pp. 109-113.
- Jaynes, G. D. y Williams, R. M. (comp.) (1989). *A Common Destiny: Blacks and American Society*. Washington, DC: National Academy Press.
- Jenkins, R. (1986). *Racism and Recruitment: Managers, Organisations and Equal Opportunity in the Labour Market*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Johnson, K. A. (1987). *Media Images of Boston's Black Community*. William Monroe Trotter Institute, Research Report, Boston, Massachusetts: University of Massachusetts.
- Johnson-Laird, P. N. (1983). *Mental models*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Judd, C. M. y J. W. Downing (1990). «Political Expertise and the Development of Attitude Consistency», *Social Cognition*, vol. 8, n° 1, pp. 104-124.
- Just, M. R., A. N. Crigler y W. R. Neuman (1996). «Cognitive and Affective Dimensions of Political Communication». En A. N. Crigler (comp.), *The Psychology of Political Communication*, pp. 133-148. Ann Arbor, Michigan: The University of Michigan Press.
- Kalin, R. y Rayk D. (1980). «The social significance of speech in the job interview». En R. N. St. Clair y H. Giles (comps.), *The social and psychological contexts of language*, pp. 39-50. Hillsdale, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum.
- Katz, P. A. y Taylor, D. A. (comps.) (1988). *Eliminating Racism: Profiles in Controversy*. Nueva York: Plenum Press.
- Kelly, J. W. (1985). «Storytelling in high tech organizations: A medium for sharing culture», artículo presentado en la reunión anual de la Western Speech Communication Association. Fresno: California.
- Kennedy, S. (1959). *Jim Crow guide to the U. S. A.* Londres: Lawrence and Wishart.
- King, J. y Stott, M. (comps.) (1977). *Is this your life? Images of women in the media*. Londres: Virago.
- Kinloch, G. C. (1981). *Ideology and contemporary sociological theory*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall.
- Klein, G. (1986). *Reading into racism*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Kinder, D. R. y L. M. Sanders (1990). «Mimicking Political Debate with Survey Questions: The Case of White Opinion on Affirmative-Action for Blacks», *Social Cognition*, vol. 8, n° 1, pp. 73-103.
- Kintsch, W. (1998). *Comprehension: A Paradigm for Cognition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Klapper, J. T. (1960). *The Effects of Mass Communication*. Nueva York: Free Press.
- Klaus, G. (1971). *Sprache der Politik* [El lenguaje de la política]. Berlín: VEB Deutscher Verlag der Wissenschaften.
- Klein, G. (1985). *Reading into Racism: Bias in Children's Literature and Learning Materials*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Klein, W. y Dittmar, N. (1979). *Developing grammars: The acquisition of German by foreign workers*. Heidelberg y Nueva York: Springer Verlag.



- Knorr-Cetina, K. y Cicourel, A. V. (comps.) (1981). *Advances in Social Theory and Methodology. Towards an Integration of Micro- and Macrosociologies*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Kochman, T. (1981). *Black and White Styles in Conflict*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kotthoff, H. y Wodak, R. (comps.) (1997). *Communicating Gender in Context*. Amsterdam: Benjamins.
- Kramarae, C. (1980). *Voices and words of women and men*. Oxford y Nueva York: Pergamon.
- (1983). *Women and men speaking*. Rowley, Massachusetts: Newbury House.
- Schulz, M. y O'Barr, W. M. (1984). «Towards an understanding of language and power». En C. Kramarae, M. Schulz y W. M. O'Barr (comps.), *Language and power*, pp. 9-22. Beverly Hills, California: Sage.
- Thorne, B. y Henley, N. (1983). «Sex similarities and differences in language, speech, & nonverbal communication: An annotated bibliography». En B. Thorne, C. Kramarae y N. Henley (comps.), *Language, gender and society*, pp. 151-331. Rowley, Massachusetts: Newbury House.
- Kraus, S. (comp.) (1990). *Mass Communication and Political Information Processing*. Hillsdale Nueva Jersey: Erlbaum.
- y R. M. Perloff (comps.) (1985). *Mass Media and Political Thought*. Beverly Hills California: Sage.
- Kress, G. (1985). «Ideological structures in discourse». En T. A. van Dijk (comp.), *Handbook of discourse analysis*, vol. 4, *Discourse analysis in society*, pp. 27-42. Londres: Academic Press.
- y Hodge, B., *Language and ideology*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1979.
- Krosnick, J. A. y M. A. Milburn (1990). «Psychological Determinants of Political Opinionation», *Social Cognition*, n° 8, pp. 49-72.
- Kuklinski, J. H., R. C. Luskin y J. Bolland, J. (1991). «Where Is the Schema: Going Beyond the S-Word in Political Psychology», *American Political Science Review*, vol. 85, n° 4, pp. 134-156.
- Labov, W. (1972). «Rules for ritual insults». En D. Sudnow (comp.), *Studies in social interaction*, pp. 120-169. Nueva York: Free Press.
- Lakoff, R. T. (1990). *Talking Power. The Politics of Language*. Nueva York: Basic Books.
- Lau, R. R. y Sears, D. O. (comps.) (1986). *Political Cognition*. Hillsdale, Nueva Jersey: Erlbaum.
- Smith, R. A. y Fiske, S. T. (1991). «Political Beliefs, Policy Interpretations, & Political Persuasion», *Journal of Politics*, vol. 53, n° 3, pp. 644-675.
- Lauren, P. G. (1988). *Power and Prejudice. The Politics and Diplomacy of Racial Discrimination*. Boulder, Colorado: Westview Press.
- Lavandera, B. R., García Negroni, M. M., López, Ocón, M., Luis, C. R., Menéndez, S. M., Pardo, M. L., Raiter, A. G. y Zoppi-Fontana, M. (1986). *Análisis sociolingüístico del discurso político*. Cuadernos del Instituto de Lingüística, vol. 1, n° 1. Buenos Aires: Instituto de Lingüística, Universidad de Buenos Aires.
- García Negroni, M. M., López Ocón, M., Luis, C. R., Menéndez, S. M., Pardo, M. L., Raiter, A. G. y Zoppi-Fontana, M. (1987). *Análisis sociolingüístico del discurso po-*

- litico (II)*, Cuadernos del Instituto de Lingüística. Buenos Aires: Instituto de Lingüística, Universidad de Buenos Aires.
- Lazar, M. (comp.) (1995). *Feminist Critical Discourse Analysis. Gender, Power and Ideology in Discourse*. Houndsmills, Reino Unido: Palgrave MacMillan.
- Leckie-Tarry, H. (1995). *Language & Context. A functional linguistic theory of register*, David Birch (ed.). Londres: Pinter.
- Leet-Pellegrini, H. (1980). «Conversational dominance as a function of gender and expertise». En H. Giles, W. P. Robinson y P. Smith (comps.), *Language: Social Psychological Perspectives*, pp. 97-104. Oxford: Pergamon Press.
- Leimdorfer, F. (1992). *Discours academique et colonisation. Themes de recherche sur l'Algerie pendant la periode coloniale*. París: Publisud.
- Lein, L. y Brenneis, D. (1978). «Children's disputes in three speech communities», *Language in Society*, n° 7, pp. 299-323.
- Levinson, S. C. (2000). *Presumptive Meanings. The Theory of Generalized Conversational Implicature*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press.
- Lewis, M. y Saarni, C. (comps.) (1993). *Lying and deception in everyday life*. Nueva York: Guilford Press.
- Liebes, T. y Katz, E. (1990). *The Export of Meaning: Cross-cultural Readings of «Dallas»*. Nueva York: Oxford University Press.
- Lind, E. A. y O'Barr, W. M. (1979). «The social significance of speech in the courtroom». En H. Giles y R. N. St. Clair (comps.), *Language and social psychology*, pp. 66-87. Oxford: Basil Blackwell.
- Lindegren-Lerman, C. (1983). «Dominant discourse: The institutional voice and the control of topic». En H. Davis y P. Walton (comps.), *Language, image, media*, pp. 75-103. Oxford: Basil Blackwell.
- Linell, P. y Jonsson, L. (1991). «Suspect stories: perspective-setting in an asymmetrical situation». En I. Markova y K. Foppa (comps.), *Asymmetries in Dialogue. The Dynamics of Dialogue*, pp. 75-100, n. d. Barnes and Noble Books/Bowman and Littlefield Publishers, Harvester Wheatsheaf.
- Lodge, M. y K. M. McGraw (comps.) (1995). *Political Judgement: Structure and Process*. Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Press.
- Lorimer, R. (1984). «Defining the curriculum: The role of the publisher», documento presentado en la reunión anual de la American Educational Research Association, Nueva Orleans.
- Luke, T. W. (1989). *Screens of Power: Ideology, Domination, & Resistance in Informational Society*. Urbana: University of Illinois Press.
- Lukes, S. (1974). *Power: A Radical View*. Londres: Macmillan.
- (comp.) (1986). *Power*. Oxford: Blackwell.
- Mankekar, D. R. (1978). *One-way flow: Neo-colonialism via news media*. Nueva Delhi: Clarion.
- Manning, D. J. (comp.) (1980). *The form of ideology*. Londres, George: Allen & Unwin.
- Manstead, T. y McCulloch, C. (1981). «Sex role stereotyping in British television ads», *British Journal of Social Psychology*, n° 20, pp. 171-180.
- Marable, M. (1985). *Black American Politics*. Londres: Verso.
- Martín Rojo, L. (1994). «Jargon of delinquents and the study of conversational dynamics», *Journal of Pragmatics*, vol. 21, n° 3, pp. 243-289.



- (1995). «Division and rejection: From the personification of the Gulf conflict to the demonisation of Saddam Hussein», *Discourse & Society*, vol. 6, n° 1, pp. 49-79.
- y T. A. van Dijk (1997). «“There was a problem, & it was solved!” Legitimizing the Expulsion of “Illegal” Immigrants in Spanish Parliamentary Discourse», *Discourse and Society*, vol. 8, n° 4, pp. 523-566.
- Martindale, C. (1986). *The White Press and Black America*. Nueva York: Greenwood Press.
- Mattelart, A. (1979). *The multinational corporations and the control of culture: The ideological apparatus of imperialism*. Atlantic Highlands, Nueva Jersey: Harvester.
- Maynard, D. W. (1985). «The analysis of plea bargaining discourse». En T. A. van Dijk (comp.), *Handbook of discourse analysis*, vol. 4, *Discourse analysis in society*, pp. 153-179. Londres: Academic Press.
- Mazingo, S. (1988). «Minorities and social control in the newsroom: thirty years after Breed». En G. Smitherman-Donaldson y T. A. van Dijk (comps.), *Discourse and Discrimination*, pp. 93-130. Detroit, Michigan: Wayne State University Press.
- McGraw-Hill Graber, D. A. (1980). *Crime News and the Public*. Nueva York: Praeger.
- McHoul, A. W. (1986). «Writing, sexism, & schooling: A discourse-analytic investigation of some recent documents on sexism and education in Queensland». En S. Fisher y A. D. Todd (comps.), *Discourse and institutional authority: Medicine, education and law*, pp. 187-202. Norwood, Nueva Jersey: Ablex.
- McLaughlin, M. L. (1984). *Conversation: How talk is organized*. Beverly Hills, CA: Sage.
- McPhee, R. D. y Tompkins, P. K. (comps.) (1984). *Organizational communication: Traditional themes and new directions*. Beverly Hills, California: Sage.
- Mead, R. (1985). «Courtroom discourse». *English Language Research, Discourse Analysis Monographs*, n° 9, University of Birmingham.
- Mehan, H. (1979). *Learning lessons*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- (1986). «The role of language and the language of role in institutional decision making». En S. Fisher y A. D. Todd (comps.), *Discourse and institutional authority: Medicine, education, & law*, pp. 140-163. Norwood, Nueva Jersey: Ablex.
- Mercer, N. (1995). *The Guided Construction of Knowledge. Talk Amongst Teachers and Learner*. Clevedon: Multilingual Matters.
- Merelman, R. M. (1986). «Revitalizing Political Socialization». En M. G. Hermann (comp.), *Political Psychology*, pp. 279-319. San Francisco: Jossey-Bass.
- Merten, K. (1986). *Das Bild der Auslander in der deutschen Presse*. Francfort: Gagyeli Verlag.
- Messaris, P. (1997). *Visual Persuasion: The Role of Images in Advertising*. Thousand Oaks, California: Sage.
- Mey, J. (1985). *Whose language: A study in linguistic pragmatics*. Amsterdam: Benjamins.
- Milliband, R. (1985). *Class power and state power*. Londres: Verso.
- Milburn, M. A. (1989). «Ideological Self-schemata and Schematically Induced Attitude Consistency», *Journal of Experimental Social Psychology*, vol. 23, n° 5, pp. 383-398.
- Miles, R. (1989). *Racism*. Londres: Routledge.
- Milis, C. W. (1956). *The power élite*. Nueva York: Oxford University Press.
- Miller, G. A. (1956). «The magical number seven, plus or minus two: Some limits on our capacity for processing information», *Psychological Review*, n° 63, pp. 81-97.

- Milner, D. (1983). *Children and race. Ten years on*. Londres: Ward Lock Educational.
- Minority Participation in the Media (1983). Exposición ante el comité de Telecomunicaciones, Protección al Consumidor y Finanzas del Comité de Energía y Comercio, Cámara de Representantes, 98° Congreso, 19 y 23 de septiembre de 1983.
- Mishler, E. G. (1984). *The discourse of medicine: Dialectics in medical interviews*. Norwood, Nueva Jersey: Ablex.
- Morrow, D. G. (1994). «Spatial Models Created from Text». En H. van Oostendorp y R. A. Zwaan (comps.), *Naturalistic Text Comprehension*, pp. 57-78. Norwood, Nueva Jersey: Ablex.
- Moscovici, S. (2001). *Social Representations: Explorations in Social Psychology*. Nueva York: New York University Press.
- Mueller, C. (1973). *The politics of communication: A study of the political sociology of language, socialization, & legitimation*. Nueva York: Oxford University Press.
- Mumby, D. K. (1988). *Communication and Power in Organizations: Discourse, Ideology, & Domination*. Norwood, Nueva Jersey: Ablex.
- (comp.) (1993). *Narrative and Social Control: Critical Perspectives*. Newbury Park, California: Sage.
- y Clair, R. P. (1997). «Organizational discourse». En T. A. van Dijk (comp.), *Discourse as Social Interaction. Discourse Studies. A Multidisciplinary Introduction*, vol. 1, pp. 181-205. Londres: Sage.
- Murray, N. (1986). «Anti-Racists and Other Demons-The Press and Ideology in Thatcher's Britain», *Race & Class*, n° 27, pp. 1-19.
- Natal, M., Entin, E. y Jaffe, J. (1979). «Vocal interruptions in dyadic communication as a function of speech and social anxiety», *Journal of Personality and Social Psychology*, n° 37, pp. 865-878.
- Neisser, U. y Fivush, R. (comps.) (1994). *The Remembering Self: Construction and Accuracy in the Self-Narrative*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Nesler, M. S., Aguinis, H., Quigley, B. M. y Tedeschi, J. T. (1993). «The effect of credibility on perceived power», *Journal of Applied Social Psychology*, vol. 23, n° 17, pp. 1407-1425.
- Newhouse, J. (2003). *Imperial America. The Bush Assault on the World Order*. Nueva York: Knopf.
- Ng, S. H. y Bradac, J. J. (1993). *Power in Language*. Newbury Park: Sage.
- Nimmo, D. D. y Sanders, K. R. (comps.) (1981). *Handbook of Political Communication*. Beverly Hills, California: Sage.
- Nye, J. S. (2000). *Understanding International Conflicts. An Introduction to Theory and History*. Nueva York: Longman.
- O'Keefe, D. J. (2002). *Persuasion: Theory & Research*. Thousand Oaks, California: Sage.
- Oakhill, J. y A. Garnham, A. (comps.) (1996). «Mental Models in Cognitive Science», *Essays in Honour of Phil Johnson-Laird*. Hove Psychology Press. Sussex.
- O'Barr, W. M. (1982). *Linguistic Evidence: Language, Power and Strategy in the Courtroom*. Nueva York: Academic Press.
- Conley, J. M. y Lind, A. (1978). «The power of language: presentational style in the courtroom», *Duke Law Journal*, n° 14, pp. 266-279.
- Omi, M. y Winant, H. (1994). *Racial Formation in the United States. From the 1960s to the 1990s*. Londres: Routledge.

- O'Shaughnessy, N. J. (2004). *Politics and propaganda. Weapons of mass seduction*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Osler, A. (1994). «Still hidden from history: the representation of women in recently published history textbooks», *Oxford Review of Education*, vol. 20, n° 2, pp. 219-235.
- Owsley, H. H. y Scotton, C. M. (1984). «The conversational expression of power by television interviewers», *Journal of Social Psychology*, n° 123, pp. 696-735.
- Packard, V. (1957). *The hidden persuaders*. Nueva York: Pocket Books.
- Palmer, M. T. (1989). «Controlling conversations: turns, topics, & interpersonal control», *Communication Monographs*, vol. 56, n° 1, pp. 1-18.
- Palmer, N. (comp.) (2003). *Terrorism, War, & the Press*. Teddington, Middlesex: Hollis.
- Pardo, M. L. (1996). *Derecho y lingüística: Como se juzga con palabras*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Parkinson, M. G., Geisler, D. y Pelias, M. H. (1983). «The effects of verbal skills on trial success», *Journal of the American Forensic Association*, n° 20, pp. 16-22.
- Pasierbsky, F. (1983). *Krieg und Frieden in der Sprache*. [La guerra y la paz en el lenguaje]. Francfort: Fischer.
- Pêcheux, M. (1989). *Analyse Automatique du Discours*. París: Dunod.
- (1975). «Analyse du discours. Langue et ideologies», *Langages*, n° 37.
- (1982). *Language, Semantics and Ideology*. Nueva York: St Martin's Press.
- Percy, L., y Rossiter, J. R. (1980). *Advertising strategy: A communication theory approach*. Nueva York: Praeger.
- Pettigrew, A. M. (1972). «Information control as a power resource», *Sociology*, n° 6, pp. 187-204.
- (1973). *The politics of organizational decision making*. Londres: Tavistock.
- Petty, R. E. y Cacioppo, J. T. (1981). *Attitudes and persuasion: Classic and contemporary approaches*. Dubuque, Iowa: C. Brown.
- Pfeffer, J. (1981). *Power in organizations*. Marshfield, Massachusetts: Pitman.
- Phizacklea, A. y Miles, R. (1979). «Working Class Racist Beliefs in the Inner City». En R. Miles y A. Phizacklea (comps.), *Racism and Political Action in Britain*, pp. 93-123. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Powell, L. W. (1989). «Analyzing Misinformation: Perceptions of Congressional Candidates Ideologies», *American Journal of Political Science*, n° 33, pp. 272-293.
- Preiswerk, R. (1980). *The Slant of the Pen: Racism in Children's Books*. Ginebra, Programa para Combatir el Racismo: Consejo Mundial de Iglesias.
- Press Giles, H. y Smith, P. M. (1979). «Accommodation theory: Optimal levels of convergence». En H. Giles y R. N. St. Clair (comps.), *Language and social psychology*, pp. 45-65. Oxford: Basil Blackwell.
- Radtke, I. (comp.) (1981). *Die Sprache des Rechts und der Verwaltung*. Vol. 2, *Deutsche Akademie für Sprache und Dichtung, Die Öffentliche Sprachgebrauch*. [El lenguaje de la ley y la administración, vol. 2, Academia Alemana de Lengua y Literatura, Uso de la Lengua Oficial.] Stuttgart: Klett-Cotta.
- (comp.) (1981). *Die Sprache des Rechts und der Verwaltung*. Vol. 3, *Deutsche Akademie für Sprache und Dichtung, Die öffentliche Sprachgebrauch*. Stuttgart: Klett-Cotta.
- Ragan, S. L. (1983). «Alignment and conversational coherence». En R. T. Craig y K. Tracy (comps.), *Conversational coherence*, pp. 157-171. Beverly Hills, California: Sage.

- Rasmussen, D. M. (comp.) (1996). *The Handbook of Critical Theory*. Oxford: Blackwell.
- Reeves, F. (1983). *British Racial Discourse. A Study of British Political Discourse about Race and Race-Related Matters*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Richstad, J. y Anderson, M. H. (comps.) (1981). *Crisis in international news*. Nueva York: Columbia University Press.
- Riley, P. (1983). «A structurationist account of political culture», *Administrative Science Quarterly*, n° 28, pp. 414-437.
- Robinson, J. P. y Levy, M. (1986). *The main source. Learning from television news*. Beverly Hills, California: Sage.
- Rodin, D. (2002). *War and Self-Defense*. Oxford, Nueva York: Clarendon Press, Oxford University Press.
- Roloff, M. E. y Berger, C. R. (comps.) (1982). *Social cognition and communication*. Beverly Hills, CA: Sage.
- y Miller, G. R. (eds.) (1980). *Persuasion: New directions in theory and research*. Beverly Hills, California: Sage.
- Roseman, I., R. P. Abelson y M. F. Ewing (1986). «Emotion and Political Cognition: Emotional Appeals in Political Communication». En R. R. Lau y D. O. Sears (comps.), *Political Cognition*, pp. 279-294. Hillsdale, Nueva Jersey: Erlbaum.
- Rosenblum, M. (1981). *Coups and earthquakes: Reporting the world to America*. Nueva York: Harper Row.
- Sabsay, S. y Platt, M. (1985). *Social setting, stigma and communicative competence*. Amsterdam: Benjamins.
- Sacks, H., Schegloff, E. A. y Jefferson, G. A. (1974). *A simplest systematics for the organization of turn taking for conversation*. *Language*, n° 50, pp. 696-735.
- Said, E. W. (1979). *Orientalism*. Nueva York: Random House, Vintage.
- (1981). *Covering Islam: How the Media and the Experts Determine How We See the Rest of the World*. Nueva York: Pantheon.
- Sarangi, S. y Roberts, C. (comps.) (1999). *Talk, work, & institutional order: Discourse in medical, mediation, & management settings*. Berlín-Nueva York: Mouton de Gruyter.
- Saville-Troike, M. (1982). *The ethnography of communication*. Oxford: Basil Blackwell.
- Schatzman, L. y Strauss, A. (1972). «Social class and modes of communication». En S. Moscovici (comp.), *The psychosociology of language*, pp. 206-221. Chicago: Markham.
- Schegloff, E. A. (1987). «Between Macro and Micro: Contexts and Other Connections». En J. Alexander, R. M. B. Giesen y N. Smelser (comps.), *The Micro-Macro Link*, pp. 207-234. Berkeley: University of California Press.
- (1991). «Reflections on talk and social structure». En Boden, D. y D. H. Zimmerman (comps.), *Talk and social structure: studies in ethnomethodology and conversation analysis*, pp. 44-71. Cambridge: Polity Press.
- (1992). «In Another Context». En Duranti, Alessandro y Goodwin, Charles (comps.), *Rethinking Context: Language as an Interactive Phenomenon*, pp. 191-227. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.
- Scherer, K. R. y Giles, H. (1979). *Social markers in speech*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Schiller, H. L. (1973). *The mind managers*. Boston: Beacon Press.

- Schlenker, B. R. (1980). *Impression Management: The Self-concept, Social Identity and Interpersonal Relations*. Monterrey, California: Brooks/Cole.
- Schramm, W. y Atwood, E. (1981). *Circulation of news in the Third World: A study of Asia*. Hong Kong: Chinese University Press.
- Scott, M. y Lyman, S. (1968). «Accounts», *American Sociological Review*, n° 33, pp. 46-62.
- Seibold, D. R., Cantrill, J. G. y Meyers, R. A. (1985). «Communication and interpersonal influence». En M. L. Knapp y G. R. Miller (comps.), *Handbook of interpersonal communication*, pp. 551-611. Beverly Hills, California: Sage.
- Seidel, G. (1985). «Political discourse analysis». En T. A. van Dijk (comp.), *Handbook of discourse analysis*, vol. 4: *Discourse analysis in society*, pp. 43-60. Londres: Academic Press.
- (1987a). «The white discursive order: The British New Rights's discourse on cultural racism, with particular reference to the Salisbury Review». En I. Zavala, T. A. van Dijk y M. Díaz-Diocaretz (comps.), *Literature, discourse, psychiatry*. Amsterdam: Benjamins.
- (1987b). «The British New Right's "enemy within": The anti-racists». En G. Smitherman-Donaldson y T. A. van Dijk (comps.), *Discourse and discrimination*. Detroit: Wayne State University Press.
- (comp.) (1988). *The Nature of the Right. A Feminist Analysis of Order Patterns*. Amsterdam: Benjamins.
- Seliktar, O. (1986). «Identifying a Society's Belief Systems». En M. G. Hermann (comp.), *Political Psychology*, pp. 320-354. San Francisco: Jossey-Bass.
- Shapiro, M. (comp.) (1984). *Language and politics*. Oxford: Basil Blackwell.
- Shohat, E. y Stam, R. (1994). *Unthinking Eurocentrism. Multiculturalism and the Media*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Shore, B. (1996). *Culture in Mind: Cognition, Culture, & the Problem of Meaning*. Nueva York: Oxford University Press.
- Shuy, R. W. (1986). «Some linguistic contributions to a criminal court case». En S. Fisher y A. D. Todd (comps.), *Discourse and institutional authority: Medicine, education and law*, pp. 234-249. Norwood, Nueva Jersey: Ablex.
- (1992). *Language crimes. The Use and Abuse of Language Evidence in the Court Room*. Oxford: Blackwell.
- Sidel, M. (2004). *More Secure, Less Free? Antiterrorism Policy & Civil Liberties after September 11*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Sierra, M. T. (1992). *Discurso, cultura y poder. El ejercicio de la autoridad en los pueblos hñaltfui del Valle del Mezquital*. Gobierno del Estado de Hidalgo: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Sinclair, J. McH. y Brazil, D. (1982). *Teacher talk*. Oxford: Oxford University Press.
- Singh, R. (comp.) (1996). *Towards a Critical Sociolinguistics*. Amsterdam: Benjamins.
- Slobin, D. I., Miller, S. H. y Porter, L. W. (1972). «Forms of address and social relations in a business organization». En S. Moscovici (comp.), *The psychosociology of language*, pp. 263-272.
- Smith, D. E. (1991). «Writing women's experience into social science», *Feminism and Psychology*, vol. 1, n° 1, pp. 155-169.
- Smitherman-Donaldson, G. y van Dijk, T. A. (comps.) (1987). *Discourse and discrimination*. Detroit: Wayne State University Press.

- Sniderman, P. M., Tetlock, P. E. y Carmines, E. G. (comps.) (1993), *Prejudice, Politics, & the American Dilemma*. Stanford, California: Stanford University Press, 1993.
- Snow, C. y Furgeson, C. (comps.) (1977). *Talking to children*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Solomos, J. (1989). *Race and Racism in Contemporary Britain*. Londres: MacMillan.
- (1993). *Race and Racism in Britain*. Nueva York: St. Martin's Press.
- y L. Back (1995). *Race, Politics, & Social Change*. Londres: Routledge.
- Spender, D. (1980). *Man made language*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Sperber, D. y D. Wilson (1986). *Relevance: Communication and Cognition*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Steiner, J. (2004). *Deliberative politics in action. Analysing parliamentary discourse*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Stoll, E. A. (1983). «A naturalistic study of talk in the classroom». Tesis doctoral no publicada: University of Utah.
- Strong, P. M. (1979). *The ceremonial order of Me clinic: Parents, doctors and medical bureaucracies*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Sykes, M. (1985). «Discrimination in discourse». En T. A. van Dijk (comp.), *Handbook of discourse analysis*, vol. 4: *Discourse analysis in society*, pp. 83-101. Londres: Academic Press.
- Taguieff, P.-A. (1988). *La force du prejuge. Essai sur le racisme et ses doubles*. París: Éditions de la Découverte.
- Tajfel, H. (1981). *Human groups and social categories*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tannen, D. (1994a). *Gender and Discourse*. Nueva York: Oxford University Press.
- (1994b). *Talking from 9 to 5. How Women's and Men's Conversational Styles Affect Who Gets Heard, Who Gets Credit, & What Gets Done at Work*. Nueva York: Morrow.
- Tedeschi, J. T. (1981). *Impression Management. Theory and Social Psychological Research*. Nueva York: Academic Press.
- y Reiss, M. (1981). «Identities, the Phenomenal Self, & Laboratory Research». En J. T. Tedeschi (comp.), *Impression Management. Theory and Social Psychological Research*, pp. 3-22. Nueva York: Academic Press.
- Ter Wal, J. (1997). *The reproduction of ethnic prejudice and racism through policy and news discourse. The Italian case (1988-1992)*. Florencia, PhD: European Institute.
- Tetlock, P. E. (1993). «Cognitive Structural Analysis of Political Rhetoric: Methodological and Theoretical Issues». En S. Iyengar y W. J. McGuire (comps.), *Explorations in Political Psychology. Duke Studies in Political Psychology*, pp. 380-405. Durham Carolina del Norte: Duke University Press.
- (1981). «Personality and Isolationism: Content Analysis of Senatorial Speeches», *Journal of Personality and Social Psychology*, n° 41, pp. 737-743.
- (1983). «Cognitive style and Political Ideology», *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 45, n° 1, pp. 118-126.
- (1984). «Cognitive Style and Political Belief Systems in the British House of Commons», *Journal of Personality and Social Psychology*, n° 46, pp. 365-375.
- (1985a). «Integrative Complexity of Policy Reasoning». En S. Kraus y R. Perloff (comps.), *Mass Media and Political Thought*. Beverly Hills, California: Sage.



- (1985b). «Toward an Intuitive Politician Model of Attribution Processes». En B. R. Schlenker (comp.), *The Self and Social Life*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Therborn, G. (1980). *The ideology of power and the power of ideology*. Londres: Verso.
- Thomas, J. (1993). *Doing Critical Ethnography*. Newbury Park: Sage.
- Thomas, W. I. (1966). «Situational analysis: The behavior pattern and the situation. (1928)». En M. Janovitz (comp.), *W. I. Thomas on social organization and social personality*. Chicago: Chicago University Press.
- Thorne, B. y Henly, N. (comps.) (1975). *Language and sex: Difference and dominance*. Rowley, Massachusetts: Newbury House.
- Kramarae, C. y Henley, N. (comps.) (1983), *Language, gender and society*. Rowley, Massachusetts: Newbury House.
- Kramarae, C. y Henley, N. (comps.) (1983). *Language, Gender and Society*. Rowley, Massachusetts: Newbury House.
- Tolmach Lakoff, R. (1981). «Persuasive discourse and ordinary conversation: With examples from advertising». En D. Tannen (comp.), *Analyzing discourse: Text and talk*, pp. 25-42. Washington, DC: Georgetown University Press.
- Treichler, P., Frankel, R. M., Kramarae, C., Zoppi, C. y Beckman, H. B. (1984). «Problems and problems: Power relationships in a medical interview». En C. Kramarae, M. Schultz, y W. M. O'Barr (comps.), *Language and power*, pp. 43-61. Beverly Hills, California: Sage.
- Troyna, B. (1981). *Public awareness and the media: A study of reporting on race*. Londres: The Commission for Racial Equality.
- Trümel-Plötz, S. (comp.) (1984). *Gewalt durch Sprache. De Vergewaltigung von Frauen in Gesprächen*. Francfort: Fischer.
- Tuchman, G. (1978). *Making news*. Nueva York: Free Press.
- Daniels, A. K. y Benet, J. (comps.) (1978). *Hearth and honre: Images of women in the mass media*. Nueva York: Oxford University Press.
- Tulving, E. (1983). *Elements of episodic memory*. Oxford: Oxford University Press.
- Turkel, G. (1996). *Law and Society. Critical Approaches*. Boston, Massachusetts: Allyn and Bacon.
- Tuwow, J. (1983). «Learning to portray institutional power: The socialization of creators of mass media organization». En R. D. McPhee y P. K. Tompkins (comps.), *Organizational communication: Traditional themes and new directions*, pp. 211-234. Beverly Hills, California: Sage.
- UNESCO (1977). «Ethnicity and the Media». París: UNESCO.
- (1980). «Many voices, one world». Informe de la Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de Comunicación (dirigido por Sean MacBride). París: UNESCO-Londres: Kogan Page.
- van Dijk, T. A. (1977). *Prejudice in Discourse*. Amsterdam: Benjamins.
- (1977). *Text and context*. Londres: Longman.
- (1980). *Macrostructures: An interdisciplinary study of global structures in discourse, interaction, & cognition*. Hillsdale, Nueva Jersey: L. Erlbaum Associates.
- (1981). *Studies in the pragmatics of discourse*. La Haya y Berlín: Mouton/de.
- (1983). *Minderheden in the media* [Las minorías en los medios]. Amsterdam: Socialistische Uitgeverij Amsterdam.

- (1984a). *Prejudice and discourse. An analysis of ethnicprejudice in cognition and conversation*. Amsterdam: Benjamins.
- (1984b). *Structures of international news. A case study of the world's press*, manuscrito no publicado. Universidad de Amsterdam: Departamento de Estudios Literarios Generales, Sección de Estudios del Discurso.
- (1985). «Cognitive Situation Models in Discourse Processing. The Expression of Ethnic Situation Models in Prejudiced Stories». En J. P. Forgas (comp.), *Language and Social Situations*, pp. 61-79. Nueva York: Springer.
- (1987a). *Communicating racism: Ethnic prejudice in thought and talk*. Beverly Hills, California: Sage.
- (1987a). *Communicating Racism: Ethnic prejudice in Thought and Talk*. Newbury Park, California: Sage Publications, Inc.
- (1987b). «Élite Discourse and Racism». En I. Zavala, T. A. van Dijk, y M. Diaz-Diocaretz (comps.), *Approaches to Discourse, Poetics and Psychiatry*, pp. 81-122. Amsterdam: Benjamins.
- (1987b). «Episodic Models in Discourse Processing». En R. Horowitz y S. J. Samuels (comps.), *Comprehending Oral and Written Language*, pp.161-196. San Diego California: Academic Press.
- (1987d). *Schoolvoorbeelden van racisme* [Ejemplos de racismo en los libros de texto escolares]. Amsterdam: Socialistische Uitgeverij Amsterdam.
- (1987e). «How “they” hit the headlines: Ethnic minorities in the press». En G. Smitherman-Donaldson y T. A. van Dijk (comps.), *Discourse and discrimination*. Detroit: Wayne State University Press.
- (1988a). *News Analysis. Case Studies of International and National News in the Press*. Hillsdale, Nueva Jersey: Erlbaum.
- (1988b). *News as Discourse*. Hillsdale, Nueva Jersey: Erlbaum.
- (1988c). «The Tamil Panic in the Press». En T. A. van Dijk, *News Analysis*, pp. 215-254. Hillsdale, Nueva Jersey: Erlbaum.
- (1989). «Structures of Discourse and Structures of Power». En J. A. Anderson (comp.), *Communication Yearbook* n° 12, pp. 18-59. Newbury Park, California: Sage.
- (1990). «Social cognition and discourse». En H. Giles y R. P. Robinson (comps.), *Handbook of Social Psychology and Language*, pp. 163-183. Chichester: Wiley.
- (1991). *Racism and the Press*. Londres: Routledge.
- (1992). «Élite Discourse and the Reproduction of Racism». En J. Stanfield y R. M. Dennis (comps.), *Methods in Race and Ethnic Relations Research*. Newbury Park, California: Sage.
- (1993a). *Élite Discourse and Racism*. Newbury Park, California: Sage.
- (1993b). «Discourse and cognition in society». En D. Crowley y D. Mitchell (comps.), *Communication Theory Today*, pp. 104-126. Oxford: Pergamon.
- (1993b). «Principles of critical discourse analysis», *Discourse and Society*, vol. 4, n° 2, pp. 249-283.
- (1996). «Discourse, Power and Access». En C. R. Caldas-Coulthard y M. Coulthard (comps.), *Texts and Practices: Readings in Critical Discourse Analysis*, pp. 84-104. Londres: Routledge.
- (1997a). «Cognitive Context Models and Discourse». En M. Stamenow (comp.),



- Language Structure, Discourse and the Access to Consciousness*, pp. 189-226. Amsterdam: Benjamins.
- (1997b). «What is Political Discourse Analysis?». En J. Blommaert y C. Bulcaen (comps.), *Political Linguistics*, pp. 11-52. Amsterdam: Benjamins.
- (1998a). *Ideology: A Multidisciplinary Approach*. Londres: Sage.
- (1998b). «Towards a theory of context and experience models in discourse processing». En H. van Oostendorp y S. Goldman, (comps.), *The Construction of Mental Models During Reading*. Hillsdale, Nueva Jersey: Erlbaum.
- (1999). «Towards a Theory of Context and Experience Models in Discourse Processing». En H. van Oostendorp y S. Goldman (comps.), *The Construction of Mental Models during Reading*, pp. 123-148. Hillsdale, Nueva Jersey: Erlbaum.
- (2000). «Parliamentary debates». En R. Wodak y T. A. van Dijk (comps.), *Racism at the Top. Parliamentary Discourses on Ethnic Issues in Six European States*, pp. 45-78. Klagenfurt, Austria: Drava Verlag.
- (2001). «Multidisciplinary CDA: A plea for diversity». En Ruth Wodak y Michael Meyer (comps.), *Methods of Critical Discourse Analysis*, pp. 95-120. Londres: Sage.
- (2002). «Political discourse and political cognition». En Paul A. Chilton y Christina Schäffner (comps.), *Politics as Text and Talk. Analytical approaches to political discourse*, pp. 204-236. Amsterdam: Benjamins.
- (2003a). *Ideología y discurso*. Barcelona: Ariel.
- (2003b). «Knowledge in parliamentary debates», *Journal of Language and Politics*, vol. 2, n° 1, pp. 93-129.
- (2004). «Text and context of parliamentary debates». En Paul Bayley (comp.), *Cross-Cultural Perspectives on Parliamentary Discourse*, pp. 339-372. Amsterdam: Benjamins.
- (2005). «Contextual knowledge management in discourse production. A CDA perspective». En Ruth Wodak y Paul Chilton (comps.), *A New Agenda in (Critical) Discourse Analysis*, pp. 71-100. Amsterdam: Benjamins.
- (comp.) (1985). *Handbook of discourse analysis*, 4 vols. Londres: Academic Press.
- (comp.) (1985b). *Discourse and communication. New approaches to the analysis of mass media discourse and communication*. Berlín: De Gruyter.
- (comp.) (1997). *Discourse Studies: A Multidisciplinary Introduction*. Londres: Sage.
- (comp.) (2006). «Discourse, interaction and cognition», edición especial de *Discourse Studies*, vol. 8, n° 1.
- y Kintsch, W. (1983). *Strategies of Discourse Comprehension*. Nueva York: Academic Press.
- van Leeuwen, T. (2005). *Introducing Social Semiotics*. Londres: Routledge.
- van Oostendorp y S. R. Goldman (comps.) (1999). *The Construction of Mental Representations during Reading*, Mahwah. Nueva Jersey: Erlbaum.
- y R. A. Zwaan (comp.) (1994). *Naturalistic Text Comprehension*. Norwood, Nueva Jersey: Ablex.
- van Zoonen, L. (1994). *Feminist Media Studies*. Londres: Sage.
- Walker, A. G. (1982). «Patterns and implications of co-speech in a legal setting». En R. J. Di Pietro (comp.), *Linguistics and the professions*, pp. 101-112. Norwood, Nueva Jersey: Ablex.

- Walker, A. G. (1986). «The verbatim record: The myth and the reality». En S. Fisher y A. D. Todd (comps.), *Discourse and institutional authority: Medicine, education and law*, pp. 205-222. Norwood, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum.
- Wartenberg, T. E. (1990). *The Forms of Power: From Domination to Transformation*. Filadelfia, Pennsylvania: Temple University Press.
- Weaver, C. A., Mannes, S. y Fletcher, C. R. (comps.) (1995). *Discourse Comprehension. Essays in Honor of Walter Kintsch*. Hillsdale, Nueva Jersey: Erlbaum.
- Wellman, D. T. (1993). *Portraits of White Racism*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Wemer, F. (1983). *Gesprächsverhalten von Frauen and Männer*. Francfort: Lang.
- West, C. (1984). *Routine Complications: Troubles with Talk between Doctors and Patients*. Bloomington: Indiana University Press.
- y Zimmerman, D. H. (1983). «Small insults: A study of interruptions in cross-sex conversations between unacquainted persons». En B. Thorne, C. Kramarae y N. Henley (comps.), *Language, gender and society*, pp. 102-117. Rowley, Massachusetts: Newbury House.
- (1985). «Gender, language and discourse». En T. A van Dijk (comp.), *Handbook of discourse analysis*, vol. 4: *Discourse analysis in society*, pp. 103-114. Londres: Academic Press.
- Wetherell, M. y Potter, J. (1992). *Mapping the Language of Racism: Discourse and the Legitimation of Exploitation*. Nueva York: Columbia University Press.
- White, D. M. (1976). *The concept of power*. Morristown, Nueva Jersey: General Learning Press.
- Wilkinson, L. C. (comp.) (1982). *Communicating in the classroom*. Nueva York: Academic Press.
- Williams, J. (comp) (1995). *PC Wars. Politics and Theory in the Academy*. Nueva York: Routledge and Kegan Paul.
- Willis, P. (1977). *Learning to Labour: How Working Class Kids Get Working Class Jobs*. Londres: Saxon House.
- Wilson, C. C. y Gutiérrez, F. (1985). *Minorities and the Media*. Beverly Hills, California y Londres: Sage.
- Wilson, J. (1990). *Politically Speaking*. Oxford: Blackwell.
- Wodak, R. (1984). «Determination of guilt: discourses in the courtroom». En C. Kramarae, M. Schulz y W. M. O'Barr (comps.), *Language and Power*, pp. 89-100. Beverly Hills, California: Sage.
- (1985). «The interaction between judge and defendant». En T. A. van Dijk (comp.), *Handbook of Discourse Analysis*, vol. 4: *Discourse Analysis in Society*, pp. 181-191. Londres: Academic Press.
- (1987). «And Where Is the Lebanon?» A Socio-Psycholinguistic Investigation of Comprehension and Intelligibility of News', *Text*, vol. 7, n° 4, pp. 377-410.
- (1996). *Disorders of Discourse*. Londres: Longman; Londres: Sage.
- (1997). «Gender and Discourse. judge and defendant». En T. A. van Dijk (comp.), *Handbook of Discourse Analysis*, vol. 4: *Discourse Analysis in Society*, pp. 181-191. Londres: Academic Press.
- (comp.) (1989). *Language, Power, & Ideology. Studies in Political Discourse*. Amsterdam: Benjamins.

- y Chilton, P. (comps.) (2005). *A New Agenda in (Critical) Discourse Analysis*. Amsterdam: Benjamins.
- y Menz, F. (comps.) (1990). *Sprache in der Politik-Politik in der Sprache. Analysen zum öffentlichen Sprachgebrauch*. [El lenguaje en la política-La política en el lenguaje. Análisis del uso del lenguaje público]. Klagenfurt: Drava.
- y Meyer, M. (comps.) (2001). *Methods of critical discourse analysis*. Londres: Sage.
- Nowak, P., Pelikan, J., Gruber, H., de Cillia, R. y Mitten, R. (1990). «Wir sind alle unschuldige Triter», Diskurshistorische Studien zum Nachkriegsantisemitismus [«Todos somos perpetradores inocentes», Estudios históricos del discurso en el antisemitismo de posguerra]. Francfort: Suhrkamp.
- y Van Dijk, T. A. (comps.) (2000). *Racism at the Top. Parliamentary Discourses on Ethnic Issues in Six European States*. Klagenfurt, Austria: Drava Verlag.
- Wortham, S. y Locher, M. (1999). *Embedded metapragmatics and lying politicians. Language and Communication*, vol. 19, n° 2, pp. 109-125.
- Wrong, D. H. (1979). *Power: Its forms, bases and uses*. Oxford: Basil Blackwell.
- Wyer, R. S. J. y V. C. Ottati (1993). «Political information Processing». En S. Iyengar y W. J. McGuire (comps.), *Explorations in Political Psychology. Duke Studies in Political Psychology*. Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, pp. 264-295.
- T. L. Budesheim, S. Shavitt, E. D. Riggle *et al.* (1991). «Image, Issues, & Ideology: The Processing of Information about Political Candidates», *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 61, n° 4, pp. 533-545.
- Young, M. (comp.) (1971). *Knowledge and control. New directions for the sociology of education*. Londres: Collier-Macmillan.
- Zaller, J. R. (1990). «Political Awareness, Élite Opinion Leadership, & the Mass Survey Response», *Social Cognition*, vol. 8, n° 1, pp. 125-153.
- Zanna, M. P. y Olson, J. M. (comps.) (1994). *The Psychology of Prejudice*, The Ontario Symposium, vol. 7. Hillsdale, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum.
- Zimmermann, H. D. (1969). *Die politische Rede. Der Sprachgebrauch Bonner Politiker* [Discurso político. El uso del lenguaje de los políticos de Bonn]. Stuttgart: Kohlhammer.
- Žižek, S. (2002). *Welcome to the Desert of the Real! Five Essays on 11 September and Related Dates*. Londres: Verso.
- Zumbühl, U. (1984). «“Ich darf noch ganz kurz. . .”: Die männliche Gesschwätzigkeit am Beispiel von zwei TV-Diskussionssendungen». En S. Trómel-Plótz (comp.), *Gewalt durch Sprache. Die Vergewaltigung von Frauen in Gesprächen*, pp. 233-245. Francfort: Fischer.

## 8

# **La retórica belicista de un aliado menor. Implicaturas políticas y legitimación de la guerra en Irak por parte de José M.<sup>a</sup> Aznar**

### **Introducción**

En este capítulo examinamos algunas de las características de la retórica belicista que desplegó el presidente del gobierno español José María Aznar en el Parlamento para apoyar la acción militar desarrollada en 2003 por Estados Unidos y por sus aliados en contra de Saddam Hussein. Curiosamente, Aznar desafió en sus discursos en las Cortes el criterio de una sólida mayoría de la opinión pública española (más del 90%) que se mostraba claramente en contra de una intervención en Irak sin el apoyo de la ONU; entre los detractores de esta guerra incluso se encontraban miembros de su propio partido. Ignoró por completo las impresionantes demostraciones ciudadanas en contra de la guerra, probablemente de las más numerosas habidas jamás en España, con un millón de personas sólo en Barcelona, así como las propuestas emanadas del resto de partidos políticos, entre los que, por cierto, estaban también sus circunstanciales socios. Por si fuera poco, tampoco dudó en arriesgar el apoyo elec-

toral en las entonces próximas elecciones municipales de mayo de 2003. Si bien, a título personal, José María Aznar no se iba a sentir preocupado en tanto que había renunciado a postularse de nuevo como candidato a las elecciones generales de 2004, no dejaba de sorprender que procediese a una especie de suicidio político del PP sólo por seguir a rajatabla las propuestas y las acciones del presidente George Bush. ¿Lo hizo únicamente porque compartía la ideología conservadora de la Administración norteamericana?, ¿porque compartía una sincera y genuina preocupación sobre las armas de destrucción masiva que, supuestamente, tenía Saddam Hussein?, ¿o, en última instancia, porque tal vez esperaba recibir el apoyo de Bush en la lucha contra la organización terrorista ETA?

En este capítulo no especularemos sobre los motivos por los cuales Aznar se decidió a apoyar la guerra contra Irak, sino que, más bien nos detendremos en algunas de las manifestaciones de esas razones mediante el análisis de sus discursos públicos. Lo haremos incluso dejando de lado cuestiones de mayor calado como por ejemplo la legitimación del estado de violencia y de guerra acaecida especialmente tras el ataque al World Trade Center el 11 de septiembre de 2001 y la histeria colectiva que, en todo el mundo, siguió a tal ataque.

El marco básico desde el que se desarrolla este trabajo es el que nos proporciona el análisis crítico del discurso, y más concretamente el triángulo conformado por las dimensiones discursivas, sociales y cognitivas de un determinado problema (van Dijk, 1993, 2003). Por lo tanto, en nuestro caso estamos especialmente interesados no tanto en la mera *descripción* de algunas características relevantes de la política retórica, como en la *explicación* de las mismas; para ello, necesitaremos relatar cuidadosamente ciertas representaciones cognitivas, encarnadas en este caso tanto en las actitudes, las normas, las valoraciones y las ideologías que Aznar pueda compartir con su partido, como en el contexto sociopolítico de la España contemporánea en el que, naturalmente, debemos situar sus discursos. En otras palabras, sus discursos políticos han de abordarse, en última instancia, como expresiones de la cognición política y de la acción política en el marco general de procesos políticos tales como la propaganda partidista o la decisión parlamentaria mediante la cual entran en juego tanto los intereses propios del ámbito nacional, como los que afectan al ámbito internacional: relaciones diplomáticas, establecimiento

de coaliciones y manifestaciones de poder político, por ejemplo. Todos estos componentes son especialmente adecuados, por supuesto, para el caso justamente del discurso político, cuyos análisis no se deberían desarrollar limitándolos a aspectos sólo estructurales del texto escrito o del discurso oral, sino también a partir de los condicionamientos y de las funciones propias de los procesos políticos como tales.

Nuestro *corpus* consiste en cuatro intervenciones de Aznar que tuvieron lugar en el Parlamento durante el año 2003; más concretamente, 5 de febrero, 19 de febrero, 5 de marzo y 29 de marzo. Sin embargo, los ejemplos citados se centran únicamente en su primer discurso, el del 5 de febrero; además, se obviará en esta ocasión las contribuciones de los otros políticos y, por tanto, no se estudiarán las características propias del debate como tipo de interacción.

## Discurso político y debates parlamentarios

Las intervenciones de José María Aznar en estos debates parlamentarios son, al fin y al cabo, formas de discurso político, y, por lo tanto, es necesario resumir algunas de las características generales de este tipo discursivo que nos permitan establecer un marco teórico útil para nuestro posterior trabajo (véase, por ejemplo, Chilton, 2004; Geis, 1987; Wilson, 1990; Wodak, 1989; Wodak y Menz, 1990).

En primer lugar, hemos de decir que el discurso político no es un «género», sino más bien un conjunto de géneros, definidos por el ‘campo’ *social* o por el ‘dominio’ *político*. En ese campo participarían por supuesto quienes son reconocidos como políticos, pero también podrían aparecer otros actores sociales que, en un determinado momento, formen parte del proceso político para, por ejemplo, influir en las decisiones que pudieran tomarse; es lo sucedido con los manifestantes en contra de la guerra tanto en España como en algunos otros países alrededor del mundo. Las discusiones en el Consejo de Ministros, en los diferentes comités o en los debates parlamentarios, así como la propaganda de los partidos o los eslóganes de los mencionados manifestantes constituyen las muestras más representativas de este campo. Las intervenciones de Aznar pueden ser consideradas como fragmentos que funcionan en el marco del género *de-*

*bate* (parlamentario), en donde se incluyen las intervenciones de otros participantes, por lo normal los más representativos miembros del parlamento (MP). Aunque en esta investigación no nos ocuparemos, como decíamos en otro momento, de las interacciones entre el discurso de Aznar y el de los otros participantes, debería tenerse presente en todo momento que todas las intervenciones de los debates políticos están relacionadas entre sí mediante conexiones, según los casos, secuenciales o jerárquicas; así, podrá esperarse que Aznar responda a las cuestiones de los hablantes previos o que simplemente las ignore; a su vez, sus palabras podrán provocar nuevos comentarios en los sucesivos usuarios del turno de intervención.

En segundo lugar, el discurso político, en general, y los debates parlamentarios, en particular, no pueden ser definidos sólo en términos textuales o verbales, sino que se requiere además un conjunto de definiciones de carácter *contextual*, como por ejemplo las referidas al escenario, a los tipos de participantes y a sus conocimientos, a la acción en curso, a las finalidades, etcétera (van Dijk, 2000, 2004). Hay algunas propiedades textuales de los debates parlamentarios que, ciertamente, son como tales exclusivas, pero sólo la combinación de ciertos tópicos, de cierto estilo, de ciertos actos de habla o de cierto tipo de interacción podría conformar un prototipo específico de esos debates. Como sucede con otros muchos géneros, resulta crucial para la definición de los debates parlamentarios saber *quién* está hablando, así como *qué* esta diciendo, *cuándo* lo dice y *dónde* lo está diciendo; en última instancia, hay que saber *con qué intenciones* se dice. De forma sucinta, pero no por ello menos significativa, valdría decir que un debate parlamentario es un debate entre miembros del Parlamento y desarrollado durante una sesión del mismo. Muchas de las características de este tipo de debate son, en realidad, aspectos sociopolíticos propios del evento comunicativo en cuestión; pensemos, por ejemplo, en fórmulas de apertura o de cierre, en la dinámica de turnos conversacionales o en los turnos de apelación, las interrupciones, los derechos para hablar, o la regulación del tiempo de habla, de los tópicos, etcétera. Sólo algunos de estos aspectos pertenecen, de hecho, al nivel de la estructura del texto o del diálogo; es lo que sucede, por ejemplo, cuando los parlamentarios hablan entre sí de manera ‘indirecta’; es decir, a través del presidente de las Cortes, a quien se dirigen en el ini-

cio de sus intervenciones para pasar después a hacer lo propio con el resto. Además, en este contexto se suele utilizar la fórmula *Su(s) Señoría(s)*, que es el equivalente español de la expresión apelativa inglesa «Honorable». Para más información sobre los debates parlamentarios, véanse, por ejemplo, los estudios de Bayley (2004) y de Wodak y Van Dijk (2000). También es importante la consulta del volumen 2, nº 1, 2003, de *The Journal of Language and Politics* sobre este mismo tema.

Un componente crucial en el contexto de los debates parlamentarios, en general, y de los discursos ofrecidos por los MP y los miembros del gobierno, en particular, es su funcionalidad *política*. Sea lo que sea lo que digan sobre la guerra, sobre Irak, sobre Saddam Hussein, sobre Bush, o sobre sus razones para apoyar la guerra u oponerse a ella, no se puede afirmar que Aznar o los otros parlamentarios estén simplemente lanzando sus opiniones como pudiera hacerlo el resto de ciudadanos. *Ellos lo hacen siempre y en todo caso como consecuencia de o como condición para la acción o interacción políticas*. Esto es, para atacar o criticar a sus oponentes políticos, para elaborar propaganda de partido, para persuadir o manipular a los votantes; en definitiva, para «hacer» gobierno o para «hacer» oposición.

En un sentido más general, valdría decir que el discurso político también debería ser analizado siempre como acción política en determinadas situaciones políticas y, por lo tanto, contribuye al análisis político. Sólo de esta manera la conocida descoordinación entre el análisis del discurso político y el análisis desarrollado en el ámbito de la ciencia política puede ser aliviada (por ejemplo, el *New Handbook of Political Science* no dedica ni un solo capítulo al análisis del discurso político —véase Goodin y Klingeman (1996)—, mientras que otros muchos trabajos sobre análisis del discurso político ni citan ni usan las investigaciones procedentes de la ciencia política).

Por esta razón también prestaremos especial atención a las intenciones políticas de los discursos de Aznar, es decir, las implicaciones políticas que pueden inferirse sólo a partir de su función en una situación política, incluyendo el evento político comunicativo del debate en cuestión.



## Cognición política

La funcionalidad sociopolítica de las intervenciones o de los discursos en los debates parlamentarios tiene una base necesariamente cognitiva. Los participantes poseen interpretaciones específicas (modelos), compartidas o no, o un conocimiento general y compartido, así como actitudes, también generales y compartidas, a propósito de lo que está sucediendo en cada momento. Estas representaciones políticas indican las propiedades más relevantes del contexto sociopolítico de los debates parlamentarios a través de estructuras discursivas especialmente significativas desde el punto de vista político. Los parlamentarios poseen un determinado conocimiento y unas determinadas creencias sobre sí mismos y también sobre los otros miembros del Parlamento, así como sobre el tema del que se esté tratando. De la misma manera, están determinados por ciertas ideologías políticas que pueden compartir con otros miembros del partido y que, por lo normal, les distingue de sus oponentes. Así, por ejemplo, en el caso que nos ocupa, sería sencillo comparar, en principio, la ideología conservadora de Aznar con la socialdemócrata del PSOE, o con otra aún más de izquierdas, la de la coalición Izquierda Unida. Para más detalles sobre aspectos relativos a la psicología política, pueden consultarse, por ejemplo, Iyengar y McGuire (1993), Lau y Sears (1986), Sniderman, Brody y Tetlock (1991), Tetlock (1984) y Van Dijk (1998a, 2002, 2003).

Éstas y algunas otras formas de cognición política, tales como normas y valores, no sólo constituyen la dimensión mental de la acción parlamentaria, sino también el interfaz necesario entre tal acción y el discurso propiamente dicho. En otras palabras, *no es el contexto mismo el que influye en cómo los parlamentarios hablan en el Parlamento*, sino, más bien, por supuesto, las interpretaciones sociales, personales o colectivas que aquellos hagan de la situación social en la que se encuentren inmersos o las versiones en las que se basen a la hora de establecer las características relevantes de esa situación. Ninguna teoría explícita puede vincular el contexto político y el contexto social sin un interfaz de carácter cognitivo: las estructuras sociales o políticas no pueden influir directamente en la manera como la gente habla. Necesitan ser conceptualizadas, interpretadas; es decir, mentalmente representadas, antes de que puedan con-

trolar el proceso de producción y de comprensión del discurso político. Sin embargo, los detalles de las representaciones cognitivas y de los procesos relacionados con ellas no serán descritos en este capítulo; nos conformamos únicamente con destacar que el análisis del discurso político, así como el análisis político en general, también tienen una importante dimensión cognitiva que hay que tener en cuenta. De hecho, la noción misma de *implicatura política*, que utilizaré más adelante sólo puede ser definida de forma apropiada a partir justamente de esa premisa.

## Discursos parlamentarios

Los discursos parlamentarios están secuencialmente ordenados en tanto que constituyentes de debates parlamentarios; estos últimos consisten básicamente en intervenciones de individuos miembros del Parlamento, cuyos turnos de inicio y de final están controlados por el presidente del Congreso de los Diputados. Al margen de su secuenciación, esos discursos pueden (o no) estar interrelacionados, dependiendo de cuáles sean los rasgos contextuales: tipo de debate, lectura o no de las intervenciones, y presencia o no de interrupciones y de las correspondientes reacciones por parte de los interruptores o de los interrumpidos, continuando, por ejemplo, su turno, aunque no haya sido restablecido explícitamente por el presidente, a partir del mismo punto en el que se había quedado y, en todo caso, repitiendo las últimas palabras de su discurso previo, sobre todo si éste está siendo leído. Si bien la segmentación conceptual de las intervenciones discursivas de un parlamentario no siempre resulta sencilla de realizar, dependiendo, entre otros factores, de la transcripción oficial y de la mediación comunicativa del presidente, dichas intervenciones podrían quedar definidas como fragmentos que pertenecen a un *continuum* discursivo mayor, el debate, que se inicia cuando un MP recibe explícitamente el turno por parte del presidente de la Cámara y que finaliza igualmente con las indicaciones de ese mismo presidente. Siempre que no haya, claro está, interrupciones por parte de parlamentarios que no estén en el uso de la palabra, como indicábamos anteriormente, ya que, de existir, los usuarios del turno pueden reaccionar espontáneamente, siendo consideradas esas reacciones como una parte más de su intervención discursiva, tal y como sucedería en las conversaciones cotidianas. Los dis-

discursos salpicados por breves intervenciones orales de otros parlamentarios que se interponen en ocasiones y que suelen ser admitidos sin problema por todos (por ejemplo, preguntas o breves comentarios que, de ninguna manera, podrían ser calificados como discursos propiamente dichos) serán denominados discursos compuestos, y sus partes serán «componentes» de esos discursos.

De la misma manera, todos los discursos pueden ser relacionados con los desarrollados en sesiones anteriores. Aznar lo hace, por ejemplo, cuando intenta enfatizar el hecho de que no sea la primera vez que comparece ante la Cámara para informar sobre su política con respecto a Irak, respondiendo así a quienes calificaban su comportamiento de arrogante y de poco democrático, puesto que el presidente del gobierno había eludido explicar suficientemente a los otros parlamentarios y también al resto de la sociedad su alineamiento a favor de las tesis políticas norteamericanas, justo al contrario de lo que había hecho el Primer ministro británico Tony Blair. De hecho, en las primeras frases de su discurso, Aznar intensifica el hecho de que tanto él como la ministra de Asuntos Exteriores, Ana Palacio, habían hablado antes de manera repetida en el Parlamento y que, además, lo volverían a hacer más adelante. En otras palabras, no debería existir duda alguna sobre sus verdaderas intenciones democráticas y sobre lo infundadas que resultan las acusaciones en su contra en este sentido. He aquí una primera implicatura política de la verdadera estructura contextual e interactiva de la comparecencia de Aznar en el Parlamento.

Al margen de los rasgos referidos al contexto y a la segmentación, los discursos pueden tener otras propiedades más generales (globales, superestructurales) relativas a la organización, como por ejemplo la apelación y el agradecimiento a la instancia representada por el presidente que es el que asigna el turno de habla, o los saludos y los agradecimientos finales a otros miembros del Parlamento y, en especial, al citado presidente. La parte principal de la intervención puede estar organizada desde el punto de vista temático de diferentes maneras, por ejemplo a partir de categorías esquemáticas como la introducción y la conclusión o, desde el punto de vista de la argumentación, a partir de categorías como las premisas y las conclusiones, con sus respectivas subcategorías. En definitiva, si el objetivo fundamental de Aznar era legitimar la política probélica de

su gobierno, entonces podemos esperar la utilización de estrategias globales de representación, incluyendo, por una parte, explicaciones, justificaciones, defensa y, por otra, distintos procedimientos de ataque a las críticas de la oposición (PSOE y otros partidos) en relación con su alineamiento con Estados Unidos en la guerra en Irak que, por cierto, en el momento en el que se desarrollaron los primeros discursos (febrero y marzo de 2003), era todavía sólo una guerra anunciada. En este capítulo estamos especialmente interesados, por un lado, en algunas de las características de estas estrategias globales de representación y de legitimación, así como en su realización concreta; y por otro, en sus funciones políticas y sociocognitivas en el contexto actual, esto es, en sus implicaturas políticas. Para ser persuasivo, Aznar necesita controlar los recursos discursivos que tan eficazmente expresa y comunica el modelo mental sobre la política en relación con Irak, y que él desea que sus receptores asuman como propios. Si dejásemos de lado esta terminología algo más sociocognitiva, por cierto, esta misma es, en realidad, la finalidad de la retórica clásica. Se puede encontrar un estudio más detallado de la legitimación en el discurso parlamentario español, así como reflexiones teórico-analíticas complementarias, en Martín Rojo y Van Dijk (1997).

## Metodología

En nuestro análisis de algunos fragmentos pertenecientes a discursos de José María Aznar en el Parlamento español a propósito de la guerra de Irak, nos detendremos en un conjunto de movimientos y de estrategias semánticas que pueden ser interpretadas como fórmulas de legitimación de su política. Algunos de esos movimientos pueden ajustarse a la idea de representación positiva de uno mismo y negativa de los otros, lo que, en definitiva, es también una expresión de la polarización ideológica subyacente entre el Nosotros (la Comunidad Internacional, el Oeste, nuestro Partido, nuestro gobierno, etcétera) y el Ellos (Irak, Saddam Hussein, la Oposición, el PSOE, los Pacifistas, etcétera). A pesar de este sencillo análisis ideológico de los discursos de Aznar, prestaré atención preferente a algunas implicaturas políticas, locales y globales, derivadas de éstos y de otros movimientos de legitimación; hablamos de las

implicaturas tal y como son entendidas tanto por los parlamentarios como por el público en general. Adviértase que estamos distinguiendo las implicaciones políticas de las implicaturas políticas. Las primeras son todas las inferencias que pueden derivarse de una afirmación a partir del conocimiento político general. Las segundas, sin embargo, son inferencias que pueden derivarse de una afirmación pero según el conocimiento de la situación local específica, especialmente referida al contexto actual del hablante y de sus receptores. Las acusaciones implícitas y la deslegitimación de la oposición son ejemplos característicos de esas implicaturas políticas. Desde el punto de vista teórico, esta propuesta puede resultar ciertamente indeterminada y depende del conocimiento y de las creencias que posean todos los participantes y también los grupos y comunidades a la que éstos pertenezcan. Esto conlleva que no exista un único procedimiento heurístico para el desarrollo de tales implicaturas; una de las maneras más obvia y empíricamente tal vez más relevante para detectarlas es analizar las intervenciones de los otros participantes: si éstos reaccionan de forma explícita a estas implicaturas políticas, entonces tendremos un criterio para asumir que esas implicaturas fueron en realidad generadas durante el proceso de comprensión y, por consiguiente, pueden formar parte del significado político-contextual de un discurso. Para la noción de implicatura (pragmática o conversacional) en general, véase Atlas (2000), Gazdar (1979), Grice (1989) y Levinson (2000).

## Definir la situación

Algunos tipos de discurso, como los editoriales o también los discursos parlamentarios, incluyen una categoría esquemática inicial que puede ser llamada *Definición de la situación*. Tal categoría es secuencialmente relevante en discursos cuya principal finalidad es ofrecer comentarios sobre la situación política o social que permitan recomendar unas determinadas acciones específicas e incluso justificar o legitimar otras. Esto es, si se desea explicar o justificar por qué se actúa de una determinada manera (una manera, con frecuencia, criticada), tiene sentido describir una situación en la que tales actos parecen necesarios, lógicos, comprensibles, inevitables o, al menos, aceptables. Suelen existir reglas y nor-

mas (una legislación internacional) que, en casos concretos, permita a las personas o a los Estados defenderse en caso de ataque; los políticos norteamericanos, los investigadores y los ejércitos podrán justificar así la guerra de Irak justamente sobre esa base. Véase, por ejemplo, Borch y Wilson (2003), Dinstein (2001), Falk (2003); y también Chomsky (2003), Christopher (2003), Daalder y Lindsay (2003), Dinstein (2001), Falk, 2003, Gareau, 2004, Newhouse (2003), Nye (2000), Rodin (2002) y Walzer (2004).

Así pues, si Aznar es requerido para que defienda su impopular política con respecto a Irak, necesita primero mostrar una situación política que haga comprensible, razonable y legítima esa política. Es lo que, de hecho, hace, como podemos observar desde las primeras palabras de su intervención, en donde define la situación como una crisis:

(1) El señor **PRESIDENTE DEL GOBIERNO** (Aznar López): Señora presidenta, señorías, al comenzar el período de sesiones, comparezco esta tarde ante la Cámara para informar a SS.SS. de la posición del gobierno ante la crisis que enfrenta a la comunidad internacional con Irak.

Puesto que los políticos, los parlamentarios y especialmente los gobernantes, necesitan actuar en casos de crisis, ésta es, sin duda, una forma sumamente persuasiva de definir la situación inicial. De hecho, la propia oposición no duda en describir la situación actual como una crisis, aunque sólo fuese por la amenaza de guerra que se atisbaba en el comportamiento de Estados Unidos y del Reino Unido. Adviértase, sin embargo, que incluso en estas frases iniciales Aznar culpa de la crisis a quienes la provocaron con sus planes de guerra, pero desde Irak. La implicación más evidente de esa primera definición de la situación, por lo tanto, es que Irak es el responsable de la crisis. En segundo lugar, la crisis no se define como si fuese un desafío únicamente al gobierno Aznar, sino más como una crisis que afecta a toda la comunidad internacional. Esa formulación del asunto, y las implicaciones derivadas de ella, es una de las maneras mediante las cuales es posible presentar los argumentos para que se acabe aceptando la defensa de la situación desde la óptica estadounidense y no desde la de la comunidad internacional.

Estas implicaciones, que no son estrictamente implicaciones semántico-textuales, sino que pueden ser inferidas mediante la combinación de

estructuras del texto y del contexto políticos, serán denominadas *implicaturas políticas*. Es decir, éste y algunos otros fragmentos del discurso de Aznar sólo pueden ser adecuadamente comprendidos y explicados cuando las implicaturas políticas son incluidas como parte de su significado contextual político. En este caso, lo que José María Aznar dice sólo adquiere sentido si se enfrenta a la acusación de sus oponentes de seguidismo absoluto con respecto a George Bush. Desde el punto de vista empírico, las implicaturas políticas pueden ser definidas en términos de interpretaciones locales de los participantes que resulten competentes, como por ejemplo los otros parlamentarios, incluidos los de la oposición. De hecho, los portavoces de esa misma oposición no sólo reaccionarán a lo que Aznar dice realmente o a lo que (semánticamente) sugiere, sino también, y muy especialmente, a las implicaturas políticas de su discurso.

En tercer lugar, el verbo «enfrenta» presupone una polarización entre la comunidad internacional e Irak, esto es, entre Nosotros y Ellos. Este tipo de polarización entre el endogrupo y el exogrupo, entre, por un lado, los amigos o los aliados, y, por otro, los enemigos conforma la caracterización ideológica básica de los discursos en general, y de muchos discursos políticos y racistas, en particular. Esta afirmación implica, al mismo tiempo, que el gobierno de Aznar es parte de USA, la base del endogrupo denominado *comunidad internacional*. En otras palabras, implica la reafirmación de una determinada identidad: quiénes somos, quiénes forman parte de nuestro grupo y a qué comunidad pertenecemos. Además de las implicaturas sobre el Nosotros y sobre el Ellos, y sobre nuestra identidad política, existe otra implicatura complementaria: todo el que se opone a Aznar, tanto en el Parlamento como en cualesquiera otros ámbitos españoles en los que se debatiese sobre la guerra, se está oponiendo, a su vez, a la comunidad internacional y, siguiendo con la lógica de la polarización, se está erigiendo en «amigo» de Irak. Es la misma lógica que utilizara George W. Bush tras los ataques del 11 de septiembre: quien no está con nosotros, está contra nosotros.

Después de la definición temática global que, al comienzo, realiza sobre la situación y sus implicaturas contextuales de carácter general, Aznar necesita ofrecer también implicaturas específicas en relación con la situación de crisis, e incluso argumentos que le permitan definir desde un primer momento esa situación como crítica y que le ofrezcan el marco

adecuado para explicar la posición de su gobierno. De hecho, es lo que hace, atribuyendo de nuevo la responsabilidad a Irak:

(2) La crisis es consecuencia del reiterado incumplimiento por parte de Irak de sus obligaciones internacionales y de las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. A poco que hagamos memoria, vemos que no es más que un nuevo episodio del problema surgido en 1990, cuando el régimen irakí invadió Kuwait. (**Rumores.**)

Aznar, de hecho, hace mucho más que acusar a Irak de ser el causante de la crisis. Entre otras cosas, con su discurso está también diciendo, haciendo y sugiriendo lo siguiente:

- a) Modificando la insumisión de Irak mediante la palabra «reiterado», enfatiza semánticamente la gravedad de su comportamiento y, por lo tanto, la intensidad de la crisis. De este modo, se añadían nuevos elementos a la acusación y a la legitimación de la guerra. Este énfasis retórico presupone la inferencia normativa o legal de que si un acto negativo (como es la insumisión, en este contexto) es intencionado o excepcional, y no sucede en primer término, su repetición le convierte en intencionado y le confiere mayor culpabilidad.
- b) Al hacer referencia a las obligaciones internacionales y al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, intensifica el supuesto desafío a las más altas e importantes autoridades mundiales y a sus resoluciones oficiales. La culpabilización «oficial» de Irak, así como la legitimidad (e incluso la obligatoriedad) de la reacción del Nosotros de nuevo aparecen así en un lugar destacado de su discurso.
- c) En la segunda sentencia, Aznar se refiere a la (primera) guerra del Golfo, en la que la agresión de Irak (de Saddam Hussein) fue más que evidente a causa de la invasión de Kuwait. Considerando la situación actual como continuación de ese comportamiento, Aznar implica al menos dos cosas más: que Irak, a pesar de que ahora no hubiese invadido ningún otro país, todavía es culpable de haber provocado una crisis internacional y, en segundo lugar, que tal y como sucediese en 1990, una acción armada contra ese país es legítima; legitimidad rechazada ahora por parte de otros parlamentarios de la oposición (tal y como podemos deducir de la palabra «rumores» transcrita en el *Diario de Sesiones*).



Así pues, esta definición complementaria de la situación en la que Irak aparece como provocador, ponderando así su culpabilidad y la trascendencia de la crisis, y como insistente desafiador de las autoridades mundiales, conlleva, supuestamente, un alineamiento político con esas autoridades (el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas) y un apoyo explícito a la intervención internacional. En otros términos, esa definición inicial de la situación está cuidadosamente articulada por parte de Aznar con la intención de hacerla consistente con sus propios parámetros políticos. Con su intervención, pues, no sólo ofrece una descripción de una crisis internacional, y ésta no sólo se formula de manera que el modelo mental del evento que expresa y que da a entender sea el preferido en este proceso de persuasión. Al mismo tiempo, las implicaturas de esta definición proporcionan algunos otros argumentos en la legitimación de sus propias políticas: definir la situación actual como una crisis; acusar a Irak de insumiso y, por consiguiente, como incumplidor de las resoluciones internacionales; definir este desafío como un elemento previo de la agresión contra Irak y, por tanto, como la legitimación del enfrentamiento armado con este país, tal y como sucediera en el caso de la guerra del Golfo. De hecho, si tenemos en cuenta que existen en el mundo algunos otros dictadores que hacen lo mismo que Saddam Hussein (oprimir a su pueblo), su comportamiento no podría constituir, por sí mismo, una legitimación internacional del conflicto; por eso se hace necesario encontrar algún otro argumento que le convierta en culpable de desacato con respecto a la legislación internacional o que defina su posición en el momento actual como la misma que desató la (legítima) guerra anterior. Así pues, observamos claramente que Aznar mantiene cuidadosamente y a lo largo de su discurso su estrategia de legitimación y, si bien sus implicaturas tienen inicialmente la intención de legitimar su propia política en el contexto local español, lo cierto es que más bien tienen una clara proyección internacional y también una no menos clara coincidencia con respecto a la líneas marcadas por Estados Unidos y por el Reino Unido en política exterior. Pero, al margen de su alineamiento internacional con Bush y Blair, Aznar también debía salir al paso tanto de la feroz oposición política, como de la casi unánime condena ciudadana que observaba en el seno de su propio su país. Esto quiere decir que también deberíamos derivar las implicaturas políticas de su discurso a partir de su rela-

ción con la postura adoptada por esa oposición y por esa opinión pública. Lo hace de manera implícita, polarizando los grupos: por un lado, está la buena gente, de la que se siente partícipe, y, por otro lado estarían quienes, oponiéndose a la guerra, dan pábulo a Saddam Hussein, el enemigo por naturaleza. Al fin y al cabo, es una muestra típica de la conocida estrategia ideológica de presentación positiva del propio grupo y de presentación negativa del grupo conformado por los otros. Haciéndolo así, no sólo legitima su propia política, sino que, de paso, deslegitima a quienes se oponen a la guerra, en especial a los partidos políticos de la oposición. Tal y como comentábamos anteriormente, las implicaturas políticas se infieren de la combinación del conocimiento general de los políticos, por un lado, y la comprensión, más contextual, de la situación política actual en, pongamos por caso, España. La secuencia de las inferencias políticas podría ser, en el asunto que nos ocupa, más o menos ésta:

- Estoy haciendo lo que se supone que debo hacer según las normas.
- (Por lo tanto) Estoy cumpliendo con mi obligación como Primer ministro.
- (Por lo tanto) Sigo las normas de nuestro ordenamiento democrático.
- (Por lo tanto) Soy un demócrata.
- (Por lo tanto) Soy un buen político.
- (Por lo tanto) (Ahora) No hay razón para criticarme a mí o a mi gobierno.
- (Por lo tanto) Las críticas de la oposición (y de otros individuos o colectivos) son infundadas.
- (Por lo tanto) La oposición no está haciendo bien su trabajo.
- (Por lo tanto) La oposición es mala.

Empíricamente, estas inferencias están garantizadas en tanto que resultan plenamente consistentes con lo que los políticos que participan entenderán de las afirmaciones de Aznar, tal y como cabe deducir de sus reacciones al escuchar el discurso.

## **Autopresentación positiva**

Como hemos visto en el caso de José María Aznar, los hablantes prefieren describirse a sí mismos en términos positivos. Esta tendencia es parte

de otra tendencia interactiva y sociocognitiva más general hacia la presentación de uno mismo desde una perspectiva positiva o, al menos, hacia la evitación de una impresión negativa; en general, se trataría de manipular convenientemente las imágenes que sobre nosotros puedan conformarse nuestros interlocutores. Muchas otras formas de discurso público siguen idénticos patrones, puesto que, en esos contextos, transmitir una buena impresión puede ser, si cabe, más importante que en las conversaciones de la vida cotidiana, normalmente más informales. No hemos de olvidar, por ejemplo, que en los discursos públicos es previsible una mayor audiencia, así como un mayor riesgo profesional o profesional en caso de que, en esa presentación de uno mismo, se cometa algún error. Ni que decir tiene que esto es especialmente importante en el caso de los políticos, sometidos continuamente a la escucha crítica de sus opositores, de los medios de comunicación y, de forma indirecta, del público en general, y abocados a posibles pérdidas de votos en las siguientes elecciones si se da algún paso en falso. Podemos, pues, incluso esperar que Aznar también se entretenga en extensas y variadas fórmulas de autopresentación positiva, si tenemos en cuenta, insistimos, esas devastadoras y generalizadas críticas. Probablemente, en pocos asuntos de la historia reciente de España, la oposición contra una medida política del gobierno haya sido tan insistente. En otras palabras, Aznar tenía por delante una difícil tarea de reparación de su imagen. Permítasenos examinar algunos de esos movimientos; he aquí un primer ejemplo justo al comienzo de su discurso:

(3) Esta comparecencia continúa la información proporcionada a SS.SS. por el gobierno anteriormente. En concreto, el gobierno ha informado sobre la situación de Irak por medio de la comparecencia de la ministra de Asuntos Exteriores en un total de cinco ocasiones, la última el viernes pasado ante la Comisión correspondiente. Yo mismo he comparecido para dar cuenta de la posición del gobierno en otras dos ocasiones. El gobierno también ha contestado por escrito a diversas preguntas que se le han formulado sobre la cuestión. A la comparecencia de hoy seguirán otras más o de los ministros de Asuntos Exteriores y de Defensa, en función de los acontecimientos y según la forma que requiera la evolución de esta crisis, conforme al Reglamento de la Cámara.

¿Por qué habría Aznar de entrar en tantos detalles sobre sus repetidas comparecencias en el Parlamento? Obviamente, por la relevancia de este

asunto en relación con la (presupuesta) crítica de la oposición, de los medios y de otros actores sociales; es decir que Aznar, frente a lo que sucediera con Tony Blair, apenas intentó explicar o justificar sus políticas sobre Irak, mostrando así un comportamiento considerado como arrogante por buena parte de quienes se oponían a la guerra. Así pues, con la intención de demostrar que *no* era arrogante, sino simplemente un demócrata, que escuchaba al pueblo y que seguía (así lo dijo explícitamente) los dictados y las normas del Parlamento, insiste sobre su repetida presencia ante la Cámara. En realidad, no necesitaría decir explícitamente que es un demócrata y que, por lo demás, respeta los deseos del Parlamento, pero con esta intervención está haciendo saber justamente eso a una audiencia que sabría interpretar adecuadamente su mensaje desde el punto de vista político. En este preciso momento de su discurso, es evidente que Aznar está midiendo las posibles implicaciones de lo que está diciendo, ponderando los puntos que puedan demostrar que él (o su partido) actúan conforme tanto a las normas políticas fundamentales de una democracia, como a las más generales normas y valores sociales; y justificando o atenuando, por el contrario, mediante procedimientos diversos aquellos otros elementos de su discurso que pudieran interpretarse negativamente, para así evitar transmitir una mala impresión.

A través de sus intervenciones, observamos igualmente el uso de algunas otras formas de autopresentación positiva. Examinemos algunos ejemplos:

- (4) El gobierno, señorías, desea la paz y está trabajando activamente para asegurarla (p. 11.250).
- (5) España ha mantenido siempre una actitud constructiva en el conflicto de Oriente Medio (p. 11.253).
- (6) Señora presidenta, señorías, soy bien consciente de que lo que esta tarde tratamos en la Cámara es algo que afecta de manera profunda a los sentimientos, también a las convicciones y también, por supuesto, además, a la razón. Siento el mayor respeto por todas las posiciones que se puedan manifestar en esta sesión... (**Rumores.**) [...] Nadie tiene el monopolio de la razón, como nadie tiene el monopolio de los buenos sentimientos. Comprendo que lo que tratamos son decisiones difíciles y que ninguno querríamos estar en la situación que estamos.

He aquí tres diferentes maneras de autopresentación; esto es, cuando el orador manifiesta hablar como representante de su grupo o de su organización (en este caso, el gobierno de la nación), tal y como sucede en el ejemplo número 4; cuando ese mismo orador dice hablar en nombre de la nación (ejemplo 5); y cuando, finalmente, el usuario de la palabra manifiesta hablar en nombre propio, como observamos en el último y, por cierto, más representativo de los ejemplos. Mientras que los dos primeros tipos de autoelogio son típicamente políticos, el último es claramente personal, y tiene la misión de intensificar el supuesto buen carácter de quien está en el uso de la palabra. En los tres casos estamos ante fórmulas, por supuesto, intencionadas y, además, motivadas desde el punto de vista interactivo; con ellas se quiere replicar a las reales o posibles críticas de los oponentes. El ejemplo 5 es el caso más evidente; dado que Aznar y su gobierno han sido ampliamente acusados de promotores de la guerra, el presidente necesita focalizar la afirmación según la cual él y su gobierno estarían, de hecho, a favor de la paz. Es éste un lugar común, utilizado en numerosos contextos incluso por quienes pretendían legitimar la guerra o la agresión y que, además, forma parte de la estrategia general de presentación positiva del endogrupo y negativa del exogrupo: *Nosotros* somos pacíficos y simplemente nos defendemos, mientras que *Ellos* son agresivos y amantes de la guerra.

Sin embargo, veremos que, más tarde, en éste y en otros pasajes de su intervención, Aznar se ocupa de añadir que esta paz debería ser, en todo caso, paz «con seguridad». El segundo caso es más general y responde a las reales o posibles críticas según las cuales la complicidad con Estados Unidos a la hora de desencadenar una guerra contra Irak supondría para España la pérdida del crédito que pudiera tener en los Estados árabes. Y con la tercera fórmula, que podría incluso ser descrita como la primera parte de un (complejo) proceso de negación, es decir como una forma de empatía aparente, pretende mostrar que no es ese despiadado estadista que no concede la menor importancia a los sentimientos, a las opiniones o a los razonamientos de todos los que se manifiestan en contra del conflicto bélico (lo que equivale a decir la mayoría de los grupos políticos y de los ciudadanos españoles). Hay que tener en cuenta que, si se dejase de lado esos sentimientos, esas opiniones y esos razonamientos ajenos, no sólo se podría llegar a la conclusión de que él personalmente ca-

rece de sentimientos, sino también, y lo que es más importante, que se revela como una persona de escaso talante democrático, incapaz de mostrar la más mínima consideración por las opiniones de los demás. En efecto, el respeto es uno de los más importantes valores tanto en la interacción cotidiana como en la política; por eso es muy relevante el hecho de que pondere estas características, especialmente ante muchos otros políticos, ante los medios y ante la población en general, grupos todos ellos que se quejaban de que su política probélica suponía ignorar la opinión de la mayoría del pueblo español. En la última fracción del ejemplo (6), continúa esta importante parte de su discurso aprovechándose del tópico de la igualdad, formulado mediante la negación repetida y el paralelismo con el fin de intensificar su efecto. El fragmento, de hecho, podría ser interpretado como (una parte de) un proceso de negación conocido como concesión aparente («Puedo estar equivocado, pero...»), pero, dado el contexto político en el que estamos situados, sería más apropiado pensar que lo que realmente sucede es que Aznar no acepta que los «buenos sentimientos» estén sólo entre los que se sitúan al otro lado. Sin embargo, Aznar, en el resto de la secuencia, así como en el discurso considerado al completo, rechaza, de hecho, esos sentimientos de «comprensión» y se limita a reclamar «responsabilidad» (nada de emociones, pues) a la hora de apoyar sus decisiones políticas; y por eso es lógico pensar que sus movimientos positivos forman parte, más bien, del mencionado proceso de negación; un proceso, por lo demás, bastante largo. De hecho, y sin ir más lejos, el propio Aznar, en otro movimiento discursivo de autopresentación positiva que cumple igualmente la función de legitimador de su política, afirma que una respuesta «firme y decidida» a Saddam Hussein es una muestra de política «responsable», puesto que únicamente así se podría preservar los intereses de España:

(7) Y la que le corresponde tomar a un gobierno español que atienda a los intereses permanentes de nuestro país (p. 11.254).

(8) Creo sinceramente que hoy estoy cumpliendo lo que reclamé cuando encabezaba la oposición, lo que me comprometí al ser elegido presidente del gobierno, lo que creo más razonable y lo que creo que conviene mejor a España y a los españoles.

Nótese que en estos ejemplos, que constituyen el final de su exposición antes del protocolario agradecimiento al presidente de las Cortes, el

orador combina interesadamente varias técnicas de presentación positiva, tales como el elogio de su gobierno, con especial insistencia en su compromiso personal, en su razonabilidad y en su sinceridad. Más relevante, profesionalmente, es, por supuesto, su afirmación de que la política de su gobierno es buena para el país. Y mucho más importante, desde el punto de vista personal y también desde el punto de vista de la interacción que se desarrolla, sin embargo, es que pase por ser una persona creíble y honesta.

## **Presentación negativa del otro**

En el discurso político, como en otros discursos basados en la ideología, la presentación positiva que hace de sí mismo el orador se combina con una presentación negativa del otro o de los otros; valdría decir también con el menosprecio hacia el otro o hacia los otros, siguiendo con la polarización entre el endogrupo y el exogrupo tal y como es analizada en el marco de la psicología social. En efecto, en los discursos que pretendan justificar o legitimar la marcha a la guerra, la minusvaloración del «enemigo» resulta crucial, como puede suponerse. Lo hemos visto también en los discursos de Bush, de Blair y de cuantos les siguieron. Aunque inicialmente fue considerado y apoyado como un aliado en la zona (por ejemplo, contra Iran), Saddam Hussein ha sido frecuentemente representado, especialmente tras la ocupación de Kuwait, como el villano preferido de Occidente, tanto en el ámbito político como en el de los medios de comunicación (Martín Rojo, 1995). No sorprende, pues, que, a la estela del repentino interés de Bush y compañía por los «Estados delincuentes» y por el «terrorismo mundial» tras los ataques del 11 de septiembre, el líder irakí pronto se convirtiera en el delincuente número uno, toda vez que Osama Bin Laden no pudo ser capturado. Sobre estas bases legitimadoras de la guerra contra Irak también se desarrollan, por supuesto, los discursos de los aliados estadounidenses: Reino Unido y España; de hecho, hallamos claros ejemplos de menosprecio hacia Saddam en los discursos de Aznar. La intensidad de estos argumentos no está motivada únicamente por el hecho de que Hussein fuese, sin duda, un dictador que había oprimido sin escrúpulos a su propio pueblo, sino tam-

bién porque esos argumentos apenas podrían ser desmentidos por la oposición de izquierdas. De esta forma, atacar a Saddam era perfectamente compatible con una perspectiva humanitaria y progresista. Es evidente que, situado el debate en el aspecto humanitario, la argumentación podría prosperar incluso aunque la guerra contra Irak no fuese estrictamente legal. Sin embargo, como sabemos, fue la amenaza de la posesión de armas de destrucción masiva y no el hecho de que Saddam Hussein fuese un dictador despiadado o el hecho de que se hubiesen violado los derechos humanos, el motivo oficial para el desencadenamiento del conflicto; de esta forma, además, se salvaguardaban las convenciones jurídicas internacionales, dado que, en realidad, los otros argumentos serían fácilmente aplicables a otros países y a otros dictadores.

Entonces, ¿cómo diseña Aznar su retrato de Saddam Hussein? Veamos algunos ejemplos procedentes del debate del 5 de febrero de 2003:

(9) La crisis es consecuencia del reiterado incumplimiento por parte de Irak de sus obligaciones internacionales y de las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. A poco que hagamos memoria, vemos que no es más que un nuevo episodio del problema surgido en 1990, cuando el régimen irakí invadió Kuwait.

(10) Todos sabemos, señorías, que Saddam Hussein tiene armas de destrucción masiva. Irak había negado tener armas biológicas hasta que tuvo que reconocerlo en julio de 1995.

(11) El 11 de septiembre también puso de manifiesto que existen gobiernos y regímenes que amparan el terrorismo, que esconden a terroristas y que pueden poner a su alcance armas de destrucción masiva. **(Rumores.)** El de Saddam es un régimen de terror que no ha dudado en emplear armas de destrucción masiva en las guerras que ha promovido contra sus países vecinos y contra su propio pueblo. Existen vínculos con grupos terroristas como Abú Nidal, la organización de Muyahidines Khalq, el grupo Ansar-el-Islam o la facción de Abú Abbas. También es sabido con qué generosidad recompensa a los terroristas suicidas de Hamás. Como ha dicho certeramente un gobernante europeo, sólo será cuestión de tiempo que las armas de destrucción masiva lleguen a manos de grupos terroristas. Caso aparte, por su especial trascendencia, lo constituyen las relaciones de Saddam Hussein con Al Qaeda. Abu Musa Al Zarkawi es el responsable de Al Qaeda encargado de desarrollar sustancias tóxicas para envenenamientos masivos. Este terrorista huyó de Afganistán tras la caída del régimen talibán, fue cobijado en Bagdad y allí vivió varios meses hasta que se perdió su pista. Algunos de sus co-



laboradores han sido detenidos recientemente en el Reino Unido y en España. El problema, señorías, nos afecta y de cerca.

(12) Hoy no tenemos duda de que si el grupo que organizó los atentados del 11 de septiembre o de Bali dispusiera de esas sustancias las utilizaría haciendo el mayor daño posible. Ahí radica precisamente el peligro que Saddam Hussein supone para todos nosotros.

Estos ejemplos determinan el momento culminante de la representación negativa de Saddam Hussein. En primer lugar, él (o su régimen) es acusado de no cumplir con las resoluciones internacionales, acusación intensificada con la breve referencia a Kuwait; luego, es acusado de poseer armas de destrucción masiva, lo que constituye el argumento de legitimación oficial de la guerra; en tercer lugar, se le acusa de dar cobijo a los terroristas (un poderoso argumento derivado de los ataques del 11 de septiembre), lo que le convierte en un peligro también para todos nosotros. En efecto, la selección léxica que se realiza en el ejemplo (11), sugiere la vinculación que se establece entre régimen «de terror» y «terrorismo» internacional. Muchas de estas descripciones negativas deberían ser leídas como argumentos a favor de la acción bélica. De hecho, Aznar, en este momento y en otros momentos de sus intervenciones, enfatiza las repercusiones internacionales de las violaciones de los derechos humanos y de las resoluciones por parte de Saddam Hussein, extendiendo así los límites del debate desde el ámbito meramente local, las circunstancias propias de España, hasta el ámbito internacional, lo que, por cierto, implica una revalorización del asunto. En otras palabras, Aznar pretende no sólo seguir las políticas, los criterios y los argumentos internacionales, y no sólo su propia ideología conservadora y pronorteamericana. Así pues, dadas las soluciones internacionales, su afirmación es que *todos* nosotros estamos obligados a aceptar las acciones desarrolladas, y la implicatura política básica de esa afirmación es que si la oposición no está conforme, están, de hecho, alineándose con el enemigo y, por consiguiente, son culpables, asimismo, del mantenimiento del régimen del terror promovido por Saddam Hussein. Aznar se refiere, por ejemplo, a una política «coherente» con la «legalidad» internacional y con las «obligaciones» internacionales. Obviamente, Aznar no menciona las serias dudas que han sido formuladas a propósito del rol que supuestamente hubiese jugado Saddam e Irak en las acciones terroristas de la red Al Qaeda.

Claro que habría que decir que, si bien los argumentos «internacionales» son sumamente poderosos, pueden, en determinados contextos, no ser suficientemente persuasivos, si no se asocia de alguna manera el dictador a algún aspecto relativo a la vida en España. Al mirar el final del ejemplo (11) y también el ejemplo (12) se puede apreciar que la relevancia local e internacional contra Saddam Hussein se establece en el supuesto peligro para España que supone si tenemos en cuenta sus conexiones con los ataques terroristas; es éste un argumento muy persuasivo puesto que la propia España se enfrenta a la violencia de ETA.

Las estructuras discursivas utilizadas para mantener estos movimientos de presentación negativa del Otro y, así, legitimar la guerra contra el dictador ya habían sido mencionadas en parte antes: ponderación de las «repetidas» violaciones de la legislación internacional; ofrecimiento de un listado detallado (y, como tal, intensificador de la credibilidad) de todos los grupos terroristas y de individuos con los que Saddam Hussein está, supuestamente, relacionado; presuposición de conocimiento compartido y, por consiguiente, de aparente consenso, mediante estructuras como «todos nosotros sabemos que...» o «no hay duda de que...»; o la más que conocida táctica de la presentación contrafactual que se aprecia en el ejemplo (12): si los terroristas poseyeran armas de destrucción masiva...

## Paz y seguridad

El eslogan que Aznar elige para este debate es «paz y seguridad» y éste se repite de distintas formas en su intervención:

(13) Primero, el gobierno está trabajando por restablecer la paz y la seguridad. El interés del gobierno es obtener una situación de paz con seguridad.

(14) El gobierno, señorías, desea la paz y está trabajando activamente para asegurarla. La paz y la seguridad son dos caras de la misma moneda.

(15) El gobierno, que aspira y trabaja por la paz y la seguridad, considera que no hay otra manera más adecuada para lograr ambos objetivos que hacer creíbles las resoluciones del Consejo de Seguridad.

(16) Desearía que convinieran conmigo en que una postura firme y resolutiva para desarmar a Irak en un plazo inmediato es lo responsable, lo lógico

e inteligente para las aspiraciones de paz y seguridad de la comunidad internacional, que también son las de nuestro país.

La primera parte del binomio se relaciona con una mayor valoración y es compartida por la mayoría de sus oponentes, incluso por quienes no podrían ser adscritos exactamente como pacifistas, sino simplemente como contrarios a *esta* guerra. Estamos, pues, ante un componente frente al que sería difícil mostrarse contrario. El concepto que ocupa la segunda parte del binomio del eslogan, sin embargo, resulta más interesante aún, y también más característico de la política conservadora del gobierno, incluyendo, en este punto, también el caso de la inmigración. Es un eslogan que recuerda, además, los utilizados por Estados Unidos y por Europa: la seguridad se ha convertido en la palabra clave de la política posterior al 11 de septiembre, incluso en dominios en los que apenas existe relación posible con el terrorismo. Los ciudadanos están siendo manipulados convenientemente para que se difunda la creencia de que la sociedad es cada vez más insegura y, por consiguiente, se requiere una movilización a favor de una, en ocasiones, severa restricción de los derechos humanos. Aznar sabía que este tipo de mensajes basados en el pánico popular podrían reportarle una ganancia considerable de votos, y establecer el debate en los términos que más le interesaba. Naturalmente, en relación con el terrorismo internacional e Irak, es bien sencillo persuadir a una extensa audiencia preocupada por una crisis como la actual, en la que la seguridad es un importante valor político. Ahora bien, cuando esa política implica ir a la guerra contra Irak, el eslogan pierde consistencia y, por lo tanto, como sugieren los ejemplos, es necesario ofrecer un argumento que afirme que la paz real sólo se puede conseguir si se asegura nuestra vida previamente — es éste un planteamiento muy familiar en algunas dictaduras, así como en la política internacional de Estados Unidos e Israel—. En definitiva, el eslogan acaba convirtiéndose en una breve fórmula retórica de negación: Paz, *pero* seguridad, en donde la primera parte es la positiva y la que expresa la presentación favorable de uno mismo, y la segunda parte puede ser interpretada como la negativa (por ejemplo, como una forma de agresión o como manifestación de beligerancia), lo que haría recomendable que no apareciese nunca de forma aislada. Por eso, incluso la expresión metafórica de Aznar en

(9) refleja que para él las dos nociones no son sino las dos caras de una misma moneda.

Al margen del evidente papel desarrollado por el eslogan como parte de una estrategia general de autopresentación positiva («mi gobierno es pacífico»), los ejemplos también tienen implicaturas políticas no menos obvias. Localmente relevante para quienes están presentes en el Parlamento es el paralelismo con el terrorismo de ETA. Indirectamente, pues, la legitimación de la guerra contra Saddam Hussein no sólo está motivada por la propia guerra contra ETA, sino que además está motivando esa lucha contra la organización terrorista. El ejemplo (16) es especialmente interesante para apreciar los movimientos de persuasión y las implicaturas políticas. En efecto, Aznar, en primer lugar, pide un acuerdo que permita adoptar una posición (nacional) sobre Irak, presuponiendo un consenso político en un asunto tan importante como ir a la guerra; si no fuese así, si la oposición no apoyase esta decisión política, eso implicaría que estaría fuera de lo que él mismo define como consenso nacional e internacional a propósito de Irak, y que debería hacerse responsable de las consecuencias derivadas de ese comportamiento. En segundo término, Aznar asocia su política con valores positivos como la responsabilidad internacional, la inteligencia y el pensamiento lógico, lo que implicaría de nuevo, desde el punto de vista político, que la oposición no tiene tales valores o tales propiedades.

## **Internacionalismo**

Otra trascendental estrategia de Aznar en sus discursos es su internacionalismo, una idea que es usada hasta en treinta ocasiones en su intervención del 5 de febrero. He aquí algunos de los ejemplos más importantes:

- (17) Señora presidenta, señorías, al comenzar el periodo de sesiones, comparezco esta tarde ante la Cámara para informar a SS.SS. de la posición del gobierno ante la crisis que enfrenta a la comunidad internacional con Irak.
- (18) La crisis es consecuencia del reiterado incumplimiento por parte de Irak de sus obligaciones internacionales y de las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

(19) El gobierno ha mantenido desde el comienzo de esta última crisis una postura coherente con la legalidad internacional, la defensa de los intereses de la nación y sus obligaciones internacionales, por este orden.

(20) España es partidaria decidida de que la resolución de la crisis permanezca en el seno de las Naciones Unidas, y de que la comunidad internacional demuestre una posición de firmeza ante quienes incumplen sus mandatos.

(21) Por tanto, existe un consenso completo en la comunidad internacional en torno a la Resolución 1441 y en esa línea es en la que actúa y actuará el gobierno sin ningún tipo de ambigüedades.

(22) [...] el objetivo que persigue el gobierno es el de la comunidad internacional: que Saddam Hussein se desarme, que renuncie a sus arsenales de armas de destrucción masiva ante los inspectores.

Es fácil observar que «internacionalismo» tiene varias funciones en este contexto. Primero, es una parte de esa estrategia general de legitimación: una política nacional acorde con las bases internacionales es, por definición, legítima. Segundo, es una forma de autopresentación positiva, dado que, en este caso, tanto Aznar como su partido no están actuando sólo a partir del limitado interés nacional, sino que también lo hacen conforme a los valores e intereses de la comunidad internacional. Tercero, ser «internacionalista», en España, es frecuentemente entendido como estar en contra del «nacionalismo», lo que, también en este país, se asocia concretamente con el nacionalismo vasco o catalán. Finalmente, la repetición constante de la necesidad de seguir el consenso internacional implica, desde el punto de vista político, que sus oponentes, especialmente los socialistas, no participan de ese consenso. Es la misma estrategia que hemos visto en otros ejemplos anteriormente. No debe olvidarse que, en todos los debates nacionales (como por ejemplo el que se suscita en torno a la inmigración), el consenso es un tópico, además de bien conocido, crucial, sólo que en esta ocasión se plantea, insistimos, en términos internacionales y no nacionales: «Por tanto, existe un consenso completo en la comunidad internacional en torno a la Resolución 1441».

Pero el que los hechos demostraran lo contrario o el que Estados Unidos y sus aliados, incluida España, desafiaran el consenso internacional y también a las Naciones Unidas, no son elementos enfatizados por Aznar en sus discursos, puesto que su internacionalismo está inspirado, fundamentalmente, en un seguidismo absoluto con respecto a Estados Uni-

dos. El ponderar, además, que todas las acciones internacionales para promover la paz y la seguridad deben ser tomadas en el marco de las Naciones Unidas es, por tanto, un simple formulismo retórico. Aznar manobra, a su conveniencia, con este argumento, aludiendo repetidamente a las resoluciones de la ONU que, según él, habían sido ignoradas por Irak, en especial cuando habla de las armas de destrucción masiva y de la resolución 1441. En otras palabras, José María Aznar construye una imagen de sí mismo según la cual pasaría por ser el representante, cuando no el líder, de la comunidad internacional, limitando de esta forma a sus oponentes a la actividad nacional o provincial. En el ejemplo (19), argumenta que este internacionalismo es también lo mejor para España, por lo que no se le podría acusar de dejación con respecto a sus deberes fundamentales: trabajar por los intereses de su propio país, del que es el líder político (una implicatura política de estos ejemplos que encaja perfectamente, por cierto, con ese internacionalismo).

## El juego de los números

Una famosa estrategia de argumentación es, justamente, el juego de los números, como sabemos también a propósito de la retórica contra la inmigración. En el discurso de Aznar, el juego de los números desempeña algunas funciones, tales como transmitir la idea de objetividad y precisión (y por lo tanto también la credibilidad), y, más específicamente, enfatizar la verdad sobre el incumplimiento de las resoluciones internacionales por parte de Saddam Hussein. El juego numérico es también un movimiento retórico de ponderación y de hipérbole:

(23) Los informes de enero de 1999 —decía— de los inspectores de Naciones Unidas expulsados por Irak no dejan lugar a dudas: sus arsenales contenían más de 3.000 toneladas de precursores químicos, 300 toneladas de agentes químicos en bruto y 30.000 municiones especiales para la guerra química y biológica.

(24) No ha dado cuenta del agente nervioso VX producido y no declarado (**Rumores.**); no ha explicado el destino de 1.000 toneladas de agentes químicos que conservó tras la guerra con Irán; no ha dado cuenta de 6.500 proyectiles para carga química; no ha demostrado la destrucción de 8.500 litros

de ántrax; no ha detenido la producción de misiles con un radio de más de 150 kilómetros; no ha revelado el destino de 380 propulsores de misiles con agentes químicos que fueron introducidos de contrabando en el país el mes anterior.

Obviamente, la precisión de los números no importa aquí, ni tampoco el hecho de que incluso, semanas más tarde, la ocupación de Irak no conlleve la confirmación de nada de lo avanzado, demostrando, más bien, que esas cifras estaban basadas, en su mayor parte, en meras especulaciones. Con todo, repetimos, el elemento básico del uso retórico de los números en estos contextos es la capacidad que tienen para ofrecer la imagen de una persona objetiva y creíble. Aznar pretende demostrar así, en efecto, que está bien informado y que está cumpliendo con sus deberes internos, al tiempo que desea probar la indeseable naturaleza moral de Saddam Hussein. En otros términos, el juego de los números satisface parcialmente tanto la estrategia general de autopresentación positiva como la de heterorepresentación negativa. El juego de los números también es usado cuando se menciona las potenciales víctimas de las armas de destrucción masiva; se habla, de hecho, de «cientos, si no miles, de muertes» (pág. 11.252). Además de las implicaturas políticas mencionadas anteriormente y derivadas de este baile de cifras (en especial, el hecho de que Aznar se nos muestre como bien informado y como cumplidor de su labor como presidente del gobierno), una nueva implicatura, más frecuente aún, se asignaría a la oposición, cuya labor se representaría como poco consistente si se tiene en cuenta la gravedad de los hechos que indican los números; en definitiva, se trataría, pues, de una oposición irracional.

## **Antiterrorismo**

Después del 11 de septiembre de 2001, uno de los principios básicos de la retórica política tanto nacional como internacional es, también en el caso de los discursos de Aznar, el terrorismo y la lucha contra él. Hay distintas maneras de usar este tópico y de materializarlo lingüísticamente, y no debería sorprendernos demasiado que un político conservador como José María Aznar, obsesionado con la «seguridad», redimensione el terrorismo hasta identificarlo como una amenaza nacional y también

global, y hasta identificarlo como el asunto que merece la más alta prioridad:

(25) [...] este gobierno ha querido desempeñar un papel activo en esta crisis internacional pensando en la nueva amenaza que hoy supone el terrorismo, especialmente si tiene a su alcance medios de destrucción masiva.

(26) En cuarto lugar, como les decía, el gobierno entiende que hay un riesgo gravísimo y un vínculo amenazador entre la proliferación de armas de destrucción masiva y el terrorismo. Sé bien que no es agradable precisar estos riesgos, pero sé muy bien que no estamos hablando, señorías, de ninguna fantasía. No son hipótesis de ciencia ficción. Hemos visto hace pocos días en Londres y también, por desgracia, en Barcelona que hay grupos terroristas dispuestos a atacar causando el mayor daño y destrucción posibles y que cuentan con sustancias que podrían causar centenares, si no miles, de muertos. Después del 11 de septiembre ningún gobernante responsable, ante su conciencia y ante su país, puede ignorar esta realidad. Desde el 11 de septiembre creo que nadie puede llamarse a engaño. El terrorismo es una amenaza global, relativamente fácil de cumplir con pocos medios, como ya ha ocurrido en Nueva York o hemos visto en Bali. Luchar contra él es nuestro deber y nuestra responsabilidad. Hoy en día el terrorismo sabemos que no conoce ni fronteras ni límites. El 11 de septiembre también puso de manifiesto que existen gobiernos y regímenes que amparan el terrorismo, que esconden a terroristas y que pueden poner a su alcance armas de destrucción masiva.

(27) La lucha contra el terrorismo es el principal objetivo, apoyado por las fuerzas parlamentarias, de la política exterior española. Hemos impulsado la lucha contra el terrorismo y contra la proliferación de armas de destrucción masiva en nuestras relaciones bilaterales y en todos los foros internacionales.

(28) España ha impulsado con toda sus fuerzas estas políticas y vemos con satisfacción cómo la lucha contra estas lacras ha escalado posiciones en la agenda de la comunidad internacional hasta convertirse en objetivo básico de ésta. Sabemos que ello nos ayudará — ya lo está haciendo — en nuestra lucha contra el terrorismo de ETA y creemos que es un deber específico de España ofrecer su cooperación a otros países señalados por el terrorismo. Creo que la pasividad ante estas nuevas amenazas es nuestro mayor peligro.

Como enseñan estos ejemplos, el terrorismo es definido como una «nueva amenaza» para el mundo, y la retórica mediante la cual se aborda está llena de hipérbolos y de formulaciones que parten del peor de los ca-



posibles («riesgo gravísimo», «vínculo amenazador», «lacrmas», etcétera). Aunque los terroristas no han utilizado armas de destrucción masiva y esas armas, además, obran en poder, especialmente, de los países que de manera más activa propagan el miedo de un probable uso por parte de esos terroristas, es importante destacar la construcción discursiva de esa conexión o de esa «amalgama», como vemos también en las manifestaciones de José María Aznar.

La combinación de la ya de por sí imagen negativa que tiene el terrorismo y los terroristas con la mención de esas armas de destrucción masiva puede ser utilizada con fines persuasivos en el discurso político, como generadora de un horror extremo; la «nueva amenaza» de dimensiones apocalípticas que sólo conocemos a través de las películas y frente a la cual el ataque a las Torres Gemelas pudiera quedarse en un juego de niños.

Puesto que los ataques terroristas de hecho ocurren y producen víctimas, es bastante sencillo para los políticos mantener el interés y el temor de quienes aún están vivos. Que mucha más gente pueda morir por enfermedad en el mundo, o por accidentes de tráfico en un fin de semana, que por los ataques terroristas durante años, o que existan otras muchas amenazas, tales como la violencia doméstica, que asesina muchas más «víctimas inocentes», no es un tópico que podamos encontrar en el discurso de Aznar.

El terrorismo, incluso más que el comunismo, es una amenaza ideal, precisamente porque es real y no se trata de una «ficción» (como en repetidas ocasiones dice Aznar), porque resulta espectacular, y por lo tanto tiene una cobertura mediática asegurada (frente a lo que sucede, por ejemplo, con las millones de muertes anuales a causa de la malaria), porque es repentino y por consiguiente ofrece un marco sumamente propicio para los reportajes de noticias, y porque, en principio, todo el mundo resulta una víctima potencial.

Éstas y otras razones hacen del antiterrorismo un producto fácil de vender. En España, ésta es una afirmación especialmente pertinente por los asesinatos de ETA, argumento que no duda en utilizar Aznar, como hemos apreciado anteriormente en el ejemplo (23). Una pequeña reflexión se hace necesaria para explicar *por qué* para Aznar y también para otros gobernantes el terrorismo global ha sido declarado como el enemigo número uno, la Nueva Amenaza, tal y como los ejemplos repro-

ducidos muestran. No es por las víctimas, puesto que, como indicábamos, es mayor el número de muertes derivadas de otras causas, las cuales, por cierto, apenas se convierten en temas de interés parlamentario. No es por la violencia o por el uso de armas, dado que estamos en un mundo repleto, justamente, de armas y de violencia. De hecho, las fábricas de armas en Estados Unidos, en España y en otros países están resultando ser magníficos negocios y, entre los clientes, también están los propios terroristas.

La principal razón es, más bien, que los terroristas son los mayores enemigos de las élites, y especialmente de las élites políticas y de los gobernantes, dado que su objetivo es influir sobre los gobiernos para que cambien sus políticas (piénsese en el conflicto entre Israel y Palestina o lo que sucede en el País Vasco). Con todo, lo hace al margen del campo normal de decisión y utilizando el único «argumento» sobre el que los gobernantes tienen el legítimo monopolio: la violencia. Es decir, el terrorismo es el primer enemigo del Estado. Aunque, con demasiada frecuencia, personas inocentes acaban siendo las víctimas, los terroristas no tienen entre sus enemigos principales a la población en general, sino al Estado, y por eso incluso la Organización de Naciones Unidas identifica el terrorismo como el enemigo internacional número uno. A diferencia de lo que sucedía con los Estados enemigos, como por ejemplo la antigua Unión Soviética, a la que se podía contener amenazando con represalias masivas, el terrorismo, como ha dejado bien claro Al Qaeda, no atiende a este tipo de estrategias de contención. Esto hace que sea mucho mejor identificar un enemigo más manejable, un Estado como por ejemplo Irak, el cual podría ser definido como una especie de representante del terrorismo internacional.

En definitiva, de la misma manera con que se abusó del anticomunismo como ideología y como forma de represión contra los movimientos populares y las formas de resistencia frente al capitalismo y a la explotación, ahora se usa el antiterrorismo como pretexto para recortar los derechos civiles dentro del país y para imponer la propia voluntad en el panorama internacional.

Nótese, con todo, que la obsesión no es una expresión de miedo real o de peligros reales. El «miedo» y la obsesión son estrategias, medios para manipular al público y conseguir que se acepte cualquier política, incluso

la que tienda a limitar su libertad (y, por lo tanto, intensificar el poder del Estado y de sus diferentes órganos), aumentando drásticamente el gasto en defensa y seguridad, tanto en el ámbito local, como en el nacional e internacional, así como, en última instancia, librando guerras donde sea pertinente para los distintos intereses particulares. En otras palabras, el terrorismo es la excusa ideal para el abuso de poder por parte del Estado; desafortunadamente, siempre habrá terroristas que ayudarán a convencer al pueblo de que sus líderes están en lo cierto.

## Otros movimientos y estrategias

Los movimientos y las estrategias que hemos tratado en los epígrafes anteriores son los más relevantes en el discurso de José María Aznar del 5 de febrero de 2003. Sin embargo, es posible localizar fácilmente más; a continuación ofreceré un listado y una breve definición, sin ejemplos ni análisis ulterior, con la intención de contar, al menos, con una aproximación a la variedad retórica de discursos parlamentarios como éste, y que en ocasiones están escritos probablemente por profesionales:

*Facticidad.* Movimiento que enfatiza la afirmación según la cual lo que se dice es «los hechos y nada más que los hechos». Este movimiento se utiliza para intensificar la credibilidad y para contrarrestar los comentarios o las sospechas de que la política seguida está basada en la ficción, en la imaginación o en el miedo irracional. Así pues, Aznar usa este movimiento para ponderar el «hecho» incuestionable de la invasión de Kuwait por parte de Saddam Hussein.

*Historia.* Descripción de eventos acaecidos en el pasado que son usados como puntos de comparación con los del presente, y también como justificación para las acciones o para las políticas actuales. De nuevo, Aznar utiliza la primera guerra del Golfo como una muestra de la agresión (y agresividad) de Saddam Hussein, y como ejemplo, al mismo tiempo, de un consenso internacional y de la necesidad de una acción (armada) colectiva. También lo hace al describir las infructuosas actividades de los inspectores de las Naciones Unidas que acudieron a Irak a la búsqueda de armas.

*Consenso.* Pedir el consenso o ponderar su necesidad es un importante movimiento político, especialmente en contextos en los que tal consenso no existe, claro está. Es una especie de legitimación para políticas y acciones reclamadas no como partidistas, sino como concernientes a todo el planeta y, en tanto que tales, necesitadas de una aceptación igualmente global. Así, Aznar usa esta estratagema para ponderar la relevancia que tendría la unanimidad en el caso de la Resolución 1441 de la ONU, aludida ahora con la intención de pedir un apoyo para la acción contra Irak.

*Autoridad.* Es un movimiento argumentativo bien conocido (también descrito como una falacia) en el que una persona o una institución con fama, con autoridad o con credibilidad es mencionada como apoyo para una determinada política o para un determinado punto de vista. Aznar lo hace repetidamente con respecto al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

*Obligación.* Con la intención de enfatizar la necesidad de actuar o de legitimar la política actual es, a menudo, bastante útil acentuar que no se es libre para decidir si se opta por una acción concreta, sino que es, más bien, una necesidad (debida a las circunstancias) o una obligación, debida por ejemplo a las estructuras legales o a los acuerdos y convenciones internacionales. En definitiva, Aznar intensifica que el deber de España es coincidir con las fuerzas internacionales que combaten el terrorismo: «¡Debemos actuar ahora mismo!».

*Comparación.* Comparar la situación actual con alguna otra, como hemos visto en el caso de la Historia, es otra figura retórica sumamente utilizada para argumentar un determinado punto o para justificar ciertas políticas o ciertas acciones. Así, se solicita a Saddam Hussein el desarme, tal y como fue posible hacer en otras ocasiones con otros países y de manera pacífica. Esas comparaciones pueden tomar la forma de ejemplos, pongamos por caso cuando se refiere a otros ataques terroristas al margen del sucedido el 11 de septiembre.

*Falsa presuposición.* Uno de los trucos implícitos de la argumentación política puede ser el uso de las falsas presuposiciones; es decir, presuponer que algo es verdad, que no lo es o que hay dudas al respecto. Un ejemplo repetitivo en su discurso (como en el de Bush, en el de Blair y en el

de otros) es afirmar que «nosotros sabemos que Saddam Hussein tiene armas de destrucción masiva», etcétera, en donde «nosotros» no evoca un «nosotros, el gobierno», sino un «nosotros» inclusivo: todos los que sabemos que..., sugiriendo así una *base común* en la que nadie falta.

## Observaciones finales

Aunque en este capítulo no es posible abordar todas las estructuras, todos los movimientos y todas las estrategias de los discursos sobre Irak expuestos por José María Aznar en el Parlamento, al menos tendremos una primera aproximación a las características fundamentales de esos discursos. Hay algunas sorpresas, como por ejemplo que la mayor parte de esos movimientos y de esas estrategias formen parte del repertorio más clásico de los textos y de las exposiciones de carácter político e ideológico; es el caso de la autopresentación positiva y la heteropresentación negativa, así como de una serie de estratagemas retóricas y argumentativas, tales como el uso de números y estadísticas, de ciertas autoridades, de comparaciones y de ejemplos para justificar la política o la acción actuales.

Teóricamente, algo más interesante es, sin embargo, la noción de ‘implicatura política’, basada en inferencias generadas a partir de la combinación del conocimiento político general y de los modelos de la situación política en curso. Para España, esto quiere decir no sólo que los participantes necesitan compartir conocimientos sobre la situación política actual del país tal y como es representada en sus modelos episódico-mentales, sino también de los modelos contextuales que controlan el discurso de Aznar, incluyendo el escenario, los participantes, los objetivos, etcétera. Estas implicaturas políticas conforman el ‘subtexto’ de los discursos y la manera en la que se quiere que la audiencia entienda los mensajes. Estas implicaturas políticas son las que definen también las *funciones* políticas del discurso en los procesos políticos.

## Bibliografía

- Atlas, J. D. (2000). *Logic, meaning, and conversation: Semantical underdeterminacy, implicature, and the semantics/pragmatics interface*. Nueva York: Oxford University Press.

- Bayley, P. (2004). *Cross-cultural perspectives on parliamentary discourse*. Amsterdam: Benjamins.
- Borch, F. L. y Wilson, P. S. (2003). *International law and the war on terror*. Newport, R.I.: Naval War College.
- Chilton, P. A. (2004). *Political discourse analysis*. Londres: Routledge.
- Chomsky, N. (2003). *Hegemony or survival. America's quest for global dominance*. Nueva York: Metropolitan Books.
- Christopher, P. (2003). *The ethics of war and peace. An introduction to legal and moral issues*. Upper Saddle River, N.J.: Pearson/Prentice Hall.
- Daalder, I. H. y Lindsay, J. M. (2003). *America unbound. The Bush revolution in foreign policy*. Washington, D.C.: Brookings Institution.
- Dinstein, Y. (2001). *War, aggression, and self-defense*. Cambridge, Inglaterra-Nueva York: Cambridge University Press.
- Falk, R.A. (2003). *The great terror war*. Nueva York: Olive Branch Press.
- Gareau, F. H. (2004). *State terrorism and the United States. From counterinsurgency to the war on terrorism*. Atlanta, GA: Clarity Press.
- Gazdar, G. (1979). *Pragmatics: Implicature, presupposition and logical form*. Nueva York: Academic Press.
- Geis, M. L. (1987). *The language of politics*. Nueva York: Springer.
- Goodin, R. E. y Klingemann, H. D. (eds.) (1996). *A New handbook of political science*. Nueva York, NY: Oxford University Press.
- Grice, H. P. (1989). *Studies in the way of words*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Iyengar, S. y McGuire, W. J. (1993). *Explorations in political psychology*. Durham: Duke University Press.
- Lau, R. R. y Sears, D. O. (eds.) (1986). *Political cognition*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Levinson, S. C. (2000). *Presumptive meanings. The Theory of Generalized Conversational Implicature*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Martín Rojo, L. (1995). «Division and rejection: from the personification of the Gulf conflict to the demonisation of Saddam Hussein», *Discourse & Society*, vol. 6, nº 1, pp. 49-79.
- y Van Dijk, T. A. (1997). «“There was a problem, and it was solved!” Legitimizing the Expulsion of *Illegal* Immigrants in Spanish Parliamentary Discourse», *Discourse & Society*, vol. 8, nº 4, pp. 523-567.
- Newhouse, J. (2003). *Imperial America. The Bush assault on the world order*. Nueva York: Knopf.
- Nye, J. S. (2000). *Understanding international conflicts. An introduction to theory and history*. Nueva York: Longman.
- Rodin, D. (2002). *War and self-defense*. Oxford, Nueva York: Clarendon Press Oxford University Press.
- Tetlock, P. E. (1984). «Cognitive style and political belief systems in the British House of Commons», *Journal of Personality and Social Psychology*, nº 46, pp. 365-375.
- Van Dijk, T. A. (1993). «Principles of Critical Discourse Analysis», *Discourse & Society*, vol. 4, nº 2, pp. 249-283.
- (1998a). *Ideology: A multidisciplinary approach*. Londres: Sage Publications.
- (1998b). «What is political discourse analysis?». En Jan Blommaert y Chris Bulcaen (eds.), *Political linguistics*, pp. 11-52) Amsterdam: Benjamins.

- (2000). «Parliamentary Debates». En R. Wodak y T. A. van Dijk (eds.), *Racism at the Top. Parliamentary Discourses on Ethnic Issues in Six European States*, pp. 45-78. Klagenfurt, Austria: Drava Verlag.
  - (2001). «Multidisciplinary CDA: A Plea for Diversity». En Ruth Wodak y Michael Meyer (eds.), *Methods of critical discourse analysis*, pp. 95-120. Londres: Sage.
  - (2002). «Political discourse and political cognition». En Paul A. Chilton y Christina Schäffner (eds.), *Politics as Text and Talk. Analytical approaches to political discourse*, pp. 204-236. Amsterdam: Benjamins.
  - (2003). «Knowledge in parliamentary debates», *Journal of Language and Politics*, 2, pp. 93-129. Número especial dedicado a la identidad política. Editado por Paul Chilton.
  - (2004). «Text and context of parliamentary debates». En P. Bayley (ed.), *Cross-cultural perspectives on parliamentary Discourse*, pp. 339-372). Amsterdam: Benjamins.
- Wilson, J. (1990). *Politically speaking*. Oxford: Blackwell.
- Wodak, R. (ed.) (1989). *Language, power, and ideology. Studies in political discourse*. Amsterdam: Benjamins.
- y Menz, F. (eds.) (1990). *Sprache in der Politik - Politik in der Sprache. Analysen zum öffentlichen Sprachgebrauch*. (Language in politics-politics in language. Analyses of public language use). Klagenfurt: Drava.
  - y Van Dijk, T. A. (eds.) *Racism at the Top. Parliamentary Discourses on Ethnic Issues in Six European States*. Klagenfurt, Austria: Drava Verlag.

## Discurso y manipulación: discusión teórica y algunas aplicaciones

### Introducción

Hay una serie de nociones fundamentales en el Análisis Crítico del Discurso (ACD) que requieren especial atención porque implican abuso del poder discursivo. La manipulación es una de estas nociones. Sin embargo, aun cuando la idea se utiliza a menudo de forma más impresionista, no hay ninguna teoría sistemática de las estructuras y procesos implicados en ella.

En este capítulo examinaré algunas de las propiedades de la manipulación y lo haré dentro del marco de la triangulación que, de forma explícita, asocia discurso, cognición y sociedad. Se necesita un enfoque analítico del discurso porque la mayor parte de la manipulación, tal como la entendemos, se realiza mediante el texto oral o escrito. En segundo lugar, los que están siendo manipulados son seres humanos y esto ocurre típicamente a través de la manipulación de sus 'mentes', de manera que también una explicación cognitiva puede arrojar luz sobre este proceso. En tercer lugar, la manipulación es una forma de interacción, y dado que



también implica poder y abuso de poder, es importante un enfoque social. He defendido muchas veces que estos enfoques no se pueden reducir a uno o dos de ellos (véase, van Dijk, 1998, 2001). Aun cuando los enfoques social, interaccional y discursivo son cruciales, mostraré que también una dimensión cognitiva es importante, debido a que la manipulación siempre implica una forma de manipulación mental.

En este capítulo no trataré la palabra «manipulación» como es usada en física, ciencias de la computación, medicina o terapia, entre otros usos más o menos directamente derivados del significado etimológico de «manipulación», esto es, mover cosas con las manos. Trataré más bien con formas ‘simbólicas’ o ‘comunicativas’ de manipulación como una forma de interacción, como por ejemplo la manipulación de los electores que realizan los políticos o los medios de comunicación, en otras palabras, a través de algún tipo de influencia discursiva.

### *Análisis conceptual*

Antes de embarcarnos en una descripción más teórica y en el análisis de algunos datos, debemos ser más explícitos acerca del tipo de manipulación que queremos estudiar. Tal como se sugirió, la manipulación como la entenderemos aquí es una práctica comunicativa e interaccional, en la cual el manipulador ejerce control sobre otras personas, generalmente en contra de su voluntad o de sus intereses. En el uso cotidiano, el concepto de manipulación tiene asociaciones negativas —la manipulación es mala— porque tal práctica transgrede las normas sociales. Por ello se debiera tener en cuenta que, en el resto del capítulo, ‘manipulación’ es una categoría típica de un observador, por ejemplo, de un analista crítico y no necesariamente una categoría participante: pocos usuarios de una lengua llamarán manipulativos a sus discursos.

La manipulación no sólo involucra poder, sino específicamente abuso del poder, es decir, dominación. En términos más específicos, pues, implica el ejercicio de una forma de influencia ilegítima por medio del discurso: los manipuladores hacen que los otros creen y hagan cosas que son favorables para el manipulador y perjudiciales para el manipulado. En un sentido semiótico de la manipulación, esta influencia ilegítima también puede ser ejercida con cuadros, fotos, películas u otros medios. De hecho, muchas formas contemporáneas de manipulación comunicativa, por

ejemplo, por los medios de comunicación, son multimodales, tal como es el caso, típicamente, de la propaganda.

Sin las asociaciones negativas, la manipulación podría ser una forma de persuasión (legítima). La diferencia crucial en este caso es que en la persuasión los interlocutores son libres de creer o actuar como les plazca, según si aceptan o no los argumentos de quien persuade, mientras que en la manipulación a los receptores se les asigna, típicamente, un papel más pasivo: son víctimas de la manipulación. Esta consecuencia negativa del discurso manipulativo ocurre normalmente cuando los receptores no son capaces de comprender las reales intenciones o ver las reales consecuencias de las creencias o acciones defendidas por el manipulador. Este es el caso, especialmente, cuando los receptores carecen del conocimiento específico que podrían usar para resistirse a la manipulación. Un ejemplo muy conocido es el discurso de los gobiernos o de los medios acerca de la inmigración y los inmigrantes, de tal modo que los ciudadanos corrientes culpan del mal estado de la economía, como el desempleo, a los inmigrantes y no a las políticas del gobierno (van Dijk, 1993).

En la siguiente exposición teórica acerca de la manipulación discursiva seguiré el marco multidisciplinario global que he defendido en la última década, triangulando un enfoque social, cognitivo y discursivo. Es decir, la manipulación es un fenómeno social, especialmente debido a que involucra la interacción y el abuso de poder entre grupos y actores sociales, un fenómeno cognitivo debido a que la manipulación siempre implica la manipulación de las mentes de los participantes y un fenómeno discursivo-semiótico porque la manipulación se ejerce mediante la palabra oral o escrita y los mensajes visuales. Tal como se aseveró anteriormente, ninguno de estos enfoques se puede reducir a los otros y los tres se necesitan en una teoría integradora, que también establezca asociaciones explícitas entre las diferentes dimensiones de la manipulación.

### *Manipulación y sociedad*

Para comprender y analizar el discurso manipulativo es fundamental examinar primero su contexto social. Hemos supuesto anteriormente que una de las características de la manipulación, por ejemplo, en cuanto diferente de la persuasión, es que incluye poder y dominación. Un análisis de la dimensión ‘poder’ involucra la exposición del tipo de control que

algunos agentes o grupos sociales ejercen sobre otros (Clegg, 1975; Luke, 1989; van Dijk, 1989). También hemos supuesto que este control es, antes que nada, un control de la mente, es decir, de las creencias de los receptores e, indirectamente, un control de las acciones de los receptores basadas en estas creencias manipuladas.

A fin de poder ejercer este control sobre los otros, sin embargo, los actores sociales necesitan, en primer lugar, satisfacer ciertos criterios personales y sociales que les permitan influir sobre los otros. En este capítulo limitaré mi análisis a los criterios sociales, ignorando la influencia de los factores psicológicos, tales como rasgos de personalidad, inteligencia, conocimiento, etcétera. En otras palabras, aquí no me interesa lo que podría ser «una personalidad manipuladora» u otras variaciones personales de las formas en que la gente manipula a otros.

Las condiciones sociales para el control manipulativo, por ello, deben ser formuladas en términos de pertenencia de grupo, posición institucional, profesión, recursos materiales o simbólicos y otros factores que definen el poder de los grupos o sus miembros. Así, los padres pueden manipular a sus hijos debido a su posición de poder y autoridad en la familia, un profesor puede manipular a sus alumnos debido a su posición institucional o su profesión y por su conocimiento, y lo mismo sucede con los políticos que manipulan a los votantes o periodistas que manipulan a los receptores de los discursos de los medios. Esto no significa que los niños no puedan manipular a sus padres o los estudiantes a sus profesores, pero esto no se debe a su posición de poder, es más bien como una forma de oposición o desacuerdo, o la base de características personales. Por ello, el tipo de manipulación social que estudiamos aquí se define en términos de dominación social y su reproducción en las prácticas cotidianas, incluyendo el discurso. En este sentido, estamos más bien interesados en la manipulación entre grupos y sus miembros, que en la manipulación personal de actores sociales individuales.

Un análisis más detallado de la dominación, definida como abuso de poder, revela que esta exige acceso o control especial sobre recursos sociales escasos. Uno de estos recursos es el acceso preferencial a los medios de comunicación y al discurso público, compartido por miembros de las élites «simbólicas» tales como los políticos, periodistas, científicos, escritores, profesores, etcétera (van Dijk, 1996). Trivialmente, para estar

en condiciones de manipular a muchos otros a través del texto oral o escrito, se necesita tener acceso a alguna forma de discurso público, como los debates parlamentarios, las noticias, artículos de opinión, textos de estudio, artículos científicos, novelas, programas de televisión, propaganda, Internet, etcétera. Y puesto que este acceso y control a su vez dependen de y constituyen el poder de un grupo (institución, profesión, etcétera), el discurso público es al mismo tiempo un medio de reproducción social de ese poder. Por ejemplo, los políticos pueden ejercer su poder político a través del discurso público y, a través de este, pueden simultáneamente confirmar y reproducir su poder político. Lo mismo se puede decir de los periodistas y profesores universitarios y sus respectivas instituciones (los medios, la universidad, etcétera).

Vemos que la manipulación es una de las prácticas discursivas de los grupos dominantes dirigidas hacia la reproducción de su poder. Tales grupos dominantes pueden hacerlo de muchas (otras) maneras, por ejemplo, a través de la persuasión, proveyendo información, educación, instrucción y otras prácticas sociales que tienen como objetivo influir en el conocimiento (indirectamente) en las acciones de los receptores y sus creencias.

Algunas de estas prácticas sociales pueden, por supuesto, ser bastante legítimas, por ejemplo cuando los periodistas o profesores proveen información a sus audiencias. Esto significa que la manipulación, también de acuerdo con lo que se dijo anteriormente acerca de sus características negativas, es una práctica social ilegítima y, por ello, transgrede las reglas o normas sociales. Definimos como ilegítima toda forma de interacción, comunicación u otras prácticas sociales que sólo favorecen los intereses de una de las partes y perjudican los intereses de los receptores.

Con esto aludimos a un fundamento social, legal y filosófico de una sociedad justa y democrática y de los principios éticos del discurso, la interacción y la comunicación (véase, por ejemplo Habermas, 1984). Mayor discusión acerca de estos principios y, por ende, una explicación de por qué la manipulación es ilegítima, está fuera del alcance de este trabajo. Supondremos que la manipulación es ilegítima porque transgrede los derechos humanos y sociales de aquellos que son manipulados. Se podría aventurar como norma que los receptores estén siempre debidamente informados acerca de las finalidades e intenciones del hablante. Sin

embargo, éste sería un criterio demasiado estricto porque en muchas formas de comunicación e interacción estas intenciones y finalidades no se explicitan sino que son atribuidas contextualmente a los hablantes por parte de los receptores (o analistas) según las reglas generales del discurso y la interacción. De hecho, uno podría incluso postular un principio social de egoísmo, diciendo que (casi) todas las formas de interacción o discurso tienden a favorecer los intereses de los hablantes. Esto significa que los criterios de legitimidad deben ser formulados en otros términos, a saber, que la manipulación es ilegítima porque viola los derechos de los receptores. Esto no implica necesariamente la norma que todas las formas de comunicación deberían estar en función de los intereses de los receptores. Muchos tipos de comunicación o actos de habla no lo son, como es el caso de las acusaciones, peticiones, órdenes, etcétera.

Un enfoque más pragmático de estas normas y principios son las máximas conversacionales formuladas por Grice (1975), que requiere que las contribuciones a las conversaciones sean verdaderas, relevantes, relativamente completas, etcétera. En las maneras concretas de hablar o en textos reales, sin embargo, estas máximas a menudo son difíciles de aplicar: la gente miente, lo cual no siempre es malo; la gente cuenta la mitad del asunto en algunos casos por razones legítimas, y la conversación irrelevante es una de las formas más comunes de la interacción cotidiana.

En otras palabras, la manipulación no es (solamente) ‘mala’ porque viola las máximas conversacionales u otras normas y reglas de la conversación, aunque ésta puede ser una dimensión del habla o del texto manipulativo. Por tanto, aceptaremos, sin mayor análisis, que la manipulación es ilegítima en una sociedad democrática porque (re)produce o puede reproducir la desigualdad: favorece los intereses de los grupos y hablantes poderosos y perjudica los intereses de hablantes y grupos menos poderosos.

Para cada evento comunicativo es, pues, necesario detallar cómo estos respectivos intereses son manejados mediante el discurso manipulativo. Por ejemplo, si los medios entregan información incompleta o prejuiciada de alguna manera acerca de un político específico durante una campaña electoral para influir en los votos de los electores, estaríamos frente a un caso de manipulación si suponemos que los lectores tienen el derecho a estar ‘debidamente’ informados acerca de los candidatos en una

elección. ‘Debida’ información en este caso puede ser especificada como equilibrada, relativamente completa, desprejuiciada, relevante, etcétera. Esto no significa que un periódico no pueda apoyar o favorecer a su propio candidato, pero debiera hacerlo con argumentos, hechos, etcétera, es decir, mediante una información adecuada y la persuasión, y no mediante manipulación, por ejemplo, omitiendo información muy importante, mintiendo o distorsionando los hechos, etcétera. Todos estos principios normativos, como también están estipulados en los códigos de ética profesional de los periodistas, son parte de la implementación de lo que cuenta como formas ‘legítimas’ de interacción y comunicación. Cada uno de ellos, sin embargo, son bastante vagos y necesitan de nuevos análisis más detallados. Una vez más, como se ha sugerido anteriormente, las cuestiones implicadas aquí pertenecen a la *ética del discurso* y por ello son parte de los *fundamentos del Análisis Crítico del Discurso*.

Este análisis informal de las propiedades sociales de la manipulación también muestra que si la manipulación es una forma de dominación o abuso de poder, como tal necesita ser definida en términos de grupos sociales o instituciones, y no a nivel individual de interacción personal. Esto significa que sólo tiene sentido hablar de manipulación, tal como la hemos definido cuando los hablantes u oyentes están manipulando a otros en cuanto miembros de un grupo dominante o instituciones u organizaciones poderosas. En las sociedades contemporáneas de información, esto es especialmente cierto para las élites en política, los medios, la educación, entre los científicos, en la burocracia como también en las empresas comerciales, por un lado, y los diversos tipos de «clientes» (votantes, lectores, estudiantes, consumidores, público general, etcétera), por el otro. Así, la manipulación, socialmente hablando, es una forma discursiva de reproducción del poder de la élite que va en contra de los intereses de los grupos dominados y (re)produce la desigualdad social.

### *Manipulación y cognición*

Manipular a la gente implica manipular sus mentes, es decir, sus conocimientos, opiniones e ideologías que, a su vez, controlan sus acciones. Sin embargo, hemos visto que hay muchas formas de influencia mental basada en el discurso, tales como la información, la enseñanza y la persuasión, que forman y cambian los conocimientos y las opiniones de la gente.

Esto significa que es necesario distinguir la manipulación de estas otras formas de manejo o control mental, tal como lo hicimos anteriormente en términos sociales, es decir, en términos del contexto del discurso. A fin de poder distinguir entre el control mental legítimo del ilegítimo, primero es necesario ser más explícito en cuanto a cómo puede el discurso ‘afectar’ a la mente.

Puesto que la mente es extraordinariamente compleja, también la manera en la que el discurso puede influenciarla involucra intrincados procesos que sólo pueden ser manejados en tiempo real, mediante la aplicación de estrategias eficientes. Para nuestros propósitos en este capítulo, simplificaremos tal descripción en unos pocos principios y categorías básicas del análisis cognitivo (para mayores detalles, véase Britton y Graesser, 1996; Kintsch, 1998; van Dijk y Kintsch, 1983; van Oostendorp y Goldman, 1999).

## **1. La manipulación de la comprensión del discurso basada en la MCP**

En primer lugar, el discurso en general y el discurso manipulativo en particular involucran el procesamiento de la información en la memoria a corto plazo (MCP), dando como resultado básicamente la comprensión (de palabras, cláusulas, oraciones, enunciados y señales no verbales), por ejemplo, en términos de los ‘significados’ proposicionales o ‘acciones’. Este procesamiento es estratégico, en el sentido de ser inmediato (*online*), dirigido a un fin, que opera a distintos niveles de la estructura del discurso e hipotético: se hacen conjeturas rápidas y eficientes y se toman atajos en lugar de hacer análisis completos.

Una forma de manipulación consiste en controlar algunas de estas estrategias que están parcialmente automatizadas. Por ejemplo, imprimiendo parte del texto en posición destacada (al inicio) y en letras más grandes o en negrita. Ello atrae más la atención y requerirá más tiempo de procesamiento o recursos mnemónicos, tal como sucede con los titulares, títulos o consignas — con lo que se contribuye a un procesamiento más detallado y a una mejor representación y recuerdo —. Los titulares y títulos también funcionan como la categoría textual convencional para

la expresión de la macroestructura semántica o tópico, que organiza las estructuras semánticas locales; también por esta razón estos tópicos se representan y recuerdan mejor. Lo que queremos señalar aquí es que rasgos específicos del texto oral o escrito —tales como su representación visual— pueden específicamente afectar al control de la comprensión estratégica en la MCP, de modo que los lectores presten más atención a cierta información que a otra.

Por supuesto, esto no ocurre sólo en la manipulación, sino también en otras formas legítimas de comunicación, como presentación de noticias, libros de estudio y un sinnúmero de otros géneros. Esto sugiere que, en términos cognitivos, la manipulación no tiene nada de especial: hace uso de propiedades muy generales del procesamiento del discurso. Así pues, tal como fue el caso en el análisis social de la manipulación, necesitamos más criterios para distinguir entre la influencia legítima y la ilegítima en el procesamiento del discurso. La manipulación en esos casos puede consistir en el hecho de llamar la atención hacia la información A en vez de B, de modo que la comprensión resultante puede ser parcial o sesgada; por ejemplo, cuando los titulares enfatizan detalles irrelevantes más que los tópicos importantes de un discurso —perjudicando con ello la comprensión de detalles por la influencia del procesamiento de arriba hacia abajo de los tópicos—. La otra condición social que debiera agregarse en este caso, y tal como lo hicimos anteriormente, es que esa comprensión parcial o incompleta juega en favor de los intereses de un grupo o institución poderosa y en contra de los intereses del grupo dominado. Obviamente, ésta no es una condición cognitiva ni textual, sino una normativa social y contextual: los derechos de los receptores de ser adecuadamente informados. Nuestro análisis cognitivo pretende explicar detalladamente cómo la gente es manipulada mediante el control de sus mentes, pero no se puede explicar por qué esto es malo. Procesos similares entran en juego en muchas formas de expresión no verbal, tales como la configuración o disposición general, el uso del color, fotografías o dibujos en la comunicación escrita o gestos, muecas faciales y otras actividades no verbales en el discurso oral.

Dado que el procesamiento del discurso en la MCP incluye formas tan diferentes de análisis como operaciones fonéticas, fonológicas, morfológicas, sintácticas y léxicas, todas dirigidas hacia una comprensión efi-



ciente, todos y cada uno de estos procesos de la MCP pueden ser influenciados por diversos medios. Por ejemplo, una pronunciación más clara o lenta, una sintaxis menos compleja y el uso de términos básicos, un tópico claro acerca de un tema que los receptores manejan bien, entre otras muchas condiciones, en general tenderán a favorecer la comprensión.

Esto también significa que si los hablantes quieren dificultar la comprensión, tenderán a hacer lo opuesto, es decir, a hablar más rápido, con menor claridad, con oraciones más complejas, palabras más abstrusas, tópico confuso acerca de un tema menos conocido por la audiencia — como puede ser el caso, por ejemplo, en los discursos legales o médicos que no están dirigidos, primordialmente, hacia una mejor comprensión por parte de los clientes y, en consecuencia, puede asumir formas manipulativas cuando se estorba intencionalmente la comprensión—. En otras palabras, si grupos o instituciones dominantes quieren facilitar la comprensión de información consistente con sus propios intereses e impedir la comprensión de la información que no favorece sus intereses (y viceversa para sus receptores) entonces pueden típicamente usar estas formas de manipulación basadas en la MCP de la comprensión del discurso. Vemos que hay dimensiones cognitivas, sociales, discursivas y éticas implicadas en este caso cuando se dificulta o se perjudica ilegítimamente la comprensión del discurso. La dimensión ética también puede involucrar otro criterio (cognitivo) referido a si este control de la comprensión es *intencional* o no lo es — como es el caso cuando se distingue entre asesinato y homicidio no premeditado o cuasidelito de homicidio—. Esto significa que en los modelos contextuales de los hablantes o escritores hay un plan explícito para dificultar o perjudicar la comprensión.

## 2. Manipulación episódica

La manipulación basada en la MCP se lleva a cabo en forma instantánea (*on-line*) y afecta al proceso estratégico para la comprensión de discursos específicos. Sin embargo, la mayoría de las veces la manipulación está dirigida hacia resultados más estables y por ello se centra en la memoria a largo plazo (MLP), es decir, en el conocimiento, en las actitudes y en

las ideologías, como veremos enseguida. También forman parte de la MLP los recuerdos personales que definen la historia y las experiencias de nuestra vida, representaciones que tradicionalmente se asocian a la memoria episódica. Es decir, nuestro recuerdo de eventos comunicativos —que se encuentran entre nuestras experiencias cotidianas— está almacenado en la memoria episódica, a saber, como modelos mentales específicos con sus propias estructuras esquemáticas. Contar una narración significa formular el modelo mental personal y subjetivo que tenemos de alguna experiencia. Y comprender una noticia o un relato implica la construcción de un similar modelo mental por parte de los receptores.

En la memoria episódica la comprensión de un texto o enunciado se relaciona, pues, con modelos más completos de experiencias. La comprensión no consiste sólo en la asociación de significados y palabras, oraciones o discursos, sino en la construcción de modelos mentales en la memoria episódica, que incluyen nuestras propias opiniones y emociones asociadas con un evento oído o leído. Es este modelo mental el que constituye la base de nuestros futuros recuerdos, así como la base de nuevos aprendizajes, tales como la adquisición de conocimientos, actitudes e ideologías basados en la experiencia.

Nótese que los modelos mentales son únicos, *ad hoc* y personales: es *mi* interpretación individual de este discurso particular en esta situación específica. Por supuesto que estos modelos mentales también implican la ‘instanciación’ de conocimientos y creencias compartidas socialmente —de modo que de hecho podemos comprender a los demás y la comunicación y la interacción es posible—, pero el modelo mental como un todo es único y personal. Existen otros conceptos de modelo (mental, cognitivo) que se usan para representar conocimiento cultural, socialmente compartido (véase, por ejemplo, Shore, 1996), pero no es a ese tipo de modelo al que me estoy refiriendo aquí.

Los modelos mentales no sólo definen nuestra comprensión de los enunciados y los textos en sí mismos (mediante la representación de aquello de lo que trata el discurso), sino también la comprensión de todo el evento comunicativo. Los resultados de esta comprensión se representan en ‘modelos contextuales’, que al mismo tiempo, para los hablantes operan como sus —dinámicamente cambiantes— planes para hablar (van Dijk, 1999).

Dado el papel fundamental que tienen los modelos mentales en el habla y la comprensión, cabe suponer que la manipulación estará especialmente dirigida a la formación, activación y usos de los modelos mentales en la memoria episódica. Si los manipuladores quieren que los receptores entiendan el discurso tal como ellos desean, es fundamental que los receptores formen el modelo mental que los manipuladores quieren que ellos construyan para así restringir la libertad de interpretación o, al menos, la probabilidad de que entiendan el discurso en un sentido contrario al interés de los manipuladores.

Posteriormente vamos a examinar algunas de las estrategias discursivas que están dirigidas de este modo hacia la formación o activación de modelos ‘preferentes’. La mayoría de las veces, la estrategia consiste en enfatizar discursivamente aquellas propiedades del modelo que son coherentes con nuestros intereses (por ejemplo detalles acerca de nuestras buenas obras) y desenfatar discursivamente aquellas propiedades que son incoherentes con nuestros intereses (por ejemplo detalles acerca de nuestras malas obras). Así, culpar a la víctima es una de las formas en las que el grupo dominante influencia discursivamente los modelos mentales de los receptores, por ejemplo, mediante la reatribución de la responsabilidad de las acciones a favor de sus propios intereses. Cualquier estrategia discursiva que puede contribuir así a la formación o reactivación de modelos preferidos puede ser usada en el discurso manipulativo. Como es el caso en el procesamiento de la MCP, gran parte de la formación y activación de modelos está más bien automatizada y el sutil control de los modelos mentales a menudo ni siquiera lo notan los usuarios, con lo que se facilita la manipulación.

### **3. Manipulación de la cognición social**

Manipular discursivamente cómo los receptores comprenden un evento, acción o discurso es, en ocasiones, muy importante, especialmente en el caso de sucesos tan monumentales como el ataque al World Trade Center en Nueva York, el 11 de septiembre del año 2001 o el ataque con bombas en el tren de España el 11 de marzo de 2004. De hecho, el gobierno conservador español dirigido por José María Aznar trató de manipular

la prensa y a los ciudadanos para que creyeran que el ataque había sido cometido por ETA, en vez de por los terroristas islámicos. En otras palabras, a través de sus declaraciones, así como las de su ministro del Interior, Acebes, Aznar quería influenciar la estructura del modelo mental correspondiente al evento, enfatizando el agente preferido del ataque —un modelo que sería consistente con sus propias políticas antiETA—. Dado que pronto se hizo evidente que esta vez no había sido ETA sino que Al Qaeda era el responsable del ataque, los votantes en las elecciones venideras se sintieron manipulados y votaron para sacar a Aznar y al Partido Popular del gobierno.

Aunque estos sucesos y otros semejantes, así como los discursos concomitantes que los describen y explican, dan origen a modelos mentales que pueden ocupar un lugar especial en la memoria episódica de manera que son bien recordados durante largo tiempo, la forma más influyente de manipulación no se centra en la creación de modelos mentales preferidos específicos, sino en conocimientos abstractos más generales, como saberes, actitudes e ideologías. Por ello, si un partido político quiere aumentar su popularidad ante los votantes, tratará de cambiar positivamente la actitud de los votantes acerca de ese partido, porque una actitud general socialmente compartida es mucho más estable que los modelos mentales (y opiniones) de usuarios individuales de la lengua. Influir en las actitudes implica influir en grupos completos y en relación con muchas situaciones. Así, si los gobiernos quieren restringir la inmigración, tratarán de formar o modificar las actitudes de los ciudadanos (incluyendo a las de otras élites) acerca de la inmigración (van Dijk, 1993; Woodak y van Dijk, 2000). En ese caso no necesitan realizar muchos intentos de persuasión cada vez que inmigrantes quieran entrar al país. La manipulación se dirigirá a la formación o modificación de representaciones sociales compartidas más generales —tales como actitudes e ideologías— acerca de temas sociales importantes. Por ejemplo, los gobiernos lo pueden hacer en temas como la inmigración, asociándola con (temores de) el aumento de la delincuencia, como lo hizo el ex Primer ministro Aznar —y otros líderes europeos— en la década pasada.

Vemos que los procesos cognitivos de la manipulación suponen que la MLP no solo almacena experiencias personales subjetivamente interpretadas como modelos mentales, sino también creencias socialmente

compartidas más generales, permanentes y estables, a veces denominadas ‘representaciones sociales’ (Augoustinos y Walter, 1995; Moscovici, 2001). Nuestro conocimiento sociocultural forma el núcleo de estas creencias y nos permite actuar, interactuar y comunicarnos significativamente con otros miembros de la misma cultura. Lo mismo sucede con muchas actitudes e ideologías sociales, compartidas con otros miembros del mismo grupo social, por ejemplo pacifistas, socialistas, feministas, por una parte o racistas y machistas chauvinistas, por la otra (van Dijk, 1999). Estas representaciones sociales se adquieren gradualmente a lo largo de la vida, y si bien pueden cambiar, normalmente no lo hacen de un día para otro. También influyen en la formación y activación de los modelos mentales personales de los miembros del grupo. Por ejemplo, un pacifista interpretará un evento como el ataque de Estados Unidos a Irak, o noticias acerca de eso, de manera distinta a como lo hará un militarista, y por ello desde un modelo mental diferente de tal evento o secuencia de eventos.

Hemos supuesto que los modelos mentales, por una parte, incorporan la historia personal, las experiencias y opiniones de las personas individuales pero que, por otra parte, también representan una instanciación específica de creencias socialmente compartidas. La mayor parte de la interacción y el discurso es, en consecuencia, producido y comprendido en términos de modelos mentales que combinan creencias personales y sociales —de tal forma que explican tanto la univocidad de la comprensión y la producción del discurso como la similitud de nuestra comprensión del mismo texto—. A pesar de las restricciones generales de las representaciones sociales sobre la formación de los modelos mentales y, en consecuencia, sobre la producción y comprensión de los discursos, no hay dos miembros del mismo grupo social, clase o institución, ni aunque estén en la misma situación comunicativa, que produzcan el mismo discurso o interpreten un discurso dado en la misma forma. En otras palabras, los modelos mentales de hechos o situaciones comunicativas (modelos contextuales) son la interfaz necesaria entre lo social, lo compartido y lo general, por una parte, y lo personal, lo único y lo específico en el discurso y la comunicación, por otra.

Mientras que la manipulación puede afectar concretamente a la formación o el cambio de modelos mentales personales, únicos, los objeti-

vos generales de los discursos manipulativos son el control de las representaciones sociales compartidas por grupos de personas, debido a que estas creencias sociales, a su vez, controlan lo que la gente hace y dice en muchas situaciones y por un tiempo relativamente largo. Una vez que la actitud de la gente está influenciada, por ejemplo, en relación con el terrorismo, pocos son los intentos manipulativos necesarios para que se actúe en consecuencia, por ejemplo votar a favor de políticas antiterroristas.

No es sorprendente entonces que, dada la importancia vital de las representaciones sociales para la interacción y el discurso, la manipulación se centre en la cognición social y, por tanto, en grupos de personas más que en personas individuales y sus modelos personales únicos. También en este sentido la manipulación es una práctica discursiva que involucra tanto dimensiones cognitivas como sociales. Por ello, deberíamos prestar especial atención a esas estrategias discursivas que, típicamente, influyen en las creencias socialmente compartidas.

Una de estas estrategias es la generalización, que consiste en que un ejemplo concreto específico que ha impactado en los modelos mentales de la gente se generaliza a conocimiento y actitudes o, incluso, a ideologías fundamentales. El más notable de los ejemplos recientes es la manipulación de Estados Unidos a la opinión mundial acerca del terrorismo después del 11 de septiembre, en el cual modelos mentales muy fuertes y pertinaces de ciudadanos acerca de estos hechos se generalizan a temores, actitudes e ideologías más generales acerca del terrorismo y temas relacionados. Éste es también un ejemplo genuino de manipulación masiva, porque las representaciones sociales resultantes no favorecen el interés de los ciudadanos cuando estas actitudes están siendo manipuladas con el fin de aumentar drásticamente el gasto militar, legitimar la intervención militar y legislar severas restricciones a la libertad y los derechos civiles (tal como el Acto Patriótico). La manipulación en este caso es un abuso de poder porque los ciudadanos son manipulados para que crean que estas medidas son tomadas para defenderlos (de los muchos libros acerca de la manipulación de la opinión pública después de los ataques del 11 de septiembre en Estados Unidos véase, por ejemplo, Ahmed, 2005; Chomsky, 2004; Greenberg, 2002; Halliday, 2002; Palmer, 2003; Sidel, 2004; Zizek, 2002).

Este notable ejemplo de manipulación nacional e internacional por parte del gobierno de Estados Unidos, en parte apoyada y llevada a cabo por los medios masivos de comunicación, también muestra algunos de los mecanismos cognitivos de la manipulación. Así, primero se usa un suceso muy emocional con un fuerte impacto en los modelos mentales de la gente con el fin de influir en estos modelos según la preferencia —por ejemplo en términos de una fuerte polarización entre Nosotros (buenos e inocentes) y Ellos (malos y culpables)—. En segundo lugar, mediante repetidos mensajes y la explotación de sucesos relacionados (por ejemplo otros ataques terroristas). Este modelo preferido se puede generalizar a representaciones sociales más estables y complejas acerca de los ataques terroristas o incluso a una ideología antiterroristas. Es importante, en estos casos, que los intereses y beneficios de quienes tienen el control de la manipulación se oculten, oscurezcan o nieguen, mientras que los beneficios de ‘todos nosotros’, de ‘la nación’, etcétera, se enfatizan, por ejemplo en términos de un aumento del sentimiento de seguridad. Que por las acciones antiterroristas e intervención militar las corporaciones comerciales y militares que fabrican armas y equipamiento de seguridad se puedan beneficiar, o que se pueda promover mayores actos de terrorismo y, por lo tanto, la seguridad de los ciudadanos pueda peligrar más, obviamente no son parte de las actitudes preferidas que persigue esta manipulación. En consecuencia, una condición cognitiva para la manipulación es que a los receptores (personas, grupos, etcétera) se les haga creer que algunas acciones o políticas van a favorecer sus propios intereses cuando, de hecho, favorecen los intereses de los manipuladores y sus asociados.

Los ejemplos de la inmigración, la violencia política e ideologías antiterroristas, involucran fuertes opiniones, actitudes e ideologías y son casos ejemplares de manipulación de toda la población por parte de los medios y el gobierno. Sin embargo, la manipulación de la cognición social puede también incluir las bases mismas de toda la cognición social: el conocimiento general compartido socioculturalmente. De hecho, una de las mejores formas de detectar y resistir intentos de manipulación es el conocimiento específico (por ejemplo acerca de los actuales intereses de los manipuladores) así como conocimiento general (por ejemplo acerca de las estrategias para mantener el presupuesto militar elevado). Será, pues,

de interés de los grupos dominantes asegurarse que no se adquiriera un conocimiento general relevante y potencialmente crítico o que sólo se adquiriera conocimiento parcial, mal dirigido o prejuiciado.

Un ejemplo bien conocido de esta última estrategia fue la afirmación con la que el gobierno de Estados Unidos y sus aliados legitimaron el ataque a Irak en 2003: «conocimiento» acerca de armas de destrucción masiva, conocimiento que luego resultó falso. Se oculta información que puede llevar a conocimientos que se podrían usar para resistir la manipulación, por ejemplo, acerca de los costes reales de la guerra, el número de muertos, la naturaleza del «daño colateral» (civiles muertos en bombardeos masivos y otras acciones militares), etcétera, característicamente es ocultado, limitado o de alguna manera hecho aparecer menos arriesgado y, por ello, discursivamente desenfatisado mediante eufemismos, expresiones vagas, implícitos, etcétera.

La manipulación puede afectar las representaciones sociales de muchas maneras, tanto en su contenido como en su estructura. Aunque por ahora sabemos muy poco acerca de la organización interna de las representaciones sociales, es muy posible que incluyan categorías esquemáticas de los participantes y sus propiedades, así como las típicas (inter)acciones que (se cree) realizan, cómo, cuándo y dónde. Así, las actitudes hacia los ataques terroristas pueden incluir una estructura tipo guión, con los terroristas como actores principales, asociados con un número de atributos prototípicos (cruels, radicales, fundamentalistas, etcétera) que usan medios violentos (por ejemplo bombas) para matar a inocentes civiles como sus víctimas, etcétera. Estas actitudes son adquiridas gradualmente por generalización y abstracción en este caso de modelos mentales formados a partir de noticias, declaraciones gubernamentales, así como de películas, entre otros discursos. Es importante que se hable o escriba acerca de ‘nuestras’ formas de violencia política, como las intervenciones militares o las acciones policiales, de tal modo que no den origen a modelos mentales que se puedan generalizar como ataques terroristas, sino como legítimas formas de resistencia (armada) o castigo. Y viceversa, los ataques terroristas deben ser representados de tal forma que no se puedan legitimar en ningún modelo mental o actitud. La idea misma de ‘terrorismo de Estado’ es por ello controvertida y usada principalmente por disidentes, haciendo, por lo demás, difusa la distinción en-



tre acciones terroristas ilegítimas y acciones militares o gubernamentales legítimas (Gareau, 2004). Los principales medios de comunicación, consecuentemente, evitan describir la violencia de Estado en términos de ‘terrorismo’.

Finalmente, la manipulación de la cognición social puede afectar incluso a las normas y valores usados para evaluar los sucesos y las personas y condenar o legitimar acciones. Por ejemplo, en la manipulación de opiniones globales mundiales, quienes abogan por ideologías neoliberales de mercado, típicamente, enfatizarán y tratarán de que se adopte el valor primario de ‘libertad’, un valor muy positivo, pero en ese caso específicamente interpretado como libertad de empresa, la libertad del mercado, o estar liberado de la interferencia del gobierno en el mercado. En el caso de las acciones y amenazas, el discurso antiterrorista celebra el valor de la seguridad, asignándole una prioridad más elevada que, por ejemplo, al valor de los derechos civiles o de la equidad (Doherty y McClintock, 2002).

Vemos cómo la dimensión cognitiva de la manipulación implica los procesos de comprensión estratégica que afectan al procesamiento en la MCP, la formación de modelos mentales preferidos en la memoria episódica y, por último y más fundamentalmente, la formación o cambios de las representaciones sociales, tales como conocimientos, actitudes, ideologías, normas y valores. Los grupos de personas que de este modo adoptan las representaciones sociales preferidas por los grupos o instituciones dominantes, prácticamente no necesitan más manipulación: tenderán a creer y actuar de acuerdo con estas manipuladas cogniciones sociales porque las han hecho propias. Así, tal como lo hemos visto, las ideologías racistas o xenofóbicas manipuladas por las élites servirán como base permanente de discriminación — como culpar a las víctimas — de los inmigrantes: una estrategia muy efectiva para dirigir la atención crítica lejos de las políticas del gobierno o de otras élites (van Dijk, 1993).

### *Discurso*

La manipulación, tal como es definida aquí, se realiza mediante el discurso, en sentido amplio, es decir, incluyendo características no verbales, como gestos corporales y faciales, diseño de la impresión, cuadros, música, sonido, etcétera. Obsérvese que aun cuando las estructuras del

discurso en sí no son manipulativas, sólo tienen esa función o efecto en situaciones comunicativas específicas y según cómo son interpretadas por los participantes en sus modelos contextuales. Por ejemplo, tal como se estipuló anteriormente, la manipulación es una práctica social de abuso de poder que involucra grupos dominantes y grupos dominados, o instituciones y sus clientes. Esto significa que, en principio, un 'mismo' discurso (o fragmento de discurso) en una situación comunicativa puede ser manipulativo y no serlo en otra situación. Es decir, el significado manipulativo (o evaluación crítica) del texto oral o escrito depende de los modelos contextuales de los receptores —incluyendo sus modelos de los hablantes o escritores y las intenciones que se les atribuye—. También hemos visto que el discurso manipulativo ocurre típicamente en la comunicación pública controlada por élites corporativas, académicas, mediáticas, burocráticas o políticas dominantes. Esto también significa restricciones contextuales, a saber, sobre los participantes, sus roles, sus relaciones y sus acciones y cogniciones típicas (conocimientos, metas). En otras palabras, el discurso se define como manipulativo, en primer lugar, en términos de los modelos contextuales de los participantes.

Y, sin embargo, aunque las estructuras discursivas *per se* no son necesariamente manipulativas, algunas de ellas pueden ser más eficientes que otras en el proceso de influir en las mentes de los receptores a favor de sus propios intereses. Por ejemplo, tal como ya se sugirió, los titulares se usan típicamente para expresar los tópicos y señalar la información más importante de un texto y, por ello, se pueden utilizar para asignarle peso (extra) a hechos que en sí no serían tan importantes. Y viceversa, discursos acerca de hechos o estados de cosas que son muy relevantes para los ciudadanos o clientes tal vez no se incluyan en los titulares si enfatizan las características negativas de grupos o instituciones dominantes. Es decir, la prensa *nunca* publica narraciones acerca del racismo ni mucho menos enfatiza esta información mediante grandes titulares en primera página (van Dijk, 1991).

La estrategia general de una autopresentación positiva y una presentación negativa de los otros es muy típica en esta descripción sesgada de los hechos a favor de los intereses propios, mientras que se culpa de los hechos y situaciones negativas a los oponentes o los Otros (inmigrantes, terroristas, juventud, etcétera). Esta estrategia, como se acostumbra a ha-

cer, se puede aplicar a las estructuras de muchos niveles del discurso (para más ejemplos y detalles, véase van Dijk, 2003):

- Estrategias generales de interacción
  - Autopresentación positiva.
  - Presentación negativa de los Otros.
- Macroactos de habla que implican Nuestras ‘buenas’ obras y Sus ‘malos’ actos, por ejemplo, acusación, defensa.
- Macroestructuras semánticas: selección de tópico
  - (Des)enfatar los tópicos negativos/positivos acerca de Ellos/ Nosotros.
- Actos de habla locales que implementan y apoyan los globales, esto es, afirmaciones que prueban las acusaciones
- Significados locales Nuestras/Sus acciones positivas/negativas
  - Dar muchos/pocos detalles.
  - Ser general/específico.
  - Ser vago/específico.
  - Ser explícito/implícito.
  - Etcétera.
- Lexicón: selección de palabras positivas para Nosotros y negativas para Ellos
- Sintaxis local
  - Oraciones activas frente a pasivas, nominalizaciones: (Des)enfatar Nuestra/Su agentivización y responsabilidad positiva/negativa.
- Figuras retóricas
  - Hipérboles frente a eufemismos para significados positivos/negativos.
  - Metonimias y metáforas que enfatizan nuestras/sus propiedades positivas/negativas.
- Expresiones: sonoras y visuales
  - Enfatizar (fuerte, etcétera; grande, negritas, etcétera) significados positivos/negativos.
  - Ordenar (al inicio, al final; arriba, abajo, etcétera) significados positivos/negativos.

Estas estrategias y alteraciones en diversos niveles del discurso difícilmente son sorprendentes, porque implementan el cuadrado ideológico

usual de la polarización de grupos discursivos des/enfatizar buenas/malas cosas nuestras/de ellos que uno encuentra en todos los discursos ideológicos (van Dijk, 1999). Dado que la manipulación sociopolítica, como la hemos discutido aquí, también implica dominación (abuso de poder), es muy posible que tal manipulación también sea ideológica. Así pues, los discursos manipulativos que siguieron a los ataques terroristas del 11 de septiembre y de marzo en Nueva York y Madrid, respectivamente, estaban plagados de ideologías racistas, antiárabe, antiIslam, antiterrorista, nacionalista; enfatizando la naturaleza malvada de los terroristas y la libertad y principios democráticos de las naciones ‘civilizadas’. Por ello, si Bush y sus partidarios quieren manipular a los políticos y/o a los ciudadanos de Estados Unidos de Norteamérica para que acepten ir a la guerra contra Irak, se comprometan en una serie de acciones a nivel mundial en contra de los terroristas y sus protectores (comenzando con Afganistán), y adopten una ley que limita seriamente los derechos civiles de los ciudadanos, entonces ese discurso será masivamente ideológico. Es decir, lo hacen, enfatizando ‘Nuestros’ valores fundamentales (libertad, democracia, etcétera) que contrastan con los ‘malos’ valores atribuidos a los ‘Otros’. Así consiguieron hacer creer a los ciudadanos traumatizados por el ataque a las Torres Gemelas que el país estaba bajo ataque y que sólo una ‘guerra contra el terrorismo’ podía evitar una catástrofe. Y los que no acepten este argumento pueden ser acusados de ser poco patriotas.

Análisis mucho más detallados de estos discursos han mostrado que son fundamentalmente ideológicos de esta forma, y es posible que las manipulaciones sociopolíticas siempre involucren ideologías, actitudes ideológicas y estructuras discursivas ideológicas (véase el número especial doble en *Discourse & Society*, vol. 15, nºs 3-4, 2004, acerca de los discursos del 11 de septiembre editado por Jim Martin y John Edwards). Si muchos líderes de Europa occidental, incluyendo al ex Primer ministro Aznar y más recientemente también a Tony Blair, quieren limitar la inmigración para aumentar el apoyo de los votantes, entonces estas políticas y discursos manipulativos son también muy ideológicos, implicando los sentimientos nacionalistas la polarización Nosotros/Ellos y una representación sistemáticamente negativa de los Otros en términos de valores, características y acciones negativos (delincuencia, entrada ilegal, violencia, etcétera).

Aunque la manipulación sociopolítica es generalmente ideológica y los discursos manipulativos presentan los patrones de polarización ideológica en todos los niveles de análisis, las estructuras discursivas y las estrategias de manipulación no pueden reducirse simplemente a los de cualquier discurso ideológico. De hecho, podemos tener discursos sociopolíticos que no son manipulativos, como los debates parlamentarios persuasivos o una discusión en un periódico o en la televisión. En otras palabras, dado nuestro análisis del contexto sociocognitivo del discurso manipulativo, necesitamos examinar las restricciones específicas formuladas anteriormente, como la posición dominante del manipulador y la falta de conocimiento relevante de los receptores.

Tal como se sugirió anteriormente, no es probable que existan estrategias discursivas que sólo sean usadas en la manipulación. El lenguaje raramente es tan específico (se usa en muchas situaciones diferentes y por gente muy diferente, de diferentes convicciones ideológicas). Esto quiere decir que las mismas estructuras discursivas se usan en la persuasión, la información, la educación y otras formas legítimas de comunicación. Sin embargo, dada una situación social específica, puede haber estrategias concretas preferentes en la manipulación, esto es, prototipos manipulativos. Por ejemplo, tipos específicos de falacias se pueden usar para persuadir a la gente para que crea o haga algo, por ejemplo, aquellas que son difíciles de resistir, como la falacia de la autoridad que consiste en dirigirse a los devotos católicos con el argumento de que también el Papa cree o recomienda tal acción, o dirigirse a los musulmanes señalando que tal cosa también es recomendada por el Corán.

Así, introducimos el criterio contextual de que los receptores de la manipulación —como una forma de abuso de poder— pueden ser definidos como víctimas, y esto significa que de algún modo deben ser caracterizadas como carentes de los recursos fundamentales para resistir, detectar o evitar la manipulación. Fundamentalmente, esto puede implicar:

- a) Ausencia o insuficiente conocimiento relevante —de modo que no se pueden formular contraargumentaciones frente a aseveraciones falsas, incompletas o prejuiciadas.
- b) Normas, valores e ideologías fundamentales que no se pueden negar o ignorar.
- c) Emociones fuertes, traumas, etcétera, que hace vulnerable a la gente.

- d) Posiciones sociales, profesiones, estatus, etcétera, que inducen a la gente a tender a aceptar los discursos, argumentos, etcétera, de personas, grupos u organizaciones de élite.

Éstas son condiciones típicas de la situación social, emocional y cognitiva del evento comunicativo y también se incorporan, en parte, en los modelos contextuales de los participantes, es decir, controlan sus interacciones y discursos. Por ejemplo, si los receptores del discurso manipulativo sienten miedo de un hablante, esto se representará en sus modelos contextuales, y lo mismo es válido para sus posiciones relativas y la relación de poder entre ellos y el hablante. Y a la inversa, para que la manipulación sea exitosa, los hablantes deben tener un modelo mental de los receptores y su (falta de) conocimiento, sus ideologías, emociones, experiencias anteriores, etcétera.

Obviamente, no es necesario que todos los receptores tengan las propiedades ideales del blanco de la manipulación. Puede ser suficiente que un grupo grande o mayoritario tenga tales propiedades. Por eso, en la mayoría de las situaciones reales habrá gente escéptica, cínica, incrédula o disidente que serán impermeables a la manipulación, pero mientras éstas no dominen los medios de comunicación de circulación principal, o las élites institucionales u organizacionales, el problema de los contradiscursos son menos serios para los manipuladores.

Reiteramos que el ejemplo reciente más típico ha sido la guerra contra Irak, dirigida por Estados Unidos, en la que la mayoría de los principales medios de comunicación apoyaron al gobierno y al Congreso, y las voces críticas fueron efectivamente marginadas. En cuanto estas voces se hacen más poderosas y más difundidas, como sucedió con la guerra contra Vietnam, la manipulación funciona de forma menos eficiente y finalmente puede llegar a ser inútil, porque los ciudadanos tienen suficiente contrainformación y contraargumentos como para resistir el discurso manipulativo. De hecho, como fue el caso después del ataque terrorista con bombas en Madrid, los ciudadanos pueden resentir tanto la manipulación que se vuelvan en contra del manipulador y voten para sacarlo de sus cargos.

Dadas estas restricciones contextuales, podemos centrarnos en aquellas estructuras discursivas que presuponen tales restricciones:

- a) Enfatizan la posición, el poder, la autoridad o superioridad moral del hablante o sus fuentes —y, de ser relevante, la posición inferior, la falta de conocimientos de los receptores, etcétera.
- b) Enfocan las (nuevas) creencias que el manipulador quiere que el receptor acepte como conocimiento, así como en los argumentos, pruebas, etcétera, que hacen que esas creencias sean más aceptables.
- c) Desacreditan fuentes o creencias alternativas (disidentes).
- d) Apelan a las ideologías, actitudes y emociones relevantes de los receptores.

En resumen, y en términos muy informales, la estrategia general del discurso manipulativo consiste en enfocar discursivamente aquellas características sociales y cognitivas de los receptores que los hacen más vulnerables, menos resistentes a la manipulación, que los hacen crédulos y víctimas dispuestas a aceptar creencias y hacer cosas que normalmente no harían. Es aquí donde tiene un papel la condición esencial de dominación e desigualdad.

Tal como se formuló anteriormente, estas estrategias del discurso manipulativo parecen ser mayoritariamente semánticas, en otras palabras, focalizan el contenido del texto o del enunciado. Sin embargo, como es el caso en la implementación de las ideologías, estos significados preferentes pueden enfatizarse o desenfatzarse de la manera corriente, como ya se dijo: al (des)topicalizar los significados, mediante actos de habla específicos, significados locales, más o menos precisos o específicos, manipulando la información explícita frente a implícita, la lexicalización, las metáforas y otras figuras retóricas, así como mediante la expresión y realización específicas (entonación, volumen, rapidez; disposición, tipo de letra, fotos, etcétera). Por tanto, la poderosa posición del hablante se puede enfatizar mediante un contexto muy formal, la vestidura, el tono de voz, la selección léxica, etcétera, como un discurso oficial del presidente dirigiéndose a la nación o al Congreso. La confiabilidad de las fuentes puede destacarse aún más, mencionando fuentes de autoridad, mediante el uso de fotos, etcétera, como también fue el caso para demostrar la presencia de armas de destrucción masiva en Irak. Se pueden activar y apelar a las emociones mediante palabras emotivas especiales, retórica dramática (hipérboles, etcétera) fotografías, etcétera. Un oponente o di-

sidente puede ser desacreditado mediante la muestra usual de la polarización Nosotros/ Ellos, mencionada anteriormente. Cada uno de estos rasgos discursivos de manipulación debe ser examinado más detalladamente para ver cómo se formulan, cómo funcionan en el texto y en el enunciado y cómo logran sus funciones y sus efectos.

### *Un ejemplo: la legitimización de Tony Blair de la guerra contra Irak*

Ahora bien, examinemos un ejemplo de un bien conocido de discurso manipulativo, cuando el Primer ministro Tony Blair, en marzo de 2003 legitimó la decisión de su gobierno de ir a la guerra junto al presidente de Estados Unidos e invadir Irak. Éste es un ejemplo clásico que ha atraído mucha atención en la prensa y también de analistas académicos de diferentes disciplinas. El caso es importante debido a que hasta la siguiente elección de mayo de 2005, Tony Blair fue acusado de haber engañado consistentemente a los ciudadanos británicos acerca de su decisión.

Examínese el siguiente fragmento inicial de su debate:

(1) Al comienzo, yo digo que está bien que el Congreso discuta este tema y emita un juicio. Es la democracia que es nuestro derecho, pero por la cual otros batallan en vano. Por otra parte, yo les digo que no miro en menos las posiciones que se oponen a la mía. Ésta es indudablemente una difícil decisión, pero también es una decisión dura: retirar nuestras tropas ahora y regresar, o mantenerse firme al curso que ya hemos fijado. Yo creo apasionadamente que debemos mantener el curso. La pregunta planteada con mayor frecuencia no es «¿por qué importa?», sino «¿por qué importa tanto?». Hemos aquí, el gobierno, frente a su más difícil prueba, su mayoría en riesgo, la renuncia del Gabinete por un tema de política, los principales partidos internamente divididos, gente que está de acuerdo en todo lo demás.

Ah, sí, por supuesto. Los Liberales Demócratas —unificados, como siempre, en el oportunismo y el error.

[Interrupción]

Tony Blair comienza su discurso con una *captatio benevolentii* bien conocido que es, al mismo tiempo, un movimiento de la estrategia general de una autopresentación positiva, al enfatizar sus credenciales democráticas: respeto por el Parlamento y las opiniones de otros, así como el re-



conocimiento de la dificultad de la elección acerca de ir o no ir a la guerra. Aquí la manipulación consiste en sugerir que el Parlamento de Gran Bretaña (aún) tenía el derecho a decidir si ir o no a la guerra, aunque era evidente que esa decisión ya se había tomado el año anterior. En la siguiente oración, Blair también insiste que él/nosotros/ellos deben mantenerse firme, lo que también es una acción estratégica de autopresentación positiva. Y, finalmente, cuando se refiere a su ‘apasionada creencia’ vemos que, junto a sus argumentos racionales, Blair también presenta su lado emocional (y por ello vulnerable), enfatizando de este modo la fuerza de sus creencias.

Incluso concede que el asunto es tan serio que por primera vez —debido a las opiniones y los votos, incluso en el interior de su propio partido, en contra de la guerra en Irak— la mayoría de su gobierno está en peligro. En segundo lugar, él interpreta la bien conocida polarización de la oposición entre Nosotros (democracias) y Ellos (la dictadura), implicando políticamente con ello que quienes se oponen a la guerra podrían ser acusados de apoyar a Saddam Hussein —tratando así de silenciar a la oposición—. Ir a la guerra es, entonces, una manera de defender la democracia, un argumento implícito falaz que es muy común en la manipulación, a saber, asociar a los receptores con el enemigo y, por ello, como posibles traidores. Esta acción luego es apoyada por otra —ideológica—, a saber, la del nacionalismo. Esto se aplica cuando se refiere a ‘las tropas británicas’ que no pueden ser retiradas, lo cual también implica políticamente que no apoyar a las tropas británicas es desleal y también una amenaza para el Reino Unido, la democracia, etcétera.

Finalmente, después de la protesta en el Congreso por hablar sólo de los dos principales partidos (Laborista y Conservador) él desacredita la oposición del partido Liberal Demócrata, ridiculizándolos y llamándolos oportunistas.

Vemos que incluso en esas pocas líneas ya están presentes todos los aspectos de la manipulación:

- a) la polarización ideológica (Nosotros/Democracias; nacionalismo: apoyar las tropas);
- b) autopresentación positiva por superioridad moral (permite el debate, respeta la opinión de los otros, lucha por la democracia, mantenerse firme, etcétera);

- c) énfasis en su poder a pesar de la oposición;
- d) descrédito al oponente, los Liberales Demócratas, por ser oportunistas;
- e) emocionalización del argumento (creencias apasionadas).

En resumen, aquellos que se oponen a la guerra son acusados implícitamente (y una vez explícitamente, como los socialdemócratas) por ser menos patrióticos, por no estar dispuestos a resistir la dictadura, etcétera.

Considérese este otro párrafo del discurso de Blair:

(2) El país y el Parlamento se reflejan mutuamente. Éste es un debate que, a medida que ha pasado el tiempo, se ha vuelto menos amargo, pero no menos grave. Entonces, ¿por qué importa tanto? Porque el resultado de este asunto va a determinar ahora más que la suerte del régimen iraquí y más que el futuro del pueblo iraquí que ya ha sido brutalizado por tanto tiempo por Saddam Hussein, por importante que sean estos temas. Va a determinar la forma en que Gran Bretaña y el mundo afronten la amenaza a la seguridad central del siglo XXI, el desarrollo de las Naciones Unidas, las relaciones entre Europa y Estados Unidos, las relaciones en el interior de la Unión Europea y la manera en que Estados Unidos se compromete con el resto del mundo. Así que difícilmente podría ser más importante. Determinará el patrón de la política internacional para la próxima generación.

La manipulación en este fragmento se hace aun más explícita. Primero, Blair continúa su autopresentación positiva, enfatizando sus generosas y democráticas credenciales (reconociendo la oposición en el Parlamento y el país). En segundo lugar, destaca retóricamente la seriedad del asunto (con el añadido «no menos grave»). En tercer lugar, continúa la estrategia de la polarización ideológica (Nosotros/Democracia frente a Ellos/ Dictadura). En cuarto lugar, usa la hipérbole («brutalizados») para destacar que el Otro es malo. Y finalmente, y muy importante, extiende la oposición ideológica entre Nosotros y Ellos a un intragrupo Nosotros, Europa, Estados Unidos y el resto del mundo, afrontando la principal amenaza a la seguridad. En suma, lo que en realidad es, entre otras muchas cosas, lograr el control, junto con Estados Unidos, del más importante país petrolero en Oriente Medio, con la excusa de las armas de destrucción masiva y el apoyo al terrorismo. Además de esta extensión del intragrupo desde ‘Nosotros’ en el Reino Unido al resto del mundo ‘li-

bre' (una acción que uno podría llamar 'globalización ideológica'), también somos testigos de otras acciones hiperbólicas para enfatizar la seriedad de la situación, por ejemplo, la extensión del tiempo: «para la próxima generación».

En pocas palabras, vemos que la manipulación se centra en varios temas fundamentales: la lucha internacional entre el Bien y el Mal, la solidaridad nacional e internacional, la seriedad de la situación como conflicto internacional, autopresentación positiva como fuerte («firme») y moralmente superior, la presentación negativa del Otro (por ejemplo, de la oposición) como oportunista.

En el resto de su discurso, que no analizaremos aquí, Blair utiliza las siguientes acciones manipulativas:

- a) historia de las secuelas de la anterior guerra contra Irak, la importancia del asunto de las armas de destrucción masiva (ADM), las malas intenciones de Hussein y las engañosas inspecciones de armas por parte de la ONU, etcétera;
- b) descripción de las ADM: ántrax, etcétera;
- c) repetidas expresiones de dudas acerca de la credibilidad de Hussein;
- d) repetidas autopresentaciones positivas: detalles acerca de su disposición para llegar a acuerdos, por ser razonables («Una vez más yo desafío a cualquiera a describir esto como una proposición poco razonable»).

Es decir, esta parte es esencialmente lo que faltaba en la primera: una descripción detallada de 'los hechos históricos', hasta la Resolución 1441 del Consejo de Seguridad, como una legitimación de la guerra.

Aunque este único ejemplo, obviamente, no presenta todas las estrategias relevantes del discurso manipulativo, hemos encontrado algunos de sus ejemplos clásicos, tales como enfatizar el propio poder y superioridad moral, desacreditar a los opositores, dando detalles de los 'hechos', polarización entre Nosotros y Ellos, presentación negativa del Otro, alineamiento ideológico (democracia, nacionalismo), apelación emocional, etcétera.

Los miembros del Parlamento no son precisamente personas estúpidas y no hay duda de que ellos comprenden perfectamente muchas de las acciones de Blair de legitimización y manipulación. Sin embargo,

existe un punto crítico en el que son menos poderosos que el gobierno: carecen de la información decisiva, por ejemplo, de los servicios secretos, acerca de las armas de destrucción masiva como para ser capaz de aceptar la legitimidad de la invasión a Irak. En segundo lugar, la mayoría laborista en el Senado, aun cuando muchos se oponían a la invasión — como la mayoría de los ciudadanos británicos — difícilmente puede rechazar la moción de Blair sin riesgo para el gobierno laborista. Sabemos que sólo unos pocos políticos laboristas desafían abiertamente el liderazgo del partido y, en consecuencia, estarían dispuestos a arriesgar sus trabajos. En tercer lugar, tal rechazo también significaría desafiar a Estados Unidos y perjudicar su amistad con el Reino Unido. Afortunadamente, nadie en el Senado puede defender moralmente una muestra de falta de solidaridad con los tropas británicas en el exterior — y ser reelegido —. Y, finalmente, no apoyar esta moción se podría explicar (y se ha hecho) como una defensa de Saddam Hussein: una doble atadura y una situación *Catch 21* (trampa 21) en la que, especialmente la izquierda, que se dedica más intensamente a la lucha contra la dictadura, difícilmente puede estar en desacuerdo con el argumento manipulativo.

Estos criterios también diferencian entre manipulación y legítima persuasión, aun cuando en la vida real estos dos tipos de control mental se superponen. Es decir, muchas de las estrategias usadas también se pueden aplicar en la retórica parlamentaria perfectamente legítima. Sin embargo, en este caso lo que se define como una emergencia nacional e internacional, incluso un Parlamento poderoso como el británico, puede ser manipulado para que acepte la política del Primer ministro de unirse con Estados Unidos en lo que se presenta como la guerra en contra de la tiranía y el terrorismo. Tanto contextualmente — el hablante como líder del partido laborista y Primer ministro, los receptores como miembros del Parlamento y ciudadanos británicos, etcétera — así como textualmente, Blair define la situación de tal forma que pocos miembros del Parlamento *pueden* rechazarlo, aun cuando saben que están siendo manipulados y probablemente también les estén mintiendo.

En resumen, los miembros del Parlamento son, de muchas formas, ‘víctimas’ de la situación política y, por ello pueden ser manipulados por los que están en el poder, como sucedió en Estados Unidos. Al aceptar las razones dadas por Blair en su discurso, y con ello legitimar la guerra,

son manipulados para que acepten no sólo creencias específicas, por ejemplo acerca de la seguridad internacional, sino también la moción y así estar de acuerdo en mandar tropas a Irak.

## Comentarios finales

En este capítulo hemos tomado un enfoque multidisciplinario para explicar la manipulación discursiva. A fin de distinguir este tipo de discurso de otras formas de influencia, primero lo definimos desde la perspectiva social, como una forma de abuso de poder o dominación. En segundo lugar, lo enfocamos en las dimensiones *cognitivas* de la manipulación, identificando qué significa la dimensión ‘control mental’ de la manipulación. Y finalmente, analizamos las diversas dimensiones *discursivas* de la manipulación al enfocar las usuales estructuras polarizadas de auto-presentación positiva frente a la presentación negativa de los Otros, expresando así un conflicto ideológico. Además, encontramos que la manipulación incluye destacar el poder, la superioridad moral y credibilidad del o de los hablante(s) y desacreditar a los disidentes, mientras se vilipendia a los Otros, al enemigo; el uso del recurso emocional, y aduciendo pruebas aparentemente irrefutables de las propias creencias y razones. De cualquier modo, como se hace evidente, se requerirán futuros trabajos para proveer muchos más detalles acerca de los aspectos sociales, cognitivos y discursivos de la manipulación.

## Bibliografía

- Ahmed, N. (2005). *The war on truth. 9/11, disinformation, and the anatomy of terrorism*. Nueva York: Olive Branch Press.
- Augoustinos, M. y Walker, I. (1995). *Social cognition. An integrated introduction*. Londres: Sage.
- Britton, B. y Graesser, A. (eds.) (1996). *Models of understanding text*. Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Chomsky, N. (2004). *Hegemony or survival. America's quest for global dominance*. Nueva York: Henry Holt.
- Clegg, S. (1975). *Power, rule, and domination: A critical and empirical understanding of power in sociological theory and organizational life*. Londres: Routledge & Paul.
- Doherty, F. y McClintock, M. (2002). *A year of loss. Reexamining civil liberties since September 11*. Nueva York: Lawyers Committee for Human Rights.

- Edwards, J. y Martin, J. (eds.) (2004). «Introduction: Approaches to Tragedy». *Discourse & Society*, vol. 15, n<sup>os</sup> 3-4, pp. 147-154.
- Gareau, F. (2004). *State terrorism and the United States. From counterinsurgency to the war on terrorism*. Atlanta, GA: Clarity Press.
- Greenberg, B. (ed.) (2002). *Communication and terrorism. Public and media responses to 9/11*. Cresskill, NJ: Hampton Press.
- Grice, H. (1975). «Logic and conversation». En P. Cole y J. Morgan (eds.), *Syntax and semantics: Speech acts*, vol. 3, pp. 68-134. Nueva York: Academic Press.
- Habermas, J. (1984). *The theory of communicative action*. Boston: Beacon Press.
- Halliday, F. (2002). *Two hours that shook the world. September 11, 2001: Causes and consequences*. Londres: Sage Books.
- Kintsch, W. (1998). *Comprehension. A paradigm for cognition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Luke, T. (1989). *Screens of power: Ideology, domination, and resistance in informational society*. Urbana: University of Illinois Press.
- Moscovici, S. (2001). *Social representations. Explorations in social psychology*. Nueva York: New York University Press.
- Palmer, N. (2003). *Terrorism, war, and the press*. Hollis, NH: Hollis Publishing Company.
- Shore, B. (1996). *Culture in mind. Cognition, culture, and the problem of meaning*. Nueva York: Oxford University Press.
- Sidel, M. (2004). *More secure, less free? Antiterrorism policy & civil liberties after September 11*. Ann Arbor, MI: University of Michigan Press.
- van Dijk, T. (1989). «Structures of discourse and structures of power». En J. Anderson (ed.), *Communication Yearbook*, n<sup>o</sup> 12, pp. 18-59. Newbury Park, CA: Sage.
- (1991). *Racism and the press*. Londres: Routledge.
- (1993). *Elite discourse and racism*. Newbury Park, CA: Sage.
- (1996). «Discourse, power and access». En C. Caldas-Coulthard y M. Coulthard (eds.), *Texts and practices: Readings in critical discourse analysis*, pp. 84-104. Londres: Routledge.
- (1998). *Ideology: A multidisciplinary approach*. Londres: Sage Publications.
- (1999). «Context models in discourse processing». En H. van Oostendorp y S. Goldman (eds.), *The construction of mental representations during reading*, pp. 123-148. Mahwah, NJ: Erlbaum.
- (2001). «Multidisciplinary CDA: A plea for diversity». En R. Wodak y M. Meyer (eds.), *Methods of critical discourse analysis*, pp. 95-120. Londres: Sage.
- (2003). *Ideología y discurso*. Barcelona: Ariel.
- y Kintsch, W. (1983). *Strategies of discourse comprehension*. Nueva York: Academic Press.
- van Oostendorp, H. y Goldman, S. (1999). *The construction of mental representations during reading*. Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Wodak, R. y van Dijk, T. (eds.) (2000). *Racism at the top. Parliamentary discourses on ethnic issues in six European states*. Klagenfurt: Drava Verlag.
- Zizek, S. (2002). *Welcome to the desert of the real! Five essays on 11 September and related dates*. Londres: Verso.



## La contextualización del discurso parlamentario: Aznar, Irak y la pragmática del mentir

### La relevancia del ‘contexto’

Uno de los desarrollos nuevos del estudio discursivo está representado por el creciente interés en el análisis del contexto. Este desarrollo debe verse en oposición al trasfondo representado en la concepción crecientemente multidisciplinar del análisis del texto y del habla en la mayoría de las ciencias humanas y sociales. Hoy ya no es adecuado examinar solamente las estructuras ‘lingüísticas’ del discurso ‘en sí mismo’, ni siquiera limitarse uno mismo a las estructuras autónomas de interacción de la conversación, sino que es necesario buscar más allá del discurso y examinar sus ambientes cognitivo, social, político, cultural e histórico:

- En la lingüística y, especialmente, en la lingüística sistémica se han hecho varias propuestas para analizar el contexto (Ghadessy, 1999; Leki-Tarry, 1995; Fetzer, 2004; véase también el análisis crítico de este tratamiento en Van Dijk, 2004).
- El análisis conversacional (AC) en sí mismo ha extendido su ámbito de actuación desde el inicio de los años 1990 al estudio del contexto



institucional y organizativo del habla en la interacción (Boden y Zimmerman, 1991; Drew y Heritage, 1992; Sarangi y Roberts, 1999).

- La lingüística antropológica tiene, obviamente, un interés disciplinar en el estudio de los aspectos culturales del habla y de aquí el interés también en la interacción de las conversaciones cara a cara (Duranti, 1997, 2001; véase también Duranti y Goodwin, 1992).
- La sociolingüística interaccional, especialmente tras los trabajos decisivos de John Gumperz (véase, por ejemplo, Gumperz, 1982a, 1982b, 1992), ha prestado especial atención a las sutiles ‘claves de contextualización’ del discurso (véase también Auer y Di Luzio, 1992).
- El estudio discursivo crítico (EDC) estudia por definición el habla y el contexto dentro de sus contextos sociales, con especial atención a las relaciones de poder, dominio y desigualdad sociales (Fairclough, 1995; Wodak, y Meyer, 2001; Wodak y Chilton, 2005).
- Lo mismo hemos de decir, más específicamente, de los estudios feministas del discurso, interesados en el estudio crítico de dominio de sexos y de su reproducción en el discurso (Lazar 2005).
- Incluso en los tratamientos más formales del estudio discursivo, por ejemplo en la inteligencia artificial y áreas afines, se está reconociendo que la producción automática del lenguaje y su intelección es imposible sin la modelación del contexto de la comunicación (véase también, por ejemplo, Akman *et al.* 2001).
- El trabajo previo sobre las situaciones y los episodios en la psicología social se podría tomar como un ejemplo de estudios más detallados del contexto (Argyle, Furnham y Graham, 1981; Forgas, 1979, 1985; Scherer y Giles, 1979).

En resumen, estamos presenciando, al menos desde la década de 1990, la atención, diversa pero constante, que se le presta a la relevancia del análisis contextual en distintas áreas del estudio discursivo y de las ciencias sociales y humanas en general. No obstante, aunque parezca que hay un consenso ampliamente difundido sobre la relevancia de dicha extensión del estudio discursivo, a duras penas se puede hablar de un acuerdo sobre lo que significa la noción real de contexto, o sobre lo que debería significar. En términos generales y de forma muy vaga, se concibe el contexto como el ‘ambiente explicativo’ del discurso, pero el problema es cómo definir, es decir, delimitar dicho ambiente sin correr el riesgo de

comprometerse en una teoría-de-todo. De esta manera, en un debate parlamentario, el contexto puede limitarse al marco general de las Cortes españolas, cuando los diputados están presentes, y algunos otros factores obvios que nos dan categorías textuales, pero ¿qué pasa con ‘contextos’ tales como la situación del país en ese momento, o la situación internacional, o la política exterior española, etcétera? La mayor parte de tales ambientes pueden muy bien ser relevantes en el estudio de tal discurso, pero la pregunta es también sobre si dichos ambientes son en realidad relevantes para los propios hablantes del Parlamento. De aquí que los contextos generalmente estén limitados a los aspectos relevantes del ambiente. Esto, sin embargo, suscita el problema de la delimitación, porque en ese caso necesitamos definir lo que es relevante y lo que no, y podríamos terminar con una definición circular.

Más específicamente, por ejemplo, en el análisis conversacional se ha dado la tendencia a ser muy cautos al admitir el contexto (relevante) y sólo se admite tal contexto cuando de alguna manera los aspectos del mismo son «consecuencias procedimentales» para el habla (Schegloff, 1987, 1991, 1992, 2003). Esta práctica parece restringir la influencia contextual sobre el habla muy seriamente e, incluso, en tales casos no tenemos una solución, porque la influencia del contexto puede darse en la asignación del significado o de las funciones del discurso que son obvias a los intervinientes, pero que no están expresadas explícitamente. Es decir, tal definición es empiricista e incluso conductista, porque sólo admite evidencia «observable», y no otro tipo de evidencia u otros métodos de investigación (experimentos, explicaciones *post hoc*, introspección, protocolos de los intervinientes, etcétera). Aun más: nos da, por lo menos, un criterio (de superficie) para la escurridiza noción de ‘relevancia’.

En el estudio crítico del discurso (EDC) admitir la evidencia ‘contextual’ es obviamente más libre, y cualquier propiedad del discurso, en cualquier nivel, que parezca requerir una descripción contextual o una explicación puede así ser explicada, por ejemplo, en términos de relaciones de dominio entre los hablantes y los destinatarios, o en términos de roles organizativos o de posiciones de los hablantes o autores. Pero tal explicación está abierta de par en par a la crítica, de tal manera que no haya límite al análisis de un posible contexto relevante en términos de las estructuras sociales (por ejemplo de dominio) que marcan el discurso.

## Hacia una nueva teoría del contexto

Precisamente contra este contexto general dentro de los estudios discursivos de distintas disciplinas y en espera del desarrollo de una teoría general y multidisciplinaria del contexto que integre estas varias orientaciones en la investigación, yo he ido proponiendo, también desde los años 1990, una nueva teoría del contexto en términos de una clase específica de modelaciones mentales de la experiencia, las modelaciones contextuales (Van Dijk, 1999, 2001, 2004, 2005, en prensa). Esta nueva teoría estaba también fundamentada en las limitaciones obvias de un tratamiento más formal al contexto en mi primer libro sobre el texto y el contexto (Van Dijk, 1977).

La idea fundamental que subyace a esta propuesta es que los contextos no son una especie de ‘situación social’ objetiva — que es la concepción dominante e informal del contexto en la lingüística, el estudio discursivo y otras disciplinas—. Más bien, para que los contextos sean relevantes para el texto y el habla, como es debido, deberían concebirse como siendo *subjetivos*, a saber: como *definiciones de los aspectos relevantes de la situación comunicativa hechas por los propios intervinientes*.

Esta idea, como tal, no es nueva y ha sido formulada, sin descender a detalles, principalmente en varios estudios de psicología social y de las ciencias sociales (Brown y Fraser, 1979; Duranti y Goodwin, 1992). La noción de ‘definición de la situación’ es conocida en la historia de la sociología (Thomas, 1966). Sin embargo, las definiciones más subjetivistas apenas han sido tomadas en serio, en parte porque parecen incoherentes con la perspectiva social de estos distintos tratamientos basados en el uso de la lengua, el discurso y la comunicación. En realidad, un tratamiento subjetivista es rechazado típicamente como individualista y de aquí como incompatible tanto con los tratamientos microsociológicos (‘interactivos’) como con los tratamientos macrosociológicos (‘sistémicos’).

No obstante, el hecho de que el propio concepto de ‘definición de la situación’ por los intervinientes tenga también aspectos claramente cognitivos, hace a tal tratamiento subjetivista aún más sospechoso en la mayoría de los tratamientos del discurso orientados hacia lo social (Van Dijk, 2006; número extraordinario de *Discourse Studies*). Y sin embargo, es precisamente este aspecto cognitivo el que suministra los soportes teórico

y empírico necesarios o interficie entre las situaciones sociales y la estructura social, por un lado, y la naturaleza necesariamente personal de cada discurso individual, por otro. Es decir, los contextos solamente pueden mostrarse relevantes si son *relevantes-para-el interviniente*. Esto sólo se puede mostrar cuando está siendo mostrado por los intervinientes individuales, sin abstracciones ni generalizaciones hacia interacciones de nivel superior o hacia grupos o estructuras sociales.

Tales definiciones contextuales son relevantes para los intervinientes en interacción, y de aquí que sean construidas bajo la influencia de otros intervinientes y de la propia interacción, pero siguen siendo definiciones de intervinientes individuales. En realidad, los intervinientes de una interacción concreta, tanto como los escritores y lectores en la comunicación escrita, pueden no tener la misma definición de la situación comunicativa en el primer momento, como es típicamente el caso, y se muestra, en realidad, en los conflictos de comunicación.

En resumen, aunque algunas de las ideas que subyacen a mi concepto de contexto como una definición subjetiva de la situación comunicativa se pueden encontrar en la bibliografía, ninguna teoría sistemática ha sido formulada sobre la naturaleza precisa y la influencia de tales definiciones.

### *Los contextos como modelaciones mentales*

Dentro de una perspectiva amplia de la ciencia cognitiva contemporánea y, más específicamente, dentro del marco de la teoría de la modelación cognitiva (Johnson-Laird, 1983; Van Dijk y Kintsch, 1983), yo he propuesto en consonancia formular la noción del contexto en términos de una clase específica de representaciones de la memoria de los intervinientes, es decir, como modelaciones mentales (Van Dijk, 1999). Como todas nuestras experiencias personales, estas modelaciones mentales se almacenan en la memoria (autobiográfica) personal, en la memoria episódica y en la memoria de los usuarios de la lengua (Neisser y Fivush, 1994; Tulving, 1983). Así, el ‘experimentar’, ‘ser consciente de’ un evento comunicativo en el que uno participa es lo que llamamos una modelación contextual o simplemente, un contexto. Esta noción de modelaciones mentales incluye exactamente la clase de propiedades que generalmente adscribimos a los contextos; a saber, son subjetivas, definiciones de la situación y pueden ser incompletas, viciadas y estar llenas de prejuicios, et-

cétera y de aquí que no sean nada que se asemeje a una ‘situación objetiva’. Es decir, que son *constructos* del interviniente. En este sentido mi propuesta es coherente con el tratamiento construccionista del discurso de la psicología social (Edwards y Potter, 1992), pero diferente a tal tratamiento; la única forma explícita en la que tales constructos pueden ser formulados es en términos de representaciones cognitivas de alguna clase, y *sin reducción a otras clases de objetos, tales como el discurso o la interacción*.

Así, *los contextos son modelaciones subjetivas episódicas (experiencias) de los intervinientes construidas dinámicamente (y actualizadas) durante la interacción*. Como sabemos de los estudios del contexto y la experiencia más informales, tales modelaciones contextuales tienen una profunda influencia sobre el discurso, y viceversa: también el discurso tienen una profunda influencia sobre las definiciones de la situación hechas por los intervinientes. Es decir, hay una sucesiva, dinámica y mutua influencia entre el habla o texto y su producción o comprensión, por un lado, y la forma como los intervinientes ven, interpretan y construyen aspectos ‘ambientales’ de tal discurso, tales como el marco, los intervinientes, la acción que se desarrolla, así como los propósitos y el conocimiento de los intervinientes, por otro.

En términos de la psicología de la producción del discurso esto significa que las modelaciones contextuales controlan este proceso de producción y de esta manera garantizan que lo que se dice y especialmente también cómo se dice, sea *adecuado* o *apropiado* en la situación del momento. Esto significaría control sobre gran parte de la (variable) estructura del sonido, la sintaxis, la elección léxica y sobre cualquier otra estructura del discurso que pueda variar en la situación.

El proceso de modelación cognitiva preciso en esta clase de control está más allá del ámbito de este artículo (Van Dijk 1999). Baste decir que el tipo de tratamiento teórico es perfectamente compatible con los estudios contemporáneos del procesamiento del discurso (Van Dijk y Kintsch, 1983; Van Oostendorp y Goldman, 1999), y que aporta un importante eslabón perdido en este tratamiento, a saber: la dependencia fundamental del procesamiento del discurso sobre el contexto. Tal dependencia sobre el contexto era generalmente soslayada o tratada de una forma oportunista en la psicología cognitiva, por ejemplo en términos de

un control variable independiente en los experimentos de laboratorio (edad de los sujetos, género, etcétera), que obviamente sólo son una muy imperfecta simulación de los contextos comunicativos ‘reales’.

Uno de los muchos aspectos atractivos de la teoría propuesta es que el tipo ‘pragmático’ de modelación del contexto propuesto aquí, se combina muy bien con el tipo de modelaciones (situacionales) previamente propuestas como la base para la producción del significado y la referencia y la comprensión del discurso (Johnson-Laird, 1983; Van Dijk y Kintsch, 1983; Van Oostendorp y Goldman, 1999). Es decir, tanto la ‘comprensión’ pragmática y semántica del discurso se basan en las modelaciones mentales dentro de la memoria episódica, es decir, en las formas en que los intervinientes entienden subjetivamente la situación de la que hablan o sobre la que leen, por un lado, y la situación en la que ellos están ahora comunicando —dos clases de representaciones que están claramente relacionadas, y que también definen los límites entre la semántica y la pragmática.

Por definición, las modelaciones contextuales tienen la misma estructura que otras clases o modelaciones, tales como las modelaciones (semánticas) que los intervinientes construyen de los sucesos de los que escriben o dicen o sobre los que leen y oyen o a los que se refieren.

También, para ser capaces de funcionar adecuadamente en fracciones de segundos, es decir, realmente y en vivo, las modelaciones contextuales no pueden ser obviamente docenas, y no digamos centenas, de posibles categorías que representan las situaciones comunicativas. Más bien, el número de categorías fundamentales, como suele ser en cada caso, es probablemente alrededor de siete (Miller, 1956), aunque este número podría multiplicarse por siete si cada categoría principal tiene siete subcategorías. Por ejemplo, si tenemos como principal la categoría Intervenientes, podemos tener las siguientes subcategorías: para los roles comunicativos (Hablaante, Destinatario, Testigo, etcétera), para Identidades Sociales (género, raza, clase, etcétera), para roles sociales (padre, amigo, etcétera) y para relaciones entre los intervinientes (competidores, etcétera).

Por supuesto, la investigación empírica necesita establecer cuáles son las categorías que son relevantes en cada cultura, suponiendo que nos hemos de encontrar con tal variación cultural —incluso cuando algunas ca-

tegorías pueden ser universales (siempre hay un rol de Hablante, y siempre los hablantes suponen que los Destinatarios comparten el conocimiento con ellos, etcétera). De esta manera, el mismo marco general de modelaciones contextuales puede ser tácticamente —y de aquí, muy rápidamente— éstas estar construidas y dinámicamente adaptadas durante la intelección de la situación social de un discurso.

### *Micro- y macrocontextos*

La mayoría de los estudios del contexto ponen el énfasis en la interacción inmediata cara-a-cara, es decir, en el microcontexto. Sin embargo, hay razones para suponer que los usuarios de la lengua también construyen una clase de ‘macro’ contexto (Van Dijk 2006). Así, cuando doy una clase, yo no solamente soy consciente de que los alumnos están presentes, sino de que yo soy el profesor y de algunas otras características contextuales típicas del enseñar.

En consonancia con la normal (pero problemática) distinción que se hace en sociología entre micro- y macroexplicaciones de la sociedad (Knorr-Cetina y Cicourel, 1981), yo puedo también representarme a mí mismo como miembro de una profesión y como miembro de una institución, la Universidad, y de aquí que me presente como realizando localmente algo que también puede representarse globalmente: la universidad que enseña a los alumnos, es decir, la docencia como una macronoción.

Esos macrocontextos no tienen que ser permanentemente recordados durante mi enseñanza real (micro) en el nivel de la interacción, sino que la funcionalidad global o ‘sentido’ de lo que yo estoy haciendo ahora a veces necesita ser construida o activada, y a veces también se hace explícita. *En realidad, así, nosotros también tenemos una forma elegante de unir los micro y macroniveles de la sociedad, no en cuanto niveles o categorías del que analiza, sino como categorías del interviniente.*

Como en el caso de las micro- y macroestructuras semántica y pragmática (Van Dijk, 1980), también los macrocontextos tienen la misma estructura que los microcontextos: Marcos, Intervinientes, Acciones, Fines, etcétera, pero en otro nivel, por ejemplo, el de las ciudades o los países, grupos u organizaciones, las acciones colectivas y repetitivas, los propósitos generales, etcétera como cuando se representa que en Es-

pañá la universidad enseña a los alumnos tales y tales materias, o cuando en las Cortes españolas votaron la acción militar en Irak.

Nótese sin embargo que a causa de las restricciones habituales de procesamiento también los macrocontextos quizá no se compongan de un amplio número de categorías y de conocimiento supuesto: es sólo una construcción parcial de los *ahora* aspectos relevantes de la estructura social, conocimiento que, como tal, la mayoría de las veces permanece latente en algún tipo de memoria ‘activa’ de larga duración.

## El conocimiento

Las propiedades normales de las situaciones sociales construidas para que sean relevantes tanto en los conceptos tradicionales de los contextos como en el tratamiento sociocognitivo del contexto definidas como modelaciones contextuales son especialmente el Marco (Tiempo, Lugar), los Intervinientes y sus distintas identidades, los Roles o Relaciones, la consiguiente Acción y los Propósitos de los intervinientes.

Olvidado generalmente como categoría crucial del contexto, no obstante, tenemos el *conocimiento* de los intervinientes y especialmente el conocimiento mutuo sobre el conocimiento de cada uno (Van Dijk, 2005). Sin embargo, tal componente epistémico es necesario para describir y explicar cómo los hablantes o escritores son capaces de manejar la tarea muy compleja de adaptar su conversación y el texto al (supuesto) conocimiento de los destinatarios. En cada oración, y para cada palabra, los hablantes o escritores necesitan saber no sólo que los destinatarios conocen las palabras usadas, sino también saber lo que los destinatarios ya conocen sobre los eventos de los que se habla o sobre los que se escribe. Así, si suponemos que los destinatarios ya conocen algún ‘hecho’ (proposición, etcétera), entonces tal hecho debe ser *supuesto* si se admite que es fácilmente accesible en la memoria (deducible), o debe ser *recordado* si tal hecho, generalmente un suceso concreto, podría haber sido olvidado incluso cuando probablemente era conocido antes.

Los usuarios de la lengua hacen esto sólo en los pocos segundos (o fracciones de segundo) de que disponen en la producción de cada pala-



bra u oración, cuando sus modelaciones contextuales mantienen rasgos de la clase de conocimiento que tiene la clase de destinatarios. Esto no significa que los hablantes necesiten establecer hipótesis sobre los cientos de miles de hechos que los destinatarios conocen — algo que sería totalmente imposible dentro del muy limitado tamaño de las modelaciones contextuales.

Más bien, los hablantes utilizan tácticas fáciles de manejar (Van Dijk y Kintsch, 1983) para calcular qué clase de conocimiento tienen los destinatarios. Por ejemplo, para que haya comunicación entre los miembros del mismo grupo social o comunidad, la táctica más fácil es simplemente suponer que otros miembros tienen el mismo conocimiento general sociocultural que tengo yo. Para la comunicación personal entre amigos, los miembros de una familia o los conocidos, tal conocimiento compartido no es el conocimiento sociocultural compartido del grupo o de la comunidad, sino la clase de conocimiento que ha sido compartido en interacciones previas y de aquí que sea almacenada en las ‘antiguas’ modelaciones contextuales. En este caso los hablantes sólo necesitan activar las antiguas modelaciones contextuales y comprobar si alguna proposición ha sido comunicada antes. Si tienen duda, se aseguran de repetir o recordar la información ‘antigua’. Mayores dificultades se dan para el manejo del conocimiento entre gentes de distintas culturas, es decir, de distintas comunidades epistémicas, aunque en esto también se puede dar por supuesta gran cantidad de conocimiento ‘humano universal’.

El Recurso-C de las modelaciones contextuales se compone de estas clases de tácticas para la activación, la expresión, el supuesto, el recuerdo o la repetición de conocimiento compartido o nuevo. En cada momento de la modelación contextual, se ‘calcula’ tácticamente qué parte de la información del hablante, en cuanto que está almacenada en las modelaciones mentales sobre los sucesos públicos o privados o del conocimiento sociocultural, es probablemente compartida o no por el destinatario, y de aquí qué puede o debe ser supuesto, recordado, repetido o afirmado nuevamente.

Mi tratamiento del conocimiento es más bien pragmático y discursivo que semántico y lógico. Es decir, distinto que en la epistemología, yo no defino el conocimiento como «creencias justificadamente verdaderas», lo

cual es una definición semántica abstracta realizada en términos de las relaciones entre las creencias y el mundo (véase, entre un gran número de obras, por ejemplo, el libro de lecturas de Bernecker y Dretske, 2000). La *verdad* en mi tratamiento no es una propiedad de las creencias, sino una propiedad del discurso sobre el mundo. La condición crucial del conocimiento humano no es si las creencias se corresponden de forma abstracta con (se refieren a, etcétera) algún estado de cosas en algún mundo o situación, sino *si tal creencia es compartida por otros miembros de una comunidad, la comunidad-de-conocimiento*. Es decir, sólo sabemos que alguien conoce algo cuando nosotros como observadores o hablantes conocemos la misma cosa, es decir, compartimos una creencia con esa persona. Dicho de otra forma: decir que X conoce a *p*, supone que el hablante también conoce a *p*. Esto es cierto tanto para el conocimiento (inter)personal como para el conocimiento socioculturalmente compartido. En este último caso, se supone que todos y cada uno de los miembros de una comunidad comparten alguna creencia.

Sin embargo, y contrario a las creencias compartidas que llamamos opiniones, o en realidad (meras) ‘creencias’, el conocimiento es creencia compartida que ha sido o puede ser certificado por los criterios de alguna comunidad. Estos criterios pueden ser criterios del sentido común de la vida de cada día (observaciones, inferencias o fuentes fiables), pero también el conocimiento de comunidades especializadas, como los medios de masas, la ciencia o los movimientos sociales. Sin duda, puesto que estos criterios pueden cambiar históricamente, y variar culturalmente, el conocimiento es por definición relativo, como debería ser. Pero nótese que también esta relatividad es relativa —como debería ser— porque *dentro* de las creencias de una comunidad epistémica que han sido aceptadas o certificadas según los criterios de esa comunidad, se mantienen como si fueran conocimiento, incluso cuando desde fuera de la comunidad (o en un estado posterior de la comunidad) podemos juzgar tales creencias como meras creencias, opiniones o supersticiones. Así, podemos decir que en la Edad Media la gente *sabía* desde su propia perspectiva que la tierra era redonda, y de aquí lo suponía en su discurso público. De aquí también se sigue que todo lo que creemos que conocemos hoy, es *nuestro conocimiento* y puede ser definido de forma diferente en cualquier otro lugar o en el futuro. Tal relativismo no es nada de lo que

nos tengamos que preocupar, porque para todos los fines prácticos actuamos y hablamos en términos de, o sobre la base de, este conocimiento (relativo), y este conocimiento es el socioculturalmente compartido con los otros.

## **El mentir**

Mentir es un acto verbal que implica la manipulación ilegítima del conocimiento en interacción y comunicación. No es un acto de discurso en el sentido clásico, porque no satisface las condiciones de propiedad normales: para mentir ‘apropiadamente’ no hay condiciones sistemáticas que el mentir deba cumplir.

Más bien, el mentir debería definirse como una violación de las condiciones pragmáticas específicas de la afirmación apropiada y, al mismo tiempo, más generalmente, como una violación de las normas éticas de sinceridad que constituyen la base de la interacción humana. Nótese, sin embargo, que si en alguna situación decir la verdad viola otras normas o valores (por ejemplo, las de cortesía, discreción, guardar la cara, secretismo legítimo y demás) el hecho de mentir puede ser bien permitido éticamente. Por ejemplo, el mentir al enemigo en un interrogatorio puede ser considerado éticamente correcto. Obviamente, cada una de estas situaciones necesita su propia definición y de aquí su propia modelación contextual.

En este sentido, el mentir es generalmente ilegítimo si daña los intereses del destinatario o de otros. En un sentido amplio de legitimidad social y política, éste es particularmente el caso si el mentiroso (como persona y como institución) es así capaz de establecer o confirmar su dominio abusando, por consiguiente, de su poder, por ejemplo a través del control de los medios la comunicación y el discurso público, y de aquí sobre el acceso público al conocimiento (véase, por ejemplo, Barnes, 1994; Lewis y Saarni, 1993; Wortham y Locher, 1999).

Consideramos que el mentir es un fenómeno complejo que puede ser tratado en términos filosóficos (éticos), semánticos, pragmáticos, psicológicos, sociales, políticos y culturales. Dentro del limitado marco de este trabajo, sin embargo, lo trataremos meramente en términos de pragmá-

tica basada en el contexto, aunque más tarde incluiré más criterios fundamentales de legitimidad. En dichos términos, el mentir es un acto comunicativo controlado por una modelación contextual en la que el hablante sabe que *p* no es el asunto de que se trata sino que tiene el propósito de hacer que el destinatario crea que se trata de *p*. Dicho de otra forma: si una mentira llega a creerse, el hablante y el destinatario tienen una modelación mental diferente de los eventos referidos.

Si afirmaciones apropiadas suponen que los hablantes conocen lo que dicen, entonces las mentiras no son apropiadas a lo que se dice. Sin embargo, los destinatarios tal vez no sepan que esta condición no sea satisfecha e interpreten una mentira como una afirmación apropiada cambiando su conocimiento en consonancia. Vemos que para describir lo que son las mentiras necesitamos modelaciones contextuales que son capaces de representar a los hablantes y destinatarios con sus conocimientos y propósitos.

Las mentiras forman parte de un grupo más grande de actos comunicativos que violan las condiciones del conocimiento previo, tales como el engaño, el autoengaño, la indicación errónea, los errores, las equivocaciones, la confabulación, la ficción, etcétera, que no serán analizadas con mayor detalle aquí.

Así, la diferencia primordial (ética) es que cuando se miente los hablantes conocen que lo que ellos afirman es falso, mientras que en otros actos comunicativos (errores, autoengaño) no pueden saber lo que es, o no ser conscientes de ello.

Hay varios casos intermedios, por ejemplo cuando el hablante cree lo que afirma pero no está seguro, que también sugieren que el componente del conocimiento de las modelaciones contextuales debería ser escalar, haciendo así a las mentiras más o menos ‘descaradas’. De forma semejante, lo que puede ser una afirmación genuina desde el punto de vista del hablante puede ser una mentira para el destinatario cuando éste cree que lo que el hablante afirma es falso, y lo sabe.

Nótese que todas estas condiciones pueden fácilmente ser formuladas en términos de modelaciones contextuales, que detallan para cada interviniente no sólo su conocimiento, sino también las creencias sobre el conocimiento, las intenciones y los propósitos de los otros intervinientes.

## El discurso parlamentario

Como sucede en los casos de todos los géneros discursivos, también el discurso parlamentario (y sus mentiras) son en gran medida definidas por sus propiedades contextuales (Van Dijk, 2000, 2004; véanse también otros estudios en Bayley, 2004; Steiner, 2004).

Aunque hay varias clases de estructuras lingüísticas y discursivas que caracterizan el discurso parlamentario, tales discursos emitidos en un debate parlamentario son, a menudo, únicos. Más bien, los debates parlamentarios comparten con otros géneros formales un número de características de estilo e interacción, tales como un orador y un turno de control controlado por un presidente, asignación de tiempo en los turnos, un léxico formal, una elaborada sintaxis y las estructuras normales de argumentación y persuasión características de los debates. Solamente algunas de éstas, tales como las formas de tratamiento ('mi honorable interlocutor') pueden ser totalmente típicas y únicas por ejemplo en la Cámara de los Comunes del Reino Unido, o sus Señorías en las Cortes españolas. De forma semejante, los contenidos pueden estar restringidos en términos de temas de conversación que tienen que ver con los asuntos públicos, el país y cosas semejantes, pero también éstos, como la «inmigración», pueden ser temas en los programas de noticias, los editoriales o en la conversación diaria. Y un estilo gramatical formal será semejante al estilo gramatical de cualquier reunión formal, como por ejemplo el consejo de administración de una compañía. Nótese, sin embargo, que aunque, de forma aislada, ninguna de estas categorías son *exclusivas* del discurso parlamentario, su combinación puede ser muy bien (*proto*)típica del discurso parlamentario.

Lo que es exclusivo de los debates parlamentarios en cuanto género, no obstante, son tales categorías contextuales obvias como el Marco (la Sala del Parlamento), los participantes (Diputados, la oposición, etcétera), los Fines (los programas políticos, etcétera) y el conocimiento político y las ideologías de los participantes. Dicho de otra manera: aunque el contenido e incluso el estilo de lo que se dice en un Parlamento puede ser compartido por otros tipos de eventos comunicativos, la *función* de tales estructuras debería establecerse en relación con la situación política específica: los hablantes-diputados están 'haciendo' política, legislan,

representan a los votantes, gobiernan el país y cosas así. En el resto de este trabajo examinaré tales categorías en mayor detalle, y aplicaré los resultados al estudio de un debate parlamentario específico.

*Así, la cuestión es determinar lo que los hablantes de un debate parlamentario necesitan conocer sobre la situación comunicativa específica para poder hablar apropiadamente. Y en segundo lugar, cómo influye tal conocimiento (supuesto) en su habla.* La última cuestión es importante no sólo como una comprobación empírica de lo que de otra manera podría ser una pura especulación teórica, sino también como parte de un procedimiento novedoso, porque tenemos algunos otros pocos métodos para acceder al conocimiento de los participantes. Nótese, sin embargo, que el criterio general de relevancia o de consecueneciación procedimental para el reconocimiento de los elementos contextuales no debería estar limitado a los rasgos directamente «observables», a no ser que nos adheramos a una concepción conductista del habla y del texto. El conocimiento se define generalmente como creencia real compartida de una comunidad y, por definición, supuesta. Esto significa que también en la interacción tal conocimiento es raras veces formulado, expresado o manifiesto. Así, en un debate parlamentario todos los participantes saben que son miembros del Parlamento, y de aquí raras veces en realidad necesitan decirlo, a no ser en situaciones muy específicas, en las que tal identidad necesita ser afirmada, mostrada y hecha explícita. De forma semejante, el propósito de los debates parlamentarios puede ser persuadir a los destinatarios pero, de nuevo, tales propósitos raras veces se harán explícitos. Así, los participantes suponen muchas si no todas las propiedades de la situación comunicativa, en cuanto que está representada subjetivamente en sus modelaciones contextuales, pero el analista solamente puede inferir tales propiedades de expresiones indirectas o de manifestaciones, por ejemplo para explicar las propiedades del habla.

## **Análisis contextual de un fragmento de un debate parlamentario**

En este trabajo examinaré algunas categorías en un análisis parcial de un fragmento del debate ocurrido en las Cortes españolas el 12 de marzo de

2003, sobre la guerra en Irak. En este debate el presidente del gobierno José María Aznar defiende su decisión de apoyar la intervención de Estados Unidos en Irak, contra la oposición conducida por el líder del PSOE José Luís Rodríguez Zapatero, hoy presidente del gobierno. De este debate he seleccionado un fragmento en el que Aznar y Zapatero directamente se enfrentan el uno al otro (véase el texto completo de este fragmento en el apéndice, al final del libro).

Nótese que este análisis no es como ningún otro análisis de discurso o habla en interacción, lo cual requeriría una amplia explicación de todas las propiedades de este fragmento de interacción parlamentaria. Más bien nos centramos en aquellos elementos de este acto de habla que son comprensibles solamente a la luz de las supuestas modelaciones contextuales de los dos participantes. Podemos llamar a éste *análisis contextual*. Pero puesto que también las modelaciones contextuales son complejas, sólo pueden ser analizadas parcialmente. Por tanto, yo llamaré la atención sobre el punto señalado más arriba: el manejo del conocimiento en tal debate y especialmente en lo que algunos participantes, los observadores externos o los analistas llaman mentir (véase también Van Dijk, 2003).

Se debería también señalar que nosotros sólo tenemos la transcripción escrita como fue publicada en el *Diario* oficial de las Cortes españolas y no la transcripción normal, mucho más detallada, de la interacción hablada.

### *Formas de tratamiento y presentación*

Antes de tratar el aspecto crucial del conocimiento, deberíamos brevemente tratar otros aspectos de las modelaciones contextuales y su control sobre el discurso. Así las formas de tratamiento empleadas en este debate y en este fragmento, suponen que los participantes conocen a quién están hablando. Así, cuando la presidenta de las Cortes invita a Zapatero, ella se dirige a él por su nombre completo, nombre y apellidos, así como por el cargo que desempeña en el momento '*diputado*' y por el título honorario de *don*. Nótese que la forma de tratamiento no es directa, en la forma de un pronombre de segunda persona, sino indirecta, en un pronombre de tercera persona, que hace que la invitación o el permiso para hablar sea más bien una forma de presentación del siguiente orador. Pero puesto que ella tiene el derecho oficial de distribuir turnos de in-

tervención, esta presentación del siguiente orador es al mismo tiempo dirigida a Zapatero, a saber: una invitación para subir al estrado. El *Diario*, por su parte, describe el puesto de la presidenta de las Cortes en cuanto tal (*presidenta*), pero este no es parte del debate en sí mismo, sino más bien una propiedad de su transcripción, como en el caso de la identificación-descripción de todos los oradores.

Finalmente, como parte de su presentación del siguiente orador, la presidenta también menciona el tipo de acto de habla institucional (una pregunta), así como el número que le corresponde. En muchas otras formas de interacción esto sería anómalo, porque los hablantes a duras penas pueden conocer qué va a decir o hacer el próximo hablante. Así, pues, esto supone una condición institucional, en la cual la acción del siguiente orador ha sido anunciada antes, o que las intervenciones o por lo menos el principio de las intervenciones necesita por ley estar en la forma de pregunta, por ejemplo, como es en este caso, tras la intervención del presidente Aznar. Todo esto, obviamente, ya supone una clase concreta de conocimiento textual, a saber, sobre la secuencia de los hablantes, sus cargos públicos (diputado, presidente del gobierno), la naturaleza de sus actos de habla, las condiciones de tales actos de habla, las relaciones formales entre los hablantes, así como la formalidad del evento, que requiere títulos honorarios tales como ‘*don*’. Puesto que la función del presidente está sólo descrita en el *Diario*, pero no expresada o señalada de otra forma en el debate hasta la siguiente intervención de Zapatero, esta función es implícita a la propia acción de presentación e invitación del siguiente orador. La consecuencia de este rasgo contextual (función de Participante) en este caso no es así formulada, sino simplemente ejecutada. Que Zapatero puede hablar a continuación también supone que él es un diputado, pero en este caso tal función es explícitamente descrita por la presidenta.

Formas de interacción semejante se pueden encontrar en el próximo turno de palabra, cuando Aznar no es nombrado, sino solamente descrito como ‘*Señor presidente del gobierno*’. En posteriores presentaciones de este fragmento, Zapatero sólo es presentado por su nombre, y sin la descripción de su cargo (‘*diputado*’) o su título honorario (‘*don*’).

Cuando Zapatero sube al estrado, no sólo se dirige a la presidenta de las Cortes en términos corteses, es decir, en términos de su cargo, y dando



pruebas de su reconocimiento por haber sido invitado a hablar en el siguiente turno con un acto de habla repetitivo de agradecimiento (*‘Muchas gracias’*), sino que en el siguiente turno se dirige a su destinatario ‘real’ del debate, a saber, Aznar, pero solo con su apellido, y la forma de tratamiento mínimamente cortés de *‘señor’*, sin ninguna alusión a títulos honoríficos adicionales, ni incluso a su cargo.

### *Roles políticos y relaciones*

Podemos ver que la simple interacción de los pocos turnos iniciales de este debate está basada en el conocimiento general compartido sobre las reglas de la interacción parlamentaria, por un lado, y en las modelaciones específicas contextuales de los tres participantes, es decir, cada uno es capaz de desempeñar su rol específico en este intercambio, la presidenta de las Cortes que presenta al próximo orador, asignando turnos y Aznar y Zapatero que se dirigen apropiadamente a ella y a cada uno de ellos.

Además de esta práctica repetitiva más bien general, que es muy semejante a otros encuentros formales, las modelaciones contextuales necesitan especificar los *roles* políticos específicos y las *relaciones* de los participantes, de tal manera que Aznar puede hablar primero y que Zapatero, como líder de la oposición hablar el primero tras él. Esto es crucial para interpretar la pregunta de Zapatero en la línea 5-7, *porque esto no es meramente una pregunta, sino que también es intencionada e interpretada como una forma de oposición política*. Esto se puede ver también en la reacción de Aznar, quien no solamente replica «sí», sino que formula y de aquí disiente implícitamente de la proposición supuesta en la pregunta: en vez de definirla como una ‘intervención militar’, la define como ‘desarme del régimen de Saddam Hussein’, es decir, en términos más positivos. Políticamente hablando esto implica que rechaza la crítica implícita de la oposición defendiendo la política gubernamental como una acción positiva. Es decir, para ser capaz de emplearse en la interacción *política*, los participantes necesitan representarse a sí mismos y uno al otro en términos de sus roles y funciones institucionales, y cada contribución al debate necesita ser interpretada dentro de este esquema. Una pregunta que literalmente (en otro contexto) puede ser interpretada como una demanda de información o de un opinión, es así intencionada, oída y se reacciona ante ella como una forma de oposición política en el

Parlamento. Dentro del mismo esquema se espera que el líder de la oposición no esté satisfecho con esa mera respuesta del Primer ministro, y en un subsiguiente turno le rete su respuesta, como en realidad pasa desde la línea 20. Tales inferencias políticas son sólo posibles cuando los participantes tienen modelaciones contextuales en las que tales inferencias políticas se pueden hacer (Van Dijk, 2005).

### *Conocer y mentir*

En el siguiente turno de Zapatero (líneas 20-39), en las que él detalla su pregunta y su oposición dirigida a Aznar, acusa a éste de esconder su posición real y su decisión respecto a la intervención en Irak y de ser cada vez menos creíble. De nuevo, en términos generales interactivos una afirmación dirigida a un destinatario que implica que éste no responda (a las preguntas) y que no diga lo que él realmente quiere, puede parecer una acusación, especialmente si las normas generales o las reglas requieren que la gente sea sincera y diga la verdad.

Éste sería el análisis de un intercambio similar en una conversación ordinaria (pero formulada en un estilo menos formal desde luego). Sin embargo, en esta situación política específica, tal acusación indirecta, formulada por el jefe de la oposición y dirigida contra el director del gobierno es una forma fundamental de oposición. Si el presidente del gobierno es acusado de mentir implica que él ha mentido a la nación y especialmente en el caso de la intervención militar esto puede ser un abjurar de las normas cruciales de un Estado democrático. Dicho de otro modo: Zapatero, acusando indirectamente a Aznar de mentir, a la vez le acusa de mala conducta política, de desorientar a la nación y a la gente y de que como presidente del gobierno no se puede confiar en él. Estas *implicaciones políticas* no se pueden derivar del significado de lo que Zapatero dice, ni del significado de la interacción (una acusación), sino de los contenidos de la modelaciones contextuales de los participantes, quienes interpretan este intercambio como una interacción entre el Primer ministro y el jefe de la oposición (Van Dijk, 2005).

Nótese también que el estilo de esta intervención registra la *formalidad* del encuentro en general, y la *formalidad* de la interacción parlamentaria en particular. Así, aparte de las unidades léxicas formales («auténticas posiciones», etcétera), Zapatero tiene el recurso de aplicar un

eufemismo cortés. En vez de decir a Aznar en tantas palabras que él es un mentiroso, dice que Aznar es «cada día menos creíble», un eufemismo que tiene la función normal combinada de salvarle la cara y de expresar cortesía y respeto, como se debe al presidente del gobierno. De nuevo, tal forma de hablar supone que la modelación contextual de Zapatero en esa precisa modelación representa tales condiciones (la definición de la situación, la sesión parlamentaria, su propio rol como jefe de la oposición, el rol de destinatario del presidente del gobierno, etcétera).

En el resto de su intervención, Zapatero continúa su acusación contra Aznar y su gobierno, como se podría esperar del jefe de la oposición. La táctica global en esta acusación es mostrar la inconsistencia entre los descubrimientos (o *falta* de los mismos de los expertos [Blix, Baradei] de las Naciones Unidas y la decisión de Bush y Aznar de no conceder más tiempo para las inspecciones, y la voluntad de intervenir militarmente de forma inmediata. A la vez Zapatero recalca que lo que se está dando como razones para la interacción (armas de destrucción masiva, lazos con el terrorismo) son en verdad falsas. En las líneas 32-33 la acusación se formula en términos de lo que el gobierno de Aznar (y específicamente la ministra de Asuntos Exteriores) ha hecho, a saber, firmar una resolución que no da más tiempo a los inspectores. Es decir, las frases «usted ha firmado... usted acaba a través de su gobierno» muestran que Zapatero define y se dirige a Aznar no como a cualquier persona o político, sino como al jefe del gobierno. Vemos cómo la modelación (semántica) de la situación de la que se habla (lo que ocurre en las Naciones Unidas y en Irak) se combina con la modelación contextual que representa las respectivas definiciones de los participantes de la situación del momento. Aznar y Zapatero comparten sus definiciones del Marco (parlamentario) del momento y los roles de los participantes, pero tan pronto como Zapatero acusa a Aznar, la definición de la situación desde luego ya no es idéntica: Zapatero acusa a Aznar de mentiroso y de que engaña a la nación y obviamente Aznar tiene otra definición de sí mismo.

Las preguntas retóricas de Zapatero en las líneas 35 y siguientes implican que según él Aznar no puede saber más que los expertos que han hecho la investigación sobre el terreno en Irak —una experiencia profesional que es mejorada retóricamente recalcando el tiempo de su trabajo (años de investigación)—. Puesto que Aznar posiblemente no puede sa-

ber más que los expertos, la conclusión tácita es que uno de los dos debe de tener información secreta, o que él, Bush y Blair están desorientando al mundo sobre la intervención en Irak inventándose el pretexto. La oposición de otras partes, por ejemplo la de Estados Unidos y del Reino Unido, se ocupó de la misma táctica, a saber, en poner el énfasis en lo que más tarde resultó ser mentiras de sus líderes sobre la situación en Irak (Allman, 2004; Boyle, 2004; Fossà y Berenghi, 2003; O'Shaughnessy, 2004; Stothard, 2003).

Lo que aquí es contextualmente relevante no es justamente la acusación (y su formulación), sino también el manejo del conocimiento. Alcanzamos aquí el quid de la cuestión y del debate, tanto en España como en cualquier otro lugar, lanzándose con vehemencia un equipo (Bush, Blair, Aznar y sus consejeros) contra otro que duda o que reta las razones oficiales de la guerra: las supuestas armas de destrucción masiva y la conexión entre el régimen iraquí y los terroristas.

En este debate específico esto significa que Zapatero se hace portavoz de las voces y dudas de la oposición sobre la veracidad de las razones oficiales propicias a la intervención. Él, así, no solamente acusa indirectamente a Aznar de mentir, sino también de desorientar políticamente a la nación, y de aquí de ser un 'mal' líder de un 'mal' gobierno, tal y como corresponde a su misión como líder de la oposición. Es decir, para todos los participantes de esta sesión, esto es un acto normal y legítimo, según sus modelaciones contextuales.

Nótese que como hemos visto más arriba, mucha de la interacción de este debate está relacionada con el tema del conocimiento mutuo y del mentir. Así, la negación de los conceptos expresados por las unidades léxicas 'auténticas' y 'creíbles' ya dan una expresión de las modelaciones contextuales de Zapatero sobre Aznar. Es decir, él no sólo dice que lo que se ha dicho es falso, sino que el hablante Aznar está haciéndose menos creíble — es decir, probablemente está mintiendo, o por lo menos, está equivocado—. En segundo lugar, esta opinión es apoyada argumentativamente por las siguientes proposiciones de su intervención (líneas 23 y siguientes), la cual describe el movimiento normal de la autoridad, citando a los expertos de las Naciones Unidas Blix y Baradei, recalcando retóricamente su experiencia profesional (*'informe exhaustivo'*, *'máxima autoridad'*, *'afirmaciones muy claras'*, etcétera).

De forma semejante, la pregunta retórica (líneas 35 y siguientes) — *‘por qué sabe usted más que el señor Blix?’* — también recalca y reta el conocimiento de Aznar, suponiendo que Aznar no sepa más que un experto que estaba en Irak, y de aquí implicando que o bien Aznar está mintiendo o que tiene conocimiento secreto que no quiere divulgar. En cualquier caso, Aznar esta desorientando a la nación y de aquí que sea un mal Primer ministro. Obviamente, tales argumentos, en un debate público en el Parlamento a la vez suponen que Zapatero conoce que todos o la mayor parte de los diputados saben que Aznar no puede conocer más que los expertos y de aquí que deba de estar mintiendo o de haberse engañado a sí mismo. Así, pragmáticamente, Zapatero acusa a Aznar de mentir (o de estar manipulado), lo cual es muy serio, pero mucho más importante es la implicación política de acusación, a saber: que Aznar es, o bien incompetente, o está siendo manipulado por Bush y Blair, o que está desorientando a la nación. Tales inferencias pueden ser compartidas en el Parlamento o en la esfera pública solamente cuando los modelos contextuales de los participantes construyen a Aznar como diputado, a Zapatero como líder de la oposición y a Aznar como jefe de un gobierno conservador conchabándose con el (también conservador) presidente Bush, y así sucesivamente. Si queremos comprender lo que pasa en este debate parlamentario, necesitamos por lo menos simular estas modelaciones contextuales de los participantes: su definición de la situación comunicativa es la que controla lo que ellos dicen y cómo lo dicen.

También vemos que con tales definiciones del evento comunicativo, Zapatero puede acusar legítimamente a Aznar de mentir, aunque él lo haga no indirectamente. También en el resto de la intervención él reta la veracidad de las reclamaciones de Aznar, Blair y Bush, por ejemplo, refiriendo en las líneas 47 y siguientes a las pruebas que faltan y a la falsedad de algunas reclamaciones. Esto significa que Zapatero hace explícitos algunos de los criterios del conocimiento de nuestra cultura, por ejemplo la prueba empírica que de nuevo cumple un doble propósito: deslegitimar a Aznar como diputado, pero al mismo tiempo legitimar su propia oposición requiriendo pruebas legítimas para una política que afecta a todo el país.

En un nuevo paso (líneas 54 y siguientes), Zapatero añade además que sus dudas no son solamente suyas sino generales. Es decir, él de esta ma-

nera se mueve desde sus opiniones personales y desde sus modelaciones contextuales a las creencias generalmente compartidas y de aquí al conocimiento. Así, él de nuevo recalca que tanto él tiene razón como que Aznar está equivocado, una polarización política que está en línea con las opiniones y actos del líder de la oposición. Refiriéndose a la opinión pública y a los españoles, con este paso hacia la prueba de evidencia (Chafe y Nichols, 1986), no sólo apoya su propia opinión, sino que recalca el apoyo que tiene de la gente, legitimándose a sí mismo. Sobre la base de esta evidencia acumulada y concluyendo que la posición de Aznar no se sostiene, Zapatero final y retóricamente pide a Aznar que vote contra la guerra en Irak.

Puesto que Zapatero centró su posición en la falta de Aznar de una necesidad probada de intervenir en Irak, podemos esperar que Aznar en su respuesta pruebe tal necesidad. Después de intentar deslegitimar a Zapatero y a su discurso degradándolo al discurso de los eslóganes y carteles de las manifestaciones, inmediatamente se centra en la cuestión de las 'pruebas' y asegura que no se necesitan pruebas —para lo que defiende la relevancia de la resolución 1441 de las Naciones Unidas—. Para rechazar interaccionadamente la carga de la prueba, así Aznar cambia de tema recalcando que Saddam Hussein necesita aportar pruebas. Y una vez que se ha centrado en Saddam Hussein como dictador y que ha recalcado que Zapatero no requiera nada de *él*, Aznar asocia a su oponente al que es generalmente considerado como el malo, deslegitimando con ello a Zapatero por la sugerencia de asociación o conchabamiento. Al hablar de Saddam Hussein, Aznar activa las modelaciones mentales normales ideológicamente basadas y las actitudes sobre el dictador, tomándose así una distancia de la acusación del momento, definida contextualmente de Zapatero. Pero contraacusando entonces a Zapatero de no pedir pruebas a Saddam Hussein, él se centra de nuevo en lo que es políticamente relevante en este debate, a saber: defenderse él mismo contra la oposición (y la opinión pública), acusándoles de conchabarse con el enemigo.

Vemos que para poder hacer tales inferencias del debate necesitamos suponer que los participantes construyen y continuamente actualizan modelaciones contextuales. Estos contextos necesitan caracterizar el conocimiento general sociocultural y político tanto como el conocimiento específico sobre sucesos específicos, por un lado, y una representación

de las identidades (PSOE, PP), los roles políticos (diputados, líder de la oposición), los cargos políticos (antagonistas políticos) y los propósitos políticos (deslegitimar, etcétera) de los participantes. Sólo entonces seremos capaces de comprender lo que los participantes están realmente haciendo (políticamente) y especialmente cómo son ellos capaces de hacerlo. Sin tal tratamiento, es decir, en términos puramente interactivos, estaríamos limitados a una explicación más bien superficial de preguntas y respuestas, acusaciones y defensas, y así sucesivamente. Incluso reconoceríamos que el debate tiene lugar en un Parlamento, podríamos explicar el estilo formal y quizá la distribución específica de turnos y normas de la institución. Pero el *quid de la cuestión política* de este debate permanecería sin analizar o quedaría analizado en un bajo nivel si no construyéramos la situación política como estando siendo vivida subjetiva y personalmente, así como colectivamente, en las modelaciones contextuales de los participantes.

## Conclusiones

El estudio discursivo no debería estar limitado a un análisis 'autónomo' del texto y del habla, sino que también debería desarrollar una teoría del contexto. En este trabajo se ha partido del supuesto de que tal contexto no debería estar formulado en términos de situaciones objetivas sociales o incluso de sus propiedades relevantes, sino más bien en términos de las modelaciones mentales: las modelaciones contextuales. Tales modelaciones representan las definiciones subjetivas de la situación comunicativa y controlan la contribución de cada participante a la interacción.

Además, las categorías normales de las situaciones sociales, tales como el Marco y los Participantes (y sus identidades, roles, relaciones, etcétera), modelaciones contextuales, también deberían caracterizar los aspectos 'cognitivos' de la situación, tales como los propósitos y el conocimiento de los participantes. Especialmente el conocimiento de los participantes es crucial en el manejo de la información que queda implícita y de lo que está siendo hecho explícito, recordado o supuesto en el discurso. El Recurso-C de las modelaciones contextuales hace justamente eso: controlar tácticamente el conocimiento en la interacción.

Tales tácticas son también cruciales para el manejo de las mentiras. Para mentir con éxito los hablantes han de conocer lo que los destinatarios conocen o no conocen. Y viceversa: cuando los destinatarios saben que lo que los hablantes afirman es falso, pueden acusarlos de mentir. Es decir, las mentiras no tanto necesitan de una explicación semántica en términos de la verdad de las proposiciones, sino que más bien necesitan de un tratamiento pragmático en términos de cómo el conocimiento está siendo manejado por modelaciones contextuales.

En los debates políticos tal manejo de las mentiras es crucial para la legitimidad de los participantes. Yo por eso he analizado uno de los debates de las Cortes españolas, con ocasión de la amenazante guerra de Irak, cuando el presidente del gobierno Aznar se lanza con vehemencia contra el líder de la oposición Zapatero. Como en el caso de Estados Unidos, del Reino Unido y de cualquier otra parte, también aquí el punto crucial era determinar si Aznar estaba mintiendo sobre las razones reales para ir a la guerra, entre serias dudas sobre la supuesta posesión de armas de destrucción masiva de Saddam Hussein y las conexiones con el terrorismo internacional. En este análisis se demuestra que además de las estructuras y tácticas normales del discurso y la interacción, un tratamiento contextual explica las limitaciones de la interacción institucional, tales como las formas de tratamiento y presentación, el orden de los hablantes y la determinación de turnos. Más específicamente: se demuestra que las modelaciones contextuales caracterizan el componente del conocimiento que controla las tácticas del mentir, las acusaciones de mentir y de defenderse a sí mismo contra tales acusaciones. Además, se demuestra que de esta forma el debate no solamente puede ser analizado en términos generales del contexto, sino que debe analizarse más específicamente como una forma de interacción política.

## Bibliografía

- Akman, V., Bouquet, P., Thomason, R. y Young, R. A. (eds.) (2001). «Modeling and using context Third International and Interdisciplinary Conference», *Context 2001*, Dundee, UK, 27-30 de julio de 2001: Proceedings. Berlín Nueva York: Springer-Verlag.
- Allman, T. D. (2004). *Rogue state. America and the world under George W. Bush*. Nueva York.



- Argyle, M., Furnham, A. y Graham, J. A. (1981). *Social situations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Auer, P. y Di Luzio, A. (eds.) (1992). *The Contextualization of Language*. Amsterdam: John Benjamins.
- Barnes, J. A. (1994). *A pack of lies: Towards a sociology of lying*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Bayley, P. (ed.) (2004). *Cross-cultural perspectives on parliamentary discourse*. Amsterdam-Filadelfia: J. Benjamins Pub. Co.
- Bernecker, S. y Dretske, F. I. (eds.) (2000). *Knowledge: Readings in contemporary epistemology*. Oxford: Oxford University Press.
- Brown, P. y Fraser, C. (1979). «Speech as a marker of situation». En K. R. Scherer y H. Giles (eds.), *Social markers in speech*, pp. 33-62. Cambridge: Cambridge University Press.
- Drew, P. y Heritage, J. (eds.) (1992). *Talk at work: Interaction in institutional settings*. Cambridge (Inglaterra)-Nueva York: Cambridge University Press.
- Duranti, A. (1997). *Linguistic anthropology*. Cambridge, Nueva York, NY, USA: Cambridge University Press.
- (ed.) (2001). *Linguistic Anthropology: A Reader*. Malden, MA: Blackwell.
- y Goodwin, C. (eds.) (1992). *Rethinking Context: Language as an Interactive Phenomenon*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Edwards, D. y Potter, J. (1992). *Discursive psychology*. Londres: Sage Publications, Inc.
- Fairclough, N. (1995). *Critical discourse analysis. The critical study of language*. Londres: Longman.
- Fetzer, A. (2004). *Recontextualizing context*. Amsterdam: Benjamins.
- Forgas, J. P. (1979). *Social episodes: The study of interaction routines*. Londres-Nueva York: publicado en cooperación con la European Association of Experimental Social Psychology por Academic Press.
- Fossà, G. y Barenghi, R. (2003). *The Bush show. Verità e bugie della guerra infinita*. San Lazzaro di Savena, Bolonia: Nuovi mondi media.
- Ghadessy, M. (ed.) (1999). *Text and context in functional linguistics*. Amsterdam-Filadelfia: J. Benjamins.
- Gumperz, J. J. (1982a). *Discourse Strategies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1982b). *Language and social identity*. Cambridge (Inglaterra)-Nueva York: Cambridge University Press.
- (1992). «Contextualization and Understanding». En A. Duranti y C. Goodwin (eds.), *Rethinking Context: Language as an Interactive Phenomenon*, pp. 229-252. Cambridge: Cambridge University Press.
- Johnson-Laird, P. N. (1983). *Mental models*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Knorr-Cetina, K. y Cicourel, A. V. (eds.) (1981). *Advances in social theory and methodology. Towards an integration of micro- and macrosociologies*. Londres: Routledge y Kegan Paul.
- Lazar, M. (ed.) (2005). *Feminist Critical Discourse Analysis. Gender, Power and Ideology in Discourse*. Houndsmills, Inglaterra: Palgrave MacMillan.
- Leckie-Tarry, H. (1995). *Language y Context. A functional linguistic theory of register*. Editado por David Birch. Londres: Pinter.

- Lewis, M. y Saarni, C. (eds.) (1993). *Lying and deception in everyday life*. Nueva York, NY: Guilford Press.
- Miller, G. A. (1956). «The magical number seven, plus or minus two: Some limits on our capacity for processing information», *Psychological Review*, nº 63, pp. 81-97.
- Neisser, U. y Fivush, R. (eds.) (1994). *The Remembering self. Construction and accuracy in the self-narrative*. Cambridge: Cambridge University Press.
- O'Shaughnessy, N. J. (2004). *Politics and propaganda. Weapons of mass seduction*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Sarangi, S. y Roberts, C. (eds.) (1999). *Talk, work, and institutional order: Discourse in medical, mediation, and management settings*. Berlín-Nueva York: Mouton de Gruyter.
- Schegloff, E. A. (1987). «Between Macro and Micro: Contexts and Other Connections». En J. Alexander, R. M. B. Giesen y N. Smelser (eds.), *The Micro-Macro Link*, pp. 207-234. Berkeley: University of California Press.
- (1991). «Reflections on talk and social structure». En Boden, D. y D. H. Zimmerman (eds.), *Talk and social structure: studies in ethnomethodology and conversation analysis*, pp. 44-71. Cambridge: Polity Press.
- (1992). «In Another Context». En Duranti, Alessandro y Goodwin, Charles (eds.), *Rethinking Context: Language as an Interactive Phenomenon*, pp 191-227. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.
- Scherer, K. R. y Giles, H. (eds.) (1979). *Social markers in speech*. Cambridge (Inglaterra)-Nueva York: Cambridge University Press y París: Éditions de la Maison des sciences de l'homme.
- Steiner, J. (2004). *Deliberative politics in action. Analysing parliamentary discourse*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Thomas, W. I. (1966). «Situational analysis: The behavior pattern and the situation» (1928). En M. Janovitz (ed.), *W. I. Thomas on social organization and social personality*. Chicago: Chicago University Press.
- Tulving, E. (1983). *Elements of episodic memory*. Oxford: Oxford University Press.
- Van Dijk, T. A. (1977). *Text and context. Explorations in the semantics and pragmatics of discourse*. Londres: Longman.
- (1980). *Macrostructures: An interdisciplinary study of global structures in discourse, interaction, and cognition*. Hillsdale, N.J.: L. Erlbaum Associates.
- (1999). «Context models in discourse processing». En van Oostendorp, Herre, y Goldman, Susan R. (eds.), *The construction of mental representations during reading*, pp. 123-148. Mahwah, NJ, USA: Lawrence Erlbaum Associates.
- (2003). «Knowledge in parliamentary debates», *Journal of Language and Politics*, vol. 2, nº 1, pp. 93-129.
- (2004). «Text and context of parliamentary debates». En Paul Bayley (ed.), *Cross-Cultural Perspectives on Parliamentary Discourse*, pp. 339-372. Amsterdam: Benjamins.
- (2005). «Contextual knowledge management in discourse production. A CDA perspective». En Ruth Wodak y Paul Chilton (eds.), *A New Agenda in (Critical) Discourse Analysis*, pp. 71-100. Amsterdam: Benjamins.
- (ed.) (2006). «Discourse, interaction and cognition». Special issue of *Discourse Studies*, vol. 8, nº 1.

- y Kintsch, W. (1983). *Strategies of discourse comprehension*. Nueva York: Academic Press.
- Wodak, R. y Chilton, P. (eds.) (2005). *A New Agenda in (Critical) Discourse Analysis*. Amsterdam: Benjamins.
- y Meyer, M. (eds.) (2001). *Methods of critical discourse analysis*. Londres: Sage.
- Wortham, S. y Locher, M. (1999). «Embedded metapragmatics and lying politicians», *Language and Communication*, vol. 19, n° 2, pp. 109-125.

## Apéndice

- 1 La señora **PRESIDENTA**: Pregunta número 17 que formula el diputado  
2 don José Luis Rodríguez Zapatero.  
3
- 4 El señor **RODRÍGUEZ ZAPATERO**: Muchas gracias, señora presidenta.  
5 Señor Aznar, ¿cree necesaria una intervención militar en Irak?  
6
- 7 La señora **PRESIDENTA**: Muchas gracias, señor Rodríguez Zapatero.  
8 Señor presidente del Gobierno.  
9
- 10 El señor **PRESIDENTE DEL GOBIERNO** (Aznar López): Creo  
11 que es necesario el desarme del régimen de Sadam Husein.  
12
- 13 La señora **PRESIDENTA**: Muchas gracias, señor presidente. Señor  
14 Rodríguez Zapatero.  
15
- 16 El señor **RODRÍGUEZ ZAPATERO**: Señor Aznar, a fuerza de no  
17 responder y no decir las auténticas posiciones y las auténticas decisiones  
18 que usted ha tomado, va a resultar cada día menos creíble. En  
19 la última reunión del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas hemos  
20 visto un informe exhaustivo, supongo que respetable de los señores  
21 Blix y El Baradei, los inspectores que tienen la máxima autoridad  
22 en todo este debate y que hicieron afirmaciones muy claras. La  
23 frase, creo, más importante es: ¿cuánto tiempo necesitamos para verificar  
24 el desarme de Irak? Textualmente, dijeron: ni años ni semanas,  
25 meses. Y usted ha firmado una resolución que da apenas unos días, y  
26 usted acaba, a través de su Gobierno, de su ministra de Asuntos Exteriores,  
27 de decir que 45 días es inaceptable y está en contra. Pero, ¿por  
28 qué sabe usted más que el señor Blix? ¿Por qué suplanta la autoridad

29 del señor Blix, que lleva años y meses trabajando, buscando lo que  
30 hace y lo que tiene que cumplir, que es el mandato de Naciones Unidas?  
31 (**Rumores.**)

32

33 La señora **PRESIDENTA**: Señor Mancha.

34

35 El señor **RODRÍGUEZ ZAPATERO**: Mire, señor Aznar, hay que defender  
36 la justicia y la legalidad internacionales, y en este juicio que todos  
37 estamos viendo ustedes han perdido la razón; no han presentado  
38 pruebas y algunas han sido falsas. Los peritos o los inspectores han di-  
39 he dicho, y los inspectores dicen que si hubiese cooperación podrían  
40 terminar el trabajo rápidamente. ¿Cuál es el problema? ¿Por qué hay  
41 armas de destrucción masiva? Porque no se quieren deshacer de las  
42 armas de destrucción masiva. Usted lo que nos pide, señoría, es que  
43 no hagamos nada o que aliviemos la presión, lo cual es el mejor mensaje  
44 para todos los dictadores que quieren tener armas de destrucción  
45 masiva, incluido también Sadam Husein, y eso, señoría, nosotros no  
46 lo vamos a hacer. Y eso significa respetar la legalidad y eso significa respetar  
47 el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Sin duda que si  
48 eso no ocurre así, habrá graves consecuencias, señoría, para el pueblo  
49 iraquí, porque seguirá estando bajo una tiranía, y para el pueblo  
50 kurdo, que seguirá siendo también atacado por ese dictador, y agrava  
51 las consecuencias para la seguridad del mundo. No habrá un mundo  
52 más inseguro que un mundo en el que no se respete la ley, pero vamos  
53 a intentar que eso no sea así. Si lo conseguimos, señoría, no le  
54 deberemos nada a su actuación. Muchas gracias, señora presidenta.  
55 (**Prolongados aplausos.**)

56

57 La señora **PRESIDENTA**: Muchas gracias, señor Rodríguez Zapatero.  
58 Señor presidente del Gobierno.

59

60 El señor **PRESIDENTE DEL GOBIERNO** (Aznar López): Ya sabíamos  
61 que S.S. saldría con pancarta otra vez, pero no hace falta que  
62 nos adelante su discurso (**Rumores.**), ya comprendo que llevaba 15  
63 días sin ir detrás de una pancarta y debe ser una cosa bastante insoportable  
64 de aguantar, señoría. Quiero decirle, para que S.S. comprenda,  
65 que la Resolución 1441 no obliga a nadie a presentar pruebas  
66 nada más que a Sadam Husein, que es al único al que usted no le  
67 exige que cumpla nada, al único. Al único que las resoluciones de Naciones  
68 Unidas obliga a presentar pruebas de desarme desde hace 12  
69 años, señor Rodríguez Zapatero, es a Sadam Husein, que es al único  
70 al que usted, cuando habla de graves consecuencias no le advierte de

71 ninguna grave consecuencia. Usted admite graves consecuencias para  
72 el Gobierno, para todo aquel que no está de acuerdo con usted, pues  
73 el único que está advertido por la comunidad internacional de la cual  
74 nosotros nos tenemos que alejar, de que si no le respeta y no prueba  
75 su desarme está sometido a serias consecuencias, es exactamente  
76 aquel que usted olvida en todos sus discursos, en todas sus actuaciones  
77 y en todas sus pancartas sistemáticamente, señoría, el único que  
78 está obligado a hacerlo, el único. (**Aplausos.**) Desde hace 12 años, señoría,  
79 lo lleva haciendo, y desde hace 12 años lo lleva incumpliendo,  
80 y las resoluciones de Naciones Unidas dicen exactamente lo que yo le  
81 he dicho, y los inspectores dicen que si hubiese cooperación podrían  
82 terminar el trabajo rápidamente. ¿Cuál es el problema? ¿Por qué hay  
83 armas de destrucción masiva? Porque no se quieren deshacer de las  
84 armas de destrucción masiva. Usted lo que nos pide, señoría, es que  
85 no hagamos nada o que aliviemos la presión, lo cual es el mejor mensaje  
86 para todos los dictadores que quieren tener armas de destrucción  
87 masiva, incluido también Sadam Husein, y eso, señoría, nosotros no  
88 lo vamos a hacer. Y eso significa respetar la legalidad y eso significa respetar  
89 el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Sin duda que si  
90 eso no ocurre así, habrá graves consecuencias, señoría, para el pueblo  
91 iraquí, porque seguirá estando bajo una tiranía, y para el pueblo  
92 kurdo, que seguirá siendo también atacado por ese dictador, y agrava  
93 las consecuencias para la seguridad del mundo. No habrá un mundo  
94 más inseguro que un mundo en el que no se respete la ley, pero vamos  
95 a intentar que eso no sea así. Si lo conseguimos, señoría, no le  
96 deberemos nada a su actuación. Muchas gracias, señora presidenta.  
97 (**Prolongados aplausos.**)







